Vida de Cristo

Fulton J. Sheen

(Contraportada)

Esta *Vida de Cristo* ha tenido largos años de gestación. Constituye la obra más completa del obispo Fulton Sheen y es fruto de cinco lustros de investigaciones y estudios. Pero la comprensión más profunda de la unidad inseparable que forman Cristo y su cruz, pensamiento central de la obra, vino a la mente del autor cuando se vio muy cerca de la cruz en horas de obscuridad, dolor y aflicción. El saber se adquiere en los libros; pero la penetración de un misterio proviene del sufrimiento.

No se trata de una vida de Cristo estrictamente cronológica dentro de un marco geográfico. Esta obra tampoco tiene nada que ver con la alta crítica; este asunto ya ha sido ampliamente tratado por otros autores. Pero aunque el autor de una biografía de Cristo no mencione autores ni teorías de la alta crítica, el conocimiento de ellos no deja de ser una premisa indispensable para escribir sobre este tema.

No pretende el autor relatar simplemente una vez más los incidentes de la vida de Cristo, que nos son ya tan familiares, sino ofrecer una exposición dramática y dinámica de la significación de Jesucristo como salvador del mundo y dar luz a las almas para que comprendan que todo sufrimiento es realmente la «sombra de la mano de nuestro Salvador extendida en ademán de acariciarnos».

La obra de SHEEN es un mensaje de actualidad dirigido a cuantos vivimos en este mundo moderno que ha divorciado a Cristo de su cruz. Pero un Cristo sin un sacrificio que reconcilie al mundo con Dios es un predicador ambulante, barato, afeminado, incoloro, que si merece la popularidad por su gran sermón de la montaña merece también la impopularidad por cuanto afirmó acerca de su divinidad, por un lado, y cuanto manifestó acerca del divorcio, el juicio final y el infierno, por otro. Con frecuencia nos encontramos con este Cristo sentimental, remendado con mil lugares comunes, sustentado a menudo por etimologistas académicos, incapaces de ver la Palabra por encima de las letras. Sin su cruz, Cristo queda reducido a una fraternidad sin lágrimas. Nada más distante de este Cristo que el protagonista de la obra de FULTON SHEEN, ya que el autor sabe proyectar nuevos raudales de luz sobre los pasajes del evangelio y encuentra inéditos significados en sucesos tantas veces referidos.

En la sobrecubierta: *El Cristo de san Juan de la Cruz,* de Dalí.

FULTON J. SHEEN

VIDA DE CRISTO

1968

Traducción directa de Juan Godo Costa sobre la obra original americana *Life of Christ,* de FULTON J. SHEEN, publicada en 1958.

Nihil obstat: el censor, Serafín Alemany Vendrell, C. O.

Imprímase: Barcelona, 16 de febrero de 1959
Dr. Juan Serra Puig, Vicario General
Por mandato de su Excia. Rvma.
Alejandro Puch, Canciller-Secretario

Filialmente dedicado a
MARÍA,
tres veces autora de este libro;

primero, como madre que dio al Hijo del Dios vivo un cuerpo con el cual tomó sobre sí los pecados de los hombres y pagó la muerte con la vida;

luego, como inspiradora de estas palabras sobre la Palabra, que sólo en las horas obscuras en que la hiel se mezclaba con la tinta, ella hizo que el autor de ellas viera a Cristo y al crucifijo;

y, finalmente, como mediadora con el espíritu de Cristo, que enciende en el corazón de cada lector, a lo largo de estas páginas, la dulce llama del amor divino que ninguno de nuestros amores humanos logra nunca igualar.

ÍNDICE

PREFACIO

Satán puede aparecerse bajo numerosos disfraces, en forma de Cristo, y en los últimos tiempos aparecerá como un bienhechor y un filántropo, pero Satán nunca se ha aparecido ni se aparecerá jamás con llagas en el cuerpo. Sólo el amor del cielo puede ostentar las señales del don más grande que el amor nos hizo en una noche que no volverá. En realidad, sólo hay dos filosofías de la vida: para una, primero es el banquete y luego el dolor de cabeza; para la otra, primero es el ayuno y luego el banquete. Los goces diferidos por el sacrificio resultan siempre los más dulces y duraderos. Los antiguos enseñaron que la prosperidad o el éxito que alguien disfruta sin ningún sufrimiento provoca el desagrado de los dioses. Heródoto nos habla de un rey egipcio que rompió las relaciones que le unían con su amigo Polícrates, tirano de Samos, porque nada llegaba a empañar la prosperidad de éste, ni siquiera un «punto de amargura que brotara en medio de aquella fuente de dulzura».

El cristianismo, a diferencia de como suele empezar cualquier otra religión del mundo, comienza con catástrofe y fracaso. Las religiones «optimistas» de inspiración psicológica se hunden en la calamidad y se marchitan en la adversidad. En cambio, la vida del fundador del cristianismo empieza con la cruz, pero termina con una tumba vacía y la victoria.

La vida de Jesucristo difiere de todas las otras vidas en muchos aspectos, tres de los cuales vale la pena destacar:

1. La cruz se halló al fin de su vida en el tiempo, pero en el comienzo de ella en cuanto a la intención y propósito de su venida a este mundo. De ahí que sus biógrafos, que fueron martirizados en testimonio de la verdad que dejaron escrita, dedicaran un tercio de los tres primeros evangelios y un cuarto del cuarto evangelio a describir los sucesos de su pasión y resurrección.

2. De la misma manera que el hombre no procede sólo de la naturaleza, puesto que en su alma nos muestra una misteriosa *x* que no se halla contenida en sus antecedentes químicos y biológicos, así tampoco Cristo procedía exclusivamente de la humanidad.

3. Su legado no fue un tratado de ética o una colección de preceptos morales, ni tampoco un despertar al pecado social porque los hombres no quisieran oír hablar de pecado personal, sino una confrontación de la culpa humana con el amor de Dios, amor que perdona, amor que a Dios le cuesta algo.

Odiando el pecado y amando a los pecadores; condenando el comunismo y amando a los comunistas; despreciando la herejía y amando a los herejes; recibiendo de nuevo a los errados en el tesoro de su corazón, pero sin admitir jamás el error en el tesoro de su sabiduría; perdonando a los pecadores que la sociedad ya había condenado, pero mostrándose intolerante ante los que pecaron y cuyo pecado permaneció impune a los ojos de los hombres, reservó, sin embargo, sus más destructivas explosiones de ira para aquellos que siendo pecadores negaron el pecado, para aquellos que siendo culpables dijeron que sólo tenían un complejo. Finalmente, fue Él quien se desató en explosiones de ira al contemplar proféticamente la condenación y ruina de aquellos enfermos de cáncer moral que rehúsan aprovecharse de la medicina que Él adquirió a precio mucho más elevado que la sangre de corderos.

El mundo moderno, que niega el delito personal y sólo admite crímenes sociales, que no encuentra sitio para el arrepentimiento personal y lo halla sólo para reformas públicas, ha divorciado a Cristo de su cruz; el esposo y la esposa han sido separados. Lo que Dios había juntado, los hombres lo han desunido. Como resultado, tenemos la cruz a la izquierda y Cristo a la derecha. Cada uno ha estado aguardando nuevos compañeros que los adopten en una especie de segunda y adulterina unión. Viene el comunismo y se apodera de la cruz, exenta de significado por sí sola; viene la civilización occidental postcristiana y escoge para sí al Cristo sin llagas.

El comunismo ha elegido la cruz en el sentido de que ha devuelto a un mundo egotista una idea de disciplina, de abnegación, de sumisión, de dura labor, de estudio y de consagración a fines supraindividuales. Pero la cruz sin Cristo es sacrificio sin amor. De ahí que el comunismo haya producido una sociedad autoritaria, cruel, opresora de la libertad humana, llena de campos de concentración, pelotones de fusilamiento y lavados de cerebro.

La civilización occidental postcristiana ha elegido a Cristo sin la cruz. Pero un Cristo sin un sacrificio que reconcilie al mundo con Dios es un predicador ambulante barato, afeminado, incoloro, que merece llegar a ser popular por su gran sermón de la montaña, pero que merece también la impopularidad por lo que dijo, por un lado, acerca de su divinidad y lo que manifestó, por otro, acerca del divorcio, el juicio y el infierno. Este Cristo sentimental aparece remendado con mil lugares comunes sustentados a menudo por etimologistas académicos incapaces de ver la Palabra por encima de las letras, o confundidos más allá del reconocimiento personal por un principio dogmático según el cual todo lo que es divino ha de ser necesariamente un mito. Sin su cruz, Cristo queda reducido a un insoportable precursor de la democracia o a un humanitario que enseñó una fraternidad sin lágrimas.

El problema que actualmente se plantea es el siguiente: ¿acaso la cruz que el comunismo sostiene en sus manos encontrará a Cristo antes de que el Cristo sentimental del mundo de occidente encuentre la cruz? Creemos que Rusia hallará a Cristo antes que el mundo occidental acierte a unir a Cristo con su cruz redentora.

Para aquellos que busquen una vida de Cristo estrictamente cronológica dentro de un orden geográfico, recomendamos, como la mejor de todas, la escrita por GIUSEPPE RICCIOTTI, *Vida de Jesucristo*. Nuestra obra no tiene nada que ver con la crítica bíblica, en parte porque este asunto ha sido tratado ya ampliamente por Lebreton, Grandmaison, Lagrange y otros autores, y también porque ninguna teoría crítica dura mucho más allá de una generación. Bauer cede el sitio a Strauss; Strauss a Wellhausen; Wellhausen a Harnack y a Renán; y ambos lo ceden a Schweitzer y a Loisy. Cuando estas últimas teorías perdieron el apoyo popular, se presentaron Schmidt, Bultmann, Albertz, Betram y otros. Pero los lectores que han seguido las refutaciones científicas y críticas de Bultmann hechas por Leopoly Malevez, René Marlé y otros, saben que están perdiendo ya el apoyo popular entre los exegetas bíblicos. Pero aunque el autor de una biografía de Cristo no haga mención de alguno de los autores o teorías antes indicados, no quiere decir que el conocimiento de ellos no sea una premisa indispensable para escribir sobre este tema. Ninguna forma de crítica, ni siquiera la de Strauss, ha dejado de hacer más profundo el conocimiento de aquellos que primeramente han de conocer los evangelios desde el punto de vista técnico y de crítica antes que se hallen en disposición de tratar de manera adecuada la vida de Cristo.

El cuadro de la escena de la crucifixión procede de la artística mano de Salvador Dalí, y de la bondad de su corazón el permiso para que lo reprodujéramos en esta obra.

Los errores del autor se habrían multiplicado de no haber sido por la ayuda tan fraternalmente prestada por el reverendísimo monseñor Edward T. O'Meara y el reverendo Joseph Havey.

El erudito escriturista reverendo Myles Bourke efectuó una última lectura al manuscrito, evitando con ello a su autor algunos errores, y al lector la molestia de tener que corregirlos.

Nos mostramos también agradecidos al reverendo Hermán D'Souza por la ayuda que nos prestó en la corrección de pruebas.

Esta *Vida de Cristo* ha estado escribiéndose durante muchos años. Pero la comprensión más profunda de la unidad de Cristo y su cruz vino a nuestra mente cuando Cristo mantuvo al autor muy cerca de su cruz en unas horas de oscuridad, dolor y aflicción. El saber proviene de los libros; la penetración de un misterio proviene del sufrimiento. Esperamos que la dulce intimidad con el Cristo crucificado que nos deparó dicho sufrimiento irradiará a través de las páginas de este libro, dando al lector aquella paz que sólo Dios puede ofrecer a las almas e iluminando a éstas para que comprendan que todo sufrimiento es realmente la «sombra de su mano, extendida en un ademán acariciador».

1. LA ÚNICA PERSONA PREANUNCIADA

La historia está llena de hombres que pretendieron venir de Dios, o que eran dioses, o portadores de mensajes de parte de Dios, tales como Buda, Mahoma, Confucio, Cristo, Lao-tse y millares de otros, y cada uno de ellos tiene derecho a que se le escuche y considere. Pero de la misma manera que se necesita una medida para las cosas que han de medirse eternamente, es preciso también que haya algunas pruebas permanentes que puedan aplicarse a todos los hombres, a todas las civilizaciones y a todas las épocas, por medio de las cuales sea posible decidir si alguno de esos hombres que se presentaron con semejantes pretensiones, o acaso todos ellos, están justificados en lo que pretenden. Estas pruebas son de dos clases: la *razón* y la *historia.* La razón, porque es algo que todo el mundo posee, incluso los que carecen de fe; la historia, porque todo, el mundo la vive y precisa saber algo de ella.

La razón nos dice que si alguno de esos hombres vino realmente de Dios, lo mínimo que Dios hubiese podido hacer para apoyar su pretensión habría sido preanunciar su venida. Los fabricantes de automóviles dicen a sus clientes cuándo pueden esperar un nuevo modelo. Si Dios envió a alguien de parte de sí mismo, o si Él mismo vino con un mensaje de importancia vital para todos los hombres, parece razonable que primero hiciera saber a los hombres cuándo vendría su mensajero, cuándo nacería, dónde viviría, la doctrina que enseñaría, los enemigos que suscitaría, el programa que adoptaría para el futuro y la clase de muerte que le estaba destinada. Según la medida en que el mensajero se acomodara a estos anuncios, se podría juzgar la validez de sus pretensiones.

Además, la razón nos asegura que, si Dios no hizo tal cosa, nada podría evitar que algún impostor apareciese en la historia y dijera: «vengo de Dios», o «se me ha aparecido un ángel en el desierto y me ha dado este mensaje». En tales casos no existiría ningún medio objetivo, histórico, de

probar al mensajero. Sólo podríamos atenernos a su palabra, y, por supuesto, podría ser que se tratase de un impostor.

Si un visitante llegase de un país extranjero a Washington y dijera que es un diplomático, el gobierno le pediría su pasaporte y otros documentos que dieran fe de que efectivamente representa a cierto gobierno. Sería preciso que sus papeles estuvieran fechados con anterioridad a su llegada. Si tales pruebas de identidad se piden a los delegados de otros países, la misma razón obliga ciertamente a que así se haga con los mensajeros que pretenden haber llegado de parte de Dios. A cada uno de ellos la razón le dice: «¿Qué registro existe, anterior a tu nacimiento, que nos hable de tu venida?»

Con esta prueba podemos tener una idea de la veracidad de todos estos hombres. Y en esta fase preliminar Cristo acredita su misión más que los otros. Sócrates no tuvo a nadie que predijera su nacimiento. Buda no tuvo a nadie que preanunciase su venida y su mensaje, o dijera el día en que había de sentarse debajo del árbol. Confucio no tuvo registrado por escrito en ningún sitio el nombre de su madre y el del lugar donde había de nacer, ni tampoco ninguno de estos nombres fue dado a los hombres siglos antes de que él viniera al mundo, de suerte que, al llegar, la gente conociera que procedía de Dios. Pero en el caso de Cristo fue diferente. Debido a las profecías contenidas en el Antiguo Testamento, su venida no resultó un suceso inesperado. No hubo predicciones acerca de Buda, Confucio, Lao-tse, Mahoma o cualquier otro; pero sí acerca de Cristo. Otros vinieron simplemente y dijeron: «Aquí estoy, creed en mí.» Éstos, por tanto, eran solamente hombres en medio de hombres, y no lo divino en lo humano. Cristo fue el único que se destacó de esta línea diciendo: «Investigad los escritos del pueblo judío y la historia escrita de los babilonios, persas, griegos y romanos.» De momento, podemos considerar los escritos paganos, e incluso el Antiguo Testamento, sólo como documentos históricos, no como libros inspirados.

Es cierto que las profecías del Antiguo Testamento pueden entenderse mejor a la luz de su cumplimiento. El lenguaje de la profecía no posee la exactitud de las matemáticas. Con todo, si uno investiga las diversas corrientes mesiánicas en el Antiguo Testamento y compara el resultado final de tal estudio con la vida y la obra de Cristo, ¿podrá dudar de que las antiguas predicciones señalan a Jesús y el reino que Él estableció? La promesa que Dios hizo a los patriarcas de que por medio de ellos serían bendecidas todas las naciones de la tierra; la predicción de que la tribu de Judá tendría la preeminencia entre las otras tribus hebreas, hasta

que viniera aquel a quien todas las naciones obedecerían; el hecho extraño, aunque innegable, de que en la Biblia de los judíos de Alejandría, la versión de los Setenta, se encuentra claramente profetizado el nacimiento *virginal* del Mesías; la profecía de Isaías 53 acerca del varón de dolores, el Siervo del Señor, que entregará su vida como expiación por las ofensas de su pueblo; las perspectivas del reino glorioso, perdurable, de la casa de David... ¿en quién, si no en Cristo, han hallado su cumplimiento estas profecías? Ya desde un punto de vista histórico solamente, encontramos en Cristo una singularidad que le coloca aparte de todos los demás fundadores de religiones mundiales. Y una vez tuvo efecto históricamente el cumplimiento de estas profecías en la persona de Cristo, no sólo cesaron todas las profecías en Israel, sino que se produjo una discontinuidad de sacrificios una vez fue sacrificado el verdadero Cordero pascual.

Volvamos al testimonio del paganismo. Tácito, hablando en nombre de los antiguos romanos, nos dice: «La gente se hallaba generalmente persuadida, basándose en las antiguas profecías, de que el Oriente había de prevalecer, y de que de Judea había de venir el Dueño y el Soberano del mundo.» Suetonio, al relatar la vida de Vespasiano, da cuenta así de la tradición romana: «Hubo en todo el Oriente una antigua y constante creencia de que, con el apoyo de profecías indudablemente ciertas, los judíos habrían de alcanzar el sumo poder.»

La China se hallaba en el mismo estado de expectación, pero, debido a que se encontraba en la otra parte del mundo, creía que el gran Sabio había de nacer *en Occidente.* Los anales del Celeste Imperio contienen esta declaración:

> En el año 24 de Chao Wang, de la dinastía de Cheou, el día 8 de la 4.ª luna, apareció una luz por el lado del sudoeste que iluminó el palacio del rey. El monarca, sorprendido por tal resplandor, interrogó a los sabios. Ellos le mostraron libros en los que se indicaba que este prodigio significaba la aparición del gran Santo de Occidente, cuya religión había de introducirse en el país de ellos.

Los griegos le esperaron, puesto que Esquilo, en su *Prometeo,* seis siglos antes de su venida, escribió: «No esperes que llegue un fin para esta maldición, hasta que venga Dios para tomar sobre su cabeza los dolores de tus propios pecados, a modo de expiación.»

¿Cómo sabían los magos de Oriente que un día había de venir? Probablemente por medio de las numerosas profecías que los judíos habían

hecho circular por el mundo, así como por la profecía de Daniel a los gentiles, siglos antes del nacimiento del que había de venir.

Después de referir los dichos de los oráculos y de las sibilas acerca de un «rey al que hemos de reconocer para poder salvarnos», preguntaba Cicerón expectante: «¿Hacia qué hombre y hacia qué período de tiempo señalan estas predicciones?» La IV égloga de Virgilio refería la misma tradición, y hablaba de una «mujer casta, que sonríe a su hijito, con el cual la edad de hierro desaparecerá».

Suetonio citó a un autor contemporáneo para indicar que los romanos tenían tanto miedo a un rey que había de gobernar el mundo, que mandaron matar a todos los niños nacidos aquel año. Y ésta fue una orden que nadie más que Herodes puso en ejecución.

No solamente los judíos esperaban el nacimiento de un gran rey, un sabio y un salvador, sino que también Platón y Sócrates hablaron del *Logos* y del sabio universal «que ha de venir». Confucio hablaba del «santo»; las sibilas de un «rey universal»; el célebre dramaturgo griego, de un salvador y redentor que liberara al hombre de la «maldición originaria». Todas estas personas se hallaban en el lado de la expectación por parte de los paganos. Lo que separa a Cristo de todos los hombres es que ante todo fue esperado; incluso los gentiles sentían anhelo de un libertador o redentor. Este solo hecho ya le distingue de todos los demás jefes religiosos.

Un segundo hecho que le distingue es que, una vez hubo aparecido, fue tal el impacto que sobre la historia produjo, que la partió, dividiéndola en dos períodos: uno antes de su venida y el otro después de ella. Esto no lo hizo Buda ni ninguno de los grandes filósofos indios. Incluso aquellos que niegan a Dios han de fechar sus ataques contra Él sirviéndose de una era que tiene como base su venida a este mundo.

Un tercer hecho que le separa de todas las demás personas es el siguiente: *cualquier otra persona vino a este mundo para vivir, mientras que Él vino para morir.* La muerte fue para Sócrates piedra de tropiezo, puesto que interrumpió su enseñanza. Mas para Cristo la muerte fue la meta y el cumplimiento del propósito de su vida, el oro que Él estaba buscando. Pocas palabras o acciones suyas resultan inteligibles si no se hace referencia a su cruz. Se presentó a sí mismo más bien como Salvador que simplemente como Maestro. Nada significaba enseñar a los hombres a ser buenos, a menos que Él les diera también poder ser buenos después de rescatarlos de la frustración de la culpa.

La historia de cualquier vida humana comienza con el nacimiento y termina con la muerte. Sin embargo, en la persona de Cristo, *primero fue su muerte y luego fue su vida.* Las Escrituras nos lo describen como «el Cordero sacrificado, por decirlo así, desde el comienzo del mundo». Fue sacrificado intencionadamente por el primer pecado y rebelión contra Dios. La realidad no fue exactamente que su nacimiento proyectara una sombra sobre su vida y así condujera hasta su muerte, sino más bien fue la cruz primero, y ella es la que arroja una sombra sobre su nacimiento. Su vida fue la única en este mundo que se vivió al revés, hacia atrás. Así como una flor en unas ruinas habla al poeta de cosas de la naturaleza, y así como el átomo es como un sistema solar en miniatura, de la misma manera el nacimiento de Cristo nos habla del ministerio del patíbulo. Cristo fue de lo conocido a lo conocido, de la razón de su venida, manifestada por su nombre «Jesús», o «Salvador», a la consumación de su venida, su muerte en la cruz.

Juan nos ofrece su prehistoria eterna; Mateo su prehistoria temporal, por medio de su genealogía. ¡Es significativo hasta qué punto su árbol genealógico estuvo relacionado con pecadores y extranjeros! Estas manchas en el escudo de armas de su linaje humano sugieren cierta piedad para con los pecadores y extranjeros con relación a la Alianza. Estos dos aspectos de su compasión serían lanzados contra Él a modo de acusaciones: «es amigo de pecadores», «es un samaritano». Pero la sombra de un pecado mancillado predice su futuro amor hacia los mancillados. Nacido de una mujer, Él era un hombre y pudo ser uno con toda la humanidad; nacido de una virgen, que había sido asombraba por el Espíritu y «llena de gracia», se hallaría también fuera de la corriente de pecado que infectaba a todos los hombres.

2. PRIMEROS AÑOS DE LA VIDA DE CRISTO

Un cuarto hecho que distingue a Cristo es que no se le puede encasillar, como a los otros maestros universales, en la categoría establecida de «hombre bueno». Los hombres buenos no mienten. Pero si Cristo no era todo lo que Él decía que era, a saber, el Hijo de Dios vivo, la palabra de Dios en la carne, entonces no era precisamente un hombre bueno; era un miserable, un embustero, un charlatán, y el mayor impostor que haya existido nunca. Si no era lo que Él decía que era, el Cristo, el Hijo de Dios, ¡entonces era el Anticristo! Si no era más que un hombre, entonces no era siquiera un hombre «bueno».

Pero Él no era *solamente* un hombre. Habría hecho o que le adoráramos o que le despreciáramos; que le despreciáramos como a un simple hombre o que le adoráramos como verdadero Dios y verdadero hombre. Ésta es la alternativa que presenta. Muy bien pudiera ser que los comunistas, que son tan anticristos, se hallasen más cerca de Él que aquellos que ven en Él a un sentimentalista y a un vago reformador moral. Los comunistas han decidido, por lo menos, que si Él vence, ellos pierden; los otros, en cambio, tienen miedo a que gane o a que pierda, porque no están preparados para hacer frente a las exigencias morales que su victoria impondría a sus almas.

Si Él es lo que pretendía ser, un Salvador, un Redentor, entonces tenemos un Cristo viril y un guía que merece le sigamos en estos tiempos terribles; uno que llegará hasta el reducto de la muerte, destruyendo el pecado, las tinieblas y la desesperación; un guía al que podemos ofrecer un sacrificio total sin perder la razón, antes bien ganándola, y al que podemos seguir hasta la muerte. Hoy día necesitamos un Cristo que haga látigos para arrojar a los vendedores y los compradores de nuestros nuevos templos; que maldiga las higueras estériles; que hable de cruces y sacrificios, y cuya voz sea como la del mar embravecido. Pero no nos permitirá espigar y escoger entre sus palabras, apartando las que sean

duras y aceptando las que halaguen nuestro gusto y capricho. Necesitamos un Cristo que restaure la indignación moral, que nos haga odiar el mal con intensidad apasionada, y amar el bien hasta el punto de que podamos beber la muerte como bebemos agua.

La anunciación

Toda civilización ha tenido una tradición que le habla de una pasada edad dorada. Un registro judaico más preciso nos refiere la caída de un estado de inocencia y felicidad debido a un hombre que fue tentado por una mujer. Si una mujer desempeñó tal papel en la caída del género humano, ¿no habría de desempeñar un gran papel en su restauración? Y si hubo un paraíso perdido en el cual se celebraron las primeras nupcias del hombre y la mujer, ¿no podría haber un nuevo paraíso en el que se celebraran las nupcias de Dios y el hombre?

En la plenitud del tiempo, vino un ángel de luz desde el gran trono de luz hasta una virgen arrodillada en oración, para preguntarle si estaba dispuesta a dar a Dios una naturaleza humana. La respuesta de ella fue que «no conocía hombre», y que, por lo tanto, no podía ser la madre del «Esperado de las naciones».

No puede haber nacimiento sin amor. En esto, la doncella tenía razón. Para engendrar una nueva vida se requieren los fuegos del amor. Pero es que, además de la pasión humana que engendra la vida, existe la «pasión desapasionada y la vehemente serenidad» del Espíritu Santo; y fue éste el que asombró a la mujer y engendró en ella a Emmanuel, o sea a «Dios con nosotros». En el momento en que María pronunció la palabra *fiat,* o «hágase», sucedió algo más grande que el *fíat lux* («hágase la luz») de la creación, ya que la luz que ahora estaba haciéndose no era el sol, sino el Hijo de Dios en la carne. Al pronunciar María su *fiat,* consumó todo el papel propio de la feminidad, el de ser portadora de los dones que Dios hace al hombre. Hay una receptividad pasiva en la cual la mujer dice *fiat* al cosmos al participar en su ritmo, *fiat* al amor del hombre en el momento en que lo recibe, y *fiat* a Dios cuando recibe el Espíritu.

Los niños no vienen al mundo siempre como resultado de un distinto acto de amor de hombre y mujer. Aunque el amor es querido entre los dos, el fruto de su amor, que es el hijo, no es querido de la misma manera que el amor del uno para el otro. En el amor humano existe un elemento indeterminado. Los padres no saben si el hijo será niño o niña, o la hora exacta de su nacimiento, porque la concepción se pierde en cierta

desconocida noche de amor. Los hijos son más tarde aceptados y amados por sus padres, pero nunca fueron directamente queridos en sí mismos. Pero en la anunciación el Hijo no fue aceptado de una manera imprevista, sino que *el Hijo fue querido.* Hubo una colaboración entre la mujer y el Espíritu del divino Amor. El consentimiento fue voluntario bajo el *fiat;* la cooperación física fue libremente ofrecida por medio de la misma palabra. Las otras madres se hacen conscientes de su maternidad por medio de cambios fisiológicos que se producen en su interior; María llegó a ser consciente de la suya en virtud de un cambie espiritual operado por el Espíritu Santo. Probablemente recibió un éxtasis espiritual mucho más grande que el que se concede al hombre y a la mujer en el acto unitivo de su amor.

De la misma manera que la caída del hombre fue un acto libre, así también la redención había de ser libre. Lo que llamamos anunciación fue en realidad la petición que Dios hizo a una criatura para que le diera su libre consentimiento de ayudarle a incorporarse a la humanidad.

Supongamos que en una orquesta un músico produce libremente una nota desafinada. El director es competente, la música está correctamente anotada y es fácil de ejecutar, pero el músico, con su libre albedrío, introduce una disonancia que inmediatamente pasa al espacio. El director puede hacer una de estas dos cosas: ordenar que se comience de nuevo la pieza o pasar por alto la disonancia. En realidad, poco importa lo que haga, puesto que la nota falsa sigue viajando por el espacio a muchos metros por segundo, y en tanto continúe habrá una disonancia en el universo.

¿Existe algún medio para restablecer en el mundo la armonía? Sólo puede hacerlo alguien que venga de la eternidad y detenga la nota en su rápida carrera. Pero ¿será todavía una nota falsa? La falta de armonía sólo puede destruirse de una manera. Si aquella nota se convierte en la primera nota de una nueva melodía, entonces se hará armoniosa.

Esto fue precisamente lo que ocurrió con el nacimiento de Jesucristo. Se había producido una nota falsa de disonancia moral introducida por el primer hombre, que infectó a la humanidad entera. Dios podía haberla pasado por alto, pero ello habría representado para Él una violación de la justicia, cosa que es, naturalmente, inconcebible. Lo que hizo, por tanto, fue pedir a una mujer, la cual representaba a la humanidad, que le diera libremente una naturaleza humana con la cual Él iniciaría una nueva humanidad. Así como había una vieja humanidad en Adán, habría una nueva humanidad en Cristo, el cual era Dios hecho hombre merced a la

libre actuación de una madre humana. Cuando el ángel se apareció a María, Dios estaba anunciando este amor para la nueva humanidad. Era el comienzo de una nueva tierra, y María llegó a ser «un paraíso ceñido de carne para ser labrado por el nuevo Adán». Así como en el primer jardín Eva trajo la destrucción, en el jardín de su vientre María traería la redención.

Durante los nueve meses que Él estuvo enclaustrado en ella, todo alimento, el trigo, las uvas que ella consumía, servían a modo de natural eucaristía que pasaba al ser de aquel que más tarde habría de declarar que era el pan y el vino de la vida. Pasados los nueve meses, el lugar adecuado para que Él naciera fue Belén (Bethlehem), que significa «casa de pan». Posteriormente Él había de decir:

> Porque el pan de Dios es aquel que descendió del cielo y da la vida al mundo.
>
> Jn 6, 33

> Yo soy el pan de vida; el que viene a mí jamás tendrá hambre.
>
> Jn 6, 35

Cuando el divino Niño fue concebido, la humanidad de María le dio manos y pies, ojos y oídos, y un cuerpo con el cual pudiera sufrir. De la misma manera que los pétalos de una rosa después de haber caído en ellos el rocío se cierran sobre éste como si quisieran absorber sus energías, así también María, como la mística Rosa, se cerró sobre aquel que el Antiguo Testamento había descrito como un rocío que desde el cielo descendía sobre la tierra. Cuando por fin le dio a luz, fue como si se abriera un gran copón y ella estuviera sosteniendo en sus dedos a la Hostia del mundo, como si dijera: «He aquí que éste es el Cordero de Dios; he aquí el que quita los pecados del mundo.»

La visitación

A María se le indicó que concebiría por obra del Espíritu Santo. Su prima Isabel, en su edad avanzada, había concebido ya un hijo, y ahora se hallaba en su sexto mes. María, llevando en sus entrañas el divino Secreto, hizo un viaje de varios días para ir desde Nazaret hasta la ciudad de Hebrón, que, según la tradición, se hallaba asentada sobre las cenizas de los fundadores del pueblo de Dios: Abraham, Isaac y Jacob.-Isabel, de manera misteriosa, supo que María llevaba en sus entrañas al Mesías. Le preguntó así:

> ¿De dónde a mí, que venga a mí la madre de mi Señor?
>
> Lc 1, 43

Esta salutación venía de la madre del heraldo a la madre del rey, cuyo camino el heraldo estaba destinado a preparar. Juan el Bautista, encerrado aún en el seno de su madre, ante el testimonio dado por ésta saltó de alegría como si saludara también a la madre que venía a traer a Cristo a su hogar.

La respuesta que María dio a este saludo de su prima es el cántico llamado *Magníficat*, un himno de alegría que celebraba lo que Dios había hecho para ella. Dirigió una mirada retrospectiva a la historia hasta llegar a Abraham; vio la actividad de Dios, que estaba preparando este momento de generación en generación; miró también hacia un futuro indefinido en el que todos los pueblos y todas las generaciones la llamarían «bienaventurada». El Mesías de Israel estaba en camino, y Dios a punto de manifestarse en la tierra y en la carne. María profetizó incluso las cualidades del Hijo que había de nacer de ella, como lleno de justicia y misericordia. Su poético cántico termina aclamando la revolución que Él iniciará cuando quite a los poderosos de sus elevados asientos y exalte a los humildes.

La prehistoria de Cristo

El Señor que había de nacer de María es la única persona del mundo que tuvo alguna vez una prehistoria; una prehistoria a estudiar no en el cieno primigenio y en las selvas primitivas, sino en el seno del eterno Padre. Aunque apareció como el hombre de las cavernas en Belén, ya que nació en un establo franqueado en la roca, su comienzo en el tiempo como hombre careció de comienzo, como Dios en la inmensidad de la eternidad. Sólo progresivamente fue revelando su divinidad, y esto no fue debido a que fuera creciendo en la conciencia de su divinidad, sino más bien a su deseo de no apresurarse a revelar el propósito de su venida.

Al comienzo de su evangelio, refiere san Juan la prehistoria de Cristo como Hijo de Dios:

> En el principio era el Verbo, y el Verbo era con Dios; y el Verbo era Dios. Él estaba en el principio con Dios. Todo fue hecho por Él, y sin Él nada fue hecho.
>
> Jn 1, 1-3

«En el principio era el Verbo.» Todo lo que hay en el mundo ha sido hecho conforme al pensamiento de Dios, pues todas las cosas exigen el pensamiento. Todo pájaro, toda flor, todo árbol, fueron hechos conforme a una idea que existía en la divina mente. Los filósofos griegos sostenían que el pensamiento era algo abstracto. Ahora bien, el pensamiento o la Palabra de Dios se nos revelan como algo personal. La sabiduría es revestida de personalidad. Antes de su existencia terrena, Jesucristo es eternamente Dios, la sabiduría, el pensamiento del Padre. En su existencia terrena, Él es aquel pensamiento o Palabra de Dios que habla a los hombres. Las palabras de los hombres desaparecen cuando han sido concebidas y pronunciadas, pero la Palabra de Dios es pronunciada eternamente y jamás puede dejar de ser pronunciada. Por medio de su Palabra, el eterno Padre expresa todo lo que Él entiende, todo lo que Él conoce. Así como la mente conserva consigo misma por medio del pensamiento y ve y conoce el mundo merced a su pensamiento, el Padre se contempla a sí mismo como en un espejo en la persona de su Palabra. La inteligencia finita necesita muchas palabras para expresar ideas; pero Dios habla una vez por todas consigo mismo, una sola Palabra que alcanza el abismo de todas las cosas que son conocidas y pueden ser conocidas. En esa Palabra de Dios se hallan escondidos todos los tesoros de la sabiduría, todos los secretos de las ciencias, todas las formas de las artes, todo el saber de la humanidad. Pero este saber, comparado con la Palabra, es solamente la sílaba más insignificante.

En la inmensidad de la eternidad, la palabra estaba con Dios. Pero hubo un momento en el tiempo en que Él no había venido de la Divinidad, tal como hay un momento en que un pensamiento de la mente humana no ha sido formulado todavía. Así como el sol nunca está sin su resplandor, así el Padre no está jamás sin su Hijo; y así como el pensador no está sin un pensamiento, de la misma manera, en grado infinito, la divina mente no está nunca sin su Palabra. Dios no pasó las eternas edades en una sublime actividad solitaria. Tenía una Palabra con Él, que era igual a Él mismo.

> Todo fue hecho por Él y nada sin Él fue hecho. De todo ser Él era la vida; y la vida era la luz de los hombres. Y la luz resplandece en medio de las tinieblas, y las tinieblas no han podido alcanzarla.

Jn 1, 3-5

Todo lo que existe en el espacio y en el tiempo, existe en virtud del poder creador de Dios. La materia no es eterna; el universo posee una

personalidad inteligente que lo respalda, un arquitecto, un constructor, un sustentador. La creación es obra de Dios. El escultor trabaja con mármol, sobre el lienzo trabaja el pintor, pero ninguno de ellos puede crear propiamente nada. Realizan nuevas combinaciones con cosas ya existentes, pero nada más. La creación es obra exclusivamente de Dios.

Dios escribe su nombre en el alma de cada ser humano. La razón y la conciencia son el Dios que tenemos dentro de nosotros en el orden natural. Los padres de la primitiva Iglesia solían hablar de la sabiduría de Platón y de Aristóteles como si se tratara del Cristo inconsciente que tenemos dentro de nosotros. Los hombres son a manera de muchos libros que salen de la prensa divina, y si ninguna otra cosa se halla escrita en ellos, por lo menos el nombre de su Autor se encuentra grabado en la última página. Dios es como la marca de agua del papel, sobre la cual puede escribirse sin que desaparezca jamás.

Belén

César Augusto, el mayor burócrata del mundo, se hallaba en su palacio cerca del Tíber. Ante él tenía extendido un mapa en que se veía la siguiente inscripción: *Orbis Terrarum, Imperium Romanum.* Estaba a punto de decretar un censo del mundo, ya que todas las naciones del mundo civilizado se hallaban sometidas a Roma. No había más que una sola capital para este mundo: Roma; una sola lengua oficial: el latín; un solo gobernante: el césar. La orden partió hacia todas las avanzadas, hacia todos los sátrapas y gobernantes del imperio: todo súbdito romano había de ser empadronado en su propia ciudad. En los confines del imperio, en el pequeño pueblo de Nazaret, unos soldados fijaron en las paredes el bando que ordenaba que todos los habitantes fueran a empadronarse en las ciudades de donde sus familias eran oriundas.

José, el artesano, un oscuro descendiente del gran rey David, tuvo que ir a empadronarse en Belén, la ciudad de David. Conforme a lo decretado, María y José partieron de Nazaret para encaminarse a Belén, que se encuentra a unos ocho kilómetros más allá de Jerusalén. Quinientos años antes, el profeta Miqueas había profetizado con respecto a aquel pueblecillo:

> Y tú Belén, tierra de Judá, no eres de ninguna manera el menor entre los príncipes de Judá, porque de ti saldrá un jefe que pastoreará a mi pueblo Israel.

Mt 2, 6

José se hallaba lleno de esperanza cuando entró en la ciudad de su familia, y estaba completamente convencido de que no tendría dificultad alguna en encontrar albergue para María, sobre todo teniendo en cuenta el estado en que se hallaba. Pero José anduvo de casa en casa y todas estaban atestadas de gente. En vano buscó un sitio donde pudiera nacer aquel a quien pertenecen el cielo y la tierra. ¿Sería posible que el Creador no encontrara un hogar en la creación? José subió la empinada cuesta de una colina, en dirección a una débil luz que brillaba suspendida de una cuerda, delante de una puerta. Debía de ser la posada del pueblo. Allí era donde había mayores posibilidades de encontrar alojamiento. Había sitio para los soldados de Roma que brutalmente habían sojuzgado al pueblo judío; había sitio para las hijas de los ricos mercaderes orientales; había sitio para aquellos personajes ricamente vestidos que vivían en los palacios del rey; había sitio en realidad para todo aquel que tuvo una moneda que entregar al posadero, mas no lo había para quien venía para ser la Posada de todo corazón que estuviera sin hogar en este mundo. Cuando el libro de la historia esté completo hasta la última palabra en lo temporal, la línea más triste de todas será la siguiente: «No había sitio para ellos.»

Por último, José y María descendieron de la colina, se dirigieron a una cueva que servía de establo, adonde a veces los pastores llevaban sus rebaños durante las tormentas, $ allí buscaron su cobijo. Allí, en un sitio de paz, en el abandono solitario de una cueva barrida por el frío viento; allí, debajo del suelo del mundo, aquel que nació sin madre en el cielo había de nacer sin padre en la tierra.

De todos los demás niños que vienen al mundo, las personas amigas de la familia pueden decir que se parecen a su madre. Ésta fue la primera vez en el tiempo que hubiera podido decirse que la madre se parecía al Hijo. Tal es la hermosa paradoja del Hijo que hizo a su propia madre; la madre, por su parte, era sólo una criatura. Fue también la primera vez en la historia en que alguien pudo haber pensado que el cielo se encontraba en algún otro lugar más que «en alguna parte de allá arriba»: cuando el Niño se hallaba en sus brazos, María, con sólo bajar la cabeza, podía contemplar el cielo.

En el sitio más repugnante del mundo, en un establo, había nacido la Pureza, Aquel que más tarde había de ser sacrificado por hombres que actuaban como bestias, nació entre bestias. Aquel que habría de denominarse a sí mismo «el pan de la vida que descendió del cielo», fue

colocado en un pesebre, que es precisamente el lugar en que comen las reses. Siglos antes, los judíos habían adorado el becerro de oro, y los griegos el asno. Los hombres se inclinaban ante estos animales como ante Dios. El buey y el asno se hallaban ahora presentes para realizar su inocente reparación inclinándose delante de su Dios.

No había sitio en la posada, pero lo hubo en el establo. La posada es el lugar de concurrencia de la opinión pública, el centro de las maneras mundanas, el sitio donde se cita la gente del mundo, los que tienen popularidad y gozan del éxito. Pero el establo es el lugar de los proscritos, de los oscuros, de los olvidados. El mundo no podía haber esperado que el Hijo de Dios naciera — si es que en realidad había de nacer— en una posada. Un establo era el último lugar del mundo en que podía ser esperado. *La Divinidad se halla donde menos se espera encontrarla.*

Ninguna mente mundana podría haber sospechado jamás que aquel que pudo hacer que el sol calentara la tierra hubiera de necesitar un día a un buey y a un asno para que le calentasen con su aliento; que a aquel que, en el lenguaje de las Escrituras, podía detener la carrera de la estrella Arturo, le sería decretado, en virtud de un censo imperial, el lugar de nacimiento; que aquel que vistió de hierba los campos habría de estar desnudo; que aquel cuyas manos crearon los planetas y los mundos vendría un día en que con sus brazos diminutos no podría alcanzar siquiera a tocar las cervices del ganado; que los pies que hollaban las eternas colinas serían un día demasiado flacos para caminar sobre la tierra; que la eterna Palabra estaría muda; que la omnipotencia se vería envuelta en pañales; que la salvación se recostaría en un pesebre; que el pájaro llegaría a ser incubado en el nido que él mismo se había construido... nadie habría sospechado que al venir Dios a esta tierra se hallara hasta tal punto desvalido. Y ésta es precisamente la razón por la que muchos no quieren creer en Él. *La Divinidad se halla siempre donde menos se espera encontrarla.*

Si el artista se encuentra en su ambiente en su estudio, porque los lienzos que en él figuran son creación de su propia mente; si el escultor se encuentra en su ambiente en medio de sus estatuas, porque éstas son la obra de sus propias manos; si el labrador se encuentra en su ambiente entre sus vides, porque él mismo las plantó, y si el padre se encuentra en su ambiente entre sus hijos, porque son los suyos, entonces, arguye el mundo, aquel que hizo el mundo debería hallarse en su ambiente, en su propio hogar, en este mundo. Debería venir a él como un artista a su estudio, y como un padre a su hogar; pero esto de que el Creador viniera en medio de

sus criaturas para ser ignorado por ellas; esto de que Dios viniera a los suyos para no ser recibido por los suyos; esto de que Dios estuviera sin hogar en su propia casa... todo esto no podía significar más que una sola cosa para la mente mundana: que aquel Niño no podía haber sido Dios de ninguna manera. Y he ahí la razón por la cual no creyeron en Él. La *Divinidad se halla siempre donde menos se espera encontrarla.* El Hijo del Dios hecho hombre entró en su propio mundo por una puerta trasera. Exiliado de la tierra, nació debajo de la tierra, y en cierto modo llegó a ser el primer Hombre de las cavernas dentro de la historia escrita. Allí sacudió la tierra hasta sus cimientos. Puesto que nació en una caverna, todos los que desean verle tienen que agacharse. Agacharse es señal de humildad. Los orgullosos se niegan a hacerlo, y por ello pierden de vista a la Divinidad. Sin embargo, aquellos que doblan el espinazo de su *ego,* de su propio yo, y entran en la cueva, advierten que en realidad no se trata en modo alguno de ninguna cueva, sino que se hallan en un nuevo universo en el cual un Niño está sentado en el regazo de su madre y sostiene el universo en la mano.

Por tanto, vemos que el pesebre y la cruz se hallan en los dos extremos de la vida del Salvador. Aceptó el pesebre porque no había sitio en la posada; aceptó la cruz porque la gente decía: «No queremos por rey a ese hombre.» Expropiado de su derecho al entrar, rechazado cuando se iba, fue colocado al principio en establo ajeno y fue puesto, al fin, en una tumba ajena. Un buey y un asno rodeaban su cuna en Belén; dos ladrones estaban a su lado en el Calvario. Fue envuelto en pañales en su lugar de nacimiento, fue envuelto de nuevo en mortajas, en los pañales de la muerte, en su tumba, y esos lienzos simbolizan en uno y otro caso las limitaciones impuestas a su divinidad cuando asumió la forma humana.

Los pastores que estaban guardando sus rebaños por allí fueron advertidos por los ángeles:

> Esto os será la señal: hallaréis al niño envuelto en pañales y acostado en un pesebre.

Lc 2, 12

Ya llevaba entonces su cruz, la única cruz que un recién nacido podía llevar, una cruz de pobreza, de destierro y limitación. Su intención de sacrificio se traslucía ya en el mensaje que los ángeles cantaron a las colinas de Belén:

Hoy, en la ciudad de David, os ha nacido un Salvador, que es Cristo el Señor.

Lc 2, 11

Ya entonces su pobreza había desafiado a la ambición, mientras que el orgullo tenía que habérselas con la humillación de un establo. Que el divino poder, que no admite trabas, pudiera estar fajado con los pañales de un niño es una idea tal que, concebirla, exige una contribución demasiado fuerte para que puedan pagarla las mentes que no piensan más que en el poder. No pueden concebir la idea de la condescendencia divina, o el «hombre rico que se hace pobre para poder llegar a ser rico mediante su pobreza». Los hombres no habrían de tener un signo mayor de la Divinidad que la ausencia de poder en el momento en que lo esperan, el espectáculo de un Niño que dijo que vendría en las nubes del cielo, siendo ahora envuelto en los pañales de la tierra.

Aquel al que los ángeles llaman «Hijo del Altísimo» descendió al barro del que todos nosotros nacimos para llegar a ser uno con el hombre débil, con el hombre caído, igual a él en todas las cosas, salvo en el pecado. Y éstos son los pañales que constituyen su «señal». Si el que es la omnipotencia misma hubiera venido en medio de rayos y truenos, no habría habido señal alguna. No hay señal a menos que ocurra algo contrario a la naturaleza. El resplandor del sol no es ninguna señal, pero un eclipse sí lo es. Él dijo que en el último día su venida sería anunciada por «señales en el sol», quizás una extinción de la luz. En Belén, el divino Hijo se eclipsó, de suerte que sólo los humildes en espíritu pudieran reconocerle.

Sólo dos clases de personas encontraron al Niño: los pastores y los magos; los sencillos y los doctos; aquellos que sabían que no sabían nada y aquellos que sabían que no lo sabían todo. Nunca ha sido visto por el hombre de un solo libro; tampoco lo ha sido nunca por el hombre que cree saber. ¡Ni siquiera a Dios le es posible decir algo al orgulloso! Sólo los humildes pueden encontrar a Dios.

Como acertadamente dijo Caryll Houselander, «Belén es el trasunto del Calvario, tal como el copo de nieve lo es del universo». Esta misma idea expresó el poeta que dijo que, si conociera en todos sus detalles la flor que crece en unas ruinas, conocería también «lo que es Dios y el hombre». Los científicos nos dicen que el átomo comprende en sí mismo el misterio del sistema solar.

No es tan exacto que su nacimiento proyectara una sombra sobre su vida, y que así le condujese a la muerte; fue más bien que la cruz estaba allí desde el principio y proyectaba su sombra hacia su nacimiento. Los mortales corrientes pasan de lo conocido a lo desconocido, sometiéndose a fuerzas que escapan a su dominio; de ahí que podamos hablar de sus «tragedias». Pero Él pasó de lo conocido a lo conocido, desde la razón de su venida, a saber, de ser «Jesús» o «Salvador», a la consumación de su venida, es decir, a la muerte en la cruz. Por lo tanto, no hubo tragedia en su vida, ya que la tragedia implica lo imprevisible, lo incontrolable, lo fatal. La vida moderna es trágica en cuanto hay en ella oscuridad espiritual y culpa irredimible. Mas para el Niño Jesús no había fuerzas incontrolables; no había para Él ninguna sumisión a cadenas fatalistas de las que no pudiera evadirse; pero había un «trasunto», el del pesebre microcósmico que resumía, a la manera de un átomo, la macrocósmica cruz del Gólgota.

En su primera venida, tomó el nombre de «Jesús», o «Salvador»; sólo en su segunda venida será cuando tomará el nombre de «Juez». «Jesús» no era un nombre que Él tuviera antes de asumir la naturaleza humana; propiamente se refiere al hecho de que estaba unido a su Divinidad, no a que existiera desde toda la eternidad. Algunos dicen: «Jesús enseñó»; tal como dirían: «Platón enseñó», sin pensar una sola vez que su nombre significa «el que salva del pecado». Una vez recibió este nombre, el Calvario llegó a ser completamente una parte de su existencia. La sombra de la cruz que se proyectaba sobre su cuna cubría también el significado de su nombre. Esto era «asunto de su Padre»; y todo lo demás sería algo secundario.

De la prehistoria a la historia

«El Verbo se hizo carne.» La naturaleza divina, que era pura y santa, entró como principio renovador en la línea corrompida de la raza de Adán, sin ser afectada por la corrupción. Por medio de su nacimiento virginal, Jesucristo llegó a convertirse en un principio operativo en la historia humana sin hallarse sujeto al pecado.

> Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros; y vimos su gloria, gloria que tuvo de su Padre, como Unigénito, lleno de gracia y de verdad.
>
> Jn 1, 14

Belén se convirtió en un eslabón entre el cielo y la tierra; Dios y el hombre se encontraron allí y se miraron cara a cara. Al asumir la carne humana, el Padre la preparó, el Espíritu la formó y el Hijo la recibió. El que tenía un nacimiento eterno en el seno del Padre tuvo ahora un nacimiento temporal. El que había nacido en Belén vino a nacer en los corazones de los hombres. Porque, ¿de qué habría servido que hubiera nacido mil veces en Belén, a menos que naciera de nuevo en el hombre?

> Mas a todos los que le recibieron les dio privilegio de ser hechos hijos de Dios.

Jn 1, 12

Ahora el hombre no necesita esconderse de Dios, como hizo en otro tiempo Adán, ya que Él puede ser visto a través de la naturaleza humana de Cristo. Al hacerse hombre, Cristo no ganó ninguna nueva perfección, ni tampoco perdió nada de lo que poseía como Dios. Hallábase la omnipotencia de Dios en el movimiento de su brazo; el infinito amor de Dios en los latidos de su corazón humano, y la inconmensurable compasión de Dios hacia los pecadores en el brillo de sus ojos. Dios ha sido manifestado ahora en la carne; he aquí a lo que llamamos la encarnación. Toda la serie de atributos divinos de poder, bondad, justicia, amor y belleza se hallaban en Él. Y cuando nuestro divino Señor obraba y hablaba, Dios, en su naturaleza perfecta, se manifestaba a los que lo veían y escuchaban sus palabras o tocaban su cuerpo. Tal como Él mismo dijo más tarde a Felipe:

> El que me ha visto a mí, ha visto al Padre.

Jn 14, 9

Nadie puede amar una cosa a menos que pueda rodearla con sus brazos. Y el cosmos es demasiado grande y abulta demasiado. Pero tan pronto como Dios llegó a ser un niño y fue envuelto en pañales y colocado en un pesebre, entonces la gente pudo decir: «Éste es Emmanuel, éste es Dios con nosotros'.» Por el hecho de descender Él hasta la frágil naturaleza humana y elevar a ésta hasta la incomparable prerrogativa de la unión con Él mismo, fue dignificada la naturaleza humana. Tan real era esta unión, que siendo propiamente humanos todos sus actos y palabras, todas sus congojas y lágrimas, todos sus pensamientos y razonamientos, resoluciones y emociones, eran al mismo tiempo los actos y las palabras, las congojas y las lágrimas, los pensamientos y razonamientos, las resoluciones y emociones del eterno Hijo de Dios.

Lo que los hombres denominan encarnación no es sino la unión de dos naturalezas, la divina y la humana, en una sola persona que gobierna a una y otra. Esto no es difícil de entender, puesto que, después de todo, ¿qué es el hombre, sino un ejemplo, a un nivel inconmensurablemente más bajo, de unión de dos substancias completamente diferentes, una material y otra inmaterial, una el cuerpo, otra el alma, regidas por una única personalidad humana? ¿Qué existe más distinto entre sí, que los poderes y facultades de la carne y el espíritu? Procediendo a su unidad, ¿qué dificultad habría, sin embargo, en concebir un momento en que el alma y el cuerpo estuvieran unidos en una sola personalidad? Que se hallen de tal manera unidos, constituye una experiencia bien clara para cualquier mortal. Y, con todo, es una experiencia que a nadie extraña, porque estamos familiarizados con ella.

Dios, que junta el cuerpo y el alma para formar una sola personalidad humana, a pesar de su diferente naturaleza, seguramente podría verificar la unión de un cuerpo humano y un alma humana con su divinidad bajo la fiscalización de su eterna persona. Esto es lo que quiere significarse con:

Y el Verbo se hizo carne, y habitó entre nosotros.

Jn 1, 14

La persona que asumió la naturaleza humana no fue creada como las demás personas. Su persona fue el Verbo, Palabra o *Logos* preexistente. Por otra parte, su naturaleza humana derivó de la concepción en el seno de María, en cuya concepción se fundió de la manera más hermosa el asombro del Espíritu con el humano *fiat,* o consentimiento de la mujer. Éste es el comienzo de una nueva humanidad a partir del material del linaje caído. El hecho de que la Palabra llegara a hacerse carne, no quería decir que en la divina Palabra, o Verbo divino, se efectuara algún cambio. La Palabra de Dios, al extenderse, no abandonó al Padre. Lo que sucedió no fue tanto la conversión de la Divinidad en carne, como la incorporación del hombre en la Divinidad.

Hubo continuidad con la raza caída del hombre mediante la humanidad tomada de María; hay discontinuidad debido al hecho de que la persona de Cristo es el *Logos* preexistente. De este modo, Cristo llega a ser literalmente el segundo Adán, el hombre por medio del cual la raza humana empieza de nuevo. Su enseñanza se basaba en la incorporación de las naturalezas humanas a Él, del mismo modo que la naturaleza humana que Él había tomado de María estaba unida al Verbo eterno.

Es difícil para un ser humano llegar a comprender la humildad que implica el hecho de que el Verbo se hiciera carne. Imaginemos, si fuera posible, que una persona humana se despojara de su cuerpo y luego enviara su alma al cuerpo de una serpiente. Ello sería la causa de una doble humillación. Primero, aceptar las limitaciones de un organismo reptil, sabiendo la gran superioridad de la mente del hombre sobre la mente de la serpiente y que los colmillos de ésta no podrían articular adecuadamente unos pensamientos que nunca tuvo serpiente alguna. La segunda humillación consistiría en verse obligado, como resultado de este «vaciamiento de sí mismo», a vivir en compañía de serpientes. Pero todo esto no es nada en comparación con el vaciamiento de Dios, por medio del cual tomó forma de hombre y aceptó las limitaciones de la humanidad, tales como el hambre y la persecución; tampoco fue insignificante para la sabiduría de Dios condenarse a sí mismo a asociarse con pobres pescadores, que tan pocas cosas sabían. Pero esta humillación, que comenzó en Belén cuando fue concebido de María Virgen, fue solamente la primera humillación entre muchas realizadas para contrarrestar el orgullo del hombre, hasta la humillación final de la muerte en la cruz. Si no hubiese habido cruz, no habría existido pesebre; si no hubiera habido clavos, no habría habido paja. Pero no podía *enseñar* la lección de la cruz como rescate por el pecado; tenía que *tomar* la cruz. Dios, el Padre, no perdonó a su Hijo... tanto era el amor que sentía por la humanidad. Éste era el secreto que venía envuelto en los pañales.

El nombre «Jesús»

El nombre «Jesús» era muy corriente entre los judíos. En la forma hebrea originaria era «Josué». El ángel dijo a José que María

> Parirá un hijo, al que darás el nombre de Jesús; porque Él salvará a su pueblo de sus pecados.

Mt 1, 21

La primera indicación de la naturaleza de su misión sobre la tierra no hace mención de su doctrina, ya que la doctrina sería ineficaz a menos que primero hubiera la salvación. Al mismo tiempo se le dio otro nombre, el de «Emmanuel».

> He aquí que la Virgen concebirá y dará a luz un hijo, y será llamado Emmanuel; que, traducido, quiere decir: Dios con nosotros.

Mt 1, 23

Este nombre fue tomado de la profecía de Isaías, y aseguraba algo además de la divina presencia: junto con el nombre «Jesús», significaba una divina presencia que libera y salva. El ángel también dijo a María:

> Y he aquí que concebirás en tu seno, y darás a luz un hijo, y le darás el nombre de Jesús. Él será grande y será llamado Hijo del Altísimo. El Señor Dios le dará el trono de David su padre, y reinará sobre la casa de Jacob eternamente; y su reino no tendrá fin.

Lc 1, 31-33

El título «Hijo del Altísimo» es el mismo que dio al Redentor el mal espíritu que tenía obseso al joven de Gerasa. De este modo, el ángel caído confesó que Él era lo mismo que el ángel no caído había anunciado que sería:

> ¿Qué quieres de mí, Jesús, Hijo del Dios Altísimo?

Mc 5, 7

La salvación que se promete con el nombre «Jesús» no es una salvación social, sino más bien espiritual. No habría de salvar necesariamente a la gente de la pobreza, sino del pecado. Destruir el pecado es arrancar las raíces de la pobreza. El nombre «Jesús» evocó para los judíos el recuerdo de aquel gran caudillo que los llevó a la tierra prometida. El hecho de que Jesús estuviera prefigurado por Josué indica que poseía las cualidades militares necesarias para la victoria final sobre el mal, victoria que provendría de la aceptación gozosa del sufrimiento, del valor inquebrantable, de la resolución de la voluntad y de la firme devoción al mandato del Padre.

El pueblo judío, esclavizado bajo el yugo romano, anhelaba liberación; de ahí que presintiera que todo cumplimiento profético de Josué tendría algo que ver con la política. Más tarde la gente le preguntaría cuándo iría a liberarlos del poder del césar. Pero aquí, en el mismo comienzo de su vida, el divino soldado afirmaba por medio de un ángel que habría que vencer a un enemigo mayor que el césar. De momento tenían que dar al césar las cosas que fuesen del césar, ya que la misión de Él era librarlos de una tiranía mucho más grande, la del pecado. Durante toda su vida, el pueblo continuaría materializando el concepto de salvación, creyendo que la liberación había de interpretarse solamente en términos de política. El nombre de «Jesús», o «Salvador», no le fue dado

después de haber obrado la salvación, sino en el preciso instante en que fue concebido en las entrañas de su madre. El fundamento de su salvación se hallaba en la eternidad, y no en el tiempo.

«Primogénito»

Y alumbró su Hijo primogénito.

Lc 2, 7

El término «primogénito» no quería decir que nuestra Señora hubiera de dar a luz otros hijos según la carne. Existía siempre un lugar de honor asignado por la ley al primogénito, aun cuando no vinieran otros hijos después. Es posible que Lucas empleara este término con vistas al relato que va a hacer más adelante acerca de la santa Madre al presentar a su Hijo en el templo «como el Hijo primogénito». Los otros hermanos de nuestro Señor mencionados por Lucas no eran hijos de María; eran o bien medio hermanos, hijos de José de un posible matrimonio anterior, o bien primos suyos. María no tuvo ningún otro hijo según la carne. Pero «primogénito» podía significar la relación de nuestra Señora con respecto a otros hijos que podría tener según el espíritu. En tal sentido, su divino Hijo llamó a Juan «hijo» de ella al pie de la cruz. Espiritualmente, Juan fue su «segundo hijo». Posteriormente, san Pablo usó el término «primogénito» en el tiempo de trazar un paralelo con la generación eterna de nuestro Señor como el unigénito del Padre. Fue únicamente a su divino Hijo a quien dijo Dios:

> Pues ¿a cuál de los ángeles dijo jamás: tú eres mi Hijo; yo te he engendrado hoy? Y otra vez: Yo seré su Padre, y él será mi Hijo. Y cuando otra vez vuelve a traer al Primogénito al mundo, dice: Y adórenle todos los ángeles de Dios.

Hebr 1, 5-6

El árbol genealógico de Cristo

Aunque su naturaleza divina procedía de la eternidad, su naturaleza humana tenía una base judía. La sangre que corría por sus venas era de la casa real de David, por medio de su madre, que, aunque pobre, pertenecía al linaje de aquel gran rey. Sus contemporáneos le llamaron el «hijo de David». El pueblo jamás habría consentido mirar como Mesías a ningún pretendiente que no cumpliera este requisito indispensable. Ni tampoco

nuestro Señor desmintió nunca su origen davídico. Únicamente afirmó que su filiación davídica no explicaba las relaciones con que se hallaba unido al Padre en su persona divina.

Las primeras palabras del evangelio de Mateo sugieren la generación de nuestro Señor. El Antiguo Testamento empieza con la generación o génesis del cielo y de la tierra por medio de Dios, el cual creó todas las cosas. El Nuevo Testamento tuvo otra clase de génesis, en el sentido en que describe la creación nueva de todas las cosas. La genealogía que se da en dicho libro implica que Cristo era «un segundo Hombre», y no simplemente uno de entre tantos que habían surgido de Adán. Lucas, que dirigía su evangelio a los gentiles, remontó los ascendientes de nuestro Señor hasta el primer hombre, pero Mateo, que dirigía su evangelio a los judíos, lo presentó como el «hijo de David e hijo de Abraham». La diferencia entre la genealogía que presenta Lucas y la que presenta Mateo es debida al hecho de que Lucas, al escribir a los gentiles, ponía cuidado en dar la ascendencia natural; mientras que Mateo, al escribir a los judíos, puso claro empeñó en demostrar a los judíos que nuestro Señor era el heredero del reino de David. A Lucas le interesa el Hijo del hombre; a Mateo, el rey de Israel. De ahí que Mateo empiece así su evangelio:

Genealogía de Jesucristo, hijo de David, hijo de Abraham.

Mt 1, 1

Mateo presenta las generaciones que van desde Abraham hasta nuestro Señor como si hubieran pasado a través de tres ciclos de catorce cada uno. Sin embargo, ello no representa una genealogía completa. Se mencionan catorce desde Abraham hasta David; catorce desde David hasta el cautiverio de Babilonia, y catorce desde el cautiverio de Babilonia hasta nuestro Señor. La genealogía desborda el fondo judío para incluir a unos pocos no judíos. Debió de haber alguna muy buena razón para ello, como debió de haberla para incluir a otros que no tenían la mejor reputación. Una de estas personas fue la ramera Rahab, y otra fue Rut, que era extranjera, aunque admitida en la nación israelita; un tercer antepasado de mala fama fue la pecadora Betsabé, cuyo pecado con David arrojó oprobio sobre la línea de descendencia real. ¿Por qué había de haber tales manchas en el escudo de armas, como Betsabé, cuya pureza femenina fue mancillada; y Rut, que, aunque moralmente buena, fue un elemento que introdujo sangre extranjera en la descendencia? Posiblemente fue debido a que se quería indicar la relación de Cristo con respecto a los mancillados y

a los pecadores, a las prostitutas, e incluso a los gentiles, los cuales fueron incluidos en su mensaje y en su redención.

En algunas traducciones de la Escritura, la palabra que se emplea para describir la genealogía es la palabra «engendró», por ejemplo: «Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob»; en otras traducciones hallamos la expresión «fue padre de», por ejemplo: «Jeconías fue padre de Salatiel». Una u otra manera de traducir es lo de menos; lo que llama la atención es que esta monótona expresión se usa a lo largo de cuarenta y una generaciones. Pero se omite al llegar a la generación cuarenta y dos. ¿Por qué? Debido al nacimiento virginal de Jesús.

> Y Jacob engendró a José, marido de María; de la cual nació Jesús, que es llamado el Cristo.

Mt 1, 16

Mateo, al trazar la genealogía, sabía que nuestro Señor no era hijo de José. De ahí que desde las primeras páginas del evangelio se presenta a nuestro Señor relacionado con la raza que, no obstante, no le produjo enteramente. Que llegó a formar parte de esta raza era evidente; sin embargo, era distinto de ella.

Si había una sugerencia al nacimiento virginal en la genealogía de Mateo, también la había en la genealogía de Lucas. En Mateo no se dice que José hubiera engendrado a nuestro Señor, y en Lucas se llama a nuestro Señor:

> Hijo (según se creía) de José.

Lc 3, 23

Quería decir con estas palabras que corrientemente se suponía que nuestro Señor era hijo de José. Combinando las dos genealogías: en Mateo, nuestro Señor es hijo de David y de Abraham; en Lucas, es el hijo de Adán y es también la simiente de la mujer que Dios prometió habría de aplastar la cabeza de la serpiente. Personas inmorales son convertidas, mediante la providencia de Dios, en los instrumentos de su divina política: así, David, que asesinó a Urías, es, sin embargo, el canal por el cual la sangre de Abraham fluye hasta la sangre de María. Había pecadores en su árbol genealógico, y Él *parecería* el más grande pecador de todos cuando pendiera del árbol genealógico de la cruz, haciendo a los hombres hijos adoptivos del Padre celestial.

Y pasados los ocho días para circuncidarle, fue llamado Jesús; nombre que le fue puesto por el ángel antes que él fuese concebido.

Lc 2, 21

La circuncisión era el símbolo de la alianza concertada entre Dios y Abraham y su simiente, y tuvo efecto en el octavo día. La circuncisión presumía que la persona circuncidada era un pecador. El Niño estaba ocupando ahora el lugar del pecador, cosa que estaría haciendo a lo largo de toda su vida. La circuncisión era señal y prenda de ser miembro del cuerpo de Israel. El mero nacimiento humano no incorporaba a un niño al pueblo escogido por Dios. Era necesario, además, otro rito, según se registra en el libro del Génesis:

Dios dijo a Abraham:

> Y en cuanto a ti, observarás mi alianza, tú y tu simiente después de ti, de generación en generación. Y he aquí mi alianza que será observada entre mí y vosotros, es decir, tu raza después de ti: que todos vuestros varones sean circuncidados.

Gen 17, 9-11

La circuncisión en el Antiguo Testamento prefiguraba el bautismo en el Nuevo Testamento. Lo uno y lo otro simbolizan que se renuncia a la carne y sus pecados. Lo primero se hacía hiriendo la carne; lo segundo, lavando el alma. Lo primero incorporaba a la criatura en el cuerpo de Israel; lo segundo incorpora a la criatura en el cuerpo del nuevo Israel, o la Iglesia. La palabra «circuncisión» se empleó posteriormente en las Escrituras para revelar el significado espiritual de aplicar la cruz a la carne por medio de la autodisciplina. Moisés, en el Deuteronomio, habló claramente de la circuncisión del corazón. Jeremías también usó la misma expresión. San Esteban, en sus últimas palabras antes de que lo mataran, dijo a sus oyentes que eran incircuncisos de corazón y oídos. Al someterse a este rito, lo cual no necesitaba hacer, porque Él estaba sin pecado, el Hijo de Dios hecho hombre satisfizo las exigencias de su nación, de la misma manera que habría de observar todas las demás normas de los hebreos. Guardó la pascua, guardó el sábado; acudió a las fiestas, obedeció la antigua ley hasta que llegó para Él el momento en que la consumara haciendo reales, y espiritualizándolas, las prefiguraciones de la dispensación de Dios, que hasta entonces lo habían sido sólo en sombra.

En la circuncisión del divino infante hubo una vaga insinuación del Calvario en el precoz derramamiento de sangre. La sombra de la cruz se estaba proyectando ya sobre aquel Niño que no contaba más que ocho días. En su cuerpo se producirían siete derramamientos de sangre, de los cuales aquél era el primero, y los otros serían la agonía en el huerto, la flagelación, la coronación de espinas, el camino de la cruz, la crucifixión y el traspasamiento de su corazón por la lanzada. Pero doquiera que había una alusión al Calvario había también cierta señal de gloria; y en aquel momento en que estaba anticipando su Calvario al derramar parte de su sangre, le fue impuesto el nombre de Jesús.

Un niño de sólo ocho días de edad estaba ya empezando aquel derramamiento de sangre que consumiría su humanidad perfecta. La cuna quedó teñida de carmesí como prenda del Calvario. La preciosa sangre estaba iniciando su larga peregrinación. Dentro de la octava de su nacimiento, Cristo obedecía una ley de la cual Él mismo era autor, una ley que había de encontrar su última aplicación en Él mismo. Había habido pecado en la sangre humana, y ahora la sangre estaba ya siendo derramada para acabar de una vez con el pecado. De la misma manera que el oriente queda teñido por los colores del occidente cuando el sol ya va hacia su ocaso, así la circuncisión reflejaba el sacrificio del Calvario.

¿Es que había de empezar en seguida la redención? ¿Es que no podía aguardar la cruz? Tiempo sobrado habría para ello. Viniendo directamente de los brazos del Padre a los brazos de su madre terrenal, es llevado en los brazos de ésta a su primer Calvario. Muchos años después será tomado de nuevo en brazos de ella, tras el magullamiento de la carne, cuando la obra del Padre haya sido consumada.

La presentación en el templo

En Belén habíase encontrado en un exilio; en la circuncisión fue un salvador anticipado; ahora, en la presentación, se convertía en un signo de contradicción. Cuando Jesús fue circuncidado, María fue purificada, aunque Él no necesitaba lo primero, porque era Dios, y ella no necesitaba lo segundo, porque había sido concebida sin pecado.

> Y cuando llegó el día en que, según la ley de Moisés, debían ser purificados, lo llevaron a Jerusalén, para presentarlo al Señor.
>
> Lc 2, 22

El hecho del pecado en la naturaleza humana viene subrayado no sólo por la necesidad de sufrir dolor para expiarlo en la circuncisión, sino también por la necesidad de purificación. Desde que Israel había sido liberado de la tiranía de los egipcios, una vez el ángel exterminador hubo dado muerte a los primogénitos de aquéllos, los judíos consideraron siempre a sus hijos primogénitos como dedicados a Dios.

Cuarenta días después de su nacimiento, que era el término indicado para un hijo varón, según la ley de Moisés, Jesús fue llevado al templo. En el Éxodo se decretaba que el primogénito pertenecía a Dios. En el libro de los Números, la tribu de Leví fue segregada de las demás tribus para desempeñar la función sacerdotal, y esta dedicación sacerdotal se entendía como substitución del sacrificio del primogénito, rito que jamás fue practicado. Pero, cuando el divino Niño fue llevado al templo por María, la ley de la consagración del primogénito fue observada en todos sus detalles, ya que la dedicación de este Niño al Padre era absoluta y lo conduciría hasta la cruz.

Encontramos aquí otro ejemplo de cómo Dios en su forma humana compartió la pobreza de la humanidad. Las ofrendas tradicionales para la purificación eran un cordero y una tórtola si los padres eran ricos, y dos tórtolas o dos palomas si los padres eran pobres. Así, la madre que trajo al mundo al Cordero de Dios no tuvo ningún cordero que ofrecer... salvo el Cordero de Dios. Dios fue presentado al templo a la edad de cuarenta días. Unos treinta años más tarde, Él mismo reclamaría el templo y lo emplearía como símbolo de su propio cuerpo, en el que habitaba la plenitud de la Divinidad. Ahora no era solamente el primogénito de María el que era presentado, sino el primogénito del eterno Padre. Siendo el primogénito del Padre, era presentado ahora como el primogénito de una humanidad restaurada. Una nueva raza comenzaba por medio de Él.

El carácter del hombre llamado Simeón, que se encontraba en el templo y que tomó en sus manos al Niño, se describe de esta manera tan sencilla:

> Este hombre era justo y piadoso, y esperaba la consolación de Israel.
>
> Lc 2, 25

> Le había sido revelado por el Espíritu santo: Que no vería la muerte antes que viese al Cristo del Señor.
>
> Lc 2, 26

Estas palabras parecen dar a entender que, tan pronto como uno ve a Cristo, el aguijón de la muerte desaparece. El anciano, tomando al Niño en sus brazos, exclamó con alegría:

> Ahora, oh Maestro, puedes, conforme a tu palabra, dejar que tu servidor se vaya en paz, porque mis ojos han visto tu salvación, que tú has preparado en presencia de todos los pueblos; luz para iluminar las naciones, y gloria de tu pueblo Israel.

Lc 2, 29-32

Simeón era como un centinela al que Dios hubiera enviado para vigilar la aparición de la Luz. Cuando la Luz por fin apareció, él se hallaba ya dispuesto a entonar su *Nunc dimittis.* En el Niño pobre, llevado por unos padres pobres que hacían una ofrenda pobre, Simeón descubrió la riqueza del mundo. Cuando este anciano tenía en sus manos al Niño, no era como el anciano de que nos habla Horacio. No miraba hacia atrás, sino hacia delante, y no sólo al futuro de su propio pueblo, sino al futuro de todos los gentiles de todas las tribus y naciones de la tierra. Un anciano que en el ocaso de su vida hablaba de la promesa de un nuevo día. Con los ojos de la fe había visto anteriormente al Mesías; ahora podía cerrar los ojos de la carne porque ya no había cosa más hermosa sobre la cual mirar. Algunas flores se abren sólo al atardecer. Lo que acababa de ver ahora era la «Salvación», no la salvación de las garras de la pobreza, sino la salvación de los lazos del pecado.

El himno de Simeón fue un acto de adoración. Hay tres actos de adoración descritos en los primeros años de la vida del divino niño. La adoración por parte de los pastores, la de Simeón y Ana, la profetisa, y la de los magos paganos. El cántico de Simeón fue como un ocaso en que una sombra anuncia una substancia real. Fue el primer himno entonado por un ser humano en la vida de Cristo. Simeón, aunque se dirigía a María y a José, no se dirigió directamente al Niño. No habría estado bien que hubiese dado su bendición al que era el Hijo del Altísimo. Bendijo a ellos, mas no bendijo al Niño.

Después de este himno de alabanza, se dirigió solamente a la madre; Simeón sabía que era ella, y no José, quien estaba relacionada directamente con el Infante que sostenía en sus brazos. Vio además que se cernían para ella graves dolores y amarguras, mas no para José. Simeón dijo así:

He aquí que este Niño es puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel, y para señal de contradicción.

Lc 2, 34

Fue como si toda la historia del divino Niño pasara ante los ojos del anciano. Todos los detalles de aquella profecía habían de cumplirse en la vida de aquella criatura. Aquí se aludía claramente a la cruz, en un momento en que los diminutos brazos del Infante ni siquiera eran todavía lo suficientemente robustos para extenderse y formar una cruz. El Niño crearía una terrible lucha entre el bien y el mal, arrancando la careta de los rostros de todos, provocando así un odio terrible. Sería inmediatamente piedra de escándalo, espada que separaría lo malo de lo bueno y piedra de toque que revelaría los motivos y disposiciones de los corazones humanos, los hombres ya no serían los mismos en el momento en que hubieran oído su nombre y aprendido acerca de su vida. Se verían obligados o bien a aceptarle o a rechazarle. Sobre Él no podría haber nada semejante a un compromiso: sólo sería posible aceptarle o rechazarle, la resurrección o la muerte. Por su misma naturaleza, haría que los hombres revelaran sus respectivas actitudes secretas hacia Dios. Su misión sería no poner las almas a prueba, sino redimirlas; y, sin embargo, porque sus almas eran pecadoras, algunos hombres detestarían la venida de Él.

Desde entonces, su sino sería hallar oposición fanática de parte de la humanidad hasta la muerte misma, y ello envolvería a María en crueles sinsabores. El ángel le había dicho: «Bendita tú entre las mujeres», y Simeón le estaba diciendo ahora que en su bienaventuranza sería Mater Dolorosa. Uno de los castigos del pecado original era que la mujer alumbraría a sus hijos con dolor; Simeón le decía que ella continuaría viviendo en el dolor de su Hijo. Si Él había de ser el Varón de Dolores, ella sería Madre de Dolores. Una Madona sin sufrimientos, junto a un Cristo sufriente, sería una Madona sin amor. Porque Cristo amó tanto a la humanidad, que quiso morir para expiar su culpa, quería también que su madre fuera envuelta en los pañales de sus propios sufrimientos.

Desde el momento en que hubo escuchado aquellas palabras de Simeón, ya nunca más volvería a levantar las manitas del Niño sin ver en ellas una sombra de los clavos; toda puesta de sol sería para ella una imagen teñida en sangre de la pasión de su Hijo. Simeón retiró la vaina que ocultaba el futuro a los ojos humanos e hizo que la acerada hoja del color del mundo brillara ante los ojos de María. Cada pulsación que advirtiera en las diminutas muñecas de su hijito sería para ella como el eco

de un martillazo inminente. Si Él estaba siendo dedicado para la salvación mediante el sufrimiento, lo mismo cabía decir de ella. No bien acababa de ser botada al mar del mundo aquella joven vida, cuando ya Simeón, viejo marinero, hablaba de naufragios. Todavía ninguna copa de amargura procedente del Padre había rozado los labios del Niño, cuando una espada era mostrada ya a su Madre.

Cuanto más se acerca Cristo a un corazón, tanto más se hace éste consciente de la propia culpa; entonces pedirá clemencia y encontrará la paz, o, por el contrario, le volverá la espalda porque no se halla todavía preparado para renunciar a su condición de pecador. Así, Cristo separará a los buenos de los malos, el trigo de la paja. La reacción del hombre ante esta divina presencia constituirá la prueba: o bien provocará la oposición de las naturalezas egotistas, o, por el contrario, las galvanizará para regeneración y resurrección.

Simeón le estaba llamando prácticamente el «divino Perturbador», aquel que movería a los corazones humanos a declararse por el bien o por el mal. Una vez puestos delante de Él, tendrían que decidirse por la luz o por las tinieblas. Delante de otro cualquiera podían ser «tolerantes»; pero su presencia los desenmascara para que se vea si son terreno fértil o roca estéril. No puede llegar a los corazones sin iluminarlos y dividirlos; una vez ante su presencia, un corazón descubre a la vez los propios pensamientos acerca del bien y acerca de Dios.

Esto jamás podría ser así si Él hubiera sido simplemente un maestro humanitario. Simeón lo sabía muy bien, y dijo a la Madre de nuestro Señor que su Hijo sufriría porque su vida estaría en oposición a las máximas complacientes con que la mayoría de los hombres gobiernan su vida. Actuaría de manera distinta según las almas, del mismo modo que el sol al iluminar la cera la ablanda y al iluminar el barro lo endurece. No hay diferencia en el sol, sino únicamente en los objetos que ilumina. Siendo la Luz del mundo, constituiría un gozo para los buenos y que aman la luz; pero sería como un proyector de exploración para los malos que prefiriesen vivir en las tinieblas. La simiente es la misma, pero el suelo es diferente, y cada suelo será juzgado conforme a la manera como reaccione la semilla. La voluntad de Cristo viene limitada por la libre reacción de cada alma en el sentido de aceptar o de rechazar. Esto es lo que quería decir Simeón con estas palabras:

> A fin de que sean manifestados los pensamientos de muchos corazones.

Lc 2, 35

Una fábula oriental nos habla de un espejo mágico que permanecía límpido cuando las personas buenas se miraban en él, y se empañaba al reflejarse en él los malvados. Así, el dueño podía saber siempre cuál era el carácter de los que se servían del espejo. Simeón estaba diciendo a la Madre de Cristo que su Hijo sería como este espejo: los hombres le amarían o le odiarían según sus propias reacciones. Una luz que se proyecta sobre una sensible placa fotográfica deja impreso un cambio químico que ya no puede borrarse. Simeón estaba diciendo que la luz de aquel Niño marcaría sobre cada uno el sello indeleble de su presencia.

Simeón dijo también que el Niño revelaría las verdaderas disposiciones internas de las personas. Pondría a prueba los pensamientos de todos los que habrían de cruzarse en su camino. Pilato contemporizaría y luego vacilaría; Herodes se mofaría; Judas se inclinaría hacia una especie de ambiciosa seguridad social; Nicodemo se escabulliría entre las tinieblas en busca de la Luz; los publicanos se volverían honrados; puras, las prostitutas; los jóvenes ricos rechazarían la pobreza de Él; los pródigos regresarían a sus hogares; Pedro se arrepentiría; un apóstol se ahorcaría. Desde aquel día hasta el de hoy sigue siendo blanco de contradicción. Era adecuado, por tanto, que muriese en un leño cuyo madero vertical contradijera a su madero horizontal. El madero vertical de la voluntad de Dios viene negado por el madero horizontal de la voluntad humana contradictoria. Así como la circuncisión apuntaba hacia el derramamiento de sangre, la purificación precedía su crucifixión.

Después de haber dicho que sería señal de contradicción, Simeón se volvió a la madre y añadió:

> A ti misma una espada te traspasará el alma.

Lc 2, 35

Le dijo que su Hijo sería rechazado por el mundo, y que con su crucifixión vendría la transfixión de ella. De la manera que Él quería la cruz para sí, quería también la espada del dolor para su Madre. Si escogió ser Varón de Dolores, eligió también para ella que fuera Madre de Dolores. Dios no siempre escatima a los buenos el sufrimiento. El Padre no perdonó al Hijo, y el Hijo no perdonó a la Madre. Con su pasión, ha de haber la compasión de ella. Un Cristo sin dolor, que no pagara libremente por la culpa humana, quedaría reducido al nivel de un guía ético; y una Madre que no compartiera sus sufrimientos, no sería digna del gran papel que tenía que desempeñar.

Simeón no sólo desenvainó una espada, sino que dijo también dónde la providencia tenía destinado que se blandiera. Posteriormente, aquel Niño habría de decir: «He venido a traer espada.» Simeón dijo a María que sentiría su espada en su corazón cuando su Hijo estuviera colgando de la señal de contradicción, y. ella estaría debajo, traspasada por la pena. La lanza que físicamente traspasaría el corazón de Cristo traspasaría también místicamente el corazón de María. El Niño había venido para morir, no para vivir, ya que su nombre era «Salvador».

Los magos y la degollación de los inocentes

Simeón había predicho que el divino Infante sería una luz para las naciones. Las naciones, o los gentiles, estaban ya en marcha. A su nacimiento asistieron los magos de Oriente, o los científicos del Este; a su muerte estarían los griegos, o los filósofos del Oeste. El salmista había profetizado que los reyes de Oriente vendrían a rendir homenaje a Emmanuel. Siguiendo una estrella, llegaron a Jerusalén para preguntar a Herodes dónde había nacido el rey.

> He aquí que magos venidos de Oriente se presentaron en Jerusalén, y preguntaron: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque vimos elevarse su estrella, y hemos venido para rendirle homenaje.

Mt 2, 1-2

Fue una estrella la que los guió. Dios habló a los gentiles por medio de la naturaleza y de los filósofos; a los judíos, por medio de profecías. El tiempo estaba en sazón para la venida del Mesías, y el mundo entero tuvo noticia de ello. Aunque eran astrólogos, el ligero vestigio de verdad que existía en su ciencia de los astros los guió hasta el astro surgido de Jacob, de la misma manera que el «Dios desconocido» de los atenienses dio posteriormente a san Pablo ocasión para hablarles del Dios al que no conocían, pero que vagamente deseaban. Aunque venían de una tierra que adoraba las estrellas, renunciaron a aquella religión, ya que se postraron de rodillas y adoraron al que había hecho las estrellas. En cumplimiento de las profecías de Isaías y Jeremías, los gentiles «vinieron a Él desde los cabos de la tierra». La estrella, que desapareció mientras el rey Herodes estaba hablando con los magos, reapareció finalmente y se detuvo sobre el lugar en que el Niño había nacido.

Y viendo la estrella, se llenaron de una gran alegría. Y habiendo entrado en la casa, hallaron al Niño con María, su madre; y se prosternaron ante Él. Abrieron sus cofres, y le ofrecieron dones como presentes: oro, incienso y mirra.

Mt 2, 10-11

Isaías había profetizado:

Multitud de camellos te cubrirá, dromedarios de Madián y de Efa, vendrán todos los de Sabá con sus dones de oro e incienso, y publicarán alabanzas del Señor.

Is 6o, 6

Le trajeron tres dones: oro para honrar su realeza, incienso para honrar su divinidad, y mirra para honrar su humanidad, que estaba destinada a la muerte. Mirra fue usada en su entierro. El pesebre y la cruz volvían a relacionarse, ya que en uno y otra hubo mirra.

Cuando los magos llegaron de Oriente con dones para el Niño, Herodes el Grande conoció que había llegado el momento de nacer el rey tan claramente anunciado a los judíos, y que de una manera tan vaga latía en las aspiraciones de los gentiles. Pero, al igual que todos los hombres de mente carnal, carecía de sentido espiritual y, por tanto, creyó con toda seguridad que el rey sería un rey político. Hizo investigaciones para saber dónde se decía que había de nacer el Cristo. Los príncipes de los sacerdotes y los doctores le dijeron: «en Belén de Judea, ya que así ha sido escrito por el profeta». Herodes dijo que quería adorar al Niño. Pero sus actos demostraron que realmente lo que quería decir era lo siguiente: «Si ése es el Mesías, debo matarle.»

Entonces Herodes, viéndose burlado por los magos, se enfureció sobre manera; y ordenó matar en Belén y su región a todos los niños menores de dos años.

Mt 2, 16

Herodes será siempre el modelo de aquellos que investigan la religión, pero jamás actúan correctamente según el conocimiento que reciben. Al igual que los que anuncian viajes y conocen todas las estaciones, pero no van a ninguna. El conocimiento de la mente de nada aprovecha, a menos que vaya acompañado de la sumisión de la voluntad y de la acción correcta.

Los totalitarios se complacen en decir que el cristianismo es el enemigo del Estado, lo cual es una forma eufemística de decir que es enemigo de ellos mismos. Herodes fue el primer totalitario que se dio cuenta de esto; comprendió que Cristo era enemigo suyo antes de que hubiese cumplido dos años. ¿Era posible que un niño nacido bajo tierra, en una cueva, hiciera temblar a los poderosos y a los reyes? ¿Era posible que Él, que aún no tenía ningún *demos,* ningún pueblo, tras Él, pudiera ser el enemigo de la *democracia,* o gobierno del pueblo? Un niño meramente humano no podía provocar tal acto de violencia por parte del Estado. El zar no temió a Stalin, hijo de un zapatero remendón, cuando tenía dos años de edad; no desterró al hijo del zapatero y a su madre temiendo que un día llegara a ser una amenaza para el mundo. Del mismo modo, ninguna espada fue suspendida sobre la cabeza de Hitler niño, ni tampoco el gobierno se movilizó contra Mao Tse-tung cuando éste se hallaba todavía en pañales, por temor a que algún día entregara China a la hoz homicida. ¿Por qué, entonces, los soldados fueron llamados contra aquel niño judío? Seguramente porque los que poseen el espíritu del mundo abrigan odio y celos instintivos contra el Dios que reina sobre los corazones humanos. El odio que el segundo Herodes manifestaría contra Cristo en su muerte, tuvo su prólogo en el odio de su padre, Herodes el Grande, contra Cristo niño.

Herodes temía que quien venía a traer una corona celestial pudiera robarle su corona de oropel. Pretendía querer ir a ofrecer dones, pero el único don que quería ofrecer era la muerte. A menudo los hombres malvados esconden sus malas intenciones bajo la capa de la religión: «Yo soy una persona religiosa, pero...». Los hombres pueden hacer investigaciones acerca de Cristo por dos razones: para adorar o para perjudicar. Algunos incluso emplearían la religión para sus malos propósitos, como Herodes hizo con los magos. Las investigaciones acerca de la religión no producen los misinos resultados en todos los corazones. *Lo que* las personas preguntan acerca de la Divinidad no es jamás tan importante como *por qué* lo preguntan.

Antes de que Cristo cumpliera dos años, hubo un derramamiento de sangre por su causa. Fue el primer atentado contra su vida. Una espada para el Niño; piedras para el Hombre; al final, la cruz. Tal era la forma en que los suyos le recibían. Belén fue la aurora del Calvario. La*ley de sacrificio, que se enroscaría alrededor de Él y de sus apóstoles, y en torno a tantos de sus seguidores en los siglos venideros, comenzaba ya a operar al arrebatar aquellas tiernas vidas que tan felizmente conmemoramos en la fiesta de los Santos Inocentes. Una cruz invertida para Pedro, un empujón

de lo alto del pináculo del templo para Santiago, un cuchillo para Bartolomé, una caldera de aceite hirviendo, seguida de una larga espera, para Juan, una espada para Pablo, y muchas espadas para los inocentes niños de Belén. «El mundo os odiará», prometió Cristo a todos los que estuvieran marcados con su sello. Aquellos inocentes murieron por el rey al que nunca habían conocido. Igual que corderillos, murieron por causa del Cordero, prototipos de una larga procesión de mártires... niños que nunca lucharon, pero que recibieron su corona. En la circuncisión, Él derramó parte de su sangre; ahora su venida anuncia que también otros derramarán la suya por la causa de Él. Así como la circuncisión fue la señal de la antigua Ley, la persecución sería la señal de la Ley nueva. «Por causa de mi nombre», dijo Él a sus apóstoles que serían odiados. Todas las cosas que le rodean hablan de su muerte, porque tal era el propósito de su venida. La misma puerta de entrada del establo en que nació estuvo marcada con sangre, lo mismo que el dintel de los judíos en Egipto. Inocentes corderos sangraron por Él en los siglos pasados; ahora niños inocentes sin mancha, corderillos humanos, sangraban por Él. Pero Dios advirtió a los magos que no volvieran a ver a Herodes.

> Así regresaron a su tierra por otro camino.

Mt 2, 12

Nadie que alguna vez se encuentre con Cristo con buena voluntad emprenderá el regreso por el mismo camino por el cual llegó. Ofuscado por su propósito de matar al Divino, el enfurecido tirano ordenó sin discriminación la matanza de todos los niños varones menores de dos años. Hay más de una manera de limitar la natalidad.

María se hallaba preparada ya para la cruz en la vida de su Hijo, pero José, que se movía en un inferior nivel de conciencia de lo que estaba sucediendo, precisaba la revelación de un ángel que le dijese que llevara a Egipto al Niño y a su madre.

> Levántate, y toma al Niño y a su madre, y huye a Egipto; y estate allí hasta que yo te lo diga; porque Herodes buscará al niño para destruirle. José se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y partió para Egipto; y estuvo allí hasta la muerte de Herodes.

Mt 2, 13

El exilio había de ser el sino de nuestro Salvador; de lo contrario, los millones de exilados de países perseguidos estarían sin un Dios que

comprendiera la agonía de una huida espantosa y la desdicha de carecer de hogar. Con su presencia en Egipto, el Niño salvador consagró una tierra que había sido el enemigo tradicional de su pueblo, y así dio esperanza a otras tierras que más tarde le rechazarían. Se realizó un Éxodo a la inversa cuando el divino Niño hizo de Egipto su hogar provisional. María cantaba ahora como había hecho antes Miriam, mientras un segundo José custodiaba el pan viviente que los corazones humanos anhelaban. La matanza de los inocentes perpetrada por Herodes recuerda la matanza de niños israelitas que ordenó hacer el faraón, y lo que ocurrió al morir Herodes recordó el Éxodo original. Cuando murió Herodes el Grande, un ángel ordenó a José que regresara a Galilea. Regresó y se estableció allí, dando cumplimiento a lo que habían dicho los profetas: «Será un nazareno».

> Y como lo hubiesen cumplido todo conforme a la ley del Señor, se volvieron a Galilea, a su misma ciudad de Nazaret.

Lc 2, 39

El término «nazareno» era despectivo. El pueblecillo estaba situado fuera de las rutas principales, que discurrían al pie de las montañas; Nazaret se halla acurrucada entre las montañas, fuera del alcance de los mercaderes griegos, de las legiones romanas y de los viajeros refinados. No se la menciona en las geografías antiguas. Su nombre era muy adecuado, porque era realmente como un *netzer,* un retoño que creciera sobre el tocón de un árbol. Siglos antes, Isaías había profetizado que una «rama» o un «retoño», o un *netzer,* brotaría de las raíces del país; parecería de poca importancia, y muchos lo despreciarían, pero finalmente dominaría sobre la tierra. El hecho de que Cristo tuviera su residencia en un pueblo despreciado simbolizaba la oscuridad e ignominia que se abatiría sobre Él y sobre sus seguidores. El nombre «Nazaret» sería clavado sobre su cabeza en la «señal de contradicción», como un repudio sarcástico de sus pretensiones. Antes de esto, cuando Felipe dijo a Natanael:

> Hallamos a aquel de quien escribió Moisés en la ley, y los profetas, a Jesús de Nazaret, hijo de José,

Jn 1, 45

Natanael habría de replicarle:

> ¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?

Jn 1, 46

A veces se piensa que las grandes ciudades contienen toda la sabiduría, mientras que las ciudades pequeñas son miradas como atrasadas y poco progresivas. Cristo escogió para gloria de su nacimiento la insignificante Belén; la ridiculizada Nazaret para su juventud; pero la gloriosa, la cosmopolita Jerusalén, para la ignominia de su muerte. La pregunta: «¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena?» no es sino el preludio de ésta: «¿De un hombre que muere en una cruz puede acaso salir alguna cosa redentora?»

Nazaret sería el lugar de humillación para Él, el campo de entrenamiento para el Gólgota. Nazaret se hallaba en Galilea, y toda la Galilea era una región despreciada a los ojos de la gente de Judea, más culta. El dialecto galileo se consideraba rudo y poco armonioso; así, cuando Pedro negó a nuestro Señor, la criada le hizo ver que su modo de hablar le traicionaba e indicaba que había estado en compañía del Galileo. Nadie., por tanto, había esperado que de Galilea viniera un maestro; y, sin embargo, el Galileo era la Luz del mundo. Dios escoge las cosas necias del mundo para confundir a los orgullosos y engreídos. Natanael no hacía más que expresar un prejuicio que probablemente es tan viejo como la misma humanidad; se juzga a las personas y lo que éstas saben por los lugares de donde proceden. La sabiduría mundana proviene de donde esperamos que venga: de los *best-sellers,* o libros de mucha venta, de los «clásicos», de las universidades. La divina sabiduría viene de barrios y regiones insospechados, ridiculizados por el mundo. La ignominia de Nazaret seguiría pesando sobre Él posteriormente. Sus oyentes comentarían burlonamente:

¿Cómo sabe letras sin haber estudiado?

Jn 7, 15

Mientras esto era un tributo, dado de mala gana, a su sabiduría, era también una mofa de su pueblo «atrasado»... ¿Cómo sabía letras? Ellos no sospechaban la verdadera respuesta; que además del saber de su humano entendimiento poseía una sabiduría que no había aprendido en la escuela, ni autodidácticamente, ni incluso de Dios en el sentido en que Dios habían enseñado a los profetas. Aprendió de su Madre y de la sinagoga del pueblo, pero los secretos de su conocimiento han de buscarse en su unidad con el Padre celestial.

En la primera pascua después de que Jesús hubiera cumplido los doce años, sus padres le llevaron con ellos a Jerusalén, junto con otras personas de Nazaret. La ley exigía que todos los judíos asistieran a las tres grandes fiestas: la pascua, Pentecostés y la fiesta de los tabernáculos. Cuando el divino Niño subió al templo, probablemente siguió todos los preceptos de la Ley judaica. A los tres años se le había dado un vestido adornado con borlas; a los cinco aprendió, bajo la dirección de su Madre, partes de la ley escritas sobre rollos; a los doce empezó a llevar filacterias, que los judíos se ponían siempre para rezar las oraciones de cada día. Había varios días de camino para ir por las estrechas carreteras desde Nazaret a la Ciudad Santa. Como todos los peregrinos, probablemente la sagrada familia cantaba durante la marcha los salmos penitenciales, y el salmo 121 se entonaba cuando se divisaban los muros del templo.

José debió de ir al templo a matar el cordero pascual. Como el Niño se hallaba en edad legal para las ceremonias del templo, debió de contemplar cómo la sangre del cordero era derramada por la herida y esparcida sobre el altar en el sentido de los cuatro puntos cardinales. Una vez más tenía la cruz ante sus ojos. También debió de ver cómo preparaban para la cena la res muerta. Esto se hacía, según la ley, pasando dos broquetas de madera por el cuerpo, una a través del pecho y la otra por las patas delanteras, de suerte que el cordero parecía hallarse crucificado.

Cumplidos los ritos, hombres y mujeres partían en caravanas separadas, para volver a encontrarse por la noche. Pero el muchacho Jesús, sin saberlo sus padres, se quedó en Jerusalén. Ellos, creyendo que se hallaba entre sus compañeros, habían caminado toda una jornada cuando lo echaron de menos. De esta manera fue como Jesús estuvo «perdido» durante tres días. En toda su infancia se habló siempre de «contradicción», «espadas», «no hay sitio», «exilio», «matanza», y ahora se trataba de «pérdida», «desaparición». En aquellos días, María vino a conocer uno de los efectos del pecado: la pérdida de Dios. Aunque ella era sin pecado, conoció, sin embargo, los temores y la soledad, las tinieblas V la desolación que todo pecador experimenta cuando pierde a Dios. Era una especie de juego al escondite, aunque glorificado. Le pertenecía, y por esto le buscaba. Él se hallaba ocupado en el negocio de la redención, y por esto la dejó y se fue al templo. Ella tuvo la «noche oscura» corporal en Egipto; ahora tendría su «noche oscura» del alma en Jerusalén. Las madres deben ser adiestradas en llevar cruces. No solamente su cuerpo, sino también su

alma habrían de pagar bien caro el privilegio de ser la Madre de Él. Más tarde habría de sufrir otra pérdida de su Hijo durante parte de tres días, desde viernes santo hasta domingo de resurrección. Aquella primera pérdida era parte de su entrenamiento.

A Cristo se le encuentra siempre en lugares inesperados; en un pesebre, dondé es encontrado por los magos; en una pequeña ciudad, despreciada incluso por los apóstoles. Sus padres le encontraron ahora inesperadamente en el templo. El templo ejercía una intensa fascinación sobre Él, ya que era la miniatura o el modelo del cielo; la casa del Padre era su hogar, y Él se sentía allí como en casa.

En el templo había una escuela en la que enseñaban cierto número de rabinos. El amable Hillel vivía probablemente aún, y tal vez se hallaba en el templo, presente en la discusión del divino Niño. El hijo de Hillel, el rabino Simeón, y su nieto, más sabio todavía, Gamaliel, futuro maestro de san Pablo, puede que también formaran parte del grupo, aunque Gamaliel por entonces debía de tener la misma edad que Jesús. Anás acababa de ser nombrado sumo sacerdote, y seguramente, si no se hallaba presente, debió de oír hablar del divino Niño.

> En la escuela de los rabinos lo encontraron María y José. Sentado en medio de los doctores, oyéndoles y preguntándoles; y todos los que le oían quedaban asombrados de su inteligencia y de sus respuestas.

Lc 2, 46-47

El hecho de que se hallara sentado en medio de los doctores quería indicar que le recibieron no como un discípulo, sino como un maestro. Existe cierta restricción en el evangelio, referente a esta escena, que contrasta grandemente con ciertos escritos apócrifos. El evangelio de Tomás, que pertenece al siglo n y no es admitido, describe a nuestro Señor como maestro en tal ocasión. Un evangelio arábigo de un período posterior presenta efectivamente al Señor disertando sobre metafísica y astronomía. Sin embargo, los evangelios revelados siempre mostraron una gran reserva, hasta el punto de minimizar las cosas al tratarse de describir la vida de nuestro Señor.

> Y viéndole ellos, quedaron atónitos.

Lc 2, 48

Quedaron atónitos probablemente al ver el caudal de conocimientos que demostraba poseer. El salmista había sugerido que Él tenía mayores

conocimientos que sus maestros porque había estudiado los testimonios escritos de Dios. El asombro podía haberse ' producido también por el hecho de que a veces le resulta difícil a una madre darse cuenta de que su hijo va creciendo de prisa y se convierte en hombre, asegurando sus propios fines individuales en la vida.

En un país en que la autoridad del padre era absoluta, no fue José, el padre adoptivo, el que habló, sino María en su lugar:

> Hijo, ¿por qué nos hiciste esto? He aquí que tu padre y yo te hemos buscado angustiados.

Lc 2, 48

En esta pregunta venía involucrado el nacimiento virginal de Jesús. También insistía más en el hecho de que Él era hijo de *ella,* que en el hecho de que era Hijo de Dios. Esta distinción viene además subrayada al añadir una nota acerca de la paternidad, al decir: «tu padre y yo».

El divino Niño respondió haciendo una distinción entre aquel a quien Él honraba como padre en la tierra y el Padre eterno. Esta respuesta marcaba una bifurcación en el camino; no disminuía el deber filial que Él debía a María y a José, ya que inmediatamente después de esto volvió a someterse a su tutela, pero colocaba decididamente este deber en segundo lugar.

Éstas son las primeras palabras de Jesús registradas en el evangelio, y se hallan en forma de pregunta:

> ¿Y por qué me buscabais? ¿No sabíais que me debo a las cosas de mi Padre?

Lc 2, 49

Esto hace evidentemente alusión a las palabras de María: «tu padre y yo». Al decir a su Madre que debería saber que se hallaba ocupado en las cosas de su Padre, evidentemente se refería a lo que el ángel le había dicho en la anunciación:

> El Espíritu santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te tomará bajo su sombra, por esto el Niño será santo y será llamado Hijo de Dios.

Lc 1, 35

El parentesco que le unía a su propia Madre volvería a ser sacado a colación en las bodas de Caná; aquí establecía ahora el carácter de

parentesco que le unía a su padre adoptivo. Desautorizaba la paternidad física al reclamar su divina paternidad, la de su Padre celestial. En Caná diría a su Madre:

> Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo?
>
> Jn 2, 4

Entonces se refería a una maternidad distinta de la maternidad de la carne, tal como ahora se estaba refiriendo a una paternidad diferente de la ejercida por José. A partir de este momento, José ya no vuelve a aparecer en los evangelios.

En el templo, nuestro Señor se substrajo a la pretensión de su padre adoptivo, de la misma manera que en Caná se substraería a las exigencias de su Madre. Su propósito supremo era ser un Salvador; pero de momento esto incluía la obediencia a sus tutores terrenales. El Niño daba a entender que había en la historia algo que debían conocer su Madre y su padre adoptivo, algo que justificaba que Él se encontrara donde se encontraba, y que les prohibía estar angustiados por El. Por esta razón preguntó: «¿Por qué me buscabais?» Y añadió: «¿No sabíais que me debo a las cosas de mi Padre?» Les estaba diciendo que tenía que estar en el templo de su propio Padre. Éste fue el primero de los muchos «yo debo» que pronunció el Señor durante su vida para indicar que se hallaba bajo un mandato, bajo la obediencia de ser un rescate para la humanidad. El hecho mismo de que asociara la palabra «debo» con su Padre celestial indica que su condición de hijo implicaba obediencia. A la edad de doce años estaba haciendo algo que habría sido molesto para su naturaleza humana, pero toda su naturaleza se sometía al cumplimiento de aquel divino «yo debo».

Si hay algo que haga desvanecer la falsa suposición de que la conciencia de Jesús en cuanto a su unión con su Padre se fue desarrollando gradualmente, es este texto, en el que siendo Él un muchacho de doce años aludía a su misterioso origen y al peculiar carácter de adopción de su padre putativo, así como su perfecta conciencia de que estaba unido con la Divinidad; los impulsos divinos, tan frecuentes en su vida, que le obligaban a actuar en determinado sentido, fueron advertidos clara y profundamente por Él mismo. A menudo usó la palabra «deber».

> *Debo* predicar el reino de Dios.
> *Debo* habitar en tu casa.
> *Debo* hacer las obras del que me envió.
> El Hijo del hombre *debe* sufrir muchas cosas.

El Hijo del hombre *debe* ser levantado en alto.
El Hijo del hombre debe padecer para entrar en su gloria.
El Hijo del hombre debe resucitar.

Siempre hablaba como quien ha de obedecer órdenes de otro. Libre de los impulsos de la herencia, de las circunstancias o de la familia, este muchacho de doce años afirmaba que se hallaba ligado por un compromiso celestial. Por ello preguntó por qué le andaban buscando. Se mostró sorprendido de que se les hubiera ocurrido una explicación de su desaparición que no fuera la de que se hallaba obedeciendo la voluntad de su Padre. El imperativo del amor divino se revelaba en su «debo». No existía diferencia fundamental entre el muchacho del templo y el hombre que había de declarar que «había de ser levantado en alto» en la cruz. Habría de morir porque quería salvar. Su obediencia filial al Padre coincidía con su compasión por los hombres. Ello no constituiría tragedia alguna, ya que «el Hijo del hombre debe resucitar al cabo de tres días». Su propósito fue revelado gradualmente a la mente de los hombres; pero no hubo ninguna revelación gradual en su mente, ningún nuevo entendimiento de por qué había venido a este mundo.

Lo que su Padre, después de tres días en el templo le señalaba, no era diferente de lo que le prescribe al cabo de los tres días en el sepulcro. Al igual que todos los demás sucesos de su infancia, éste atestiguaba la misión de la cruz. Todos los hombres nacen para vivir; Él había nacido para las cosas del Padre, y estas cosas consistían en morir y salvar a continuación por medio de su muerte. Estas primeras palabras registradas semejan los capullos de una pasionaria. En el día de la resurrección, María le hallaría de nuevo en el templo... el templo de su cuerpo glorificado.

La espada estaba aproximándose ya al corazón de María antes que la cruz estuviera viniendo al encuentro de su Hijo, porque ella estaba experimentando ya la aguda separación. En la cruz proferiría, en su naturaleza humana, el grito de su suprema agonía: «¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?» Pero María profirió este grito cuando Él era todavía un muchacho, perdido en el templo. Los dolores más lacerantes del alma son los que Dios impone, como este que Jesús impuso a su Madre. Las criaturas pueden hacerse daño unas a otras sólo externamente, pero la llama purificadora de Dios puede penetrar en sus almas a modo de una espada de dos filos. Las dos naturalezas de Cristo estaban enseñando a María al mismo tiempo a que se preparara para su vida de dolor: su naturaleza humana, al ocultar la hermosura de su faz duramente aquellos

tres días, que mejor pudieran decirse tres noches; su naturaleza divina, al proclamar que el Padre le había enviado a la tierra para realizar las cosas del cielo, que consistían en abrir el cielo para la humanidad mediante el pago de la deuda que el pecado de los hombres había contraído.

Nazaret

Este es el único suceso de su segunda infancia que nos refiere la Biblia. Durante los dieciocho años siguientes permaneció en Nazaret.

> Y descendió con ellos, y vino a Nazaret; y les estaba sujeto. Y su madre guardaba fielmente todos estos recuerdos en su corazón. Y Jesús crecía en sabiduría y estatura, y en gracia para con Dios y los hombres.
>
> Lc 2, 51

Si hubo alguna vez algún hijo de quien se esperó que reclamara una independencia personal, ése fue El (especialmente después de su vigorosa afirmación en el templo). Y, con todo, con objeto de santificar y ejemplarizar la obediencia humana, así como para reparar la desobediencia de los hombres, vivió, bajo un mísero techo, obediente a sus padres. Durante dieciocho años de monotonía, se dedicó a colocar techumbres planas de los hogares nazarenos y arreglar los carros de los labriegos. Cualquier tarea baja y vil formaba parte de las cosas del Padre. El desarrollo humano de aquel Hombre divino se realizaba de un modo tan natural en el pueblo, que ni siquiera sus vecinos se daban cuenta de la grandeza de quien vivía en medio de ellos. Resultaba evidentemente un venir «a menos» en el sentido de que había una abnegación, una negación de sí mismo al someterse a sus propias criaturas. Sin duda ejerció el oficio de carpintero, pues dieciocho años más tarde la gente del pueblo había de decir:

> ¿No es éste el carpintero, hijo de María?
>
> Mc 6, 3

El mártir san Justino, basándose en la tradición, dice que durante ese tiempo nuestro Señor hizo arados y yugos, y enseñó a los hombres la honradez por medio de los productos de su pacífica labor.

El crecimiento en sabiduría de que se habló acerca del divino Niño no era, como hemos visto, un crecimiento en su conciencia de la Divinidad. En tanto fue hombre, se halló sujeto a todas las leyes que

regulan el crecimiento humano; eran humanos su entendimiento y su voluntad y, como es lógico, estas facultades suyas se desarrollaron en una forma también humana. En el desarrollo de su conocimiento empírico hay que observar de un modo particular la influencia de su ambiente. Muchas de las comparaciones que usó en sus parábolas las tomaba del mundo en que había estado viviendo. Por influencia de sus padres aprendió el arameo, y sin duda también la lengua litúrgica de los hebreos. Muy probablemente aprendió el griego, ya que esta lengua se hablaba bastante en Galilea, y evidentemente era el idioma de por lo menos dos de sus parientes, Santiago el Menor y Judas, que más tarde escribieron sus epístolas en lengua griega.

También aprendió el oficio de la carpintería, que implicaba otro desarrollo del entendimiento humano. Más adelante se le concedió el título de rabino a causa de su profundo conocimiento de las Escrituras y de la ley. A menudo inició discusiones con estas palabras: «¿No habéis leído...?», demostrando de este modo su conocimiento de las Escrituras. Su familia, la sinagoga, el ambiente, la naturaleza misma, todo contribuyó un poco a formar su entendimiento y su voluntad. Sin el primero, no habría podido crecer en conocimiento humano empírico; sin la segunda, no hubiese podido obedecer a una voluntad superior. Además, una y otra eran esenciales a Él como hombre. Como hombre, poseía un entendimiento creado; como Dios, trascendía todo humano conocimiento. Esto es lo que Juan describe como el «Verbo», que significa la Sabiduría o el Pensamiento o la Inteligencia de Dios.

> El Verbo era con Dios y el Verbo era Dios... Todo fue por Él, y sin Él nada fue... Y el Verbo fue hecho carne y habitó entre nosotros.

Jn 1, 13-14

La íntima relación que mantenía con su Padre celestial no era la que proviene de la oración y la meditación, ya que ésta puede establecerla cualquier ser humano. Provenía más bien de la identidad de naturaleza con la Divinidad.

Siendo así que el pecado más general de los humanos es el orgullo o exaltación del yo, convenía que en expiación de ese orgullo Cristo practicara la obediencia. No era como uno que es obediente para obtener una recompensa o con objeto de formar su carácter para el porvenir; más bien, siendo el Hijo, gozaba ya del amor del Padre en toda su plenitud. De esta misma plenitud manaba una sumisión filial a la voluntad de su Padre.

Tal fue la razón que alegó por su sumisión a la cruz. Una hora antes de iniciar su agonía en el huerto, había de decir:

> Pero es preciso que el inundo sepa que yo amo al Padre, y que obro como el Padre me lo ha ordenado.
>
> Jn 14, 30-31

Los únicos actos de la infancia de Cristo que han quedado registrados son actos de obediencia, obediencia a su Padre celestial y a sus padres terrenales, Enseñó que el fundamento de la obediencia al hombre es obediencia a Dios.

Las personas mayores que no sirven a Dios encuentran que los jóvenes no les sirven a ellos. Toda su vida fue una completa sumisión. Se sometió al bautismo de Juan, aunque no necesitaba hacerlo; se sometió al impuesto del templo, aunque por ser el Hijo del Padre se hallaba eximido de pagar tal impuesto; e incluso invitó a sus seguidores a que se sometieran al cesar. El Calvario proyectó su sombra sobre Belén; de ahí que también oscureciera los años de obediencia de Nazaret. Al estar sujeto a las criaturas, aunque era Dios, se preparaba para aquella obediencia final: la obediencia a la humillación de la cruz.

Durante los dieciocho años siguientes a aquellos tres días perdidos, aquel que hizo el universo estuvo representando en una aldea el papel de carpintero, de un hombre que trabaja la madera. Los clavos y los maderos que tan familiares le eran en su taller llegarían a ser más adelante los instrumentos de su propio suplicio; y Él mismo sería clavado a martillazos en un árbol. Nos extrañamos que para aquel breve ministerio de tres años hubiera estado preparándose tanto tiempo. La razón de ello podría ser la de que aguardó a que la naturaleza humana que había asumido se desarrollara hasta su completa perfección, a fin de que pudiera ofrecer un sacrificio perfecto a su Padre celestial. El labrador espera a que el trigo esté en sazón antes de segarlo y someterlo a la acción del molino. De igual modo, Él esperaría a que su naturaleza humana hubiera alcanzado sus proporciones más perfectas y la cima de su hermosura, antes de entregarla al martillo de los crucificadores y a la hoz de aquellos que habrían de segar el Pan vivo de los cielos. Jamás se ofreció en sacrificio un cordero recién nacido, ni tampoco se corta la rosa en su primer arrebol para pagar tributo a una amistad. Cada cosa tiene su momento de perfección. Como Él era el cordero que podía fijar el momento de su propio sacrificio, como Él era la rosa que podía escoger el momento de ser cortada, esperó paciente, humilde y obediente mientras crecía en edad, en gracia y en sabiduría a los

ojos de Dios y de los hombres. Entonces diría: «Ésta es vuestra hora.» Así el trigo más escogido y el vino más rojo llegarían a constituir los elementos más dignos del sacrificio.

Juan el Bautista

Aquel misterioso silencio de treinta años fue interrumpido solamente por la breve escena del templo. Se estaba aproximando el momento en que tendría que pasar de la vida privada a la vida pública, pues este suceso estaba llamado a sacudir al mundo hasta sus cimientos, Lucas relaciona la aparición del heraldo de nuestro Señor, Juan el Bautista, con el reinado del tirano Tiberio, el emperador de Roma. Plinio, que más adelante, en calidad de historiador romano, habría de escribir acerca de Cristo, era a la sazón un niño de cuatro años. Vespasiano, que luego conquistaría Jerusalén junto con su hijo Tito, contaba diecinueve años. Una de las bodas más importantes en Roma fue, por aquel entonces, la de la hija de Germánico, que nueve años después daría a luz al gran perseguidor de los seguidores de Cristo: Nerón. En medio de la relativa paz romana,

> Fue hecha revelación de Dios a Juan, hijo de Zacarías, en el desierto.

Lc 3, 2

Juan vivía en la soledad del desierto, vestido con piel de camello y un ceñidor de cuero alrededor de la cintura. Su alimento consistía en langostas y miel silvestre. Esta vestidura era probablemente para que se pareciera a la de Elías, en cuyo espíritu Juan había de caminar delante de Cristo. Predicaba la mortificación y la practicaba. Habiendo de preparar el camino a Cristo, era preciso también que evocara una conciencia penitente del pecado. Juan era un riguroso asceta, movido por la profunda convicción del pecado que existe en el mundo. La substancia del mensaje que daba a los soldados, a los funcionarios públicos y a quienquiera que le escuchara, era: «Arrepentíos.» La primera advertencia que se hace en el Nuevo Testamento dice a los hombres que es preciso que cambien de vida. Los saduceos tienen que dejar su mundanidad, los fariseos su hipocresía y la pretensión de ser justos; todo el que llega ante Cristo ha de arrepentirse.

Teniendo a su país bajo el yugo romano, para Juan habría resultado un medio más seguro de hacerse popular si hubiera prometido que aquel cuya venida anunciaba sería un libertador político. Éste habría sido un método propio de los hombres; pero, en vez de convocar a las armas, Juan

hacía un llamamiento de reparación por los pecados. Y aquellos que pretenden descender de Abraham no deben jactarse de ello, ya que, si Dios quisiera, podría suscitar hijos de Abraham incluso de las mismas piedras.

> ¡Linaje de víboras!, ¿quién os sugirió sustraeros de la cólera venidera? Dad, pues, frutos dignos del arrepentimiento; y no os digáis a vosotros mismos: «Tenemos por padre a Abraham», porque yo os digo que Dios puede de estas piedras hacer surgir hijos a Abraham.

Lc 3, 7-9

Muchos siglos antes, Isaías había predicho que el Mesías vendría precedido por un mensajero.

> He aquí, yo envío mi mensajero delante de tu faz, para preparar tu camino. Una voz clama en el desierto: Preparad el camino del Señor, alisad sus senderos.

Mc 1, 2-4

Unos tres siglos después de Isaías, el profeta Malaquías profetizó que el heraldo prometido por Isaías aparecería en el espíritu de Elías.

> He aquí que os voy a enviar a Elías profeta.

Mal 4, 5

Ahora, transcurridos varios siglos, apareció en el desierto este gran hombre, que llevaba el mismo género de vida que Elías.

En todos los países, cuando un jefe de un gobierno desea visitar otro gobierno, envía mensajeros «delante de su faz». Así, Juan el Bautista fue enviado a preparar el camino de Cristo, a anunciar las condiciones de su reino y de su gobierno. A pesar de las profecías que se hicieron acerca de él, Juan negó que fuese el Mesías, y dijo que solamente era:

> Una voz que clama en el desierto

Jn 1, 23

Incluso antes de que encontrara al Mesías, que era su propio primo, anunció la superioridad de Cristo:

> He aquí que viene tras de mí el que es más poderoso que yo, y no soy digno de inclinarme a sus pies para desatar la correa de sus zapatos.

Mc 1, 7

Juan se consideraba indigno de desatar las correas de los zapatos de nuestro Señor, pero nuestro Señor le habría de superar en humildad, ya que lavaría los pies de los apóstoles. La grandeza de Juan consistía en el hecho de que le había sido dado el privilegio de correr delante del Rey e ir anunciando: «Cristo ha venido.»

Juan usaba símbolos al mismo tiempo que palabras. El símbolo principal de quitar lavando el pecado era el de lavar mediante el agua. Juan había estado bautizando en el Jordán como prenda de arrepentimiento, pero sabía que su bautismo y el que más adelante habría de conferir el mismo Cristo eran diferentes. Hablando de este último, decía:

> Él os bautizará con Espíritu santo y fuego.
>
> Mt 3, 11

El día en que Juan y Jesús se encontraron en el Jordán, en el ánimo de aquél se suscitó la humildad más profunda y reverente. Juan sentía la necesidad de un redentor, pero cuando nuestro Señor le pidió que le bautizara, Juan se resistía a hacerlo. Inmediatamente reconoció la inconveniencia de someter a nuestro Señor a un rito que profesaba arrepentimiento y prometía purificación:

> Yo he menester ser bautizado por ti, ¿y tú vienes a mí?
>
> Mt 3, 14

¿Cómo podía bautizar a quien no tenía pecado? Al negarse a bautizar a Jesús, Juan estaba reconociendo que Él era sin pecado.

> Mas Jesús respondiendo, le dijo: Consiente ahora; porque así nos conviene cumplir toda justicia.
>
> Mt 3, 15

El propósito de su bautismo era el mismo que el de su nacimiento: identificarse con la humanidad pecadora. ¿Acaso no había profetizado Isaías que Él sería «contado con los transgresores»? En efecto, nuestro Señor estaba diciendo: «Consiente que se haga esto; no te parece conveniente, pero en realidad está en completa armonía con el propósito de mi venida.» De este modo, Cristo no sería una persona particular, sino el representante de la humanidad pecadora, aunque Él mismo era sin pecado.

Todo israelita que se acercaba a Juan hacía confesión de sus recados. Es evidente que nuestro Señor no hizo ninguna clase de ales confesiones, y el mismo Juan admitió que no tenía necesidad le ello. No tenía ningún pecado de que arrepentirse ni que lavar. Pero, con todo, se estaba

identificando con los pecadores. Cuando descendió al Jordán para ser bautizado, fue uno más con los pecadores. El inocente puede participar del peso que han de soportar los delincuentes. Si un esposo es reo de un crimen, de nada sirve decirle 1, su esposa que no se preocupe, o que no le incumbe a ella. Es igualmente absurdo decir que nuestro Señor no debía haber sido bautizado porque carecía de culpa personal. Si tenía que identificarse con la humanidad hasta el extremo de llamarse a sí mismo el «Hijo del hombre», tenía que compartir la culpa de la humanidad. Y éste fue el bautismo que recibió de Juan.

Muchos años atrás había dicho que Él debía estar en las cosas de su Padre; ahora iba Él revelando en qué consistían estas cosas: la salvación de la humanidad. Estaba expresando su relación con respecto a su pueblo, por cuya causa había sido enviado. En el templo, a la edad de doce años, había hecho resaltar su origen; ahora, en el Jordán, hacía hincapié en la naturaleza de su misión. En el templo había hablado de su divino mandato. Bajo las manos purificadoras de Juan, hizo ver claramente su unidad con la humanidad.

Más adelante, diría nuestro Señor: La ley y los profetas duraron hasta Juan.

Luc 16, 16

Quería decir que durante largos siglos se había dado testimonio de la venida del Mesías, pero que ahora se volvía una nueva página, se escribía un nuevo capítulo. En lo sucesivo se sumergiría en medio de la población pecadora. En adelante estaba comprometido a vivir entre las víctimas del pecado y a prestarles sus servicios; a ser entregado a manos de los pecadores y a ser acusado de pecado, aunque no conocía pecado alguno. De la misma manera que en su infancia fue circuncidado, como si su naturaleza fuese pecadora, ahora estaba siendo bautizado, aunque no tenía necesidad alguna de purificación.

En el Antiguo Testamento había tres ritos que eran en realidad «bautismos». Primeramente había un «bautismo» de agua. Moisés llevó a Aarón y a su hijo a las puertas del tabernáculo y los lavó con agua. Esto fue seguido de un «bautismo» de aceite, cuando Moisés lo derramó sobre la cabeza de Aarón para santificarlo. El «bautismo» final era de sangre. Moisés tomó la sangre del carnero de la consagración y la puso sobre la oreja derecha de Aarón sobre el pulgar de su propia mano derecha y el dedo gordo de su pie derecho. Este ritual implicaba una consagración

gradual. Estos bautismos tuvieron su contrapartida en el Jordán, en la transfiguración y en el Calvario.

El bautismo del Jordán fue el preludio del bautismo del que habría de hablar más adelante, del bautismo de su pasión. Después de esto se refirió dos veces a su bautismo. La primera vez fue cuando Santiago y Juan le preguntaron si podrían sentarse a ambos lados de El en su reino. En respuesta, les preguntó Él a su vez si estaban dispuestos a ser bautizados con el bautismo que Él iba a recibir. Así, este bautismo de agua era una preparación del bautismo de sangre. El Jordán corría hacia los ríos de sangre que manaban del Calvario. La segunda vez que aludió a su bautismo fue cuando dijo a sus apóstoles:

> De bautismo he de ser bautizado; ¡y cómo me angustio hasta que se cumpla!

Lc 12, 50

En las aguas del Jordán fue identificado con los pecadores; en el bautismo de su muerte llevaría el peso completo de los pecados de ellos. En el Antiguo Testamento el salmista habla de «sentar en aguas profundas» como símbolo de sufrimiento, que evidentemente es la misma imagen. Era correcto describir la agonía y la muerte como una especie de bautismo o inmersión en agua.

Con singular viveza la cruz debió de acudir a su mente en aquellos momentos. En su mente no había reticencia alguna. Fue sumergido temporalmente en las aguas del Jordán sólo para salir nuevamente de ellas. De la misma manera, sería sumergido por la muerte en la cruz y el entierro en la tumba únicamente para surgir triunfante en su gloriosa resurrección. A la edad de doce años, había proclamado la misión recibida de su Padre; ahora se estaba preparando para la oblación de sí mismo.

> Y, habiendo sido bautizado, Jesús subió del agua; y he aquí que los cielos le fueron abiertos, y vio al Espíritu de Dios que bajaba como paloma y venía sobre Él. Y he aquí que una voz procedente del cielo, decía: Este es mi amado Hijo, en quien tengo mi complacencia.

Mt 3, 16

La sagrada humanidad de Cristo era el eslabón que enlazaba el cielo y la tierra. La voz del cielo que declaraba que Él era el Hijo amado del eterno Padre no estaba anunciando un hecho nuevo o una nueva filiación de nuestro Señor. Estaba haciendo simplemente una solemne declaración

de aquella filiación que ya había existido desde toda la eternidad, pero que ahora estaba empezando a manifestarle públicamente como mediador entre Dios y los hombres. La complacencia del Padre, en el texto griego original, viene expresada en el tiempo gramatical de aoristo para indicar el acto eterno de amorosa contemplación con que el Padre mira al Hijo.

El Cristo que subía de las aguas, como la tierra había surgido de las aguas en la creación y después del diluvio, como Moisés y su pueblo salieron de las aguas del mar Rojo, era glorificado ahora por el Espíritu santo, que se aparecía en forma de paloma. El Espíritu de Dios nunca aparece en figura de paloma, salvo en este pasaje. El libro del Levítico menciona ofrendas que se hacían según la posición económica y social del dador. Una persona lo suficientemente rica ofrecía un novillo; una menos rica, un cordero, pero los más pobres tenían el privilegio de ofrecer palomas. Cuando la Madre de nuestro Señor presentó a éste al templo, su ofrenda fue una paloma. La paloma era símbolo de mansedumbre y apacibilidad, pero sobre todo simbolizaba el tipo de sacrificio posible para la gente más sencilla. Cuando un hebreo pensaba en un cordero o en una paloma, acudía en seguida a su mente la idea de un sacrificio por el pecado. Por lo tanto, el Espíritu que descendió sobre nuestro Señor era para ellos un símbolo de sumisión al sacrificio. Cristo se había unido ya simbólicamente con la humanidad en el bautismo, anticipando así su sumersión en las aguas del sufrimiento; pero ahora era también coronado, dedicado y consagrado a aquel sacrificio por medio de la venida del Espíritu. Las aguas del Jordán le unieron a los hombres, el Espíritu le coronó y dedicó al sacrificio, y la voz testificó que su sacrificio sería grato al Padre.

Las semillas de la doctrina de la Trinidad, que fueron plantadas en el Antiguo Testamento, empezaron ahora a desarrollarse. Se harían más claras a medida que pasara el tiempo; el Padre, el creador; el Hijo, el redentor; y el Espíritu santo, el santificados Las palabras mismas que el Padre dijo entonces, «Tú eres mi Hijo», habían sido dirigidas proféticamente al Mesías miles de años antes, en el segundo salmo.

Tú eres mi Hijo, yo te he engendrado hoy.

Ps 2, 7

Nuestro Señor diría más adelante a Nicodemo:

> En verdad, en verdad te digo que, a menos que el hombre naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios.

Jn 3, 5

El bautismo en el Jordán puso fin a la vida privada de nuestro Señor y dio comienzo a su público ministerio. Descendió a las aguas del río siendo conocido para la mayoría de la gente como el hijo de María; salió de ellas preparado para revelarse como lo que había sido desde toda la eternidad: el Hijo de Dios. Era el Hijo de Dios en la semejanza del hombre en todas las cosas, salvo en el pecado. El Espíritu le ungió no precisamente para que enseñara, sino para que redimiera.

3. TRES ATAJOS QUE ELUDEN LA CRUZ

Inmediatamente después del bautismo, nuestro Señor se retiró de entre la gente. El desierto sería su escuela tal como había sido la escuela de Moisés y de Elías. El retiro es preparación para la acción. Más tarde serviría a Pablo para el mismo propósito. Quedó atrás toda humana consolación cuando «moró con las bestias». Y durante cuarenta días no comió nada.

Comoquiera que el objeto de su venida era luchar contra las fuerzas del mal, su primer encuentro no había de ser una discusión con un maestro humano, sino un debate con el mismo príncipe del mal.

> Entonces Jesús fue conducido por el Espíritu al desierto, para ser tentado por el diablo.
>
> Mt 4, 1

La tentación era una preparación negativa para su ministerio, así como el bautismo había sido una preparación positiva. En su bautismo había recibido el Espíritu y una confirmación de su misión; en sus tentaciones recibió la fortaleza que proviene directamente de la prueba. Existe una ley en todo el universo según la cual nadie puede ser coronado a menos que haya luchado. Ninguna aureola de mérito brilla en torno a la cabeza de aquellos que no combaten. Los icebergs que flotan en las frías corrientes del Norte no despiertan nuestra atención respetuosa precisamente porque son icebergs, pero si en las cálidas aguas de la corriente del Golfo flotaran sin disolverse suscitarían nuestra admiración y asombro. Incluso cabría decir de ellos que eran icebergs con carácter si hubieran logrado subsistir en virtud de un acto deliberado.

La única manera con que uno puede demostrar que ama es realizando un acto de elección; las simples palabras no bastan. De ahí que la prueba original propuesta al hombre ha sido propuesta de nuevo a todos los hombres; incluso los ángeles han pasado por una prueba. El hielo no

merece consideración por ser frío, ni el fuego por ser caliente; sólo aquellos que tienen la posibilidad de elegir pueden ser alabados por sus actos. Mediante la tentación y su resistencia frente a ella se revela la hondura de carácter de un hombre.

Dice la Escritura:

> Bienaventurado aquel que soporta la tentación; porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de vida, que ha prometido el Señor a los que le aman.

Stgo 1, 12

Cuando más fuertes se revelan las defensas del alma es cuando fuerte es también el mal que se ha resistido. La presencia de la tentación no implica necesariamente imperfección moral por parte de la persona tentada. En tal caso, nuestro Señor no habría podido ser tentado en modo alguno. Una inclinación interna al mal, como la que siente el hombre, no es condición necesaria para un asalto de la tentación. La tentación de nuestro Señor provenía únicamente de fuera, y no de dentro, como ocurre frecuentemente en nosotros. De lo que se trataba en la prueba sufrida por nuestro Señor no era de la perversión de los apetitos naturales, por los que son tentadas las demás personas; más bien era una sugestión para que dejara de lado su divina misión y su obra mesiánica. La tentación que viene de fuera no debilita necesariamente el carácter; en realidad, cuando ha sido vencida, procura una oportunidad para que la santidad aumente. Si había de ser el hombre modelo, tenía que enseñarnos el modo de alcanzar la santidad venciendo la tentación.

> Por lo mismo que Él ha padecido siendo tentado, es capaz de acudir en ayuda de los que son tentados.

Hebr 2, 18

Esto viene ilustrado también en la obra de *Shakespeare*, *Medida por medida,* en el carácter de Isabel:

> Una cosa es ser tentado, y otra sucumbir a la tentación.

El tentador era pecaminoso, pero el tentado era inocente. Toda la historia del mundo gira alrededor de dos personas: Adán y Cristo. A Adán se le dio una posición para que se mantuviera en ella, y cayó. Por lo tanto, su pérdida fue una pérdida de la humanidad, ya que era cabeza del linaje humano. Cuando un gobernante declara la guerra, también la declaran los

ciudadanos, aunque no lo hagan de una manera explícita. Cuando Adán declaró la guerra a Dios, la humanidad la declaró también.

Ahora, con Cristo, todo volvía a estar en juego. Se repetía la tentación de Adán. Si Dios no hubiera tomado una naturaleza humana, no habría podido ser tentado. Aunque su naturaleza divina y su naturaleza humana estaban unidas en una sola persona, la divina no estaba disminuida por la humana, ni su humanidad se hallaba; desproporcionada debido a su unión con su divinidad. Puesto que tenía una naturaleza humana, podía ser tentado. Si había de hacerse igual que nosotros en todas las cosas, había de someterse a la experiencia humana de resistir la tentación. Tal es la razón por la cual en la Epístola a los hebreos se nos recuerda cuán estrechamente unido se hallaba a la humanidad por medio de sus tentaciones:

> Porque no tenemos un sumo sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo, así como nosotros, fuera del pecado.

Hebr 4, 15

Forma parte de la disciplina de Dios hacer perfectos a los que ama por medio de las pruebas y los sufrimientos. Sólo llevando la cruz puede uno alcanzar la resurrección, y fue precisamente esta parte de la misión de nuestro Señor la que atacó el diablo. Las tentaciones estaban encaminadas a apartar a nuestro Señor de su tarea de salvación mediante el sacrificio. En vez de la cruz como medio para ganar las almas de los hombres, Satán sugirió tres atajos para alcanzar la popularidad: uno económico, otro basado en prodigios y uno tercero de carácter político. Muy pocas personas creen en el diablo en estos días, lo cual va muy bien para los propósitos de Satán. Siempre contribuye a hacer circular las noticias referentes a su propia muerte. La esencia de Dios es la existencia, y Él mismo se define como: «Yo soy el que soy.» La esencia del diablo es la mentira, y se define a sí mismo como: «Yo soy el que no soy.» Satán se preocupa muy poco de los que no creen en él, pues ésos están ya de su lado.

Las tentaciones del hombre son bastante fáciles de analizar, porque siempre caen dentro de una de las tres categorías siguientes: el de la carne (lujuria y gula), del entendimiento (orgullo y envidia) o de la concupiscencia de las cosas (avaricia). Aunque el hombre recibe durante su vida la acometida de estas tres clases de tentación, varían en intensidad según los años. Durante la juventud, el hombre se siente más a menudo tentado contra la pureza e inclinado a los pecados de la carne; hacia la edad madura la carne es menos insistente y empiezan a predominar las

tentaciones de la mente, por ejemplo, el orgullo y el afán de poder; en el otoño de la vida es probable que se intensifiquen las tentaciones de avaricia. Al ver que se acerca el fin de la vida, el hombre se esfuerza en desvanecer las dudas acerca de la seguridad de su eterna salvación amontonando bienes terrenales y aumentando su seguridad económica. Es una experiencia psicológica corriente que aquellos que en la juventud habían dado rienda suelta a la lujuria suelen pecar por avaricia en su ancianidad.

Las personas buenas no son tentadas de la misma manera que las personas malas, y el Hijo de Dios, que se hizo hombre, ni siquiera fue tentado del mismo modo que un hombre bueno. Las tentaciones de un alcohólico a «volver a su vómito», según expresión de la Biblia, no son las mismas que las tentaciones de orgullo que puede experimentar un santo, aunque, naturalmente, no son menos reales unas que otras.

A fin de comprender las tentaciones de Cristo, debemos recordar que al ser bautizado por Juan, cuando aquel que no tenía pecado alguno se identificó con los pecadores, los cielos se abrieron y el Padre; celestial declaró que Cristo era su Hijo muy amado. Entonces nuestro Señor subió a la montaña y ayunó durante cuarenta días, después de lo cual dice el evangelio que «tuvo hambre», forma típicamente bíblica de decir menos de lo que es la realidad. Satán le tentó pretendiendo ayudarle a encontrar una respuesta a la pregunta: ¿De qué mejor manera podía cumplir su elevado destino entre los hombres? El problema consistía en ganar a los hombres. Pero ¿cómo? Satán tuvo una sugestión verdaderamente «satánica»: soslayar el problema moral de la culpa y su necesidad de expiación y concentrarse puramente en los factores mundanos. Las tres tentaciones trataban de apartar a nuestro Señor de la cruz y, por tanto, de la redención. Más adelante, Pedro tentaría a nuestro Señor de la misma: manera, y por esta razón sería llamado «Satán».

La carne humana que Él había asumido no era para regalo propio, sino para la lucha. Satán vio en Jesús un ser humano extraordinario, que él suponía era el Mesías e Hijo de Dios. De ahí que precediera a cada una de sus tentaciones la partícula condicional «si». Si hubiera estado seguro de que estaba hablando a Dios, ciertamente no habría intentado ponerle a prueba mediante la tentación. Pero si nuestro Señor hubiera sido simplemente un hombre al que Dios había escogido para la obra de la salvación, entonces el diablo hubiera puesto en juego todo su poder para conducirlo a maneras de actuar distintas de las que Dios mismo escogería.

La primera tentación

Conociendo que nuestro Señor tenía hambre, Satán señaló unas piedras pequeñas y oscuras que parecían panes redondos y le dijo:

> Si eres Hijo de Dios, ordena que estas piedras se cambien en pan.
>
> Mt 4, 3

La primera tentación de nuestro Señor fue la de convertirse en una especie de reformador social y dar pan a las multitudes del desierto que no pudieran encontrar en él más que piedras. La visión: del mejoramiento social sin una regeneración espiritual ha constituido una tentación a la que han sucumbido por completo muchos hombres importantes de la historia. Mas, tratándose de Él, esto no habría sido un sacrificio adecuado para el Padre; el hombre tiene necesidades más profundas que la del trigo convertido en pan. Y existen gozos más grandes que el del estómago repleto.

El maligno espíritu le estaba diciendo: «¡Empieza con la primacía de lo económico! ¡Olvida todo lo referente al pecado!» Todavía sigue diciendo lo mismo con diferentes palabras: «Mi comisario entra en la escuela y ordena a los niños que recen a Dios pidiéndole pan. Y, al no ser atendidas las oraciones, entonces mi comisario alimenta a los niños. El dictador da pan; Dios no lo da, porque Dios no existe, no existe el alma; sólo hay cuerpo, el placer, el sexo, el animal y, cuando morimos, todo ha terminado.» Satán estaba tratando de hacer que nuestro Señor sintiera el horrible contraste entre la divina grandeza que El pretendía y su abandono y privaciones actuales. Estaba tentándole para que rechazara las ignominias de la naturaleza humana, las pruebas y el hambre, y usara su divino poder, si es que realmente lo poseía, para salvar su naturaleza humana y, de esta manera, conquistar también a la plebe. Así, estaba diciendo a nuestro Señor que dejara de obrar como hombre y en nombre de los hombres, y empleara sus poderes sobrenaturales para dar a su naturaleza humana la tranquilidad, la comodidad y la exención de las pruebas. ¿Qué cosa podía haber más necia que el que Dios tuviera hambre, cuando en cierta ocasión había extendido una mesa milagrosa para Moisés y su pueblo en el desierto? Juan había dicho que Él podía levantar hijos a Abraham de las mismas piedras; ¿por qué, entonces, no podía hacer de ellas pan para sí mismo? La necesidad era real; real era también el poder, si es que era Dios; ¿por qué, entonces, estaba sometiendo su naturaleza

humana a todos los males y sufrimientos que constituyen la herencia de la raza humana? ¿Por qué aceptaba Dios tal humillación precisamente para redimir a sus propias criaturas? «Si eres el Hijo de Dios, como pretendes, y estás aquí para deshacer la destrucción obrada por el pecado, sálvate entonces a ti mismo.» Era exactamente la misma clase de tentación que los hombres le echarían en cara en el momento de la crucifixión.

> Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz.
>
> Mt 27, 40

La respuesta de nuestro Señor fue que, aun aceptando la naturaleza humana con todas sus flaquezas, pruebas y abnegaciones, nunca se hallaba sin la ayuda divina.

> Escrito está: No con solo el pan vivirá el hombre, sino con toda palabra que sale de la boca de Dios.
>
> Mt 4, 4

Las palabras citadas estaban tomadas del relato que en el Antiguo Testamento se hace de la manera milagrosa como los judíos fueron alimentados en el desierto cuando cayó el maná del cielo. Se negó a satisfacer la ardiente curiosidad de Satán acerca de si era o no era Hijo de Dios, pero afirmó que Dios puede alimentar a los hombres con algo más grande que el pan. Nuestro Señor no recurriría a poderes milagrosos para procurarse alimento para sí mismo, de la misma manera que no recurriría a poderes milagrosos, más adelante, para bajar de la cruz. Los hombres en todas las épocas padecerían hambre, y Él no habría de apartarse de sus hermanos hambrientos. Estaba dispuesto a someterse a todos los males del hombre hasta que por fin llegara el momento de su gloria.

Nuestro Señor no estaba negando que los hombres deben ser alimentados, o que deba predicarse la justicia social, sino que asegúrala que estas cosas no son lo primero de todo. En realidad, estaba diciendo a Satán: «Me estás tentando para que establezca una religión que suprima las necesidades; tú quieres que yo sea un panadero en vez de un salvador; un reformador social en vez de un redentor. Me estás tentando para que me aleje de mi cruz, sugiriéndome que yo sea un caudillo barato del pueblo, llenando sus vientres en vez de llenar sus almas. Quisieras que yo comenzara con la seguridad en vez de terminar con ella; quisieras que yo trajera la abundancia externa en vez de la santidad interior. Tú y tus materialistas seguidores decís: "El hombre vive sólo del pan", mas yo digo: "No sólo de pan." Es preciso que haya pan, pero recuerda que

incluso el pan recibe de í ni su poder de alimentar a la humanidad. El pan sin mí puede dañar 1 hombre; y no existe verdadera seguridad fuera de la palabra de Dios. Si yo doy solamente pan, entonces el hombre no es nada más que un animal, y los perros podrían ser los primeros en acudir a mi Banquete. Aquellos que creen en mí han de adherirse a esta fe, aun cuando pasaran hambre y privaciones, aun cuando fueran encarcelados y sufrieran azotes.

«¡Yo sé qué es el hambre humana! Yo mismo he pasado cuarenta días sin comer nada. Pero rehusó convertirme en un mero reformador social que se limita a abastecer el vientre. No puedes decir que me desentienda de la justicia social, porque en este momento estoy sintiendo el hambre del mundo. Yo mismo soy uno con todos los pobres y hambrientos miembros de la raza humana. Por ello es que he ayunado: para que nunca puedan decir que Dios no conoce lo que es el hambre. ¡Apártate, Satán! Yo no soy como un obrero Social que nunca ha sentido hambre él mismo, sino uno que dice: "¡Yo rechazo cualquier plan que prometa hacer más ricos a los hombres sin hacerlos más santos!" ¡Recuérdalo! Yo, que digo: ¡No sólo de pan!", ¡no he probado el pan desde hace cuarenta días!»

La segunda tentación

Habiendo fracasado Satán en cuanto a apartar a nuestro Señor Be su cruz y de la redención por medio de convertirle en un «comisario comunista» que no promete más que pan, volvía ahora a la carga, pero dirigiendo el ataque directamente contra su alma. Viendo que nuestro Señor se negaba a comulgar con la creencia de que el hombre es un animal o un simple estómago, Satán tentaba ahora el orgullo y el egotismo. Satán desplegaba ante sus ojos la propia clase de vanidad que poseía, al llevarle a un elevado e impresionante pináculo del templo y decirle:

> Échate de aquí abajo. Porque escrito está: A sus ángeles mandará por ti,

Luego continuó citando las Escrituras:

> Y con sus manos te llevarán, para que no tropieces con tu pie en alguna piedra.

Mt 4, 6

Satán le estaba diciendo con ello: «¿Por qué has de emprender el largo y fastidioso camino de ganar a los hombres con el derramamiento de

tu sangre y siendo elevado en una cruz, despreciado y rechazado, cuando puedes tomar un atajo realizando un prodigio? Tú mismo has afirmado ya la confianza que tienes en Dios. ¡Muy bien! Si realmente confías en Dios, ¡me atrevo a proponerte que hagas algo heroico! Prueba tu fe, no subiendo penosamente al Calvario en obediencia a la voluntad de Dios, sino echándote desde aquí arriba. Nunca ganarás a la gente predicándole sublimes verdades desde los pináculos, los campanarios y los crucifijos. Las masas no pueden seguirte; están demasiado bajas. En vez de esto, vístete de milagros. Arrójate desde el pináculo, y luego te paras antes de llegar al suelo; esto es algo que ellos sí son capaces de apreciar. Lo que la gente quiere es lo espectacular, no lo divino. La gente se cansa de todo. Alivia la monotonía de su vida y estimula sus fatigados espíritus, ¡pero déjales su conciencia culpable!»

La segunda tentación era olvidar la cruz y substituirla por un despliegue, sin esfuerzo, de poder, que hiciera fácil a todo el mundo creer en Él. Habiendo oído el diablo que nuestro Señor citaba las Escrituras, él también las citó. En respuesta a la primera tentación, el Salvador le dijo que Dios podía darle pan si se lo pedía, pero que no se lo pediría si ello había de significar renunciar a su divina misión. Satán replicó que, si nuestro Señor confiaba realmente en el Padre, debía demostrarlo realizando una proeza y dando al Padre una oportunidad de protegerle. En el desierto no había nadie que pudiera ver cómo obraba el milagro de convertir las piedras en pan; pero en la gran ciudad habría multitud de espectadores. Si había de haber un Mesías, era preciso que conquistase al pueblo para su causa, y ¿qué manera más rápida para conquistarlo que una exhibición de milagros?

La verdad que respondería a esta tentación era la de que la fe en Dios nunca contradice a la razón. La temeridad irrazonable jamás tiene seguridad de que contará con la protección divina. Satán quería que Dios, el Padre, hiciera algo por nuestro Señor que éste rehusaba hacer para sí mismo; es decir, hacer de Él un objeto de solicitud especial, exento de la obediencia a las leyes naturales, que eran ya las leyes de Dios. Pero nuestro Señor, que vino para mostrarnos el Padre, sabía que el Padre no era ninguna providencia mecánica, impersonal, que hubiera de proteger aunó que renunciara a una misión divina por ganar a la muchedumbre. La respuesta de nuestro Señor a la segunda tentación fue la siguiente:

También está escrito: No tentarás al Señor tu Dios,

Mt 4, 7

Nuestro Señor había de ser tentado más adelante de la misma manera cuando un numeroso grupo de personas le pedirían que hiciera un milagro, un milagro cualquiera, sólo para demostrar su poder y hacerles más fácil creer en Él.

> Como las multitudes se apiñaran en torno de Él, comenzó a decir: Ésta es una generación mala; busca una señal.
>
> Lc 11, 29

Si hiciera tales señas, tendría ciertamente a la gente corriendo tras Él; pero ¿de qué les aprovecharía, si el pecado permanecía en su alma?

En respuesta a la tendencia moderna a pedir señales y milagros, nuestro Señor podría decir: «Estáis repitiendo la tentación de Satán cada vez que admiráis las maravillas de la ciencia y os olvidáis de que yo soy el autor del universo y su ciencia. Vosotros sois los correctores de pruebas, pero no los autores del libro de la naturaleza; podéis ver y examinar la obra de mis manos, pero no podéis crear un sólo átomo por vosotros mismos. Quisierais tentarme para que demostrara mi omnipotencia por medio de pruebas que nada significan; incluso habéis sacado del bolsillo un reloj y habéis dicho: "¡Te desafío a que me fulmines dentro de cinco minutos!" ¿No sabéis que me dan lástima los locos? Me tentáis después de haber destruido voluntariamente vuestras ciudades con bombas, mientras gritabais: "¿Por qué no impide Dios esta guerra?" Me tentáis diciendo que no tengo poder, a menos que no os lo demuestre obedeciendo a vuestras indicaciones y palabras imperativas. Si recordáis, es exactamente la misma manera con que Satán me tentó en el desierto.

«Nunca he tenido muchos seguidores en las elevadas cumbres de las verdades divinas, lo sé; por ejemplo, he contado muy poco con "los intelectuales". Me niego a realizar actos portentosos para conquistarlos porque, en realidad, no se dejarían convencer. Únicamente cuando los hombres me ven en la cruz es cuando atraigo realmente a los hombres hacia mí; mi llamamiento he de hacerlo por mediación del sacrificio, no por medio de prodigios. He de ganar a los seguidores no con tubos de ensayo, sino con mi sangre; no con poder material, sino con amor; no con celestiales fuegos de artificio, sino con el recto uso de la razón y la libre voluntad. A esta generación no se le dará ninguna otra señal más que la de Jonás, a saber, la señal de uno que se levanta desde abajo, no de uno que se arroje de lo alto de los pináculos.

»Quiero personas que crean en mí aun cuando yo no las proteja; no abriré las puertas dé la prisión en que mis hermanos se hallan encerrados;

no detendré la asesina hoz roja o los leones imperiales de Roma, no detendré el rojo martillo que golpea las puertas de mi tabernáculo; quiero que mis misioneros y mártires me amen en la prisión y la muerte tal como yo los amé en mi propio sufrimiento. Nunca obré ningún milagro con objeto de salvarme. Obraré pocos milagros incluso para mis santos. ¡Apártate, Satán! No tentarás al Señor tu Dios.»

La tercera tentación

El asalto final tuvo efecto en lo alto de la montaña. Fue el tercer intento de apartarle de su cruz, esta vez por medio de una proposición de coexistencia entre el bien y el mal. Había venido a este mundo a establecer un reino sobre la tierra actuando como el Cordero que va al sacrificio. ¿Por qué no podía escoger un medio mucho más rápido de establecer su reino concertando un tratado que le diera todo lo que deseaba, o sea el mundo, pero sin la cruz?

> Y, habiéndolo sabido más alto, el diablo le hizo ver en un instante todos los reinos del universo, y le dijo: «Yo te daré toda la potestad, y la gloria de estos reinos, porque a mí me ha sido entregada, y se la doy a quien yo quiera. Si, por tanto, tú te prosternares delante de mí, todo ello será tuyo».

Lc 4, 5-7

Las palabras de Satán parecían indudablemente muy jactanciosas. ¿Es que los reinos del mundo le habían sido realmente entregados? Nuestro Señor llamó a Satán «príncipe de este mundo», pero no era Dios quien le había entregado los reinos de este mundo, sino la humanidad, por medio del pecado. Pero incluso en el caso de que Satán, por decirlo así, gobernara los reinos de la tierra por consentimiento popular, no estaba realmente en su poder entregarlos a quien él quisiera. Satán estaba mintiendo con objeto de apartar nuevamente a nuestro Señor de la cruz por medio de un atajo. Estaba ofreciendo a nuestro Señor el mundo con una condición: la de que adorara a Satán. La adoración, como es natural, implicaría servicio. El servicio sería éste: que en tanto el reino del mundo estuviera bajo el poder del pecado, el nuevo reino que nuestro Señor venía a establecer había de ser solamente una continuación del antiguo. En suma, Él podría tener el dominio de la tierra con tal de que prometiera no cambiarla. Podría tener al género humano en tanto prometiera que no había de redimirlo. Fue una clase de tentación con la que más adelante habría de

enfrentarse nuestro Señor cuando el pueblo trató de hacer de él un rey terreno.

> Y entendiendo Jesús que iban a venir a arrebatarle para hacerle rey, partió otra vez a la montaña, Él solo.

Jn 6, 15

Y ante Pilato dijo que establecería otro reino, pero que no sería ninguno de los reinos que Satán podía ofrecerle. Cuando Pilato le preguntó: «¿Eres rey?», le contestó:

> Mi reino no es de este mundo. Si mi reino fuera de este mundo, los míos habrían combatido para que yo no fuese entregado a los judíos; mas mi reino no es de aquí.

Jn 18, 36

El reino que Satán ofrecía era del mundo, y no del Espíritu. Sería todavía un reino del mal, y los corazones de sus súbditos no serían regenerados.

Satán le estaba diciendo en realidad: «Tú has venido, oh Cristo, para ganar este mundo, pero el mundo ya es mío; yo te lo daré si tú conciertas conmigo un compromiso y me adoras. Olvida tu cruz, tu reino de los cielos. Si quieres el mundo, lo tienes ahí a tus pies. Serás aclamado con más estruendosos hosannas que los que nunca entonó Jerusalén en loor de sus reyes; y te evitarás los dolores y sufrimientos de la cruz de contradicción.»

Conociendo nuestro Señor que estos reinos sólo podían ganarse mediante su sufrimiento y muerte, dijo a Satán:

> ¡Apártate, Satán!, porque está escrito: Adorarás al Señor tu Dios, y a Él solamente servirás.

Mt 4, 10

Podemos imaginarnos el efecto que a Satán debieron de causarle estas palabras tan claras y decididas. «Satán, lo que tú quieres es adoración; pero adorarte a ti es servirte a ti, y servirte a ti es ser esclavo. Yo no quiero tu mundo, en tanto se halle bajo el peso del pecado. En todos los reinos que tú pretendes que son tuyos, los corazones de sus habitantes siguen anhelando algo que tú no puedes darles: la paz del alma y el amor desinteresado. No quiero tu mundo, el mundo de ti, que ni siquiera te perteneces a ti mismo.

»Yo también soy revolucionario, como cantó mi madre en el *Magníficat.* Estoy en rebeldía contra ti, príncipe de este mundo. Pero mi revolución no se hace por la espada lanzada hacia fuera para vencer por la violencia, sino que se lanza hacia dentro, contra el pecado y todas las cosas que suscitan la guerra entre ellos. Primero venceré el mal en el corazón de los hombres, y luego venceré el mundo. Venceré tu mundo porque entraré en el corazón de tus publícanos, de tus falsos jueces, de tus comisarios, y los rescataré de la culpa y del pecado, y los enviaré, limpios, otra vez a sus ocupaciones. Les diré que de nada aprovecha ganar todo el mundo si pierden su alma inmortal. Puedes guardarte tus reinos. ¡Más vale perder todos tus reinos, el mundo entero, que perder una sola alma! Los reinos del mundo deben ser elevados hasta el reino de Dios: el reino de Dios no será rebajado al nivel de los reinos de este mundo. Todo cuanto ahora quiero de esta tierra es un sitio suficiente para levantar una cruz; allí dejaré que me extiendas delante de las encrucijadas de tu mundo. Te dejaré clavarme en nombre de las ciudades de Jerusalén, Atenas y Roma, pero resucitaré de entre los muertos, y entonces descubrirás que tú, que parecías vencer, has sido aplastado, mientras yo camino victorioso en alas de la mañana. Satán, tú me estás pidiendo que me convierta en un Anticristo. Ante esta petición blasfema, la paciencia ha de ceder paso a la justa ira. ¡Atrás, Satán!»

Nuestro Señor descendió de aquella montaña tan pobre como había subido a ella. Cuando hubiera terminado su vida terrena y resucitado de entre los muertos, hablaría a los apóstoles en la cima de otra montaña:

> Y los once discípulos se fueron a Galilea, a la montaña en que Jesús les había citado. Y cuando le vieron, se prosternaron... Acercándose a ellos Jesús, les dijo: Toda potestad me ha sido dada en el cielo y la tierra. Id, pues, y haced discípulos entre todas las naciones, y bautizadlos en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu santo, enseñándoles a que guarden las cosas que os he mandado. Y he aquí que estoy siempre con vosotros, hasta la consumación del mundo.

Mt 28, 16-20

4. EL CORDERO DE DIOS

Ahora que nuestro Señor hubo resistido victoriosamente la suprema tentación de llegar a ser rey de los hombres para llenarles los estómagos, entusiasmarlos con maravillas científicas y concertar un convenio político con el príncipe de las tinieblas, se hallaba dispuesto a presentarse ante el mundo como una víctima que había de ser sacrificada para expiación por el pecado. Después del largo ayuno y de las tentaciones, vinieron a Él unos ángeles y le sirvieron. Luego volvió al Jordán y se confundió durante cierto rato, pasando inadvertido, entre la muchedumbre que rodeaba a Juan. El día anterior, Juan había estado hablando de nuestro Señor a una delegación de sacerdotes y levitas del templo de Jerusalén, que habían venido para preguntarle: «¿Quién eres tú?» Advertían que había llegado el tiempo en que había de aparecer el Cristo o Mesías, y de ahí la intención con que hacían su pregunta. Pero Juan les dijo que él «no era el Cristo». Él era simplemente la voz que anunciaba la Palabra. De la misma manera que Cristo rehusaba títulos de poder externo, así Juan rehusó el título que los fariseos estaban dispuestos a conferirle, incluso el más grande de todos, como el de ser el enviado de Dios.

Al día siguiente, nuestro Señor se hallaba entre la muchedumbre, y Juan le vio a cierta distancia. Inmediatamente Juan recurrió al rico legado de los judíos en cuanto a símbolos y profecías, algo que conocían todos sus oyentes:

> He aquí el Cordero de Dios, que quita el pecado del mundo.
>
> Jn 1, 29

Juan afirmaba que no debemos esperar ante todo un maestro, un dador de preceptos morales o un hacedor de milagros. Primero hemos de esperar a aquel que recibió la misión de ofrecerse como víctima por los pecados del mundo. Se estaba aproximando la pascua, y los caminos se hallaban llenos de gente que llevaba a sacrificar en el templo sus corderos

añales. Delante de todos los corderos, Juan señaló al Cordero que, una vez sacrificado, pondría fin a todos los sacrificios en el templo, porque quitaría los pecados del mundo.

Juan era la voz del Antiguo Testamento, donde el cordero desempeñaba un papel tan importante. En el Génesis encontramos a Abel ofreciendo un cordero, primicias de su rebaño, en un sacrificio cruento en expiación del pecado. Más adelante, Dios pidió a Abraham que sacrificara a su hijo Isaac, símbolo profético del Padre celestial que sacrifica a su propio Hijo. Cuando Isaac preguntó: «¿Dónde está el cordero?», Abraham le dijo:

> Dios se proveerá de cordero para el holocausto, hijo mío.

Gen 22, 8

La respuesta a la pregunta: «¿Dónde está el cordero para el holocausto?», formulada al comienzo del Génesis, era dada ahora por Juan el Bautista al señalar a Cristo y decir: «He aquí el Cordero de Dios». Dios, al fin, se había provisto de un Cordero. La cruz defendida en el desierto durante las tentaciones se estaba mostrando ahora en el Jordán.

Cada familia procuraba tener su propio cordero pascual; y aquellos que ahora estaban llevando sus corderos a Jerusalén, donde el Cordero de Dios decía que había de ser sacrificado, sabían que el cordero era el símbolo de la liberación de Israel de la esclavitud política de Egipto. Juan estaba diciendo que también era símbolo de liberación de la esclavitud del pecado.

El Cordero vendría en forma de hombre, porque el profeta Isaías había predicho:

> Yahvé cargó en él la iniquidad de todos nosotros. Tratado durísimamente, se humilló, y no abrió la boca. Como cordero fue conducido al matadero.

Is 53. 6-7

El cordero solía ser ofrecido como víctima para el sacrificio de su inocencia y mansedumbre. Por lo tanto, constituía el símbolo más adecuado del carácter del Mesías. El hecho de que Juan el Bautista le llamara Cordero de Dios es sumamente significativo; no era ni el cordero del pueblo, ni el cordero de los judíos, ni el Cordero de ningún dueño humano, sino el Cordero de Dios. Cuando finalmente se sacrificó el Cordero, no fue porque hubiera sido víctima de aquellos que eran más

fuertes que El, sino más bien porque estaba cumpliendo su deber voluntario de amor hacia los pecadores. No fue el hombre el que ofreció el sacrificio, aunque fuera el que dio muerte a la víctima; era Dios que se entregó a sí mismo.

Pedro, que era discípulo de Juan, que probablemente se encontraba allí aquel día, más adelante aclararía aún más el significado de «el Cordero» al escribir:

> Sabiendo que fuisteis redimidos... no con cosas corruptibles como oro o plata, sino con la preciosa sangre de Cristo, como de un cordero sin defecto y sin mancha.

1 Petr 1, 18

Después de la resurrección y de la ascensión del Señor, el apóstol Felipe encontró al eunuco de la reina de Etiopía. El eunuco había estado leyendo un pasaje del profeta Isaías que predecía la venida del Cordero:

> Como oveja fue conducido al matadero; y como el cordero es mudo delante del que le trasquila, así Él no abre su boca.

Act 8, 32

Felipe le explicó que este Cordero ya había sido sacrificado y había resucitado de entre los muertos y subido al cielo. San Juan el evangelista, que también se encontraba a la orilla del Jordán aquel día (puesto que fue uno de los discípulos de Juan Bautista), más tarde estuvo al pie de la cruz cuando el Cordero fue sacrificado. Años más tarde escribió que el Cordero muerto en el Calvario fue muerto intencionadamente desde el comienzo del mundo.

> Él Cordero que fue inmolado desde la fundación del mundo.

Apoc 13, 8

Esto quiere decir que el Cordero fue inmolado, por así decirlo, por disposición divina desde toda la eternidad, aunque la consumación temporal había de esperar hasta el Calvario. Su muerte fue conforme al propósito eterno de Dios y al determinado designio de Dios. Pero el principio del amor que se sacrificaba a sí mismo era eterno. La redención estaba en la mente de Dios antes de que se hubieran echado los cimientos del mundo. Desde toda la eternidad, Dios, que se hallaba fuera del tiempo, vio a la humanidad que caía y que era redimida. La tierra misma sería el teatro de este gran acontecimiento. El cordero era el antitipo eterno de todo sacrificio. Cuando llegó la hora de la Cruz y el centurión traspasó con su

lanza el costado de nuestro Señor, se cumplió entonces la profecía del Antiguo Testamento:

> Y mirarán a mí, a quien traspasaron.
>
> Zac 12, 10

La expresión que usó el Bautista para describir el modo como el Cordero de Dios «quitaría» los pecados del mundo es una expresión paralela en las lenguas hebraica y griega; el Levítico describe la víctima propiciatoria, el macho cabrío, que

> Llevará sobre sí todas las iniquidades de ellos a tierra inhabitada.
>
> Lev 16, 22

De la misma manera que el macho cabrío sobre el cual se cargan los pecados era expulsado de la ciudad, así el Cordero de Dios que realmente quitó los pecados del mundo sería arrastrado fuera de la ciudad de Jerusalén.

Así, el Cordero que Dios prometió a Abraham que habría de procurarse para holocausto, y todos los otros corderos y animales judíos que los judíos y los paganos sacrificaron a lo largo de toda la historia, derivaron su valor del Cordero de Dios que ahora se encontraba delante de Juan Bautista. Aquí no se trataba de que nuestra Señor profetizara la cruz, sino que más bien el Antiguo Testamento, por medio de Juan, declaraba que Cristo era el sacrificio indicado por la divinidad para expiación del pecado, y el único que podía quitar la culpa humana.

Hacía tiempo que los israelitas se habían dado cuenta de que el perdón de los pecados estaba relacionado en cierto modo con las ofrendas de los sacrificios; por tanto, llegaron a creer que en la víctima había inherente cierta virtud. El pecado se hallaba en la sangre; de ahí que la sangre tuviera que derramarse. No debe extrañar, pues, que cuando la Víctima fue ofrecida en el Calvario y hubo resucitado de entre los muertos, reafirmara cuán necesario era para Él el sufrimiento. Aplicar los méritos de aquella sangre redentora a nosotros mismos era el tema de que habría de tratar el Nuevo Testamento. En el Antiguo Testamento, cuando se sacrificaban los corderos, parte de su sangre se empleaba para rociar al pueblo. Cuando el Cordero de Dios llegó a ser sacrificado, algunas personas, de un modo horriblemente irónico, pidieron también ser rociadas con aquella sangre:

> ¡Caiga su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos!
>
> Mt 27, 25

Pero millones de otras personas encontrarían también la gloria merced a la aspersión de la sangre del Cordero. Juan Evangelista las describió así, más adelante, en la gloria eterna:

> Y oí el clamor de una multitud de ángeles que estaban alrededor del trono y de los seres vivientes y de los ancianos; y se contaban por miríadas de miríadas y millares de millares, que decían a grandes voces: «Digno es el Cordero que ha sido inmolado, de recibir el poder, y la riqueza, y la sabiduría, y la fortaleza, y la honra, y la gloria, y la alabanza.» Y a toda criatura, en el cielo, y sobre la tierra, y debajo de la tierra, y en el mar, y a todas las cosas que hay en ellos, le oí decir: «Bendición, y honra, y gloria, y dominio al que está sentado sobre el trono, y al Cordero, por los siglos de los siglos.»
>
> Apoc 5, 11-14

5. EL COMIENZO DE «LA HORA»

A través de los evangelios, cada vez que hay una advertencia —a modo de trueno— de la cruz, aparece siempre el fulgor de la gloria de la resurrección; cada vez que se observa la inminente sombra del sufrimiento expiatorio, se advierte también la luz de la libertad espiritual que brillará tras dicha sombra. El contrapunto de alegría y dolor en la vida de Cristo volvemos a encontrarlo en su primer milagro, realizado en el pueblo de Caná. Forma parte de su propósito que aquel que había venido a predicar una crucifixión de la carne desordenada empezaba su vida pública asistiendo a una fiesta de boda.

En el Antiguo Testamento, la relación entre Dios e Israel se comparaba con la relación entre un novio y su novia. Nuestro Señor sugirió que la misma relación habría en lo sucesivo entre Él y el nuevo Israel espiritual que iba a fundar. Él sería el novio, y su Iglesia sería la novia. Y toda vez que venía para establecer esta clase de unión entre Él mismo y la humanidad redimida, era propio que iniciase su ministerio público asistiendo a un casamiento. San Pablo no introducía ninguna idea nueva cuando más tarde escribió a los efesios acerca de que la unión de hombre y mujer era símbolo de la unión de Cristo y su Iglesia.

> Maridos, amad a vuestras mujeres, como Cristo también amó a la Iglesia, y se entregó a sí mismo por ella.
>
> Eph 5, 25

Unas bodas son ocasión de una gran alegría; y el vino que en ellas se sirve es como un símbolo de esta alegría. En las bodas de Caná, que tuvieron una importancia tan simbólica, la cruz no proyectó sombra alguna sobre la alegría; más bien vino primero la alegría, y luego la cruz. Pero, cuando se hubo consumado la alegría, la sombra de la cruz vino a proyectarse sobre la fiesta.

En el río Jordán se había afirmado ya que nuestro Señor era el Cordero de Dios; había escogido también cinco discípulos de entre los seguidores de Juan Bautista: Juan Evangelista, Andrés, Pedro, Felipe y Natanael. A éstos llevó consigo a la fiesta de la boda, que ya había comenzado y que duró varios días. En aquellos días, los padres de la novia tenían sobre sí cargas más pesadas que los actuales, porque los festejos y los dispendios podían continuar durante ocho días. Una de las razones probables por las que se hubiera terminado el vino, fue que nuestro Señor llevó muchos invitados con los cuales no se contaba. Desde la gran emoción producida en el Jordán, cuando los cielos se abrieron para afirmar que Él era el Hijo de Dios, su presencia había estado atrayendo a ten tenares de personas, las cuales asistieron también a la fiesta. Asistía a la fiesta no en calidad de carpintero de pueblo, sino como el Cristo o Mesías:

Antes de que los festejos tocaran a su fin, habría de revelarse que Él tenía una cita con la cruz.

María, su santísima Madre, se hallaba presente en las bodas. Ésta es la única ocasión en la vida de nuestro Señor en la que se menciona a María delante de su Hijo. María iba a ser el instrumento del primer milagro de Jesús, milagro que sería la señal de que Él era quien pretendía ser: el Hijo de Dios. Ella misma había sido también instrumento de la santificación de Juan Bautista cuando éste se hallaba en el vientre de su madre; ahora, por su intercesión, hacía sonar la trompeta para una larga procesión de milagros; una intercesión tan poderosa, que ha hecho que una inmensa multitud de almas en todas las épocas invocara su nombre a fin de que se realicen otros milagros de la naturaleza y de la gracia.

Juan Evangelista, que ya había sido escogido como discípulo, se hallaba presente en la fiesta; y él mismo fue testigo ocular y oyente de lo que sucedió en Caná por intercesión de María. También estuvo con ella al pie de la cruz, y registró fielmente ambos acontecimientos en su evangelio. En el templo y en el Jordán, nuestro Señor recibió de su Padre la bendición y la sanción para que iniciara la obra redentora. En Caná recibió el beneplácito de su Madre. Más adelante, en el terrible abandono del Calvario, llegaría un momento tenebroso en el cual parecería que su Padre se apartase de Él, y Él recitaría el salmo que empieza así:

> Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?
>
> Ps 21, 1

Vendría otro momento en el que Él mismo parecería apartarse de su Madre:

Mujer, ahí tienes a tu hijo.

Jn 19, 26

Es interesante observar que, cuando faltó el vino en Caná, María se mostró más solícita con los invitados que el mismo maestresala, porque fue ella, y no él, quien se dio cuenta de que se había acabado el vino. María, con un perfecto espíritu de oración, se volvió hacia su divino Hijo. Confiando completamente en Él y esperando en su misericordia, le dijo:

No tienen vino.

Jn 2, 3

No se trataba de una petición personal; ella era ya una mediadora para todos los que buscaban la plenitud del gozo. Nunca se limitó a ser mera espectadora, sino una cabal participante que hacia suyas voluntariamente las necesidades de los demás. La Madre usaba ya el poder especial que como madre poseía sobre su Hijo, un poder engendrado por el amor recíproco. Con vacilación aparente, Él le respondió con esta pregunta:

Mujer, ¿qué tengo yo que ver contigo? No ha llegado todavía mi hora.

Jn 2, 4

Consideremos primero las palabras «¿Qué tengo yo que ver contigo?» Se trata de una expresión hebrea de difícil traducción. San Juan la tradujo muy literalmente al griego, y la Vulgata conservó esta literalidad *Quid mihi et tibi,* que significa: «¿Qué nos va a mí y a ti?» La traducción inglesa de Knox es muy libre: *Why dost thou trouble Me with that?* (¿Por qué vienes a molestarme con eso?).

Con objeto de entender más cabalmente esta frase, consideremos las palabras «No ha llegado todavía mi hora». La «hora» se refiere indudablemente a su cruz. Cada vez que se usa la palabra «hora» en el Nuevo Testamento, se emplea en relación a su pasión, muerte y gloria. Solamente en Juan se hace referencia siete veces a esta «hora», algunas de las cuales transcribimos a continuación:

Por eso procuraban prenderle; mas nadie puso en él mano, porque aún no habla llegado su hora.

Jn 7, 30

Estas palabras dijo Jesús en la tesorería, cuando enseñaba en el templo; y nadie le prendió, porque todavía no había llegado su hora.

Jn 8, 20

Y Jesús les responde, diciendo: Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre.

Jn 12, 23

Ahora está turbada mi alma. ¿Y qué diré? ¡Padre, sálvame de esta hora! Mas por esto vine a esta hora.

Jn 12, 27

He aquí que viene la hora, y ya ha llegado, en que seréis dispersados, e iréis cada cual a lo suyo, y me dejaréis solo; y, sin embargo, no estoy solo, porque el Padre está conmigo.

Jn 16, 32

Estas cosas habló Jesús; y alzando los ojos al cielo, dijo: Padre, la hora ha venido; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo te glorifique a ti.

Jn 17, 1

La «hora», por tanto, se refería a su glorificación mediante su crucifixión, resurrección y ascensión. En Caná, nuestro Señor se refería al Calvario y decía que todavía no había llegado el momento señalado para iniciar la tarea de la redención. Su Madre le pedía un milagro; Él le daba a entender que un milagro obrado como señal de su divinidad sería el comienzo de su muerte. En el momento en que Él se manifestase ante los hombres como el Hijo de Dios atraería sobre sí el odio, ya que el mal puede tolerar la mediocridad, pero no la suprema bondad. El milagro que ella le estaba pidiendo tendría inequívocamente una relación con su redención.

Durante su vida hubo dos ocasiones en que pareció mostrar cierta aversión a asumir el peso del sufrimiento. En el huerto de los Olivos pidió a su Padre, si era posible, que pasara su cáliz de dolor. Pero inmediatamente mostró su conformidad con la voluntad de su Padre: «No mi voluntad, sino la tuya.» La misma repugnancia aparente se manifestó asimismo frente a la voluntad de su madre. Caná fue un ensayo del Gólgota. No estaba discutiendo si era prudente iniciar su vida pública e ir a

la muerte en aquel preciso momento; se trataba más bien de someter su naturaleza humana, que se resistía a obedecer a la cruz. Hay un sorprendente paralelismo entre la orden que el Padre le da de que muera ajusticiado públicamente y la invitación que su Madre le hace de que inicie su vida pública. La obediencia triunfó en ambos casos; en Caná, el agua fue convertida en vino; en el Calvario, el vino fue convertido en sangre.

Le estaba diciendo a su Madre que ella pronunciaba virtualmente una sentencia de muerte sobre Él. Pocas son las madres que envíen a sus hijos al campo de batalla; pero aquí había una que, en realidad, estaba apresurando la, hora del conflicto mortal de su Hijo con las fuerzas del mal. Si aceptaba el requerimiento de su Madre, Jesús daría comienzo a su hora de muerte y glorificación. Iría a la cruz por doble encargo, uno de su Padre celestial, otro de su Madre terrena.

No bien hubo consentido en dar comienzo a su «hora», cuando procedió inmediatamente a decir a su Madre que en adelante cambiarían las relaciones que le unían a ella. Hasta entonces, durante su vida oculta, ella había sido conocida como la Madre de Jesús. Pero ahora que Él iniciaba su obra de la redención, ella no-sería ya simplemente su Madre, sino también la de todos los hombres, sus hermanos, a quienes Él redimiera. Para indicar este nuevo parentesco, Él se dirigió a ella ahora no como «Madre», sino como «Madre universal» o «Mujer». Vamos a ver la resonancia que estas palabras tenían para la gente que vivía a la luz del Antiguo Testamento. Cuando Adán cayó, Dios habló a Satán y predijo que pondría enemistad entre su simiente y la de la «Mujer», ya que el bien tendría descendencia, lo mismo que el mal. El mundo tendría no solamente la ciudad del hombre, que Satán reclamaba como suya, sino también la ciudad de Dios. Da «Mujer» tuvo una simiente, y era su simiente la que se encontraba ahora en la fiesta de bodas, la simiente que caería al suelo y moriría y luego resucitaría a una nueva vida.

En el momento en que la «hora» comenzó, María se convirtió en «la Mujer»; ella tendría también otros hijos, no según la carne, sino según el espíritu. Si Él había de ser el nuevo Adán, el fundador y redentor de una humanidad redimida, ella sería la nueva Eva y la madre de aquella nueva humanidad. En cuanto nuestro Señor Salvador era un hombre, ella era su madre; y en cuanto Él era el Salvador, ella era también la Madre de todos aquellos a los que Él salvaría. Juan, que se hallaba presente en aquella boda, estuvo también presente en el momento culminante de la «hora» del Calvario. Oyó cómo nuestro Señor la llamaba «Mujer» desde la cruz, y luego le decía: «Mira a tu hijo.» Era como si él, Juan, fuese ahora el

símbolo de la nueva familia de María. Cuando nuestro Señor resucitó de entre los muertos al hijo de la viuda de Naím, Él dijo: «Devuélveselo a su madre.» En la cruz, Él consoló a su Madre dándole otro hijo, Juan, y con él a toda la humanidad redimida.

En la resurrección, Él se devolvió a sí mismo a ella para manifestar que, si ella había ganado otros nuevos hijos, no por eso le había perdido a Él. En Caná se confirmó la profecía que Simeón le había hecho en el templo: en lo sucesivo, todo lo que afectara a su Hijo la afectaría también a ella; todo lo que le ocurriera a su Hijo a ella le ocurriría también. Si Él estaba destinado a ir a la cruz, ella también; y si Él estaba iniciando ahora su vida pública, ella iniciaba también una nueva vida, no ya como Madre de Jesús, sino como Madre de todos aquellos a los que Jesús redimiera. Él se llamaba a sí mismo «Hijo del hombre», título que abarcaba a la humanidad entera; ella sería desde entonces la «Madre de los hombres». De la misma manera que estaba a su lado cuando comenzó su hora, estaría a su lado cuando su hora terminara. Cuando se lo llevó del templo, siendo Jesús un muchacho de doce años, fue porque comprendió que su hora todavía no había llegado; Él la obedeció entonces y regresó a Nazaret con ella. Ahora le decía que su hora aún no había llegado, pero que ella le pidió que la iniciase, y Él la obedeció. En Caná ella le entregó como Salvador a los pecadores; en la cruz Él la entregó a ella como refugio a los pecadores.

Cuando El sugirió que su primer milagro le conduciría indefectiblemente a su cruz y muerte, y que desde entonces ella sería una Madre de Dolores, María se volvió inmediatamente hacia los sirvientes y les dijo:

> Haced lo que Él os diga.
>
> Jn 2, 5

¡Qué magnífico discurso de despedida! Ya no vuelve a hablar más en las Escrituras. Siete veces había hablado en toda la Biblia, pero ahora que Cristo se había manifestado, igual que el sol, en todo el esplendor de su divinidad, nuestra Señora se eclipsaba voluntariamente, como la luna, tal como más adelante la describió Juan.

Fueron llenadas las seis grandes tinajas y, según expresión poética de Richard Crashaw, «las inconscientes aguas vieron a su Dios y se ruborizaron». El primer milagro fue algo parecido a la creación; fue ejecutado por el poder de «la Palabra». El vino que Él creó era tan bueno, que el maestresala censuró al novio con estas palabras:

Todo hombre sirve al principio el vino bueno, y cuando han bebido bien, sirve luego lo que es peor; pero tú has guardado el buen vino hasta ahora.

Jn 2, 10

Realmente, el mejor vino había sido guardado hasta entonces. Hasta aquel momento, en todo el desarrollo de la revelación, el vino de menor calidad habían sido los profetas, los jueces y los reyes, Abraham, Jacob, Moisés, Josué... Todos ellos eran como el agua que aguardaba el milagro del esperado de las naciones. El mundo da primero generalmente los mejores placeres; luego vienen las heces y la amargura. Pero Cristo invirtió el orden, y nos dio el banquete después del ayuno, la resurrección después de la crucifixión, el gozo del domingo de pascua después de la tristeza del viernes santo.

Este principio de sus milagros obró JesÚ9 en Caná de Galilea; y manifestó su gloria; y sus discípulos creyeron en Él.

Jn 2, II

La cruz se encuentra en todas partes. Cuando una persona extiende los brazos para relajar sus músculos, inconscientemente forma la imagen de la razón por la que el Hijo del hombre vino al mundo. Así también, en Caná, la sombra de la cruz se proyectó por medio de una «Mujer», y la primera campanada de la «hora» sonó igual que una campanada de ejecución. En todos los otros incidentes de su vida, la cruz vino primero, luego el gozo. Pero en Caná fue el gozo de las bodas lo que vino primero... las bodas del divino Esposo con la humanidad redimida. Sólo después de esto se nos recuerda que la cruz es la condición previa de aquel éxtasis.

Así, en una fiesta de bodas hizo lo que no quiso hacer en el desierto; realizó a la vista de la gente lo que se había negado a realizar delante de Satán. Éste le pidió que convirtiera piedras en pan a fin de convertirse Él mismo en un Mesías económico; su Madre le pidió que cambiara el agua en vino para que llegara a ser un Salvador. Satán le tentó a que se apartara de la muerte; María le «tentó» para que se encaminara a la muerte y a la resurrección. Satán trató de apartarle de la cruz; María trató de encaminarle hacia ella. Más adelante, echaría mano de aquel pan que Satán había dicho que los hombres necesitaban y de aquel vino que su Madre le había dicho que precisaban los convidados a la boda, y cambiaría lo uno y lo otro en conmemoración de su pasión y muerte. Entonces pediría a los hombres que renovaran aquella conmemoración «hasta la consumación de

los siglos». Sigue resonando la antífona de su vida: *Todas las demás personas vinieron al mundo para vivir; mas Él vino al mundo para morir.*

6. EL TEMPLO DE SU CUERPO

Un templo es un lugar en el que Dios habita. ¿Cuándo existió, pues, el verdadero templo de Dios? ¿Fue el gran templo de Jerusalén, con toda su grandeza física, el verdadero templo? La respuesta a esta pregunta habría parecido obvia a los judíos; pero nuestro Señor iba a insinuar precisamente que existía además otro templo. Multitud de peregrinos subían a Jerusalén para celebrar la pascua, y entre ellos se encontraban nuestro Señor y sus primeros discípulos después de haber permanecido breve tiempo en Cafarnaúm. El templo ofrecía una vista realmente magnífica, sobre todo desde que Herodes lo había reconstruido casi por completo y enriquecido con toda riqueza de elementos artísticos. Un año más tarde, los mismos apóstoles, desde el monte Olivete, se sentirían tan impresionados por su aspecto esplendoroso en medie del sol matutino, que no podrían menos de pedir al Señor que dirigiera a él sus miradas y admirase su belleza.

Resultaba, por supuesto, un problema para todo el que venía a ofrecer un sacrificio procurarse los materiales para él. Luego, además, había que someter a inspección las víctimas ofrecidas para ver si respondían a las condiciones exigidas por las normas levíticas. Por consiguiente, había un floreciente comercio de reses de sacrificio de todas clases. Poco a poco, los vendedores de ovejas y palomas se habían ido acercando cada vez más a los edificios del templo, llenando las avenidas que a él conducían, hasta que incluso algunos de ellos, sobre todo los hijos de Adán, llegaron a ocupar el interior del pórtico de Salomón, donde vendían sus palomas y reses vacunas y cambiaban moneda. Todo el que asistía a las fiestas estaba obligado a pagar medio siclo para contribuir a sufragar los gastos del templo. Como no se aceptaba moneda extranjera, los hijos de Anás, según refiere Flavio Josefo, traficaban con el cambio de monedas, seguramente con beneficios muy considerables. Un par de palomas llegaron a valer en cierto momento una moneda de oro, que en

dinero americano representaría aproximadamente dos dólares y medio. Sin embargo, este abuso fue corregido por el nieto del gran Hillel, el cual redujo el precio a una quinta parte aproximadamente del indicado anteriormente. Alrededor del templo circulaba toda clase de monedas de Tiro, Siria, Egipto, Grecia y Roma, siendo ocasión de un próspero mercado negro entre los cambistas. La situación era lo suficientemente deplorable para que Cristo llamara al templo «cueva de ladrones»; efectivamente, el mismo Talmud protestaba contra aquellos que de tal modo profanaban el santo lugar.

Entre los peregrinos se produjo el más vivo interés cuando nuestro Señor entró por primera vez en el sagrado recinto. Ésta era al mismo tiempo su primera aparición pública ante la nación y su primera visita al templo en calidad de Mesías. Ya había obrado su primer milagro en Caná; ahora iba a la casa de su Padre para reclamar sus derechos de Hijo. Nuestro Señor, al encontrarse ante aquella absurda escena, en que los orantes se hallaban mezclados con las blasfemas ofertas de los mercaderes, y donde el tintineo del dinero se confundía con los mugidos de los novillos, se sintió invadido de ardiente celo por la casa de su Padre. Cogiendo algunas cuerdas que había por allí, y que probablemente servían para sujetar las reses por el cuello, hizo un pequeño látigo. Con este látigo procedió a expulsar a los animales y a los aprovechados mercaderes. La impopularidad de tales explotadores y su temor al escándalo público fueron probablemente la causa de que no opusieran resistencia al Salvador. Una escena de indescriptible confusión se produjo entonces, con las reses corriendo de un lado para otro y los cambistas recogiendo afanosos las monedas que habían rodado por el suelo cuando el Salvador les volcó las mesas. Jesús abrió las jaulas de las palomas y las soltó.

> ¡Quitad estas cosas de aquí! ¡No hagáis de la casa de mi Padre una casa de comercio!
>
> Jn 2, 16

Incluso las personas que se hallaban más íntimamente unidas al Salvador debieron de mirarle asombrados cuando, con el látigo en alto y los ojos llameantes, decía:

> Mi casa será llamada casa de oración por todas las naciones; pero vosotros la habéis convertido en cueva de ladrones.
>
> Mc 11, 17

Y sus discípulos se acordaron de que estaba escrito:

El celo por tu casa me consume.

Jn 2, 17

Aquella parte del templo de la cual nuestro Señor expulsó a los mercaderes era conocida como el pórtico de Salomón, la parte oriental del atrio de los Gentiles. Esta sección del templo debía servir como símbolo de que todas las naciones del mundo eran bien recibidas, pero los comerciantes la estaban profanando. Cristo demostró que el templo no era sólo para Jerusalén, sino para todas las naciones; era una casa de oración tanto para los magos como para los pastores, tanto para las misiones extranjeras como para 'as misiones nacionales.

Él llamó al templo «la casa de mi Padre», afirmando al propio tiempo su parentesco de hijo para con el Padre celestial. Los que fueron echados del templo no pusieron sus manos sobre Él ni le reprocharon que estuviera haciendo algo malo. Simplemente le pidieron una señal de garantía que justificara su manera de obrar. Viéndole allí majestuosamente erguido, en medio de las monedas esparcidas por el suelo y las reses y palomas que huían de un lado para otro, le preguntaron:

¿Qué señal nos muestras, ya que haces estas cosas?

Jn 2, 18

Estaban desconcertados ante su capacidad de justa indignación (que constituía el reverso del carácter benévolo manifestado en Caná), y le pedían una señal. Ya les había dado una señal de que era Dios, puesto que les había dicho que profanaban la casa de su Padre. Pedirle otra cosa era como pedir una luz para ver otra luz. Pero les dio una segunda señal:

Destruid este templo, y yo en tres días lo edificaré.

Jn 2, 19

La gente que escuchó estas palabras no las Olvidó nunca más. Tres años más tarde, durante el proceso, volverían a hacer mención de ellas, tergiversándolas ligeramente, al acusarle de haber dicho:

Yo derribaré este templo, que es hecho de mano, y en tres días edificaré otro no hecho de mano.

Mc 14, 58

Recordaron de nuevo sus palabras cuando Él pendía de la cruz:

¡Ea!, tú que derribas el templo de Dios, y en tres días lo reedificas, ¡sálvate a ti mismo, y desciende de la cruz!

Mc 15, 29

Estaban obsesionados todavía por sus palabras cuando pidieron a Pilato que tomara precauciones poniendo una guardia en su sepulcro. Entonces comprendieron que se había referido no precisamente a su templo de piedra, sino a su propio cuerpo.

> Nos acordamos de que aquel impostor dijo mientras vivía aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, asegurar el sepulcro hasta el día tercero; no sea que vengan de noche sus discípulos y le hurten.

Mt 27, 63-64

El tema del templo resonó de nuevo en el proceso y martirio de san Esteban, cuando los perseguidores le acusaron de que

> Este hombre no cesa de hablar palabras blasfemas contra este santo lugar.

Act 6, 13

En realidad, les estaba desafiando al decirles: «Destruid)). No les dijo «Si destruís...». Les estaba desafiando directamente a que pusieran a prueba su poder de rey y de sacerdote por medio de la crucifixión, y Él les respondería por medio de la resurrección.

Es importante advertir que en el texto griego original del evangelio nuestro Señor no usó la palabra *hieron,* que era el término griego corriente para designar el templo, sino más bien empleó la palabra *naos,* que significaba el lugar santísimo del templo. Había estado diciendo, en efecto: «El templo es el lugar en que Dios habita. Vosotros habéis profanado el antiguo templo; pero existe otro Templo. Destruid este nuevo Templo, crucificándome, y en tres días lo levantaré de nuevo. Aunque vosotros queráis destruir mi cuerpo, que es la casa de mi Padre, por medio de mi resurrección yo haré que todas las naciones entren en posesión del nuevo Templo.» Es muy probable que nuestro Señor señalara con ademán hacia su cuerpo al decir tales palabras. Los templos pueden construirse de carne y de huesos de la misma manera que se construyen de piedra y madera. El cuerpo de Cristo era un Templo porque en Él estaba morando corporalmente la plenitud de Dios. Sus provocadores le respondieron al punto con esta otra pregunta:

> Cuarenta y seis años estuvo edificándose este templo; ¿y tú en tres días lo levantarás?

Jn 2, 21

Probablemente se referían al templo de Zorobabel, cuya edificación había durado cuarenta y seis años. Fue comenzado en el primer año del reinado de Ciro, en 559 a. de J.C., el año noveno de Darío. También es posible que se refirieran a las reformas efectuadas por Herodes, y que quizá habían durado hasta entonces cuarenta y seis años. Las reformas habían empezado hacia el año 20 a. de J.C. y no terminaron hasta el año 63 d. de J.C. Pero, según Juan escribió:

> Él hablaba del templo de su cuerpo; y cuando hubo resucitado de entre los muertos, se acordaron sus discípulos de que había dicho esto.

Jn 2, 22

el primer templo de Jerusalén se hallaba asociado a la idea de grandes reyes, tales como David, que lo había preparado, y Salomón, que lo había construido. El segundo templo evocaba los grandes caudillos del regreso de la cautividad; este templo vinculado a la casa real de Herodes. Todas aquellas sombras de templos habían de ser superadas por el verdadero Templo, que ellos destruirían el día de viernes santo. En el momento en que lo destruyeran, el velo que cubría el lugar santísimo sería rasgado de arriba abajo; y el velo de su carne también sería desgarrado, revelando de esta manera el verdadero lugar santísimo, el sagrado corazón del Hijo de Dios.

Usaría la misma figura del templo en otra ocasión en que habló a los fariseos y les dijo:

> Mas yo os digo que en este lugar hay uno mayor que el templo.

Mt 12, 6

Ésta fue la respuesta que les dio cuando le pidieron una señal. Ésta sería su muerte y su resurrección. Posteriormente prometería a los fariseos la misma señal, bajo el símbolo de Jonás. Su autoridad no sería demostrada solamente por medió de su muerte, sino también por medio de su resurrección. La muerte sería producida a la vez por el corazón malvado de los hombres y por la propia voluntad de Él; la resurrección sería únicamente obra del poder omnímodo de Dios.

En aquel momento estaba llamando al templo la casa de su propio Padre. Al abandonarlo por última vez tres años más tarde, ya no le llamó la

casa de su Padre, puesto que el pueblo le había rechazado a Él, sino que dijo:

Pues bien: vuestra casa quedará desierta. „ „

Mt 23, 38

Ya no era la casa de su Padre; era la casa de ellos. El templo terrenal deja de ser la morada de Dios tan pronto como se convierte en centro de intereses mercenarios. Sin Él, ya no era templo alguno.

Aquí, como en otras partes, nuestro Señor estaba demostrando que Él era el único que vino a este mundo para morir. La cruz no era algo que viniera al fin de su vida; era algo que se cernía sobre Él desde el mismo comienzo. Él les dijo: «Destruid», y le dijeron ellos: «Seas crucificado». Ningún templo fue más sistemáticamente destruido que su cuerpo. La cúpula del Templo, su cabeza, fue coronada de espinas; los cimientos, sus sagrados pies, fueron desgarrados con clavos; los cruceros, sus manos, fueron extendidas en forma de cruz; el santo de los santos, su corazón, fue traspasado con una lanza.

Satán le tentó a que realizara un sacrificio visible pidiéndole que se arrojara desde el pináculo del templo. Nuestro Señor rechazó esta forma espectacular de sacrificio. Pero, cuando los que habían profanado la casa de su Padre le pidieron una señal, Él les ofreció una clase de señal diferente, la de su sacrificio en la cruz. Satán le pidió que se precipitara desde lo alto; ahora nuestro Señor estaba diciendo que, efectivamente, sería arrojado al abismo de la muerte. Su sacrificio, sin embargo, no sería una exhibición, sino un acto de humillación de sí mismo, humillación redentora. Satán le propuso que expusiera su Templo a una posible ruina por exhibicionismo, para deslumbrar a la gente; pero nuestro Señor expuso el Templo de su cuerpo a cierta ruina por la salvación y expiación. En Caná dijo que la hora de la cruz le llevaría a su resurrección. Su vida pública daría cumplimiento a estas profecías.

7. NICODEMO, LA SERPIENTE Y LA CRUZ

Al no haber sido bien recibido en el templo, que era la casa de su Padre, Jesús no quiso forzar las cosas. Aquel templo terreno pasaría, y Él, el verdadero Templo en que Dios habita, resucitaría lleno de gloria. De momento, se limitó a probar por medio de su enseñanza y sus milagros que Él era el Mesías. Durante aquellos pocos días obró muchos más milagros que los que fueron registrados por escrito, y el evangelio nos dice que muchas personas, al ver los milagros que hacía, creyeron en Él. Uno de los miembros del sanedrín admitió que no sólo los milagros eran auténticos, sino que Dios estaba forzosamente con el que tales señales hacía.

> Un fariseo, hombre principal de los judíos, vino a ver a Jesús por la noche.
>
> Jn 3, 1

Según todos los cánones del mundo, Nicodemo era un sabio; estaba versado en las Escrituras y era un hombre religioso, puesto que pertenecía a una de las sectas, la de los fariseos, que daba suma importancia a las minucias de los ritos externos. Pero Nicodemo, al menos al principio, no era un hombre exento de temor, ya que para hablar con nuestro Señor escogió una hora en que el manto de la oscuridad le escondiera de las miradas de las personas.

Nicodemo era el personaje nocturno del evangelio, ya que cuando le encontramos se halla en tinieblas. La primera visita se nos describe decididamente como una visita nocturna. Más adelante, también de noche, como miembro del sanedrín, fue él quien habló en defensa de nuestro Señor, al decir que nadie debe ser juzgado antes de ser oído. El día de viernes santo, en las tinieblas que siguieron a la crucifixión, llegó José de Arimatea.

> Y también con él Nicodemo, aquel que vino a Jesús de noche la primera vez, trayendo una mixtura de mirra y áloes, como cien libras.

Jn 19, 39

A pesar de que existían factores sociales que se oponían a que se interesase por nuestro Señor, fue a verle, no obstante, cuando llegó a Jerusalén para la pascua. Vino para mostrar reverencia a Cristo, y en seguida se enteró de que tal clase de reverencia no era suficiente.

Nicodemo le dijo:

> Rabí, nosotros sabemos que has venido de Dios como maestro, porque nadie puede hacer estas señales que tú haces, a menos que Dios esté con él.

Jn 3, 2

Pero, aunque Nicodemo había visto los milagros, no estaba dispuesto a confesar todavía la divinidad del que los obraba. Todavía se estaba manteniendo un poco alejado, puesto que velaba su personalidad tras el vago y oficial «nosotros». Éste es un ardid al que a veces recurren los intelectuales para eludir toda responsabilidad personal; con ello se quiere indicar que, si se precisa un cambio, debe ser por la sociedad en general, más bien que por voluntad propia. Nuestro Señor reprendió a Nicodemo respecto al «maestro», porque todavía ignoraba muchas profecías. En esto nuestro Señor se estaba manifestando también como maestro. Pero, antes de que el alba interrumpiera su larga discusión, nuestro Señor proclamó que, aunque Él fuese maestro, no era solamente esto; Él era primero y ante todo el Redentor. Afirmó que lo esencial para estar con Él no era la verdad humana de la mente, sino un renacer del alma, comprado por medio de su muerte. Nicodemo empezó llamándole maestro; al final de la entrevista, nuestro Señor se había proclamado a sí mismo el Salvador.

La cruz se reflejaba sobre cada suceso de su vida; pero nunca como aquella noche brilló con tanta intensidad sobre uno que conocía el Antiguo Testamento. Aquel fariseo había creído que Jesús era sólo un maestro o rabí, pero al fin descubrió que la salud se hallaba en aquello que siempre había considerado como una maldición: la cruz.

Nuestro Señor, en su respuesta, le invitó a que dejara el orden de las cosas del mundo.

> En verdad, en verdad te digo, a menos que el hombre naciere de nuevo, no puede ver el reino de Dios.

Jn 3, 3

La idea que al principio de la discusión entre Nicodemo y nuestro Señor se destacó fue la de que la vida espiritual era diferente de la vida física o de la intelectual. La diferencia entre la vida espiritual y la vida física, le dijo Jesús, es mayor que la que existe entre un cristal y una célula viva. Un hombre no llega a hacerse menos egoísta y más liberal si no se convierte en seguidor de Cristo. Debe haber un nuevo nacimiento producido desde lo alto. Todas las personas del mundo tienen un primer nacimiento, de la carne. Pero Jesús dijo que es necesario un segundo nacimiento de lo alto para la vida espiritual. Tan necesario es, que una persona «no puede entrar» en el reino de Dios sin este segundo nacimiento; no dijo «no entrará», ya que se trata de una imposibilidad real. De la misma manera que uno no puede vivir una vida física sin haber nacido, tampoco puede vivir espiritualmente a menos que nazca de Dios. El primer nacimiento hace que seamos hijos de nuestros padres; el segundo nos hace hijos de Dios. La importancia no se hace recaer sobre el desarrollo propio, sino sobre la regeneración; no en el hecho de mejorar nuestra condición presente, sino en un cambio radical del modo de ser que nos es propio.

Vencido por la grandeza de la idea que se sugería, Nicodemo pidió que se le ilustrase más claramente sobre este punto. Podía entender que un hombre *sea* lo que es, pero no podía entender que un hombre *llegara a ser* lo que no es. Nicodemo sabía acerca de retoques y restauraciones del hombre viejo, pero no acerca de crear un hombre enteramente nuevo. De ahí la pregunta que hizo:

> ¿Cómo puede el hombre nacer siendo viejo? ¿Acaso podrá por segunda vez entrar en el seno de su madre y nacer?

Jn 3, 4

Nicodemo no negaba la doctrina del nuevo nacimiento. Se aferraba al sentido literal, y lo que hacía era dudar de la exactitud del término «nacer».

Nuestro Señor respondió así a su dificultad:

> En verdad, en verdad te digo que, a menos que el hombre naciere del agua y del Espíritu, no puede entrar en el reino de Dios. Lo que es nacido de la carne, carne es, y lo que es nacido

del Espíritu, Espíritu es. No te maravilles de que te dije: os es necesario nacer de nuevo.

Jn 3. 5-7

La ilustración de Nicodemo era inadecuada. Sólo se refería al reino de la carne. Nicodemo no podía volver a entrar en el seno de su madre para volver a nacer. Pero lo que es imposible para la carne es posible para el espíritu. Nicodemo había estado esperando instrucción y enseñanza, pero en vez de ello se le habían ofrecido la regeneración y el renacer. El reino de Dios era presentado como una nueva creación. Cuando un hombre sale del seno de su madre es solamente una *criatura* de Dios, de la misma manera que, aunque en grado inferior, una mesa es creación del carpintero. Ningún hombre, en el orden natural, puede llamar «Padre» a Dios; para hacer esto, el hombre debería convertirse en algo distinto de lo que es. Es preciso que por un don divino participe de la naturaleza de Dios, de la misma manera como actualmente participa de la naturaleza de sus padres. El hombre hace cosas que son distintas de él mismo, pero engendra lo que es igual a sí mismo. Un artista pinta un cuadro, pero una cosa es el artista y otra la naturaleza. Una madre da a luz a un hijo, y el hijo es de la misma naturaleza que la madre. Nuestro Señor sugiere que por encima del orden del hacer o del crear se encuentra el orden del engendrar, de la regeneración y el renacimiento, por el cual Dios llega a ser Padre nuestro.

Seguramente Nicodemo se sobresaltó desde el punto de vista intelectual, puesto que nuestro Señor le dijo: «No te maravilles». Nicodemo se preguntaba cómo podía efectuarse esta regeneración. Nuestro Señor le explicó que la razón por la cual Nicodemo no entendía este segundo nacimiento era porque ignoraba la forma como opera el Espíritu santo. Unos momentos más tarde, Él le sugirió que de la misma manera que su muerte reconciliaría a la humanidad con el Padre, la humanidad sería regenerada por obra del Espíritu santo. El nuevo nacimiento a que nuestro Señor aludía escaparía a los sentidos, y sólo es conocido por los efectos que produce en el alma.

Nuestro Señor ilustró con una comparación este misterio. «Tú no puedes entender la manera como sopla el viento, pero obedeces sus leyes, y de este modo dominas su fuerza; lo mismo sucede con el Espíritu. Obedece la ley del viento, y el viento henchirá tus velas y te hará avanzar. Obedece la ley del Espíritu y conocerás el nuevo nacimiento. No niegues la relación que te une a esta ley sólo porque intelectualmente no te es posible escrutar su misterio.»

El viento sopla de donde quiere y oyes su sonido, mas no sabes de dónde viene ni adónde va: así es todo aquel que es nacido del Espíritu.

Jn 3, 8

El Espíritu de Dios es libre y siempre obra libremente. Sus movimientos no pueden ser previstos por ningún cálculo humano. Nadie puede decir cuándo llega la gracia o de qué modo obrará en un alma; si vendrá como resultado de un hastío del pecado o como anhelo de un bien superior. La voz del Espíritu está dentro del alma; allí dentro se encuentran sin duda alguna la paz que confiere, la luz que derrama y la fuerza que proporciona. La regeneración de una persona no puede verse directamente con los ojos humanos.

Aunque Nicodemo se hallaba sofisticado por su mucha erudición, se quedó lleno de asombro ante la sublimidad de la doctrina que estaba escuchando de labios de aquel a quien había llamado maestro. Su interés como fariseo no había versado sobre la santidad personal, sino sobre la gloria de un reino terreno. Ahora hizo esta pregunta:

¿Cómo puede ser esto?

Jn 3, 9

Nicodemo veía que la vida divina en el hombre no era precisamente una cuestión de *ser,* y que encierra también el problema de *convertirse en algo diferente* mediante un poder que no se encuentra en el hombre, sino en Dios.

Nuestro Señor le explicó que su doctrina era algo que ninguna mente humana pudiera haber inventado jamás. Esto en cierto modo disculpaba la ignorancia de aquel fariseo. Después de todo, nadie había subido nunca al cielo para aprender aquellos secretos celestiales y regresar a la tierra para darlos a conocer. El único que podía saber de ello era aquel que había descendido del cielo, aquel que siendo Dios se hizo hombre y ahora estaba hablando a Nicodemo. Por vez primera nuestro Señor se refirió a sí mismo como el Hijo del hombre. Al mismo tiempo, estaba dando a entender que era algo más que esto: era también el Hijo divino unigénito del Padre celestial. En realidad, estaba afirmando su naturaleza divina y su naturaleza humana.

Nadie ha subido al cielo, sino aquel que del cielo descendió: el Hijo del hombre, que está en el cielo.

Jn 3, 13

No era ésta la única vez que nuestro Señor hablaba de su reascensión al cielo o de que había descendido del cielo. A uno de los apóstoles le dijo:

> En verdad, en verdad os digo que veréis abierto el cielo, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.

Jn 1, 51

> Porque descendí del cielo no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.

Jn 6, 38

> El que de arriba viene, está por encima de todos; el que procede de la tierra, de la tierra es, y de la tierra habla; pero el que del cielo viene, está por encima de todos.

Jn 2, 21

> Y decían: ¿No es éste Jesús, hijo de José, cuyo padre y madre nosotros conocemos? ¿Cómo es que ahora dice: a Yo he descendido del cielo»?

Jn 6, 42

> ¿Pues qué si viereis al Hijo del hombre que sube donde antes estaba?

Jn 6, 62

Nuestro Señor jamás hablaba de su gloria celestial de la resurrección sin aludir a la ignominia de la cruz. Algunas veces habló primeramente de la gloria, como estaba haciendo ahora con Nicodemo, pero la crucifixión había de ser la condición de esta gloria. Nuestro Señor vivía a la vez una vida celestial y una vida terrena; una vida celestial como Hijo de Dios, una vida terrena como Hijo del hombre. Sin dejar de ser uno con su Padre celestial, se entregó a sí mismo por los hombres terrenales. A Nicodemo afirmó que la condición de la que dependía la salvación humana sería su propia pasión y muerte. Hizo esto bien claro al referirse a la predicción más famosa de la cruz que se encontraba en el Antiguo Testamento:

> Y de la manera que Moisés levantó la serpiente en el desierto, asimismo es necesario que sea levantado el Hijo del hombre; para que todo aquel que cree tenga por Él vida eterna.

Jn 3, 14-15

El libro de los Números refiere que, cuando el pueblo murmuró en rebeldía contra Dios, fueron castigados con una plaga de serpientes de fuego, de suerte que muchos perdieron la vida. Cuando se arrepintieron, Dios dijo a Moisés que hiciese una serpiente de bronce y la levantase a modo de señal; y todos aquellos que habían sido mordidos por las serpientes y miraban la señal quedaban curados. Nuestro Señor declaraba ahora que Él sería levantado en alto, de la misma manera que lo había sido la serpiente de bronce. De la misma manera que ésta tuvo la apariencia de una serpiente y, sin embargo, carecía de veneno, así también Él, cuando fuese levantado en el madero de la cruz, tendría la apariencia de un pecador, pero estaría sin pecado. Así como todos los que miraban a la serpiente de bronce quedaron curados de mordedura de serpiente, todos aquellos que mirasen a Él con amor y fe serían sanados de la mordedura de la serpiente maligna.

No era suficiente que el Hijo de Dios bajase del cielo y apareciera como el Hijo del hombre, ya que entonces sólo habría sido un gran maestro y un gran modelo a seguir, pero no un redentor. Para cumplir el propósito de su venida a este mundo era más importante que redimiera al hombre del pecado mientras se hallaba en su forma de carne humana. Los maestros cambian a las personas mediante su vida; nuestro Señor las cambiaría por medio de su muerte. El veneno del odio, la sensualidad y la envidia que se encuentra en el corazón de los hombres no podía curarse simplemente por medio de exhortaciones prudentes y reformas sociales. El salario del pecado es la muerte, y, por lo tanto, sólo por medio de la muerte había de realizarse la expiación por el pecado. Como en los antiguos sacrificios el fuego quemaba simbólicamente el pecado imputado juntamente con la víctima, así también en la cruz se destruiría el pecado del mundo por medio de los sufrimientos de Cristo, ya que El estaría erguido como sacerdote y postrado como víctima.

Los dos estandartes que alguna vez fueron levantados fueron la serpiente de bronce y el Salvador crucificado. Y, con todo, había una profunda diferencia entre ambos. El teatro del uno fue el desierto, y el auditorio unos miles de israelitas; el teatro del otro era el universo, y el auditorio la humanidad entera. Del uno venía una curación corporal, que pronto desaparecería con la muerte; del otro fluía la salud del alma para la vida eterna. Y, con todo, el primero era prefiguración del segundo.

Pero, aunque Él había venido para morir, hizo hincapié en el hecho de que moriría voluntariamente y no porque fuera demasiado débil para

defenderse de sus enemigos. La única causa de su muerte sería el amor, según dijo a Nicodemo:

> Porque de tal manera amó Dios al mundo que dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en El no perezca, sino que tenga vida eterna.

Jn 3, 16

Aquella noche, en la que un anciano venía a ver al divino Maestro que asombró al mundo con sus milagros, nuestro Señor contó la historia de su vida. Una vida que no empezó en Belén, sino que existía desde toda la eternidad en la Divinidad. El Hijo de Dios llegó a ser el Hijo del hombre porque el Padre le envió con la misión de rescatar al hombre por medio del amor.

Si hay algo que desee un buen maestro, es vivir muchos años para que su doctrina sea conocida, y adquirir sabiduría y experiencia. La muerte es siempre una tragedia para un gran maestro. Cuando a Sócrates se le dio a beber la cicuta, su mensaje fue interrumpido de una vez para siempre. La muerte fue un gravísimo tropiezo para Buda y su doctrina de la óctuple vía. El último suspiro de Lao-tse corrió una cortina sobre su doctrina referente al *Tao o* «no hacer nada», así como contra la agresiva autodeterminación. Sócrates había enseñado que el pecado era debido a la ignorancia, y que, por lo tanto, el conocimiento haría un mundo bueno y perfecto. Los maestros orientales hablaban de que el hombre se hallaba aprisionado en cierta gran rueda del hado. De ahí la recomendación de Buda de que había que enseñar a los hombres a matar los deseos, y de esta manera encontrarían la paz. Cuando murió Buda, a los ochenta años, no señaló hacia sí mismo, sino a la ley que él había dado. La muerte puso fin a los preceptos morales de Confucio acerca de cómo perfeccionar un Estado por medio de amables relaciones mutuas entre príncipe y súbdito, padre e hijo, hermanos, marido y mujer, amigos.

En su conversación con Nicodemo, nuestro Señor se proclamó a sí mismo como Luz del mundo. Pero la parte más asombrosa de su enseñanza fue que dijo que nadie entendería su doctrina en tanto Él estuviera vivo, y que su muerte y resurrección serían esenciales para su comprensión. Ningún otro maestro del mundo dijo jamás que haría falta que él muriera de muerte violenta para que sus enseñanzas resultasen más inteligibles. Éste era un Maestro que ponía su doctrina tan en segundo lugar, que pudo llegar a decir que la única forma con que atraería a la

gente hacia sí sería *no por medio de su doctrina, no por medio de lo que decía, sino por medio de su crucifixión.*

> Cuando hayáis levantado al Hijo del hombre, entonces conoceréis que yo soy.
>
> Jn 8, 28

No dijo que sería su doctrina lo que ellos entenderían entonces, sino más bien su personalidad. Sólo después que le hubieran dado muerte, entenderían que Él había hablado la Verdad. Su muerte, entonces, en vez de ser el último de una serie de fracasos, sería un éxito glorioso, el punto culminante de su misión sobre la tierra.

De ahí la gran diferencia que hay entre las estatuas y cuadros de Buda y de Cristo. Buda está siempre sentado, con los ojos cerrados, las manos juntas sobre un cuerpo obeso. Cristo nunca está sentado; siempre aparece levantado y entronizado. Su persona y su muerte son el corazón y el alma de su doctrina. La cruz, y todo cuanto ésta encierra, vuelve a constituir el centro de su vida.

8. EL SALVADOR DEL MUNDO

Una vez que nuestro Señor hubo purificado el templo, obrado milagros en Jerusalén y dicho a Nicodemo que había venido para morir por aquellos que habían sido mordidos por la serpiente del pecado, salió de Jerusalén, que le había rechazado, y se dirigió a «Galilea de los gentiles». La ruta usual entre Judea, al sur, y Galilea, al norte, se hacía a través de Perea. Los judíos tomaban esta ruta para evitar atravesar la tierra de los samaritanos. Pero nuestro Señor no lo hizo así. Había declarado que el templo era para todas las naciones; Él estaba llamado a servir a todos.

Y así era menester que pasase por Samaría.

Jn 4, 4

El evangelio habla de su muerte y redención como de un «deber». Lo que había sucedido en Samaría se refería a su otro deber, para que pudiera ofrecer su vida de un modo vicario por la humanidad.

Separando las dos provincias de Judea y Galilea había una franja de tierra habitada por una raza mixta medio extranjera, la de los samaritanos. Entre ellos y los judíos existía una antigua enemistad. Los samaritanos eran una raza formada siglos antes, cuando los israelitas fueron llevados en cautividad. Los asirios enviaron a algunos de su propio pueblo para mezclarse con ellos y crearon así una nueva raza. Los primeros colonos de Samaría trajeron la idolatría, pero más adelante se introdujo entre ellos un judaísmo espurio. Los samaritanos aceptaron los cinco libros de Moisés y algunos de los proféticos, pero rechazaron todos los otros libros históricos porque relataban la historia de los aborrecidos judíos. Celebraban su culto en el templo del monte Garizim.

Ningún judío pronunciaba nunca la palabra «samaritano», tanto odio sentían hacia ellos. De ahí que cuando al escriba se le preguntó quién era el prójimo usó un circunloquio. Por otro lado, la palabra más ofensiva que los judíos podían aplicar a una persona era llamarle «samaritano», como

llamaron una vez a nuestro Señor, el cual no Se dio por ofendido. Pero más adelante, en la parábola del buen samaritano, Jesús se representó a sí mismo como «cierto samaritano», indicando la humillación y las burlas que amontonaron sobre Él al venir a la tierra.

Nuestro Señor no evitó el encuentro con aquellas personas. El Hacedor de todos los mundos necesitaba pasar a través de la tierra de una humanidad «extranjera» en su camino hacia el trono celestial. Un amor soberano le imponía esta necesidad. Era mediodía, y nuestro Señor estaba «cansado a causa del camino»; así que se sentó junto al pozo de Jacob. Pero con su flaqueza se manifestó su omnisciencia, porque leyó el corazón de una mujer. Cristo estaba cansado en su trabajo, no de su trabajo. Dos de las mayores conversiones que obró el Señor, en las personas de la mujer sirofenicia y ahora en esta mujer samaritana, fueron hechas cuando estaba cansado. Cuando menos idóneo parecía para las cosas de su Padre, más eficazmente las realizaba. San Pablo fue llevado desde la obra que realizaba hasta la prisión; pero en ella convirtió a algunos de sus carceleros y escribió sus epístolas. El corazón bien dispuesto crea siempre las propias oportunidades.

Vino una mujer de Samaría a sacar agua.

Jn 4, 7

Era poco frecuente que una mujer oriental fuera a sacar agua a aquella hora de tanto calor. La razón de esta conducta insólita hay que buscarla un poco más adelante. En un sentido terrenal, nada era más secundario que una mujer yendo a buscar agua al pozo; y, con todo, fue una de aquellas providencias de Dios que contribuyen a descifrar el enigma de un alma. El gran bien que la aguardaba era algo ignorado por ella. Primeramente no vio más que a un hombre allí sentado. Como escribió Isaías:

Me dejé hallar de los que no me buscaban.

Is 65, 1

Nuestro Señor encontró a Zaqueo; no Zaqueo a Él; Pablo también fue encontrado cuando no se hallaba en busca de su Señor. Más adelante el Maestro destacó el poder de atracción de la Divinidad:

Nadie puede venir a mí, si el Padre que me envió no le trajere.

Jn 6, 44

Mientras llenaba el cántaro, evitaría ya tener que hablar con el desconocido, pues descubrió en su fisonomía los rasgos de los judíos, con quienes los samaritanos no tenían nada en común. Mas, para sorpresa suya, el forastero que estaba sentado junto al pozo le dirigió la palabra con esta petición:

> Dame de beber.
>
> Jn 4, 7

Cada vez que nuestro Señor deseaba hacer un favor, empezaba siempre por pedir uno. No empezaba con una represión, sino con una demanda. Lo primero que decía era «¡Dame!». Debe haber siempre un vaciamiento de lo humano antes de que lo divino pueda llenar el alma, ya que lo divino se vació a sí mismo para llenar lo humano. El agua, que era lo que acaparaba sus pensamientos, llegó a ser el común denominador entre el que estaba sin pecado y una pecadora.

> ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy samaritana?
>
> Jn 4, 9

En la larga conversación habida entre los dos, hubo un progresivo desarrollo espiritual que culminó finalmente en el conocimiento que ella adquirió de Cristo, el Salvador. El entendimiento imperfecto se burló al principio de Él como de un miembro de cierta raza o pueblo. En el primer momento, Él era solamente «un judío». La respuesta de nuestro Señor daba a entender que, en realidad, Él no era el que recibía, sino el que daba. Ella se había equivocado al pensar que Él necesitaba de ella, cuando en realidad era ella la que necesitaba de Él.

> Si conocieras el don de Dios, y quién es el que te dice: «Dame de beber», tú le habrías pedido a Él, y Él te habría dado agua viva.
>
> Jn 4, 10

Se manifestó a sí mismo bajo la imagen del agua, como un poco más adelante, cuando la gente pida el pan que alimenta, habría de manifestarse bajo la apariencia del pan. Aunque Él hablaba de sí mismo como del don de Dios, la mujer sólo veía en Él a un hombre de otra raza, cansado y lleno del polvo del camino. Sus ojos no podían penetrar la forma externa que guardaba la naturaleza divina. Veía al judío, pero no al Hijo de Dios; al hombre cansado, pero no al que es descanso de las almas fatigadas; al hombre sediento, pero no a aquel que podía calmar la sed del mundo. El

castigo de los que viven demasiado apegados a la carne es que jamás pueden comprender lo espiritual. Pero aumenta su respeto hacia Él en el momento en que añade:

> No tienes con qué sacarla, y el pozo es hondo. ¿De dónde, pues, tomas esa agua viva? ¿Acaso tú eres mayor que nuestro padre Jacob, que nos dio el pozo; del cual bebió él mismo y sus hijos y sus ganados?

Jn 4, 13 s

Ahora la mujer sospechaba, aunque no le era posible entender cabalmente sus palabras, que, siendo judío aquel hombre, estaba aludiendo a algunas de las tradiciones del pueblo de ella. Pero he aquí que Él le contestó que era realmente más grande que Jacob:

> Todo aquel que bebe de esta agua, tendrá otra vez sed; mas el que bebiere del agua que yo le daré, será en él una fuente de agua que brote en vida eterna.

Jn 4, 13 s

Tal era su filosofía de la vida. Todas las satisfacciones de los deseos del cuerpo y del alma tienen un defecto: el de que no satisfacen para siempre. Sólo sirven para amortiguar la presente necesidad; pero nunca la extinguen. La necesidad subsiste siempre. Las aguas que da el mundo vuelven nuevamente a la tierra; pero el agua de vida que da Él es un impulso sobrenatural y empuja hacia arriba, hacia el cielo mismo.

Nuestro Señor no intentaba desalojar las aquietadas cisternas del mundo sin ofrecer algo mejor. No condenaba las corrientes terrestres ni las prohibía; simplemente decía que, si ella se limitaba a las fuentes de la felicidad humana, nunca quedaría completamente satisfecha.

Ella no podía comprender la gracia o el poder celestial bajo la analogía del agua para el cuerpo, puesto que desde hacía mucho tiempo saciaba su sed en los cenagales de la pasión sensual. Sigue diciendo la mujer samaritana:

> Señor, dame a mí de esta agua, para que ya no tenga sed, ni haya de venir hasta aquí a sacarla.

Jn 4, 15

Ahora le llamaba «señor». En la mente de aquella mujer había todavía confusión, puesto que imaginaba que la promesa del forastero la eximiría del trabajo de tener que acudir al pozo. Nuestro Señor hablaba de

la cima de la comprensión espiritual; la mujer se refería a las profundidades del conocimiento sensible. Las ventanas de su alma estaban tan sucias por efecto del pecado, que no podía ver la significación espiritual que se encierra en el universo material.

Nuestro Señor, al observar que no entendía la lección espiritual que le estaba dando, le hizo ver por qué no comprendía el significado de sus palabras: porque su vida era inmoral. Apeló a su conciencia con un giro en la conversación algo brusco:

Anda, llama a tu marido y ven acá.

Jn 4, 16

Trataba de despertar en ella el sentido de la vergüenza y del pecado. «Anda..., ven...» *Anda* y enfréntate con la verdad de tu vida; *ven* y recibe las aguas de vida. La mujer le respondió:

No tengo marido.

Jn 4, 17

Esto era una confesión honrada y verídica, pero no era suficiente aún. Ella había pedido agua de vida, pero todavía no sabía que primero hay que excavar el pozo. En lo hondo de su espíritu existía en potencia la posibilidad de que Él le concediera su dádiva; pero las aguas de la gracia no podían correr, a causa de las duras rocas del pecado, las numerosas capas de tierra amontonadas por las transgresiones, los malos hábitos, duros e impermeables como arcilla, y los múltiples depósitos de pensamientos carnales. Era necesario extraer todo esto antes que ella pudiera dar con el agua de vida. Había que confesar el pecado antes que fuera posible alcanzar la salvación. Hay que despertar la conciencia. Con habilidad maestra, nuestro Señor le presentaba un cuadro de la vida extraviada que ella estaba llevando y, con el efecto de un rápido relámpago, imprimía en su conciencia el sentido de la culpa.

Le respondió nuestro Señor:

Bien has dicho: no tengo marido.

Jn 4, 18

Estaba ayudando a la mujer a que hiciera una confesión honrada. Un cura de almas poco diestro, probablemente la habría censurado rudamente diciéndole que ocultaba la verdad. Nuestro Señor, en cambio, le dijo: «Bien has dicho». Pero a continuación manifestó:

Porque cinco maridos has tenido; y el que ahora tienes no es tu marido; en esto hablaste con verdad.

Jn 4, 18

El hombre con el cual estaba viviendo no era marido suyo; había caído tan bajo en su infamia, que no quiso someterse a la sanción legal del matrimonio, como hubiera hecho en otros tiempos.

La mujer comprendió que nuestro Señor la sonsacaba. Estaba examinando su moralidad y conducta, dándole a entender que no podía recibir su dádiva debido a la clase de vida que llevaba. Entonces hizo lo que después de ella han hecho millones de personas cada vez que la religión les exige una reforma de su conducta: *cambió de tema.* Estaba dispuesta a discutir sobre religión, pero no quería hacer de la religión una cuestión decisiva. Nuestro Señor había llevado la discusión hacia el tema del orden moral, es decir, al modo como ella se había estado comportando personalmente ante Dios y ante su conciencia. Pera evitar el problema moral, ella recurrió primero a la adulación, luego sometió al Señor un problema de orden puramente especulativo:

Señor, veo que eres un profeta.

Jn 4, 19

Ahora, además de «señor», le llamaba «profeta». Hacía que el tema de la religión cayera en un plano meramente intelectual, con objeto de que no la afectara a ella en el plano moral. Así que añadió:

Nuestros padres adoraron en este monte, y vosotros decís que en Jerusalén está el lugar en que se debe adorar.

Jn 4, 20

La mujer hacía esfuerzos desesperados por escabullirse. Y procuraba hacerlo suscitando la vieja cuestión religiosa. Los judíos adoraban en Jerusalén; los samaritanos en el monte Garizim. Intentaba desviar la flecha disparada contra el blanco de su conciencia, introduciendo un tema especulativo. Esto apartaría su alma del mal que parecía amenazarla.

Mas Él le respondió:

Mujer, créeme que viene el tiempo en que ni en este monte, ni tampoco en Jerusalén, adoraréis al Padre. Vosotros adoráis lo que no conocéis; nosotros adoramos lo que conocemos; porque la salvación viene de los judíos. Porque llega el tiempo —y ya estamos en él— en que los verdaderos adoradores adorarán al

Padre en espíritu y en verdad, porque son los adoradores tales como los quiere el Padre. Dios es espíritu, y los que le adoran, es menester que le adoren en espíritu y verdad.

Jn 4, 21-24

Le estaba diciendo que las pequeñas disputas locales se desvanecerían muy pronto. La controversia entre Jerusalén y Samaría sería superada; ya que, como Simeón había profetizado: Él sería una luz para las naciones. Sin embargo, nuestro Señor vindica a los judíos, al decir:

Porque la salvación viene de los judíos.

Jn 4, 22

El Mesías, en efecto, el Hijo de Dios y Salvador, surgiría de entre ellos, y no de entre los samaritanos. «Salvación» es equivalente al Salvador, puesto que Simeón, mientras tenía al Niño en sus brazos, declaró que sus ojos habían contemplado la «Salvación». Israel era el conducto por el cual la salvación de Dios habría de llegar al mundo. Era el árbol que había sido regado durante siglos y que ahora había producido la flor consumada: el Mesías y Salvador.

Las palabras de nuestro Señor llevaban a aquella pobre pecadora hasta unas aguas más profundas de lo que ella era capaz de alcanzar, y la transportaban a un reino de verdad demasiado grande para su limitado entendimiento. Pero había una cosa que comprendió vagamente, y era que se acercaba la hora en que existiría la verdadera adoración del Padre, porque también los samaritanos tenían fe, en cierto modo, en el futuro Mesías. Por eso respondió:

Ya sé que el Mesías, al que llaman Cristo, está para venir, y cuando venga, nos lo revelará todo.

Jn 4, 25

Todavía no le daba el título de «Mesías», pero bien pronto se daría cuenta de que estaba hablando con Él mismo. Los samaritanos conocían bastante bien el Antiguo Testamento para saber que Dios había de enviar a su Ungido; pero, en su religión corrompida, Él no era más que un profeta, tal como para los judíos, en su entendimiento corrompido, era un rey político. Pero, en su declaración, era como si la mujer dijera que estaba esperando al Prometido por Dios. En respuesta a su débil creencia, nuestro Señor le contestó:

Ése soy yo, que hablo contigo.

Jn 4, 26

Ahora la cosa estaba decidida; ya no era en Jerusalén ni en el monte Garizim donde la adoración había de tener su centro, sino en Cristo mismo.

En este momento los discípulos volvieron de la ciudad, y entonces la mujer se alejó del pozo. Pero en su emoción abandonó el cántaro. Ya vendría por agua en otro momento. Obrando impulsivamente, corrió a la ciudad a decir a los hombres:

> ¡Venid, a ver a un hombre que me ha dicho todo cuanto he hecho! ¿Será acaso el Mesías?

Jn 4, 29

He aquí otro nuevo título dado a nuestro Señor. Ahora Él era el «Mesías». Empezaba con una invitación apremiante. No dijo que Él le hubiera explicado todo lo concerniente a la adoración de Dios, sino todas las cosas que ella había hecho, incluso las faltas que había cometido. El sol no sale antes de brillar, ni el fuego se enciende antes de arder; así la gracia actúa tan pronto como el alma coopera con ella. Aquella mujer fue uno de los primeros misioneros populares de la historia del cristianismo.

Habló de lo que cualquiera hubiese creído que guardaría para sí misma. Fue a buscar agua al pozo, y cuando encontró el pozo de la Verdad abandonó el cántaro, de la misma manera como los apóstoles abandonaron las redes.

En esta ocasión también nuestro Señor se olvidó del hambre que tenía, puesto que los apóstoles le instaron para que comiese, mas Él les dijo que poseía un alimento del que ellos no tenían conocimiento.

Es digno de observar que la samaritana hablara a los hombres de su encuentro con Cristo. Probablemente las mujeres de la ciudad no querían tratos con ella. Y acaso por esta razón había ido al pozo durante la hora de mediodía, pues las otras mujeres iban al fresco de la mañana o al atardecer. Probablemente, resentida por el menosprecio de las mujeres, fue a dar su primer mensaje a los hombres. Y es evidente que trabajó efectivamente en el pueblo, puesto que el evangelio nos dice:

> Y muchos samaritanos de aquella ciudad creyeron en Él, por la palabra de la mujer, la cual daba testimonio diciendo: Me ha dicho cuanto he hecho.

Jn 4, 39

La mujer no decía: «Tenéis que creer lo que yo os digo», sino más bien: «Venid y ved por vosotros mismos». Haced una investigación; alejad todo prejuicio. Su manera seria de proceder convenció a los hombres. Horas más tarde, corrió de nuevo al pozo llevando a los hombres detrás; pero esta vez para un propósito diferente: el de la salvación.

> De manera que cuando los samaritanos llegaron a Él, le rogaron que se quedase con ellos; y se quedó dos días. Y muchos más creyeron a causa de su palabra.

Jn 4, 40 s

Después de haber visto a nuestro Señor, dijeron a la mujer:

> Ya no creemos por tu palabra; porque nosotros mismos hemos oído; y sabemos que éste es verdaderamente el Cristo, el Salvador del mundo.

Jn 4, 42

Ésta era la primera vez que se usaba la expresión «Salvador del mundo» para designar a nuestro Señor. Ahora era completo el crecimiento espiritual de aquella mujer. Primeramente, Jesucristo era para ella un «judío», luego un «hombre», después un «señor», más tarde un «profeta», luego el «Mesías», y finalmente el «Salvador del mundo» y «Redentor del pecado». La conversión puede ser rápida en algunas personas, pero en aquella mujer no fue completa hasta que reconoció que nuestro Señor venía para salvar no a los justos, sino a los pecadores. No se obró ningún milagro físico, ninguna curación, ningún abrir de ojos ciegos. El milagro se efectuó en el interior de un alma pecadora. De la liberación del pecado procedía el título más glorioso. No se hizo mención de la cruz, pero se había designado claramente a aquel que había de pender en ella: «Salvador del mundo». La cruz existía en cualquier momento de su vida mucho antes de que fuera clavado en ella.

En contraste con esta mujer se hallaban los fariseos. Negaban el pecado, pero tenían en sí todos los efectos del pecado: terror, angustia, temor, infortunio y vacío en el alma; al negar la causa, hacían imposible la cura. Si el que muere de hambre se empeña en negar que el hambre exista, ¿quién será el que le traerá pan? Si los pecadores niegan el pecado y la culpa, ¿quién será entonces su Salvador? De aquellos engreídos y orgullosos fariseos, dijo nuestro Señor:

> Los sanos no tienen necesidad de médico.

Lc 5, 31

Dos clases de personas componen el mundo: la de los que han hallado a Dios y la de los que le están buscando, padeciendo hambre, sed y fatigas. Y los grandes pecadores llegan más cerca de Él que los orgullosos intelectuales. El orgullo hincha al yo; los grandes pecadores están deprimidos, deshinchados y vacíos. Ellos, por lo tanto, tienen en su alma sitio para Dios. Dios prefiere a un pecador que ame que a un «santo» sin amor. El amor es susceptible de educación y adiestramiento: el orgullo no lo es. El hombre que cree saber algo raramente hallará la verdad; el hombre que conoce que es un pecador miserable e infeliz, al igual que aquella mujer junto al pozo, se encuentra más cerca de la paz, de la alegría y de la salvación de lo que él mismo pudiera imaginar.

Millones de personas en este mundo tienen en su alma una gracia *blanca:* son los que sienten la divina presencia. Millones dé otras personas tienen una gracia *negra:* son los que no sienten la presencia de Dios, sino su *ausencia.* La samaritana, que primeramente notó su ausencia, llegó a sentir su presencia. Pero si nunca hubiera pecado nunca habría llamado a Cristo «Salvador». Él no había venido con un libro en la mano para leerlo a todos los que quisieran ser enseñados; hizo más que esto: vino con sangre en su cuerpo para derramarla, para pagar cabalmente una deuda que el hombre jamás podría saldar por sí mismo.

9. EL PRIMER ANUNCIO PÚBLICO DE SU MUERTE

La historia de cada persona se resume por medio de dos breves indicaciones: nacido en tal fecha, muerto en tal otra. En la vida de uno solo de todos cuantos han vivido en la tierra la muerte fue antes que el nacimiento, en el sentido de que la muerte fue la razón de su venida a este mundo. Tal como Browning ha escrito:

> Creo que es ésta la señal auténtica de la Divinidad: con alegría crece, hasta que la alegría, en un anhelo de sufrimiento por el hombre, estalla.

Aunque vino para morir, no fue como si la finalidad de su venida fuera la muerte en sí misma. De ahí que cada vez que se mencionan el sufrimiento, la muerte o incluso la humillación, aparece siempre el contraste con la gloria, la victoria o la exaltación. La divinidad resplandece dondequiera que la naturaleza humana es humillada. Esta relación intrínseca corre a lo largo de toda la vida de Jesucristo. Si nació de una humilde doncella en un establo, hubo en el cielo ángeles que anunciaron su gloria; si condescendió a tener por compañeros un buey y un asno en un pesebre, hubo también una brillante estrella que guio a los gentiles hasta Él, para adorarle como rey; si padeció hambre y tentación en el desierto, hubo allí ángeles que le sirvieron; si derramó sangre en Getsemaní, fue porque su Padre celestial le ofreció una copa; si fue apresado porque había llegado su hora, había doce legiones de ángeles dispuestos a libertarle en el caso de que decidiera no morir por los hombres; si se humilló como un pecador para recibir el bautismo de Juan, hubo una voz del cielo qué proclamó la gloria del eterno Hijo de Dios, que no necesitaba ser purificado; si hubo algunas personas del pueblo dispuestas a arrojarle desde lo alto de una roca, hubo también el divino poder que le permitió caminar en medio de ellos sin que le hicieran daño alguno; si hubo una cruz en que ser clavado, hubo también un sol que habría de eclipsarse y una tierra que habría de temblar como protesta contra lo que las criaturas

estaban haciendo a su Creador; si fue colocado en una tumba, hubo ángeles que dieron el mensaje de su resurrección.

Lo que hace que la vida de Cristo sea algo único es -que condicionó el establecimiento de su reino sobre la tierra y en el cielo, en su sufrimiento y en su muerte. Su victoria sobre el mal, absorbiendo lo peor que el mal podía obrar, tuvo para Él un carácter representativo y vicario. Citando a Isaías, dijo que venía para ser «contado entre los malhechores». Pero su victoria sobre el mal, por medio de su cruz, pasaría a aquellas personas que quisieran reproducir en su propia vida la experiencia de llevar una cruz.

En su vida halló la cruz por todas partes. No podía hablar de ella con demasiada claridad, porque cuando lo hacía incluso sus amigos más íntimos, los apóstoles, no alcanzaban su significado. El primer anuncio público de que había venido para morir fue provocado por los fariseos cuando discutieron con Él acerca del ayuno. Se habían quejado a los discípulos de que el Señor comía y bebía con unas compañías muy sospechosas. Basándose de momento en las prácticas de ayuno de Juan Bautista, los fariseos se quejaban de que nuestro Señor y sus discípulos comían, mientras que los discípulos de Juan ayunaban. Los devotos israelitas ayunaban dos veces por semana, los lunes y los viernes, pues se consideraba que en esos días Moisés subió al monte Sinaí. Era evidente que nuestro Señor y sus discípulos no ayunaban de la misma manera que lo hacía Juan Bautista. Esto dio pie más tarde a los fariseos para acusarle de glotón y bebedor de vino. La respuesta que nuestro Señor dio a su pregunta de por qué sus discípulos no ayunaban era mucho más profunda de lo que parece a primera vista.

> ¿Acaso los compañeros del esposo pueden ayunar, mientras el esposo está con ellos? En tanto tengan al esposo con ellos, no pueden ayunar.

Mc 2, 19

Él se llama a sí mismo «el esposo». Los fariseos, que conocían bien el Antiguo Testamento, estaban familiarizados con aquella idea. La relación que mediaba entre Dios e Israel era siempre de esposo y esposa. Más de siete siglos antes, el profeta Oseas había oído a Dios decir a Israel:

> Te desposaré conmigo para siempre: te desposaré conmigo en justicia y en rectitud, y en misericordia y en compasiones; y te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás al Señor.

Os 2, 19

La profecía de Isaías, entre otras, hablaba también de la relación entre Dios e Israel como de esposo y esposa:

> Porque tu marido es tu Hacedor, Señor de los ejércitos es su nombre, y tu Redentor es el Santo de Israel. Será llamado Dios de toda la tierra.

Is 54, 5

Los que le escuchaban conocían lo que estaba diciendo, que Él era Dios: Él era el Señor con el cual Israel se había desposado. Se colocaba en el sitio del Dios del Antiguo Testamento, reclamando los mismos derechos y privilegios. Nuestro Señor hizo referencia a sí mismo como esposo en la parábola del banquete de boda del hijo del rey, y en la parábola de las diez vírgenes, en la cual el novio que viene es Él mismo. Juan Bautista, tan pronto como vio a nuestro Señor, reconoció a Cristo bajo aquella figura del esposo, familiar en el Antiguo Testamento, cuando dijo:

> Yo no soy el Cristo; sino que he sido enviado delante de Él. El que tiene la esposa es el esposo; mas el amigo del esposo que le asiste y le oye, se regocija a la voz del esposo. He aquí mi gozo; ahora es perfecto.

Jn 3, 28-29

Juan era solamente el amigo del esposo, es decir, el precursor del Mesías. Pero Cristo mismo era el esposo, porque, al tomar una naturaleza humana en Belén sin constituir una persona humana, se desposó en potencia con toda la humanidad. Hasta que llegara la hora en que el pecado fuera vencido y el esposo tomara como esposa suya a la humanidad redimida o a la Iglesia, Juan estaría preparándole las bodas. Más adelante, Pablo se designaría a sí mismo como uno que desempeñaba un papel igual al de Juan Bautista, salvo que el suyo estaría en relación con la Iglesia de Corinto:

> Porque os he desposado con un esposo único, para que os presente a Cristo, como una virgen pura.

2 Cor 11, 2

El antiguo Israel, que era la novia, se convertiría en el nuevo Israel, o sea la Iglesia, y al fin de los tiempos se celebrarían en el cielo las bodas de la esposa y el esposo:

> Porque han llegado las bodas del Cordero y su esposa se ha preparado. A ella le fue dado vestirse de lino fino, blanco, resplandeciente y puro, porque el lino fino blanco es la perfecta justicia de los santos.

Apoc 19, 7

La respuesta dada a la pregunta de los fariseos fue que los discípulos de nuestro Señor no ayunaban porque no estaban tristes; en realidad, eran felices, porque Dios caminaba con ellos por la tierra. Mientras estuviera con ellos, sólo podía haber alegría. Pero no siempre sería así en la tierra. Llegaría el momento en que habría de morir, porque para morir había venido. Una vez más encontramos la relación inseparable entre la cruz y la gloria. Entonces procedió a hablarles de su muerte:

> Mas vendrán días en que el esposo les será quitado; y entonces en esos días ayunarán.

Mc 2, 20

El esposo será crucificado: entrará en guerra contra las fuerzas del mal y entonces reivindicará a su esposa. De la alegría de la fiesta pasarán a la sombría tristeza del ayuno cuando el esposo sea martirizado.

Éste fue el primer anuncio público de su muerte. El propósito primario que le guio a dar su respuesta a los fariseos no fue el de poner de manifiesto la práctica del ayuno, sino anunciar que el esposo sería quitado a su esposa. Daba a entender, además, que su muerte no sería un golpe del destino, sino una parte esencial de su misión. En aquel momento en que nuestro Señor estaba hablando de la alegría de un banquete de bodas, miraba hacia el fondo del abismo de su cruz, y se veía a sí mismo colgando de ella. La sombra de la cruz no se apartaba nunca de Él, ni siquiera cuando, como esposo, se mostraba alegre y contento. Viernes santo y pascua de resurrección volvían a unirse, pero a la inversa. Desde el gozo estaba contemplando la cruz en su primer anuncio público de sí mismo como esposo.

10. ELECCIÓN DE LOS DOCE

El gran mandamiento de nuestro Señor era: «¡Seguidme!» Al llamar a otros hacia sí introdujo la idea de que el hombre había de tener a su cargo a otros hombres. Esto era una prolongación del principio de su encarnación: aquel que es Dios enseñaría, redimiría y santificaría por medio de la naturaleza humana que había tomado de María. Pero obraría también mediante otras naturalezas humanas, empezando por aquellos doce hombres a los que llamó para que fueran sus seguidores. No eran los ángeles quienes habían de servir a los hombres: el gobierno del Padre sería puesto en manos de seres humanos. Tal es el significado que encierra la llamada apostólica de que hizo objeto a los doce.

Uno se queda pronto sorprendido del gigantesco fin que propuso a sus seguidores, la conquista moral del mundo entero; ellos habían de ser la «luz del mundo», la «sal de la tierra» y la «ciudad que no puede esconderse». A unos hombres más bien insignificantes les pedía que adoptaran un punto de vista casi cósmico de su misión, ya que sobre ellos había de edificarse su reino. Aquellas luces escogidas habían de proyectar sus rayos sobre el resto de la humanidad, en todas las naciones.

En su ensayo *The Twelve Men,* que trata del sistema de jurados inglés, escribe G. K. CHESTERTON lo siguiente: «Cuando nuestra civilización quiere catalogar una biblioteca o descubrir un sistema solar, o alguna otra fruslería de este género, recurre a sus especialistas. Pero cuando desea hacer algo realmente serio reúne a doce de las personas corrientes que encuentra a su alrededor. Esto mismo es lo que hizo, si mal no recuerdo, el fundador del cristianismo».

Es evidente que desde el comienzo nuestro Señor tuvo la intención de prolongar su enseñanza, su reinado y su misma vida «hasta la consumación del mundo»; pero, a fin de realizar esto, tuvo que convocar una corporación de hombres a los que comunicaría ciertos poderes que Él mismo había traído a la tierra. Su cuerpo no sería un cuerpo social tal

como un club, reunido solamente por placer o convivencia; tampoco sería un cuerpo político, unido por comunes intereses materiales; sería más bien un cuerpo verdaderamente espiritual, cuyo cemento sería la caridad y el amor y la posesión de su Espíritu. Si la sociedad o cuerpo místico que iba a fundar nuestro Señor había de tener continuidad, era menester que poseyera una cabeza y unos miembros. Si había una viña, según declaró en una de sus parábolas, precisaría labradores; si había una red, necesitaría pescadores; si había un campo, se requerirían sembradores y segadores; si había un rebaño, harían falta pastores.

> Y sucedió que en aquellos días fue a la montaña a orar; y pasó toda la noche orando a Dios. Y cuando fue de día llamó a sus discípulos, y escogió doce, a quienes también dio el nombre de apóstoles; Simón, a quien también llamó Pedro, y Andrés su hermano, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Mateo y Tomás, Santiago hijo de Alfeo, y Simón llamado el Celota, y Judas hermano de Santiago, y Judas Iscariote, el cual vino a ser un traidor.

Lc 6, 12

La noche que precedió a su elección el Señor la pasó orando en la montaña para que aquellos que estaban en el corazón del Padre fueran suyos también. Cuando amaneció descendió a donde sus discípulos estaban y, uno tras otro, fue llamando a los que había escogido. Del que más sabemos es de Pedro. Se le menciona 195 veces, al resto de los apóstoles solamente 130 veces. Al que después de Pedro se menciona más a menudo es Juan, del que se hace referencia 29 veces. El nombre originario de Pedro era Simón, pero le fue cambiado por el de Cefas por nuestro Señor. Cuando fue presentado a nuestro Señor,

> Jesús le miró y dijo: Tú eres Simón, hijo de Jonás; serás llamado Cefas (que se traduce Pedro).

Jn 1, 42

La palabra Cefas significa «roca»; nosotros no advertimos directamente todo el sentido de este cambio de nombre, porque «Pedro», el nombre propio, no es la misma palabra con que se designa una roca. Las dos palabras eran idénticas en arameo, que era la lengua que hablaba nuestro Señor, tal como lo son en francés, en que el nombre propio Pierre es la misma palabra que pierre, piedra o roca. En la Biblia, cuando Dios cambia el nombre de un hombre es para elevarlo a una dignidad superior y

a un papel más importante dentro de la comunidad a que pertenece. Era como si nuestro Señor hubiera dicho a Pedro: «Eres impulsivo e inconstante y rio puede confiarse en ti, pero vendrá un día en que todo esto será diferente; serás llamado por un nombre que nadie se atrevería a darte: el de Roca». Cuando se le llama «Simón» en los evangelios es para hacer resaltar la naturaleza humana no regenerada y no inspirada; por ejemplo, cuando estaba durmiendo en el huerto, y nuestro Señor le dijo: •

Simón, ¿estás durmiendo?

Mc 14, 37

Pedro poseía por naturaleza grandes cualidades de guía. Por ejemplo, después de la resurrección, cuando dijo: «Voy a pescar», los otros apóstoles le siguieron. Su valor moral lo manifestó cuando abandonó su ocupación y su casa para seguir al Maestro; el mismo valor, expresado de manera impetuosa, fue el que le hizo cortar la oreja de Maleo cuando fueron a prender a nuestro Señor. Era también un hombre jactancioso, puesto que juró que, aunque otros traicionaran al Maestro, él no lo haría. Poseía un profundo sentido del pecado, y pidió al Señor que se apartara de él a causa de su indignidad. Sus mismas faltas le hacen más amable aún. Sentía un profundo afecto hacia su Maestro. Cuando otros discípulos se marcharon, él sostuvo que no había ningún otro a quien pudieran seguir. Tuvo valor, puesto que dejó a su mujer y su oficio para seguir a nuestro Señor. Para halago de todas las suegras, hay que decir que Pedro no manifestó pesar alguno cuando nuestro Señor curó a la suya de la grave enfermedad que padecía. Era impulsivo en grado sumo, guiado más por el sentimiento que por la razón. Quería caminar sobre las aguas, mas, cuando se le hubo dado el poder de hacerlo, se asustó y gritó de miedo... él, que era hombre de mar. Era un hombre exagerado, que gritó, maldijo y protestó cuando el Salvador quería lavarle los pies; aunque nombrado cabeza de la Iglesia, no poseía nada de la ambición de Santiago y de Juan. Pero, por medio del poder de su divino Maestro, este hombre impetuoso, fluido como el agua, se convirtió en la roca sobre la cual Cristo edificaría su Iglesia. El divino Salvador se unía constantemente mediante las palabras con su Padre celestial; pero al único ser humano al que asoció consigo mismo y habló de sí mismo y de él como de «nosotros», fue Pedro. Desde aquel día, Pedro y sus sucesores han usado siempre el «nos» para indicar la unidad que existe entre la cabeza invisible de la Iglesia y su cabeza visible; Pero este mismo Pedro, que siempre tentaba a nuestro Señor para apartarle de la cruz, demuestra ser una roca de fidelidad, ya

que, más adelante, el tema constante de sus cartas había de ser la cruz de Cristo.

> Antes bien, regocijaos en la medida en que sois participantes de los padecimientos de Cristo; para que también, cuando su gloria fuere revelada, os regocijéis con gozo extremado.

1 Petr 4, 13

Andrés, el hermano de Pedro, es mencionado ocho veces en el Nuevo Testamento. Después de haber sido llamado para que abandonara sus redes y sus barcas y fuera un «pescador de hombres» junto con su hermano Pedro, vemos a Andrés en ocasión de la multiplicación de los panes y los peces, cuando dijo a nuestro Señor que había un muchacho que tenía cinco panes y dos peces. Hacia el fin del ministerio público de Jesús, encontramos nuevamente a Andrés cuando algunos gentiles, probablemente griegos, fueron a Felipe a preguntarle si podían ver al Señor. Felipe consultó entonces a Andrés y ambos se presentaron a nuestro Señor. En el primer encuentro de Andrés y nuestro Señor, éste le preguntó:

> ¿Qué quieres de mí?

Jn 1, 38

Andrés había sido amigo de Juan Bautista. Cuando encontró a nuestro Señor, al que Juan había indicado, inmediatamente fue a decir a Pedro que había encontrado al Mesías. Se habla siempre de Andrés como hermano de Simón Pedro. Fue el que «presentó» su hermano Pedro a nuestro Señor; fue también el que presentó a nuestro Señor el muchacho de los panes de cebada y los peces: y finalmente, junto con Felipe, fue quien hizo la presentación de los griegos. Cuando se trata de dispensar algunos beneficios del Señor o de presentar otras personas a éste, se mencionan juntos a Felipe y Andrés. Andrés era de carácter más bien taciturno, eclipsado por su hermano Pedro, pero seguramente jamás se mostró celoso. Había ocasión para la envidia cuando Pedro, Santiago y Juan fueron escogidos en tres ocasiones para estar en mayor intimidad con el Maestro, pero aceptó su humilde puesto con resignación; tenía bastante con la dicha de haber encontrado a Cristo.

Al igual que Pedro y Andrés, también Santiago y Juan eran hermanos y pescadores. Ambos trabajaban juntos para su padre Zebedeo. Al parecer, su madre Salomé era algo ambiciosa, puesto que fue ella la que un día, imaginando que el reino de nuestro Señor había de ser establecido sin cruz alguna, pidió que sus hijos pudieran sentarse a ambos lados de nuestro

Señor en su reino. En su favor hemos de decir, sin embargo, que volvemos a hallarla en el Calvario, al pie de la cruz. Nuestro Señor dio a los hijos de esta mujer el apodo de «Boanerges», o «hijos del trueno». Esto sucedió cuando los samaritanos rehusaron recibir a nuestro Señor porque éste había dirigido su rostro hacia Jerusalén y hacia la muerte que le esperaba. Los dos apóstoles, al darse cuenta de esto, manifestaron a nuestro Señor su intolerancia:

> Señor, ¿quiere» que mandemos que descienda fuego del cielo v que los consuma, como hizo Elías?

Lc 9, 54-56

Los dos «hijos del trueno» no dejaron de beber hasta las heces del cáliz del sufrimiento. Juan fue sumergido más adelante dentro de una caldera con aceite hirviente, prueba de la que solamente por milagro pudo sobrevivir. Santiago fue el primero de los apóstoles en sufrir el martirio por Cristo. Juan se designó a sí mismo como «el discípulo a quien Jesús amaba», y a él fue confiada la custodia de la madre de nuestro Señor después de la crucifixión. Juan era conocido del sumo sacerdote probablemente debido a su refinamiento cultural, que justificaba el nombre que llevaba, que en el hebreo original significa «favorecido por Dios». Su evangelio nos lo muestra realmente como un águila que voló a gran altura para entender los misterios del Verbo. Nadie mejor que él comprendió el corazón de Cristo; nadie penetró más hondo en el significado de sus palabras. También fue él el único de los apóstoles a quien vemos al pie de la cruz; es el único que nos refiere que «Jesús lloró» y el que en el Nuevo Testamento nos define a Dios como un Dios de amor. Santiago, su hermano, el llamado «el Mayor», junto con Pedro y Juan perteneció a aquella «comisión especial» que presenció la transfiguración, la resurrección de la hija de Jairo y la agonía de Jesús en Getsemaní.

El apóstol Felipe vino de Betsaida y era paisano-de Andrés y de Pedro. Felipe era un curioso investigador; y su curiosidad fue coronada por el gozo que experimentó al encontrar a Cristo.

> Felipe halló a Natanael, y le dijo: Hemos hallado a aquel de quien Moisés escribió en la ley, y los Profetas, a Jesús de Nazaret, hijo de José. Y le dijo Natanael: ¿Acaso de Nazaret puede salir cosa buena? Y le dijo Felipe: Ven, y verás.

Jn 1, 45 s

Felipe rehusó toda controversia con un hombre tan lleno de prejuicios que creía que un profeta no podía surgir de un pueblo mirado con menosprecio. No volvemos a encontrar a Felipe hasta el momento de la multiplicación de los panes y los peces, y nuevamente investigando:

> Doscientos denarios de pan no bastarían para que cada uno tenga un poco.

Jn 6, 7

Felipe efectuará su postrera indagación en la noche de la última cena, cuando pidió a nuestro Señor 'que le mostrara al Padre.

Bartolomé, llamado también Natanael, fue presentado por Felipe a nuestro Señor. Tan pronto como éste le vio, leyó en su alma y lo describió de esta manera:

> He aquí un verdadero israelita, en quien no hay engaño. Le dice Natanael: ¿De dónde me conoces? Y Jesús le respondió: «Antes que Felipe te llamara, te vi cuando estabas debajo de la higuera.»

Jn 1, 47 s

Entonces Natanael le respondió:

> ¡Rabí, tú eres el Hijo de Dios; tú eres el rey de Israel! Jesús respondió: ¿Porque te dije: Te vi debajo de la higuera, crees tú? Cosas mayores que éstas verás. Y le dice: En verdad, en verdad os digo que en adelante veréis abierto el cielo, y a los ángeles de Dios subiendo y bajando sobre el Hijo del hombre.

Jn 1, 49-51

Cuando nuestro Señor le dijo que le había visto debajo de una higuera, Bartolomé estuvo en seguida dispuesto a declarar que Cristo era el Hijo de Dios. Su primer contacto con nuestro Señor le aseguró al punto que todavía le estaban reservadas experiencias más asombrosas, en particular, la gran visión que había tenido Jacob sería comprobada en Él.

Nuestro Señor dijo que Natanael era un verdadero israelita. Israel era el nombre que se había dado a Jacob. Éste, sin embargo, era muy astuto y lleno de dolo. Natanael es designado como un verdadero israelita, o uno que era libre de dolo. Se produce una transición brusca del singular al plural cuando nuestro Señor dice: «Veréis abierto el cielo»; Jacob había visto los cielos abiertos y a los ángeles ascender y descender por la escalera, trayendo las cosas del hombre a Dios y llevando las cosas de Dios a los hombres. Jesús decía ahora a Natanael que vería cosas incluso

mayores. Él quería decir que Cristo sería en adelante el Mediador entre el cielo y la tierra; entre Dios y el hombre; en Él, todo el tráfico entre el tiempo y la eternidad se encontraría como en una encrucijada.

Esta profecía que nuestro Señor hizo a Bartolomé muestra que la encarnación del Hijo de Dios sería la base de la comunión entre el hombre y Dios. Natanael le había llamado «Hijo de Dios»; nuestro Señor se llamaba a sí mismo «Hijo del hombre». «Hijo de Dios» porque Él es eternamente divino; «Hijo del hombre» porque humildemente se relacionaba con toda la humanidad. Este título, usado en relación con otro que había sido dado a nuestro Señor, el de «Rey de Israel», llevaba todavía un significado mesiánico; pero de los estrechos límites de un pueblo y una raza trascendía a la esfera de la humanidad universal.

De Mateo o Leví, el publicano, tenemos un relato escrito acerca de su vocación y de cómo respondió a ella. La grande e imperecedera gloria de Mateo es su evangelio. Mateo era un publicano bajo el gobierno de Herodes, un vasallo de Roma. Un publicano era uno que vendía a su propio pueblo y recaudaba impuestos para el invasor, guardando para sí un elevado tanto por ciento. Se comprende muy bien que, siendo un publicano una especie de Quisling, fuera despreciado por sus compatriotas; sin embargo, sabía al mismo tiempo que tras sí tenía para respaldarle el poder y la autoridad legal del gobierno romano. El lugar preciso en que encontramos por primera vez a Mateo es a la orilla del lago, cerca de Cafarnaúm, donde se hallaba recaudando impuestos. Su vocación de recaudador o publicano requería que tuviera la cualidad de ser un buen registrador de las cuentas. Su sumisión al Salvador fue inmediata. El evangelio le refiere así:

> Jesús vio, al pasar, a un hombre sentado al banco de los tributos. Se llamaba Mateo. Y le dijo: ¡Sígueme! Y se levantó y le siguió.

Mt 9, 9

Aquel que había sido rico, ahora no tenía otra perspectiva sino la pobreza y la persecución; y, con todo, aceptó esta condición en seguida. «Ven», dice el Salvador a un hombre menospreciado, y éste le sigue inmediatamente. Su respuesta fue tanto más notable cuanto que aquel hombre se hallaba inmerso en una actividad que atraía generalmente a las personas menos escrupulosas y más inmorales. Ya era bastante malo para un romano tener que recaudar el tributo impuesto a los judíos, pero el que el recaudador fuera él mismo judío, hacía de éste el más despreciado de los

hombres. Y, sin embargo, este Quisling que había ahogado en su pecho todo amor hacia su pueblo, que había sofocado por afán de lucro toda virtud de patriotismo, terminó convirtiéndose en el hombre más patriota de su pueblo. El evangelio que escribió puede designarse como del patriotismo. Un centenar de veces, en su evangelio, retrocede a la historia del pasado, citando de Isaías, Jeremías, Miqueas, David, Daniel y todos los profetas; después de amontonar un argumento sobre otro, viene a decir a su pueblo: «Ésta es la gloría de Israel, ésta es nuestra esperanza, hemos engendrado al Hijo del Dios vivo; hemos dado al mundo el Mesías». Su país, que aún ayer nada significaba para este hombre, se convirtió en su evangelio en algo de la máxima importancia. Se estaba designando a sí mismo como un hijo de Israel dispuesto a cantar sus alabanzas. De la misma manera que los hombres aman a Dios, amarán también a su patria.

Tomás era el apóstol pesimista, y probablemente su pesimismo tenía algo que ver con su escepticismo. Cuando nuestro Señor intentaba consolar a sus apóstoles, durante la noche de su última cena, asegurándoles que iría a prepararles el camino para el cielo, Tomás respondió diciendo que él deseaba creer, pero no podía. Más adelante, cuando vinieron a traer a nuestro Señor la nueva de que Lázaro había muerto.

> Tomás, llamado Dídimo, dijo a los demás discípulos: Vamos también nosotros y muramos con Él.

Jn n, 16

Tomás era llamado Dídimo, que es simplemente la transcripción griega de un hombre hebreo y significa «gemelo»; Tomás era un gemelo o mellizo en cierto sentido porque en él convivían los gemelos de la incredulidad y la fe, luchando cada cual por enseñorearse de su espíritu. Había fe en él, por cuanto creía que era mejor morir con el Señor que abandonarle y olvidarle; había incredulidad, puesto que no podía evitar creer que la muerte sería el resultado final de cualquier clase de obra que el Señor intentara.

San Juan Crisóstomo dice de él que, mientras apenas se habría atrevido a ir con Jesús hasta la cercana ciudad de Betania, Tomás emprendería sin Él, después de Pentecostés, un viaje hasta la lejana India para implantar la fe en aquel país; hasta este momento los fieles de la India se designan a sí mismos como «cristianos de santo Tomás».

Dos de los apóstoles eran parientes de nuestro Señor: Santiago y Judas. En la Biblia se les llama hermanos del Señor, pero en las lenguas aramaica y hebrea esta palabra a menudo designa a primos o parientes

lejanos. Sabemos que María no tuvo más hijos que Jesús. La expresión «mis queridos hermanos», tan usada en el pulpito, no quiere decir que todos los miembros de la congregación tengan la misma madre. La Escritura usa a menudo la palabra «hermanos» en el sentido amplio. Por ejemplo, a Lot se le llama hermano de Abraham, y era en realidad un sobrino. A Labán se le llama hermano de Jacob, pero era tío de éste. Los hijos de Oziel y Aarón, los hijos de Cis y las hijas de Eleazar son llamados hermanos, pero eran primos. Lo mismo ocurre con los hermanos del Señor. Estos dos apóstoles, Santiago el Menor y Judas, eran probablemente los hijos de Cleofás, que estaba casado con la hermana de nuestra Señora.

Judas tenía tres nombres. Teniendo el mismo nombre que el traidor, siempre se le designa de manera negativa, como «no el Iscariote». La noche de la última cena preguntó a nuestro Señor acerca del Espíritu santo, o cómo podía ser invisible y, sin embargo, manifestarse después de la resurrección. En la mente de muchos de los apóstoles había siempre el deseo de recibir algunos destellos de la gloria mesiánica que, abriendo los ojos a los que estaban espiritualmente ciegos, se adueñaran de todas las inteligencias.

> Y le dijo Judas (no el Iscariote): Señor, ¿cómo es que te manifestarás a nosotros y no al mundo?

Jn 14, 22

La respuesta que nuestro Señor dio a Judas fue que cuando nuestro amor, en correspondencia con el suyo, se funde en la obediencia, entonces Dios hace su morada en nosotros. Más adelante, este mismo Judas, llamado a veces Tadeo, escribió una epístola que empieza con palabras que reflejan la respuesta que le fue dada en la noche del jueves santo:

> Judas, siervo de Jesucristo, y hermano de Santiago, a los que son llamados, amados en Dios Padre y guardados para Jesucristo: misericordia y paz y amor se os den en abundancia.

Judas 1, 1-3

Otro apóstol fue Santiago el Justo, también llamado Santiago el Menor, para distinguirlo del hijo de Zebedeo. Sabemos que tenía una buena madre, porque fue una de las mujeres que estuvieron al pie de la cruz. Al igual que su hermano Judas, Santiago el Menor escribió una epístola dirigida a las doce tribus de la dispersión por todo el mundo romano. Esta epístola empieza así:

> Santiago, siervo de Dios y del Señor Jesucristo, a las doce tribus que están en la dispersión: Salud.

Stgo 1, 1

Santiago, que, al igual que todos los demás apóstoles, no comprendió el significado de la cruz cuando nuestro Señor les profetizaba acerca de ella, más adelante, también lo mismo que sus compañeros, hizo de la cruz la condición necesaria para la gloria.

> Tenedlo, hermanos míos, por ocasión de todo gozo, cuando cayereis en diversas tentaciones... Bienaventurado el hombre que soporta la tentación, porque cuando haya sido probado, recibirá la corona de la vida, que ha prometido el Señor a los que le aman.

Stgo 1, 2 12

De Simón el Zelota es de quien menos sabemos de todos los doce apóstoles. El significado arameo de «zelota» sugiere que era partidario de una secta que no se detenía ante la violencia con tal de sacudirse el yugo de la dominación extranjera. Este nombre le había sido dado antes de su conversión. Pertenecía a una banda de patriotas tan celosos de derribar el régimen romano, que se rebelaron contra el césar. Tal vez el Señor le escogió debido al sincero entusiasmo de que se hallaba poseído por una causa; pero un Niágara de purificación se precisaba antes de que pudiera llegar a entender que el reino de Dios no había de conquistarse con una espada, sino con una cruz. ¡Imaginemos a Simón el Zelota teniendo como compañero de apostolado a Mateo, el publicano! Uno era un nacionalista radical, mientras que el otro era virtualmente, por su profesión, un traidor a su pueblo. Y, con todo, ambos habían sido hechos una sola cosa por Cristo, y más adelante serían ambos mártires por su reino.

El que hacía el número doce de los apóstoles era Judas, el «hijo de perdición», del que hablaremos más adelante.

El número doce es simbólico. El libro del Apocalipsis habla de los doce fundadores de la Iglesia. Hubo doce patriarcas en el Antiguo Testamento, así como también doce tribus en Israel; hubo doce espías que fueron a explorar la tierra prometida; había doce piedras preciosas en el pectoral del sumo sacerdote; cuando Judas falló, hubo que nombrar al apóstol duodécimo. Los apóstoles son designados a menudo en los evangelios como «los doce», y este título se les aplica treinta y dos veces. Al elegir a estos hombres era evidente que nuestro Señor los preparaba para una obra posterior a su ascensión a los cielos; que el reino que vino a

fundar no era solamente invisible, sino también visible; no solamente divino, sino también humano. Pero aún tenían mucho que aprender antes de que pudieran llegar a ser las doce puertas del reino de Dios. La primera lección que habían de recibir sobre ello serían las bienaventuranzas.

11. LAS BIENAVENTURANZAS

Dos montes sirven de referencia como primero y segundo acto de un drama en dos actos: el monte de las Bienaventuranzas y el monte Calvario. El que subió al primero para predicar las bienaventuranzas debe necesariamente subir al segundo para poner en práctica lo que había predicado. Las personas poco reflexivas suelen decir que el sermón del monte constituye la esencia del cristianismo. Pero que alguien intente practicar estas bienaventuranzas en su propia vida, y verá cómo se acarrea la ira del mundo. El sermón del monte no puede ser separado de la crucifixión, de la misma manera que el día no puede ser separado de la noche. El día en que nuestro Señor enseñó las bienaventuranzas firmó su propia sentencia de muerte. El sonido de los clavos y los martillos penetrando a través de carne humana era el eco que bajaban de la ladera de la montaña donde había estado enseñando a los hombres el camino de la felicidad o bienaventuranza. Todo el mundo quiere ser feliz, pero el camino que El enseñaba era el totalmente opuesto a los caminos del mundo.

Un camino para crearse enemigos y hacer que la gente se convierta en adversaria de uno es desafiar el espíritu del mundo. Cualquiera que desafíe las máximas mundanas, tales como: «sólo se vive una vez», «hay que aprovechar lo máximo la vida», «¿quién lo sabrá?», «¿para qué sirve el sexo, sino para el placer?», está destinado a hacerse impopular.

En las bienaventuranzas, nuestro divino Señor toma aquellas ocho palabras del mundo que son otros tantos reclamos — «seguridad», «venganza», «risa», «popularidad», «compensación», «sexo», «poder armado» y «comodidad» — y las trastorna por completo. A los que dicen: «No puedes ser feliz a menos que seas rico», Él les dice: «Bienaventurados los pobres en el espíritu». A los que dicen: «No dejéis que se salga con la suya», Él les dice: «Bienaventurados los mansos». A los que dicen: «Ríe, y el mundo reirá contigo», Él les dice: «Bienaventurados los que lloran». A

los que dicen: «Si la naturaleza te ha dado instintos sexuales, debes darles libre expresión, de lo contrario serías un ser frustrado», Él les dice: «Bienaventurados los limpios de corazón». A los que dicen: «Procura ser popular y conocido», Él les dice: «Bienaventurados vosotros, si os injurian *y* os persiguen y hablan toda clase de mal contra vosotros por causa de mí». A los que dicen: «En tiempo de paz prepárate para la guerra», Él les dice: «Bienaventurados los pacíficos».

Él se mofa de los clisés baratos sobre los cuales se escriben los guiones de cine y se componen las novelas. Él propone que se eche al fuego lo que ellos adoran: que se venzan los instintos sexuales en vez de permitir que esclavicen a las personas; domar las conquistas económicas en vez de hacer que la felicidad consista en la abundancia de cosas externas al alma. De las falsas bienaventuranzas que hacen depender la felicidad de la expresión de sí mismo, de la licencia, de pasarlo bien, o de «comer, beber y divertirse para morir mañana», de todas ellas, Él se burla porque tales cosas traen desórdenes mentales, desgracia, falsas esperanzas, temores y ansiedades.

Aquellos que quisieran escapar al impacto de las bienaventuranzas dicen que nuestro divino Salvador fue una criatura de su tiempo, pero no del nuestro, y que, por lo tanto, sus palabras carecen de aplicación en nuestros días. No fue una criatura de su tiempo ni de ningún tiempo; ¡nosotros sí que lo somos! Mahoma pertenecía a su tiempo; de ahí que dijera que un hombre podía tener concubinas además de cuatro esposas legales al mismo tiempo. Mahoma pertenece también a nuestro tiempo porque hay personas modernas que dicen que un hombre puede tener muchas esposas, si las toma una tras otra. Pero nuestro Señor no pertenecía a su tiempo, ni tampoco al nuestro. Casarse con una época es quedar viudo en la siguiente. Porque no se adapta a ninguna época, Él constituye el modelo inmutable para los hombres de todas las épocas. Nunca usó una expresión que dependiera del orden social en que vivía; su evangelio no resultaba entonces más fácil de lo que es ahora. Lo recuerdan sus propias palabras.

En verdad os digo que hasta que pasen el cielo y la tierra ni una
i ni una tilde de la i pasarán de la ley hasta que todo sea cumplido.

Mt 5, 18

La clave para entender el sermón del monte es la manera como usaba dos expresiones. Una de ellas era: «habéis oído»; la otra era la palabra, breve y enfática, «pero». Cuando decía: «habéis oído», se remontaba a lo

que los oídos humanos habían estado oyendo desde hacía siglos y aún están oyendo de labios de reformadores éticos, todas aquellas reglas, códigos y preceptos que son medidas a medias entre el instinto y la razón, entre costumbres locales y los más elevados ideales. Cuando decía: «habéis oído», incluía la ley mosaica, a Buda con su óctuple vía, a Confucio con sus reglas para ser todo un caballero, a Aristóteles con su felicidad natural, la amplitud de miras de los hindúes y todos los grupos humanitarios de nuestros días, que quisieran traducir algunos de los antiguos códigos a su propia lengua y, decir que se trata de un nuevo medio de vida. De todos estos compromisos estaba hablando cuando decía: «habéis oído».

«Habéis oído que se dijo: No cometerás adulterio.» Moisés lo había dicho; las tribus paganas lo sugerían; los primitivos lo respetaban. Ahora venía el terrible y espantable *pero:* «pero yo os digo...», «pero yo os digo que todo aquel que mira a una mujer para codiciarla, ya cometió adulterio con ella en su corazón.» Nuestro Señor penetraba hasta el fondo del alma, se apoderaba del pensamiento y marcaba como pecado incluso el *deseo* de pecar. Sí era malo hacer determinada cosa, era también malo pensar en esta misma cosa. Era como si dijera: «Fuera con vuestra higiene, que trata de tener las manos limpias después de haber robado, y los cuerpos libres de enfermedad después de haber violado a una mujer.» Penetraba en el fondo de los corazones y marcaba como con fuego la intención de pecar. No esperaba a que el mal árbol produjera malos frutos. Quería evitar incluso que llegara a sembrarse la mala semilla. No esperéis a que vuestros pecados ocultos aparezcan como psicosis, neurosis y compulsiones. Desembarazaos de ellos en sus mismas raíces. ¡Arrepentíos! ¡Purificaos! El mal que puede ponerse en estadísticas o ser encerrado en cárceles ya es demasiado tarde para poder remediarlo.

Cristo afirmó que cuando un hombre se casaba con una mujer se casaba tanto con el cuerpo como con el alma de ella; se casaba con toda la persona. Si se cansaba del cuerpo, no podía apartarlo para tomar otro, ya que todavía seguía siendo responsable de aquella alma. Así, clamaba: «habéis oído». En esta expresión condensaba la jerga de todas las civilizaciones decadentes. «Habéis oído: divórciate; Dios no espera que vivas sin felicidad.» Pero a continuación venía el consabido *pero:*

> Pero yo os digo que todo aquel que repudia a su mujer hace que ella cometa adulterio, y el que se casare con la repudiada, comete adulterio.

Mt 5, 32

¿Qué importa que el cuerpo se haya perdido? El alma está allí todavía, y el alma vale más que todas las sensaciones que el cuerpo pueda procurar, vale más aún que todo el universo. Él quería mantener puros a los hombres y a las mujeres, no puros de contagio, sino del deseo recíproco entre ellos; imaginar una traición ya es en sí mismo una traición. Así fue que declaró:

> Lo que Dios juntó, no lo separe el hombre.

Mc 10, 9

A ningún hombre, ningún juez, ninguna nación es lícito separarlo.

A continuación Cristo tomó de su cuenta todas aquellas teorías que vienen a decir que el pecado es debido al ambiente: a la leche de grado B, a la insuficiencia de salas de baile, a no tener suficiente dinero para malgastar. De todas estas cosas decía: «habéis oído». Entonces venía el *pero:* «pero yo os digo...». Afirmaba que los pecados, el egoísmo, la codicia, el adulterio, el homicidio, el robo, el soborno, la corrupción política, todo esto procedía del hombre mismo. Las ofensas proceden de nuestra mala voluntad, y no de nuestras glándulas; no podemos buscar excusas a nuestra lujuria diciendo que nuestro abuelo tenía un complejo de Edipo o que heredamos un complejo de Electra de nuestra abuela. El pecado, decía Él, es llevado al alma por el cuerpo, y el cuerpo es impulsado por la voluntad. En guerra contra todas las falsas expresiones del yo, predicaba sus recomendaciones de autooperación: «córtalo», «sácalo», «échalo».

> Si tu ojo derecho te fuere ocasión de caer, sácalo, y échalo de ti; porque es provechoso que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo sea echado en el infierno. Y si tu mano derecha fuera para ti ocasión de caer, córtala y échala de ti; porque te es provechoso que se pierda uno de tus miembros y no que todo tu cuerpo vaya al infierno.

Mt 5, 29 s

Los hombres están dispuestos a cortarse los pies y los brazos con objeto de salvar al cuerpo de gangrena o envenenamiento. Pero aquí nuestro Señor estaba trasladando la circuncisión de la carne a la circuncisión del corazón, y preconizaba la sangría de las concupiscencias y pasiones más que ser uno separado del amor de Dios que está en Él, en Jesucristo.

A continuación habló de la venganza, del odio, de la violencia, expresado todo ello en los dichos de «procura desquitarte», «persíguele», «no seas tonto». Conocía todas estas cosas, y a estas cosas se estaba refiriendo al decir:

> Habéis oído que fue dicho: Ojo por ojo y diente por diente.

Ahora viene el terrible *pero:*

> Pero yo os digo que no hagáis resistencia al mal; antes si alguno te hiriese en la mejilla derecha, ofrécele también la otra. Y al que quisiere ponerte pleito, y tomar tu túnica, déjale también la capa. Y si alguno te forzare a que vayas cargado una milla, ve con él dos.

Mt 5, 38-41

¿Por qué ofrecer la otra mejilla? Porque el odio se multiplica al igual que una semilla. Si uno predica el odio y la violencia a diez hombres en fila, y dice al primero de ellos que golpee al segundo, y al segundo que golpee al tercero, el odio envolverá a los diez. La única manera de detener el odio es que alguien en la fila, pongamos el quinto hombre, vuelva su mejilla. Entonces es cuando el odio acaba. El odio no puede continuar avanzando. Absorbamos la violencia por causa del Salvador, que absorberá el pecado y morirá por ello. La ley cristiana es que el inocente sufra por los culpables.

De esta manera quisiera que obráramos con los adversarios, porque, cuando no se ofrece resistencia, el adversario es vencido por un poder moral superior; tal amor evita la infección de la herida producida por el odio. Aguantar un año al pelmazo que está fastidiándote durante una semana; escribir una carta amable al hombre que querría robarte tus bienes, nunca devolver odio contra odio a la persona que miente y declara que eres infiel a tu país o dice de ti la peor mentira de todas, las de que eres contrario a la libertad... todo ello son cosas que Cristo vino a enseñar, cosas que no se adaptaban a su tiempo más que al nuestro. Se adaptan solamente a los héroes, a los grandes hombres, a los santos, a los hombres y mujeres santos que quieren ser la sal de la tierra, la levadura en la masa, la minoría selecta en medio de la plebe, la calidad que transformará al mundo. Si ciertas personas no son amables, uno pone parte de su amor en ellas, y entonces son amables. ¿Por qué hay alguien amable, si no es porque Dios pone su amor en cada uno de nosotros?

El sermón del monte está tan en discrepancia con todo lo que el mundo tiene en aprecio, que el mundo crucificará a todo aquel que intente vivir a la altura de los valores de dicho sermón. Por haberlos predicado, Cristo tuvo que morir. El Calvario fue el precio que tuvo que pagar por el sermón de la montaña. Sólo las medianías sobreviven. Aquellos que llaman a lo negro negro, y a lo blanco blanco, son sentenciados por intolerantes. Sólo los grises pueden vivir.

Dejemos que aquel que dice: «bienaventurados los pobres en espíritu» venga al mundo que cree en la primacía de lo económico; dejémosle que entre en el mercado donde algunos hombres viven para el provecho colectivo, mientras otros afirman que los hombres viven para el provecho individual, y veamos qué le ocurre. Será tan pobre, que durante su vida no tendrá dónde reclinar la cabeza; vendrá día en que morirá sin poseer ningún valor económico. En su última hora será tan pobre, que incluso un extraño tendrá que ofrecerle su sepulcro, de la misma manera que tuvo que nacer en el establo de un extraño.

Dejémosle que venga al mundo que proclama el evangelio de los fuertes, que predica el odio a nuestros enemigos y condena las virtudes cristianas como virtudes «blandas», y diga a ese mundo: «bienaventurados los mansos», y un día sentirá sobre sus espaldas los azotes de crueles verdugos; será pegado en la mejilla por el puño de un escarnecedor durante uno de sus procesos; verá cómo unos hombres cogen una hoz y empiezan a cortar la hierba del Calvario, y luego emplean un martillo para clavarle en una cruz, para probar la paciencia de aquel que soporta lo peor que el mal puede ofrecer, para que, habiéndose agotado, pueda convertirse en amor.

Dejemos que Él venga a nuestro mundo, que ridiculiza la idea de pecado como algo morboso, considera la reparación por el delito pasado como un complejo de culpa, y dejémosle que predique a ese mundo: «bienaventurados los que lloran» sus pecados; y recibirá burlas cual si se tratara de un loco. Tomarán su cuerpo y le azotarán hasta que puedan contarse sus huesos; le coronarán de espinas, hasta que empiece a llorar, no lágrimas saladas, sino gotas de sangre carmesí, mientras ellos se ríen de la debilidad de aquel que no quiere bajar de la cruz.

Dejémosle que venga al mundo que niega la Verdad absoluta, al mundo que dice que el bien y el mal son sólo cuestión de puntos de vista, que hemos de ser de mente amplia en lo que se refiere a la virtud y al vicio, y dejémosle que le diga: «bienaventurados los que tienen hambre y sed de santidad», es decir, hambre y sed del Absoluto, de la Verdad del

que dijo: «Yo soy». Y ellos, con su amplitud de mente, permitirán que la turba elija entre Él o Barrabás; le crucificarán con unos ladrones y procurarán hacer creer al mundo que Dios no es diferente de una banda de ladrones, que son sus compañeros en el momento de morir.

Dejémosle que venga a un mundo que dice que todo lo que se opone a mí no es nada, que sólo el yo es lo que importa, que mi voluntad es mi suprema ley, que lo que yo decido es lo bueno, que debo olvidarme de los otros y pensar sólo en mí mismo, y que le diga: «bienaventurados los misericordiosos». Descubrirá que no recibe misericordia; abrirán cinco ríos de sangre de su cuerpo, pondrán vinagre y hiel en su boca sedienta; e incluso después de muerto serán tan despiadados como para hundir una lanza en su sagrado corazón.

Dejémosle que venga a un mundo en el que se trata de interpretar al ser humano en términos sexuales; que considera la pureza como frigidez, la castidad como sexo frustrado, la continencia como anormalidad, y la unión de hombre y mujer hasta la muerte como algo insoportable; un mundo que dice que un matrimonio sólo dura lo que duran las glándulas, que uno puede desunir lo que Dios ha unido y quitar el sello de donde Dios lo ha puesto. Dejemos que Él le diga: «bienaventurados los puros»; y se verá colgado de una cruz, convertido en espectáculo para los hombres y los ángeles, en una última y estúpida afirmación de que la pureza es anormal, de que las vírgenes son neuróticas y de que la carnalidad es lo correcto.

Dejémosle que venga a un mundo que cree que uno debe recurrir a toda suerte de doblez y chanchullos con objeto de conquistar el mundo, llevando palomas de paz con los buches cargados de bombas, y dejémosle que le diga: «bienaventurados los pacificadores», o «bienaventurados los que desarraigan el pecado para que pueda haber paz»; y se verá rodeado de hombres comprometidos en la más estúpida de las guerras, una guerra contra el Hijo de Dios; ejerciendo la violencia mediante el acero y la madera, los clavos y la hiel, y luego colocando un centinela sobre su tumba para que aquel que perdió la batalla no pueda ver el día.

Dejémosle que venga a un mundo que cree que toda nuestra vida debe estar dedicada a adular a las personas y a influir en ellas para alcanzar provecho y popularidad, y dejémosle que diga: «bienaventurados cuando os odian, persiguen, injurian»; y se encontrará sin un amigo en el mundo, proscrito en la montaña, con multitudes que claman por su muerte, y su carne colgando de su cuerpo como jirones de púrpura.

No pueden tomarse las bienaventuranzas por sí solas; no son ideales, son hechos duros y realidades inseparables de la cruz del Calvario. Lo que Él enseñaba era la crucifixión de uno mismo: amar a los que nos odian; cortarnos los brazos y sacarnos los ojos para evitar que podamos pecar; ser puros en nuestro interior cuando en el exterior claman las pasiones pidiendo que las satisfagamos; vencer el mal con el bien; bendecir a los que nos maldicen; dejar de cacarear pidiendo la-paz hasta que no tengamos la justicia, la verdad y el amor de* Dios en nuestros corazones como la condición necesaria para la libertad; vivir en el mundo y, sin embargo, mantenernos sin mancha de él; negarnos a veces a nosotros mismos algunos placeres lícitos con objeto de crucificar mejor nuestro egoísmo... Todo ello es sentenciar a muerte al hombre viejo que llevamos dentro de nosotros.

Aquellos que oían predicar a Cristo las bienaventuranzas estaban siendo invitados a tenderse sobre una cruz, para que hallaran la felicidad en un nivel más elevado, muriendo a un orden inferior, a despreciar todo lo que el mundo tiene por sacrosanto y a venerar como sacrosanto lo que el mundo considera una utopía. El cielo es la felicidad, pero es demasiado para el hombre tener dos cielos: un *ersatz* acá abajo y un cielo real allá arriba. De ahí los cuatro «¡ay de vosotros!» pronunciados por Cristo, añadidos a las bienaventuranzas.

> ¡Ay de vosotros, los ricos!, porque ya tenéis vuestro consuelo. ¡Ay de vosotros, los que estáis saciados ahora!, porque tendréis hambre. ¡Ay de vosotros, los que reís ahora!, porque os lamentaréis y lloraréis. ¡Ay de vosotros, cuando todos los hombres dijeren bien de vosotros!, pues que del mismo modo hacían los padres de ellos con los falsos profetas.

Lc 6, 34-36

La crucifixión no puede encontrarse lejos cuando un Maestro se atreve a decir «¡ay de vosotros!» a los ricos, a los saciados, a los alegres y a los ídolos de los pueblos, La verdad no se halla sólo en el sermón del monte; se halla en aquel que vivió en el monte Gólgota lo que había estado predicando en el monte del sermón. Los cuatro «¡ay de vosotros!» habrían sido condenaciones éticas, si Él no hubiera muerto lleno de lo opuesto a los cuatro «ayes»: pobre, abandonado, apesadumbrado y menospreciado. En el monte de las Bienaventuranzas invitó a los hombres a arrojarse sobre la cruz de la negación de sí mismo; en el monte Calvario se abrazó con la misma cruz. Aunque la sombra de la cruz tardaría aún tres años en

proyectarse en el lugar de la calavera, se hallaba ya en su corazón el día en que predicó acerca de «cómo ser feliz».

12. LA INTRUSA

Mientras se hallaba visitando las ciudades galileas, en los primeros días de su vida pública y antes de que hubiera estallado contra él la oposición, un rico fariseo llamado Simón invitó a nuestro Señor a comer en su casa. Había oído hablar del predicamento de que nuestro Señor gozaba entre la gente y estaba ansioso por averiguar por sí mismo si realmente se trataba de un profeta o de un maestro. Es curioso que también había por allí otra persona que se sentía deseosa de encontrar a nuestro Señor, aunque los móviles que la impulsaban eran más elevados que los del fariseo. Esta persona, una mujer, tenía un grave peso sobre su conciencia y quería ver en 'Él al que había de salvarla de su culpa. Por grande que fuera la vergüenza que experimentaba, no le impidió ir en busca del Señor, a pesar de que sabía habría de aparecer delante de los que podían condenarla. Así nuestro Señor se encontraba entre uno que sentía curiosidad por Él como Maestro y una que comparecía en su presencia como penitente en busca de su salvación.

Cuando llegó nuestro Señor, hubo poco entusiasmo de parte de Simón, quien le recibió fríamente, omitiendo los cumplidos y las atenciones de rigor que solían tributarse a un huésped. En aquellos días, entrar en una casa sin descalzarse era lo mismo que entrar hoy día sin quitarse el sombrero. Los zapatos y las sandalias se dejaban en el umbral. El visitante era siempre saludado con un beso por el dueño de la casa, el cual le decía al mismo tiempo: «El Señor sea contigo». Entonces se indicaba al huésped que se sentase, y un sirviente le traía agua para lavarle los pies y efectuar las abluciones rituales. A continuación, el huésped, o por lo menos uno de los sirvientes, ungía la cabeza y la barba del visitante con óleo perfumado. En el caso de nuestro Señor, no hubo agua para sus fatigados pies, ni un beso de bienvenida para su mejilla, ni ningún perfume para su cabello... Nada más que un insignificante ademán con el que se le indicó que en la mesa había un sitio libre. Tal vez Simón se diera cuenta de

que estaba siendo observado por otros fariseos, y por ello omitió las referidas muestras de cortesía. En aquel tiempo los huéspedes no se sentaban a la mesa, sino que se reclinaban en unos lechos, con los pies descalzos y las piernas extendidas en el lecho.

Era muy fácil el acceso a un comedor, probablemente porque estaba tan extendida entre los pueblos orientales la ley de la hospitalidad. Mientras se estaba sirviendo la comida, tuvo efecto un incidente inesperado. Simón levantó los ojos, y lo que éstos vieron hizo subir el rubor a sus mejillas. Nada le habría importado si otras personas se hubieran encontrado en su comedor, ¡pero estaba allí aquel hombre! ¿Qué pensaría de él? La persona que había entrado sin ser invitada era una mujer llamada María. Su profesión, la de pública pecadora, una mujer de la calle. Avanzaba despacio, sin apartarse de la cara el cabello que caía sobre su frente, ya que le servía de pantalla contra las miradas del fariseo. Se detuvo ante los pies de nuestro Señor y dejó caer sobre ellos, como las primeras gotas de una lluvia de cálido verano, algunas lágrimas. Luego, avergonzada de lo que había hecho, se inclinó como para ocultar su vergüenza, pero la fuente de sus lágrimas no quería secarse. Cobrando ánimo al ver que el Maestro no la rechazaba, la mujer se arrodilló y empezó a secar con su larga cabellera las lágrimas que mojaban los pies de. Jesús. En tales casos se solía ungir la cabeza, pero ella no se atrevió a asumir tal honor, por lo cual, llena de humildad, se contentó con ungirle tan sólo los pies. Tomó de su velo un vaso de precioso perfume. No fue derramándolo gota a gota, lentamente, como para indicar con la misma lentitud la generosidad del que ofrecía el perfume, sino que rompió el vaso y lo vertió todo de una vez, ya que el amor no conoce límites. No estaba rindiendo tributo a un sabio; estaba descargando su propio corazón del peso de sus pecados. Le había visto antes, ciertamente, y había oído también hablar de Él, y estaba segura de que Él poseía el medio de infundirle alguna esperanza. Había amor en la audacia de aquella mujer, arrepentimiento en sus lágrimas, sacrificio y sumisión en el hecho de ungir al Señor.

Pero el fariseo estaba horrorizado de que el Maestro hubiera permitido que aquella mujer de tan mala reputación se acercara a Él y, de manera contraria a todas las tradiciones de los severos fariseos, vertiera lágrimas a sus pies. Simón no lo expresó en voz alta, pero se dijo a sí mismo:

Éste, si fuera profeta, conocería quién y cómo es la mujer que le toca, que es pecadora.

Lc 7. 39

¿Cómo sabía que era una mujer pública? Al juzgar a otra persona se estaba juzgando a sí mismo. A los ojos de Simón, era una pecadora y siempre sería considerada como pecadora. Para él había abominación en su contacto, pecado en sus lágrimas y mentira en su unción. El fariseo no hizo preguntas, no concebía esperanza alguna. Lo mismo le daba que fuera una voluntad depravada, el hambre o la lascivia de los hombres lo que arrastró a aquella mujer a su ruina. Tampoco le interesaba saber si por la noche tenía que levantarse debido a los remordimientos y si se acusaba mil veces por estar haciendo lo que sabía que no había de reportarle la paz. Y, en cuanto a Cristo, si de veras sabía ver el interior de las personas, se daría cuenta de que aquella mujer era una prostituta.

Nuestro Señor leyó entonces los pensamientos de Simón de la misma manera que un día leerá en las almas de los vivos y de los muertos. Le dijo así:

Simón, tengo una cosa que decirte.

Y Simón repuso:

Di, Maestro.

Nuestro Señor prosiguió:

Cierto acreedor tenía dos deudores; uno le debía quinientos denarios y el otro cincuenta; mas no teniendo ellos con qué pagar, a entrambos les condonó la deuda. ¿Cuál de ellos, pues, le amará más?

Lc 7, 41 s

El sentido de la historia era que Dios es el acreedor que nos confía sus bienes hasta el día señalado para pagar la deuda y en que le rindamos cuentas de nuestra actuación administrativa. Unos deben más que otros; algunos, porque han pecado más; otros, porque mayores fueron los dones que recibieron; algunos reciben diez talentos, otros cinco, otros uno tan sólo. Podía darse el caso de que los pecados de aquella mujer equivalieran a una deuda de quinientas piezas de plata o denarios, mientras que la deuda de Simón fuera sólo de cincuenta denarios. Pero, al fin y a la postre, ambos eran igualmente deudores, y ni el uno ni la otra podían satisfacer su deuda. El significado de esta palabra estaba claro. Dios es el acreedor que confía

al hombre sus dones de riqueza, inteligencia, influencia. Pero hay un día señalado para el pago. Sin embargo, aunque ninguna persona puede pagar en estricta justicia la deuda que tiene contraída con Dios mediante el pecado, Dios está dispuesto a perdonar a todos los deudores, grandes y pequeños. Lo que este perdón cuesta en estricta justicia, nuestro Señor no venía a discutirlo en aquel momento. Pero estaba preparando a Simón para que comprendiera que Él había venido para redimir de los pecados.

Nuestro Señor le pregunta ahora:

> «¿Cuál de ellos, pues, le amará más?» Simón respondiendo le dijo: «Pienso que aquel a quien más perdonó.» Y Él le dijo: «Has juzgado rectamente.» Y volviéndose hacia la mujer, dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer? Entré en tu casa y no me diste agua para los pies; mas ésta ha regado mis pies con lágrimas y los ha limpiado con sus cabellos. No me diste beso; mas ésta, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies. No ungiste mi cabeza con aceite; mas ésta con ungüento ha ungido mis pies.»

Lc 7, 43-46

Cuando nuestro Señor dijo a Simón: «¿Ves a esta mujer?», ¿qué quería significar? Quería decir que no podía ver a la mujer realmente como era ella, sino solamente como la mujer que solía ser, o la mujer que él creía que era. Simón había dicho en su interior que si nuestro Señor fuera profeta conocería que ella era una pecadora. Ahora nuestro Señor daba vuelta a la frase y preguntaba a Simón: «¿La ves, Simón? El mal de vuestra tribu de personas que se creen justas es que os creéis virtuosos por el mero hecho de que encontráis a otras personas que son viciosas. Vosotros nunca veis nada. Creéis ver, pero no veis. La culpa está siempre en el prójimo, nunca en vosotros mismos».

Nuestro Señor procedió entonces a enumerar las cortesías corrientes que Simón había omitido, pero que aquella mujer le había hecho. «Ha regado mis pies con lágrimas.» El vestido que está muy sucio no se lava antes de haber frotado mucho y derramado gran cantidad de agua. Cuando existe una gran mancha producida por los pecados, no basta sólo un lavado, sino que es menester un baño y una inmersión en las lágrimas de la contrición. Entonces le secó los pies con la cabellera. En el verdadero arrepentimiento, las cosas de las que se ha abusado en servicio del pecado se emplean luego siempre en el servicio de Dios. El mejor adorno del cuerpo, a juicio de aquella penitente, no era demasiado bueno para ser empleado en el servicio más bajo en honor de nuestro Señor.

Las cortesías que Simón omitió en el orden natural, su divino visitante las compara ahora con las cortesías más elevadas del orden de la gracia. Las muestras de honor llevan ahora hacia la fuente de donde proceden: al deseo que aquella mujer tenía de ser perdonada. En todas las muestras de cortesía convencionales de la vida existe alguna raíz de afecto y amor. Simón pensaba que estaba demostrando bastante consideración al hijo de un carpintero al invitarle a su mesa; pero Jesús atribuye el amor de la mujer al sentido profundo que ella tenía de que le habían sido perdonados los pecados:

> Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados porque amó mucho. Mas al que se perdona poco, poco ama.
>
> Lc 7, 47

Sería un error deducir que estaría bien haber pecado mucho o haber hecho subir mucho la deuda con objeto de que al pecador pudiera perdonársele más. La lección es más bien la de que los pecadores flagrantes tienen mayor probabilidad de descubrir que son pecadores que los que creen ser buenos. De la misma manera que en un hospital el que mayores males sufre despierta más piedad que el que no sufre tanto, así también la culpa admitida no es un obstáculo, sino más bien un argumento en favor de la misericordia divina. El amor de esta mujer estaba en proporción con su gratitud por el perdón. No era la cantidad de pecado, sino más bien la conciencia del pecado y la misericordia que implicaba el perdón, lo que manifestaba el gran amor de aquella mujer. Mucho le había sido perdonado; por tanto, mucho era también lo que amaba.

Nada pone tanto en contacto a una persona con otra como la confesión de los pecados. Cuando un amigo nos habla de sus éxitos se halla distanciado de nuestro corazón; cuando nos habla de su culpa, en medio de sus lágrimas, se halla cerca de él. En realidad, cuando una persona tiene conciencia de su pecado no distingue muy bien si sus pecados pertenecen a la categoría de los quinientos denarios o a la de los cincuenta. Lo que le inquieta es el hecho de que ha ofendido a alguien a quien ama. San Pablo se tenía por el primero de los pecadores, pero no fue un gran pecador salvo en su fanatismo y persecución. Quien hace poco caso del pecado, poco apreciará el perdón. Quien hace poco caso de la gravedad de una herida, jamás apreciará debidamente el poder del médico.

Simón tenía algo que aprender; había invitado por ello a un maestro; la mujer tenía algo que necesitaba ser perdonado, por ello fue a derramar sus lágrimas de arrepentimiento a los pies del divino acreedor, que resultó

ser su Salvador. Simón no había negado la existencia de la culpa, pero, al ver a aquella mujer pecadora, se sintió relativamente inocente. La culpa no es precisamente la ruptura de un amor, sino más bien la ofensa a alguien a quien se ama. La gravedad del pecado aumenta a medida que Cristo se está aproximando. Hallarse junto a la cruz y sentir las agonías de aquel cuya muerte fue necesaria para la expiación de los pecados pudo hacer que Pablo, el fariseo de los fariseos, se llamara a sí mismo el «mayor de los pecadores».

La mujer fue despedida con estas palabras:

> Los pecados te son perdonados.
>
> Lc *7,* 48

El hombre al que Simón creía un maestro no estaba formulando un código; estaba perdonando pecados. ¿Quién puede perdonar pecados, sino Dios? Tal era el pensamiento que corría por la mente de cuantos se hallaban a la mesa:

> Y los que estaban a la mesa con él comenzaron a decir entre sí: ¿Quién es éste que llega hasta perdonar los pecados?
>
> Lc 7, 49

Ésta era la pregunta que se hacían cuando se levantaron de los triclinios. Aquella especie de lechos era como el símbolo de un mundo que, diecinueve siglos más tarde, se consideraría sin culpa. Los hombres se levantarían de su lecho después de haber hecho su confesión a un psicoanalista. Pero tales almas no sentirían la alegría interior que experimentó aquella mujer al oír que le decía uno que era más que un profeta:

> Tu fe te ha salvado: ve en paz.
>
> Lc 7, 50

Su fe le había dicho que Dios ama la pureza, la bondad y la santidad. Y delante de ella estaba el único que podía restablecerla a aquella santidad. Pero el precio que Él tendría que pagar por aquella paz vendría sólo después de una guerra: la guerra contra el mal. El perdón que la mujer recibió no fue solamente el de ser «absuelta», sino que se trataba de un perdón en el que la justicia misma había sido satisfecha. Más adelante, el apóstol Pedro, que asistió a aquella comida, registró por escrito el precio que había tenido que pagarse por aquel perdón de pecados:

Llevó nuestros pecados en su propio cuerpo, sobre el madero...
y por sus llagas fuisteis sanados vosotros.

Petr 2, 24

Los huéspedes se preguntaban cómo podía aquel hombre perdonar pecados. En su opinión, ¿quién más que Dios podía perdonarlos? Una vez más se revelaba el propósito por el cual el Hijo del hombre había venido a la tierra: sería identificado con los pecadores al tomar sobre sí mismo las culpas de ellos; sería separado de los pecadores al ofrecerse a sí mismo para salvarlos, y, por lo tanto, podía perdonarles los pecados.

Por un lado, identificación:

Con los inicuos fue contado.

Lc 22, 37

Por otro lado, separación:

Santo, inmaculado, apartado de los pecadores.

Hebr 7, 26

Se trata de verdades complementarias. La primera se refería al precio que tuvo que satisfacer para poder perdonar los pecados, tales como los de la mujer; la segunda se refería a su vida divina, que confería un valor infinito a sus padecimientos. A la mujer que tenía ante sí le fue perdonada la deuda de sus pecados, mas ella no tenía idea de lo que esto iba a costarle a Él. Todas las muestras de ternura que la mujer pecadora le prodigó habría de volver a recibirlas Jesús, aunque de una manera distinta. Un beso vendría de parte de Judas; el lavado de los pies sería realizado al revés cuando Él se ceñiría con una toalla y se dispondría a lavar los de sus discípulos; y en lugar del aceite para su cabeza habría sobre ésta una corona de espinas en el momento en que Él derramaría el perfume de su propia sangre.

13. EL HOMBRE QUE PERDIÓ LA CABEZA

El propósito redentor de Dios al venir a la tierra fue revelado bajo muchos símbolos y figuras; y una de las cosas más sorprendentes fue profetizada en lo que le sucedió a Juan Bautista. Aunque Juan no buscaba honras terrenas, las recibió, ya que fue solicitado por el rey Herodes Antipas, el hijo del sanguinario Herodes que había intentado quitar la vida a nuestro Señor cuando éste no contaba aún dos años de edad. «Herodes temía a Juan, conociendo que era hombre justo y santo.» El malvado temía al bueno, porque los buenos son un reproche constante a la conciencia de los malos. Los impíos gustan de la religión de la misma manera que les agradan los leones: muertos o encerrados en una jaula; temen la religión cuando ésta se desata y comienza a desafiar sus conciencias.

Herodes fue el prototipo de todos los mundanos que enviaron a buscar a los que ellos llamaban «sabios» (como Félix envió a buscar a Pablo); les agradan la brillantez de sus ideas, el giro de sus oraciones, su sabiduría abstracta; pero, tan pronto como tales hombres empiezan a convertir en concretas y personales las enseñanzas de Cristo, son despedidos en el acto con frases como: «demasiado vehemente», «intolerante», o «¿sabes que en realidad trató de convertirme?» Herodes, siempre en busca de nuevos estímulos y excitaciones, invitó a la corte para que oyera a aquel emocionante predicador, que estaba causando sensación en su tiempo. ¿Qué texto escogería Juan Bautista para su disertación? ¿Hablaría acaso del amor fraterno (sin la paternidad de Dios), o tal vez sobre la necesidad de reducir los ejércitos, o sobre la gran urgencia de emprender una reforma económica en Galilea? Juan conocía que todas estas cosas eran importantes; pero, como había cosas aún más importantes, decidió dirigirse a las conciencias.

Herodes probablemente le estaba contemplando con sonrisa de satisfacción; Herodías, su mujer, debía de mirarle con el rabillo del ojo; las otras personas se sentían curiosas, pero no realmente interesadas. Herodes

y Herodías habían estado casados anteriormente, cada cual por su lado; ella, con el hermano de Herodes. Era uno de esos repugnantes contubernios tan frecuentes en toda nación que empieza a corromperse. Herodes había estado casado con Aretas, al cual le abandonó cuando él inició sus relaciones con Herodías, esposa de su hermano Felipe. Herodías tenía una hija llamada Salomé, de su anterior matrimonio con Felipe.

Si, desde el punto de vista mundano, había algún punto que Juan podía haber tenido la prudencia de soslayar, era precisamente esta situación. Pero Juan estaba determinado a agradar a Dios, no a los hombres; resolvió, por tanto, hablar en contra de aquella lasciva manera de vivir. Era demasiado amable para excusar el pecado de Herodes, estaba demasiado interesado en la salud moral para dejar sin sondear aquella llaga, sentía demasiado amor para tener otro pensamiento que no fuera el de salvar el alma de Herodes.

Juan seguía la doctrina de nuestro divino Señor de que el matrimonio es algo santo e indivisible: «Lo que Dios ha unido, no lo separe el hombre.» Cortó por lo sano con palabras claras, decisivas y bruscas. Señalando con el dedo a Herodes y a su mujer, sentados en sendos tronos de oro, dijo:

No te es lícito tener la mujer de tu hermano.

Mc 6, 18

Herodías se sobresaltó. Era evidente que Juan estaba recordándole que había seducido a Herodes, el cual se hallaba realmente en su poder. Una sola mirada de sus ojos era suficiente para Herodes. Antes de que Juan pudiera terminar la frase siguiente, cadenas de hierro rodearon sus muñecas y unos guardias lo arrastraron fuera de la corte y lo encerraron en la lóbrega mazmorra. El predicador fue apresado, pero no lo fueron sus palabras, que repetirían su eco en las conciencias aun mucho después de que la voz hubiera enmudecido.

Durante varios meses Juan estuvo preso en la oscura cárcel de Maqueronte. ¿Le hizo dudar esta forzada inactividad de que el Mesías fuera el Cordero de Dios del cual él había estado hablando? ¿Vaciló un tanto su fe en la lobreguez de la mazmorra? Tal vez estuviera impaciente porque Dios castigara a los que se habían negado a recibir su mensaje. Sea de ello lo que fuere,

> Llamando entonces a dos de sus discípulos, los envió al Señor, diciendo: ¿Eres tú aquel que ha de venir, o debemos esperar a otro?

Lc 7, 19

La manera como Juan planteaba la cuestión indicaba que tenía fe tanto en la gran promesa mesiánica como en aquel a quien dirigía la pregunta.

Nuestro Señor no contestó con una promesa de que Juan sería puesto en libertad o que Él mismo destruiría a sus enemigos. Respondió aludiendo tan sólo a su propia obra de curación, consolación y enseñanza.

> Y declarad a Juan las cosas que habéis visto y oído: los ciegos ven y los cojos andan, los leprosos son limpiados y los sordos oyen, los muertos resucitan y a los pobres es anunciada la buena nueva. Y bienaventurado aquel para quien yo no sea ocasión de caída.

Lc 7, *22* s

La divinidad y sus caminos serán siempre un escándalo para los hombres. La nobleza y la insignificancia social de nuestro Salvador suscitaron las primeras objeciones en la predicación de su evangelio. Este prejuicio surgía de una concepción muy equivocada acerca del poder y la majestad de Dios, como si el logro de sus propósitos dependiera realmente de los medios con que el mundo cree que los éxitos han de conseguirse. En realidad, Cristo estaba dando a los discípulos de Juan una doble respuesta, aludiendo tanto a sus obras como a su palabra, sus milagros y su doctrina. Sus milagros no serían, por lo general, cosas de las cuales maravillarse, sino más bien señales de un reino divino de justicia y misericordia; y el poder por el cual Él los obraba sería un poder fuera de la naturaleza, que rebasaba a la naturaleza misma. Su doctrina, en particular, sería otra prueba de su divinidad: los pobres conseguirían que se predicara el evangelio a ellos.

Esto era algo particularmente significativo, puesto que la pobreza es solamente otra palabra para designar la imperfección y la debilidad humanas. Los fuertes físicamente y los de aguda inteligencia, así como aquellos que poseen el dominio de la tierra, reciben ya su galardón en este mundo; pero los pobres y los débiles a menudo pasan hambre y sufren. Cristo estaba diciendo que en el reino de los cielos habría un evangelio para los pobres. Dios posee otro mundo en el cual allanar las

desigualdades que hay en éste. Así como al rico se le dice que si quiere ir al cielo tiene que repartir sus riquezas por amor a Cristo, al pobre se le dice que sus fatigas y sufrimientos, apuros y contrariedades, unido todo ello con la cruz, le reportarán su propia paz y galardón interiores.

Cuando los emisarios hubieron partido, nuestro Señor comenzó a ensalzar a Juan. Juan había dado testimonio de Él. Ahora Él daría testimonio de Juan. Respondió a quienes podían haber estado juzgando a Juan por un mensaje que fue enviado en un momento de prueba. Contrastó la muchedumbre que estaba pendiente de las palabras de los emisarios con Juan mismo, la versatilidad de la multitud con la firmeza del profeta. No era Juan el débil, sino el corazón de ellos. No era la duda lo que había impulsado a Juan a enviar a aquellos hombres a hacerle la pregunta, ni tampoco era el temor por lo que pudiera ocurrir a su cuerpo. Empleando tres figuras de locución, nuestro Señor empezó a defender a Juan. La primera figura consistía en la caña que ondeaba al soplo de la brisa, junto a la rápida corriente del Jordán, donde habían oído predicar al Bautista; la segunda figura eran los lujosos vestidos de los que vivían en el palacio de Herodes; la tercera figura eran una señal del cielo y una referencia a todos los hombres que habían traspuesto las puertas de la carne en el nacimiento humano.

> Y cuando los mensajeros de Juan se fueron, comenzó a decir a las multitudes respecto a Juan: ¿Qué salisteis a ver al desierto? ¿Una caña meneada por el viento? Mas ¿qué salisteis a ver? ¿A un hombre vestido con ropas delicadas? Aquellos que visten suntuosas prendas y viven en delicias, están en las cortes de los reyes. Mas ¿qué salisteis a ver? ¿Un profeta? Sí, yo os lo digo, y más que profeta. Éste es aquel de quien está escrito: He aquí que yo envío mi mensajero ante tu faz, que preparará tu camino delante de ti. Yo os digo que entre los nacidos de mujer, ninguno hay mayor que Juan; y, sin embargo, el menor en el reino de Dios es mayor que él.

Lc 7, 24-28

Tres veces preguntó nuestro Señor: «¿Qué salisteis a ver?» Éste era el error de ellos; profesando un deseo de conocer la voluntad de Dios, se habían desviado en realidad hacia visiones y espectáculos, gozándose en los milagros y la popularidad del enviado. Habían salido para *ver* a alguien, en vez de *oír* a alguien. Para satisfacer la concupiscencia de los ojos, no para imitar la templanza y la abnegación del Bautista. Nuestro

Señor estaba diciendo a la multitud que san Juan, desde su prisión, no hacía aquella pregunta simplemente porque fuera una caña meneada por el viento de la opinión pública, porque fuera uno que estuviera preocupado por su bienestar corporal, como hacían los cortesanos del palacio de Herodes. Juan no era ninguna frívola caña agitada por todos los vientos del aplauso popular. Pronunciaba sus reproches sin miedo alguno; no era solamente severo con los demás, sino que incluso lo era aún más consigo mismo. Podía vivir en los palacios de los reyes y, sin embargo, prefirió tener el desierto por morada. En su relación con Dios, era un profeta, y más aún que un profeta: el precursor del Mesías e Hijo de Dios.

La grandeza es de dos clases: la terrena y la celestial. Si la grandeza de Juan hubiera sido de la tierra, habría vivido en palacios, sus vestidos habrían sido lujosos, y sus opiniones probablemente variables como la caña agitada por el viento, inclinada ora hacia una filosofía popular, ora hacia otra. Pero su grandeza era de orden divino y su superioridad no estribaba precisamente en su persona, sino en su obra y en su misión invariables, es decir, la obra y la misión de anunciar al Cordero de Dios.

Algunos meses más tarde, llegó el día en que con todo fausto habría de celebrarse el cumpleaños de Herodes. A este banquete, propio de un rey Baltasar, fueron invitados todos los señores y todas las damas, los militares y varios personajes de Galilea amigos de Herodes. Había oscurecido y el castillo se hallaba iluminado con una luz suave. Los rostros estaban maquillados para producir su mejor efecto a la luz tenue y vacilante de las velas. El ruido estrepitoso de la música, el son de las trompetas y los gritos de los que alegremente participaban en aquella orgía resonaban por el castillo pétreo de Maqueronte y llegaban hasta la angosta y lóbrega mazmorra en la que desde hacía diez meses estaba languideciendo Juan Bautista. Sin embargo, probablemente los invitados necesitaban más distracción, puesto que no hay nada más aburrido que la alegría organizada por las personas hastiadas de todos los placeres.

La voz de Herodes se dejó oír en aquel primer gran club nocturno de la era cristiana, pidiendo una danza sensual que estimulara sus espíritus cansados. La danzarina sería Salomé, la bella hija de la mujer del rey, habida de su primer marido. Esta muchacha, descendiente de la noble familia de los Macabeos, pero que había alcanzado un bajo nivel de degradación y corrupción por la excesiva tolerancia de una madre degenerada, inició su danza ante los invitados. Aquellos juerguistas quedaron encantados con la nueva diversión, y Herodes, siguiendo cada uno de los graciosos movimientos de su hijastra, llegó pronto a estar tan

embriagado por la danza como por el vino. Cuando Salomé, en el último movimiento e impulso de su danza, se arrojó en sus brazos, Herodes exclamó en una apasionada expansión:

> Pídeme cuanto quisieres y te lo concederé... Todo cuanto me pidieres te lo daré, hasta la mitad de mi reino.

Mc 6, 32 s

No sabiendo Salomé qué pedir, se volvió hacia su madre. Herodes había olvidado ya aquel desdichado sermón de Juan Bautista; mas una mujer no olvida tan fácilmente. Durante aquellos meses en que estaba encerrado en la prisión, Juan seguía acosando el alma de Herodías, turbando su sueño, torturando su conciencia, creando en ella horribles pesadillas. Ahora decidió desembarazarse de él, creyendo que si lograba deshacerse de aquel representante de Dios podría seguir pecando impunemente durante el resto de su vida. Con una palabra dicha a Salomé, impondría para siempre silencio a su conciencia y a la de su marido. Susurró la respuesta al oído de su hija. Salomé se acercó a Herodes. La estridente música enmudeció. Reinó el silencio en la concurrencia, los manjares perdieron su sabor e incluso los corazones parecieron secarse cuando la joven pidió a Herodes:

> Dame aquí en una bandeja la cabeza de Juan Bautista.

Mt 14, 8

Herodes quedó sumido en la mayor confusión a causa del juramento que había acompañado a la promesa. Pensó en todo el respeto que anteriormente había profesado al profeta; pero al mismo tiempo temía las pullas y las indirectas, murmuradas por lo bajo por sus invitados, en el caso de que vieran que se volvía de lo prometido. Infiel para con Dios, infiel a su conciencia, a sí mismo, no avergonzado de ningún crimen, pero sintiendo vergüenza ante el qué dirán, decidió ser fiel al juramento proferido en un momento de embriaguez. Pero, sobre todo, temblaba ante la ira de su segunda mujer.

Herodes llamó a unos esclavos. Encendieron unas antorchas. Nadie dijo una palabra mientras oyeron a los esclavos bajar las escaleras, hasta que el rumor de sus pasos fue desvaneciéndose. Luego percibieron el ruido de llaves al abrir las puertas de la mazmorra, el chirriar de los goznes. Hubo unos instantes de silencio, interrumpidos por un golpe seco; luego una lenta marcha escaleras arriba, cada vez más cerca, rumor de pasos que seguían el ritmo del latir de los corazones. Los esclavos se acercaron a

Salomé con la sangrienta ofrenda, y Salomé entregó a su madre en bandeja de oro la barbada cabeza del profeta de fuego.

En aquella oscura noche, a petición de la hija de una adúltera, Herodes acababa de asesinar al precursor de Cristo.

Después de esto, Herodes vivió perseguido por los temores, como Nerón vivió acosado por el espectro de su propia madre, a la que había hecho asesinar. El emperador Calígula tampoco podía dormir, obsesionado por los rostros de sus víctimas; el historiador Suetonio dice que «se sentaba en su lecho», o paseaba por los largos pórticos del palacio, en espera de que amaneciera.

Herodes, al oír hablar de nuestro divino Señor algún tiempo después de estos hechos, pensó que se trataba de Juan Bautista, resucitado de entre los muertos. Herodes no creía en una vida futura, como no cree en ella ningún hombre de vida sensual. La creencia en la inmortalidad muere fácilmente en aquellos cuya clase de vida no les deja enfrentarse con la perspectiva de un juicio. La vida futura no es negada tanto por la manera de pensar de una persona como por la manera de vivir. Herodes había logrado convencerse a sí mismo de que al morir se cerraba la puerta; pero ahora, al oír que Cristo estaba predicando, empezó a creer que Juan había resucitado de entre los muertos. El escepticismo nunca está seguro de sí mismo, por ser menos una sólida postura intelectual que una *pose* para justificar una mala conducta. Como buen saduceo, Herodes rechazaba la existencia de otra vida más allá de ésta; pero, después de todo, temía a su conciencia. Y al oír hablar de los prodigios y milagros que obraba Jesús «deseaba verle». Y le vio. No pasarían dos años sin que Pilato enviara nuestro Señor a su presencia:

> Hacía mucho que deseaba verle; porque había oído de Él muchas cosas, y esperaba que le vería hacer alguna señal.
>
> Lc 23, 8

Herodes no había visto nunca el rostro de Jesús hasta aquellas horas postreras; jamás había escuchado su voz. Y, llegado el momento, nuestro Señor rehusó hablar con él.

Después de la transfiguración, los apóstoles que habían visto y oído a Moisés y Elías hablando con nuestro Señor, empezaron a hacer preguntas concernientes a Elías. Nuestro Señor les dijo que Elías había estado ya entre ellos en espíritu; le habían visto en la persona de aquel hombre que vivía en lugares solitarios, aquel hombre vestido con una piel de camello,

cuya comida consistía en una minuta tan poco variada. Entonces volvió a presentar ante sus ojos la imagen de la cruz. Des mostró que la muerte de Juan Bautista era prefiguración de su propia muerte. De la misma manera que la gente que había visto a Juan no había creído en él, tampoco creerían en nuestro Señor:

> Lo trataron como quisieron. Así también el Hijo del hombre padecerá de ellos.
>
> Mt 17, 12

Mediante este comentario acerca del destino del Bautista, Jesús predijo su propia pasión y muerte. Se estaba esforzando para que sus apóstoles se familiarizaran con la idea tanto de un Cristo moribundo como de un Cristo victorioso. De la misma manera que la gente en su ceguera y ofuscación no supo recibir como era debido al Bautista cuando éste vino en el espíritu de un Elías penitente, tampoco recibirían adecuadamente al Mesías cuando viniera como uno que cargaba con sus culpas para rescatarlos en el madero de la cruz. A los apóstoles se les dijo, pues, que tal era el destino que se había profetizado del Hijo del hombre:

> Ha de sufrir muchas cosas, y ser tenido en nada.
>
> Mc 9, 12

Los salmos y los profetas habían aludido a Él como el Hijo del hombre. De la misma manera que nuestro Señor no salvó a Juan Bautista de la crueldad de Herodes, tampoco Él se salvaría a sí mismo del propio Herodes. El heraldo había sufrido el sino de aquel a quien anunciaba; el mensajero recibió violencia por anunciar el divino mensaje. Y una vez más se asomaba el monte Calvario, en esta, ocasión a través de los valles que se extendían al pie del monte de la transfiguración. Todo en su vida estaba prediciendo su cruz, incluso la muerte violenta de Juan Bautista.

14. EL PAN DE VIDA

Dos banquetes se celebraron en Galilea en el transcurso de un año: uno en la corte de Herodes, en el cual predicó Juan Bautista, y el otro, al aire libre, servido por nuestro Señor. Había atravesado el mar de Galilea probablemente para escapar a la ira de Herodes, que acababa de asesinar al Bautista, y

> Le siguió una gran muchedumbre, porque veían los milagros que hacía en los enfermos.

Jn 6, 2

Los motivos que los impulsaban a seguirle eran un tanto confusos; pero cada vez se difundía más la idea de que Él era el Cristo. Grande fue la contrariedad de la gente al ver que Jesús se retiraba a la montaña con sus discípulos. El carro del evangelio se detenía unos momentos para que descansaran un poco los que lo conducían. Debido a que la pascua estaba a las puertas y mucha gente iba a Jerusalén, la multitud alcanzó la cifra de cinco mil personas (sin contar mujeres y niños).

> Eran muchos los que venían e iban; de manera que ni tenían tiempo para comer.

Mc 6, 31

La pequeña ciudad a la que llegaron estaba a unos nueve kilómetros de Cafarnaúm. Cuando nuestro Señor descendió de la barca al llegar a la orilla del lago, la muchedumbre salió a su encuentro. Llevaban con ellos a sus enfermos y estaban hambrientos de más de una manera. No le dieron punto de reposo, no porque creyeran que Él era el Hijo de Dios, sino porque le consideraban como un mago que podía obrar prodigios o un médico que podía curar a los enfermos.

> Y se compadeció de ellos, porque eran como ovejas que no tienen pastor.

Mc 6, 34

Dispuso a la gente en filas de ciento cincuenta, cada fila sentada un poco más arriba que la otra. En el centro de todos se hallaba de pie nuestro Señor. Para probar a Felipe, Jesús preguntó:

> ¿Dónde hemos de comprar pan, para que éstos coman?

Jn 6, 5

Felipe calculó rápidamente y vio que doscientos denarios no serían suficientes para alimentar a toda aquella muchedumbre. Jesús no le preguntaba: «¿Cuánto dinero se necesita?», sino que en substancia venía a preguntarle: «¿De dónde saldrá el pan?». Felipe debía haberle contestado que aquel que levantaba a los muertos y sanaba a los enfermos podía abastecerlos de pan. Andrés señaló entonces a un muchacho que traía cinco panes de cebada y dos pescados. Andrés hizo también por su parte algo de cálculo aritmético, y preguntó:

> Mas ¿qué es esto entre tantos?

Jn 6, 9

En el Antiguo Testamento, Dios se complacía en usar cosas triviales e insignificantes para cumplir sus propósitos, tales como la arquilla que condujo al niño Moisés a través de las aguas del río hasta las manos de la princesa egipcia, o el cayado de pastor de 'Moisés que tantos milagros efectuó en Egipto, o la honda de David que venció a los filisteos. Toda vez que ahora se trataba de pan, existía una especie de paralelismo con los gestos que habría de realizar Jesús en la última cena.

> Y tomando los cinco panes y los dos peces, miró al cielo y los bendijo; y partiendo los panes, dio a los discípulos.

Mc 6, 41

De la misma manera que un grano de trigo se multiplica lentamente en el suelo, así el pan y los peces, por un proceso acelerado por obra divina, se multiplicaron hasta que todos pudieron hartarse. Si hubiera repartido dinero, nadie habría creído tener Estante. La naturaleza había de ir tan lejos como le fuera posible, luego Dios pondría el resto. Ordenó recoger las sobras, y con ellas se llenaron doce cestos. En el cálculo de los hombres siempre hay déficit; en la aritmética de Dios siempre hay superávit.

El efecto que este milagro produjo en la muchedumbre fue impresionante. No había modo de negar que Cristo tuviera poder divino; lo

demostró al multiplicar el pan. Hizo que su recuerdo se volviera inmediatamente hacia Moisés, que había dado a sus antepasados el maná en el desierto. ¿Y acaso no había dicho Moisés que él mismo estaba prefigurando al Cristo o Mesías?

> Yahvé tu Dios levantará para ti de en medio de ti, de entre tus hermanos, un profeta semejante a mí; a él oiréis.

Deut 18, 15

Si Moisés se había autentificado o sellado a sí mismo mediante el pan en el desierto, ¿no era este Jesús aquel a quien Moisés había aludido, siendo así que también Él daba pan de un modo milagroso? ¿Quién, pues, sería mejor rey para arrojar el yugo romano que los oprimía y hacerlos libres? Allí estaba un libertador más grande que Josué, y aquí había cinco mil hombres dispuestos a tomar las armas; allí había un hombre más grande que David o que Salomón, que podía rebelarse contra los tiranos y libertar a su pueblo. Ya le habían reconocido como profeta y como maestro; ahora le proclamarían rey. Pero aquel lector de corazones conocía cuán terrenales eran las ambiciones que los arrastraban hasta Él.

> Y entendiendo Jesús que habían de venir para arrebatarle y hacerle rey, partió otra vez a la montaña, Él solo.

Jn 6, 15

No podían *hacerle* rey, puesto que había *nacido* rey. Los Magos sabían esto cuando preguntaron:

> ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Porque en Oriente vimos su estrella, y hemos venido para tributarle homenaje.

Mt 2, 2

Esta realeza había de venir por medio del «debe» divino de la cruz, y no por fuerza del pueblo. Ésta era la segunda vez que rehusaba una corona; la primera fue cuando Satán le ofreció el reino de este mundo si accedía a postrarse y rendirle homenaje. «Mi reino no es de este mundo», diría a Pilato más adelante. Pero la gente quería empujarle a un trono; Él dijo que no sería empujado, sino que sería *levantado* a él, y que el trono sería la cruz, y que su reino estaría implantado en los corazones.

Tal vez fuera esta misma huida de toda realeza política lo que sembró la duda en la mente de Judas; ya que en relación con este milagro y el subsiguiente sermón de nuestro Señor, Judas es designado por vez primera

como traidor. Dado que nuestro Señor no quería aceptar una soberanía temporal como la que Satán le ofrecía, debía prepararse a oír más adelante que el pueblo clamara: «No tenemos a otro rey más que al César».

Conociendo nuestro Señor lo que había en el corazón del populacho, se retiró a la montaña, Él solo. Ninguna mano impura pondría una corona en su cabeza... salvo una corona de espinas. Mas, con el fin de que los apóstoles comprendieran que tampoco ellos «encajarían» en el favor popular, les indujo a que subieran a una barca y se trasladaran a la otra ribera del lago, a una distancia de unos nueve kilómetros. Pero Él no fue con ellos.

Sería entre las tres y las seis de la mañana cuando se desencadenó una tormenta. Era la segunda que los sorprendía hallándose en el lago desde que habían sido llamados al apostolado; la primera fue en ocasión de una visita de nuestro Señor. Ambas tormentas tuvieron efecto a una hora temprana y ambas fueron intensas. Aquella tempestad debió de ser de tal modo violenta que pudiera afectar a unos hombres acostumbrados a tales lances en su vida de pescadores en aquel mismo lago. Tal vez no fuera sólo la tempestad lo que agitara su ánimo, sino también el hecho de que nuestro Señor se hubiera negado a ser rey. Es muy probable que llegaran a dudar incluso del poder de aquel que había multiplicado los panes y que ahora los enviaba a navegar por el lago en una noche tempestuosa. Si podía multiplicar el pan, ¿por qué no podía prevenir una tormenta?

Que nuestro Señor pudiera dejarlos y luego volver a ellos rápidamente en medio del lago les parecía tan imposible como si Él muriera y resucitara de nuevo. Pero he aquí que de pronto, mientras estaban pugnando con los remos, le vieron acercarse a ellos andando sobre las aguas. Se asustaron y se turbaron. Mas Él les dijo así:

> Soy yo; no tengáis miedo. Gustosos, pues, le recibieron en la barca; v llegó luego la barca a la tierra adonde iban.

Jn 6, 20

Aquella tripulación solitaria no estaba tan sola como creía. El mismo ritmo de gozo y tristeza que corría a través de la vida de Él se hallaba también allí presente; ya que, en medio de la oscuridad, de la tormenta y del peligro, Jesús se les aparecía hollando con sus pies las blancas crestas del lago embravecido. Ahora que les había mostrado su poder,

> Los que estaban en la barca, llegándose le adoraron, diciéndole: Verdaderamente tú eres el Hijo de Dios.

Mt 14, 33

Reconocieron que Él no era solamente el Mesías esperado, sino también el Hijo de Dios. Algunos de los hombres de la barca habían sido discípulos de Juan Bautista y habían oído cómo el Padre había dicho, durante el bautismo de nuestro Señor, que éste era el Hijo de Dios. Es asimismo muy verosímil que alguno de ellos hubiera estado presente cuando el demonio afirmó también que Jesús era el Hijo de Dios. Natanael le había dado ya el mismo título.

Fue en esta ocasión cuando Pedro, al ver el primero a nuestro Señor antes de que entrara en la barca, le pidió si también podría caminar sobre las aguas y llegar hasta Él. El Señor le invitó a ir a su encuentro, pero al poco rato Pedro empezó a hundirse. ¿Por qué? Porque tuvo en cuenta el viento, porque concentró su atención en dificultades de orden natural, porque no confió en el poder del Maestro y dejó de poner en Él sus ojos.

> Mas viendo borrascoso el viento, tuvo miedo, y comenzó a hundirse.

Mt 14, 30

Finalmente clamó al Señor en demanda de auxilio:

> Y al instante Jesús extendió la mano, le cogió y dijo: Hombre de poca fe, ¿por qué dudaste?

Mt 14, 31

Primero hubo la liberación; luego el leve reproche, acompañado probablemente de una sonrisa en el rostro del Maestro y un acento amoroso en su voz. Pero no fue ésta la única vez que el pobre Pedro dudaría del Maestro a quien tanto amaba. Aquel mismo que pidió poder caminar sobre las aguas para llegar cuanto antes al lado del Señor era el que más adelante juraría estar dispuesto a ser encarcelado e incluso dar la vida por Él. Valiente en la barca, pero tímido en las aguas, habría de mostrarse audaz en la última cena, pero cobarde en la noche del proceso. La escena del lago preludiaba la otra caída de Pedro.

La gente seguía todavía con la intención de hacer rey a nuestro Señor cuando al día siguiente se encontraron con Él en Cafarnaúm. Al preguntarle cómo había llegado hasta allí, la respuesta de Él fue una reprimenda para aquellos que imaginaban que la religión estaba relacionada primordialmente con asuntos de reparto de pan y de sopa.

> En verdad, en verdad os digo que me buscáis, no porque visteis los milagros, sino porque comisteis de los panes, y os saciasteis.

Jn 6, 26

No habían interpretado el milagro como una señal de su divinidad; le estaban *buscando,* pero no sabían *verle.* Job le vio tanto en su pérdida como en su ganancia; ellos le veían solamente como un medio de satisfacer su hambre de pan, no su hambre espiritual. La emoción no es religión; si lo fuera, un «aleluya» en domingo se convertiría en un «crucifícale» en viernes.

Les dijo entonces nuestro Señor:

> Trabajad, no por el alimento que perece, sino por el alimento que dura hasta la vida eterna, la cual os dará el Hijo del hombre; pues a éste señaló el Padre, Dios.

Jn 6, 27

Les presentaba dos clases de pan: el que perece y el que puede durar eternamente. Les estaba previniendo para que no le siguieran a la manera de un borrico que sigue al dueño que le enseña una zanahoria. Para levantar sus mentes hacia el Pan eterno, les sugirió que buscaran el Pan celestial que el Padre autorizaba o señalaba. En Oriente había la costumbre de marcar el pan con el sello oficial o el nombre del panadero. En efecto, la palabra que en el Talmud encontramos para designar el panadero se relaciona con la palabra «sello». De la misma manera que en las hostias de la misa se imprime una marca (tal como un cordero, una cruz), así nuestro Señor estaba dando a entender que el Pan que ellos habían de buscar era el Pan marcado por su Padre, o sea Él mismo.

Ellos querían tener alguna otra prueba más de que el Padre le autorizaba; Él les dio pan, es cierto, pero no era un pan o un milagro bastante estupendo. Después de todo, ¿no había dado también Moisés pan que procedía del cielo? Así, ellos minimizaban el milagro del día anterior al compararlo con el de Moisés; y el del pan que Él les había dado con el del maná del desierto. Nuestro Señor había alimentado a la muchedumbre solamente una vez, en tanto que Moisés sustentó a los israelitas durante cuarenta años. En el desierto, el pueblo daba a aquel pan el nombre de *manna,* que significa: «¿Qué es esto?» Pero en aquella ocasión, al despreciar el maná, le dieron el nombre de «pan ligero». Así desdeñaban ahora este don. Nuestro Señor aceptó el reto y les dijo que aquel maná que ellos habían recibido de Moisés no era pan celestial, ni siquiera había

bajado del cielo; más aún, sólo había alimentado a una sola nación por un breve espacio de tiempo. Y, lo que era aún más importante, no había sido Moisés quien les daba el maná, sino su Padre celestial; finalmente, el Pan que Él les daría los nutriría para vida eterna. Al decirles que el verdadero Pan procedía del cielo, ellos le pidieron:

> Danos este pan. Y Él les respondió: Yo soy el pan de la vida.
>
> Jn 6, 35

Ésta era la tercera vez que nuestro Señor usaba un ejemplo sacado del Antiguo Testamento para simbolizarse a sí mismo. La primera fue cuando se comparó con la escala que había visto en sueños Jacob, y así se reveló como mediador entre el cielo y la tierra. En su conversación con Nicodemo, se comparó con la serpiente de bronce, como uno que curaba al mundo prendido en las redes del pecado y envenenado. Ahora aludía al maná del desierto y afirmaba que Él era el verdadero Pan, del cual el maná había sido una figura simbólica. Aquel que habría de decir:

> Yo soy la luz del mundo.
>
> Jn 10, 7-9

> Yo soy el buen pastor.
>
> Jn 10, 11-14

> Yo soy la resurrección y la vida.
>
> Jn 11, 25

> Yo soy el camino, la verdad y la vida.
>
> Jn 14, 16

> Yo soy la vid verdadera.
>
> Jn 11, 25

se llamaba ahora a sí mismo por tres veces:

> El pan de vida.
>
> Jn 6, 35-41, 48-51

Una vez más hace aparecer la sombra de la cruz. El pan ha de ser repartido, y el que ha venido de Dios ha de ser la víctima sacrificada para que los hombres puedan alimentarse de ella. De ahí que sería un Pan lo que resultaría de la ofrenda voluntaria de su propia carne en rescate del

mundo, al que conduciría de la esclavitud del pecado a la renovación de la vida.

> El pan que yo daré es mi carne, la cual daré por la vida del mundo. Entonces, los judíos contendían entre sí, diciendo: ¿Cómo puede este hombre darnos su carne a comer? Y Jesús les dijo: En verdad, en verdad os digo que a menos que comáis la carne del Hijo del hombre, y bebáis su sangre, no tendréis vida en vosotros.
>
> Jn 6, 52-54

No sólo se había descrito a sí mismo como uno que había descendido del cielo, sino como uno que había descendido para *darse* a sí mismo, es decir, para morir. Sólo cuando Cristo hubiera sido muerto llegarían a comprender la gloria de un Pan que alimenta para la eternidad. Se estaba refiriendo a su muerte, ya que la palabra «dar» expresaba el acto del sacrificio. La carne y la sangre del encarnado Hijo de Dios, que serían separadas con la muerte, llegarían a ser la fuente de la vida perdurable. Cuando dijo «mi carne», quería decir su naturaleza humana, de la misma manera que la expresión «el Verbo se hizo carne» indicaba que el Verbo Dios, o el Hijo, había asumido la naturaleza humana. Pero únicamente porque esta naturaleza humana se unía a una persona divina por toda la eternidad podría El conferir la vida a aquellos que habrían de recibirla. Y, al decir que daría su carne por la vida del mundo, la palabra usada en el texto griego significaba «toda la humanidad».

Sus palabras resultaban aún más impresionantes debido a que entonces se aproximaba la pascua. Aunque los judíos sentían aversión a la sangre, en aquella época del año llevaban sus corderos a Jerusalén, donde la sangre sería esparcida en las cuatro direcciones de los puntos cardinales. La extrañeza que producía aquel hablar de dar su sangre y su carne quedaba atenuada por el hecho de que se proyectaba sobre el fondo de la pascua. Jesús quería indicar que la sombra o figura del cordero literal estaba pasando, y cedía el sitio al verdadero Cordero de Dios. De la misma manera que habían tenido comunión con la carne y la sangre del cordero pascual, así ahora tendrían comunión con la carne y la sangre del verdadero Cordero de Dios.

Aunque había nacido en Belén (Betlehem o «Casa de pan») y sido colocado en un pesebre o lugar donde comen ciertos animales inferiores, sería ahora para los hombres, tan inferiores a Él, su pan de vida. Todo lo que existe en la naturaleza ha de tener comunión con algo, y por medio de ello lo que es inferior es transformado en algo superior: los elementos

químicos en plantas, las plantas en animales, los animales en seres humanos. ¿Y el hombre? ¿Acaso, mediante la comunión con aquel que había “descendido” del cielo no habría de ser elevado a participar de la naturaleza divina? Como mediador entre Dios y el hombre, Él dijo que, puesto que Él vivía por medio del Padre, también ellos vivirían por medio de Él:

> Como el Padre viviente me envió, y yo vivo por medio del Padre, así el que me come, éste también vivirá por medio de mí.
>
> Jn 6, 57

¡Cuán carnal fue comer el maná, y cuán espiritual era comer la carne de Cristo! Era mucho más íntima la vida que venía por medio de El que la que el niño recibe de la leche de su madre. Toda madre puede decir al niño que tiene junto a su pecho: «Toma, esto es mi cuerpo; esto es mi sangre». Pero, en realidad, la comparación termina aquí, puesto que en la relación de madre a hijo uno y otro se hallan al mismo nivel. En la relación entre Cristo y el hombre, la diferencia es la misma que existe entre Dios y el hombre, entre el cielo y la tierra. Además, ninguna mujer tiene -me morir y tomar una existencia más gloriosa con su propia naturaleza humana antes de que pueda servir de alimento a su vástago. Pero nuestro Señor dijo que tenía que «dar» su vida antes que pudiera convertirse en el pan de vida de los que creyeran en Él. Las plantas que alimentan a los animales no viven en otro mundo. Entonces, si Cristo había de ser la «vida del mundo», tenía que permanecer en un tabernáculo entre los hombres, como Emmanuel o «Dios con nosotros», proveyendo de vida para el alma, de la misma manera que el pan terrenal es la vida del cuerpo.

Pero la mente de sus oyentes no se elevó más allá del plano puramente físico, puesto que preguntaron:

> ¿Cómo puede este *hombre* darnos su carne a comer?

Era una locura que un hombre pudiera dar a comer su carne. Pero no se les dejó mucho tiempo en tinieblas, ya que nuestro Señor les corrigió al decirles que el que les daría su carne no era un mero hombre, sino el «Hijo del hombre». Como siempre, este título aludía al sacrificio expiatorio que habría de ofrecer. Tampoco era el Cristo muerto el que alimentaría a sus creyentes, sino el Cristo glorificado en el cielo, el cual murió, resucitó de entre los muertos y subió al cielo. De nada aprovecharía el hecho de comer la carne y la sangre de un hombre, pero la sangre y la carne glorificadas del Hijo del hombre aprovecharían para la vida eterna. De la misma

manera que el hombre murió espiritualmente al comer en el jardín del Edén físicamente, así volverá a vivir espiritualmente comiendo el fruto del árbol de la vida.

Las palabras de Cristo eran demasiado literales, y refutó por adelantado demasiadas falsas interpretaciones para que alguno de sus oyentes pudiera pretender que la eucaristía (es decir, el cuerpo y la sangre que El daría) era un mero tipo o símbolo, o que sus efectos dependerían de las disposiciones subjetivas del que la recibiría. Nuestro Señor tenía el método de corregir la mala interpretación cada vez que alguien interpretaba mal sus palabras. Lo mismo hizo cuando Nicodemo creía que con las palabras «nacer de nuevo» quería decir volver a entrar en el seno de la madre. Pero cuando alguien entendía rectamente lo que Él decía, pero parecía encontrar en ello algún defecto, entonces *repetía* lo que había dicho. Y en este sermón nuestro Señor repitió cinco veces lo que había dicho acerca de su cuerpo y su sangre. El pleno significado de estas palabras no se hizo evidente hasta la víspera de su muerte. En su última voluntad y testamento, legó lo que al morir ningún otro hombre había sido capaz de legar: su cuerpo, sangre, alma y divinidad, por la vida del mundo.

15. NO QUISO SER UN REY DEL PAN

El anuncio de la eucaristía produjo una de las mayores crisis de su vida. Su promesa de dar su cuerpo, sangre, alma y divinidad por el bien de las almas de los hombres le hizo perder mucho de lo que había ganado. Hasta entonces tenía casi a todo el mundo tras El. En primer lugar, a las masas o al pueblo común; en segundo lugar, a la minoría, a los intelectuales, a los guías espirituales, y, finalmente, a sus propios apóstoles. Pero esta elevada doctrina espiritual era demasiado para ellos. El anuncio de la eucaristía fue un impacto terrible sobre sus seguidores. Nada tiene de extraño que en el cristianismo haya habido tan grande división de sectas cuando cada persona decide por sí misma si ha de aceptar un segmento del círculo de la verdad de Cristo o el círculo entero. Nuestro Señor mismo fue el responsable de ello; pidió una fe que resultaba excesiva para la mayoría de las personas; su doctrina era demasiado sublime. Si Él hubiera sido de mente un poco más mundana, si hubiese permitido que sus palabras pudieran ser consideradas como figuras retóricas, y sólo con que hubiera sido menos autoritario, habría podido llegar a ser más popular.

Pero hizo vacilar a todos sus seguidores. El Calvario sería la guerra caliente que se desencadenaría contra Él; y esto era el comienzo de la guerra fría. El Calvario sería la crucifixión física; esto otro era la crucifixión social.

Perdió a las masas.

Creó un cisma entre sus discípulos.

Incluso debilitó su bando apostólico.

Perdió a las masas: las masas estaban generalmente interesadas tan sólo en los milagros y en la seguridad. Cuando multiplicó los panes y los peces, abrieron los ojos llenos de sorpresa. Llenando sus estómagos, satisfizo su sentido de justicia social. Ésta era la clase de rey que ellos querían, un rey del pan. «¿Qué otra cosa puede hacer la religión por el

hombre, salvo darle seguridad social?», parecían preguntar. Las masas intentaron obligarle a ser rey. ¡Esto era también lo que quería Satán! Llenar el estómago, convertir las piedras en pan y prometer prosperidad; esto es para la mayoría de los mortales el fin de la vida.

Pero nuestro Señor no quería una realeza basada en la economía de la abundancia. Llegar a ser rey era asunto de su Padre, y no de ellos. Su reinado sería de corazones y almas, no del aparato digestivo. Así el evangelio nos refiere que huyó a las montañas, Él solo, para escapar a la corona de oropel y a la espada de hojalata que querían ofrecerle.

¡Cuán cerca estaban de la salvación aquellas masas! Querían vida; Él quería darles *vida.* La diferencia estribaba en la interpretación que ellos daban a esta palabra. ¿Es acaso propio de Cristo granjearse seguidores por medio de elaborados programas sociales? Esto es una forma de vida. ¿O es propio de Cristo enajenarse a todos los que sólo piensan en el estómago, a cambio de ganar a los pocos que tienen fe, a los cuales será dado el pan de vida y el vino que engendra vírgenes? A partir de aquel día Cristo jamás ganó a las masas; dentro de veinte días éstas vociferarían: «¡Crucifícale!» cuando Pilato les dijera: «Mirad a vuestro rey». Cristo no puede tener a todo el mundo unido a Él; la culpa es de Él, por ser demasiado divino, demasiado interesado en las almas, demasiado espiritual para la mayoría de los hombres.

Aquel día se enajenó también un segundo grupo, a saber, la minoría, o los guías intelectuales y religiosos. Le aceptarían como un reformador suave y amable que no dejara las cosas de modo diferente de como estaban; pero, al llegar a decirles que daría su propia vida de un modo más íntimo que como la madre da la vida a su hijo con la leche de su pecho, aquello era ya demasiado. Así nos dice el evangelio:

> Muchos de sus discípulos, al oír esto, dijeron: «¡Dura es esta palabra! ¿Quién puede oírla?»
>
> Jn 6, 60

> Por esto muchos de sus discípulos se volvieron atrás, y ya no andaban con Él.
>
> Jn 6, 66

Ciertamente, nuestro Señor no les habría permitido que se marcharan si no hubieran comprendido lo que Él les decía: que nos daría su propia vida para que nosotros pudiéramos vivir. Sólo podía tratarse de que,

entendiéndolo rectamente, no pudieran tragar aquella verdad. Y por esto consintió que se fueran. Cuando se iban, Él les dijo.

> ¿Esto os escandaliza? ¿Pues qué, si vierais al Hijo del hombre subir a donde antes estaba?

Jn 6, 23

Por supuesto, estaba probando la fe de ellos. ¿No tienen los hombres razón para pensar? ¿Qué era lo que Él estaba esperando que creyeran? ¿Que era Dios? ¿Que cada una de las palabras que decían era la Verdad absoluta? ¿Que a las almas hambrientas les daría la misma vida divina que ahora estaban contemplando con sus ojos? ¿Por qué no olvidar este pan de vida y convertirlo en una figura del lenguaje? Así nuestro Señor los miraba marchar; y ellos nunca más volvieron. Algún día los encontraría azuzando a las masas contra Él; puesto que, aunque no todos le habían abandonado por la misma razón, todos ellos coincidían en que habían de alejarse de Él.

Al hablar del pan de la vida, Cristo perdió tanto el trigo como la paja. Pero ahora le llegaba la ruptura que le causó la mayor de todas sus aflicciones, una aflicción tan enorme que mil años antes había sido profetizada como una de las laceraciones humanas que habrían de torturar su alma: la pérdida de Judas. Muchos se extrañan de que Judas rompiera con nuestro Señor; piensan que fue solamente hacia el fin de la vida de nuestro Señor, y que fue solamente el amor al dinero lo que le impulsó a la ruptura. Cierto es que se trataba de avaricia, pero el evangelio nos refiere la asombrosa historia de que Judas rompió con nuestro divino Señor el día en que éste anunció que daría su carne para la vida del mundo. En medio de esta larga historia del cuerpo y la sangre de Cristo, el evangelio nos dice que nuestro Señor sabía quién era el que había de entregarle. Pará indicar que lo sabía, dijo:

> ¿No os escogí yo a vosotros, los doce? Y uno de vosotros es diablo.

Jn 6, 71

Esta promesa del pan celestial trastornó por completo a Judas, agrietó su alma, por así decirlo; y cuando el Maestro dio la eucaristía en la noche de la última cena, Judas quedó moralmente deshecho y le traicionó.

Ahora nuestro Señor estaba prácticamente solo. Solamente ciento veinte personas esperarían su Espíritu por Pentecostés. Había perdido a los tres tipos de personas: vio como las masas le abandonaban, la minoría se alejaba de su lado y Judas se preparaba para entregarle. Así se volvió al

único a quien había unido íntimamente consigo, a aquel cuyo nombre había Él cambiado de Simón en Pedro, o Roca, y le dijo:

> ¿No queréis iros vosotros también? Le respondió Simón Pedro: Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna; y nosotros hemos creído y conocido que tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo.

Jn 6, 67-69

Pero el corazón de Cristo tenía ya una cruz en él. Uno de sus doce apóstales era un traidor. La minoría, que estaba entre sí dividida, ahora se uniría para ir contra Él. Y los cinco mil que habían estado es contacto con su mano rehusaron estar en contacto con su corazón Las fuerzas se estaban aprestando para «la hora».

16. PUREZA Y PROPIEDAD

Al comienzo de su vida pública, la intención de nuestro Señor era, mediante sus milagros, enseñanza y cumplimiento de las profecías, tener a sus apóstoles tan adictos a su persona, que pudiera contrarrestar la presión del exterior *y* la natural rebelión de la carne contra El mismo, como siervo sufriente. Pero incluso después de haber llegado a serle adictos y haberle aceptado como Mesías e Hijo de Dios, retrocedían ante la idea de la crucifixión, a pesar de que Él les había dicho que iría seguida de la resurrección. Eran como pequeños indios, cada uno de los cuales quería ser el jefe. La oscuridad en que los sumió la muerte del Maestro fue otra prueba de lo poco preparados que estaban para el escándalo de la cruz. Nada tiene, pues, de extraño que nuestro Señor no les hablara de la cruz más a menudo, puesto que lo poco que oyeron de ella no quisieron oírlo o lo entendieron mal.

> Tengo todavía muchas cosas que deciros, mas ahora no podéis llevarlas.
>
> Jn 16, 12

Con objeto de preparar sus almas, y también para indicarles las condiciones bajo las cuales otras personas entrarían en su reino, el Salvador se extendió, entre otras cosas, de un modo particular en el tema concerniente a la pureza y la propiedad. El sexo desordenado se convertiría en lujuria; el deseo desordenado de propiedad o de poseer bienes se convertiría en avaricia.

Pureza

Este tema fue suscitado cuando los fariseos fueron a preguntarle si era correcto que un hombre despidiera a su mujer por alguno u otro motivo. La razón por la cual los fariseos plantearon esta cuestión era la de una disputa existente entre dos escuelas rivales de teología judaica, a

saber, la escuela de Hillel y la de Shannai. Una de estas escuelas sostenía que podía concederse el divorcio por fútiles razones; la otra exigía que hubiera pruebas de pecado grave antes de que se diera la aprobación al divorcio. La cuestión estaba siendo más complicada por el hecho de que en aquellos días el divorcio era cada vez más frecuente; los romanos, que eran los amos del país, lo practicaban abiertamente y sin rebozo. Además, Herodes, el gobernante del país dominado por Roma, estaba viviendo con la mujer de su hermano y había mandado dar muerte a Juan Bautista.

Nuestro divino Salvador respondió de una manera que corroboraba lo que ya había dicho en el monte, y también lo que había sido en un principio, en lo que atañe a las relaciones entre marido y mujer.

> Así que ya no son dos, sino una misma carne; por tanto, lo que Dios juntó en uno, no lo separe el hombre.
>
> Mt 19, 6

Al oír los discípulos las observaciones hechas por nuestro Señor sobre este asunto —aunque quizás algunos de ellos estaban casados, incluyendo con seguridad a Pedro—, pasaron al extremo opuesto, llegando a esta conclusión:

> Si así es la condición del hombre con su mujer, no conviene casarse.
>
> Mt 19, 11

Aquí nuestro Señor les respondió diciendo que, debido a que hay dificultades en algunos matrimonios, ha de haber otros que con su abnegación compensen dichos excesos. Si hay excesos de la carne, ha de haber personas que renuncien incluso a los placeres legítimos de la carne; si hay desórdenes en la ambición de bienes materiales, ha de haber quienes quieran practicar voluntariamente la pobreza; si hay personas orgullosas, tiene también que haber otras que ni siquiera insistan en hacer valer sus derechos y hagan reparación por los actos ajenos de orgullo mediante su propia humildad.

Nuestro Señor dijo a los apóstoles que no había que imaginar que fuera mejor no casarse. Más bien fue esto lo que les dijo:

> No todos comprenden este lenguaje, sino aquellos a quienes es dado. Pues eunucos hay que nacieron así desde el seno de sus madres; y eunucos hay que fueron hechos eunucos por los

hombres; y hay eunucos que a sí mismos se han hecho eunucos por causa del reino de los cielos. Quien pueda entender, entienda.

Mt 19, 11 s

El celibato se recomienda como medio de vida más sabio, pero no se exige de la mayoría. Más adelante, Pedro dejó a su esposa con objeto de predicar el evangelio. Cuando nuestro Señor recomendaba el celibato, era muy probable que los discípulos no pensaran que esto se aplicara a ellos mismos, sino que más bien debieron de oponer objeciones a la severidad de la doctrina del Maestro alegando que apartaría del matrimonio a muchas personas. La respuesta que les da el Maestro revela que ellos comprendían el alcance de sus palabras. Su error consistía en no comprender qué sacrificios extremos iba a proponer Él a los hombres por causa del reino. El mismo fundador de la sociedad humana, el mismo que conocía los imperativos del impulso sexual en los hombres, admitirá que unos pocos quieran mantenerse célibes. Algunos nacen eunucos; otros, como Orígenes, se castraron voluntariamente a sí mismos, se hicieron eunucos erróneamente; pero existe una tercera clase, la de aquellos que, no por algún acto físico, sino por un acto de voluntaria renunciación y abnegación, han dejado de lado el placer de la carne para buscar los goces del espíritu; a éstos es a quienes llamó eunucos por causa del reino de los cielos.

Más adelante escribió san Pablo, al oír hablar de esta doctrina:

Yo quisiera que estuvieseis sin inquietudes. El que no es casado, se afana, por las cosas de Dios, pensando en cómo agradar a Dios; mas el que es casado, se afana por las cosas del mundo, pensando en cómo agradar a su mujer.

1 Cor 7, 32 s

El matrimonio es algo honroso; en ningún momento dijo el Señor que borrara el sentido espiritual o las relaciones del hombre con Dios; pero en el celibato o en la virginidad el alma escoge a Él como amante exclusivo.

Propiedad

Del mismo modo que el sexo es un instinto dado por Dios para la perpetuación del linaje humano, así el deseo de adquirir bienes como prolongación del propio yo es un derecho natural sancionado por la ley natural. Una persona es libre interiormente porque puede decir que su alma

le pertenece; es libre externamente porque puede decir que lo que posee le pertenece. La libertad interna se basa en el hecho de que «yo soy»; la libertad externa se basa en el hecho de que «yo tengo». Pero de la misma manera que los excesos de la carne producen la lujuria, ya que la lujuria es el sexo desordenado, puede haber también un desorden en el deseo de propiedad, hasta convertirse en codicia, avaricia y agresión capitalista.

Con el propósito de expiar, reparar y compensar el exceso de avaricia y egoísmo, nuestro Señor dio ahora una segunda lección de interés a sus discípulos. La ocasión de la primera lección la facilitó una pregunta que los fariseos hicieron acerca del matrimonio; la ocasión de la segunda lección la ofreció una pregunta formulada por un joven rico. Nuestro Señor tenía la oportunidad de conquistarlo como discípulo suyo, pero lo perdió tan pronto como le habló de la cruz. El joven quería saber el precio de ser discípulo de Jesús, pero le pareció excesivo. Este joven era rico y, además, funcionario de la sinagoga. El deseo de asociarse con nuestro Señor lo revela el hecho de que corrió tras Él y cayó a sus pies. No podía haber duda de la rectitud de aquel joven; la pregunta que hizo fue la siguiente:

> Maestro bueno, ¿qué cosa buena debo hacer para tener vida eterna?
>
> Mt 19, 16

A diferencia de Nicodemo, no vino de noche, sino que abiertamente proclamó la bondad del Maestro. El joven creía no estar muy lejos de alcanzar la vida eterna, y que lo único que le faltaba era un poco más de instrucción y doctrina. El Señor aludió en su respuesta al hecho de que las personas sabían bastante, pero no siempre era bastante lo que hacían. Y para que el joven no se quedara con alguna idea incompleta acerca de la bondad, le preguntó:

> ¿Por qué me llamas bueno? Ninguno es bueno, sino uno solo: Dios
>
> Mc 10, 18

Nuestro Señor no estaba poniendo reparos a que se le llamara bueno, sino a que se le considerara meramente un buen maestro. El joven se había dirigido a Él como a un gran maestro, pero todavía considerándole simplemente como un hombre; había admitido la bondad, pero todavía al nivel de la bondad humana. Si Él hubiera sido simplemente un hombre, el título de la bondad esencial no le habría correspondido. En su respuesta se escondía una afirmación de su divinidad; sólo Dios es bueno. Estaba, por

tanto, invitando al joven a que proclamara en voz alta: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo».

El joven admitió que había guardado los mandamientos desde su infancia. Entonces nuestro Señor fijó en él su mirada y concibió un tierno afecto hacia aquel joven.

Cuando éste preguntó:

> ¿Qué más me falta?

Mt 19, 20

Nuestro Señor le respondió:

> Si quieres ser perfecto, vete, vende lo que tienes y dalo a los pobres, y tendrás un tesoro en el cielo; y ven, sígueme.

Mt 19, 21

En estas palabras no se condenaba en modo alguno la riqueza, como tampoco se había condenado anteriormente el matrimonio; pero existía una perfección superior a la meramente humana. Del mismo modo que un hombre podía dejar a su esposa, podía también dejar su propiedad. La cruz exigiría que las almas cedieran lo que más habían amado en vida y se contentaran con el tesoro que hallarían en manos de Dios. Puede que alguien pregunte por qué pedía el Señor semejante sacrificio. El Salvador permitió a Zaqueo, el recaudador de impuestos, que conservara la mitad de sus bienes; a José de Arimatea, después de la crucifixión, se le designa como un hombre rico; los bienes de Ananías eran de su propiedad; nuestro Señor comió en la casa de sus amigos ricos de Betania. Pero ahora se trataba de un joven que estaba preguntando qué faltaba todavía en el camino de la perfección. Al proponerle el Señor el camino ordinario de la salvación, es decir, el de guardar los mandamientos, el joven no se dio por satisfecho. Buscaba algo que fuese más perfecto; pero cuando se le propuso el camino perfecto, es decir, la renunciación,

> El joven se fue triste; porque tenía grandes posesiones.

Mt 19, 22

En el amor a Dios existen grados; un grado común y otro heroico. El común consistía en guardar los mandamientos; el heroico era la renunciación, tomar la cruz de la pobreza voluntaria. El deseo de perfección que animaba al joven se desvaneció; conservó sus bienes, pero perdió al que le habría dado la cruz; y aunque el joven conservó sus posesiones, se alejó en actitud triste.

Cuando el joven se hubo marchado, dijo nuestro Señor a los apóstoles:

> ¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas!... Más fácil le es a un camello entrar por el ojo de una aguja, que a un rico entrar en el reino de Dios.

Me 10, 23-25

Nuestro Señor se volvió entonces a sus seguidores, a los que había llamado al camino de la perfección, y utilizó este incidente para hablarles de las virtudes de la pobreza. Así como anteriormente se habían estado preguntando los discípulos si era conveniente que alguien se casara, ahora se estaban preguntando si habría alguien que pudiera salvarse. Los discípulos estaban «atónitos», y por ello preguntaron:

> ¿Quién, entonces, podrá salvarse?

Mc 10, 26

Uno se pregunta cuáles debían ser entonces las ideas que cruzaban por la mente de uno de los discípulos, el cual incluso en aquellos momentos estaba ya sisando de la bolsa en que se guardaba el dinero destinado a los pobres. Los discípulos eran aquellos que, por lo menos de una manera implícita, habían asociado las riquezas con las bendiciones del cielo, de la misma manera que en la historia moderna no faltan quienes consideran la prosperidad económica de una nación como indicio de que goza del favor del cielo. Los ricos prosperan, se dice, porque Dios les ha concedido su bendición, y los pobres se hunden porque Dios no los favorece. Ahora, al decir que la riqueza constituía un obstáculo para entrar en el reino de Dios, aparecía en otra forma el «escándalo de la cruz». Los apóstoles sabían que habían abandonado sus barcas de pesca y sus redes, pero aún no se sentían bastante liberados de la avaricia para que pudieran ser salvos. Este aguijón que sentían en su conciencia era lo que los impulsaba a preguntarse quién se salvaría, de la misma manera que cada uno de ellos preguntaría en la noche de la última cena: «¿Acaso soy yo?», refiriéndose a quién traicionaría a Jesús. Cuando los ojos del Maestro se posaban en ellos, ellos se hacían preguntas en relación con el estado de sus almas. Pero el divino Maestro no les decía que se juzgaban a sí mismos con demasiado rigor. En respuesta a su pregunta acerca de la salvación,

> Fijando Jesús con ellos la vista, les dijo: Para los hombres esto es imposible; mas para Dios todas las cosas son hacederas.

Mt 19, 26

Por el hecho de que un camello no pueda pasar por el ojo de una aguja, habría sido demasiada severidad afirmar que la misma posibilidad existía en el camino de la salvación humana, puesto que siempre existe la posibilidad divina.

Entonces, actuando Pedro nuevamente como portavoz de los apóstoles, pidió al Maestro que les aclarara un poco más este problema económico de entregar la propiedad de uno. Había oído hablar a nuestro Señor de lo grande que era el galardón reservado a los que le seguían. Sabiendo que habían dejado su negocio de la pesca con objeto de seguirle, Pedro le hizo esta pregunta:

> He aquí que nosotros lo hemos dejado todo, y te hemos seguido, ¿qué, pues, tendremos nosotros?

Mt 19, 27

Evidentemente, los apóstoles no habían dejado tanto como lo que podía haber dejado aquel joven rico; pero lo que importa no es la cantidad, sino el hecho de que se abandone cuando se posee. La caridad no ha de medirse por la cantidad que uno entrega, sino por aquello a que uno renuncia. En ambos casos, todos habrían renunciado a cuanto poseían. Los que escogen a Cristo deben escogerle por Él mismo, no pensando en ninguna recompensa. Cuando se hubieron comprometido completamente a seguirle fue cuando Él les habló de compensación. Les había recomendado la cruz; ahora les hablaría de la gloria que sería consecuencia inevitable de ella:

> En verdad os digo que vosotros que me habéis seguido, cuando en la regeneración el Hijo del hombre se siente sobre el trono de su gloria, vosotros también os sentaréis sobre doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel.

Mt 19, 28

Los invitó a que esperaran una gran regeneración, un nuevo orden divino de cosas. El Hijo del hombre, que tendría la cruz en la tierra, poseería la gloria en el cielo.

En cuanto a ellos, serían las piedras fundamentales de este nuevo orden. Israel había sido fundado en los doce hijos de Jacob; así también este nuevo orden sería fundado a base de aquellos doce apóstoles que todo lo habían dejado para seguirle. En este nuevo reino se les daría una gloria

particular como patriarcas de dicho nuevo orden. Juan, que se hallaba presente en aquellos momentos, escribiría más adelante:

> Y el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y en ellos los nombres de los doce apóstoles del Cordero.

Apoc 2i, 14

Desarrollando más la idea de la recompensa que había de darse a los que abandonaran sus bienes, Jesús añadió:

> En verdad os digo que ninguno hay que haya dejado casa o hermanos, o hermanas, o padre, o madre, o mujer, o hijos, o tierras, por mi causa y el evangelio, que no reciba cien veces tanto ahora en este tiempo, casas y hermanos, y hermanas, y madre e hijos, y tierras con persecuciones; y en el siglo venidero vida terna.

Mc 10, 29-31

En la lista de los galardones se incluyen las persecuciones, no como si.se tratara de una pérdida, sino de una ganancia. La céntuple recompensa no vendría tanto a pesar de la persecución como debido a ella. Si eran fieles hasta la muerte, recibirían la corona de la vida; ya que las tribulaciones de este mundo no podían compararse con los goces venideros. Así, el Maestro marcaba como con fuego el Calvario en la carne y en las posesiones de ellos, diciéndoles que abandonaran las cosas que los demás querían retener. A Pedro, que había preguntado qué se le daría a cambio de haber dejado su barca de pescador, se le acababa de decir que sería el timonel en la nave de la Iglesia. Pero aquel día en que nuestro Señor habló de bendiciones y puso a las persecuciones en medio de éstas, Pedro recibió una lección que no olvidaría jamás. Más adelante, entre gozos y tribulaciones, escribiría:

> Si sois vituperados por el nombre de Cristo, bienaventurados sois; porque el espíritu de gloria y de Dios descansa sobre vosotros.

1 Petr 4, 14

17. EL TESTIMONIO DE NUESTRO SEÑOR CONCERNIENTE A SÍ MISMO

Cuanto más una persona se aproxima a Dios, tanto más insignificante se siente. Un cuadro muestra menos defectos a la luz de una vela que ante la clara luz del sol; así las almas que se hallan algo distanciadas de Dios creen estar más seguras de su propia integridad moral que aquellas otras que se encuentran más cerca de Él. Aquellos que dejaron las luces y fulgores del mundo y durante años recibieron la irradiación de la luz divina son quienes han creído estar más abrumados por el peso de los pecados. San Pablo, que tanto edificó a las almas, se llamaba a sí mismo «el principal de los pecadores». En presencia de la más santa de las criaturas, el alma se convierte en su, propia acusadora y siente su corazón quebrantado por el peso de los propios defectos. De la misma manera que los malvados advierten más intensamente su culpa en presencia de un niño inocente que en compañía de los que son tan malvados como ellos mismos, así el que ama a Dios es quien más profundamente se siente abrumado por la sensación de la propia indignidad.

Pero nuestro Señor Jesucristo, que afirmaba su unidad con Dios, jamás confesó ser culpable de pecado o poseer alguna imperfección. En vano puede atribuirse esto a obcecación moral, ya que tan sagaz era el análisis que Él hacía del pecado en otras personas. ¿Qué hombre existe en el mundo que pudiera enfrentarse con tanta audacia a las grandes muchedumbres y decir esto?:

> ¿Quién de vosotros me convence de pecado?
>
> Jn 8, 46

Aunque nuestro Señor se juntó con los pecadores, jamás hubo la menor sospecha contra su inocencia inmaculada. Dijo a sus discípulos que rezaran: «perdona nuestras culpas», pero ni siquiera en su última agonía se vio precisado a pronunciar tal oración. Perdonó los pecados de otros *en su*

nombre: «perdonados te son tus pecados», y, con todo, nunca pidió Él perdón. Les lanza un reto: «Si no podéis descubrir una mancha en mi escudo de armas, entonces creedme con verdad.»

Por ser limpio de todo pecado, reclama para sí a toda la humanidad, hasta el punto de llamarse a sí mismo «la luz» de un mundo en tinieblas:

> Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas; mas tendrá la luz de la vida.
>
> Jn 8, 12

Obsérvese que la luz del mundo no es su doctrina, sino más bien su persona. De la misma manera que sólo hay un sol para alumbrar el mundo físicamente, así Él afirmaba que era la única luz del mundo en un sentido espiritual; sin Él, todas las almas quedarían sumidas en tinieblas. Así como en una habitación no se ve el polvo que hay en ella hasta que se hace entrar la luz, tampoco puede nadie conocerse a sí mismo hasta que esta Luz le revela su verdadera condición. El que no hubiera sido más que un hombre bueno nunca habría podido pretender ser la Luz del mundo, ya que no habría podido desembarazarse de alguna de las faltas y defectos inherentes incluso a la mejor de las naturalezas humanas. Buda escribió un código que él dijo había de ser útil para guiar a los hombres en las tinieblas, pero jamás tuvo la pretensión de ser la Luz del mundo. El budismo nació de un sentimiento de decepción ante el mundo, cuando el hijo de un príncipe abandonó a su mujer y a su hijo, volviéndose de los placeres de la existencia a los problemas de la existencia. Quemado por los fuegos del mundo, con los sentidos cansados, Buda se volvió a los problemas éticos.

Pero nuestro Señor jamás tuvo este hastío del mundo. Si era la Luz, no era debido a que se hubiera herido al tropezar en la oscuridad. Mahoma admitió a la hora de su muerte que él no era ninguna luz del mundo, sino que dijo: «Temeroso, suplicante, en busca de refugio, débil y necesitado de misericordia, confieso mi pecado ante ti, presentando mi súplica como el pobre suplica al hombre rico». Confucio estaba tan oscurecido por la sombra del pecado, que jamás tuvo aquella misma pretensión de ser la luz del mundo. Admitió que:

> No he podido practicar la virtud como es debido, no he podido expresar o realizar como es debido lo que había aprendido, no he podido cambiar lo que estaba mal... y esto es lo que siento... En conocimiento sea yo tal vez igual que otros hombres, pero no he podido convertir en acto la esencia de lo que es noble.

Antes de morir, dijo Buda a Ananda, su discípulo predilecto:

> Las doctrinas y las leyes, oh Ananda, que te he enseñado y proclamado, *ellas* serán tu maestro cuando yo te haya abandonado.

Nuestro Señor abandonó el mundo sin dejar ningún mensaje escrito. Su doctrina era Él mismo. La verdad que los demás maestros de moral proclamaban, y la luz que dieron al mundo, no estaba *en* ellos, sino *fuera* de ellos. Sin embargo, nuestro divino Señor identificó la sabiduría divina con Él mismo. Era la primera vez en la historia que esto sucedía, y nunca ha vuelto a suceder desde entonces.

Esta identificación de su personalidad con la sabiduría la amplió incluso cuando dijo:

> Yo soy el camino, y la verdad y la vida; nadie viene al Padre sino por mí. Si me hubieseis conocido a mí, habríais conocido también a mi Padre.

Jn 14, 6 s

Esto equivalía a decir que sin el camino no hay modo de ir a ningún sitio; sin la verdad no es posible conocer; sin la vida no se puede vivir. El camino llega a ser amable cuando no se halla en códigos o mandamientos, cuando es personal. Como dijo Platón: «El Padre del mundo es difícil de descubrir, y cuando es descubierto no puede ser comunicado». La respuesta de Cristo a Platón podría haber sido: el Padre es difícil de descubrir, a menos que sea revelado por medio de la persona de su Hijo.

No cabe buscar primero la verdad y hallar luego a Cristo, del mismo modo que sería absurdo para buscar el sol ponerse a encender unas velas. De la misma manera que las verdades científicas nos ponen en relación inteligente con el cosmos, y que una verdad histórica nos pone en relación temporal con las vicisitudes de las civilizaciones, así Cristo nos pone en relación inteligente con Dios Padre; porque Él es la única palabra posible por la que Dios puede dirigirse a un mundo de pecadores.

> Todas las cosas me han sido entregadas por mi Padre; y nadie conoce al Hijo, sino el Padre; ni al Padre conoce nadie, sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo quisiere revelarlo.

Mt 11, 27

La vida reside en Él en virtud de la eterna comunicación que tiene con su Padre. A todo aquel que le precedió y que vendrá después de Él mismo, Él lo compara con un ladrón y bandido de la humanidad.

> Yo soy la puerta de las ovejas. Todos cuantos vinieron antes que yo, ladrones eran y salteadores; mas no los oyeron las ovejas. Yo soy la puerta; por mí, si alguno entrare, será salvo; y entrará, y saldrá, y hallará pastos.

Jn 10, 7-10

Ningún otro hizo jamás de su personalidad la condición que habría de asegurar la paz o la vida eterna. Sin embargo, nuestro Señor identificó Su personalidad con una puerta. La puerta simboliza separación, porque por un lado se halla el mundo y por otro la casa; pero también es un símbolo de protección, hospitalidad, familia. Así como en la vieja ciudad de Troya no había más que una puerta, nuestro Señor dijo que Él es la única puerta que lleva a la salvación. Estando unida a Él, le dio el nombre de lugar de cita donde Él y las almas se encuentran en el éxtasis del amor. «Entrad y salid» parecería indicar una conjunción de la vida contemplativa con la vida activa, ya que una unión interior con Cristo se combina aquí con la obediencia práctica en el mundo de la acción.

No sólo se identificó nuestro Señor a sí mismo con toda la verdad y la vida, sino que manifestó incluso su pretensión de juzgar al mundo, algo que ningún ser meramente humano podría hacer jamás. Dijo que, como juez de todos, volvería un día sentado en un trono de gloria y asistido por los ángeles para juzgar a todos los hombres conforme a sus obras. La imaginación se resiste a pensar en ningún ser humano que fuera capaz de penetrar en los recovecos de todas las conciencias para extraer de ellas los motivos ocultos y proceder a juzgar por toda la eternidad. Pero este juicio final estaba muy lejos y oculto a los ojos de los hombres. Habría un símbolo o un ensayo del juicio final consistente en la destrucción de la ciudad de Jerusalén, que se cumpliría antes de que hubiera pasado la generación que vivía en los días del Cristo. Sería asimismo un preludio de la destrucción final que tendría efecto en el último día, cuando el reino de Dios sería establecido en su eterna y gloriosa fase. Hablando del fin del mundo, dijo:

> Y entonces aparecerá en el cielo la señal del Hijo del hombre; y se lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y grande

> gloria; y enviará sus ángeles con gran estruendo de trompeta, de los cuatro vientos, de un cabo del cielo hasta el otro, juntarán a sus escogidos.
>
> Mt 24, 30 s

Cuando venga para juzgar no será simplemente en el área limitada de la tierra en la que actuó y se reveló, sino más bien en todas las naciones e imperios del mundo. El tiempo de su venida lo conoce, no como hombre, sino como Dios solamente. No hablará de ello salvo para advertir que será una venida repentina, semejante a un relámpago. Vino la primera vez como «varón de dolores»; luego vendrá en toda su gloria. Los atributos de su humanidad sufriente serán necesarios para que pueda ser identificado. De ahí que después de su resurrección conservará las señales de sus llagas. Con Él estarán los ángeles, y todas las naciones serán divididas en dos clases: ovejas y cabras. De la misma manera que dividió a las personas de la tierra en dos clases, los que le odiaban y los que le amaban, los dividirá entonces. «Yo soy el buen Pastor», dijo de sí mismo. Éste es el título que vindicará en el último día al separar de entre las cabras su rebaño de ovejas.

Las ovejas oirán entonces que se las alaba por el servicio de amor que le prestaron, aun cuando este servicio haya sido inconsciente. Hay más personas que le aman y le sirven de lo que uno podría suponer. Probablemente los más sorprendidos de todos serán los obreros sociales, quienes preguntarán: «¿Cuándo fue que te vimos hambriento?» Por otro lado, los malvados se darán cuenta de que le habían rechazado cuando se negaron a hacer algo por sus semejantes en su nombre.

> Entonces se sentará sobre el trono de su gloria; y delante de Él serán juntadas todas las naciones; y apartará a los hombres unos de otros, como el pastor aparta las ovejas de los carneros; y pondrá las ovejas a su derecha, y los carneros a su izquierda. Entonces el rey dirá a los que estarán a su derecha: ¡Venid, benditos de mi Padre, recibid el reino destinado para vosotros desde la fundación del mundo! Porque tuve hambre, y me disteis de comer; tuve sed, y me disteis de beber; fui extranjero, y me hospedasteis; estuve desnudo, y me vestisteis; enfermo, y me visitasteis; estuve en la cárcel, y acudisteis a mí. Entonces los justos le responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, y te sustentamos; o sediento, y te dimos de beber? ¿Cuándo te vimos extranjero, y te hospedamos; o desnudo, y te

vestimos? ¿O cuándo te vimos enfermo, o en la cárcel, y acudimos a ti? Y les responderá el rey, diciendo: En verdad os digo, que en cuanto lo hicisteis a uno de los más pequeños de mis hermanos, a mí lo hicisteis. Entonces dirá también a los que estarán a su izquierda: ¡Apartaos de mí, malditos, en el fuego eterno, preparado para el diablo y sus ángeles! Porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui extranjero, y no me hospedasteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis. Entonces ellos también responderán, diciendo: Señor, ¿cuándo te vimos hambriento, o sediento, o extranjero, o desnudo, o enfermo, o en la cárcel, y no te hemos servido? Él entontes les responderá, diciendo: En verdad os digo, que en cuanto no lo hicisteis a uno de los más pequeños de éstos, ni a mí me lo hicisteis. Y éstos irán al suplicio eterno; pero los justos a la vida eterna.

Mt 25, 31-46

Estas palabras dan a entender que la filantropía posee más hondura de lo que generalmente se cree. Las grandes emociones de compasión y misericordia son huellas que conducen a Él; en las acciones humanitarias hay más de lo que sospechan los mismos que las realizan. Él identificó todo acto de amabilidad como una expresión de simpatía hacia Él mismo. Todas las amabilidades se efectúan en su nombre, ya de modo explícito, ya implícito; o se rechazan en su nombre, ya de una manera explícita, ya implícita. Mahoma dijo que había que dar limosna, pero no *en su nombre.* Nuestro Señor puso, en cambio, esta condición, la cual no habría tenido ningún valor si Él hubiera sido simplemente un hombre. Además, sólo una voluntad omnisciente podría juzgar los motivos de toda filantropía para decidir lo que era caridad y lo que era vanidad. Él dijo que lo haría, y con la finalidad de que las repercusiones de tal juicio fueran eternas. El que era el Redentor dijo que sería también el Juez, y resulta hermosa disposición de la providencia que el Juez y el Redentor coincidieran en una misma persona.

Cuando se tiene en cuenta que en muchas ocasiones insistió en su divinidad, como, por ejemplo, al reclamar que se le amara más que a los padres, que se tuviera fe en Él incluso en los momentos de persecución, que se estuviera dispuesto a sacrificar el cuerpo para salvar el alma en unión con Él, se comprende entonces que llamarle hombre bueno es ignorar por completo la realidad de los hechos. Ningún hombre es bueno si

no es humilde; y la humildad es reconocer la verdad referente a uno mismo. Un hombre que se cree más grande de lo que es en realidad no es humilde, sino un necio vanidoso y fanfarrón. ¿Cómo puede un hombre reclamar prerrogativas sobre la conciencia, sobre la historia, sobre la sociedad y el mundo, y pretender al mismo tiempo ser «manso y humilde de corazón»? Pero si es Dios a la par que hombre, entonces su modo de hablar encaja perfectamente con la realidad de las cosas y todo cuanto dice resulta inteligible. Pero si no es lo que pretendía ser, entonces algunos de sus dichos más preciosos no son otra cosa que explosiones hinchadas de adulación de sí mismo que más bien respiran el espíritu de Lucifer que el de un hombre bueno. ¿De qué le sirve proclamar la ley de la abnegación, si Él mismo renuncia a la verdad al llamarse Dios? Incluso el sacrificio de la cruz se vuelve sospechoso cuando va acompañado de una impostura realmente infernal. No podría llamársele siquiera maestro sincero, ya que ningún maestro sincero permitiría que nadie le atribuyera la pretensión de compartir la categoría y el nombre del gran Dios de los cielos.

El dilema que se nos presenta es: o la hipótesis de culpable falta de sinceridad o el hecho de que Él ha dicho literalmente la verdad y, por lo tanto, hay que aceptar su palabra. Es más fácil creer que Dios realizó sus obras de milagro y misericordia en su divino Hijo sobre la tierra, que cerrar los ojos del alma ante el punto más brillante de la historia humana y, de este modo, sumirse en la desesperación. Ningún ser humano que hubiera hecho las afirmaciones que Él hizo concernientes a sí mismo podría ser una buena persona, sino más bien una persona soberbia y blasfema. En vez de hallarse por encima de la moralidad de sus seguidores que a sí mismos se dan el nombre de cristianos, habría estado infinitamente por debajo del nivel de los peores de ellos. Es más fácil creer lo que de sí mismo Él dijo, a saber, que Él es Dios, que explicar cómo pudo el mundo haber tomado como modelo a un embustero de tal calaña como para querer imponer semejante impostura, o un despreciable fanfarrón. El carácter humano de Jesús es una manifestación de su naturaleza divina debido únicamente al hecho de que Jesús es Dios.

No nos cabe más que una de estas dos soluciones: o lamentar su locura, o adorar su persona; pero no podemos quedarnos con la suposición de que era un profesor de cultura ética. Más bien podríamos decir, con Chesterton: «Esperad que la hierba se marchite y los pájaros caigan muertos desde el aire, así que diga tranquilamente un vagabundo aprendiz de carpintero, con gran desenfado: “Antes de que existiera, yo soy”». El soldado romano, que tenía sus propios dioses y estaba familiarizado con la

guerra y la muerte, halló la respuesta durante la crucifixión, cuando su razón y su conciencia le dictaron esta verdad:

Verdaderamente, éste es el Hijo de Dios.

18. LA TRANSFIGURACIÓN

Tres escenas importantes en la vida de nuestro Señor tuvieron efecto en las montañas. En una de ellas predicó las bienaventuranzas, la práctica de las cuales acarrearía la cruz de parte del mundo; en la segunda manifestó la gloria que aguardaba detrás de la cruz; en la tercera se ofreció a sí mismo a la muerte como preludio de su gloria y la de todos aquellos que habrían de creer en su nombre.

El segundo incidente ocurrió sólo unas pocas semanas antes del acontecimiento del Calvario, cuando llevó a una montaña a sus discípulos Pedro, Santiago y Juan; Pedro, la «Roca»; Santiago, el destinado a ser el primero de los apóstoles mártires, y Juan, el visionario de la futura gloria del Apocalipsis. Estos tres se hallaban presentes en el momento en que Jesús resucitó de entre los muertos a la hija de Jairo. Los tres necesitaban aprender la lección de la cruz y rectificar su falsa concepción del Mesías. Pedro había protestado con vehemencia contra la cruz, mientras que Santiago y Juan habían ambicionado un trono en el futuro reino de los cielos. Los tres dormirían más adelante en el huerto de Getsemaní, durante la agonía del Señor. Para creer en su Calvario tenían que ver la gloria que resplandecía detrás del escándalo de la cruz.

En la cima de la montaña, después de orar, se transfiguró ante ellos cuando la gloria de su naturaleza divina atravesó los hilos de su ropaje terreno. No era tanto una luz que brillaba desde fuera como la belleza de la divinidad que refulgía desde dentro. No se trataba de la plena manifestación de la divinidad, que ningún hombre podía contemplar sobre la tierra, ni tampoco era su cuerpo glorificado, puesto que aún no había resucitado de entre los muertos, pero poseía una propiedad de gloria. Su pesebre, su oficio de carpintero, el oprobio recibido de sus enemigos fueron para Él otras tantas humillaciones, pero adecuadamente estuvo acompañada cada una de ellas de epifanía de gloria cuando los ángeles

cantaron en su nacimiento y se oyó la voz del Padre durante el bautismo en el Jordán.

Ahora que se está acercando al Calvario, una nueva gloria le circunda. Nuevamente la voz le inviste con los ropajes del sacerdocio, para ofrecer el sacrificio. La gloria que brilló a su alrededor, como al Templo de Dios, no era algo con que estuviera investido externamente, sino más bien expresión natural de la hermosura inherente a aquel «que bajó del cielo». El milagro no era aquella radiación momentánea de su persona, sino más bien el hecho de que en el resto del tiempo aquella radiación estuviera reprimida. De la misma manera que Moisés, después de haber hablado con Dios, puso un velo sobre su rostro para ocultarlo a la vista del pueblo de Israel, así había velado Cristo su gloria a los ojos de la humanidad. Pero por aquellos breves instantes apartó el velo para que aquellos tres hombres pudieran contemplar su aspecto glorioso; y la radiación de aquella gloria fue la proclamación provisional del Hijo de la Justicia a todos los ojos humanos. A medida que la cruz se aproximaba, su gloria iba en aumento. Así, es posible que la venida del Anticristo, o la crucifixión final de la buena voluntad, vaya acompañada de una gloria extraordinaria de Cristo en sus miembros.

En el hombre, el cuerpo es una especie de jaula del alma. En Cristo, el cuerpo era el templo de la Divinidad. En el jardín del Edén, sabemos que el hombre y la mujer estaban desnudos, pero no sentían vergüenza. Ello es debido a que antes del pecado la gloria del alma atravesaba el cuerpo y le brindaba una especie de ropaje. De la misma manera, en la transfiguración la Divinidad brillaba a través de la naturaleza humana. Probablemente esto era para Cristo algo más natural que aparecer con otro aspecto, es decir, sin aquella gloria.

> Y mientras oraba, el aspecto de su rostro se hizo otro, y sus vestiduras se tornaron blancas y resplandecientes; y he aquí que dos hombres hablaban con Él, los cuales eran Moisés y Elías, que aparecieron en la gloria, y hablaban de su muerte, que había dé cumplirse en Jerusalén.

Lc 9, 29-31

El Antiguo Testamento estaba acercándose al Nuevo. Moisés, el promulgador de la ley; Elías, el principal de los profetas. Ambos fueron vistos brillando en la luz del mismo Cristo, el cual, como Hijo de Dios, fue quien dictó la ley y envió a los profetas. El tema de la conversación de Moisés, Elías y Cristo no era lo que éste había enseñado, sino su muerte de

sacrificio; esto era su deber como mediador, puesto que esta muerte de sacrificio era la consumación de la ley, los profetas y los eternos designios de Dios. Terminada su obra, Moisés y Elías señalaban hacia El para ver cumplida la redención.

Así se mantuvo en el propósito de ser «contado entre los transgresores», como Isaías había ya profetizado. Incluso en este momento de gloria, la cruz es el tema de la conversación con sus visitantes celestiales. Pero se trataba de una muerte vencida, de un pecado expiado y de una tumba vacía. La luz de gloria que envolvía la escena era un gozo igual al del «ahora ya puedo morir» que Jacob pronunció al ver a José, o como el *nunc dimittis* pronunciado por Simeón al ver al divino Niño. Esquilo, en su *Agamenón,* describe un soldado que regresa a su tierra natal después de la guerra de Troya, el cual en su alegría dice que siente deseos de morir. Shakespeare pone las mismas gozosas palabras en boca de Otelo después de los peligros de un viaje:

> Si ahora fuera preciso morir, sería éste el momento más dichoso; porque temo que mi alma posee ahora un gozo tan absoluto, que ninguna otra satisfacción como ésta le reserva el ignorado sino.

Pero en el caso de nuestro Señor, como dijo san Pablo, «teniendo el gozo puesto ante sí, padeció la cruz».

Lo que los apóstoles observaron como algo particularmente hermoso y resplandeciente de gloria fueron su faz y su vestido; la faz, que más adelante quedaría teñida en la sangre que manaría de una corona de espinas; y sus vestiduras, que serían luego un ropaje de escarnio con que Herodes le vestiría para mofarse de Él. El vestido de luz gloriosa que ahora cubría su cuerpo se convertiría en desnudez cuando su cuerpo fuera tan cruelmente maltratado en otra montaña.

Mientras los apóstoles se hallaban contemplando aquella visión en lo que parecía ser el mismo vestíbulo del cielo, formándose una nube que los cubrió con su sombra.

> Y he aquí una voz de la nube que decía: ¡Éste es mi amado Hijo, en quien tengo mi complacencia! Oídle a Él.

Mt 17, 5

Cuando Dios hace aparecer una nube es para manifestar que existen límites qué al hombre no le es dado trasponer. En su bautismo, los cielos se abrieron; ahora, en la transfiguración se abrieron de nuevo para

presentar a Cristo como el mediador y para distinguirle de Moisés y de los profetas. Era el cielo mismo el que le estaba enviando, no la perversa voluntad de los hombres. En el bautismo, la voz del cielo era para Jesús mismo, y para los discípulos, en la colina de la transfiguración. Los gritos de «¡crucifícale!» habrían sido insoportables para los oídos de ellos si no hubieran sabido que era necesario que el Hijo padeciera. No era a Moisés y a Elías a quienes tenían que oír, sino a aquel que en apariencia moriría como un maestro cualquiera, pero que era más que un profeta. La voz daba testimonio de la unión inquebrantable e indivisa de Padre e Hijo; recordaba también las palabras de Moisés de que a su debido tiempo suscitaría Dios de entre el pueblo de Israel a uno igual a Él mismo, al cual ellos tendrían que oír.

Al despertar los apóstoles de aquella radiante visión, hallaron su portavoz, como casi siempre, en su compañero Pedro.

> Y sucedió que al tiempo que ellos se apartaban de Él, Pedro dijo a Jesús: Maestro, bueno es que nos estemos aquí. Hagamos, pues, tres enramadas: una para ti, otra para Moisés, y otra para Elías, sin saber lo que decía.

Lc 9, 33 ss

Una semana antes Pedro estaba tratando de encontrar un camino que condujera a la gloria sin necesidad de la cruz. Ahora imaginaba que la transfiguración era un buen atajo para llegar a la salvación, teniendo un monte de las Bienaventuranzas o un monte de la Transfiguración, sin el monte Calvario. Era la segunda vez que Pedro intentaba disuadir a nuestro Señor de ir a Jerusalén a ser crucificado. Antes del Calvario, fue el que hablaba en nombre de todos aquellos que quisieran entrar en la gloria sin tener que comprarla mediante la abnegación y el sacrificio. En su vehemencia, creía Pedro que la gloria que Dios hacía bajar del cielo y que los ángeles habían cantado en Belén podía establecer su tabernáculo entre los hombres sin necesidad de librar una guerra contra el pecado. Pedro olvidaba que, así como la paloma sólo después del diluvio pudo poner los pies en la tierra, también ahora la verdadera paz viene sólo después de la crucifixión.

Igual que un niño, Pedro trataba de capitalizar y hacer que fuera permanente aquella gloria transitoria. Para el Salvador, era una anticipación de lo que se reflejaba desde el otro lado de la cruz; para Pedro, era una manifestación de una gloria mesiánica terrena que era preciso almacenar y conservar. El Señor, que llamó a Pedro «Satán»

porque quería una corona sin una cruz, le perdonó ahora este sentimiento humano exento de cruz porque sabía que él «no sabía lo que decía». Pero, después de la resurrección, Pedro lo sabría. Entonces evocaría aquella escena con estas palabras:

> Con nuestros ojos hemos visto su majestad. Porque recibió de Dios Padre honra y gloria, cuando una voz descendió a Él desde el esplendor de la gloria, diciendo: Éste es mi amado Hijo, en quien tengo mi complacencia. Y esta voz la oímos nosotros enviada desde el cielo, estando con Él en el santo monte. Y también tenemos, más firme, la palabra profética; a la cual hacéis bien en estar atentos, como a una lámpara que luce en lugar tenebroso, hasta que el día esclarezca, y el lucero de la mañana nazca en vuestros corazones.

2 Petr 1, 16-20

19. LAS TRES DISPUTAS

Un Hombre-Dios que sufre constituye un escándalo. A los hombres no les gusta oír hablar de sus pecados y de la necesidad de expiarlos. De ahí que cada vez que Jesús sacaba a relucir la cuestión de la cruz y exhibía ante sus apóstoles la necesidad de ésta, ellos empezaran a luchar contra Él o entre sí. Todavía estaban obsesionados por la idea de que su reino sería político y no espiritual. Si tenía que subir al Calvario, entonces lo mejor para ellos era «cobrar» cuanto antes por medio de las recompensas o cargos y privilegios de que pudieran aprovecharse inmediatamente. Cuanto más explícito se mostraba el Maestro con respecto a la cruz, tanto más se suscitaban las ambiciones, las envidias y las animosidades de ellos.

Nada hay más hermoso en el carácter de nuestro Señor que la manera como fue preparando a sus apóstoles para recibir aquella lección tan difícil de asimilar, consistente en que una aparente derrota era la condición de la

victoria. ¡Cuán tardos eran para comprender las razones que Él les daba de por qué era necesario que padeciese! Nada tiene, pues, de extraño que nuestro Señor hablara tan pocas veces de una manera abierta acerca de su cruz y su resurrección, puesto que se trataba de algo que pocos podían comprender hasta que el hecho se consumara y el Espíritu de Cristo descendiera sobre sus seguidores. Muchas veces habló de su muerte de una manera velada; pero en tres ocasiones fue explícito en cuanto al propósito de su venida a este mundo:

1.ª Después de haber confesado Pedro su divinidad y de que se le hubiera conferido el poder de las llaves.

2.ª Después de la transfiguración, mientras se dirigían a Cafarnaúm.

3.ª En su último viaje a Jerusalén.

¡Pero qué extraño fue el modo de reaccionar por parte de sus apóstoles! Era como si del naufragio de su reino quisieran salvar para sí mismos algunos restos de poder y autoridad. Lo que más apartado se hallaba de su mente era que la cruz fuese la condición indispensable para el establecimiento de su reino.

La primera disputa: Cesarea de Filipos

Cuando nuestro Señor llegó a aquella ciudad, la más septentrional de Tierra Santa, medio judía, medio pagana, habló de la Iglesia que iba a fundar. Pero antes de ello había de explicar la forma de gobierno con que pensaba regirla. Esta forma sería triple: democrática, aristocrática y teocrática. La forma democrática es aquella en la que la autoridad y la verdad se deciden por medio de un voto o una mayoría aritmética; la aristocrática es aquella en la que la autoridad deriva de una minoría selecta; la teocrática es aquella forma en la cual Dios mismo procura la revelación y la verdad y las orienta de modo conveniente.

Apelando primero a la forma democrática, preguntó a los apóstoles cuál era la opinión popular general concerniente a Él. Si se hubiera realizado una encuesta o una votación basada en los febriles juicios de los hombres, ¿qué habrían respondido a esta pregunta?

¿Quién dicen los hombres que es el Hijo del hombre?

Mt 16, 13

Lo incapaces que son los hombres de ponerse de acuerdo en lo referente a la divinidad de Cristo, se manifestó en la respuesta de los apóstoles:

Unos, Juan Bautista; otros, Elías; y otros, Jeremías, o alguno de los profetas.

Mt 16, 14

La opinión humana sólo puede dar respuestas contrarias y contradictorias. Las cuatro opiniones populares muestran que nuestro Señor gozaba de una elevada reputación entre sus semejantes, pero que ninguno de ellos le había reconocido por quien realmente era. Herodes Antipas imaginaba que nuestro Señor estaba animado por el espíritu de Juan Bautista; otros pensaban que era Elías, porque este profeta había sido arrebatado a los cielos; y otros creían que era Jeremías, porque algunos decían que éste había de venir como precursor del Mesías.

Puesto que no podía fundarse ninguna Iglesia sobre una confusión de este género, nuestro Señor se volvió ahora hacia la forma aristocrática de gobierno al preguntar a sus escogidos, su pequeño parlamento, su partido apostólico, cuál era su opinión.

Pero vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Mt 16, 15

La llamada se hacía a todos los que habían escuchado sus enseñanzas, visto sus milagros y sido incluso bendecidos con el poder de obrar milagros sobre otros. Este alto parlamento no respondió, en parte porque no podían ponerse de acuerdo; y durante cinco minutos estuvieron discutiendo. Judas dudaba de las relaciones de Cristo con su Padre celestial; y todos ellos más o menos estaban esperando algún liberador secular que pusiera fin a las estridentes águilas romanas que merodeaban por su tierra.

Entonces, sin pedir opinión o consentimiento a los otros, Pedro se adelantó unos pasos y dio la respuesta correcta y definitiva:

¡Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo!

Mt 16, 16

Pedro confesó que Cristo era el verdadero Mesías, comisionado por Dios para revelar su voluntad a los hombres y cumplir todas las profecías y la ley; Él era el Hijo de Dios, engendrado desde toda la eternidad, pero también el Hijo del hombre, engendrado en el tiempo, verdadero Dios y verdadero hombre.

Nuestro Señor reveló a Pedro que no había conocido esto por su propio discernimiento, ya que ningún estudio o talento natural podían haberle revelado aquella gran verdad.

> Bienaventurado eres, Simón, hijo de Jonás; porque no te lo ha revelado carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos.

Mt 16, 17

Nuestro Señor le llamó primero por el nombre que tenía antes de recibir la vocación de apóstol. Luego le llamó por el nuevo nombre que le había dado, a saber, el de Roca, indicando que sobre él, sobre la Roca, fundaría su Iglesia. Pero fue interpelado por el Señor en segunda persona del singular para indicar que no era la confesión que había hecho Pedro acerca de la divinidad de Cristo, sino Pedro mismo quien ostentaría la primacía en la Iglesia.

> Y yo también te digo a ti, que tú eres Pedro, y sobre esta roca edificaré mi Iglesia; y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella. Y a ti te daré las llaves del reino de los cielos; y lo que ligares sobre la tierra, será ligado en el cielo; y lo que desatares sobre la tierra, será desatado en el cielo.

Mt 16, 18-20

Después de prometer que las puertas del infierno, o del error, o del mal, jamás vencerían a su Iglesia, nuestro Señor hizo la primera de sus confesiones más claras acerca de su muerte inminente. Ya había hecho muchas alusiones encubiertas, pero los apóstoles eran tardos en reconocer que el Mesías padecería según Isaías había profetizado. No se daban cuenta de todo el significado que encerraban las palabras que dijo el Maestro al purificar el templo, de que Él era el templo de Dios y de que el templo sería destruido. Habían olvidado su enseñanza concerniente a la serpiente que sería levantada, lo cual era la profecía de que el Hijo del hombre sería levantado en la cruz. Pero ahora que el varón a quien Él había escogido como jefe de su cuerpo apostólico acababa de confesar su divinidad, Cristo les reveló abiertamente que el camino que conducía a la gloria era asimismo, tanto para Él como para ellos, el camino que conducía al sufrimiento y la muerte.

> Desde aquel tiempo, comenzó Jesús a manifestar a sus discípulos que le era necesario ir a Jerusalén, y padecer mucho por parte de los ancianos, y de los grandes sacerdotes, y de los escribas, y ser muerto, y al tercer día resucitar.

Mt 16, 21

Nuestro Señor no habló abiertamente de su muerte mientras los apóstoles le creyeron sólo un hombre; pero lo hizo tan pronto fue reconocido como Dios. Esto tenía por objeto que su muerte fuese considerada adecuadamente como sacrificio en expiación de los pecados.

Una vez más apareció el misterioso «deben que regía su vida. Era un fuerte cable que le ataba y que estaba hecho de trama y urdimbre; obediencia al Padre por un lado y amor a los hombres por el otro. Había de morir, puesto que quería salvar. El «debe» no era simplemente una muerte, ya que inmediatamente hizo mención de su resurrección en el tercer día.

Una conexión intrínseca existía entre la afirmación de la divinidad de Cristo y su muerte y resurrección. En el preciso instante en que Cristo recibía el más elevado de todos los títulos, y se hizo la confesión de su elevada dignidad, profetizó la mayor de todas sus humillaciones. En esta predicación iban envueltas a la vez la naturaleza humana y la naturaleza divina de Cristo: la del Hijo del hombre que aparecía ante ellos y la del Hijo del Dios vivo que acababa de ser confesado.

Pedro se sintió engreído con la autoridad que se le acababa de conferir, tomó aparte al Señor y empezó a reprenderle, diciéndole:

> ¡Dios te preserve de ello, Señor! De ninguna manera esto te ha de acontecer.

Mt 16, 22

La divinidad de Cristo, la aceptaba; el padecimiento de Cristo, no quería aceptarlo. La roca se había convertido en una piedra de escándalo; Pedro quería un Cristo a medias, para el momento, el Cristo divino, pero no el redentor. Pero un Cristo a medias no era ningún Cristo. Él quería el Cristo cuya gloria había sido anunciada en Belén, pero no el Cristo entero que había de ser la víctima ofrecida como sacrificio por los pecados en la cruz.

Pero pensaba que, si Él era el Hijo de Dios, ¿por qué había de padecer? En el monte de la tentación Satán le tentó tratando de apartarle de la cruz, prometiéndole popularidad mediante dar pan, realizar milagros científicos o llegar a ser un dictador. Satán no confesó la divinidad de Cristo, ya que hizo preceder cada tentación de la palabra condicional «si...»: «Si tú eres el Hijo de Dios...» En honor de Pedro hay que decir que éste confesó la divinidad del Señor. Pero, aun con esta diferencia, había esta otra semejanza: tanto Pedro como Satán tentaron a Cristo para apartar-

le de su cruz y, por lo tanto, de la redención. Da idea de Satán era no redimir; alcanzar la corona sin la cruz, tal era el propósito de Satán. Pero también era éste el propósito de Pedro. Por esto Cristo le dijo:

> ¡Apártate de mí, Satán! ¡De obstáculo me sirves; porque no piensas en lo que es de Dios, sino en lo que es de los hombres!

Mt 16, 23

En un momento imprevisto, Pedro dejó a Satán penetrar en su corazón, y de este modo se convirtió en piedra de obstáculo en el camino del Calvario. Pedro consideraba que era indigno de Cristo que éste padeciese; mas para nuestro Señor tales pensamientos eran humanos, carnales, e incluso satánicos. Solamente por iluminación divina podía Pedro o cualquier otro hombre conocer que Él era el Hijo de Dios; pero hacía falta otra iluminación divina para que Pedro o cualquier otro hombre conociera que Él era el redentor. Pedro habría querido que fuera un maestro de ética humanitaria... pero esto mismo era lo que habría querido Satán.

Pedro no olvidó jamás este reproche. Años más tarde, con la idea de la piedra de obstáculo aún en la mente, escribió acerca de los que rehusaban aceptar al Cristo sufriente, tal como había hecho él mismo en Cesárea de Filipos.

> Para los que no creen, la piedra que rechazaron los edificadores, ha venido a ser cabeza del ángulo, y piedra de tropiezo y roca que hace caer.

1 Petr 2, 7-8

Que los apóstoles tenían a su elocuente portavoz en la persona de Pedro y que todos ellos se quedaron igualmente sorprendidos ante la idea de los sufrimientos del Maestro, se deduce claramente del hecho de que, después del reproche personal de que Pedro fue objeto, Cristo habló a todos sus discípulos e incluso invitó a la muchedumbre a que tuviera en cuenta sus observaciones. A todos los que quisieran considerarse seguidores suyos, les enumeró estas tres condiciones:

> Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, y tome su cruz, y sígame.

Mc 8, 34

La cruz era la razón de su venida a este mundo; ahora era la condición que imponía a sus seguidores. No hacía fácil el ser cristiano, ya

que daba a entender que no sólo ha de haber una renuncia voluntaria a todo aquello que se opone a asemejarse a Él, sino que es preciso también pasar por los padecimientos, el oprobio y la muerte en la cruz. No tenían que hacer sino seguir celosamente las pisadas del Varón de dolores. Él había tomado la cruz el primero. Sólo aquellos que estaban dispuestos a ser crucificados con Él podían salvarse por los méritos de la muerte de Él, y sólo aquellos que llevaran una cruz podrían llegar a comprenderle realmente.

No se trataba de si los hombres querían o no el sacrificio en su vida; se trataba únicamente de qué era lo que sacrificarían, si la vida superior o la vida inferior.

> El que quisiere salvar su vida la perderá; mas el que por mi causa perdiere su vida, la salvará.

Lc 9, 24

Si se salvaba la vida física, natural y biológica para el placer, entonces se perdería la vida superior del espíritu; pero si se elegía la vida superior del espíritu para la salvación, entonces la vida inferior o física había de ser sometida a la cruz y a la autodisciplina. Podía haber algunas virtudes naturales sin cruz, pero sin ella jamás habría un crecimiento en la virtud.

Les explicó entonces que el hecho de llevar una cruz se basa en un intercambio. El intercambio encierra algo de lo que uno puede prescindir y algo de lo que uno no puede prescindir. Una persona puede prescindir de unas monedas, pero no puede prescindir del pan que con aquellas monedas puede comprar; por lo tanto, da una cosa a cambio de otra. El sacrificio no significa «entregar» algo como si se tratara de una pérdida, sino que más bien se trata de un cambio, un cambio de valores inferiores por goces más elevados. Pero nada hay en el mundo que valga lo que un alma.

> ¿Qué aprovecha al hombre ganar el mundo entero, si arruina su propia vida? ¿Qué puede dar el hombre a cambio de su propia vida?

Mc 8, 36-37

En el mismo momento en que los apóstoles se avergonzaban de Él porque les hablaba de su derrota y su muerte, les advirtió contra alguien que se avergonzara de Él o de sus palabras, o renegara de Él en tiempos de persecución. Si hubiera sido solamente un maestro, habría sido absurdo por su parte pretender que todas las personas confesaran abiertamente y sin

avergonzarse que Él era su Señor y Salvador; habría sido suficiente con que hubieran explicado una u otra de sus enseñanzas. Pero aquí pone como condición para salvarse que los hombres confiesen valientemente que el Hijo de Dios fue crucificado.

> Aquel que se avergonzare de mí y de mis palabras, en esta generación adúltera y pecadora, de él también se avergonzará el Hijo del hombre cuando venga en la gloria de su Padre, con sus santos ángeles.

Mc 8, 38

La segunda disputa: Cafarnaúm

El segundo anuncio de su muerte, hecho de una manera abierta, tuvo efecto después de la transfiguración y tras haber expulsado a un demonio del cuerpo del muchacho obseso. El Maestro y los apóstoles se dirigían a Cafarnaúm. Los numerosos milagros que el Señor había obrado entre Cesárea de Filipos y Cafarnaúm habían puesto a los apóstoles en un gran estado de excitación.

> Todos estaban atónitos ante la grandeza de Dios.

Lc 9, 43

Los apóstoles empezaron a convertir este poder divino en la esperanza de un reino terrestre y en una soberanía humana, a despecho de las graves lecciones recibidas acerca de la cruz. A nuestro Señor le pareció mal aquella especie de excitación religiosa que quería dejar a la humanidad sin redimir.

> Y maravillándose todos de todas las cosas que hacía, Jesús dijo a sus discípulos: «Poned estas palabras en vuestros oídos: porque el Hijo del hombre será entregado en manos de los hombres.

Lc 9, 43-44

> Le matarán, y al tercer día resucitará.»

Mc 9, 30

Nuestro Señor repitió claramente la predicción del Calvario a ñu de que cuando tuviera efecto sus discípulos no flaquearan en su fe o le abandonaran. Con estas declaraciones repetidas quería también asegurarles que no iba a la cruz por coacción, sino como un sacrificio ofrecido voluntariamente. Ellos miraban con aversión la perspectiva que el Señor

ponía ante sus ojos acerca de su muerte; no sólo rehusaban prestar atención a ello, sino que incluso desdeñaban preguntar nada a nuestro Señor.

> Mas ellos no entendían esta palabra, y les era encubierta, para que no la entendiesen; y se suscitó entre ellos una disputa,
>
> Lc 9, 45

El segundo anuncio de su muerte y gloria provocó la segunda disputa. Mientras regresaban a Cafarnaúm, estaban discutiendo entre ellos a una distancia tal del Maestro, que éste podía oír lo que decían.

> Y se suscitó entre ellos una disputa, sobre cuál de ellos sería el mayor.
>
> Lc 9, 46

¡Cuán superficial debía ser la impresión que les causó la alusión que nuestro Señor hizo acerca de su muerte, puesto que todavía discutían acerca de cuál tendría la preeminencia en lo que imaginaban sería una organización política y económica denominada «reino de Dios»! Habían oído al Señor hablarles de sus padecimientos, pero ellos se empeñaban en discutir y disputarse los primeros puestos. Es posible que acentuara esta disputa el hecho de que a Pedro se le hubiera conferido un puesto preeminente entre ellos en Cesarea de Filipos; tal vez el hecho de que Pedro, Santiago y Juan hubieran sido elegidos como testigos de la transfiguración suscitó también cierto resentimiento entre los apóstoles. El caso es que estaban discutiendo como hacían cada vez que el Señor les revelaba algo concerniente a la cruz.

Conociendo que era inminente la crisis en el momento en que el Señor estableciera el reino, se sentían movidos por la ambición. Pero nuestro Señor leía en sus corazones; y cuando llegaron a la casa donde, en Cafarnaúm, solían hospedarse, probablemente la de Pedro,

> Les preguntó: ¿Qué estabais disputando en el camino? Mas ellos callaron; porque en el camino habían disputado entre sí quién era el mayor.
>
> Mc 9, 32

Aquellas lenguas tan elocuentes por el camino, mientras estaban disputando, permanecían ahora silenciosas al leer el Señor los pensamientos de estos hombres, en tanto sus conciencias los acusaban. La poca atención que habían prestado a las palabras que el Maestro les había dirigido acerca de la cruz podían ser la razón de que no hubieran

comprendido por qué aquel hombre lleno de poder —que ellos habían podido observar en sus milagros y en la resurrección de muertos— había de parecerles tan falto de poder. ¿Por qué había de someterse a una muerte de la que podía librarse en cualquier momento? Era un misterio imposible de comprender hasta que se hubiera cumplido; e incluso después de haberse cumplido siguió siendo un escándalo para los incrédulos, entre los judíos y los griegos. Tal como san Pablo escribió a los corintios:

> Porque los judíos piden señales, y los griegos buscan la sabiduría; mas nosotros predicamos a Cristo crucificado, escándalo para los judíos, y locura para los gentiles, mas para los que son llamados de Dios, así judíos como griegos, Cristo es poder de Dios y sabiduría de Dios.

1 Cor 1, 23 s

Evidentemente, el hombre natural o carnal tendía a recibirle como uno que había venido a dar un código de moralidad; pero aceptarle como uno que venía al mundo como «rescate» por la humanidad requería una sabiduría más elevada. Como sugirió san Pablo:

> El hombre natural no acoge las cosas del Espíritu de Dios; porque para él son locura y no las puede conocer, por cuanto se disciernen espiritualmente.

1 Cor 2, 14

Esta vez, con objeto de corregir las equivocadas ideas de superioridad de ellos, llamó a sí solamente a un niño.

> Y le tomó en sus brazos.

Mc 9, 35

Puesto que los apóstoles habían estado disputando sobre quién era el mayor en el reino, nuestro Señor les daba ahora una respuesta a sus ambiciosos pensamientos:

> En verdad os digo que, si no os volviereis y fuereis como niños, no entraréis en el reino de los cielos. Cualquiera, pues, que se humillare como este niño, ése es el mayor en el reino de los cielos.

Mt 18, 3 s

Los mayores de todos sus discípulos serían aquellos que se hicieran como niños pequeños; puesto que un niño es como un representante de

Dios y de su divino Hijo sobre la tierra. En su reino existía una nobleza, pero opuesta a la del mundo. En su reino uno ascendía cuanto más se abajaba, crecía al disminuirse. Él dijo que no había venido para que le sirvieran, sino para servir. En su propia persona ponía un ejemplo de humillación, consistente en ascender hasta las honduras de la derrota de la cruz. Y como no comprendían la cruz, les invitaba a que aprendieran de un niño a quien Él estrechaba contra su pecho. Los más grandes son los más pequeños, y los más pequeños son los más grandes. El honor y el prestigio no son de aquel que se sienta en el lugar principal de la mesa, sino del que se ciñe con una toalla y se pone a lavar los pies de los que son siervos suyos. El que es Dios se hizo hombre: el que es Señor de los cielos y la tierra se humilló hasta la cruz; tal era el acto incomparable de humildad que ellos tenían que aprender. Si de momento no podían aprender de Él esta lección, tendrían que aprenderla de un niño.

La tercera disputa: en el camino de Jerusalén

La tercera profecía claramente expresada concerniente a la cruz, y que suscitó otra disputa entre los apóstoles, tuvo efecto un poco más de una semana antes de que fuera crucificado. Se dirigía por última vez con sus apóstoles a Jerusalén. Caminaba con paso presuroso; su decisión y propósito determinado se reflejaban tan claramente en su semblante, que no pudieron pasar inadvertidos a la atención de los apóstoles.

> Y estaban en el camino subiendo a Jerusalén, y Jesús iba delante; y ellos estaban asustados; y le seguían con temor.
>
> Mc 10, 32

El Maestro se les había adelantado probablemente un buen trecho en el empinado sendero de la montaña. Mientras ellos iban quedándose rezagados, llenos de un terror incomprensible, el Maestro se adelantaba con paso presuroso hacia su cruz, y dominaba su mente un solo pensamiento: el de su sumisión voluntaria al sacrificio. Según el propósito del Padre, la cruz era algo necesario para que Él, pudiera impartir la vida a otros. Los apóstoles, por otro lado, hasta el último instante estuvieron esperando alguna manifestación de su poder que librara a su nación de la tiranía política y los encumbrara a ellos mismos a cierto grado de gloria y dominio. Estaban sorprendidos de que Él se mostrará tan resuelto a entrar en Jerusalén, lo cual Significaba con toda seguridad que había de padecer. Ellos soñaban con tronos, y Él estaba pensando en una cruz.

Conociendo los pensamientos de sus apóstoles, Jesús los tomó aparte y les dijo:

> He aquí que subimos a Jerusalén, y el Hijo del hombre será entregado a los jefes de los sacerdotes y a los escribas; y le condenarán a muerte, y le entregarán a los gentiles; y le escarnecerán, y le escupirán, y le azotarán, y le matarán; pero en el tercer día resucitará.

Mc 10, 33 s

Una vez más mezclaba la hiel de su pasión con la miel de la resurrección. El Calvario no era algo que le fuera posible evitar, y, por lo tanto, tenía que aceptarlo como si tuviera que desempeñar el papel de mártir. Cierto que en determinado momento su naturaleza humana sintió terror y quería apartarle del sufrimiento, pero este sentimiento jamás fue en El una intención o un propósito. De la misma manera que una nave puede estar agitada por las olas mientras mantiene su equilibrio, así también era posible que su naturaleza física fuera zarandeada de un lado para otro a pesar de que no se apartaba del propósito del Padre, propósito fijo e inmutable. Pero los apóstoles no podían comprender el sentido de una muerte vicaria, es decir, ofrecida en lugar de otros, y al mismo tiempo propiciación por los pecados.

> Mas ellos nada entendían de estas cosas; y les era encubierta esta declaración, y no comprendían lo que decía.

Lc 18, 34

¿Cómo era posible que Él, que tenía poder sobre la muerte, sobre los vientos y los mares, y cuya mente podía imponer silencio a las lenguas de los fariseos, los dejara desconsolados y los arrojara de nuevo al mundo, por no ser capaz de resistir a sus enemigos? Esto era lo que los preocupaba.

Al igual que en las otras dos ocasiones, ahora que había vuelto a hablar de su muerte, una nueva disputa se suscitó entre los apóstoles. Santiago y Juan, que se habían distinguido por el resentimiento que manifestaron ante la rudeza de los samaritanos y habían pedido a nuestro Señor que hiciera bajar fuego del cielo para destruir a aquella gente — hicieron ahora una petición. Se trataba de una presunción muy intensa, pues inmediatamente después de haber hablado el Señor de su propia muerte ellos le dijeron:

> Concédenos que en tu gloria nos sentemos uno a tu derecha y el otro a tu izquierda.
>
> Mc 10, 37

En esta petición había cierto reconocimiento de la autoridad de Cristo, ya que daban a entender que Él era un rey que podía conceder privilegios; pero era mundana la concepción que ellos tenían del reino. La influencia de la familia y la preferencia personal era lo que en los reinos seculares confería los puestos elevados; Juan y Santiago, suponiendo que el reino de Dios era mundano, creían que sobre la referida base podían apoyar sus pretensiones de ser promovidos a tan altos cargos. Pero nuestro Señor les respondió así:

> No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber la copa que yo bebo, o ser bautizados con el bautismo con que voy a ser bautizado?
>
> Mc 19, 38

La concesión de honores en su reino no era cuestión de favoritismo, sino de ser incorporado a la cruz. Si Él había de morir con objeto de resucitar para la gloria, ellos habrían de morir para descubrir esta gloria. Si había de beber la amarga copa para vencer al mal, también ellos habrían de participar de aquella copa. La «copa»' simboliza aquí la derrota que sería derramada sobre Él por los hombres infieles. En el bautismo de sangre, quedaría totalmente sumergido en ella; pero el símbolo daba a entender asimismo la purificación y la resurrección.

En respuesta a la pregunta de si podían beber del cáliz, Santiago y Juan dijeron: «Sí, podemos». Aunque no comprendían exactamente lo que estaban aceptando, nuestro Señor profetizó la consumación de la fe de ellos. Santiago habría de ser el primero en participar del bautismo de sangre de Cristo, al ser asesinado por orden de Herodes. Juan, ciertamente, padeció; vivió una larga vida de persecución y exilio. Tras haber sido sumergido en una caldera de aceite hirviendo, fue preservado de la muerte de un modo milagroso y acabó sus días a edad avanzada en la isla de Patmos. Santiago se convirtió en el patrono de todos los mártires «rojos», es decir, de todos los que derramaron su sangre por haber bebido del cáliz de Cristo. Juan llegó a ser el símbolo de los que podríamos llamar mártires «blancos», los cuales soportan padecimientos físicos y, sin embargo, mueren de muerte natural.

Ahora empieza la disputa.

> Y al oír esto los otros diez comenzaron a indignarse contra Santiago y Juan.
>
> Mc 10, 41

Se indignaron porque todos abrigaban idéntico deseo. Nuestro Señor llamó a sí a los otros diez. Santiago y Juan ya habían recibido su lección; ahora les toca a ellos recibir la suya. La primera lección que les dio era repetición de lo que había sugerido en Cafarnaúm cuando puso a un niño en medio de ellos, o sea la lección de humildad. Lo que ahora iba a enseñarles no era lo que habría de hacerles preeminentes en su reino, sino más bien el significado de esta preeminencia. Les sugirió un contraste existente entre el despotismo de los potentados mundanos y el dominio de amor que hay en su propio reino. En los reinos terrenales, los que gobiernan, tales como reyes, nobles, príncipes y presidentes, dejan que se les sirva a ellos; en tanto que en el reino de Cristo el distintivo de la nobleza sería el privilegio de servir a los demás.

> Sabéis que aquellos que se miran como gobernantes de las naciones, se enseñorean de ellas; y sus grandes dominan en ellas con autoridad. Mas no será así entre vosotros; sino que quien quisiere hacerse grande entre vosotros, se hará esclavo de todos.
>
> Mc 10, 42-43

En su reino, los que son los más bajos y los más humildes serán los más grandes y más ensalzados. Aunque consideraba a sus apóstoles como reyes, debían éstos, sin embargo, establecer sus derechos en el hecho de ser los más insignificantes de los hombres.

Pero el Salvador no quiso darles simplemente una lección moral sin señalar su propia vida como ejemplo de la humildad que quería que ellos tuvieran. La verdad completa era que Él no había venido para que se le sirviera, sino para servir. Él decía, en efecto, que era rey y que tendría un reino; pero este reino se alcanzará de una manera diferente a como los príncipes de la tierra consolidaban los suyos. Introdujo la relación directa que existía entre el hecho de entregar El su vida y la soberanía espiritual que con aquella muerte adquiría.

> Porque es así que el Hijo del hombre no vino para ser servido, sino para servir, y para dar su vida en rescate por muchos.
>
> Mc 10, 45

Aquí, como en otros lugares, hablaba de sí mismo como de uno que había «venido» al mundo con objeto de indicar que su nacimiento humano no era el comienzo de su existencia personal. Su servicio había empezado mucho antes de que los hombres le vieran servir con compasión y misericordia. Su servicio empezó cuando se desprendió de la gloria celestial y se ciñó con la carne formada en las entrañas de María.

El propósito de su venida a este mundo fue el de procurar un rescate o redención. Si hubiera sido solamente el hijo de un carpintero fuera necedad decir que venía para servir. Semejante condición servil habría sido algo rutinario que se acepta sencillamente; pero que el rey se hiciera siervo, que Dios se convirtiera en hombre, no era presunción, sino humildad. Había un rescate que pagar, y este rescate era la muerte, ya que «el salario del pecado es la muerte». El rescate habría sido algo absurdo si la naturaleza humana no estuviera en deuda con Dios. Supongamos que un hombre estuviera sentado en un malecón, en un día claro de verano, pescando tranquilamente; y que de pronto otro hombre saltara del malecón al río, delante del que estaba pescando, y en el momento de hundirse en las aguas y ahogarse gritara al hombre sentado en el malecón:

> Nadie tiene amor más grande que el de quien da su vida por su amigo.

Todo ello resultaría incomprensible, porque el hombre del malecón no se hallaba en peligro y, por lo tanto, no necesitaba ser rescatado. En cambio, si éste hubiera caído al agua y se estuviera ahogando, sí tendría significado la muerte del que se hubiera arrojado al río para salvarle la vida. Si la naturaleza humana no hubiera caído en el pecado, la muerte de Cristo habría carecido de sentido; si no hubiera habido esclavitud, no habría podido hablarse de rescate.

la sensibilidad moral, tanto mayor es la compasión que se siente por los que languidecen bajo un enorme peso. Esta compasión puede llegar a ser tan grande que la agonía de la otra persona llegue a sentirse como propia. La única persona del mundo que tuviera j ojos para ver querría servir de bastón para que los ciegos pudieran; apoyarse en él; la única persona del mundo que fuera sana querría servir a los enfermos.

Lo que es cierto del sufrimiento físico lo es asimismo del mal moral. De ahí que el Cristo sin pecado haya querido cargar con los males del mundo. De la misma manera que los más sanos están más capacitados para cuidar a los enfermos, así también los más inocentes pueden expiar mejor

la culpa de los otros. Si fuera posible; una persona que ama tomaría sobre sí los sufrimientos de la persona amada. La Divinidad toma sobre sí los males morales del mundo como si fueran propios. Siendo hombre, quiso compartirlos; siendo Dios, pudo redimirnos de ellos.

El Calvario, dijo Cristo a sus apóstoles, no sería una interrupción de las actividades de su vida, no sería un modo trágico y prematuro de malograr su plan, ningún mal final que las fuerzas hostiles quisieran imponerle. La entrega voluntaria de su vida le separaría del modelo de los mártires de la justicia, y de los patriarcas de las causas gloriosas. El propósito de su vida, dijo, era pagar un rescate para la liberación de los esclavos del pecado; éste era un divino «debe» que le fue impuesto al venir al mundo. Su muerte sería ofrecida en expiación del mal. Si los hombres hubieran estado solamente en el error, Él hubiese podido ser un maestro resguardado por todas las comodidades de la vida; y, después de haber enseñado la teoría del dolor, habría podido morir en lecho de plumas. Pero entonces su única misión habría consistido en legar a la humanidad un código moral al cual obedecer. Pero si los hombres estaban en pecado, Él sería redentor, y su mensaje sería: «Seguidme», para que nosotros participásemos del fruto de tal redención.

20. INTENTO DE ARRESTO DURANTE LA FIESTA DE LOS TABERNÁCULOS

Ahora se hizo más evidente que la cruz constituía el centro de su vida. Hizo referencias implícitas bajo la figura de un templo y de una serpiente; y de una manera más explícita, en la gloria de su resurrección, que permitía a los hombres vivir de su cuerpo y de su sangre.

Durante la fiesta más popular del año, la de los Tabernáculos, sucedieron dos cosas: Primeramente puso de relieve la plenitud de la presencia divina de la verdad y de la paz espiritual que en Él residían. Fuera de Él no había moral, fe, ni modo alguno de apagar la sed. Destruyó todas las ilusiones que pudieran abrigar los que le oían en cuanto a ofrecer una moralidad aparte de sí mismo, una doctrina diferente de su persona, o a que una ética superior pudiera compartirse con una idea menos elevada del Dios viviente. Les hizo saber que Él no quería ser un «extra» piadoso, un accesorio o un lujo espiritual para aquellos que desearan citar sus palabras. Sería posible separar a Buda del budismo, pero no es posible separar a Jesús de lo que enseñó u obró, de la misma manera que un rayo de sol no puede existir separado de este astro. A la gran muchedumbre que se hallaba presente en aquella ceremonia, que duraba ocho días, le explicó el sentido de tal ceremonia: el tabernáculo, el agua, las luces. Hizo que la atención de todos se centrara en su persona al afirmar que Él mismo era uno con Dios, uno con toda iluminación de la mente, y uno con toda la paz de las almas sedientas. La identificación era completa: no había otro Dios sino el que Él revelaba, ninguna verdad más que su persona, ninguna satisfacción que no fuese en Él.

El segundo efecto de sus palabras fue violencia, resentimiento y la decisión de darle muerte. Si hubiera proferido palabras, pero no hubiera pretendido ser la Palabra; si hubiese ofrecido verdades separables de su persona y consuelos distintos de su divina presencia, probablemente habría sido empujado con menos violencia hacia su cruz. El odio suscitado contra

Él de parte de las autoridades religiosas del templo hizo que por dos veces se intentara prenderle: la primera vez durante la fiesta de los Tabernáculos; la segunda en el huerto de Getsemaní. En ninguno de los casos pudo la policía hacerle cautivo; ni siquiera en dicha fiesta, porque fue nuestro Señor quien «cautivó» a ellos con su presencia. Tampoco en el huerto les fue dada potestad de capturarle hasta después de haberse demostrado que ellos eran impotentes contra Él. En esa fiesta, tal como Él dijo, «su hora aún no había llegado»; en el huerto diría: «ésta es vuestra hora». Aquí dijo que era la luz del mundo; luego añadiría que aquella hora era la «hora de las tinieblas». En ambos casos no se apoderarían de su persona hasta que Él se les rindiera voluntariamente; en ambos casos, la intención de los hombres frente a la divina bondad era la de crucificar, porque las obras de las tinieblas no pueden resistir la luz. El segundo prendimiento era el que le condujo directamente a la cruz, de modo que el primero era como un ensayo del segundo. La sombra de la cruz se proyectaba por doquier... sobre las tiendas, sobre las fuentes, los candelabros, y sobre la misma gente que asistía a la fiesta de los Tabernáculos.

Esta fiesta, la más grande de todas, era para conmemorar la huida de los israelitas de Egipto, cuando Dios los guio a través del desierto por medio de una nube durante el día y de una columna de fuego durante la noche. Durante los cuarenta años en que los judíos peregrinaron por el desierto, vivieron en tiendas o barracas que luego podían desmontar y enrollar. En medio de las tiendas se hallaba el tabernáculo que simbolizaba la presencia de Dios.

Esta fiesta, mencionada tanto en el Levítico como en el Éxodo, se celebraba en la época de la recolección. Aunque se trataba de una acción de gracias por la cosecha, miraba hacia el futuro, por lo cual se la designaba a veces con el nombre de «hora de la efusión», simbolizando el Espíritu de Dios que había de ser derramado sobre el pueblo.

Cuando comenzó aquella fiesta de ocho días, nuestro Señor se encontraba en Galilea, adonde se había retirado por seis meses a causa de la oposición que le hicieron los sacerdotes del templo después de la expulsión de mercaderes que había efectuado y del milagro que obró en Betsaida. Sus enemigos

> Querían matarlo porque, no contento con quebrantar el sábado, llamaba a Dios su propio Padre, y así se hacía igual a Dios.
>
> Jn 5, 18

A medida que se iba acercando el tiempo de la fiesta, sus parientes y amigos comenzaban a hostigarle y censurarle porque hacía tan poco caso de la publicidad. ¿Por qué realizar milagros en Galilea, para sus pueblos de pescadores y labriegos ignorantes, siendo así que la gran urbe, Jerusalén, le daría tanta fama? Además, en los días de la fiesta se congregaría allí mucha gente y podría ser conocido de todos, con tal que quisiera realizar alguna acción espectacular.

> No se obra en secreto, cuando se desea ser conocido. Si haces estas cosas, manifiéstate al mundo.

Jn 7, 4

Nuestro Señor les respondió:

> Mi tiempo no ha llegado todavía; mas vuestro tiempo siempre es bueno. El mundo no puede odiaros a vosotros, mas a mí sí me odia, porque yo testifico de él que sus obras son malas.

Jn 7, 5 s

Su tiempo, o la hora de su revelación cabal, todavía no había llegado. Para intensificar el contraste entre Él y el mundo, les dijo, con un dejo de ironía, que las palabras, actitudes y juicios de ellos no estaban en suficiente desarmonía con el mundo para que pudieran provocar el odio de éste. Pero no ocurría lo mismo con Él. Sus palabras y su vida habían despertado ya el odio del mundo. Si había de subir a Jerusalén, sería como Mesías e Hijo de Dios, y, por tanto, suscitaría enemistad. Pero si iban ellos como piadosos peregrinos, sería sólo para tomar parte en una fiesta nacional. Cuando nuestro Señor hablaba del mundo se refería al conjunto de personas no regeneradas que no querían aceptar la gracia de Él. Aquellos hermanos suyos que habrían deseado la luz de las candilejas y la notoriedad formaban parte de aquel mundo sin cruz, que no violaba ninguno de los preceptos ni el espíritu de éstos.

Jesús era consciente de su cruz, mientras que ellos no lo eran. Él no subiría a la ciudad hasta que no se lo ordenara su Padre celestial. Ya antes le había ofrecido Satán todos los reinos del mundo y Él los había rehusado. Jerusalén no sería bastante a tentarle para que exhibiera sus milagros ante aquellos que no querían creer en su persona. Los que sugerían el brillo de la popularidad podían ir allá y encontrarían gran número de incrédulos como ellos; estaban flotando en la corriente, como ramas desgajadas. Obsérvese que nuestro Señor no dijo que no quisiera subir a la fiesta de los

tabernáculos. Lo que dijo era que no iría entonces. Por lo tanto, los de mente mundana le dejaron para irse a la fiesta.

Más tarde decidió ir, no oficialmente, como persona pública, sino en secreto o de incógnito. ¡Qué contraste entre su primera visita, cuando apareció de improviso en el templo y arrojó de él a los cambistas, y esta visita de ahora, en que se presentaba como un peregrino anónimo! Pero todos sentían curiosidad por Él. En seguida se convirtió en causa de división. Los que se sentían atraídos se abstenían de acercarse a Él por temor a las autoridades religiosas, que ya estaban tratando su muerte.

Los judíos le buscaron en la fiesta, y decían ¿Dónde está él? Y se murmuraba mucho entre los grupos respecto de Él. Algunos decían: ¡Es hombre bueno! Otros decían: «¡No, sino que engaña al pueblo!» Pero nadie hablaba francamente de Él, por temor de los judíos.

Jn 7, 11-13

La fiesta de los Tabernáculos conmemoraba, como se ha dicho, el lugar en que la divina Presidencia habitó entre los judíos durante su largo peregrinar por el desierto después de haber salido de Egipto. Y ahora, en medio de las multitudes, se hallaba la divina Presidencia en persona.

Y el Verbo fue hecho carne, y habitó entre nosotros.

Jn 1, 14

La palabra griega que en el evangelio expresa «habitar» podría traducirse igualmente por «acampó» o «vivió en un tabernáculo» o «tienda de campaña», y de este modo sugeriría la idea del tabernáculo establecido entre las tiendas de los israelitas. Cristo era el tabernáculo de Dios entre los hombres.

Los tárgumes judaicos a menudo substituyen la expresión «gloria del Señor» por la palabra *shekinah* o «permanencia», indicando así la estancia íntima de Dios en su pueblo. Los que asistían a la fiesta recordaban que nuestro Señor se había llamado a sí mismo «Templo de Dios», y que había profetizado que sería destruido, porque en el tercer día resucitaría. Era evidente que ellos intentaban destruir aquel Templo del Dios acampado entre ellos, según se observa por la pregunta que hicieron algunos de entre el pueblo:

¿No es éste el mismo a quien buscan para matarle?

Jn 7, 25

La procesión partía del templo. Cuando llegaba a la piscina de Siloé, el sacerdote llenaba con sus aguas el cántaro de oro y regresaba al templo, donde el agua era derramada entre el sonido de las trompetas y los aleluyas del pueblo. Era tan grande la alegría que se asociaba con esto, que había un dicho muy corriente según el cual «el que no ha visto la alegría del derramamiento del agua de la piscina de Siloé no sabe lo que es alegría». La ceremonia no era sólo en acción de gracias por la misericordia de Dios al regar los campos, sino así mismo una conmemoración del modo milagroso con que en el desierto fueron abastecidos con el agua que manaba de la roca. En el momento en que el sacerdote hacía la ofrenda del agua en el templo, se citaban las palabras de Isaías:

> Por tanto, con regocijo sacaréis agua de las fuentes de salvación.

Is 12, 3

Nuestro Señor, que había dicho que Él no había venido para destruir la ley o los profetas, sino para cumplirla, ahora habló para afirmar que Él era la substancia, de la que aquellos ritos no eran más que vagas sombras. Su voz se elevó por encima del derramamiento de las aguas, al decir:

> Si alguno tiene sed, venga a mí, y beba. En el que cree en mí, como dice la Escritura, de, dentro de él fluirán ríos de agua viva.

Jn 7, 37 s

Los estaba invitando a que recordaran sus Escrituras. En el Éxodo, Dios ordenó a Moisés que golpeara la roca, prometiéndole que de ella manaría agua de la cual bebería el pueblo. En todo el Antiguo Testamento el agua era el símbolo de bendición espiritual, sobre todo en Ezequiel, donde se describe una gran fuente que mana del tabernáculo o templo, sanando a todas las naciones. La fuente de la vida para las almas sedientas, indicaba Él ahora, era su propia persona. Él no decía: «Id a las aguas», sino: «Venid a mí». El Talmud preguntaba acerca de esta ceremonia: «¿Por qué se le llama la extracción del agua?» Debido al derramamiento del Espíritu santo, según las palabras: «Con regocijo sacaréis agua de las fuentes de salvación». San Juan explicó de la misma manera las palabras de nuestro Señor:

> Esto, empero, lo dijo respecto del Espíritu, que habían de recibir aquellos que creían en Él, porque el Espíritu santo no había sido dado todavía, por cuanto Jesús no había sido glorificado aún.

Jn 7, 39

Satisfacer la sed del corazón humano venía asociado la obra del Espíritu. Nuestro Señor estaba aguardando que se produjera una bendición condicionada por lo que no había acontecido todavía: su triunfo sobre la muerte y su ascensión al cielo. Este don del Espíritu vendría a los hombres no como una efusión mágica, sino como algo intrínseco al acto redentor de Cristo y a la fe que se pusiera en El. La presencia física de Cristo sobre la tierra en el mandato, todavía no cumplido, de su Padre de ser rescate por el pecado excluía la realización de su presencia en las almas hasta después de su gloria y del envío de su Espíritu.

Otro rito relacionado con la fiesta de los Tabernáculos era el concerniente a la columna de fuego que había guiado a los israelitas por el desierto durante la noche. Para conmemorar la luz que había sido Dios para ellos, se encendían en el atrio de las mujeres dos enormes candelabros, los cuales, según cierto testimonio de los rabinos, iluminaban toda Jerusalén. El pueblo había estado esperando tiempos mesiánicos en los cuales Dios encendería para ellos una gran luz entre las naciones. La luz significaba así mismo la gloria de Dios, que se hallaba presente en el templo.

Cuando nuestro Señor era niño y Simeón lo tuvo en sus brazos, el anciano pronunció acerca de Él estas palabras:

> Ésta es la luz para iluminación de las naciones, ésta es la gloria del pueblo de Israel.

Lc 2, 32

Ahora, siendo ya hombre adulto y lleno del esplendor glorioso de aquella luz, Él mismo proclamaba:

> Yo soy la luz del mundo. El que me sigue no andará en tinieblas; mas tendrá la luz de la vida.

Jn 8, 12

Aquí expresó su derecho universal, según había sido profetizado ya por Isaías, a ser la luz de todos los pueblos y naciones. No todos seguirían la luz; algunos preferirían caminar en tinieblas y, por lo tanto, odiarían la luz. Aquel que ahora se halla en el templo, donde las luces se estaban amortiguando poco a poco, se proclamaba a sí mismo la luz del mundo. Anteriormente se había llamado a sí mismo el templo; ahora afirmaba que era la gloria y la luz de aquel templo. Estaba declarándose a sí mismo más

necesario para la vida de las almas que la luz del sol es para la vida del cuerpo. No era su doctrina, ni su ley, ni sus mandamientos lo que constituía esta luz, sino su persona.

En medio de la afirmación de nuestro Señor de que era el Mesías se iniciaron algunas de las medidas judiciales y civiles que más adelante habían de culminar en la crucifixión. Los fariseos enviaron a algunos oficiales de la policía para que detuvieran a nuestro Señor. Antes de que llegaran, éste hizo otra alusión a su muerte:

> Estaré sólo un corto tiempo con vosotros; y después iré a aquel que me ha enviado. Me buscaréis y no me hallaréis, y donde yo estoy vosotros no podéis venir.

Jn 7, 33 s

Previo todo lo que habría de ocurrir. Faltaban todavía seis meses para la pascua; sólo restaba un corto tiempo para que cumpliera la razón de su venida a este mundo. Ellos estaban ya urdiendo su muerte, pero sus planes serían infructuosos hasta que Él mismo se entregara voluntariamente en sus manos. Entonces se cerraría la puerta, y el tiempo de su visitación habría terminado. La separación existente entre ellos y Él no sería distancia, sino más bien de semejanza en mente y corazón, que es la mayor de todas las distancias.

Los servidores que fueron enviados a detenerle regresaron al lado de los príncipes de los sacerdotes y fariseos con las manos vacías.

> Y les preguntaron éstos: ¿Por qué no le habéis traído? Los servidores respondieron: Jamás hombre alguno habló como este hombre. Les respondieron los fariseos: ¿Vosotros también habéis sido descaminados? ¿Acaso alguno de los príncipes o de los fariseos ha creído en él? ¡Mas esta gente que no conoce la ley, es maldita!

Jn 7, 46-49

Los sacerdotes y los fariseos despreciaban al pueblo; suponían que ninguna persona vulgar es piadosa. El mismo hecho de que Jesús hubiera hecho tan grande impresión en el alma de aquellos servidores y que éstos cedieran al influjo de los raudales de bendición de nuestro Señor, era una prueba del poder que ejercía sobre las personas, tanto malas como buenas. La vocación de policía quedó santificada el día en que aquellos servidores de los príncipes de los sacerdotes rehusaron arrestar al Salvador.

Refiere Plutarco, al hablar de la extraordinaria elocuencia de Marco Antonio, que cuando unos soldados fueron enviados para matar al famoso orador éste abogó por su vida con tan elocuentes palabras que logró desarmarlos y hacerlos llorar a lágrima viva. Pero estos servidores del templo no fueron vencidos por la fuerza de los argumentos de un hombre que estuviera defendiendo su vida, sino al escuchar uno de los sermones corrientes que estaba pronunciando y que en modo alguno iba dirigido a ellos en particular. Los servidores iban armados hasta los dientes, el predicador no llevaba arma alguna, y, con todo, no pudieron arrestarle. Las autoridades civiles no siempre emplean a sus hombres más intelectuales o espirituales para llevar a efecto tales deberes, y, sin embargo, aquellos a quienes enviaron se sintieron afectados por la elocuencia de Él y demostraron ser más inteligentes de lo que parecían. Llenos de ira, los fariseos dijeron a los servidores que las personas intelectuales no habían creído en Jesús. Desde el momento en que los fariseos no habían creído en El, ni se sintieron impresionados por su mensaje, no había razón para que aquellos servidores quedaran tan afectados.

Habría otro momento, en el huerto de Getsemaní, en que los guardias se impresionarían tanto ante la figura de nuestro Señor, que se arrojarían de bruces al suelo al oír que éste decía ser Jesús de Nazaret. Aquella noche podrían llegar hasta Él porque su hora había llegado. Pero, de momento, carecían de poder.

La historia de la fiesta de los Tabernáculos termina con las palabras: «Su hora no ha llegado todavía». Existía una hora determinada para cada una de las cosas que tenía que realizar; incluso su nacimiento se describe como la «plenitud de los tiempos». Así, también su cruz tenía una hora señalada. Todos los cuerpos celestes que ruedan por la inmensidad del espacio están sujetos a alcanzar un punto determinado en su propio momento, a su propia hora, los designios y los propósitos de los hombres fallan muchas veces, pero no ocurre lo mismo con los designios y propósitos del Todopoderoso. La unidad de su vida no se hallaba en sus hechos, parábolas y palabras que había ido esparciendo por el mundo, sino en la consumación de todo ello. Belén fue el fundamento del Calvario y de su gloria. Tuvo que nacer en un establo porque incluso entonces «no había sitio» para Él; la «contradicción» profetizada por Simeón fue otro peldaño de la escalera que conducía del establo al Calvario; y otro peldaño fue la fiesta de los Tabernáculos. Conocía paso a paso el camino que había de recorrer, porque no se trataba de un simple hombre que hacía lo mejor que

podía ante Dios, sino de Dios que estaba haciendo lo mejor para el hombre por medio del amor revelado en el sacrificio de sí mismo.

21. SÓLO LOS INOCENTES PUEDEN CONDENAR

Al día siguiente de aquel intento de arrestar a Jesús tuvo efecto una escena en la que la inocencia se negó a condenar a una criatura pecadora. En esta escena estaba implicado el dilema de la justicia y la misericordia, dilema que se hallaba en el corazón mismo de la encarnación. Si Dios es misericordioso, ¿no perdonará a los pecadores? Si Dios es justo, ¿no los castigará o los obligará a reparar sus delitos? Siendo santísimo como es, debe odiar el pecado; de otro modo no sería la suma Bondad. Pero, siendo como es todo misericordioso, ¿no sería indulgente, como una especie de abuelo, para con los hijos que quebrantan sus mandamientos? Sea lo que fuere, la muerte de Jesús en la cruz y su resurrección de entre los muertos estaban implicados en la respuesta a este dilema.

De la noche anterior a esta escena, la sagrada Escritura revela uno de los más vividos contrastes de toda la literatura; y esto se realiza en sólo dos frases. Nuestro Señor había estado enseñando todo el día en el templo; al llegar la noche, el evangelio habla primero de los enemigos de nuestro Señor que habían estado tentando y atormentando:

> Y ellos se fueron cada cual a su casa.
>
> Jn 7, 53

Pero de nuestro Señor se dice simplemente:

> Mas Jesús se fue al monte de los Olivos.
>
> Jn 8, 1

Entre todos aquellos que estaban en el templo — amigos o enemigos — no había siquiera uno que careciera de hogar, salvo nuestro Señor. Verdaderamente, dijo de sí mismo:

> Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde reclinar su cabeza.

Lc 9, 58

En todo Jerusalén, probablemente era Él el único hombre que carecía de casa y hogar. Mientras los demás iban a sus casas a aconsejarse con sus semejantes, Él se dirigía al monte de los Olivos a consultar no con la carne y la sangre, sino con su Padre celestial. Sabía que dentro de breve tiempo aquel huerto sería el sacro retiro en el que sudaría grandes gotas de sangre en su terrible conflicto con las fuerzas del mal. Durante la noche, según la costumbre oriental, durmió sobre el verde césped, debajo de unos seculares olivos, de ramas tan nudosas y retorcidas en su pasión de crecimiento, que presagiaban la torturosa pasión que Él mismo habría de padecer.

La temporada aquélla era la de la fiesta de los Tabernáculos, que no sólo atraía a la urbe a gran número de personas de todo el mundo, sino que ocasionaba también emoción general. Era muy natural que degenerara de vez en cuando en casos de desenfreno e inmoralidad. Tal cosa había sucedido, evidentemente; ya que al día siguiente por la mañana, temprano, cuando nuestro Señor apareció en el templo y empezó a enseñar, los escribas y los fariseos le trajeron una mujer que había sido sorprendida en flagrante acto de adulterio. Tan empeñados se hallaban en su estéril controversia con el Mesías, que no tuvieron escrúpulo alguno en echar mano de la vergüenza de una mujer para marcar un tanto a favor de ellos. Por lo visto, el delito de la mujer era indiscutible. La forma huera de delicadeza, casi indecente, en que aquellos hombres refirieron la historia revela que los hechos no podían ser rebatidos. Dijeron así:

> Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio.

Jn 8, 4

¡En flagrante delito de adulterio! ¡Qué sentimientos tan repugnantes de vergonzoso entremetimiento y fisgoneo se encierran en estas palabras! Los acusadores de la mujer llevaron a ésta en medio de la muchedumbre mientras nuestro Señor se hallaba dando sus enseñanzas. Aquellos hipócritas mojigatos que la habían sorprendido *in fraganti* estaban ansiosos por exhibirla públicamente, hasta el punto de interrumpir el sermón de nuestro Señor. La naturaleza humana es de lo más vil cuando subraya y exhibe los delitos de los demás ante sus semejantes. La olla se cree limpia cuando puede llamar negra a la sartén. Algunos rostros reflejan una insólita alegría cuando se están regodeando con un escándalo que el corazón generoso cubriría con un velo y el corazón piadoso encomendaría en sus oraciones. El hombre más vil y corrompido es el que más dispuesto

está a acusar de delito a los demás. Los que desean ser tenidos por más honrados que los otros abrigan la vana creencia de que el mejor medio para ello es denunciar a los demás. Las personas viciosas quieren tener un monopolio de sus vicios, y cuando encuentran a otras personas que poseen los mismos vicios las condenan con una vehemencia jamás experimentada por las personas honradas. Todo cuanto ha de hacer una para enterarse de los defectos de la gente es prestar oído a las acusaciones preferidas que se dirigen contra los demás. En aquellos tiempos no había columnistas de escándalos, claro está, pero abundaban los que esparcían los escándalos de viva voz y de boca en boca. Arrastrar a aquella mujer delante de toda la muchedumbre era exponer a la publicidad su pecado. La gente la empujaba, y la pobre mujer ocultaba el rostro entre sus manos y con el velo cubría su cabeza para esconder su vergüenza. Mientras arrastraban a su temblorosa víctima, expuesta, ante las curiosas miradas de los hombres, a la más terrible degradación que podía sufrir una mujer oriental, decían a nuestro Señor con fingida humildad:

> Maestro, esta mujer ha sido sorprendida en flagrante delito de adulterio. Y Moisés nos ha prescrito en la ley lapidar a estas mujeres. Tú, ¿qué dices?

Jn 8, 4 s

Tenían razón al decir que la ley mosaica ordenaba que se castigara con la pena de lapidación el delito de adulterio. Nuestro Señor advirtió en seguida la mofa que había en las palabras de ellos al llamarle «maestro». Conocía que esto no era más que una capa con que encubrir sus siniestros designios. Por otro lado, su alma sentía congoja inmensa ante aquel deplorable espectáculo, puesto que Él había enseñado la santidad del matrimonio, y aquella mujer lo había violado. Por otra parte, sabía que los escribas y los fariseos no veían en aquel incidente más que una oportunidad para interrumpir su sermón y contradecirle. Sabía que estaban dispuestos a servirse de la infeliz mujer como instrumento pasivo del odio que sentían hacia Él, no porque se sintieran moralmente indignados por el pecado, no porque velaran por los fueros de Dios, sino solamente para atizar al pueblo contra Jesús.

En el acto de presentar a aquella mujer a nuestro Señor se ocultaba una doble astucia. Ante todo, a causa del conflicto existente entre los judíos y los romanos, p-, éstos, que eran los dominadores del país, se habían reservado el derecho de condenar a muerte. Pero había otro aspecto en la cuestión: la ley de Moisés preceptuaba que si una mujer era

sorprendida cometiendo adulterio muriera apedreada. Tal era el dilema en que le habían colocado: si nuestro Señor dejaba libremente marcharse a la mujer sin el castigo, desobedecería la ley de Moisés; pero si acataba la ley y decía que había de ser apedreada por adulterio alentaría entonces a la gente a quebrantar la ley romana. En ambos casos quedaría atrapado. El pueblo se opondría a Él por violar la ley mosaica, mientras que los tribunales romanos le acusarían de violar su ley. Sería o un hereje con respecto a Moisés o un traidor con relación a los romanos.

Otro punto capcioso de la cuestión era el siguiente: o dejaría libre a la mujer, o la condenaría. Si la condenaba, dirían que no era misericordioso; y Él se llamaba a sí mismo misericordioso. Había comido con publícanos y pecadores, había dejado que una mujer pública le lavara los pies mientras estaba comiendo; si la condenaba, ya no podría seguir diciendo que era amigo de los pecadores. Puesto que había dicho:

> El Hijo del hombre vino a buscar y salvar lo que se había perdido.

Lc 19, 10

Por otra parte, si la dejaba ir obraría en contradicción con la santa ley de Moisés, que Él había venido a cumplir. Puerto que había dicho:

No penséis que he venido a poner a un lado la ley y los profetas; no he venido a ponerlos a un lado, sino a elevarlos a su perfección.

Si decía que era Dios, entonces la ley de Moisés procedía de Él. Si desobedecía aquella ley, negaba su propia divinidad. De ahí sus preguntas: «Moisés nos mandó apedrear a estas mujeres; tú ¿qué dices?»

Ésta habría sido una cuestión difícil de resolver para uno que fuera simplemente un hombre, pero Él era Dios al mismo tiempo que hombre. Aquel que había reconciliado ya la justicia con la misericordia en su encarnación, hacía la aplicación de ello en aquel momento en que se inclinó y se puso a escribir algo en el suelo. Ésta es la única vez que vemos a nuestro Señor escribiendo. Nadie sabe lo que escribió. El evangelio nos dice simplemente:

> Se inclinó Jesús, y con su dedo escribía en tierra

Jn 8, 6

Ellos habían invocado la ley de Moisés. También la invocaría Él. ¿De dónde procedía la ley de Moisés? ¿Quién la había escrito? El libro del Éxodo nos da la respuesta:

> Y Moisés volvió el rostro y bajó del monte, con las dos tablas de la Ley en su mano; tablas escritas por ambos lados; de esta y de esa otra parte estaban escritas. Y las tablas eran obra de Dios, y la escritura era escritura de Dios, grabada sobre las tablas.

Es *2,* 15-17

¡Ellos le recordaban la ley! ¡Él, a su vez, les recordaba que Él había escrito la ley! El mismo dedo, en sentido simbólico, que ahora estaba escribiendo en las tablas de piedra del suelo del templo había escrito también sobre las tablas de piedra en el monte Sinaí. ¿Tenían ojos para ver al que había dado la ley a Moisés, allí, delante de ellos? Pero estaban tan ocupados pensando en el modo de hacer que se contradijera, que ni se fijaron en lo que escribía; y seguían haciéndole preguntas, tan seguros estaban de haberle atrapado.

> Mas, como perseverasen preguntándole, se enderezó, y les dijo: El que entre vosotros esté sin pecado, arroje el primero la piedra contra ella. Y otra vez, inclinándose hacia abajo, escribía en tierra.

Jn 8, 7 s

Moisés tenía escrita sobre piedra la ley que condenaba a muerte por el delito de adulterio. Nuestro Señor no destruiría la ley mosaica, sino que la perfeccionaría al enunciar una ley más elevada: nadie puede juzgar, salvo los inocentes. Estaba convocando una nueva clase de jurado; sólo los inocentes pueden condenar. Pasaba de la ley a la conciencia, y del juicio de los hombres al juicio de Dios. Los que tienen el alma manchada por la culpa deben abstenerse de juzgar.

Un viejo escudo herrumbroso rogó un dio al sol: «¡Oh sol, ilumíname!»; y el sol le respondió: «Antes es preciso que tu superficie sea bruñida». ¿Acaso esta mujer había de ser juzgada por hombres que a su vez eran también culpables? Esto era una declaración solemne de que sólo los que no tienen pecado tienen derecho a juzgar. Si en la tierra hay alguien realmente inocente, se verá que su misericordia es más fuerte que su justicia. Es cierto que un juez puede condenar muy a menudo aun criminal por un crimen del que él mismo es culpable; pero en su capacidad oficial actúa en el nombre de Dios, no en el suyo propio. Estos acusadores espontáneos no eran sujetos adecuados para defender o ejecutar la ley mosaica. Nuestro Señor estaba recordando una frase que había dicho ya en el sermón de la montaña:

> No juzguéis, para que no seáis juzgados. Porque con el juicio que juzgáis, seréis juzgados; y con la medida que medís, se os medirá. ¿Y por qué miras la paja que está en el ojo de tu hermano, y no adviertes la viga que está en tu ojo? ¿O cómo dirás a tu hermano: Espera, echaré fuera la paja de tu ojo? ¡Y he aquí una viga en tu propio ojo! ¡Hipócrita!, echa fuera primero la viga de tu ojo, y entonces verás claramente para echar fuera la paja del ojo de tu hermano.

Mt 7, 1-5

Mientras Él estaba escribiendo en el suelo, los escribas y los fariseos tenían piedras en sus manos, dispuestos a ejecutar la sentencia. Cada uno de ellos habría deseado poder arrojar una piedra más grande y más pesada que las de sus compañeros. Algunos de aquellos hombres estaban libres del vicio de aquella mujer simplemente debido a que estaban dominados por otros vicios. De la misma manera que una enfermedad puede curarse mediante otra enfermedad, así también a menudo un vicio excluye otro vicio; el borracho puede que no sea ladrón, aunque sea frecuentemente un embustero; y el ladrón, como Judas Iscariote, no es preciso que sea también adúltero, aunque las películas describan siempre como tal a Judas. Hay muchas personas que pecan por orgullo, por avaricia, por el deseo de poderío, y se imaginan que son virtuosos simplemente porque tales pecados les confieren una nota de respetabilidad en el ambiente en que se desenvuelve su vida. Los pecados respetables son los más odiosos, puesto que nuestro Señor ya dijo que hacían a los hombres iguales a «sepulcros blanqueados, limpios por fuera, y por dentro llenos de huesos de muerto». Los pecados más bajos de la gente pobre crean cargas públicas tales como auxilio social y prisiones, y son considerados despectivamente; pero los pecados respetables, tales como la corrupción en las altas esferas administrativas, la deslealtad a la patria, la enseñanza de malas ideas en las universidades, son dispensados, ignorados e incluso alabados como virtudes.

Nuestro Señor daba aquí a entender que Él consideraba los pecados respetables incluso más odiosos que aquellos otros que la sociedad condenaba, porque ya habían sido condenados. Pero condenaba a los que pecaban y negaban que fueran pecadores.

Ahora levantó los ojos y fue mirando a aquellos hombres uno tras otro, empezando por los más viejos; era una de aquellas miradas serenas y penetrantes que anticipaban lo que habrá de ser el juicio final.

Y ellos, cuando esto oyeron, salieron uno por uno, comenzando por los mayores.

Jn 8, 9

Tal vez cuanto más viejos, más pecadores. Él no los condenó; más bien hizo que se condenaran a sí mismos. Tal vez miró a un anciano y la conciencia de éste se iluminó con la palabra «ladrón», y el pecador dejó caer la piedra de su mano al suelo y se marchó de allí. Un joven vio que su conciencia le acusaba de asesinato, y también se fue; uno tras otro se fueron alejando, hasta que sólo quedó un joven. Al contemplar el Salvador a este último superviviente, hizo que tal vez la conciencia le acusara de adulterio; dejó caer la piedra y se alejó presuroso. No quedó ni uno solo.

Mas ¿por qué se había agachado y vuelto a escribir? Puesto que ellos apelaban a la ley de Moisés, Él también apelaría a ella. Moisés rompió las primeras tablas en las que Dios había escrito con su dedo, al hallar a su pueblo adorando al becerro de oro. Así Dios escribió otra tabla de piedra, y esta segunda fue llevada al arca de la alianza, donde fue colocada en el trono de la gracia y rociada con sangre inocente. Tal sería el modo como la ley de Moisés sería llevada a la perfección, con la aspersión de sangre... la sangre del Cordero.

Al defender a la mujer, Cristo demostró ser un amigo de los pecadores, pero sólo de aquellos que reconocían que lo eran. Tenían que descender hasta los despreciados por la sociedad para poder encontrar nobleza de corazón y generosidad sin límites, lo cual, según Él, constituía la misma esencia del amor. Aunque eran pecadores, su amor los elevaba por encima de los que se creían sabios y que se bastaban a sí mismos, los cuales nunca doblaban las rodillas para rezar una oración pidiendo perdón. Jesús llegó a poner una prostituta por encima de un fariseo, a un ladrón arrepentido por encima de un sacerdote, y a un hijo pródigo por encima de su hermano de conducta ejemplar. A todos los charlatanes que le dijeran que no podían ingresar en su Iglesia porque no era suficientemente santa, les preguntaría Él: «¿Qué grado de santidad debe alcanzar la Iglesia para que podáis ingresar en ella?» Si la Iglesia fuera tan santa como ellos querían que fuese, ¡jamás se habría permitido la entrada a ellos! En cualquier otra religión debajo del sol, en cualquier religión oriental, desde el budismo hasta el confucianismo, se ha exigido siempre cierta purificación antes de poder comunicar con la divinidad. Pero nuestro Señor traía al mundo una religión en la que para poder acercarse a Dios es

condición indispensable el reconocimiento de los pecados. «Los que están sanos no necesitan de médico, pero sí los que están enfermos.»

Levantó los ojos hacia la mujer, que se había quedado a solas con Él, y le preguntó:

> Mujer, ¿dónde están tus acusadores? ¿No hay quien te condene?

Jn 8, 11

La ley mosaica exigía dos testigos para acusar de un delito antes de que pudiera ejecutarse una sentencia. Pero aquellos que se decían defensores de la ley de Moisés ya no estaban allí para actuar como testigos. Obsérvese que nuestro Señor la llamó «mujer». Había muchos otros nombres con que podía haberla designado, pero con esta palabra hizo que aquella mujer representara a todas las mujeres del mundo que aspiraban a la pureza y la santidad en unión con Él. Había un dejo de jocosa ironía en la pregunta «¿Dónde están?» Estaba llamando la atención de la mujer hacia el hecho de que se había quedado sola. Había apartado de ella a todos sus acusadores. Entonces Jesús le preguntó:

> ¿No hay quien te condene? Ella le respondió: Nadie, Señor.

Si no había nadie que arrojara la piedra sobre ella, tampoco se la arrojaría El. La que había acudido a Él como juez le encontraba como Salvador. Los acusadores le llamaron «Maestro»; ella le llamaba «Señor», como si reconociera que se hallaba en presencia de alguien infinitamente superior a ella. Y la fe que puso en Él estaba justificada, por cuanto Jesús se volvió a ella y le dijo así:

> Ni yo tampoco te condeno; vete y en adelante no peques más.

Jn 8, n

Mas ¿por qué no había de condenarla? *Porque Él sería condenado en lugar de ella.* La inocencia no quiere condenar, porque la inocencia prefiere sufrir por los culpables. La justicia quedaría a salvo, puesto que Él pagaría la deuda que ella había contraído con sus pecados; la misericordia quedaría también a salvo, porque los méritos de su muerte serían aplicados al alma de aquella mujer. Primero la justicia, luego la misericordia; primero la satisfacción por los pecados, luego el perdón. Nuestro Señor era, en realidad, el único en toda aquella multitud que tenía derecho a levantar la piedra y ejecutar' sentencia contra aquella mujer, porque Él era sin pecado. Por otro lado, no se trataba de que diera poca importancia al

pecado, puesto que cargaba sobre sí con su peso. Algo había de costar el perdón, y el precio entero habría de pagarse en la colina de las tres cruces, donde se daría satisfacción a la justicia y se extendería la misericordia. A este rescate de la esclavitud era a lo que Él daba el bello nombre de libertad.

> Pues cuando el Hijo del hombre os haga libres, gozaréis de verdadera libertad.
>
> Jn 8, 36

22. EL BUEN PASTOR

A menudo los filósofos, los científicos y los sabios pretenden que sus sistemas son superiores a todos los otros. Nada tiene, pues, de extraño que, siendo maestros tanto nuestro Señor como los fariseos, se suscitara una polémica entre ellos en relación con sus doctrinas. Pero Jesús, como siempre, rehusó colocarse al nivel de los maestros humanos; pretendía la exclusividad de ser un Maestro divino. Pero fue incluso más allá. Vino para sacrificarse por sus ovejas, no sólo para ser un Maestro que enseñara a sus discípulos. Los fariseos y Él discutieron sobre sus doctrinas respectivas. Por un lado, Él se llamaba a sí mismo la puerta que ofrecía el camino exclusivo de las ovejas y, finalmente, era la Oveja que se convertiría en víctima. Por otra parte, presentaba a los fariseos como aquellos que no entraban por la puerta y que, por lo tanto, trataban de robar el ganado; como mercenarios que huirían cuando vinieran los lobos; y, finalmente, como lobos que querían devorar a las ovejas.

La disputa se inició después de que nuestro Señor había devuelto la vista a un ciego de nacimiento. Los fariseos empezaron a realizar una investigación sobre aquel milagro. No podía negarse que aquel hombre ciego gozaba ahora del don de la vista; pero los fariseos estaban tan resueltos a que esto no fuera tenido por milagro, que fueron al encuentro de los padres del hombre, los cuales, sin embargo, dieron fe de que su hijo había nacido realmente ciego.

Decidieron entonces que no habría prueba alguna que bastara a hacerlos cambiar de parecer, porque ahora

> Habían resuelto que si alguno confesara que Jesús era el Mesías, fuese echado de la sinagoga.
>
> Jn 9, 22

Así, aquel hombre ciego desde su nacimiento fue el primero de la larga lista de confesores que nuestro Señor dijo serían expulsados de las

sinagogas. Los fariseos, al hallar al ciego, le dijeron que Jesús no podía haber obrado aquel milagro porque «es hombre pecador». El que había sido ciego, al impacientarse entonces ante tantas preguntas de los fariseos y ver que ellos se negaban a aceptar las pruebas tan palpables de que disponían, les replicó:

Si éste no fuera de Dios, no podría hacer nada.

Jn 9, 33

Aquel mendigo era mucho más sabio en su modo de entender el milagro que aquellos fariseos, de la misma manera que José fue más sabio que los pretendidos sabios de Egipto en la interpretación del sueño del faraón. El progreso realizado por el ciego en cuanto a su pensamiento y su fe era semejante al de la samaritana junto al pozo. Primero, el ciego dijo de Jesús:

Aquel hombre llamado Jesús.

Jn 9, 11

Luego, respondiendo a otras preguntas, dijo, al igual que la mujer del pozo:

Es un profeta.

Jn 9, 17

Finalmente, declaró que debía venir de parte de Dios. Tal suele ser el proceso que siguen aquellos que acaban por encontrar la verdad acerca de Cristo. Cuando el hombre que había sido curado confesó que Cristo era el Hijo de Dios, los fariseos lo excomulgaron de la sinagoga. Se trataba de un hecho grave, puesto que tal acto le privaba de los privilegios externos del común del pueblo y le convertían en objeto de burla y escarnio. Al enterarse de aquella decisión, nuestro Señor, que no descansa hasta encontrar a la oveja perdida, fue en busca del hombre y, mirándole fijamente, le dijo:

¿Crees tú en el Hijo de Dios?

Jn 9, 35

Y el mendigo le respondió:

¿Quién es, Señor, para que yo crea en El?

Jn 9, 36

La contestación del Señor fue la misma que había dado a la mujer del pozo:

> Tú mismo le estás viendo; es el que habla contigo.
>
> Jn 9, 37

El hombre que había sido ciego se arrodilló entonces ante el Señor en actitud de adorarle. La suya no era la fe que confiesa con los labios, sino que adoraba a la Verdad encarnada. Su modo de razonar era muy sencillo y, sin embargo, sublime. El hacedor de tal milagro había de proceder de Dios. Luego, si era de Dios, su testimonio había de ser verdadero.

Los fariseos habían llevado a efecto una investigación completa sobre el milagro; no había duda alguna en cuanto se refería a los testigos; los padres del ciego y el ciego mismo admitían que se había producido un estupendo milagro; un milagro en los ojos al devolverles la vista, y un milagro en el alma al darle la fe en Cristo. Debido a que los fariseos rechazaban la evidencia, nuestro Señor les dijo que eran unos guías ciegos, y debido a que le habían rechazado a Él mismo, sobre ellos recaería la sentencia. Les dijo que habían tenido la oportunidad de ser iluminados por Él, que era la Luz del mundo. Sin aquella iluminación, su ceguera podía constituir una desgracia, pero ahora era un delito.

Habían cerrado la puerta de la sinagoga a aquel ciego de nacimiento. Los fariseos creían que de este modo le cortaban toda comunicación con la Divinidad. Pero nuestro Señor dijo a la muchedumbre que, aunque la puerta de la sinagoga estuviera cerrada, otra puerta se les abría:

> Yo soy la Puerta: si alguno entrare por mí, se salvará; entrará, y saldrá, y hallará pastos.
>
> Jn 10, 9

No les dijo que hubiera muchas puertas, ni tampoco que no importaba cuál fuera la puerta que uno buscara para alcanzar la vida superior; no dijo que Él fuese una puerta, sino la Puerta. Sólo había una puerta en el arca, a través de la cual entraron Noé y su familia para salvarse del diluvio; no había sino una puerta en el tabernáculo o lugar santísimo. Reclamaba para sí el derecho exclusivo de admitir o rechazar a quienquiera que fuese con relación al verdadero rebaño de Dios. No dijo que su doctrina o su ejemplo fueran la puerta, sino que Él personalmente era el único acceso a la plenitud de la vida divina. Cristo ocupa un lugar único y no comparte sus honores con sus colegas, ni siquiera con Moisés, y mucho menos con Zoroastro, Confucio, Mahoma o cualquier otro.

> Nadie viene al Padre sino por mí.
>
> Jn 14, 6

Después de decir a los fariseos que no eran verdaderos maestros, sino solamente guías ciegos, extraños y mercenarios, se presentó a sí mismo en contraste con ellos, no sólo como el único Maestro, sino como algo infinitamente superior. No estaba dando simplemente ideas o leyes, sino su propia vida.

> Yo he venido para que tengan vida, y para que la tengan en abundancia.
>
> Jn 10,10

Los hombres tienen existencia, pero Él les daría vida, no biológica o física, sino divina. La naturaleza sugiere esta vida más abundante, pero no puede darla. Los animales poseen una vida más abundante que los vegetales, el hombre la posee más abundante que los animales. Sin embargo, Él dijo que venía para dar una vida que trascendía la vida humana.

A continuación procedió a demostrar que Él confería esta vida no por medio de su doctrina, sino de su muerte. No era únicamente un Maestro, sino primordialmente un Salvador. Para ilustrar nuevamente el propósito de su venida, retrocedió hasta el Antiguo Testamento. Ninguna figura se emplea más en el Éxodo para describir a Dios guiando a su pueblo de la esclavitud a la libertad, que la figura de un pastor. Los profetas hablaron también frecuentemente de los pastores que mantenían a su rebaño en los buenos pastos, y los comparaban con los falsos pastores. Isaías describe a Dios llevando a sus ovejas en sus brazos, y Ezequiel lo describe como un pastor que busca sus ovejas perdidas. El cuadro más funesto de todos fue el descrito por Zacarías al profetizar que el Pastor-Mesías sería herido y las ovejas dispersadas. La profecía más conocida es la del salmo 23, en que se presenta al Señor guiando a sus ovejas a los verdes pastos.

Nuestro Señor mostró a qué precio habrían de adquirirse estos verdes pastos. No era el Buen Pastor porque procurara abundancia económica, sino porque entregaría su propia vida por sus ovejas. Una vez más aparece la cruz bajo el símbolo del pastor. El patriarca-pastor Jacob y el rey-pastor David se convierten ahora en el Salvador-Pastor, de la misma manera que el báculo se convierte en cayado, el cayado en cetro y el cetro en cruz.

Si el Padre me ama, es porque yo entrego mi vida para volver a tomarla. Nadie me la quita, sino que la entrego por mí mismo. Poder tengo para entregarla, y para volver a tomarla.

Jn 10, 17 s

Su muerte no es accidental ni imprevista; tampoco habla Él de su muerte aparte de su gloria; ni tampoco de entregar su vida sin volver a tomarla. Ninguno que fuera simplemente hombre habría dicho estas palabras. La invisible ayuda del cielo estaba presta a acudir a su llamada. Aquí declaró nuestro Señor que el amor de su Padre le había enviado con la misión que había de cumplir en la tierra. Ello no quería indicar el comienzo del amor del Padre, como pudiera ser el comienzo de un amor de padre hacia uno q[ue] hubiera salvado a su hijo de morir ahogado. Él era ya el objeto eterno de un eterno amor. Pero ahora, en su naturaleza humana, ofrece una razón de más para ese amor, a saber, la demostración de ese, amor por medio de la muerte. Puesto que era sin pecado, la muerte no tenía poder sobre Él. Volver a asumir su vida formaba parte del plan divino, de la misma manera que formaba parte entregar su vida. Los corderos de los sacrificios que se habían venido ofreciendo a lo largo de los siglos eran portadores de pecado por imputación, pero eran también pacientes inconscientes llevados en su ignorancia hacia el altar. El sacerdote de la antigua Ley colocaba la mano sobre la oveja para indicar que estaba imputando pecados a la víctima que iba a sacrificarse. Pero Jesús asumió voluntariamente el pecado a causa de la nueva vida que Él concedería después de su resurrección. Al decir que ponía su vida por sus ovejas no quería indicar solamente a causa de ellas, sino también en lugar de ellas. Después de la resurrección, cuando Él dio a Pedro el triple mandato de apacentar a sus corderos y ovejas, profetizó que Pedro moriría por su grey, tal como Él mismo había hecho.

El Padre le amaba, decía, no simplemente a causa de que Él entregaba su vida, porque los hombres pueden convertirse en víctimas de fuerzas superiores. Si moría sin volver a tomar su vida, su función habría cesado después de su sacrificio; de ello no habría quedado más que un recuerdo. Pero el amor del Padre tenía un propósito mayor que todo esto. Volvería a asumir su vida y continuaría ejerciendo sus derechos reales. Al reasumir su vida, podría continuar en su soberanía, aunque bajo condiciones diferentes.

Esta doble acción era efecto del mandato que le había impuesto su Padre.

> Este mandamiento recibí de mi Padre.
>
> Jn 10, 18

Así, mientras la entrega de su vida y el volver a asumirla era algo espontáneo, también era consecuencia de una orden y una misión que había recibido de su Padre celestial cuando vino a este mundo como hombre. El Padre no quería que su Hijo pereciera, sino más bien que triunfara en el acto de amor más grande posible. Más adelante, en la agonía del huerto, corroboraría esta mezcla de su propio libre albedrío con la misión divina que había recibido. Anteriormente, sus oyentes le habían oído decir:

> Porque descendí del cielo, no para hacer mi propia voluntad, sino la voluntad de aquel que me envió.
>
> Jn 6, 38

Así, la disputa que empezó con el tema de la primacía en la enseñanza terminó con el de un aumento de vida mediante la redención. El milagro de dar la vista al ciego de nacimiento era como todos sus milagros: aludía a su obra de dar la vida en rescate por la humanidad. Cada momento de su vida encerraba la idea de la cruz. Su voluntad activa de exponerse a la cruz a causa del amor era completamente distinta de la aceptación estoica de la cruz cuando ésta viniese. Pero Él traspuso voluntariamente las puertas del Calvario por causa de la justicia. Más adelante hablaría Pablo a los romanos de las maravillas del amor que el Pastor había tenido para él, su oveja negra.

> Porque Cristo, cuando todavía débiles, a su debido tiempo murió por los impíos. Porque apenas por un justo morirá alguno; pero por un hombre de bien quizás alguno se atreva a morir.
>
> Rom 5, 6-8

23. EL HIJO DEL HOMBRE

Ningún otro título usó nuestro Señor más a menudo para designarse a sí mismo que el de «Hijo del hombre». Ninguna otra persona le llamó jamás por tal título, pero Él se lo aplicó a sí mismo por lo menos ochenta veces. Ni tampoco era «un Hijo del hombre». Este título encierra su existencia, tanto eterna como temporal. En su conversación con Nicodemo, indicó que era Dios en forma de hombre.

> Hay uno que descendió del cielo; el Hijo del hombre, que está en el cielo. De tal manera amó Dios al mundo, que dio a su Hijo unigénito...
>
> Jn 3, 13-16

Que «el Hijo del hombre» se refería a su naturaleza humana, que se hallaba en unión personal con su naturaleza divina, se evidencia en el hecho de que la primera vez que nuestro Señor se refirió a sí mismo como «el Hijo del hombre» fue al ser reconocido por sus discípulos como el Hijo de Dios.

Cristo vino a la existencia humana bajo una forma que no le era natural como Hijo de Dios. Este asumir la naturaleza humaba fue para Él una humillación, un vaciamiento, una *kenosis* de su gloria. La renuncia fundamental de su divina gloria creó una condición física de vida que le hizo aparecer como un hombre; su sufrimiento y su muerte fueron las consecuencias lógicas de esta humillación. Como Dios no podía sufrir; como hombre sí podía.

A menudo hizo esta distinción entre el Hijo del hombre y el Hijo de Dios. En cierta ocasión, cuando sus enemigos intentaban darle muerte, dijo:

> Vosotros sois de abajo, yo de arriba. Vosotros sois de este mundo; yo no soy de este mundo.

Jn 8, 23

A veces, el título «el Hijo del hombre» se emplea con referencia a su venida en el último día para juzgar a todos los hombres; otras veces se refiere a su misión mesiánica de establecer el reino de Dios en la tierra y traer el perdón de los pecados. Pero con mayor frecuencia se refiere a su pasión, muerte y resurrección. Lu0 implicaba también su misión como Salvador y su humillación como Dios en la debilidad de la carne humana. De la misma manera que un rey puede tomar otro nombre cuando viaja de incógnito, así también el Hijo de Dios tomó otro nombre, el de «el Hijo del hombre», no para negar su divinidad, sino más bien para afirmar la nueva condición que había asumido. Puesto que se estaba humillando y haciendo obediente hasta la muerte en la cruz, el título «Hijo del hombre» simboliza la ignominia, el envilecimiento y el pesar que supone el destino humano. Describía lo que *había venido a ser,* más bien que lo que Él *es* desde toda la eternidad. El «Hijo del hombre» o el «Varón de dolores» fue también, como Él mismo dijo, objeto de profecía:

> Ha sido escrito del Hijo del hombre que ha de sufrir muchas cosas, y ser tenido en nada.

Mc 9, 11

Debido a que el nombre no sólo envolvía la idea de humillación, sino también de identificación con la humanidad pecadora, *jamás usó esta expresión después de que hubo redimido a la humanidad y resucitado de entre los muertos.* Los glorificados labios de «la resurrección y la vida» jamás volvieron a pronunciar esta expresión de «el Hijo del hombre». Dejó tras sí la unidad que había tenido con la humanidad irredimida.

Que la bajeza de esta su presente condición era lo que deseaba poner de manifiesto, se hacía evidente mediante su identificación con los males y miserias de los hombres. Si había hombres sin hogar, también Él carecería de hogar:

> Las zorras tienen cuevas, y las aves del cielo, nidos; mas el Hijo del hombre no tiene donde recostar la cabeza.

Mt 8, 20

Dado que la verdad que venía a traer a esta tierra estaba reservada para aquellos que aceptaran su divinidad, y no se trataba de algo para halagar los oídos, nunca usó la expresión «el Hijo del hombre» como fuente de aquella verdad. La verdad que vino a traer era divina, definitiva

y absoluta. De ahí que evitara usar la expresión «Hijo del hombre» en conexión con su naturaleza divina, que era una con el Padre.

> Yo le conozco, y guardo su palabra.
>
> Jn 8, 55

> Yo soy la verdad.
>
> Jn 14, 16

> Creedme cuando os digo esto.
>
> Jn 6, 32

Pero cuando viniera para juzgar al mundo al fin de los tiempos, separando las ovejas de las cabras, pesando la virtud y el vicio de cada alma, aquel privilegio y autoridad le pertenecerían debido a que sufrió y redimió a la humanidad como «Hijo del hombre». Deudo a que fue obediente hasta la muerte, su Padre le ensalzó a la categoría de juez. Conociendo lo que hay en el hombre por ser el «Hijo del hombre», podía juzgar mejor a los hombres.

> El Padre... le ha dado potestad de ejecutar juicio, por cuanto Él es el Hijo del hombre.
>
> Jn 5, 27

Aunque «el Hijo del hombre» indicaba su asociación con la humanidad, Jesús procuraba con todo cuidado hacer destacar que Él era igual a los hombres en todas las cosas menos en el pecado. Desafió a sus oyentes a que le convencieran de pecado. Pero todas las consecuencias del pecado recaían sobre Él en cuanto que era «el Hijo del hombre». De ahí su oración en que pedía, si fuera posible, que pasara aquel cáliz de amargura; la necesidad que tuvo de padecer hambre y sed; su agonía y su sudor de sangre; quizá también que pareciera más viejo de lo que era en realidad; su condescendencia a lavar los pies de sus discípulos; su falta de resentimiento cuando aquellos capitalistas propietarios de puercos le obligaron a marcharse de donde guardaban sus piaras; haber tenido que soportar que le acusaran falsamente de ser un bebedor de vino y un glotón; su mansedumbre, que manifestó al esconderse cuando sus enemigos querían apedrearle; sobre todo, su paciencia al soportar las tribulaciones, la angustia, el dolor, el miedo, la ansiedad mental, la fiebre, el hambre y la agonía durante las horas de su pasión... Todas estas cosas eran aptas para

inspirar a las personas que quisieran imitar al «Hijo del hombre». Nada humano le era extraño.

La familia humana no carece de pruebas: así Él santificó estas pruebas al vivir en una familia. La actividad y el trabajo realizados con sudor de la frente eran parte del destino de la humanidad; por lo tanto, Él, «el Hijo del hombre», se hizo carpintero. Ninguna aflicción humana que le sobreviene al hombre como resultado del pecado dejó de sobrevenirle también a Él en virtud de su unidad con la humanidad.

> Él mismo tomó nuestras enfermedades, y cargó con nuestras dolencias.

Mt 8, 17

Isaías había profetizado esta incorporación del Mesías con la fragilidad humana. Aunque en los evangelios no hay pruebas de que nuestro Señor hubiera estado alguna vez enfermo, tenemos muchos ejemplos de que sintió la flaqueza como si fuera suya, de la misma manera que sintió el pecado como si fuera propio de Él. De ahí que al efectuar su curación a veces «suspiraba» o «gemía» después de mirar al cielo, fuente de su poder. Las dolencias humanas le conmovían tan profundamente porque la sordera, la mudez, la lepra, la demencia eran los efectos del pecado, no en la persona afligida de estos males, sino en la humanidad en general. Debido a que su muerte suprimiría el pecado (aunque la liberación final de la enfermedad y del error no tendría efecto hasta después de la resurrección de los justos), dijo que le era tan fácil curar lo uno como lo otro.

> ¿Qué es más fácil, decir: tus pecados te son perdonados; o decir: levántate y anda?

Mt 9, 5

Suspiraba porque era un sumo sacerdote conmovido por todos los «males de que es heredera la carne». ¿Y qué diremos de las lágrimas? Lloró tres veces, porque la humanidad también llora. Cuando veía a los demás, como, por ejemplo, a María, afligida por la muerte de su hermano, Él sintió su dolor como propio.

> Cuando la vio a ella sollozando, y sollozando también a los judíos que habían venido con ella, fue profundamente conmovido en su espirita, y se turbó.

Jn ii, 33

En la muerte y entierro de Lázaro, Él vio la larga procesión de enlutados desde el primero al último, y también la razón de todo ello: cómo entró la muerte en el mundo con el pecado de Adán. Al cabo de unos días conoció que Él, como segundo Adán o «Hijo del hombre», tomaría sobre sí «los pecados del mundo», y con ello daría muerte a la muerte del mundo. Restaurar la salud física a la humanidad le costó algo a Él, tal como le costó la vida restaurarle la salud espiritual. En el primer ejemplo, como Hijo del hombre, sintió como si una energía que se perdió para Él pasara a la humanidad. Cuando la mujer que tenía flujo le tocó la orilla de su vestido, el evangelio nos dice que Él.

Conoció en sí mismo el poder que de Él había salido.

Mc 5, 30

Si bien, por lo tanto, ninguna enfermedad llegaba a Él por medio del contagio, las llevó todas como una madre amorosa lleva la agonía de su hijo y, si posible fuera, la tomaría sobre sí misma. Pero una madre no tiene aquel carácter representativo sobre su familia como el que Cristo sobre la familia humana. Él era el nuevo Adán que podía traer el perdón y la vida para todos los hombres, de la misma manera que el primer Adán trajo a todos los hombres el pecado y la muerte.

Finalmente, el título «el Hijo del hombre» significaba que Él era representante no sólo de los judíos ni de los samaritanos únicamente, sino de toda la humanidad. Su relación para con la humanidad era parecida a la de Adán. El linaje humano tiene dos cabezas: Adán y el nuevo Adán, Cristo. El «Hijo del hombre» no era un hombre particular, un hombre personal, sino más bien un hombre modelo, un hombre universal. Dios escogió entrar en la familia humana, y la expresión que mejor describe este hecho es: *Homo factus est.* Dios se hizo hombre y con ello adquirió la posibilidad de compartir la naturaleza humana. Entró en la realidad de la humanidad común. Asumió una naturaleza humana y la incorporó a su sagrada persona. Aristóteles dijo que, si los dioses Se interesan en los asuntos humanos, hay que suponer que hallen la mayor satisfacción en lo que es más afín a su propia naturaleza. Esto podría dar a entender cierto desdén hacia los humanos; de ahí que los griegos dijeran que las manifestaciones de la divinidad «eran demasiado hermosas para ser adoradas, demasiado divinas para ser amadas». Pero en la persona de Cristo lo cierto es precisamente lo contrario: «Él vino a lo suyo». Un santificador ha de ser uno con aquellos a quienes santifica. La misma diferencia de carácter entre las dos partes hace necesario que en cierto modo sean hechas una misma y

única cosa. Ha de haber un punto de contacto. El que es igual que sus hermanos tendría sobre ellos más ascendiente que el que no es igual que ellos. De ahí que, para poder ser un santificador, nuestro Señor tuviera que ser un hombre igual que sus hermanos no santos. Los santificaría al reproducir en su vida el perdido ideal del carácter humano y haciendo que ellos llevaran aquel ideal impreso en la mente y en el corazón.

El Ideal había de ser un *hombre ideal,* «hueso de nuestros huesos, carne de nuestra carne», «el Hijo del hombre». Había de vivir en medio de la humanidad desprovisto de todas las ventajas sociales, rebajado al nivel de la masa común de los hombres y presentando allí su elevado ideal en medio de un ambiente de bajos y serviles menesteres. De esta manera sería un compasivo sumo sacerdote que sentiría las necesidades de los hombres, y sería el verdadero representante de éstos delante de Dios. Cuanto más cerca estuviera de los por El representados, tanto más idóneo sería para el desempeño de su misión. Al compadecerse de los ignorantes y extraviados, alcanzó una semejanza con las personas que sufren merced a su propia experiencia y conciencia de las debilidades humanas.

No podía ser un sumo sacerdote para el hombre y obrar como intercesor por el hombre, y pagar su deuda al Padre, a menos que fuera tomado de *entre* los hombres. El título «Hijo del hombre» proclamaba que era hermano de los hombres. Pero los hombres no pueden ser hermanos a menos que tengan un padre común, y Dios no es Padre a menos que tenga un Hijo. Creer en la hermandad del hombre sin creer en la paternidad de Dios haría de los hombres un linaje de bastardos.

Pero la sola simpatía no basta para explicar del todo este título «Hijo del hombre». No solamente estaba dispuesto, sino incluso ansioso — como si se tratara de una verdadera necesidad — por compartir la misma suerte de los hombres. El amor de simpatía fue lo que le hizo descender del cielo a la tierra, y la camaradería en el sufrimiento fue un resultado completamente natural de todo ello. El amor es un principio vicario. Una madre sufre por y con su hijo, de la misma manera que un patriota sufre por su patria. Nada tiene de extraño que el Hijo del hombre, al encarnarse, viniera a visitar esta tierra tenebrosa, pecadora y desdichada... ya que la unidad de Cristo con los pecadores fue debida a su amor. El amor carga con las necesidades, los infortunios y las pérdidas e incluso con los errores de los otros.

Sufrió porque amaba. Pero algo más hemos de añadir a esto. No era suficiente que un hombre amara a otra hombre; si su sufrimiento había de

tener alguna vez algún valor, Él había de poseer algo que ofrecer a Dios por nosotros, y esta ofrenda poseería la cualidad necesaria que la hiciera eficaz. Había de ser válida de una manera perfecta y eterna; Él, por lo tanto, había de ser Dios lo mismo que hombre; de lo contrario, la reparación y la redención del hombre pecador carecería de valor a los ojos de Dios. La simpatía sola no bastaría para constituir una unidad entre Dios y lo que no es santo. La misión había de ser dictada por Dios. En virtud del divino «debe», Jesús no era sólo el sacerdote, sino también *la Víctima.* Quitó los pecados del mundo por medio del sacrificio de sí mismo. Como sacerdote, era el representante de la humanidad; como Víctima, era el substituto de la humanidad. Se ofreció a sí mismo como un sacrificio acepto a Dios. Constituye un perfecto ejemplo de sumisión y devoción a la divina voluntad, y Dios aceptó el sacrificio efectuado no por un hombre, sino por «el Hijo del hombre», o la raza humana representada por aquel Hombre modelo o arquetípico. Actuando como uno que lleva los pecados de otros, en modo alguno varió la relación que le unía con el Padre celestial; aunque Cristo en realidad llevaba los pecados ajenos sólo en el tiempo en que vivió sobre la tierra, puede decirse que los llevó ya también, en cierto modo, antes de venir a este mundo. De ahí que la Escritura le designó como «el Cordero sacrificado antes de la fundación del mundo».

Nadie —ni los demonios, ni sus enemigos, ni siquiera los apóstoles — le dio jamás el nombre de «el Hijo del hombre». De la misma manera que la expresión «Hijo de Dios», aplicada a sí mismo, no tenía más que un solo significado, a saber, el de Unigénito del Padre eterno, así también ese otro título, acuñado por Él mismo y aplicado solamente a Él, no tenía más que un significado exclusivo. Ningún otro fue jamás el representante de la raza humana. El «Hijo de Dios» es un extraño con relación al género humano, porque es su Creador; pero el «Hijo del hombre» era una sola cosa con la humanidad, salvo en el pecado. Como hombre, Él podía morir. Morir es una humillación, pero morir por otros es una glorificación. Su Padre, por tanto, manifestó un singular amor hacia Él al permitirle, como Hijo del hombre, que sufriera la muerte en vez de otros. El árbol genealógico de los antepasados terrenales no era realmente importante; lo que importaba era la genealogía de los hijos de Dios que Él inauguró en el Calvario.

24. EL CÉSAR O DIOS

La gente suele hablar más a menudo de salud cuando se halla enferma, de la misma manera que cuando más habla de libertad es cuando se halla en peligro de perderla o cuando se encuentra reducida a esclavitud. En ocasiones la libertad ha sido identificada con el desenfreno por un lado o con la tiranía por el otro. Toda vez que nuestro Señor venía a un país que estaba esclavizado y sojuzgado, cabía esperar que hubiera personas que no sintieran el deseo de ninguna otra clase de libertad que de la libertad política, es decir, que se les libertara del yugo del conquistador. Si Él hubiera sido un reformador ético, ésta es precisamente la libertad que hubiera dado. Pero si era un Salvador, como realmente era, la libertad espiritual era entonces más importante que la libertad política.

En la cima de la montaña Satán trató de concentrar la atención de Jesús en una carrera política, pero fracasó. Se trataba de que lo político sirviera a lo divino, mas no lo divino a lo político. Más adelante, cuando las masas intentaron proclamarle rey, Él huyó a las montañas. Pero la idea de una liberación política dominaba la mente del pueblo. Todo Israel había estado en manos de los romanos desde que Pompeyo entró en la Ciudad Santa defendida por Aristóbulo y llevó a éste y a otros miles de judíos al cautiverio. Por consiguiente, el país era tributario de Roma. Cuando se usaba la palabra «libertad» se entendía casi siempre en el sentido político de librarse de la esclavitud impuesta por el césar.

Nuestro Señor, por tanto, tuvo que habérselas constantemente con este problema, ya fuese porque algunos esperaban que Él sería un libertador político, o a causa de que cada vez que Él hablaba de libertad la gente entendía equivocadamente esta palabra y creía que se estaba refiriendo a que los liberaría de la esclavitud de Roma. En tres momentos diferentes dejó bien sentada su actitud a este respecto, sin dejar duda alguna acerca de lo que Él consideraba como la verdadera libertad:

1. La libertad política respecto al césar no era asunto primordial.

2. La verdadera libertad era espiritual y significaba liberación del pecado.

3. Para adquirir esta libertad para todos, tanto judíos como gentiles, se ofrecería voluntariamente como rescate por el pecado.

Dos grupos había que sostenían puntos de vista contrarios con relación al césar: los herodianos y los fariseos. Los herodianos no eran una secta o una escuela religiosa, sino un partido político. Externamente eran amigos del césar y de la autoridad romana; aunque no eran romanos, favorecían la casa de Herodes, que era el que ocupaba el trono judío. Esto los hacía amigos de la Roma pagana y del césar, ya que el mismo Herodes era vasallo del césar. Deseando ver algún día la Judea sometida al cetro de un príncipe de linaje herodiano, entretanto se sometían, como compañeros de viaje, a la autoridad pagana de Roma.

Otro partido era el de los fariseos, que ahora se hallaba en la cúspide de su poder. Como eran puritanos en lo que se refiere a la ley y a las tradiciones judaicas, rehusaban reconocer a Roma autoridad alguna, e incluso, según Josefo, habían intentado dar muerte a Herodes. Como nacionalistas, rehusaban reconocer el dominio romano y esperaban que algún día los judíos tendrían la soberanía del mundo bajo su rey Mesías.

Ambos grupos eran enemigos entre sí, no solamente porque los herodianos hacían causa común con el césar y estaban conformes con pagar tributo al vencedor, en tanto que los fariseos despreciaban al césar y pagaban sus impuestos a regañadientes, sino también porque los herodianos no sentían ningún interés especial por la religión, en tanto que los fariseos profesaban ser los modelos más ejemplares de la misma.

En una ocasión en que nuestro Señor había curado a un hombre en día de sábado, los fariseos empezaron a conspirar con los del partido de Herodes para acabar con Él. El hecho de que los fariseos llegaran a ponerse de acuerdo temporalmente con los herodianos muestra hasta qué punto era enconado el odio que unos y otros profesaban contra nuestro Señor. El evangelio sugiere que esta nueva conspiración tenía por objeto entregar Jesús a las autoridades romanas o, si no, al pueblo.

> Y armándole asechanzas, [los fariseos] enviaron espías, que se fingiesen justos, para sorprenderle en palabras, para entregarle a la jurisdicción y potestad del gobernador.

Lc 20, 20

Los herodianos no podían acercarse a nuestro Señor sin despertar sospechas acerca de sus viles intenciones, ni tampoco podían aproximarse a Él los fariseos, siempre llenos de audacia. Enviaron a algunos de sus alumnos jóvenes, los cuales fingieron que con toda inocencia acudían a Él en busca de información. A nuestro Señor, los fariseos quisieron darle la impresión de que alguna disputa había surgido entre ellos y los herodianos, lo cual ciertamente habría sido muy natural. Deseaban dirimir el asunto dirigiéndose a Él como si se tratara de un maestro de gran autoridad. Empezaron por alabarle mediante un poco de adulación.

> Maestro, sabemos que eres veraz, y enseñas con verdad el camino de Dios, sin acepción de personas, porque no miras la apariencia de los hombres.

Mt 22, 16

Luego vino la pregunta, que no podía ser más capciosa:

> ¿Es lícito pagar tributo al César, o no?

Mt 22, 18

«Esta contribución que nosotros, los fariseos, tanto detestamos, pero cuya legalidad sostienen esos herodianos, ¿hemos de pagarla, o no? ¿Quiénes tienen razón, nosotros, los fariseos, que la aborrecemos, o los herodianos, que la justifican?»

Esperaban que nuestro Señor respondiera: «los herodianos» o «los fariseos». Si respondía: «No, no es lícito pagar tributo al César», los herodianos le entregarían a las autoridades romanas, que a su vez ordenarían su muerte como conspirador y revolucionario. Si decía: «Sí, es lícito», entonces incurriría en el desagrado de los fariseos, los cuales irían ante el pueblo y le dirían que aquel hombre no era el Mesías, puesto que ningún Mesías o libertador, o salvador, jamás consentiría que el pueblo doblegara la cerviz al yugo de un invasor. Si rehusaba pagar el tributo, era un rebelde; si consentía en pagarlo, era un enemigo del pueblo. Decir «no» le haría traidor al César; decir «sí» le convertiría en un antinacionalista, en un antipatriótico. En ambos casos parecía cogido en la trampa. Los compañeros de viaje le condenarían por ser un enemigo del gobernante, el César; los semirreligiosos le condenarían por ser un enemigo de su patria. La trampa que se encerraba en aquella pregunta quedaba reforzada por la fusión de los elementos religioso y político en la antigua historia de Israel, aunque ahora ambos están separados. ¿Cómo era posible aplicar a la vez una medida absoluta a Dios y al César?

A esta pregunta capciosa, tan maliciosamente formulada, respondió nuestro Señor:

¿Por qué me tentáis, hipócritas?

Mt 22, 18

A pesar de que ellos empezaron con una adulación, nuestro Señor pudo advertir en sus palabras el silbido de la serpiente. Aunque proclamaban que Él era veraz e imparcial, Él los cegó con la ráfaga luminosa de una sola palabra, proferida con indignación: «hipócritas». Luego les dijo así:

Mostradme la moneda del tributo.

Mt 22, 19

Nuestro Señor no tenía ninguna. Ellos sacaron un denario y se lo dieron. Por un lado estaban impresos los rasgos del emperador, Tiberio César, y por el otro el título *Pontifex Maximus.* Debió de producirse un gran murmullo en el momento en que la muchedumbre vio la moneda en la mano de nuestro Señor. No pasarían muchos días sin que aquel que era rey de reyes tuviese aquellas mismas manos traspasadas por clavos por orden del representante del hombre cuya efigie estaba contemplando ahora. Nuestro Señor les preguntó:

¿De quién es esta imagen e inscripción?

Respondieron ellos:

Del césar.

Entonces vino la respuesta fulminante:

Pagad, pues, al césar lo que es del césar; y a Dios lo que es de Dios.

Mt 22, 21

Nuestro Señor no tomó partido alguno, porque la cuestión básica no era Dios o el césar, sino Dios y el césar. Aquella moneda usada en sus compras cotidianas mostraba que ya no eran independientes desde el punto de vista político. En aquella esfera inferior de la vida había que pagar la deuda al gobierno. Él no fomentaba aspiraciones a la independencia; no prometía ninguna ayuda a la liberación. Era incluso obligación de ellos reconocer la presente dominación del césar, *imperante Tiberio.* La palabra griega del evangelio para «pagar» o «devolver» indicaba un deber moral

como aquel de que más adelante habló san Pablo a los romanos, *imperante Nerone:*

> Sométase toda persona a las potestades superiores; porque no hay potestad que no sea de Dios, y las que hay, ordenadas son por Dios.

Rom 13, 1

Pero, con objeto de responder a la objeción de que el servir al gobierno eximía de servir a Dios, añadió:

> Y a Dios lo que es de Dios.

Mt 22, 21

Una vez más decía que su reino no era de este mundo; que la sumisión a Él no es incompatible con la sumisión a las potestades seculares; que la libertad política no es la única libertad. A los fariseos que odiaban al césar les ordenaba: «Dad al césar»; a los herodianos, que con su amor al césar se habían olvidado de Dios, les daba este principio básico: «Dad a Dios». Si el pueblo hubiera dado a Dios lo que le es debido, ahora no se vería en la presente situación de tener que dar al césar demasiado. Él había venido ante todo para restablecer los derechos de Dios. Como ya les había dicho anteriormente, si ellos buscaban primero el reino de Dios y su justicia, todas estas cosas, tales como la libertad política, les serían dadas por añadidura.

Aquella moneda ostentaba la efigie del césar, pero ¿qué efigie era la que ostentaban en sí mismos los que habían venido a preguntar? ¿No era la imagen de Dios mismo? Esta imagen era precisamente la que Jesús tenía interés en restaurar. La imagen política podía permanecer como estaba de momento, ya que Él no levantaría un solo dedo para cambiar la clase de moneda. Pero daría la propia vida para que ellos pudieran dar a Dios las cosas que son de Dios.

La verdadera libertad

Esta cuestión de la libertad se suscitó durante la segunda visita de nuestro Señor a Jerusalén. Había estado hablando precisamente de la verdad como condición para la libertad, diciendo:

> La verdad os hará libres.

Jn 8, 32

De la misma manera que en la mecánica un hombre es más libre para hacer funcionar una máquina cuando conoce la verdad acerca de ella, en el orden espiritual un hombre es más libre cuando su mente está iluminada por aquel que dijo: «Yo soy la Verdad».

Los que le escuchaban se resistieron a lo que les parecía dar a entender que estaban esclavizados.

> Linaje de Abraham somos, y jamás hemos sido esclavos de nadie. ¿Cómo dices tú: seréis hechos libres?
>
> Jn 8, 33

Esta orgullosa jactancia estaba completamente desprovista de fundamento. Precisamente en aquel momento los romanos estaban recaudando impuestos de ellos, como de un pueblo conquistado. Siete veces, según el libro de los Jueces, habían sido esclavizados por los cananeos. Además, ¿es que habían olvidado los setenta años de cautiverio en Babilonia? Habían sido hechos cautivos por los filisteos, por los asirios y por los caldeos; y ahora tenían que deplorar la presencia de la guarnición romana, en sus bolsillos había dinero romano y en Jerusalén gobernaba el romano Pilato.

Jesús prescindía de la situación política, porque la servidumbre que entrañaba era soportable. Pero la esclavitud de que Él hablaba era la esclavitud del pecado. La voluntad humana no puede ser asaltada desde fuera; sólo puede ser traicionada desde dentro, por medio de una libre decisión que, multiplicada, forja la cadena de la costumbre:

> En verdad, en verdad os digo que todo aquel que comete pecado, siervo es del pecado. Y el siervo no permanece en la casa para siempre.
>
> Jn 8, 34 s

La misma libertad que el pecador supone equivocadamente poseer es otra prueba de que se halla gobernado por el tirano. Nuestro Señor, después de haber acusado a sus oyentes de ser esclavos del pecado, comparó un siervo con un hijo. El siervo o esclavo no vive para siempre en la casa. El año del jubileo era una medida de previsión contra tal perpetuidad; viene un momento en que el siervo debe abandonar la casa. Pero no ocurre lo mismo con un hijo, el cual está ligado a la casa con unos lazos que el tiempo no puede destruir. Nuestro Señor comparó al esclavo que no pertenecía a perpetuidad a su dueño con el esclavo del pecado, que de la misma manera tampoco pertenecía a la casa del Padre celestial.

Ningún pecador se encuentra en su verdadero hogar en tanto sigue siendo esclavo de Satán. El que se hallaba ahora entre ellos era el Hijo de aquel Padre celestial.

> El Hijo sí, permanece para siempre.

Jn 8, 35

El, el Hijo, había venido a ellos, que eran esclavos del pecado, para libertarlos no política, sino espiritualmente. Esta liberación devolvería a los esclavos del pecado a la casa del Padre. Ningún esclavo necesita vivir para siempre bajo la tiranía del pecado, porque hay Uno que los rescatará del mal. Habrá entrega de siervos de una casa a otra. A fin de que supieran quién era el que habría de efectuar la redención, les dijo:

> Si, por tanto, el Hijo os hiciere libres, seréis verdaderamente libres.

Jn 8, 36

El Hijo no es otro sino el mismo que les está hablando, el mismo Cristo, y Él puede liberar a los hombres del pecado precisamente porque El viene del Padre. El libertador ha de ser él mismo libre; si en algún modo estuviera esclavizado por el pecado, le sería imposible libertar a nadie. Las puertas de la prisión del mal sólo pueden ser abiertas desde fuera y por alguien que no sea un preso.

No había ninguna novedad en esta declaración de que El venía Para emanciparlos de la tiranía del pecado y dar a sus seguidores a, “gloriosa libertad de los hijos de Dios». La primera declaración pública que hizo en su ciudad natal fue un mensaje de liberación:

> El Espíritu del Señor está sobre mí... me ha enviado... para pregonar libertad a los cautivos... y poner en libertad a los oprimidos.

Lc 4, 18

Cuando dijo estas palabras, ellos intentaron darle muerte arrojándole de lo alto de una roca escarpada; este auditorio de ahora no era más fácil de convencer que el de Nazaret. El contraste que representaba entre los siervos del pecado y el Hijo de Dios era demasiado para ellos. Conocían muy bien que sus palabras acerca de la libertad no podían referirse a su emancipación del poder romano. Ya no era posible la duda acerca de que para Él la verdadera libertad se refiriera exclusivamente a la liberación del

pecado. Pero ellos no quisieron aceptarlo, y Él les indicó la razón por la cual no querían.

> Y porque digo la verdad, vosotros no me creéis. ¿Quién de vosotros me convence de pecado? Y si digo la verdad, ¿por qué no me creéis? El que es de Dios oye las palabras de Dios: por esto vosotros no las oís, porque no sois de Dios.

Jn 8, 45-47

Generalmente, se cree a un hombre cuando dice la verdad; pero ahora es la verdad la que produce la incredulidad. La verdad puede ser odiada cuando revela falsedad en el interior de uno. Sin embargo, al rechazarle ellos, Él los desafiaba a que le indicaran una mancha en su carácter impecable. Incluso Judas, después de traicionarle, le llamaría «inocente». Enseñó a sus discípulos a que rezaran: «perdona nuestras deudas», pero Él jamás rezó esta oración; más bien perdonó las deudas de los otros. Si el pecado es esclavitud, entonces la falta de pecado es la perfecta libertad. La libertad no es esencialmente la liberación de un yugo extraño, sino que en realidad es la liberación de la cautividad del pecado. No era maestro que disertara acerca de la libertad; era un libertador, uno que venía para liberar de un despotismo mayor que el de los romanos: «El Hijo os hará libres». Pero esto costará algo, según les explicó en la siguiente discusión acerca de la libertad.

El precio de la verdadera libertad

Estaba tocando a su fin el tiempo de la visitación a Galilea; nuestro Señor evitaba en cuanto le era posible llamar la atención pública, y se esforzaba en inculcar en sus discípulos la lección de la cruz, que ellos no entendieron hasta después de Pentecostés. Inmediatamente después de haber llegado a Cafarnaúm, los recaudadores del tributo del templo se acercaron a Pedro, ya fuese por curiosidad, ya para poder tener una prueba contra el maestro de Pedro, para decirle:

> ¿Vuestro maestro no paga el medio sido?

Mt 17, 24

En su origen, el impuesto del templo significaba un rescate que cada persona pagaba por su alma, en el sentido de que se reconocía que la vida había sido confiscada por el pecado. El éxodo estipulaba este impuesto para cada varón de veinte años de edad, con objeto de costear el servicio del templo. Consistía en medio siclo, o sea, unos treinta centavos de dólar.

La cuestión acerca de si nuestro Señor pagaba o no el impuesto del templo no era una cuestión sencilla. Él había dicho que era el Templo de Dios y había ejercido sus derechos divinos sobre el templo material al limpiarlo de vendedores y compradores. ¿Acaso el que había dicho que era un Templo de Dios, porque en él la Divinidad moraba en su naturaleza divina, pagaría ahora el impuesto del templo? Pagar el impuesto, después de la rotunda afirmación hecha en la fiesta de los Tabernáculos de que Él era el Hijo de Dios, habría suscitado algunos serios equívocos. El resultado no era la pobreza del Maestro; se trataba más bien de dilucidar si quien es el Templo vivo de Dios había de subordinarse a lo que solamente era símbolo y señal de Él mismo.

En respuesta a la pregunta que el recaudador de los impuestos del templo le hizo, Pedro contestó que nuestro Señor sí pagó el impuesto. Pedro no consultó con nuestro Señor para saber si había pagado o no el impuesto. Después de responder, se fue a la casa. Antes de que Pedro tuviera ocasión de hablar, nuestro Señor le interpeló demostrando que estaba bien enterado de la conversación que acababa de sostener. Todas las cosas estaban patentes para Él, era imposible ocultarle nada.

> ¿Qué te parece, Simón? Los reyes de la tierra ¿de quiénes cobran el impuesto, o el tributo: de sus hijos, o de los extraños?

Mt 17, 25

Sabía que Pedro había dado una respuesta afirmativa a los recaudadores. La pregunta de Jesús daba a entender que Pedro había perdido momentáneamente de vista la dignidad de su Maestro, el cual era el Hijo de Dios en su propia casa, el Templo, y no un siervo en casa ajena. Se trataba en cierto modo de la misma idea que nuestro Señor había hecho resaltar al hablar a los fariseos. Les había dicho que eran siervos, mas no precisamente de un poder potoco, sino siervos del pecado, y Él se hallaba interesado en liberar os únicamente de aquella esclavitud del pecado. Cuando Pedro respondió:

> De los extraños. Le dijo Jesús: Luego los hijos están exentos.

Mt 17, 25

Un rey no impone tributos a su propia familia para poder sostener el palacio en que habita. Entonces, siendo Él Dios, ¿habría de pagar el impuesto de rescate... *Él, que estaba dando su vida como rescate?* Puesto que Él es el Templo de Dios, ¿habría de pagar un impuesto por un sacrificio, siendo como es Él al mismo tiempo el Templo y la Víctima? De

esta manera se coloca a sí mismo fuera del círculo de los hombres pecadores. La libertad que Él ofrece es espiritual, no política.

Tras haber afirmado que Él, como rey del cielo, estaba exento de todo tributo terrenal, se volvió a Pedro y le dijo:

> Mas, para que no les demos motivo de escándalo, ve y echa un anzuelo en el mar, y toma el primer pez que subiere; y abriéndole la boca hallarás un sido; tómalo y dáselo a ellos por mí y por ti.
>
> Mt 17, 27

El hijo del rey es libre. Pero el que es Hijo de Dios se convirtió en el Hijo del hombre, compartiendo la pobreza, las pruebas, los trabajos y la falta de hogar de los hombres de la tierra. Más adelante se dejaría prender, recibiría la corona de espinas y finalmente la cruz. En realidad, como Hijo del hombre, no permanecería en su dignidad de Hijo de Dios, ni reclamaría exención de obligaciones serviles, sino que entregaría voluntariamente un impuesto para evitar el escándalo. No es una señal de grandeza afirmar siempre los derechos de uno, sino sufrir a menudo algo indigno. Podía representar un escándalo que hubiera manifestado desdén hacia el templo. De la misma manera que se sometió al bautismo de Juan para cumplir toda justicia, y su madre ofreció unas palomas a pesar de que no necesitaba ser purificada por haber dado a luz a su Hijo, así también Él se sujetaría al pago del impuesto para santificar los lazos que le unían con la humanidad.

En su respuesta asoció a Pedro estrechamente consigo mismo. Jamás, al hablar de su Padre celestial, llamó a éste «Padre nuestro») englobándose a sí mismo con los hombres. A simple vista podría parecer que era así en la oración del «padrenuestro», dando a entender que el hombre y Él eran la misma clase de hijos con relación al Padre celestial. Pero en realidad se trataba de que los apóstoles le habían pedido que les enseñara a orar, y Él les indicó que dijeran: «Padre nuestro...» Nuestro Señor hizo siempre distinción entre «Padre nuestro» y «Padre mío». Él es el hijo natural de Dios; los hombres son los hijos adoptivos de Dios. De la misma manera, jamás asoció a ninguna criatura humana como si estuviera con Él, salvo Pedro, como en el momento de que estamos tratando, cuando dice: «rara que no les demos motivo de escándalo». Aquel que había sido llamado la Roca, aquel que había sido llamado el Pastor, que había recibido las llaves del reino de los cielos, estaba ahora asociado más íntimamente con Cristo que el resto de las criaturas humanas.

Aunque Él estaba exento del pago del impuesto, se disponía a pagarlo; aunque estaba libre de pecado, asumía los castigos merecidos por

el pecado; aunque estaba libre de la necesidad de morir, aceptó la muerte; aunque estaba libre de llevar una cruz, se abrazó a ella. De la misma manera que los recaudadores de impuestos no le obligaban, tampoco los soldados romanos ni el sanedrín le clavarían en la cruz sin su propia voluntad. Ya no existiría la esclavitud, puesto que Él pagaría el precio del rescate.

Pedro pagó el impuesto, pero nuestro Señor lo pagó con él. Ambos compartieron la misma sumisión. De ahí que nuestro Señor dijera: «Dáselo a ellos por mí y por ti». No dice «por nosotros», porque había una diferencia infinita entre la persona de Dios y la persona de Pedro. Nuestro Señor pagaría la deuda de rescate por el pecado aunque estaba exento de tal pago. Pedro la pagaría porque tenía obligación de hacerlo. Nuestro Señor pagaría por humildad; Pedro pagaría por obligación.

El modo como se pagó el impuesto pudo haber servido de lección a Pedro, indicándole que, aun cuando Jesús se sometía a las autoridades del templo, estaba mostrando, sin embargo, que era el Señor de toda la creación. Los apóstoles habían tenido ya ocasión de admirar cómo los vientos y los mares le obedecían; ahora estaban viendo cómo le obedecía lo que estaba dentro del mar. De la misma manera que la muerte y la gloria andaban siempre asociadas en cada una de las declaraciones de Jesús, ahora también la humillación de pagar el impuesto iba acompañada de la supremacía que como rey ejercía sobre los peces del mar. El dinero para el pago del impuesto vino proporcionado por un milagro a la vez de la omnisciencia de Jesús y de su soberanía sobre la creación, ya que el pez que pescó Pedro tenía en su boca un siclo, o sea, la cantidad exacta de dinero para pagar el impuesto por Él mismo y por Pedro. Los dos hilos respectivos de humillación y majestad estaban así entrelazados, de la misma manera que lo estaban en cada una de sus palabras referente a su cruz y a su gloria. Nunca iba lo uno sin lo otro. En el mismo principio de su vida terrena, el desvalimiento del Infante en el establo estuvo compensado por el cántico entonado por los ángeles y por el movimiento de una estrella que guio a los reyes magos hasta donde el Niño se hallaba. Así también ahora, como Hijo de Dios, estaba exento de la ley eclesiástica, y, sin embargo, pagó el impuesto al templo; más adelante, aunque exento de la ley política, diría a Pilato que su autoridad como juez procedía de Él mismo, y, sin embargo, aceptaría un falso juicio.

Durante muchos siglos, desde aquellos cuarenta años pasados en el desierto, todos los hijos de Abraham habían estado pagando rescate por su alma necesitada de redención. Ya no hacía falta ahora más dinero como

rescate, puesto que el Sin Pecado, el Inmaculado, tomaría sobre sí el pecado de ellos. Dijo a los que le escuchaban: «Pagad al césar lo que es del césar». Así, ahora devolvería al templo terrenal lo que era de este templo terrenal. La exención de tales obligaciones no es lo que hace libres a los hombres. La primera libertad, que es la inmunidad contra el pecado, será comprada por aquel que se hizo a sí mismo esclavo. Como escribió san Pablo:

> Haya, pues, en vosotros los mismos sentimientos que también estuvieron en Jesucristo: el cual siendo de condición divina, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que debía aferrarse; sino que se desprendió de ello, tomando la condición de esclavo y siendo hecho a semejanza de los hombres. Y habiéndose comportado como hombre, se humilló más todavía, obedeciendo hasta la muerte, y muerte en una cruz. Por lo cual Dios le ha ensalzado, y le ha dado nombre que está sobre todo nombre; para que todo, en el nombre de Jesús, se arrodille ante el más alto de los cielos, sobre la tierra y en los infiernos, y toda lengua proclame que Jesucristo es el Señor para gloria de Dios Padre.

Phil 2, 6-11

25. SU HORA AÚN NO HABÍA LLEGADO

Cuando nuestro Señor declaró ser el Hijo de Dios y uno con su Padre celestial, sus enemigos atentaron contra la vida de Él. Cuando dijo a sus apóstoles que era preciso que fuera crucificado y padeciera como Hijo del hombre, ellos disputaron acerca de quiénes de ellos ocuparían los primeros puestos en su reino.

Tanto la naturaleza divina como un Salvador sufriente eran ideas que repugnaban a aquellos hombres, no regenerados todavía; la de naturaleza divina, porque el hombre desea secretamente ser su propio dios; la de sufriente, porque el *ego* no puede comprender por qué es preciso que una

semilla muera antes de que germine a una nueva vida. El Hijo del hombre se convirtió en piedra de tropiezo cuando se humilló a sí mismo al nivel humano tomando la forma y el aspecto de hombre. A los intelectuales les cuesta trabajo creer que la grandeza pueda ser tan pequeña. Por otro lado, el Hijo del hombre se convirtió también en piedra de escándalo al asumir la debilidad e incluso la culpa del hombre y no utilizar su poder divino para escapar a la cruz. Durante su vida se intentó varias veces darle muerte; sobre todo durante una de las grandes fiestas, pero siempre después de que hubo proclamado su divinidad.

El primer atentado de que le hicieron objeto fue en Nazaret. Todo el mundo tiene su propia patria, su propio hogar y parentela. Entre éstos suele ser bien considerado y querido. Pero, a medida que nuestro Señor se apresuraba hacia su cruz, la marcha hacia ella le fue acelerada por el repudio que de Él hizo su propia ciudad natal.

Nazaret

Cuando las sombras del sol poniente del viernes se estaban extendiendo ya por aquella aldea perdida entre las montañas, la trompeta de la sinagoga anunciaba el comienzo del sábado. A la mañana siguiente, nuestro Señor fue a la sinagoga a la que tantas veces había acudido en su infancia y juventud. Es muy probable que ahora, al volver a entrar en aquella sinagoga, las nuevas de los milagros de Caná y del Jordán, donde la voz del cielo pregonó la divinidad de Jesús, hubieran puesto ya a la gente de Nazaret en un estado de gran curiosidad y expectación.

> Jesús volvió a Galilea con el poder del Espíritu; y su fama se extendió por toda la región.
>
> Lc 4, 14

En la sinagoga se le entregó el libro de Isaías. La profecía que leyó en voz alta trataba precisamente del Siervo sufriente de Dios.

> El Espíritu del Señor está sobre mí; por cuanto me ha ungido para anunciar buenas nuevas a los pobres; me ha enviado para proclamar libertad a los cautivos, y dar a los ciegos la vista; para poner en libertad a los oprimidos; para proclamar el año de gracia del Señor.
>
> Lc 4, 18 s

Este pasaje era familiar a los judíos. Se trataba de una profecía del Antiguo Testamento relacionada con la liberación de los judíos de su cautiverio de Babilonia. Pero Jesús hizo algo no acostumbrado: tomó aquel texto referente al desierto y le dio una interpretación que lo relacionaba con su propia venida a este mundo como Mesías. Cambió el significado de «pobres», «ciegos» y «cautivos». Los «pobres» eran aquellos que no poseían la gracia y carecían de la unión con Dios; los «ciegos» eran aquellos que todavía no habían visto la luz; los «cautivos» eran los que todavía no habían adquirido la verdadera liberación del pecado. Entonces proclamó que todas estas cosas se concentraban en Él mismo.

Pero, por encima de todo, declaró el jubileo o año de buena voluntad del Señor. La ley de Moisés tenía previsto que cada cincuenta años fuera un año de gracia especial y restauración. Todas las deudas quedaban condonadas; los legados de familia que con el tiempo habían sido enajenados eran devueltos a sus primitivos dueños; a aquellos que habían hipotecado su libertad se les devolvía ésta. Esto era una divina salvaguarda contra los monopolios; y además mantenía intacta la vida familiar. El año del jubileo era para Jesús símbolo de su manifestación mesiánica, que Él había proclamado porque para ello había sido ungido con el Espíritu santo. Ahora habría nueva riqueza espiritual, nueva luz espiritual, nueva libertad espiritual, y todo ello se concentraría en Él, en el evangelizador, el sanador, el libertador. Todos los que se hallaban en la sinagoga fijaban sus ojos en Jesús. Entonces fueron proferidas estas palabras asombrosas, desconcertantes, explosivas:

Hoy se ha cumplido esta Escritura en vuestros oídos.

Lc 4, 21

Él sabía que estaban esperando un rey político que los librara de la dominación romana. Pero proclamó la redención del pecado, no la redención de la dictadura militar. Sólo en este sentido debían esperar que se cumpliera la profecía de Isaías.

Se comprende que el pueblo de Nazaret, que había visto crecer en medio de él a Jesús, se sorprendiera al oírle proclamarse a sí mismo el Ungido de Dios de que había hablado Isaías. Ahora se encontraban ante esta disyuntiva: o le aceptaban como el que venía a dar cumplimiento a la profecía, o se rebelaban contra Él. El privilegio de ser la cuna del tan esperado Mesías y de aquel al que el Padre celestial había proclamado en el río Jordán como su divino Hijo, era demasiado para ellos, debido a la familiaridad que tenían con Él. Preguntaron:

> ¿No es éste el carpintero, el hijo de María?
>
> Mc 6, 3

Creían en Dios en cierta manera, pero no en el Dios que vivía cerca de ellos, se hallaba en estrecha familiaridad con ellos y con ellos compartía su vida cotidiana. El mismo género de esnobismo que encontramos en la exclamación de Natanael: «¿Puede salir algo bueno de Nazaret?», se convertía ahora en el prejuicio que contra Él oponían los habitantes de su pueblo natal. Cierto que era el hijo de un carpintero, pero también lo era del carpintero que hizo el cielo y la tierra. Por el hecho de que Dios hubiera asumido una naturaleza humana y sido visto en la humilde condición de un artesano de aldea, dejó de granjearse el respeto de los hombres.

Nuestro Señor «se maravilló de la incredulidad de ellos». Dos veces en los evangelios se nos dice que «se maravilló» y «se quedó atónito»: una vez a causa de la fe de un gentil; otra a causa de la incredulidad de sus propios paisanos. Debía de esperar algo más de simpatía de parte de los de su pueblo, cierta predisposición a recibirle amablemente. Su extrañeza era la medida de su dolor, al mismo tiempo que del pecado de ellos, al decirles:

> Un profeta sólo es menospreciado en su tierra, entre sus parientes, y en su casa.
>
> Mc 6, 4

Al fin de que comprendieran que el orgullo de ellos era equivocado, y que si no le recibían llevaría a otro lugar la salvación de que Él era portador, se colocó en la categoría de los profetas del Testamento, quienes no habían recibido un trato mejor. Citó dos ejemplos del Antiguo Testamento. Ambos eran una predicción del rumbo que iba a tomar su evangelio, a saber, que *abarcaría a los gentiles.* Les dijo que había habido muchas viudas entre el pueblo de Israel en los días de Elías, cuando la gran hambre vino a señorear el país y cuando los cielos permanecieron cerrados durante tres años. Pero Elías no fue enviado a ninguna de tales viudas, sino a una viuda de Sarepta, en tierra de gentiles. Tomando otro ejemplo, les dijo que había habido muchos leprosos en los tiempos de Elías, pero que ninguno, salvo Naamán el sirio, había sido limpiado. La mención de Naamán era particularmente humillante, puesto que éste había sido incrédulo primero, pero más tarde llegó a creer. Puesto que tanto la viuda de Sarepta como Naamán el sirio eran gentiles, Jesús daba con ello a

entender que los beneficios y las bendiciones del reino de Dios venían en respuesta de la *fe,* y no en respuesta a la *raza.*

Dios, vino a decirles Jesús, no tenía ninguna deuda para con los hombres. Sus mercedes serían concedidas a otro pueblo si el suyo las rechazaba. Recordó a sus paisanos que su expectación terrena de un reino político era lo que les impedía comprender la gran verdad de que el cielo les había visitado en la persona de Él. Su propia ciudad natal se convirtió en el escenario en donde se proclamó la salvación no de una raza o nación, sino del mundo entero. El pueblo estaba indignado, ante todo, porque Jesús pretendía traer la liberación del pecado en su calidad del santo Ungido de Dios; en segundo lugar, a causa de la advertencia de que la salvación, que primero era de los judíos, al rechazarla éstos pasaría a los gentiles. A menudo los santos no son reconocidos por los que los rodean. Le arrojarían de entre ellos porque Él los había repudiado y había dicho que era el Cristo. La violencia que sobre Él obraron era un preludio de su cruz.

Nazaret se halla situada entre colinas. A poca distancia de ella, hacia el sudeste, hay una roca escarpada de unos veinticinco metros de altura que se extiende unos novecientos metros hasta los llanos de Esdrelón. Es allí donde la tradición sitúa el lugar donde intentaron despeñar a Jesús.

Mas Él, pasando en medio de ellos, se fue.

Lc 4, 3o

La hora de su crucifixión no había llegado, pero los minutos se estaban marcando con una violencia espantosa cada vez que proclamaba que era enviado por Dios y que era Dios.

Betsaida

Otro atentado contra su vida es aquel de que fue objeto después de haber curado al enfermo de Betsaida. En esta piscina de Jerusalén se habían reunido cierto número de enfermos con la esperanza de ser curados. Uno de ellos había estado padeciendo desde hacía treinta y ocho años. Al verle allí, nuestro Señor le preguntó:

¿Quieres sanar?

Jn 5, 6

Cuando el pobre hombre manifestó confianza en el poder de Jesús, éste le dijo:

Levántate, toma tu lecho, y anda.

Jn 5, 8

La orden iba acompañada del poder. Cuando una persona trata de hacer algo que él sabe es la voluntad del Maestro, se le confiere una fuerza equivalente a su deber. Como dice san Agustín: «Da lo que mandas, y manda lo que quieras.» Tan pronto como el hombre fue curado, se dirigió al templo. Más adelante, aquel mismo día, nuestro Señor le encontró allí, y vio que el hombre había estado diciendo a todo el mundo que era Jesús quien le había sanado. Empezó a fraguarse el descontento y el malestar, porque era día de sábado. Al encontrar al hombre que había sido curado, los guías del pueblo le dijeron:

Es sábado, y no te es lícito llevar tu lecho.

Jn 5, 10

Entonces empezaron a tener mala voluntad contra Jesús «por hacer tales cosas en sábado». Nuestro Señor había curado personas durante todos aquellos días, pero los sábados habían sido días especiales de gracia por cuanto en ellos se registraron seis milagros, pues además, también en tal día, Jesús expulsó un mal espíritu, curó la mano seca de un hombre, sanó a la mujer tullida, curó de hidropesía a otro hombre y abrió los ojos al ciego.

Muchas fueron las respuestas que se dieron a los guías del pueblo respecto a curar en día de sábado. Jesús les recordó la enseñanza de los profetas de que las cosas santas son de importancia secundaria comparadas con el bien del pueblo de Dios; además, apeló a la ley para indicarles que el sábado era menos importante que la obra del santuario.

Nuevamente les dijo que el sábado había sido hecho para el hombre, y no el hombre para el sábado. En otra ocasión preguntó:

¡Hipócritas!, ¿acaso cada uno de vosotros no desata del pesebre su buey o su asno en el sábado, y los lleva a abrevar?

Lc 13, 15

Pero en lugar de dar gracias a Dios porque el enfermo había sanado, o de alegrarse como la profetisa Ana porque habían podido contemplar la redención de Israel, protestaban porque el hombre estaba llevando su lecho en día de sábado. Al tratar de dar muerte a Jesús porque había obrado tal milagro en sábado, Él les respondió:

Mi Padre hasta ahora obra, y yo también obro.

Jn 5, 17

Es cierto que al séptimo día Dios descansó de su obra creadora, aunque el séptimo día no era necesario para que se recuperase de sus esfuerzos. Pero era necesario que el hombre descansara y santificara el séptimo día, porque el trabajo le produce fatiga; y bajo la presente dispensación, la obra es también un castigo. Pero el Salvador dijo que, aunque Dios había descansado de su obra creadora, no descansó de su obra providencial de proveer a las necesidades de sus escrituras. Como dijo san Juan Crisóstomo:

> ¿Cómo obra el Padre, el cual cesó de todas sus obras en el séptimo día? Dejad que Él mismo nos enseñe en qué consiste su manera de obrar. Él cuida y sostiene cuanto ha sido creado. Después de haber contemplado el nacimiento del sol, la carrera de la luna, los lagos, las fuentes, los ríos, las lluvias, el curso de la naturaleza en las semillas, en nuestros propios cuerpos y en los de los seres irracionales, y en todo lo demás, por medio de lo cual se ha constituido el universo, entonces aprende a conocer la incesante acción creadora del Padre.

Pensar que Dios no está obrando en el universo es como pensar que no tiene interés alguno por lo que Él mismo ha creado. Ni la evolución ni el natural desarrollo de las cosas pueden explicarse a sí mismos ni obran tampoco por sí mismos. No son algo separado de Dios ni se oponen a éste. Después de la primera creación, Dios no pasó a un período de ociosa inactividad. Puesto que existía el mal en el mundo, el Espíritu que se movía sobre la materia informe debía ahora empezar a moverse en medio de los hombres.

Pero el Maestro decía algo más que esto, y los que le oían sabían quién era. Afirmaba una única filiación y unidad con el Padre. Si el Padre estaba obrando ahora en un reino espiritual, Él también; si todas las cosas fueron creadas «por el poder da la Palabra», ahora «la Palabra se hizo carne»; si el Padre atendía a las necesidades de sus criaturas en sábado, también su Hijo había de tener derecho a efectuar en día de sábado obras de misericordia. De esta manera reclamaba inequívocamente una absoluta igualdad con relación al Padre. La obra del Padre y la de Él era la misma. A través de su naturaleza humana vibraba el hondo sentido de su divina filiación. Los guías del pueblo admitieron que las palabras de Jesús afirmaban su divina filiación, y el evangelio dice que los judíos

Procuraban con mayor empeño matarle; porque no solamente quebrantaba el sábado, sino que también llamaba a Dios su propio Padre, haciéndose igual a Dios.

Jn 5, 18

La hostilidad fue aumentando en razón directa a la afirmación de la autoridad divina. Pasaron por alto el milagro, y decidieron tramar contra su vida. Jesús iba hacia la cruz, no porque hubiera cometido falta alguna, sino a causa de su divinidad y del elevado propósito con que vino a este mundo. Su cruz sería un testimonio contra la insensatez de ellos, de la misma manera que la resurrección sería un testimonio de su divinidad. La cruz se hallaba al fin de su vida desde el punto de vista temporal, pero estaba al comienzo de su vida desde el punto de vista de la intención que Él tenía de ofrecerse a sí mismo como rescate por la humanidad.

Jerusalén

Otro atentado contra su vida fue el que sufrió en Jerusalén durante la fiesta de los Tabernáculos. Le habían estado preguntando acerca de cómo era que supiese tantas cosas.

¿Cómo sabe éste letras no habiendo aprendido?

Jn 7, 15

En su conocimiento no había posible explicación humana. El manantial secreto de su sabiduría consistía en su relación única con la Divinidad, que Él explicó de esta manera:

Mi enseñanza no es mía, sino de aquel que me envió.

Jn 7, 16

No había posibilidad de interpretar mal sus palabras. Él pretendía ser Dios en forma de hombre. La reacción de ellos fue de índole física, y fue otro atentado contra su vida; mas Él les preguntó con calma:

¿Por qué pretendéis matarme?

Jn 7, 20

Más adelante hubo otro intento. La ocasión inmediata fue el resentimiento que ellos experimentaron ante las observaciones que Jesús les hizo con referencia a Abraham. Habiendo hablado Jesús de su Padre, los fariseos le dijeron que el padre de ellos era Abraham; de esta manera se distinguían de los paganos, afirmando que eran del mismo linaje que el

fundador del pueblo judío. Eran, ciertamente, hijos de Abraham, y su pertenencia a la raza judía estaba atestiguada en su propia carne por medio de la circuncisión. Nuestro Señor no negó que ellos descendieran de Abraham, pero afirmó otra clase de filiación, la cual se relacionaba con el reino espiritual: no puede haber verdadera paternidad donde existe contradicción en el modo de comportarse.

Por parte del Salvador no existía intención alguna de menospreciar a Abraham. El recuerdo de éste era tenido en tanta honra entre los judíos, que ser contado entre sus hijos acá en la tierra era para ellos una garantía de que un día irían al seno de Abraham. Éste era no sólo el padre de su raza, sino además la fuente y el canal por el cual la promesa del Mesías fluía hasta su pueblo. También a Abraham se le hizo la gran promesa de que sería un instrumento mediante el cual serían bendecidas todas las naciones del mundo. Esto le pareció difícil de cumplirse, porque a la sazón era ya anciano; pero fue llevado fuera de su tienda, bajo los cielos tachonados de estrellas, y se le dijo que su simiente sería tan numerosa como las estrellas del cielo.

También fue a él a quien se ordenó más tarde que tomara a su hijo Isaac, su único hijo, con el que se relacionaba la promesa, y lo ofreciera en sacrificio en el monte Moria. La orden era bien clara, y Abraham se disponía a cumplirla cuando Dios perdonó la vida de su hijo Isaac, y en vez de éste fue procurado un cordero. Es posible que aquel mismo día Abraham llegara a comprender que habría otro Hijo, una Víctima voluntaria, que sería ofrecida por el Padre celestial por los pecados y la salvación del mundo. Como dice san Juan Crisóstomo, «vio la cruz de Cristo cuando colocó la leña sobre su hijo y en su voluntad ofreció a su hijo Isaac».

Cuando los guías pretendían que su descendencia espiritual había de venir de Dios, puesto que su descendencia de Abraham era legítima, el Señor les respondió que, si la descendencia espiritual de ellos era de Dios, no rechazarían el mensaje que venía a traerles y no tratarían de darle muerte, sino que le reconocerían y le amarían.

> Si Dios fuera vuestro padre, me amaríais a mí; porque yo procedí y he venido de Dios; porque no vine de mí mismo, sino que Él me envió

Jn 8, 42

Entonces le preguntaron:

¿Eres tú mayor que nuestro padre Abraham?

Jn 8, 53

Tú todavía no tienes cincuenta años, ¿y has visto a Abraham?

Jn 8, 57

Nuestro Señor les respondió:

Vuestro padre Abraham se llenó de júbilo de que viese mi día; y lo vio y se alegró... En verdad, en verdad os digo que antes que Abraham naciera, yo soy.

Jn 8, 56-58

Les reveló que Abraham había estado esperando con gozo ver lo que nuestro Señor llamó «mi día». Obsérvese que no dijo «mi nacimiento». Cuando ellos le dijeron que aún no tenía cincuenta años, no era tanto para indicar su edad cuanto para hacer ver la imposibilidad física de haber visto a Abraham. Lo que ellos querían dar a entender era que suponían que Jesús era solamente hombre. Nuestro Señor usó la misma expresión que Dios había usado en el Sinaí: «Yo soy el que soy». No dijo Jesús: «Antes que Abraham naciera, yo era», sino: «Antes que Abraham, yo soy». Con ello se estaba atribuyendo no una simple prioridad con respecto a Abraham, sino una existencia desde toda la eternidad. Momentos antes había dicho que su vida como hombre había llamado del modo más vehemente la atención de Abraham, y le había hecho mirar por encima de los hombros de los siglos para obtener un atisbo del cumplimiento de las promesas. Mucho antes de la época de Abraham, Cristo poseía la prioridad del ser, no de un ser creado, sino increado, eterno y existente por sí mismo, no un ser que se moviera hacia una perfección mayor, puesto que poseía ya la perfección absoluta. Hubo un tiempo en que Abraham no existía, pero no hubo nunca un tiempo en el cual no existiera el Hijo de Dios. Cristo no estaba pretendiendo haber venido a la existencia antes que Abraham, sino que jamás había habido un momento en el cual viniera Él a la existencia, porque siempre ha existido. Él es el «Yo soy» del antiguo Israel, el «Yo soy» sin pasado ni futuro, el «Yo soy» sin principio ni fin, el grande y eterno «Ahora».

Debido a que entendían que Él les estaba diciendo que era Dios,

Alzaron piedras para arrojárselas; mas se ocultó Jesús, y salió del templo.

Jn 8, 59

La alternativa era entre adoración o lapidación, y ellos eligieron esto último. Las piedras debían de ser las que se hallaban esparcidas en un atrio, pues el templo no estaba terminado todavía. Habían intentado darle muerte anteriormente, cuando Él se identificó con el Padre, y ahora querían apedrearle porque decía que su existencia era anterior a la de Abraham y éste había estado esperando proféticamente al que posee la eterna existencia de Dios.

No es probable que el modo de ocultarse Jesús de que nos habla san Juan se refiriese a algo que se interpusiera entre Él y los fariseos, sino que más bien se refiere a que el Señor se ocultaba a los que no querían escuchar su verdad, haciéndose simplemente invisible a los que le perseguían. Ya antes había hecho lo mismo con ellos. Su «hora» aún no había llegado. Puesto que nadie podía quitarle la vida a menos que Él mismo la entregase, se retiraba del camino de sus enemigos. Fue en el templo donde intentaron darle muerte, matarle a pedradas. Debido a este apedreamiento del divino Templo, llegaría un día en que de aquel templo hecho con manos de hombres no quedaría piedra sobre piedra.

Nuevamente Jerusalén

Más adelante visitó los últimos restos del antiguo templo, conocidos como el Pórtico de Salomón. La fiesta era la de la dedicación, la última gran fiesta que precedía a la pascua. Había sido instituida por Judas Macabeo para celebrar la purificación del templo después que éste había sido profanado por los sirios. Duraba ocho días. Juan observa en su evangelio que era invierno, lo que indicaría no sólo el clima, sino también una determinada disposición de ánimo. Sus enemigos, como siempre, se juntaron en torno a Él y le preguntaron:

> ¿Hasta cuándo nos tienes en suspenso? Si eres el Cristo, dínoslo claramente.

Jn 10, 24

Nuestro Señor había proclamado abiertamente su calidad de Mesías, y la había confirmado con obras y milagros. Pero las ideas que ellos se habían hecho de un Mesías no correspondían a la idea que Dios tiene de un Mesías. Esperaban a uno que viniera a quebrantar el yugo romano, a liberar el pueblo y a darle prosperidad material. Por lo tanto, estaban ansiosos por saber si venía a purificar la ciudad de Jerusalén y sus edificios de soldados romanos, de la autoridad romana, de las monedas romanas y

de magistrados romanos tales como Pilato. ¿Acaso no había hecho esto también Judas Macabeo, y por ello estaban celebrando ellos ahora aquella fiesta? Si el templo había sido limpiado de las profanaciones de los sirios, ¿por qué la ciudad no había de ser limpiada ahora de las profanaciones de los romanos? Si, por tanto, Él había de ser el Mesías político, que lo dijera sin rodeos, abiertamente.

Entonces Él procedió a decirles que se requerían ciertas condiciones morales para entender su mesianado. Él había obrado milagros, pero los milagros no ejercen presión sobre la voluntad, ni destruyen la libertad de adhesión. Pero ahora les daría a conocer abierta y claramente quién era el Mesías:

Yo y el Padre somos uno.

Jn 10, 30

Yo dije: Soy Hijo de Dios.

Jn 10, 36

En el texto griego, la palabra «uno» es del género neutro, lo que indica que no se refiere a una persona, sino a una substancia, a una naturaleza. Su Padre, Él, el Hijo, y el Espíritu santo eran una sola cosa en la naturaleza de Dios. Los guías del pueblo habían estado esperando un Mesías enviado para establecer su reino; pero durante los últimos siglos, al hacerse menos frecuentes las profecías, sus esperanzas degeneraron en la búsqueda de un libertador político. No esperaban una encarnación real de una divina Persona entre ellos. Estaban comprendiendo que el Cristo, o Mesías, era el Hijo de Dios, que participaba de la naturaleza del Padre, aunque en su naturaleza humana, o sea como Hijo del hombre, el Padre era mayor que Él. Ahora volvía a afirmar que había existido antes de que se formara su naturaleza humana; que procedía del Padre y había venido a asumir una naturaleza humana; que, revestido de ella, era consciente, como Persona divina, de que en su naturaleza divina no se efectuaba cambio alguno; lo que había tenido un comienzo era su naturaleza humana, la cual aparecía como el «Siervo sufriente». Ahora, al volver a afirmar su divinidad,

Los judíos alzaron piedras otra vez para apedrearle.

Jn 10, 31

Jesús les dijo:

> Muchas buenas obras os he mostrado de mi Padre: ¿por cuál de estas obras queréis apedrearme?

Jn 10, 32

La respuesta de ellos fue que no podían concebir que Dios se humillara hasta el punto de hacerse hombre. El mundo puede comprender que un hombre se divinice a sí mismo, pero no puede entender que Dios se haga hombre; de ahí que respondieran que la razón por la cual querían apedrearle era

> Por blasfemia; porque tú, siendo hombre, te haces Dios.

Jn 10, 33

Jesús les respondió que, aunque un hombre no puede hacerse Dios, Dios pudo convertirse en hombre sin dejar de ser Dios.

> Por tanto, procuraban otra vez prenderle; pero se salió de sus manos.

Jn 10, 30

La blasfemia se castigaba con la lapidación. Pero el pequeño grupo de hombres que le rodeaban, con piedras en las manos, no le pudo hacer nada porque «su hora aún no había llegado». Les parecía muy fácil prenderle, y, sin embargo, era muy difícil. Cuando llegara el momento en que se entregara a ellos, lo primero que les ocurriría sería caer todos ellos de espaldas.

26. LA FLECHA MÁS POTENTE EN LA DIVINA ALJABA

Nuestro Señor jamás obró milagros en beneficio propio, sino a modo de credenciales de su personalidad. Sus milagros eran señales evidentes de que venía con una misión especial para realizar la obra de Dios entre los hombres. Incluso en el Antiguo Testamento hallamos milagros pedidos como confirmación de las palabras de un profeta. Por parte de Acaz fue una señal de incredulidad que no pidiera a Dios que confirmara con un milagro lo que le había dicho el profeta. Sin embargo, el profeta le dio una señal para reconocer al Mesías, o sea, le indicó que éste nacería de una virgen.

Los milagros de nuestro Señor se movieron dentro de una esfera de redención. No eran tan sólo una manifestación de poder, sino que indicaban que el hombre había de ser liberado de algo, del pecado. De ahí que en el orden moral hubiera milagros que consistían en librar de la tiranía de los demonios; en el orden físico, redención de otras manifestaciones del pecado, tales como la fiebre, la parálisis, la lepra, la ceguera y la muerte; redención de la tiranía de la naturaleza en el apaciguamiento del mar y en la sujeción de los vientos.

Sin incluir aquí sumarios de los milagros de Jesús, que son numerosos, diremos que se mencionan veinte en Mateo, veinte en Lucas, dieciocho en Marcos y siete en Juan. Nadie puede decir cuántos milagros obró el Señor, puesto que muchos de ellos son mencionados globalmente, como, por ejemplo, cuando se dice que «curó a los enfermos, a los ciegos y a los cojos». Las últimas palabras del evangelio de san Juan dicen:

> Y hubo también otras muchas cosas que hizo Jesús, las cuales, si se escribieran una por una, pienso que ni aun en el mundo cabrían los libros que se habrían de escribir.

Jn 21, 25

Jesús obró milagros para despertar la fe en el hecho de que Él era el Mesías y el Hijo de Dios.

> Las obras que el Padre me ha dado que cumplir, las mismas obras que hago, dan testimonio de mí que el Padre me ha enviado.

Jn 5. 36

El que los hombres se negaran a admitir la evidencia de los sentidos, hacía imperdonable su incredulidad.

> Si yo no hubiera venido ni les hubiese hablado, no tendrían pecado; mas ahora no tienen excusa por su pecado. El que me odia a mí, también odia a mi Padre.

Jn 15, 22-53

Los milagros no curan de la incredulidad. Algunos no creerían aunque todos los días vieran resurrecciones de muertos. No hay señal alguna que pueda procurar una completa convicción, ya que la voluntad puede negarse a admitir lo que el entendimiento conoce que es verdadero. Los fariseos admitieron:

> Este hombre hace muchos milagros.

Jn 11, 48

Pero, aunque admitían los milagros, negaban a la Persona que los hacía. Hacia el fin de su vida pública, se hace este resumen:

> Aunque había hecho tantos milagros delante de ellos, no creían en Él.

Jn 12, 37

La incredulidad había sido predicha por Isaías varios siglos atrás. Esta profecía se introduce en este momento en el evangelio como otra prueba de que Jesús era el Cristo. El texto de Isaías se menciona seis veces en el Nuevo Testamento, y siempre en relación con la falta de fe. No es que el pueblo no creyera a fin de que se cumpliera la profecía, sino que más bien su incredulidad era el cumplimiento de la profecía. La cita de Isaías hecha por Juan era la siguiente:

> Señor, ¿quién ha creído nuestro mensaje? ¿Y a quién ha sido revelado el brazo del Señor?

Jn 12, 38

Éste es el primer versículo del capítulo cincuenta y tres de Isaías, que contiene las profecías referentes a los sufrimientos de nuestro Señor. La presciencia de Dios de lo que ha de ocurrir no quita en modo alguno a los pecadores su responsabilidad; sin embargo, cuando aparece el delito y se manifiesta la incredulidad, Pueden analizarse las causas. Los que se niegan a ver pierden la facultad de ver. Dios estaba ratificando una actitud a la que los hombres habían llegado por su propia elección. Prediciendo el juicio que merecería la incredulidad, Él amonestó así:

> El que me rechaza y no recibe mis palabras, tiene quien le juzgue; la palabra que he hablado, ella misma le juzgará en el día postrero. Porque no he hablado de mí mismo, sino que el Padre que me envió me ha dado mandamiento de lo que debo decir y de lo que he de hablar.

Jn 12, 48-49

No puede haber nada arbitrario en el juicio a que someterá a los hombres en el último día; las gloriosas palabras de misericordia serán revestidas de autoridad judicial. Que se predijera la manera como todos los hombres serían juzgados según la actitud que manifestaran ante Él, era debido a que Él venía enviado por Dios. Su naturaleza humana empezaba a existir en el tiempo, y era de un orden y categoría inferior a su naturaleza divina, naturaleza que compartía con el Padre. Así, rechazar a Él en su naturaleza humana era rechazar al Padre, que le había enviado. Pero de momento no venía a juzgar, sino a salvar al mundo.

Pero, aunque no creían en Él, según había profetizado Isaías, tenía aún en su aljaba una flecha que habría de convencer a los hombres de que Él era su Salvador:

> Y yo, una vez levantado en alto de sobre la tierra, atraeré a todos hacia mí.

Jn 12, 32

La cruz ejercía tal poder de atracción, que arrastraría a todos los hombres, no solamente a aquellos a quienes. Él estaba dirigiéndose, ya que su reino sería el mundo mismo. Su muerte realizaría lo que su vida no pudo realizar, ya que en ella había algo más que heroísmo o abnegación simplemente humana. Lo que arrastraría a los hombres no sería la entrega a la muerte, sino el descubrimiento del amor del corazón de Dios. El amor de Dios se hizo visible en el sacrificio. En el Calvario demostraría que era hombre al morir como muere cualquier otro ser humano; pero demostraría

que era Dios al morir de una manera distinta a la de todos los hombres. Veinte años después, san Pablo repetiría: «Predicamos a Cristo crucificado». Sólo lo divino puede cautivar al hombre, y la manifestación más sublime del amor de Dios es morir por nuestras faltas, para que podamos vivir. «Tanto amó Dios al mundo...» El arrastrar a todos a sí mismo se efectuaría por el atractivo del amor.

La cruz, que era el foco de su venida a este mundo, se convertía ahora en juicio del mal de este mundo.

> Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.
>
> Jn 12, 31

Un juez juzga a los criminales; la cruz de Jesús juzga al mundo. Contemplando en su mente mucho más lejos que los estrechos confines de un país que se extendía desde Dan hasta Bersabé, declaró de nuevo que los hombres serán juzgados por su actitud ante la cruz, no solamente porque los pecados de ellos le clavaron en ella, sino debido al amor que le impulsó a abrazarla. El juicio final sería simplemente una ratificación del juicio a que todo hombre ha de someterse en día de viernes santo.

La cruz puso fin a la tolerancia que se había venido dispensando al «príncipe de este mundo», es decir, a Satán, el cual ejercía su imperio sobre el hombre. La cruz acabaría por convencer a los hombres de pecado, cosa que jamás podrían hacer la ley o la ética. Mostraría lo que el pecado realmente es: la crucifixión de la Bondad divina en la carne; pero también les haría ver a aquel que perdona el pecado, o sea a aquel a quien levantaron en alto, hasta el cielo incluso, para que intercediera por los hombres. El trono que los hombres erigirían a nuestro Señor revelaría la hostilidad y el reino del mal en sus corazones, pero mostraría también que Él no era de esta tierra; su reinado sería de una esfera más elevada del cielo, a la cual atraería hacia sí a sus súbditos, y llegaría a ser el «Señor de todo». Lo que nuestro Señor dijo aquel día, de que el mal sería finalmente vencido en Él por medio de la cruz, lo reiteró san Pablo más adelante con estas palabras:

> Borró en contra de las ordenanzas legales la cédula de nuestra deuda que era contraria a nosotros; y la suprimió, clavándola en la cruz; y habiendo completamente despojado a los principados y las potestades, los sacó a vista del mundo arrastrándolos en su cortejo triunfal.

Aunque los hombres no creyeran en sus milagros, todavía le quedaba en la aljaba la flecha más poderosa de todas. Sería levantado de sobre la tierra. El levantamiento significaba el Calvario, Pero en el hecho de atraer a todos los hombres aludía a la resurrección y a la ascensión, ya que ciertamente ningún Salvador muerto podía ejercer tal atracción. La cruz que le levantaría de sobre la tierra, y la ascensión que le levantaría hasta el cielo, le libertarían de todos los lazos terrenales, carnales y nacionales, y le permitirían ejercer su soberanía universal sobre la humanidad. Una vez crucificado, prometió que se convertiría en imán que atraería a sí a tafias las naciones, lenguas y pueblos. Nunca dijo que sus preceptos morales habrían de atraer a todos los hombres hacia sí. Más bien sería el hecho de ser levantado violentamente de sobre la tierra, como si la tierra que Él mismo había hecho y aquellos que se movían en su superficie no tuvieran parte en Él mismo.

Ya que la misma palabra «levantado» es la usada para expresar su ascensión, Jesús daba a entender que una vez ensalzado a los cielos atraería no sólo a judíos, sino también a los gentiles, a «todos los hombres».

La tracción de la cruz no sería su ignominia, la cual sólo es vista en viernes santo, sino su amor y victoria, que se hacen visibles por pascua y la ascensión. Algunas religiones atraen por la fuerza de las armas; Él atraería por la fuerza del amor. Dicha atracción no consistiría en sus palabras, sino en Él mismo. Era su persona, alrededor de la que se concentraba su doctrina; no su doctrina, alrededor de la cual Él hubiera de ser recordado. «Un amor mayor que éste nadie lo tiene», tal era el secreto de su magnetismo. Como dice Blake:

> ¿Amarías a uno que no muriera por ti? ¿Y morirías por uno que no muriera por ti?

Si Jesús hubiera venido para otro propósito distinto de redimir del pecado, lo que ahora honraríamos no sería el crucifijo, sino una imagen de Cristo en el monte, a modo de Maestro. Si la cruz no hubiera tenido que ser algún día algo glorioso y triunfal, los hombres correrían un velo sobre aquella hora ignominiosa a la que Jesús se estaba entonces refiriendo. Si hubiera muerto en un lecho, podría haber sido venerado, pero nunca como Salvador. Sólo la cruz podía revelar que Dios es santísimo y que, por tanto, aborrece el pecado; la cruz reveló asimismo que Dios es todo amor y que, por tanto, muere por los pecadores como si Él fuera culpable.

En este punto la multitud le hizo esta extraña pregunta:

> Hemos oído de la ley que el Cristo permanece eternamente: ¿y cómo dices tú: es menester que el Hijo del hombre sea levantado en alto? ¿Quién es este Hijo del hombre?
>
> Jn 12, 34

Era extraño que aquellas personas que estaban familiarizadas con el Antiguo Testamento se escandalizasen del hecho de que el Mesías tenía que morir, ya que ciertamente habían leído esto en Isaías; también habían leído en Daniel que el Hijo del hombre perecería de muerte violenta. La objeción que ellos hacían era de que, si el Cristo, al venir, había de permanecer eternamente, ¿cómo era posible entonces que muriese? Era evidente para ellos que el ser levantado en alto significaba morir en la cruz; también era evidente que Jesús pretendía ser el Cristo o Mesías. Pero en lo que tropezaban era en su muerte. No les era posible conciliar la idea de un Mesías glorioso con un Mesías sufriente, de la misma manera que Pedro no podía conciliar un Cristo divino con un Cristo crucificado. Tenían razón al decir que el Mesías sería eterno, puesto que Gabriel había anunciado a la santísima Madre de Jesús que reinaría sobre la casa de Jacob «para siempre». Mas, por otro lado, por todo el Antiguo Testamento corría la idea de que había de constituir una víctima de sacrificio por el pecado y un cordero que había de ser sacrificado.

Nuestro Señor les respondió descorriendo el velo de su divinidad y diciéndoles que se aprovecharan del fruto de su redención. Algunos maestros pueden encender luces en las almas, otros puede que sean solamente velas vacilantes y débiles, pero todos han recibido luz de Jesús, ya que Él mismo volvió a llamarse luz del mundo. Esta luz no estaría mucho tiempo con ellos. No hay más que un sol para iluminar un mundo; si ellos apagaban la única luz del mundo, las tinieblas les cubrirían por completo, La ceguera espiritual es peor que la ceguera física. Del mismo modo que la razón es la perfección de la luz de los sentidos, así Él se llamaba a sí mismo la luz por la que la razón es iluminada y perfeccionada. A los que andarían con Él en la fe, los llamó hijos de la luz.

> Aún por un poco de tiempo la luz está entre vosotros; andad mientras tenéis la luz, para que no os sorprendan las tinieblas, pues el que anda en tinieblas, no sabe adónde va. Mientras tenéis la luz, creed en la luz, para que seáis hechos hijos de la luz.
>
> Jn 12, 35-36

La razón por la que nuestro Señor no empleó más tiempo en corregir el error en que ellos estaban en cuanto a su sacrificio fue porque habían tropezado ya en las profecías del Antiguo Testamento, en sus milagros, en la obediencia a su palabra. Por un momento hizo que apartaran su vista del Calvario y les invitó a que miraran al interior de sus propias conciencias. Lleno de compasión y ternura, les invitó a que se aprovecharan de su luz mientras caminaba entre ellos. Ésta fue la última vez que se dirigió al pueblo Para despedirse de él, es decir, para advertirle que no caminara en tinieblas e invitarle a aceptar no una verdad, sino la Verdad.

> Estas cosas dijo Jesús, y luego se fue, escondiéndose de ellos.
>
> Jn 12, 36

Aquel martes de la santa semana, por la noche, abandonó el templo. Al día siguiente

> Todo el pueblo acudía a Él de madrugada, en el templo, para oírle.
>
> Lc 21, 38

Pero Él no apareció. El sol iba hacia su eclipse; había obscurecido como si fuera de noche. La hora estaba cerca.

27. MÁS QUE UN MAESTRO

Los grandes maestros ofrecen instrucciones a sus discípulos, pero ¿se ha dado alguna vez el caso de que un maestro haya hecho de su muerte el modelo de conducta para ellos? Tal cosa es imposible, ya que ningún maestro terreno pudo prever jamás la clase de muerte de que habría de morir, ni tampoco fue la muerte la razón por la cual vino a enseñar. Sócrates, con toda su sabiduría, nunca dijo a los jóvenes filósofos de Atenas que bebieran cicuta porque él moriría por los efectos de esta planta venenosa. Pero nuestro Señor hizo de la cruz la base de su primera instrucción dada a los apóstoles. Debido a que tan a menudo se pasa por alto este hecho, como de momento pasó inadvertido también por los apóstoles, la verdadera visión de Cristo queda ofuscada. Incluso cuando obraba como Maestro hizo que la sombra de la cruz se proyectara sobre los apóstoles. Los sufrimientos que ellos padecerían serían idénticos a los que Él habría de padecer. Se le había llamado Cordero de Dios que había de ser sacrificado por los pecados del mundo; y, toda vez que ellos habían sido identificados con Él, les advirtió acerca del destino que les estaba reservado:

> He aquí que yo os envío como a ovejas en medio de lobos.
>
> Mt 10, 16

Tenían que darse cuenta de lo inconstantes y volubles que son los hombres. Cuando Él multiplicó los panes, las multitudes trataron en seguida de convertirle en un rey capaz de beneficiar su economía, en vez de interpretar aquel milagro como una señal de divinidad. Al comienzo de su vida pública, cuando hacía milagros, la adhesión de sus apóstoles era igualmente superficial. Y Juan escribió:

> Jesús no se fiaba de ellos; porque los conocía a todos, y no necesitaba que nadie le diera testimonio acerca del hombre; porque sabía Él mismo lo que había en el hombre.

Jn 2, 24 s

Ellos le aceptarían como hacedor de milagros para sus ojos, pero no como la luz de su alma. Él no se entregaría a cualquier credulidad simplemente en lo espectacular.

Conociendo que su popularidad iba a convertirse en impopularidad dentro de cinco días, Jesús advirtió a sus apóstoles:

> Guardaos de los hombres.

Mt 10, 17

De la misma manera que no se hacía ilusiones en cuanto a lo que el mundo haría con Él, tampoco se engañaba acerca de aquellos que habrían de estar tan íntimamente unidos a Él como los sarmientos a la vid. Ningún sabio o místico, ningún Buda o Confucio creyeron jamás que su doctrina hubiera de despertar tal antagonismo por parte de los hombres que hubiera de acarrearles a ellos, los maestros, una muerte violenta. Pero, y esto es todavía más importante, ningún maestro humano ha creído nunca que sus discípulos tuvieran un destino análogo, precisamente por ser discípulos suyos. La mediocridad jamás suscita odio semejante; los animales no suelen destruir a individuos de su propia especie; tampoco lo hace el hombre en sus relaciones ordinarias. Pero el hombre, al ser el término medio entre la materia y el espíritu, tiene, sin embargo, el poder de destruir lo uno y lo otro; arranca las plantas y mata los animales que son inferiores a él en dignidad, pero también puede odiar e incluso matar aquello que considera que le supera en dignidad. Si, en su orgullo, considera a Dios como algo que le desafía, negará su existencia; y si Dios se hace hombre y, por tanto, vulnerable, lo crucificará. Pero nuestro Señor no rehusó diseñar una crucifixión microcósmica para sus seguidores, como no rehusó diseñar una crucifixión macrocósmica para sí mismo.

El mundo nunca se opone a lo que es del mundo. En cambio, se opone, calumnia, persigue y crucifica a lo que es de Dios. El rescate que había de pagar por la humanidad le conduciría ante dos tribunales distintos; en el intervalo entre los dos procesos, sería azotado. Así, tampoco los apóstoles y todos sus sucesores a través de los siglos pueden esperar ser objeto de mejores tratos que los que recibió su Maestro:

> Porque os entregarán a los concejos, y en sus sinagogas os azotarán; y seréis llevados ante príncipes y reyes por mi causa, para dar testimonio a ellos y a las naciones.

Mt 10, 17-18

Los apóstoles todavía no eran perseguidos, ni tampoco se les molestó mucho antes de la crucifixión y Pentecostés. Pero Él los indicó la clase de trato que podían esperar recibir de los hombres más adelante. Estando tan poco preparados para lo que había de ocurrir a Jesús, ¿cómo podían imaginar, ni siquiera remotamente, lo que les sucedería a ellos mismos? Les advirtió que este odio del mundo estaría enmascarado; se les acusaría con razones judiciales, serían arrastrados ante los tribunales, se les sometería a procesos inicuos y de farsa, acusados de «imperialismo» o de «pervertir a la nación». El instinto de la justicia está tan hondamente arraigado en el corazón humano, que incluso en los grandes hechos injustos los canallas se envuelven en el manto de la justicia. No se trataba sólo de que hubieran de perseguirlos algunos fanáticos aislados, sino de que los hombres se organizarían jurídicamente contra ellos, sus discípulos, de la misma manera que se habían conjurado contra Él. Aunque tanto la máscara como el disfraz de los tribunales fueran de justicia, el motivo real que los impulsaría a odiarlos sería la maldad de sus corazones.

> Y ésta es la condenación, porque la luz ha venido al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que obra el mal, odia la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que obra la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean puestas de manifiesto; porque han sido hechas en Dios.

Jn 3, 19-21

Los hombres del mundo no comenzaron a odiar conscientemente la luz, porque la verdad es tan innata a la mente como la luz lo es al ojo. Pero cuando la luz brilló en su alma y reveló sus pecados, la odiaron de la misma manera que el atracador de un banco odia la luz eléctrica que la policía dirige hacia él. Los hombres reconocieron la luz que Jesús traía porque estaban hechos para la verdad; pero como habían pervertido su naturaleza con su mala conducta, aquella verdad venía a hurgar en sus conciencias, y por esto la odiaron y la despreciaron. Todas sus malas costumbres, sus deshonestidades y bajas pasiones los inducían violentamente a oponerse a aquella luz. Muchos enfermos se resisten a someterse a examen médico por temor a que se les diga algo que no les gusta. Él les decía, por lo tanto, que no era un maestro que pidiera un discípulo que repitiese como un loro sus enseñanzas; era un Salvador que primero turbaba la conciencia y luego la purificaba. Pero muchos no dejarían de odiar al que de tal modo venía a turbarlos. La luz no constituye

ninguna bendición, excepto para las personas que son de buena voluntad; puede que sus vidas sean malas, pero tienen deseos de ser buenas personas. Su presencia, les decía Jesús, era una amenaza a la sensualidad, a la avaricia, a las concupiscencias. Cuando un hombre ha vivido durante años en una cueva oscura, sus ojos no pueden soportar la luz del sol; así, el hombre que se niega a arrepentirse vuelve la espalda a la misericordia. Nadie puede evitar que el sol siga brillando, pero todo el mundo puede bajar las persianas de su casa e impedir que entre en ella la luz.

Nuestro Señor les dijo también que si los perseguían no tenían que preocuparse por lo que habrían de responder a sus perseguidores. No harían falta declaraciones escritas ni manuscritos preparados de antemano. Prometió que Él mismo les hablaría por medio de su Espíritu.

> Pero cuajado os entregaren, no os afanéis sobre cómo o qué habéis de decir; porque en aquella misma hora os será dado lo que habéis de decir; porque no sois vosotros quienes habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre que habla en vosotros.

Mt 10, 19-21

Prediciéndoles, sin decirles cómo, que sería traicionado por uno que se hallaba muy próximo a Él, les hizo comprender mejor la cruz al decirles que los traidores serían de su misma casa, que hermanos traicionarían a hermanos.

> Y seréis odiados de todos por causa de mi nombre.

Mt 10, 22

Las terneras que llevaron al arca desde el país de los filisteos fueron ofrecidas en sacrificio a Dios. Tal parecería el galardón merecido por haberse identificado con Cristo. Como indica san Pablo:

> Os ha sido concedido, a favor de Cristo, no sólo creer en El, sino también padecer por su causa.

Phil 1, 29

Pero de la misma manera que en la vida de Jesús nunca hubo la «hora» del Calvario sin el «día» de la victoria, así tampoco sería perpetua la derrota de ellos:

> El que perseverare hasta el fin, éste será salvo.

Mt 10, 22

En vuestra paciencia ganaréis vuestras almas.

Lc 21, 18

Ganar el alma significa tener dominio de uno mismo, lo cual es el secreto de la paz interior, lo contrario de las mil turbaciones que hacen al hombre sentirse temeroso, desgraciado y contrariado. Sólo cuando se tiene dominio sobre la propia alma es cuando puede gozarse de lo demás. Nuestro Señor se refería aquí a la paciencia en la adversidad, en las pruebas, en la persecución. Al cabo de tres horas de estar clavado en la cruz, tendría Él tal dominio de su alma, que podría devolverla a su Padre celestial.

Al llegar a este punto de su sermón, Jesús hizo ver a los apóstoles que, si Él había venido a este mundo para morir y no para vivir, también ellos habían de estar preparados para morir y no para vivir. Si el mundo le daba una cruz, ellos habían de esperar recibir otra; si el mundo decía que Él tenía un «dominio», ellos debían esperar que el mundo les llamara a ellos mismos «demonios».

> El discípulo no es mejor que su maestro; ni el siervo mejor que su señor. Bástale al discípulo ser como su maestro, y al siervo ser como su señor. Si al padre de familia le llamaron Belcebú, ¿cuánto más a los de su casa?

Mt 10, 24 s

Pero el poder de hacer daño jamás afectaría al alma de los apóstoles. De la misma manera que su resurrección sería la prueba de ello, ahora les daba la seguridad de lo mismo anticipadamente. El cuerpo puede ser dañado sin el consentimiento del alma, pero el alma no puede sufrir daño sin su propio consentimiento. La única cosa que hay que temer no es perder la vida humana, sino la vida divina, que es Dios.

> Y no temáis a los que matan el cuerpo, pero al alma no la pueden matar; temed más bien a aquel que puede destruir así el alma como el cuerpo en el infierno.

Mt 10, 28

Todo el mal que se les hiciere recibiría su castigo, y todas las cosas ocultas serían reveladas. La misericordia divina, que vela por los gorriones y cuenta los cabellos de nuestras cabezas, los tenía a ellos bajo su amorosa y vigilante mirada. Jesús los advertía para que no fueran «discípulos secretos», ni demasiado «liberales» y transigentes al confesar la divinidad de Él. Haciéndose más audaz a medida que iba desarrollando ante ellos la idea de la cruz, pasó a la comparación de la espada. No sería un pacifista

venido de fuera; tampoco lo serían ellos. Cuando ellos predicaran acerca de Él suscitarían oposición, y de esta manera harían que todos los enemigos de la bondad desenvainaran sus espadas:

> A cualquiera que me confesare delante de los hombres, le confesaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos; pero a cualquiera que me negare delante de los hombres, le negaré yo también delante de mi Padre que está en los cielos.

Mt 10, 32

> No penséis que vine a traer paz a la tierra; no vine a traer paz, sino espada.

Mt 10, 34

Hay dos clases de espada: las que hieren externamente y destruyen, y las que hieren interiormente y mortifican. Lo que Él quería dar a entender era que su venida aguzaría espadas de parte de sus enemigos. Santiago oyó estas mismas palabras que hablaban de espadas, y más adelante tuvo ocasión de comprobar que ello era cierto, cuando Herodes le dio muerte con su espada, viniendo de este modo a ser el primer apóstol mártir. Simone Weil parafraseó las palabras de nuestro Señor, de que el que coge la espada perecerá por la espada, diciendo que el «que toma una cruz perecerá por la espada», porque la cruz suscitará oposición.

A continuación Jesús advirtió a los apóstoles que los que le aceptaran a Él serían odiados por los miembros de sus propias familias. El evangelio suscitaría lucha entre los que aceptaran a Jesús y los que le rechazaran. La madre no convertida aborrecería a su hija convertida, y el padre sin convertir aborrecería al hijo convertido, de suerte que los enemigos más encarnizados estarían en la propia familia de uno. Pero no habían de creer que todo ello fuera algo perdido, puesto que hay una doble vida: la vida física y la espiritual. Tertuliano observó que, cuando los romanos condenaban a muerte a los primitivos cristianos, el argumento pagano con que querían persuadirlos era siempre el siguiente: «Salva tu vida; no malogres tu vida.» Pero, del mismo modo que Jesús dejaría su vida y la tomaría de nuevo, así también ellos salvarían espiritualmente lo que perdieran desde el punto de vista biológico. Lo que se sacrificaba a Él nunca se perdería. No entendían lo que les estaba diciendo, pero Él les resumía de nuevo su doctrina de la cruz y de la resurrección:

> El que halla su vida la perderá; y el que perdiere su vida por mi causa la hallará.

Mt 10, 39

Los apóstoles habían visto muchas veces cómo los romanos ocupantes de su país crucificaban a muchos de sus compatriotas. Las palabras de nuestro Señor se referían a la costumbre que había de que los criminales llevaran a hombros la cruz en que debían ser clavados. El hecho de que la cruz era el principal suceso de su vida, la razón primordial de su venida a este mundo, se hacía nuevamente evidente al invitarlos Jesús a la crucifixión. Es inconcebible que los impulsase a ir a una muerte redentora, a menos que Él mismo hubiera querido para sí tal muerte como el Cordero sacrificado desde la fundación del mundo. Más adelante Pedro y Andrés comprenderían aquellas palabras, cuando también ellos fueran crucificados.

Inmediatamente después de Pentecostés, cuando Cristo envió su Espíritu sobre los apóstoles, Pedro comprendió cabalmente el sentido de la crucifixión, y resumió así las instrucciones que nuestro Señor les había dado antes del Calvario:

> A este que vosotros matasteis... Dios levantó, libre de los dolores de la muerte, por cuanto no era posible que fuese detenido por ella.

Act 2, 23 s

La cruz no fue un accidente en su vida, ni tampoco lo sería en la de sus seguidores.

28. LOS PAGANOS Y LA CRUZ

Cristo, el Hijo de Dios, vino al mundo para salvar a todos los hombres, a todas las naciones y a todos los pueblos. Aunque éste era su fin último, su propósito era limitar su evangelio primeramente a los judíos. Más adelante su misión se hizo universal, de suerte que abrazara también a todo el mundo pagano.

> A estos doce envió Jesús, con el mandamiento siguiente: No toméis el camino de los gentiles, ni entréis en ciudad de samaritanos; sino id más bien a las ovejas perdidas de la casa de Israel.
>
> Mt 10, 5 s

La primera instrucción explícita que se dio a los apóstoles fue que evitaran a los paganos. Actualmente los paganos serían lo que llamamos «misiones extranjeras». Incluso los samaritanos debían quedar excluidos de momento, porque eran un pueblo híbrido, de origen a la vez judío y asirio. Esta instrucción explícita de que se limitaran al principio a la casa de Israel venía subrayada por el hecho de que Jesús escogió de entre el pueblo a doce que correspondían de una manera general a las doce tribus de Israel. Por esto Pedro vaciló cuando llegó el momento de bautizar a Cornelio, centurión romano. Para realizar aquel acto necesitaba una declaración explícita de parte de Dios mismo.

A pesar de este primer mandato a los apóstoles, nuestro Señor entró varias veces en contacto con paganos; incluso obró milagros en beneficio de ellos; y aunque tales milagros no respondan completamente a la pregunta acerca de cuándo empezó nuestro Señor a hacer universal su misión, nos dan, sin embargo, indicios seguros.

El primero de los tres contactos que nuestro Señor tuvo con los paganos y, por tanto, con las misiones extranjeras, fue con el centurión romano; el segundo, con la hija de la mujer sirofenicia; y el tercero, con el

joven poseído por un demonio, en tierra de los gerasenos. Estos tres milagros tuvieron elementos comunes.

Los dos primeros fueron realizados a distancia. Probablemente el centurión era miembro de la guarnición romana estacionada en Cafarnaúm. Por tanto, por su nacimiento debía ser pagano. Es muy probable que, al igual que el centurión Cornelio, a quien Pedro había bautizado, y al igual que el eunuco de la corte de la reina de Etiopía, se sintiera atraído, por lo menos sentimentalmente, al culto de Yahvé. Este oficial romano había estado en el país el tiempo suficiente para comprender que entre los judíos y los gentiles existía un poderoso muro de separación. Esto explica que, cuando su siervo yacía enfermo a punto de morir, su amo no se atreviera a ir directamente a nuestro Señor, sino que

> Envió a Él los ancianos de los judíos, rogándole que viniese y sanase a su siervo.

Lc 7, 3

Nuestro Señor debió de mostrar cierto recelo antes de efectuar tal milagro, puesto que dice Lucas que aquellos que intercedieron,

> Viniendo a Jesús, le rogaron.

Lc 7, 4

Mientras nuestro Señor se encaminaba hacia el siervo, el centurión le envió unos amigos suyos diciéndole que no se molestara, porque

> No soy digno de que entres debajo de mi techado.

Lc 7, 6

Más adelante, san Agustín comentaría este hecho de la siguiente manera: «Al tenerse por indigno de que Cristo entrara en su casa, fue tenido por digno de que Cristo entrara en su corazón.»

El centurión pagano comparó el poder de nuestro Señor con la autoridad que él mismo tenía sobre sus soldados. Él era el oficial que tenía a su mando un centenar de soldados que obedecían lo que él les ordenaba; pero el Señor era el verdadero césar o rey, el comandante supremo de la más alta jerarquía, con ángeles a su órdenes. Por lo tanto, no hacía falta que Jesús entrara en casa del centurión, sino que para hacer el milagro, así sugería el pagano, podía dar una orden desde donde se encontraba. El milagro se realizó, tal como el centurión había sugerido, a distancia. Reflexionando en la fe de este pagano y anticipando la fe que vendría de

misiones extranjeras, que Él comparó con la actual misión en el propio país, nuestro Señor dijo:

> Os digo que ni aun en Israel he hallado fe tan grande.
>
> Lc 7, 10

El primer pagano que recibió tal alabanza de nuestro Señor Por su fe fue uno de aquellos «hijos de Dios» esparcidos por el mundo y que algún día habrían de ser conducidos a la unidad por medio de la redención.

El segundo milagro realizado por nuestro Señor en una persona pagana fue la curación de la hija de la mujer sirofenicia. La repugnancia que nuestro Señor sintió en hacer el milagro para el centurión sólo había sido insinuada, pero ahora se negó Jesús de una manera explícita, tal vez con el fin de que se manifestara la fe de aquella mujer. El milagro tuvo efecto en las inmediaciones de Tiro y Sidón. San Juan Crisóstomo y otros comentaristas han creído, efectivamente, que nuestro Señor traspasó los confines de lo que más adelante había de ser conocido como territorio de misión extranjera. Se describe a la mujer como sirofenicia, venida de Canaán. Se hallaba, por lo tanto, completamente apartada de los judíos. Cuando pidió a Jesús que hiciera algo por su hija, a la que se describe como «gravemente atormentada de un demonio», nuestro Señor

> No le respondió palabra; y viniendo sus discípulos le rogaron, diciendo: Despáchala, porque grita en pos de nosotros.
>
> Mt 15, 23

Los apóstoles no pedían que se hiciera un milagro para el bien de aquella mujer: solamente querían que se les dejara tranquilos, en paz egoísta. Como continuara suplicando y adorando a Jesús, éste procedió a probar la fe de ella con unas palabras aparentemente duras:

> No es justo tomar el pan de los hijos y echarlo a los perros.
>
> Mt 15, 26

Los hijos a los cuales se refería eran, por supuesto, los judíos. El término «perros» era despectivo, y los judíos solían aplicarlo a los gentiles.

Así como el centurión romano tuvo que verse obligado a esperar, esta mujer tuvo que soportar un chasco. Sin embargo, replicó, haciendo un perfecto acto de fe:

Así es, Señor, mas los perros también comen de las migajas que caen de la mesa de sus señores.

Mt 15, 27

La mujer decía con ello a nuestro Señor: «Acepto este título y la dignidad que a él va unida, ya que incluso los perros son alimentados por el dueño; puede que no se les dé todo el banquete que se ha preparado para los hijos de Israel, pero los perros tendrán también su parte; y esta parte también procederá de la mesa del Señor». La mujer pretendía pertenecer a la casa del Señor, aun cuando fuera inferior el puesto que en ella ocupara. Conforme al nombre con que el Señor la había nombrado, aquella mujer no era una extraña. Y, al aceptar tal nombre, podía reclamar todo lo que a este nombre correspondía.

Ella había vencido con su buena fe, y por esto le dijo el Señor:

¡Oh mujer, grande es tu fe; hágase contigo como quieres!

Mt 15, 28

De la misma manera que el José de la antigüedad sólo mantuvo por breve tiempo su actividad severa para con sus hermanos, el Salvador no mantuvo mucho tiempo su aparente desdén, y nuevamente a distancia obró el milagro de curación.

El tercer contacto que tuvo al principio nuestro Señor con los paganos fue al entrar en el país de los gerasenos. Un hombre poseído de un espíritu inmundo salió de los sepulcros donde habitaba para ir al encuentro de Jesús. El lugar se hallaba en la Decápolis, una región habitada sobre todo por gentiles. Flavio Josefo da a entender que la ciudad de Gerasa era griega. El simple hecho de que aquella gente criara cerdos parecería indicar además que no se trataba de judíos. No es concebible que fueran judíos que desafiaran la ley de Moisés.

Puede atribuirse un gran simbolismo al hecho de que fuera en esta región pagana donde nuestro Señor se enfrentara con unas fuerzas mucho más temibles que las que agitan los vientos y las olas y los cuerpos de las personas. Se trataba de unas fuerzas más salvajes y terribles que las de los elementos naturales, unas fuerzas capaces de llevar la confusión, la anarquía y la desolación a las almas. En el centurión y en la mujer sirofenicia hubo una fe sana, pero en este joven no había más que la tiranía del demonio. Los otros dos paganos habían pronunciado palabras de acatamiento al Señor, salidas de sus corazones. Ahora, en cambio, se

trataba de un espíritu obseso, un espíritu caído que obligaba al joven a afirmar la divinidad de Jesús:

> ¿Qué tengo yo que ver contigo, Jesús, Hijo del Dios altísimo? Te ruego que no me atormentes.
>
> Lc 8, 28

Cuando nuestro Señor libró al joven del mal espíritu y permitió que éste entrara, en cambio, en la piara, la gente del pueblo le rogó que se alejara de ellos. El espíritu del capitalismo, en su forma peor de todas, les hizo pensar que restablecer un alma a la amistad con Dios no era nada en comparación de la pérdida de unos cuantos puercos. Mientras que los respetables gerasenos pedían a Jesús que se marchara, los samaritanos, que eran pecadores, quisieron que permaneciera con ellos.

Estos tres incidentes relacionados con sendas misiones extranjeras fueron excepciones en el plan divino de que la salvación había de venir primeramente a los judíos, y de que Jesús había de limitar, de momento, su enseñanza a las ovejas perdidas de Israel.

Este contacto esporádico con los paganos no era suficiente para establecer un principio de evangelización universal. Por otro lado, no hay que suponer que nuestro Señor se volviera a los gentiles simplemente porque su propio pueblo le rechazaba, como si el resto de la humanidad fuera para Él algo secundario. Sabía que llegaría un momento en el que perdería tanto a los dirigentes como a las masas de su propio pueblo. En realidad, esto ocurrió después de realizar el milagro de la multiplicación de los panes. Después de esto, nuestro Señor no podía contar con que le siguieran la aristocracia ni el pueblo judío. Sin embargo, de momento seguía concentrando su atención en su propio pueblo, con exclusión de las misiones extranjeras.

Nuestro Señor no aprovechó la coyuntura que le ofrecían estos tres contactos con el mundo pagano para decir a sus apóstoles que llevaran el evangelio más allá de los confines de Israel. Sin embargo, existía una relación clara e intrínseca entre los gentiles y la razón por la cual Jesús había venido a este mundo. Es digno de notarse que precisamente en aquellos momentos en que estaba aludiendo tan claramente a su muerte y redención se manifestara esta cierta relación con los gentiles. Aparte de estos tres contactos milagrosos, hubo otros tres momentos en que los paganos fueron estrechamente asociados a Cristo. Cada uno de estos tres contactos hizo en cierto modo referencia a su pasión y a su muerte y glorificación.

El primero de estos tres momentos fue en su nacimiento. Los pastores representaban la misión en el propio país; los reyes magos representaban las misiones extranjeras. Tanto los judíos como los gentiles estuvieron junto al pesebre; pero la llegada de los gentiles coincidió con el primer atentado contra la vida de Jesús. Apenas había atracado la divina nave, cuando ya el rey Herodes intentaba hundirla ordenando dar muerte a todos los niños varones de menos de dos años de edad. Y fue a los gentiles a quienes Herodes interrogó acerca de la profecía de la estrella de Belén. La sombra de la muerte se cernía ya en el camino del niño Jesús.

El segundo momento en la vida de Jesús en el que se relacionaron con Él los gentiles fue cuando vinieron los griegos pidiendo ver al Señor, por intercesión de Felipe y Andrés. En esta ocasión, nuestro Señor no se refirió a ninguna profecía de las Escrituras judaicas (cosa que de nada hubiera aprovechado a los gentiles), sino que en vez de ello invocó una ley de la naturaleza, a saber, la ley de la simiente.

> A menos que el grano de trigo caiga en tierra y muera, queda solo; mas si muere, lleva mucho fruto.

Jn 12, 24

Así como los reyes sabios venidos de entre los gentiles descubrieron la Sabiduría en el pesebre, así los sabios que ahora venían de entre los gentiles estaban aprendiendo la ley del sacrificio: que por medio de la muerte podía nacer una nueva vida. Cuanto más cerca se hallaba nuestro Señor de su cruz (y ahora sólo distaba de ella una semana), tanto más cerca de Él se hallaban los paganos. Ahora empezaban a aparecer por primera vez junto a Él. En la ocasión en que vinieron a visitarle aquellos herederos de la cultura de Sócrates, Aristóteles y Platón, nuestro Señor empezó a hablarles de su gloria:

> Ha llegado la hora en que será glorificado el Hijo del hombre.

Jn 12, 23

El tercer momento en que los gentiles estuvieron íntimamente relacionados con Él fue durante su crucifixión. Sufrió su proceso en un tribunal romano, y la mujer de un gobernador romano intercedió por Él porque había tenido un sueño que la había conturbado. Simón de Cirene, que tenía interés en observar cómo aquel hombre era conducido al patíbulo, fue obligado a ayudarle a llevar la cruz. Sabemos que por lo menos cien soldados romanos estuvieron presentes en la escena de la crucifixión, ya que un centurión mandaba por lo menos dicho número de

soldados. Nunca como en el instante de su muerte hubo tantos gentiles alrededor de nuestro Señor. Aguardando aquel momento, después de que sus milagros fracasaron en cuanto a convencer a los hombres de su divinidad, Jesús presentó la cruz como el argumento final y contundente. Ahora que el Hijo del hombre estaba siendo levantado en alto, empezaba a atraer a todos los hombres hacia sí. Dio a entender claramente que era a «todos los hombres» a quienes quería atraer, y no simplemente al pueblo de Judea y Galilea. En el preciso instante en que habló de dar su propia vida, añadió:

> Otras ovejas tengo que no son de este redil a éstas también tengo que traer, y oirán mi voz.

Jn 10, 16

La muerte de Cristo fue para el mundo entero la realización del reino de Dios. Hasta el momento del Calvario, a los hombres se les había enseñado por medio de la predicación. Después del Calvario, serían enseñados por medio de su resurrección y ascensión. El principio de la universidad se hacía efectivo. La muerte de Cristo fue la que echó abajo el muro de separación entre judíos y gentiles, para revelar la misión universal del Mesías, misión que había sido vagamente insinuada en el Antiguo Testamento. Hacía falta el Gólgota para universalizar la misión de Cristo. Las misiones extranjeras fueron fruto de la pasión y muerte de nuestro Señor. No hay mayor prueba de ello que el hecho de que hasta después de su resurrección y en el momento de su ascensión no se dio a los apóstoles el mandato misional:

> Id, pues, y haced discípulos entre todas las naciones.

Mt 28, 19

Ahora los paganos entrarían en su heredad, no solamente los que habían vivido antes de su venida, sino aquellos que vivirían hasta su gloria final, y vendrá un día en que

> Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación.

Mt 12,41

Los gentiles que vivieron en los días de Salomón y sobre todo la reina de Saba, señalarían con dedo acusador a Israel por no haber sabido apreciar tanto como los gentiles la muerte de Jesucristo.

La costa de Tiro y Sidón, que había producido a aquella mujer llena de fe, recibiría un juicio más benigno que Cafarnaúm, que en otro tiempo había mecido en una barca el cuerpo del divino Pescador.

> Por tanto os digo que será más llevadera la condena de Tiro y Sidón en el día del juicio, que la de vosotras. Y tú, Cafarnaúm, que has sido levantada hasta el cielo, hasta el infierno serás abatida.

Mt 11, 22

Incluso Sodoma, que se había convertido en sinónimo de todo lo malo, recibiría un juicio más clemente que Israel, al cual al principio se había reservado la revelación:

> Si en Sodoma se hubiesen hecho los milagros que se han hecho en ti, hubiera permanecido hasta el día de hoy. Pero os digo que será más llevadera la condena de la tierra de Sodoma en el día del juicio, que la tuya.

Mt 11, *23*

En el futuro, todos los gentiles se aprovecharían de los beneficios de su muerte y resurrección:

> Cuando el Hijo del hombre venga en su gloria, y todos los ángeles con Él, entonces se sentará sobre el trono de su gloria, y delante de Él serán reunidas todas las naciones.

Mt 25, 31 s

Si nuestro Señor hubiera sido simplemente un predicador o un maestro, jamás habrían existido las misiones extranjeras, ha fe jamás se habría propagado por todo el mundo. El evangelio que proclaman los misioneros no es un poema épico perteneciente a un pueblo determinado, sino una redención tan vasta como la misma humanidad. Desde el momento del Calvario, el misionero perteneció a Cristo y no al príncipe de este mundo. Otro rey entraba en posesión legal de los gentiles. Da principal diferencia entre el Antiguo y el Nuevo Testamento estriba en su finalidad. El primero había estado restringido casi exclusivamente a una nación, pero la sangre de la Nueva Alianza que fue derramada en el Calvario derribó el muro de separación que se levantaba entre los judíos y las demás naciones.

El sacrificio de Jesucristo fue universal de tres maneras: en cuanto al tiempo, al lugar y al poder. En lo que al tiempo se refiere, su eficacia no estuvo limitada a una sola generación o dispensación:

> Conocido en verdad en la presciencia de Dios, antes de la fundación del mundo, pero manifestado al fin de los tiempos, por amor a vosotros.

1 Petr 1, 20

Hubo también universalidad en el espacio, puesto que la eficacia de la muerte de Cristo no quedó limitada a una sola nación:

> Fuiste inmolado, y nos has adquirido para Dios con tu misma sangre, hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación.

Apoc 5, 9

Finalmente hubo universalidad en el poder, porque no hay pecado que su redención no pueda borrar:

> La sangre de Jesucristo, su Hijo, nos limpia de todo pecado.

1 Jn 1, 7

Fue en la cruz donde Cristo hizo universal su misión. Cuanto más íntimamente abracen los misioneros su cruz, tanto más rápidamente se cumplirá su misión en todas las naciones.

29. LA CRECIENTE OPOSICIÓN

La oposición y el odio de los fariseos, escribas y guías del templo contra nuestro Señor crecía de dentro afuera, como sucede en la mayoría de corazones humanos. Primeramente le odiaron en sus corazones; luego manifestaron su odio a los discípulos de Jesús; más adelante lo manifestaron abiertamente al pueblo; y por último no se recataron de mostrarlo a Jesús.

La mala disposición de su corazón se reveló cuando en Cafarnaúm fue llevado un paralítico a la presencia de Jesucristo. En vez de curarlo inmediatamente por medio de un milagro, nuestro Señor le perdonó los pecados. Como la enfermedad, la muerte y el mal eran efectos del pecado, aunque no necesariamente un pecado personal en un individuo determinado, procedió a atacar la raíz de la enfermedad, o sea el pecado, y se lo perdonó:

> Tus pecados te son perdonados.

Mc 2, 5

En lugar de considerar el milagro como una prueba de aquel que lo realizaba, sus enemigos

> Discurrían en sus corazones, diciendo: ¿Por qué habla este hombre así? ¡Blasfema! ¿Quién puede perdonar pecados, sino sólo Dios?

Mc 2, 7

Ellos veían claramente que Cristo estaba obrando como Dios. El Antiguo Testamento decía que tal poder correspondía a Dios. Sólo Dios podía perdonar los pecados, es verdad, pero Dios podía hacerlo y lo estaba haciendo ahora mediante su naturaleza humana. Más adelante transmitiría este poder a sus apóstoles y a los sucesores de éstos:

> A los que perdonareis los pecados, perdonados les serán.

Jn 20, 23

Pero los hombres que ejercieran esta autoridad seguirían siendo solamente instrumentos humanos de su divinidad, de la misma manera, aunque en un grado más elevado, que la naturaleza humana de Jesucristo era el instrumento de su naturaleza divina. Aunque los pensamientos de los fariseos permanecían dentro de la mente de ellos, ningún pensamiento escapa, sin embargo, al conocimiento de Dios.

> Y conociendo Jesús en su espíritu que discurrían de esta manera dentro de sí mismos, les dijo: «¿Por qué discurrís átales cosas en vuestros corazones? ¿Qué es más fácil, decir al paralítico: Tus pecados son perdonados; o decirle: Levántate, y alza tu camilla y anda? Pues para que sepáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra de perdonar los pecados [dice al paralítico]: A ti digo: ¡Levántate, alza tu camilla y vete a tu casa!» Y se levantó, y alzando al punto la camilla, salió delante de todos ellos.

Mc 2, 8-12

En sus corazones, Él era culpable de blasfemia porque pretendía tener el poder de Dios. Referente a su autoridad para perdonar pecados, Jesús les dio una prueba palpable de que su pretensión estaba justificada. Aunque no podían negar lo que habían visto, no reconocieron su poder. La fe en Cristo iba aumentando entre la gente del pueblo, pero disminuyendo entre los fariseos, escribas y doctores de la Ley y de todos los pueblos de Galilea y Judea, así como en Jerusalén. Los milagros no constituyen necesariamente un remedio de la incredulidad. Si la voluntad se halla pervertida, toda la evidencia del mundo no será bastante a convencer, ni siquiera una resurrección de entre los muertos.

A partir de aquel entonces los pensamientos de los escribas y de los otros no fueron sino malos. Ahora sus labios proferían expresiones de odio contra los discípulos del Señor. La ocasión les fue ofrecida cuando Jesús llamó a Mateo, el publicano, para que fuera apóstol suyo. Un publicano era un judío que traicionaba a su propio pueblo haciéndose recaudador de impuestos para los romanos, que tenían ocupado todo el país. El publicano prometía recaudar cierta suma en impuestos de una comunidad, pero todo lo que cobraba por encima de dicha cantidad se lo guardaba para él. Como es natural, esto produjo muchos actos de falta de honradez, y el resultado de ello fue que el publicano era el más despreciado de los ciudadanos.

Cuando nuestro Señor le vio sentado ante su mesa, cobrando los impuestos, no le prometió nada, sino que le dijo simplemente: «Sígueme.»

Mateo le siguió al punto. Aquel que tan antipatriótico había sido, fue el que más adelante escribió el primer evangelio y llegó a ser el más patriótico de los ciudadanos, citando constantemente de las profecías que hablaban de la gloria que correspondía a Israel por haber engendrado al Salvador.

Nuestro Señor aceptó la invitación de ir a comer en casa del publicano Mateo. Esto constituyó un motivo de gran escándalo para los fariseos y su extremado puritanismo. Pero, al ver que

> Muchos publícanos y pecadores vinieron y se sentaron a comer juntamente con Jesús y sus discípulos,

preguntaron a los discípulos:

> ¿Por qué come vuestro maestro con publícanos y pecadores?

Mt 9, 11

Se le reconocía como Maestro, pero ahora estaba arriesgando su reputación al juntarse con las heces de la sociedad. Si los leprosos siempre andaban juntos, ¿acaso el hecho de que Jesús anduviera con pecadores no era prueba evidente de que también Él era un pecador?

Anteriormente había leído los pensamientos de ellos; esta vez probablemente fueron los discípulos quienes le dijeron el cargo que le hacían los fariseos, a lo que Él respondió que precisamente porque no era igual que los pecadores andaba en medio de ellos. El rígido formalismo de ellos, que se manifestaba en sacrificios externos, ignoraba el verdadero sacrificio de sí mismo, que era el que salvaría a los pecadores. Ellos se jactaban de su conocimiento de las Escrituras, y por ellos Jesús les citó a Oseas en un pasaje en que se indica que Dios se complace más en la misericordia que en los formalismos.

> Los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos. Id, pues, y aprended qué significa esto: Deseo la misericordia, y no el sacrificio; porque no vine a llamar justos, sino pecadores.

Mt 9, 12 s

Una vez más dijo que «había venido» al mundo, no que hubiera nacido. En todo momento vemos que no afirma que empezó a existir en el tiempo, sino solamente que, siendo Dios, se convirtió en algo que antes no era, es decir, en hombre. Y la razón de su venida no fue escribir un nuevo código de moral, sino que vino para hacer algo para los pecadores. Aquellos que, al igual que los fariseos, rehusaban admitir que estaban

enfermos de pecado, no necesitaban sus servicios de médico de sus almas. El ciego que se negara a admitir la existencia de la luz jamás podría ser curado. Tampoco había venido para adherirse literalmente a las leyes ceremoniales, entendidas bajo el término «sacrificio», sino para levantar a los caídos. Como médico, no podía hacer bien alguno a los que fueran simplemente curiosos, o que negaran la culpa, o designaran a ésta con el nombre de «complejo de Edipo»; vino solamente para llevar los pecados ajenos y, por tanto, sólo los pecadores, y no los que se creían a sí mismos justos, serían los que se aprovecharían de su venida a este mundo.

El amor a los pecadores era algo nuevo en la tierra. Si hubiera venido exclusivamente para ser un maestro, habría puesto su ley por escrito, como hizo Lao-Tse, y dicho a los hombres que «aprendieran y practicaran». Pero, como vino para ser el Salvador y a dar su vida «como rescate», amonestaba a la gente para que se purificara del alma:

> No he venido a llamar a penitencia a los justos, sino a los pecadores.
>
> Lc 5, 32

La oposición se hizo ahora más palmaria, cuando nuestro Señor sanó al mundo endemoniado. Ahora esta oposición abandonaba el círculo cerrado de sus lóbregos corazones y se dirigía contra el pueblo para enemistarlo con Jesús.

Las multitudes que vieron el milagro se quedaron llenas de admiración y dijeron que jamás se había visto nada igual en Israel.

Esto indujo a los fariseos a blasfemar abiertamente:

> Por el príncipe de los demonios echa afuera los demonios.
>
> Mt 9, 34

Nuestro Señor respondió a esta acusación manifestando que arrojaba a Satán por medio del poder de su divinidad, usando la analogía de una casa sitiada, ocupada por un hombre vigoroso: pero alguien más fuerte que él entra en la casa y le quita todas las armas y todos sus bienes. Nuestro Señor dijo que si entraba en los dominios del mal y tomaba posesión de la casa, tal como el cuerpo de un poseso, entonces se manifestaba cierto gran poder antisatánico, que era nada menos que el poder de Dios mismo. Pero, puesto que habían dicho que Él tenía un espíritu inmundo, eran culpables de un pecado imperdonable; estaban colocándose más allá de todo perdón. Si envenenaban la fuente de agua viva con la que podían apagar la sed,

entonces habían de morir envenenados. Si blasfemaban del único que podía perdonar, ¿dónde estaba entonces la esperanza de perdón? Los sordos que niegan que lo estén, jamás podrán oír; los Pecadores que niegan que exista el pecado, niegan al mismo tiempo el remedio del pecado, y de esta forma se están apartando para siempre del que vino para redimirlos.

La última fase de su ataque iba dirigida contra nuestro Señor mismo.

> En aquel tiempo, iba Jesús por entre los sembrados un día de sábado; y sus discípulos, teniendo hambre, comenzaron a arrancar espigas y comer. Y viendo esto los fariseos, le dijeron: Mira, tus discípulos hacen lo que no es lícito hacer en el sábado.

Mt 12, 1-3

El Antiguo Testamento no prohibía arrancar espigas de un campo, pero hacerlo en sábado, según los fariseos, implicaba un doble pecado. Como indica el Talmud:

> En el caso de que una mujer quite la cáscara del trigo, se considera que está cribando; si aplasta las espigas, se considera que está trillando; si limpia las adherencias de los lados, es que está limpiando los granos de trigo; si tritura las espigas, está moliendo; si soplando sobre su mano las está limpiando, es que está aventando.

Lo que escandalizaba a los fariseos no era el quebrantamiento de la ley pública, sino el quebrantamiento de la ley rabínica. Habiendo visto lo que ellos consideraban una profanación del sábado, ahora atacaban abiertamente a nuestro Señor por algo que habían hecho sus discípulos en pleno día.

La respuesta de nuestro Señor fue triple: primero apeló a los profetas, luego a la ley, finalmente a uno que era mayor que ambos, es decir, apeló a sí mismo. Los dos ejemplos que citó eran aquellos en que las trivialidades ceremoniales cedían el lugar a una ley más elevada. Nuestro Señor apeló al gran héroe nacional de ellos, David, el cual comió los panes de la proposición, que estaban prohibidos para todos, menos para los sacerdotes.

Si permitieron que David, para satisfacer una necesidad corporal, quebrantara una prohibición divina en un asunto meramente ceremonial, ¿por qué no habían de permitirlo también a los discípulos de Jesús? Dijo nuestro Señor que cuando David huía de Saúl tuvo hambre y

> Entró en la casa de Dios, y comió los panes de la proposición, que no le era lícito comer, ni a los que con él estaban, sino solamente a los sacerdotes.

Mt 12, 4

Los fariseos habrían admitido-ciertamente que el peligro de morir de hambre dispensaba de la ley ceremonial, pero todavía algo más, y era que a David se le permitió comer aquel pan no porque tuviera hambre, sino porque alegó que se hallaba al servicio del rey. Los apóstoles, por tanto, que seguían a nuestro Señor, estaban también al servicio de alguien más grande; y servir a Él era más importante que el servicio que pudo prestar David a un dueño terrenal.

Nuestro Señor respondió entonces más directamente a la acusación que se le hacía de violar la ley del sábado. Los que le acusaban trabajaban en el templo en día de sábado, preparando sacrificios, encendiendo lámparas; y, sin embargo, por formar todo ello parte del servicio del templo, no se consideraba que violasen la ley sabática.

Pero ahora, en este sábado, en medio de aquel campo de trigo y sin señales evidentes de gloria, se hallaba uno que era más grande que el templo.

> Yo os digo que en este lugar hay uno mayor que el templo.

Mt 12, 6

Estas profundas palabras fueron una blasfemia para los fariseos, pero constituían otra afirmación de lo que Él había dicho la primera vez que limpió de mercaderes el templo de Jerusalén. Dijo entonces que su cuerpo era un templo, porque en él habitaba la Divinidad. En Jesús la Divinidad habitaba de un modo corporal; en ninguna otra parte de la tierra podía encontrarse a Dios, excepto bajo el velo de la carne de Jesús. Por tanto, si sus apóstoles habían quebrantado una ley ritual, estaban libres de culpa porque se hallaban al servicio del templo, más aún, al servicio de Dios mismo.

Por siete veces le acusaron de profanar el sábado. Ya los confundió una vez en la sinagoga de Cafarnaúm, después de curar al hombre que tenía seca la mano, diciéndoles:

> ¿Quién de entre vosotros que tenga una sola oveja, si ella cayere en un hoyo en día de sábado, no irá a recogerla y la sacará?

Pues ¿cuánto más vale un hombre que una oveja? Así, que es lícito hacer bien en día de sábado.

Mt 12, 11-12

Ahora la oposición de sus corazones, llenos de odio, pasó a convertirse en palabras injuriosas contra los discípulos, en calumnias al pueblo, y finalmente descargó directamente contra el Señor mismo. Al no poder contestarle, después del milagro de Cafarnaúm,

Saliendo los fariseos, celebraron consejo contra Él, para tratar de perderle.

Mt 12, 14

Nuestro Señor renunció a disputar con ellos. No había llegado el momento de juzgarlos. Mateo cita en este punto un pasaje de Isaías en el que se predice la mansedumbre de Cristo:

No quebrará la caña cascada, ni apagará el pábilo que humea, hasta que saque a victoria el juicio: y en su nombre esperarán las naciones.

Mt 12, 20-21

Nada había más endeble que una caña rajada, que a veces servía para que los pastores cortaran de ella una flauta; ni tampoco había nada más débil que el pábilo humeante de una vela; sin embargo, ninguna de estas dos cosas aplastaría Él, tan suave sería su carácter. No apagaría la más leve aspiración hacia Él, ni consideraría inútil a ninguna alma. Una vela humeante puede que no ilumine un aposento, pero ninguna alma será considerada como un objeto inútil y molesto. La caña cascada puede no ser apta para ejecutar en ella una música agradable, pero no hay alma alguna que pueda considerarse incapaz de responder vibrando a las armonías celestiales. La caña rajada puede arreglarse, y la mecha humeante encenderse de nuevo por medio de un poder y una gracia ajenas a ellas mismas.

En medio de tal conflicto de odio y amargura, el evangelio no podía haber elegido para describir la paciencia, la mansedumbre y la perseverancia de Jesús un momento más oportuno que aquel en que estaba siendo objeto de los ataques de los escribas y fariseos. Éstos formaban partidos diferentes, pero, ante un enemigo mayor, se unieron para acercarse a Jesús y preguntarle de un modo casi cortés:

Maestro, deseamos ver alguna señal de parte de ti.

Mt 12, 39

Decían que los milagros de curaciones y otros semejantes no eran suficientes. Deseaban alguna señal extraordinaria venida del cielo. Jesús les respondió:

> Una generación mala y adúltera busca solícitamente una señal.

Mt 12, 39

El término «adúltero» se emplea en sentido metafórico para indicar infidelidad a Dios. Una vez más afirmaba la importancia de la conducta moral como algo esencial para poder ver la verdad. Comparó la conducta práctica de fe y arrepentimiento de Nínive cuando predicaba Jonás, así como la fe y celo de la reina de Saba al oír hablar de la sabiduría de Salomón, con la falta de arrepentimiento de escribas y fariseos y la frialdad de su corazón. Aunque era una reina, la persona que fue a visitar a Salomón hizo un largo viaje exclusivamente para ir en busca de la sabiduría; ella, por tanto, se levantaría para juzgar a los escribas y fariseos que estaban escarneciendo la verdad.

> Ella vino desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón; y he aquí en este lugar uno mayor que Salomón.

Mt 12, 42

Nuestro Señor reclamó aquí su superioridad con respecto a aquel gran profeta de los judíos, cuya fama había llegado hasta las naciones gentiles, y atraído incluso a una visitante desde los confines de la tierra habitada. Los creyentes gentiles juzgarían a aquellos mismos fariseos que le estaban viendo a Él y, sin embargo, rechazaban el evangelio. Pero no sólo los intelectuales del mundo se levantarían para juzgar a aquellos que rehúsan aceptar al que es más grande que Salomón, sino que también

> Los hombres de Nínive se levantarán en el juicio con esta generación, y la condenarán; porque ellos se arrepintieron a la predicación de Jonás; y he aquí en este lugar uno mayor que Jonás.

Mt 12, 41

Los hombres de Nínive eran paganos, y, si hicieron penitencia a la predicación de Jonás, ¿no habrían de hacerla los escribas y fariseos a la predicación de uno que era más grande que Jonás? Los hombres de Nínive no tuvieron el privilegio de los escribas y fariseos de poder hablar con Dios en forma humana; rechazarle era, por tanto, un presagio del futuro

venidero. Al pedirle una señal estaban mostrando la perversidad de sus almas, puesto que, si Él hubiese hecho la clase de milagro que ellos deseaban, tampoco hubieran creído. Querían señales no para convencerse, sino para condenarle a Él.

Por esto, Jesús les habló de la única señal que se les daría: la del profeta Jonás.

> Como Jonás estuvo tres días y tres noches en el vientre del gran pez, así el Hijo del Hombre estará tres días y tres noches en el corazón de la tierra.

Mt 12, 40

Una vez más se proyecta la sombra de la cruz sobre los escribas y los fariseos. Con una manera de hablar figurada, Jesús les dijo que en el tercer día resucitaría. Sería tratado como Jonás lo fue Por los marineros, salvo que Jonás fue arrojado al mar, y Él sería arrojado a una tumba. Pero así como Jonás pudo salir de en medio del mar al tercer día, a fin de cumplir su misión de predicar arrepentimiento, también Jesús resucitaría para cumplir su misión de enviar su Espíritu para curar del mal del pecado y predicar arrepentimiento. El milagro de Jonás fue una señal de que era un profeta enviado por Dios y le acreditó ante los ninivitas; así también la resurrección daría autenticidad a las obras de Jesucristo. Los que no aceptaran la señal de la humillación y muerte, y luego la de la resurrección y la gloria, no aceptarían ninguna otra señal.

> He aquí en este lugar uno mayor que Jonás.

Mt 12, 41

Si los ninivitas se arrepintieron a la predicación de Jonás, ¿por qué no se arrepentían ellos a la predicación de aquel a quien Jonás había prefigurado? Pedían una señal con objeto de poder condenarle, pero Jesús les dio una señal que los condenaba. Querían una señal del cielo, mas Él les dio una que procedía de las entrañas de la tierra. Querían una señal que despertara admiración, pero Él les dio una que movería a arrepentimiento. Ellos querían una señal para ellos solos, más Él les dio una de la tierra de los gentiles, a la que su evangelio se dirigía después de su resurrección. En Nazaret, cuando sus paisanos trataron de darle muerte, Él les dio dos ejemplos del Antiguo Testamento, acerca de los gentiles, para indicarles que a éstos pasaría su evangelio. En esta controversia usó otros tres ejemplos de los gentiles. Pero comoquiera que la «salvación es de los judíos», según les dijo, era preciso que ellos le rechazaran antes que el mundo gentil pudiera

recibir su verdad y su vida. Una vez más la cruz y la gloria de la resurrección les eran presentadas como la razón de la venida de Jesús desde el cielo a la tierra.

30. LA ZORRA Y LA GALLINA

Nuevamente fue levantada la cruz ante los fariseos cuando nuestro Señor se hallaba en Galilea, en el territorio de Herodes. Los fariseos, que habían tramado la muerte de Jesús, trataban de turbarle diciéndole:

> Sal, y vete de aquí, porque Herodes quiere matarte.
>
> Lc 13, 31

Los fariseos no estaban ciertamente interesados en la seguridad de nuestro Señor, pero sí impacientes por hacerle ir a Judea, donde sería más fácil que cayera en sus manos y en poder del sanedrín. Lo que decían no era falso, ya que al comienzo de la vida pública de Jesús los fariseos, junto con los herodianos, habían conspirado contra su vida. Además, la conciencia de Herodes estaba gravada ya con la muerte de Juan Bautista. La presencia del divino Maestro, junto con la popularidad de que venía acompañado, molestaban grandemente al rey Herodes. Los fariseos estaban deseosos de intervenir en la conjura de Herodes para apoderarse del favor que estaba gozando Cristo ante el pueblo; al mismo tiempo prosperaría su propósito de llevarle a Jerusalén, para acelerar su muerte.

Nuestro Señor penetró las verdaderas intenciones de los fariseos. Los despidió al punto con esta respuesta:

> Id y decid a aquella zorra: he aquí que echo fuera demonios, y hago curaciones hoy y mañana, y al tercer día soy hecho perfecto.
>
> Lc 13, 32

En el Antiguo Testamento se describía a Israel como la viña del Señor; ¿quién merecía más el nombre de asaltante de la viña sino la zorra que mandó matar al precursor del Mesías? Herodes, añadía Jesús, no había de temer que su popularidad le llevara a la intriga política o a la revolución. Continuaría su obra de echar demonios y levantar miembros paralíticos. No interrumpiría estas obras inofensivas hasta que llegara el

momento de su muerte y gloria. «Hoy y mañana» indicaba breves períodos de tiempo, como en el profeta Oseas. Entonces vendría su crucifixión, y, después de ella, diría que se había consumado el propósito de su venida a este mundo. Solamente al final del tercer día, y no antes, terminaría su carrera. Sabía cuál era el momento de su muerte, y sabía que tal momento no había llegado aún. Los fariseos, los herodianos y los saduceos, que estaban entrando en una alianza no santa, no dispondrían de su víctima hasta que ésta se les entregara voluntariamente.

Corroboró que podía disponer libremente de su vida al decir que no moriría en Galilea, donde a la sazón se encontraba, sino en Jerusalén:

> No es posible que un profeta perezca fuera de Jerusalén.
>
> Lc 13. 33

No importa cuántos fueran los esfuerzos de Herodes para darle muerte; El no modificaría la «hora» señalada por su Padre. Jerusalén tenía el monopolio de matar a los profetas. En aquella ciudad se levantaría su cruz. En cuanto a la amenaza contra su vida, Jesús se limitó a despreciarla. Era en la ciudad santa, bajo Poncio Pilato, donde sería muerto, y no en provincias y bajo Herodes. El «hoy y mañana y el tercer día» era exactamente el período de tiempo que había de viajar nuestro Señor para ir desde Perea, donde se encontraba, hasta Jerusalén. No dijo tampoco que moriría, sino más bien que sería «perfecto» o que «alcanzaría su consumación». Una vez en la cruz, en Jerusalén, diría: «Todo ha sido consumado», uniendo de esta manera la misión recibida de su Padre celestial con su propia voluntad de predicar, echar demonios y luego ofrecerse a sí mismo como propiciación por los pecados de los hombres.

La misma expresión usada por nuestro Señor aludiendo a la consumación de su propia vida se repite dos veces en la epístola a los hebreos; una vez, aplicada a la culminación de sus padecimientos para conducir a los hombres a su salvación; y otra vez,

> Habiendo alcanzado su consumación, vino a ser autor de salvación eterna para todos los que le obedecen.
>
> Hebr 5, 9

La mención que hizo de Jerusalén le trajo a la mente no sólo su muerte, sino también su amor patriótico a la ciudad:

> ¡Jerusalén, Jerusalén!, tú que matas a los profetas, y apedreas a los que a ti son enviados, cuántas veces quise recoger tus hijos,

como la gallina recoge sus polluelos bajo sus alas; y no quisiste! He aquí que vuestra casa os será dejada desierta; y yo os digo: No me veréis más, hasta que venga el tiempo en que digáis: ¡Bendito el que viene en el nombre del Señor!

Lc 13. 34-36

Jamás ningún patriarca pronunció sobre un país o una ciudad palabras tan llenas de amor como las que el Maestro dirigió a la ciudad que había sido señalada por el Eterno como el lugar en el que había de morar la gloria de Dios, y que llegaría a ser el vehículo de la revelación para todas naciones. La imaginación de Jesús pasó de la imagen de la zorra a la de la gallina, como ejemplo de amor cívico. La figura de las alas extendidas para resguardar y dar calor era común en los libros del Antiguo Testamento y en los profetas, pero la parte trágica residía en el hecho de que los hombres rechazaban tal amparo. Dios decía: «Yo quisiera», y los hombres respondían: «No queremos». La profecía concerniente a Jerusalén se cumplió literalmente dentro de una generación. Cuando Sócrates fue condenado a muerte por los jueces de Atenas, el verdugo que le dio a beber la cicuta derramó lágrimas al entregarle la copa que contenía el veneno. Nuestro Señor, siendo Dios, conocía de antemano que los gobernantes y jueces de Jerusalén le condenarían a morir, y derramó lágrimas por ellos. En el caso de Sócrates, el verdugo lloró por el reo, pero aquí es el reo el que llora por sus verdugos. Tal es la diferencia entre un filósofo y Dios.

Es tremendo el poder de la libertad: el hombre tiene siempre la potestad de rechazar o aceptar las alas protectoras y salvadoras de Dios. Así también el Hombre-Dios tenía tal libertad o libre albedrío para ofrecer voluntariamente su vida por Jerusalén y por el mundo. Si se le hubiera obligado a padecer, ello habría constituido el colmo de la injusticia, y tampoco habría aceptado el Padre un sacrificio ofrecido por fuerza. Anteriormente, nuestro Señor había llamado ovejas suyas a aquellos que estaban dispuestos a ser pastoreados por Él; ahora les llamaba sus «polluelos». Aquí, como en todo momento, la sombra de la cruz se erguía ante Él, pero su cruz sería su perfección, su consumación, su gloria. Una vez más asociaba su cruz a su resurrección; nunca hubo separación entre una y otra. Cierto que los hombres le coronarían de espinas y le clavarían en una cruz, pero todo esto se hallaba en *un nivel humano.* No ocurriría antes de la hora señalada. San Pedro, que se hallaba con nuestro Señor en

aquella ocasión, más adelante hablaría del aspecto divino de la crucifixión en su sermón de Pentecostés:

> A éste, entregado por determinado consejo y presciencia de Dios, vosotros, por manos de hombres inicuos, le matasteis, crucificándole.

Act 2, 23

Jerusalén le rechazaría el día de viernes santo, tras haberle aceptado el domingo anterior. Tal vez la entrada triunfal fuera un símbolo de cómo más adelante, al fin del mundo, le recibiría Jerusalén. El apóstol que a sí mismo se designa como el discípulo amado de Jesús, dio esta misma interpretación, o sea la de la segunda venida:

> He aquí que viene entre las nubes, y todo ojo le verá; y también aquellos que le traspasaron

Apoc 1, 7

La zorra y la gallina se habían encontrado. La zorra puede ir conspirando ahora con los fariseos, como más adelante conspirará con Pilato, para dar muerte a la gallina, pero el Señor de la historia juzga a todos según hayan devorado como la zorra o prestado sus alas para proteger tal como la gallina cobija a sus polluelos. Aquellos que no se refugiaran bajo las alas de la gallina, les advirtió, serían arrebatados por el águila devoradora de los romanos.

31. LA RESURRECCIÓN QUE PREPARÓ SU MUERTE

Muchos fueron los intentos que se hicieron contra la vida de Jesucristo, sobre todo cuando declaró ser el Hijo de Dios, Pero su muerte quedó formalmente decidida cuando manifestó el poder que poseía sobre la muerte al resucitar a Lázaro.

> Así que desde aquel día tomaron el acuerdo de hacerle morir.

Jn 11, 53

Antes solía hablar primero de su muerte y luego de su resurrección. Esta vez habló primero de su resurrección cuando sus enemigos aludieron a su muerte. La tumba vacía de Lázaro suscitó la resolución de dar una cruz a Jesús; pero Él, a su vez, daría la cruz a cambio de la tumba vacía.

No era la primera vez que hablaba de su resurrección. En los primeros días de su vida pública, cuando dio alimento a las multitudes y se prometió a sí mismo como el Pan de Vida, dijo que daría resurrección a otros:

> Ésta es la voluntad de aquel que me envió, que de cuanto me ha dado, yo no pierda nada, sino que lo resucite en el día postrero. Pues que ésta es la voluntad de mi Padre, que todo aquel que ve al Hijo y cree en Él, tenga vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero... El que come mi carne y bebe mi sangre, tiene vida eterna; y yo le resucitaré en el día postrero.

Jn 6, 39 s 54

Estas palabras trascendían las predicciones de su propia resurrección; era una afirmación de que todos los que creyeran en Él y vivieran por medio de una vida resucitada gozarían de la resurrección por medio de su poder.

Anteriormente había resucitado ya a otras personas de entre los muertos. Una fue la hija de Jairo, la otra fue el hijo de la viuda de Naím. La primera acababa de morir; el segundo estaba ya en su ataúd; pero la resurrección más sorprendente fue la de Lázaro.

Nuestro Señor se hallaba en aquella ocasión predicando al este del río Jordán, en la Perea. A cierta distancia se encontraba la ciudad de Betania, que distaba unas dos millas de Jerusalén. En aquella ciudad vivían dos hermanas, Marta y María, con su hermano Lázaro, y en su casa recibía nuestro Señor muchas veces hospitalidad. Cuando Lázaro cayó enfermo, Marta y María enviaron un mensajero a Jesús para que le dijera:

> Señor, el que amas está enfermo.

Jn 11, 3

Las hermanas le llamaban «Señor», indicando así que reconocían su divinidad y autoridad. Tampoco ponían la fuente del amor en Lázaro, sino que más bien la ponían en Cristo. Las hermanas invocaban precisamente

este amor y dejaban a su decisión hacer lo que El creyera mejor. Lo mismo que su Madre santísima en las bodas de Caná, donde se limitó a observar: «no tienen vino». Al recibir el mensaje, dijo nuestro Señor:

> Esta enfermedad no es de muerte, sino para gloria de Dios, para que sea glorificado el Hijo de Dios.

Jn 11, 4

En la mente de Jesús debieron de estar presentes en un mismo instante la muerte de Lázaro y su propia resurrección, puesto que más adelante, cuando visitó Betania y resucitó a Lázaro de entre los muertos, dijo a Marta:

> ¿No te dije yo que, si creyeras, verías la gloria de Dios?

Jn 11, 40

Asocia consigo mismo el honor y la gloria no como Mesías, sino como el Hijo de Dios, el que está unido al Padre. Cuando nuestro Señor dijo que la enfermedad de Lázaro no era de muerte, no quería con ello significar que Lázaro no moriría, sino más bien que la finalidad y el propósito de su muerte eran la glorificación de Jesucristo mismo, como Hijo de Dios.

Es muy probable que las dos hermanas pensaran que tan pronto como nuestro Señor recibiera su mensaje se apresuraría a ir a ver a Lázaro, pero Jesús permaneció dos días en el lugar en que se hallaba cuando fueron a llevarle la noticia. Si no se hubiera escrito el último capítulo de la muerte de Lázaro, parecería que nuestro Señor tenía poco interés en la salud de su amigo. Sucedió que éste fue uno de los raros ejemplos acerca de muerte, enfermedad y desgracia en que se escribió el último capítulo, y en que los propósitos de Dios pueden verse incluso en su demora.

La distancia entre el lugar donde se hallaba nuestro Señor y la ciudad en que vivía Lázaro era algo así como un día de camino. Por lo tanto, si permaneció dos días más en Perea y añadimos otro día para el viaje, en total tendremos cuatro días transcurridos desde aquel en que recibió la noticia. Las demoras de Dios son misteriosas; a veces nos prolonga las penas por la misma razón por la cual nos las envía. Se abstiene a veces de curar, no porque el Amor no ame, sino porque el Amor nunca cesa de amar, y porque de la desgracia se espera un bien mayor. El horario del cielo es distinto del nuestro. El amor humano, siempre impaciente, no soporta la demora. La misma tardanza manifestó Jesús cuando se dirigía a la casa de Jairo, cuya hija fue también resucitada por Él. En este caso, en

vez de apresurarse, nuestro Señor empleó unos momentos preciosos para sanar a una mujer que padecía de un flujo de sangre, a la cual curó cuando ella tocó el vestido de Jesús en medio de la multitud. Las obras del mal se efectúan a veces en momentos de prisa. Nuestro Señor dijo a Judas que fuera «rápidamente» a realizar su obra de iniquidad.

Al cabo de dos días, nuestro Señor volvió a hablar de la familia que tanto amaba. No dijo: «vayamos a casa de Lázaro», o «a Betania», sino más bien: «volvamos a Judea», cuya capital era Jerusalén, donde se concentraba la oposición que contra Él se había desatado. Al oír tales palabras, los discípulos temieron en seguida por la vida del Maestro, y dijeron, refiriéndose a los fariseos y a los guías del pueblo:

> Hace poco que los judíos quisieron apedrearte, ¿y vas allá otra vez?
>
> Jn 11, 8

Nuestro Señor los estaba probando. Unas semanas antes, Juan decía así de los enemigos de Jesús:

> Por tanto, procuraban otra vez prenderle: pero se salió de sus manos.
>
> Jn 10, 39

Ahora sugería a sus apóstoles que volvían al centro de la oposición. Su hora estaba cerca. Los apóstoles no podían entender que hubiera prudencia o sentido común en lo que iban a emprender. Temían tanto por su propia seguridad como por la de su Maestro, aunque no dijeron que estuvieran asustados; más bien hablaron solamente de los enemigos que trataban de apedrear al Señor. La respuesta que Jesús les dio entonces era otra indicación de que su vida estaba dispuesta según un orden divino que ningún hombre podía modificar.

> ¿No tiene doce horas el día? No tropezará el que anduviere de día, porque veré la luz de este mundo. Pero si alguno anduviere de noche, tropezará, porque la luz no está en él.
>
> Jn 11, 9-10

Como era su costumbre, declaraba una verdad sencilla con doble sentido, uno literal, otro espiritual. El sentido literal era el siguiente: existe la luz natural del sol; durante unas doce horas el hombre trabaja o viaja; durante estas horas de luz diurna el sol ilumina su senda. Si, en cambio, un hombre viaja o trabaja de noche, tropieza o hace mal su trabajo. El sentido

espiritual era que Él se había llamado a sí mismo la Luz del mundo. De la misma manera que nadie puede impedir al sol que siga iluminando durante las horas señaladas del día, así tampoco podía nadie interrumpir a Jesús en su misión. Aun cuando fueran a Judea, ningún mal podía sobrevenirle hasta que El consintiera en ello. En tanto su luz siguiera brillando sobre los apóstoles, éstos no tenían que temer nada, incluso en la ciudad de los perseguidores. Era ésta la misma idea que Jesús había expresado en su respuesta a Herodes, cuando llamó zorra a éste. Llegaría un momento en que permitiría que la luz fuese apagada, y en que diría a Judas y a sus enemigos en el huerto: «Esta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.» Pero, hasta que Él lo permitiera, nada podían hacer sus enemigos. El día existe hasta el momento de la pasión; la pasión es la noche.

> Es menester que haga las obras de aquel que me envió, en tanto de día: la noche viene cuando nadie puede hacer sus obras. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo.

Jn 9, 4-5

Nadie podía quitarle ni un segundo de las doce horas de luz que tenía señaladas para enseñar su doctrina; ni tampoco podía nadie acelerar un segundo de la hora de las tinieblas cuando fuera inminente su muerte. Cuando finalmente anunció a sus discípulos que era preciso ponerse en marcha, el melancólico y pesimista Tomás dijo a sus compañeros:

> Vamos también nosotros, para que muramos juntamente con El.

Jn 11, 16

Conociendo la tremenda oposición que se les hacía en Jerusalén, Tomás insinuaba ahora que tal vez perecerían todos juntos en la ciudad santa. Dígase lo que se quiera acerca de Tomás, hay que admitir que se adelantó a todos sus compañeros en reconocer que en la ciudad la muerte esperaba a nuestro Señor, aunque fue el último en reconocer su resurrección. Si nuestro Señor deseaba morir, Tomás quería morir junto con Él. Cada vez que se habla de Tomás en el evangelio aparece en esta actitud sombría y pesimista. Y, sin embargo, si el único medio para seguir estando en compañía del Maestro era morir junto con Él, Tomás estaba dispuesto a ello.

Cuando nuestro Señor llegó a Betania, ya hacía cuatro días que Lázaro estaba enterrado. Como Betania distaba menos de dos horas de camino de Jerusalén y desde ella se divisaba el Templo, había mucha gente allí, sobre todo enemigos de Jesús, cuando se anunció su llegada. También

habían llegado muchas personas a la casa mortuoria para dar el pésame a las dos hermanas. Al saber la llegada de Jesús, Marta, la activa, se levantó y corrió presurosa a su encuentro, mientras permanecía María en la casa. Marta había confiado un poco en el poder de Jesús, pero solamente un poco, puesto que le habló así:

> Si hubieras estado aquí, no hubiese muerto mi hermano.
>
> Jn 11, 22

Al decirle nuestro Señor que su hermano resucitaría, Marta convino en que así sería, en efecto, en la resurrección general del último día. Resultaba extraño que Marta no hubiera oído o no recordara lo que anteriormente había dicho Jesús en el templo:

> No os maravilléis de esto; porque viene tiempo en que todos los que están en los sepulcros oirán su voz y saldrán.
>
> Jn 5, 28

La fe que Marta expresaba en la resurrección era la de la mayor parte de los judíos, con excepción de los saduceos. Del mismo modo que la mujer del pozo sabía que el Mesías había de venir, pero no se daba cuenta de que ya estaba hablando con ella, así Marta, aunque creía en la resurrección, no sabía que la Resurrección estaba delante de ella. Tal como nuestro Señor dijo a la mujer del pozo que Él era el Mesías, así ahora dijo a Marta:

> Yo soy la resurrección y la vida.
>
> Jn 11, 25

Si Cristo hubiese dicho: «Yo soy la resurrección», sin prometer la vida espiritual y eterna, sólo habría significado que prometía sucesivas reencarnaciones en una vida miserable. Si hubiera dicho: «Yo soy la vida», sin decir también: «Yo soy la resurrección», no tendríamos más que la promesa de nuestro perpetuo descontento. Pero, al combinar ambas cosas, afirmó que en Él hay una vida que, al morir, se eleva a la perfección; por lo tanto, la muerte no era el fin, sino el preludio de una resurrección a una vida nueva y cabal. Era otra manera de combinar la cruz y la gloria, que corría como una antífona a través del salmo de su vida. En el momento en que decía esto emprendía deliberadamente su viaje hacia la Judea, donde se hallaban sus enemigos. Nuestro Señor no gustaba de usar la palabra «muerte», lo cual demostraba que toda su vida estaba destinada a vencer la muerte. Usó la misma palabra acerca de la hija de Jairo que respecto a

Lázaro: dijo que estaban «dormidos». Es la misma palabra que usarían los seguidores de Jesucristo al hablar de Esteban, pues dijeron que «se había dormido».

Cuando nuestro Señor preguntó a Marta si creía que cualquiera que creyera en Él no moriría, ella le respondió:

> Sí, Señor; yo creo que tú eres el Mesías, el Hijo de Dios, que había de venir a este mundo.

Jn 11, 27

Aquella fe en la encarnación era la preparación al milagro que dentro de poco había de obrarse. María aparece entonces, llorando. Al ver las lágrimas de ella y de sus amigos,

> Jesús se sintió conmovido en su espíritu y se turbó.

Jn 11, 33

De una manera más bien activa que pasiva, se compenetró con la muerte y el dolor, dos de los principales efectos del pecado, estaba triste porque quería, y moriría porque así lo quería también. La larga procesión de gente enlutada a través de los siglos, el lúgubre efecto de la muerte que Él mismo iba a tomar sobre sí, le inducía a apurar hasta las heces el cáliz amargo de la cruz. No hubiese podido llegar a ser sumo sacerdote sin tener compasión de nuestras penas. De la misma manera que era débil en nuestra debilidad, pobre en nuestra pobreza, así estaba triste también en nuestra tristeza. Este participar deliberadamente de las penas de aquellos a quienes iba a redimir le hacía derramar lágrimas. La palabra griega empleada en el texto para indicar que lloraba da la idea de verter lágrimas serenamente. En las Escrituras se nos describe tres veces a nuestro Señor llorando: una vez, por una nación, cuando lloró sobre Jerusalén; otra, en el huerto de Getsemaní, cuando lloró por los pecados del mundo; y en el momento de que estamos hablando, cuando Lázaro estaba muerto, lloró por el efecto del pecado, que es la muerte. Ninguna de estas lágrimas era para Él mismo, sino para la naturaleza humana que había asumido. En cada uno de los tres ejemplos su corazón humano podía distinguir entre el fruto y la raíz, entre los males que afligen al mundo y la causa de los mismos, que es el pecado. Realmente, Él era la «Palabra hecha carne».

Muchos de los que se hallaban junto a la tumba de Lázaro dijeron:

> He aquí cómo le amaba.

Pero otros, que también lloraban apesadumbrados, enseñaron los dientes al preguntar:

> ¿No podía este hombre, que abrió los ojos de aquel que era ciego, hacer que éste no muriese?

Jn 11, 36 s

Se trataba, evidentemente, de una fe a medias en que Él era el Mesías, debida a los milagros que había hecho. Cuando estuviera en la cruz, admitirían también todos sus milagros, salvo que aparentemente no pudiera bajar de la cruz. Ahora también estaban dispuestos a admitir cualquier milagro; pero, ciertamente, si fuera el Mesías y el Hijo de Dios, habría evitado que Lázaro muriera. Puesto que no lo había evitado, no era el Cristo. Sin hacer caso de lo que pudieran estar murmurando, Jesús insinuó que se retirase la piedra que tapaba la entrada del sepulcro. Marta confirmó la muerte de Lázaro con estas palabras:

> Señor, hiede ya; porque hace cuatro días que está muerto.

Jn 11, 39

Con estas palabras advertía al Señor que la condición del difunto era como para abandonar toda esperanza en su resurrección hasta el último día. Pero una vez fue quitada la piedra, según Jesús había ordenado, éste elevó una oración a su Padre celestial. El contenido de esta plegaria era que por medio de aquel milagro todo el que lo viera pudiera creer que el Padre y Él eran uno mismo, y que el Padre era quien le había enviado al mundo. Entonces

> Clamó a gran voz: ¡Lázaro, sal afuera!

Jn 11, 44

Lázaro salió de la tumba envuelto con vendas y el rostro cubierto con un sudario; las manos amorosas de sus hermanas le despojaron de tales trabas, y el que había estado cautivo por la muerte fue restablecido a la vida. Allí, a la plena luz del día, en presencia de testigos hostiles a Jesús, fue resucitado un hombre que había estado muerto por espacio de cuatro días.

De la misma manera que el sol brilla sobre el barro y lo endurece, y brilla sobre la cera y la ablanda, así este gran milagro de nuestro Señor endureció algunos corazones para la incredulidad y ablandó a otros para la fe. Algunos creyeron, pero el efecto general de aquel milagro fue que los

judíos decidieron condenar a muerte a Jesús. Muchos fueron a los fariseos y les refirieron cuanto había hecho Jesucristo.

> Por tanto, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos reunieron el sanedrín, y dijeron: «¿Qué hacemos? Porque este hombre hace muchos milagros. Si le dejamos así, todos creerán en él.»

Jn 11, 47-48

No se trataba de si había devuelto a un hombre a la vida; el problema consistía en el modo de evitar que se hiciera popular en virtud de aquel poder taumatúrgico. Por medio de sus milagros había demostrado claramente que Él era el Cristo. Pero los milagros no son remedios contra la incredulidad. Algunos no creerían aunque cada día hubiera resurrecciones de muertos. Fue curioso su modo de razonar:

> Vendrán los romanos y destruirán nuestro lugar y nuestra nación.

Jn 11, 48

Ellos querían indicar que si Jesús continuaba obrando tales milagros y manifestando tal poder, el pueblo le aceptaría como rey. Pero este rey, argüían ellos, se opondría a los romanos, que tenían ocupado el país. Su intención era sacrificar a Jesucristo para no tener que ser sacrificados ellos a los romanos. Pero lo que temían era preciso que ocurriera, tal como nuestro Señor les dijo que ocurriría. Los romanos, al mando de Tito, destruyeron la ciudad, incendiaron su templo y sometieron a la nación judía a una ignominiosa cautividad.

Caifás, el sumo sacerdote, se hallaba presente en aquella reunión del sanedrín. Mientras los otros confesaban que no sabían qué hacer, el astuto Caifás les echó en cara su indecisión y les ofreció una solución que contenía más verdad de lo que él mismo sospechaba.

> Vosotros no sabéis nada, ni consideráis que nos conviene que un solo hombre muera por el pueblo, y no que toda la nación perezca.

Jn 11, 49-50

«Que acerca de su muerte decida Roma, y no nosotros —decían—. Nadie podrá censurarnos a nosotros por la muerte de ese hombre tan amado del pueblo, y los romanos serán los responsables.» De este modo harían de Jesús la víctima expiatoria bajo la autoridad de los romanos. La

crucifixión de aquel hombre apaciguaría al césar, y disiparía toda sospecha de que los judíos conspiraban contra Roma.

Poco sospechaba Caifás el verdadero significado de sus propias palabras, ya que efectivamente convenía que un solo hombre muriera por toda la nación para que toda la nación no pereciera. Siglos antes, fue malo el motivo que indujo a los hermanos de José a arrojar a éste en un pozo y a venderlo como esclavo; sin embargo, con tal hecho dieron cumplimiento al propósito de Dios, puesto que más adelante dijo José a sus hermanos:

> Es cierto que vosotros os propusisteis contra mí el mal; pero Dios lo propuso para bien, a fin de hacer lo que hoy se ve, conservar la vida de mucha gente.

Gen 50, 20

Aquí también se trataba, desde el punto de vista humano, de un asesinato por motivos políticos; desde el punto de vista divino, Caifás afirmaba, aunque inconscientemente, que Cristo era una víctima ofrecida por el pueblo judío y por toda la gente. Su muerte sería una muerte vicaria, muerte por otros; su vida sería un sacrificio ofrecido para el bien de otros. En tiempos antiguos se creía que el sumo sacerdote tenía el don de profecía, y el evangelio comenta que realmente fueron proféticas las palabras proferidas por Caifás.

Esto no lo dijo de sí mismo; mas siendo sumo sacerdote aquel año, profetizó que Jesús iba a morir por la nación; y no sólo por la nación, sino para que juntase en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos.

Jn 11, 51-52

Así vemos que, hacia el atardecer de su vida, un saduceo que no creía en la resurrección afirmó lo que un ángel había anunciado al nacimiento de aquel cuyo nombre era Jesús, a saber, que

> Él salvará a su pueblo de sus pecados.

Mt 1, 21

Caifás proclamaba una nueva unidad, una nueva alianza que sería realizada por uno que se sacrificaba por los otros y de este modo los salvaba. Nuestro Señor había dicho que venía a dar su vida en rescate por la humanidad pecadora; Caifás lo dijo también, aunque sin darse cuenta de lo que estaba afirmando. El Buen Pastor moriría a fin de que hubiera «un solo rebaño y un solo pastor».

Una resurrección fue lo que selló su muerte. Puesto que una piedra acababa de ser quitada de un sepulcro y un hombre era llamado para que volviera a la vida, las autoridades decretaban ahora que una piedra estuviera preparada para cerrar el sepulcro de Jesús.

Así que desde aquel día tomaron el acuerdo de hacerle morir.

Jn 11, 53

32. LA MUJER QUE PRESINTIÓ LA MUERTE DE JESÚS

La intuición de una mujer comprendió más que los mismos apóstoles, aunque a éstos se les había predicho explícitamente la pasión y la muerte del Maestro. Esta mujer era María, la que había sido pecadora. Esto ocurría seis días antes del viernes santo: el lugar fue la casa de Simón, aquel -Simón que había sido leproso.

Recostado en su triclinio, ante la mesa, el Señor se hallaba allí con sus apóstoles y otras personas. Se encontraban presentes Juan y Santiago, quienes no hacía mucho habían estado pretendiendo los primeros puestos en el reino de los cielos; Pedro, la roca, que deseaba un Cristo divino, pero no un Cristo sufriente; Natanael, el nuevo Jacob, sin dolo, a quien se había prometido que vería a Cristo como mediador entre el cielo y la tierra; Judas, el tesorero de los bienes de los apóstoles; y los demás apóstoles, que dentro de unos minutos actuarían como un solo hombre; Lázaro, resucitado recientemente de entre los muertos por el poder de aquel que se denominaba a sí mismo «la resurrección»; Marta, siempre diligente y servicial, y María, la pecadora arrepentida.

Cuando ya casi terminaban de cenar, María se dirigió a Jesús llevando un vaso con ungüento de nardo puro. Este ungüento era muy precioso; Judas, que ponía precio a todas las cosas, calculó que valía el sueldo de todo un año de un trabajador. Aquel ungüento resultaba caro para Marta, pero no demasiado caro para el Hijo de Dios. El vaso era de alabastro probablemente, con un cuello largo y estrecho. María lo rompió para que el ungüento pudiera derramarse sin tasa, en abundancia, sobre la cabeza y los pies de Jesús. Días después, durante la última cena, El rompería pan como prenda de su cuerpo, que había de ser quebrantado por la muerte en la cruz. Del «espíritu contrito» de María salía aquella ofrenda, que era una vaga prefiguración de la muerte del Maestro. En su nacimiento, los reyes magos habían traído mirra para su muerte y sepultura; ahora, hacia el término de su vida terrena, María traía aquel

ungüento para su muerte. Después de haberle ungido la cabeza y los pies, enjugó los pies de Jesús con sus cabellos.

Antiguamente Jacob había vertido ungüento sobre una piedra, y de este modo la dedicó como altar de sacrificio a Dios. Ahora esta mujer vertía sobre el nuevo Israel un ungüento que lo preparaba para el sacrificio. Tal es precisamente la manera como nuestro Señor interpretó la acción de ella. Incluso su nombre de «Cristo» significaba «el Ungido de Dios», o el Mesías.

Entonces habló Judas Iscariote; pero todos los apóstoles coincidieron en su modo de ver las cosas:

> ¿Por qué no fue vendido este ungüento por trescientos denarios, y se han dado a los pobres?

Jn 12, 5

Éstas son las primeras palabras de Judas que se registran en las Escrituras. Judas pretendía desviar todos los pensamientos de Cristo a los pobres. María había vaciado el recipiente, pero Judas habría querido llenar de dinero su bolsa. Los otros discípulos alentaban en su mente ideas parecidas acerca de la primacía de lo económico sobre lo espiritual. Un «rey del pan» era más importante que un «rey salvador». En su indignación preguntaron:

> ¿Por qué se desaprovecha esto?

Mt 26, 8

A juzgar por lo que ellos sabían de nuestro Señor, pensaban que El habría preferido dar a los pobres más bien que dejar que rindieran honores a su cuerpo, que había de ser quebrantado por la muerte, para redención de todos. La filantropía, por lo menos en el caso de Judas, servía de capa para la codicia. Se consideraba un despilfarro lo que se gastaba para honrar a Dios.

Nuestro Señor salió en seguida en defensa de la mujer:

> Dejadla.

Jn 12, 7

En realidad, los apóstoles estaban insultando al Señor, pero, en su humildad, Él les reprochó solamente la conducta que manifestaban ante la mujer. Entonces, lo que en la mente de la mujer se hallaba de un modo

vagamente intuido, a saber, la muerte inminente de Jesús, éste lo manifestó claramente a la luz del día:

> Ella ha hecho cuanto podía: se adelantó a ungir mi cuerpo para la sepultura.

Mc 14, 8

María estaba ofreciendo algo a Jesús como si éste fuera ya la víctima que había de ser sacrificada por los pecados del mundo. El derrame del ungüento era una anticipación del embalsamamiento en el pensamiento de María, como lo estaba en las mentes de los magos, que también con su ofrenda de mirra anunciaron por adelantado la muerte del niño Jesús, pero el Señor convirtió en algo consciente lo que en ellos era inconsciente. Seis días antes de su muerte, María le ungía ya para su sepultura. Los apóstoles no querían hacerse a la idea de la muerte del Maestro, tantas veces predicha; pero aquella mujer presentía, al fin, la razón por la cual Él había venido a este mundo: no para vivir, sino para morir y vivir luego de nuevo. Y también debió de tener atisbos de la vida de Cristo más allá de su muerte, puesto que, después de todo, ¿no había presenciado María la resurrección de Lázaro, efectuada por aquel que a sí mismo se llamaba «la resurrección y la vida»?

Entonces, respondiendo a la objeción acerca de los pobres, dijo nuestro Señor:

> A los pobres los tenéis siempre con vosotros; mas a mí no siempre me tenéis.

Jn 12, 8

Estas palabras, en plural, eran una admonición para todos los apóstoles. Sólo seis días de vida le quedaban al Hijo de Dios en su papel de Hijo sufriente del hombre. Los económicamente pobres existirían siempre sobre la tierra y siempre habría la oportunidad de hacer algo por ellos. El servicio que se prestara a los pobres en el nombre de Jesucristo contaría como un servicio hecho al mismo Jesucristo. Pero al cabo de una semana el Dios en forma y modo de ser de hombre terminaría su carrera sobre la tierra, antes de pasar a su gloria eterna a la diestra del Padre. Entonces ya no habría ocasión para poder consolarle, escuchar sus palabras, tocar su cuerpo y contemplarlo. Tolerad, por tanto, que esta pobre mujer se una a mi muerte, porque nunca más volveré a morir. Estar unido con «la longitud y la anchura y la altura y la profundidad» de mi pasión, venía a decirles, es sobrepasar en valor todas las limosnas que

puedan darse a los pobres de este mundo. Además, aquellos que dan algo por amor a la muerte de Cristo y su gloria son aquellos que siempre dan a los pobres. Pero los que no quieren reconocer a Cristo como Salvador, como hizo Judas, son los que se muestran avaros después de haber salido en defensa de los pobres y venden al Maestro por treinta monedas de plata.

La acción de aquella mujer fue acreedora de honor perpetuo, y así se lo prometió el Salvador al predecir que lo que había hecho María con El sería recordado en todo tiempo. Aunque ella lo hizo con la idea de la sepultura del Maestro, éste aprovechó el incidente para informar a sus apóstoles de que su evangelio sería predicado en todo el mundo y la acción de María sería pregonada por doquier.

> En verdad os digo, que dondequiera que este evangelio fuere predicado en todo el mundo, también lo que esta mujer ha hecho será contado para memoria de ella.

Mt 26, 13

Como escribe san Juan Crisóstomo:

> Mientras innumerables reyes y generales y las nobles hazañas de aquellos cuyas vidas han sido escritas acaban hundiéndose en el olvido; mientras aquellos que han derribado ciudades y las han circundado con murallas, y conseguido trofeos, y esclavizado muchas naciones, sólo son conocidos de oídas, no por su nombre, aunque hayan levantado estatuas y establecido leyes; en cambio, esta mujer, que era una ramera y que vertió cierta cantidad de ungüento en casa de un leproso ante una docena de hombres... esta mujer será celebrada en todo el mundo.

33. ENTRADA EN JERUSALÉN

Era el mes de nisán. El libro del Éxodo ordenaba que en este mes se escogiera el cordero pascual y que dentro de cuatro días se llevara al lugar donde había de ser sacrificado. En el domingo de Ramos, el cordero era elegido por el pueblo de Jerusalén; el día de viernes santo se le sacrificaba.

El Señor pasó su último sábado en Betania, en compañía de Lázaro y sus hermanas. Ahora circulaba la noticia de que nuestro Señor se dirigía a Jerusalén. Como preparación para su entrada, Jesús envió a dos de sus discípulos a una aldea cercana, donde, les dijo, encontrarían un pollino atado en el que ningún hombre se había sentado todavía. Tenían que desatarlo y traérselo a Él.

> Y si alguien os preguntare: ¿Por qué le desatáis? Diréis así: Porque el Señor lo ha menester.
>
> Lc 19, 31

Quizá no se ha escrito nunca una paradoja tan grande como ésta: por un lado, la soberanía del Señor, y por la otra, su necesidad. Esta combinación de divinidad y dependencia, de posesión y pobreza, era consecuencia de que la Palabra, o el Verbo, se hubiera hecho carne. Realmente, el que era rico se había hecho pobre por nosotros, para que nosotros pudiéramos ser ricos. Pidió prestado a un pescador una barca desde la cual poder predicar; tomó prestados panes de cebada y peces que llevaba un muchacho con objeto de alimentar a la multitud; tomó prestada una sepultura de la cual resucitaría, y ahora tomaba prestado un asno sobre el cual entrar en Jerusalén. A veces Dios se permite tomar cosas de los hombres para recordarles que todo procede de Él. Para aquellos que le conocen, le es suficiente oír estas palabras: «El Señor tiene necesidad de tal cosa».

Al acercarse a la ciudad, «una gran muchedumbre» salió a su encuentro; en ella se encontraban no sólo los ciudadanos, sino también los

que habían acudido a la fiesta y, naturalmente, los fariseos. También las autoridades romanas andaban vigilando durante las grandes fiestas para que no se produjera ninguna insurrección. En todas las ocasiones anteriores nuestro Señor rechazó el fácil entusiasmo del pueblo, huyó de toda publicidad y evitó todo cuanto pudiera ser ostentación y exhibicionismo. En cierta ocasión

> Mandó a los discípulos que no dijesen a nadie que Él era el Cristo.

Mt 16, 20

Al resucitar de entre los muertos a la hija de Jairo,

> Les recomendó mucho que nadie lo supiese.

Mc 5, 43

Después de mostrar la gloria de su divinidad en la transfiguración,

> Les mandó que a nadie dijesen las cosas que habían visto, sino cuando el Hijo del hombre se hubiese levantado de entre los muertos.

Mc 9, 8

Cuando las multitudes, después del milagro de los panes, intentaban proclamarle rey:

> Partió otra vez a la montaña, Él solo.

Jn 6, 15

Cuando sus parientes le pidieron que fuera a Jerusalén y causara sensación ejecutando públicamente milagros, les dijo:

> Mi hora no ha llegado todavía.

Jn 7, 6

Pero tan pública fue su entrada en Jerusalén, que incluso los fariseos dijeron:

> He aquí que el mundo se va tras él.

Jn 12, 19

Todo ello era algo opuesto a su modo acostumbrado de proceder. Antes solía amortiguar todos los arrebatos de entusiasmo de ellos; ahora los encandilaba. ¿A qué obedecía este cambio de actitud?

Porque su «hora» había llegado. Había llegado el momento de hacer por última vez pública afirmación de sus pretensiones. Sabía que esto era un paso hacia el Calvario y hacia su ascensión al cielo y establecimiento de su reino sobre la tierra. Una vez había reconocido las alabanzas que ellos le tributaban, la ciudad se hallaba ante la alternativa de confesarle como hizo Pedro o crucificarle. Se trataba de ver si era su rey o de si no querían tener a otro rey más que al césar. Ninguna aldea de Galilea, sino la ciudad real en tiempo de la pascua, era el lugar más indicado para que Él hiciera su postrera proclamación.

De dos maneras atrajo la atención hacia su realeza: primeramente por medio de una profecía familiar al pueblo, y en segundo lugar por los honores divinos que se le estaban tributando y que Él aceptaba como propios.

Mateo declara de manera explícita que aquella solemne procesión fue para que se cumpliera la profecía de Zacarías:

> Decid a la hija de Sión: He aquí que tu rey viene a ti, manso, sentado sobre un asno.
>
> Mt 21, 5

La profecía venía de Dios por medio de su profeta, y ahora el mismo Dios la estaba cumpliendo. La profecía de Zacarías tenía por objeto hacer ver el contraste entre la majestad y la humildad del Salvador. Si contemplamos los antiguos relieves de Asiría y Babilonia, de Egipto, de Persia y Roma, nos sorprende ver la majestad de los reyes, que cabalgaban triunfalmente montados en caballos o carros de guerra, e incluso a veces sobre los cuerpos de sus postrados enemigos. En cambio, contrasta con ellos el rey que hace su entrada en Jerusalén montado en un asno. ¡Cuánto debió de reírse Pilato, si es que desde su fortaleza contempló aquel día el ridículo espectáculo de un hombre que estaba siendo proclamado rey y, sin embargo, hacía su entrada montado en la bestia símbolo de los seres despreciados, vehículo adecuado para uno que cabalgaba hacia las fauces de la muerte! Si hubiera entrado en la ciudad con el fausto y la pompa de los vencedores, habría dado ocasión para que creyeran que era un Mesías político. Pero la circunstancia que Él eligió corroboraba su afirmación de que su reino no era de este mundo. Nada había en aquella entrada que sugiriera que aquel pobre rey fuese un rival del césar.

La aclamación de que le hizo objeto el pueblo fue otro modo de reconocer su divinidad. Muchas personas extendían sus vestidos por donde había de pasar Jesús; otros cortaban ramas de olivo y de palma y las

esparcían a su paso. El Apocalipsis habla de una gran muchedumbre delante del trono del Cordero, con palmas de victoria en las manos. Aquí las palmas, tan a menudo usadas en toda la historia del pueblo judío para simbolizar la victoria, como cuando Simón Macabeo entró en Jerusalén, daban testimonio de su victoria, aun antes de quedar momentáneamente vencido.

Luego, citando unos versículos del gran Hillel referentes al Mesías, las multitudes le seguían gritando:

> ¡Bendito el rey que viene en el nombre del Señor I |Paz en el cielo, y gloria en las alturas!

Lc 19, 38

Al admitir ahora que era el enviado de Dios, repetían en realidad el cántico de los ángeles en Belén, ya que la paz que Él traía era la reconciliación del cielo y la tierra. También se repetía la salutación que los magos hicieron ante el pesebre: «el rey de Israel».

> Un nuevo cántico fue entonado mientras clamaban: ¡Hosanna al Hijo de David! ¡Hosanna en las alturas!

Mt 21, 9

> ¡Rey de Israel!

Jn 12, 13

Él era el príncipe prometido de la línea de David; el que venía con una misión divina. «Hosanna», que originariamente era una plegaria, se convertía ahora en un saludo triunfal de bienvenida al rey salvador. Aunque no entendían cabalmente por qué había sido enviado, ni qué clase de paz venía a traer, confesaban, sin embargo, que Jesucristo era un ser divino. Dos únicos que no participaban de las aclamaciones de entusiasmo eran los fariseos.

> Algunos de los fariseos de entre el gentío le dijeron: Maestro, reprende a tus discípulos.

Lc 19, 39

Era algo insólito que se dirigieran a Jesús, ya que estaban disgustados con Él por el homenaje de que le hacía objeto la muchedumbre. Con terrible majestad, nuestro Señor les respondió:

> Os digo que si éstos callasen, las piedras clamarían.

Lc 19, 40

Si los hombres callaran, la naturaleza misma gritaría y proclamaría la divinidad de Jesucristo. Las piedras son duras, incluso ellas podrían clamar, ¡cuánto más duros deben ser entonces los corazones de los hombres que no reconocen la bondad de Dios para con ellos! Si los discípulos callasen, nada ganarían con ello los enemigos, puesto que las montañas y los mares proclamarían la verdad.

La entrada había sido triunfal, pero Jesús sabía muy bien que los «hosannas» se convertirían en «¡crucifícale!», y las palmas se volverían lanzas. En medio de los gritos del pueblo, Jesús pudo percibir lo que murmuraba un Judas y las voces airadas que se levantarían delante del palacio de Pilato. El trono al que Él era exaltado era una cruz, y su coronación real sería una crucifixión. A sus pies extendían vestidos, pero el viernes le serían negados incluso los suyos propios. Desde un principio sabía lo que había en el corazón del hombre, y nunca sugirió que la redención de las almas humanas hubiera de realizarse por medio de una pirotecnia de palabras. Aunque era rey, y aunque ellos le aceptaban ahora como rey y Señor, Él sabía que la bienvenida que como rey podía esperar era el Calvario.

Sus ojos estaban arrasados en lágrimas, no a causa de la cruz que le aguardaba, sino debido a los males que amenazaban a aquellos que había venido a salvar y que no querían saber nada de Él. Al contemplar la ciudad,

> Lloró sobre ella, diciendo: ¡Oh si hubieras conocido tú, siquiera en este tu día, el mensaje de paz! ¡Mas ahora está encubierto a tus ojos!

Lc 19, 41-42

Vio con exactitud histórica cómo se abatían sobre la ciudad las fuerzas de Tito, a pesar de que los ojos que estaban contemplando el futuro se hallaban empañados por las lágrimas. Habló de sí mismo como si hubiera querido y podido evitar aquellos males recogiendo a los culpables bajo sus protectoras alas, tal como la gallina protege a sus polluelos, pero ellos no habían querido. Como el prototipo del gran patriota de todos los tiempos, miraba más allá de los propios padecimientos y fijaba los ojos en la ciudad que se negaba al Amor. Ver el mal y no poder remediarlo, debido a la humana perversidad, constituye la mayor de las angustias. Ver la maldad y no poder apartar al malhechor de su camino es suficiente para desanimar a cualquiera. Un padre siente que se le parte el alma de angustia

al ver el mal comportamiento de su hijo. Lo que hacía asomar las lágrimas a los ojos de Jesús eran los ojos de los que no querían ver y los oídos de los que no querían oír.

En la vida de cada individuo y en la de cada nación hay tres momentos: un momento de visitación o privilegio, en que Dios derrama sus bendiciones; otro, en que el hombre rechaza a Dios y se olvida de Él, y otro, finalmente, en que la condena descarga sobre él hombre con consecuencias desastrosas. El juicio condenatorio y la calamidad subsiguiente son fruto de las decisiones del hombre y demuestra que el mundo está guiado por la presencia de Dios. Las lágrimas de Jesús sobre Jerusalén mostraban a Jesús como el Señor de la historia, dando su gracia a los hombres y, sin embargo, sin destruir jamás su libertad de aceptarla o rechazarla. Pero, al desobedecer su voluntad, los hombres se destruyen a sí mismos; al darle muerte, mataban sus propios corazones; al negarle, llevaban a la ruina su propia ciudad y su propia nación. Tal era el mensaje de sus lágrimas, las lágrimas del rey que caminaba hacia la cruz.

34. LA VISITA DE LOS GRIEGOS

No sólo a los judíos, sino también a los gentiles reveló nuestra Señor el propósito de su venida: el dar la vida por sus ovejas. A los primeros se reveló a sí mismo como el cumplimiento de las profecías que hablaban de su venida a este mundo. Pero los gentiles no poseían una revelación como la que se contenía en el Antiguo Testamento; de ahí que a ellos les presentara una comparación de la naturaleza, comparación que podían entender fácilmente.

Esto sucedía cuando faltaba menos de una semana para la crucifixión. Jesús se había manifestado ya como la resurrección al levantar a Lázaro de entre los muertos; había cumplido para su propio pueblo una antigua profecía relacionada con su entrada humilde pero triunfal en Jerusalén. Ahora había llegado el momento de que los gentiles recibieran una lección acerca de la razón de su venida. Los gentiles estaban representados aquí por los griegos, como serían más tarde representados por el eunuco etíope que había abrazado la religión del Antiguo Testamento y se dirigía a Jerusalén para las fiestas. Debido a que los gentiles no se habían sometido al rito de la circuncisión, les estaba prohibido el acceso al santuario, pero se les permitía circular por el espacioso atrio de los Gentiles.

Los fariseos se habían quejado ya de que «toda la gente corría tras Él». Como prueba de ello, los griegos, o sea las otras ovejas que no eran del redil, se presentaban al Buen Pastor. Mientras los enemigos estaban tramando su muerte, los griegos iban a visitarle. A su nacimiento, los sabios de oriente acudieron a su cuna; ahora los griegos, que eran los sabios de occidente, acudían a la cruz. Tanto los magos de oriente como los magos de occidente venían a ver una humillación; en el primer caso, Dios en forma de niño en Belén; en el segundo caso, Dios en forma de un delincuente en la cruz. Como signo que los condujera a comprender la naturaleza divina de Jesús, a los magos se les dio la estrella; a los griegos,

un grano de trigo. Hay incluso cierto parecido en el modo respectivo de hacer sus preguntas.

> Los griegos dijeron a Felipe: Señor, quisiéramos ver a Jesús.
>
> Jn 12, 21

> Los sabios de oriente habían preguntado: ¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido?
>
> Mt 2, 2

Estos griegos habían visto la entrada triunfal en Jerusalén y debieron de sentirse edificados ante el noble continente de nuestro Señor. Quizá lo que más les atrajera fuera el hecho de que Jesús había limpiado el templo y dicho que su Padre lo había hecho «casa para todas las naciones». Este concepto revolucionario debió de conmover profundamente el espíritu de universalismo característico de los griegos. Cuando Andrés y Felipe dijeron a nuestro Señor que los griegos solicitaban verle, Él les respondió:

> Ha llegado la hora en que sea glorificado el Hijo del hombre.
>
> Jn 12, 23

En Caná, nuestro Señor había dicho a su madre que su «hora» aún no había llegado; durante su ministerio público, nadie pudo ponerle la mano encima, porque «aún no había llegado su hora»; pero ahora anunciaba, pocos días antes de su muerte, que había llegado el momento en que sería glorificado. La glorificación se refería a los más hondos abismos de su humillación en la cruz, pero se refería también a su triunfo. Él no decía que era para Él inminente la hora en que había de morir, sino la hora de ser glorificado. Asociaba el Calvario a su triunfo, de la misma manera que cuando dijo, después de su resurrección, a los dos discípulos de Emaús:

> ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciese estas cosas, y entrase en su gloria?
>
> Lc 24, 26

De momento, a sus seguidores les parecía la' cruz el más profundo abismo de humillación; para Él constituía la cima de la gloria. Pero las palabras que dirigió a los griegos daban a entender que también los gentiles constituirían un elemento de su glorificación. La muralla que separaba a los judíos de los gentiles iba a ser derribada. Desde el primer momento, veía Jesús crecer los frutos de la cruz en tierra pagana.

La respuesta que dio a los griegos fue sumamente apropiada. El ideal de aquellos hombres no era la renunciación a sí mismo, sino la belleza, el vigor y la sabiduría. Despreciaban las exageraciones, los extremismos. Apolo era el extremo opuesto a nuestro Señor, del que Isaías había profetizado que no habría en Él «hermosura» cuando pendiera clavado en la cruz.

Para hacer familiar a los griegos la idea de la redención, Jesús empleó un ejemplo tomado de la naturaleza:

> En verdad, en verdad os digo que a menos que el grano de trigo caiga en tierra y muera, queda solo; mas si muere, lleva mucho fruto.

Jn 12, 24 s

Había usado a menudo muchas parábolas acerca de las semillas y la siembra, y se había designado a sí mismo como simiente: «La Palabra es una simiente». En una parábola comparó su misión con una semilla que caía en diferentes clases de suelo, lo cual significaba el modo diferente como las diversas almas respondían a su gracia. Ahora revelaba que su vida alcanzaría su mayor influencia' por medio de su muerte. La naturaleza, decía, está marcada con una cruz; la muerte es condición para una nueva vida. Los discípulos habrían querido conservarle a Él como una semilla guardada en el granero de sus vidas mezquinas. Pero si no moría para poder dar una vida nueva, sería una cabeza sin cuerpo, un pastor sin rebaño, un rey sin reino.

Uno se pregunta si tal vez los griegos, conociendo que la vida de Jesús se hallaba en peligro, le sugirieron que fuera a Atenas para escapar del hado cruel que le amenazaba. Jerusalén, quizá le advirtieron, intentaba darle muerte; Atenas había dado muerte sólo a uno de los grandes maestros, y le había pesado profundamente desde entonces. Sea lo que fuere, el caso es que Jesús les recordó que Él no era simplemente un maestro; que si estuviera entre ellos no sería para desempeñar el papel de un Platón o de un Solón. De esta forma, puede que ciertamente salvara la vida, pero no podría cumplirse el propósito por el que había venido a este mundo.

La naturaleza humana, vino a decir a los griegos,.... grandeza por medio de la poesía y el arte, sino pasa., a través de una muerte. Es probable que incluso les hablara del «grano de trigo» para inferir de ello que Él era el Pan de Vida. La naturaleza es un libro de Dios, como el Antiguo Testamento, aunque no sobrenatural como este último. Pero el

dedo de Dios escribió sobre ambos libros la misma lección. La simiente se corrompe para poder convertirse en una planta. Aplicando la ley de la naturaleza, Él dijo a los griegos que, si seguía viviendo, su vida resultaría impotente, estéril. No había venido para ser un moralista, sino el Salvador. No venía para añadir algo a los preceptos de Sócrates, sino para dar una vida nueva; pero ¿cómo podía la semilla dar una nueva vida sin el Calvario? Como dijo san Agustín, «Él mismo fue el grano que había de ser muerto y multiplicado; muerto por la incredulidad de los judíos; multiplicado por la fe de todas las naciones».

Inmediatamente vino la segunda lección: debían aplicar a sí mismo el ejemplo de su muerte.

> El que ama su vida, la perderá; y el que aborrece su vida en este mundo la guardará para vida eterna,
>
> Jn 12, 25.

Jamás se realiza algún bien verdadero sin que cueste algo al que lo realiza. Al igual que en las impurezas legales mencionadas en el Antiguo Testamento, toda purificación y limpieza se efectúa mediante derramamiento de sangre. La conducta basada en la propia suficiencia o en seguir ciegamente los instintos recibió su golpe de gracia en esta conversación de Jesús con los griegos. La cruz puesta en práctica es autodisciplina y mortificación del orgullo, de la sensualidad, de la avaricia; sólo de esta manera, dijo, pueden los corazones duros quebrantarse y los caracteres difíciles hacerse apacibles.

Los griegos habían venido a nuestro Señor diciendo: «Quisiéramos ver a Jesús», probablemente debido a la majestad y belleza, que como adoradores del dios Apolo tanto apreciaban. Pero Él aludió al aspecto maltrecho que ofrecería una vez estuviera en la cruz, y añadió que únicamente mediante la cruz podría haber en la vida de ellos la belleza del alma en la nueva vida regenerada.

Luego hizo una pausa, mientras su alma se sentía acongojada ante la idea de su inminente pasión, ante la idea de que sería «hecho pecado», traicionado, crucificado y abandonado. De las honduras de su sagrado corazón brotaron estas palabras:

Ahora está turbada mi alma. ¿Y qué diré? Padre, ¡sálvame de esta hora! Mas por esto mismo vine a esta hora.

Jn 12, 27

Estas son casi las mismas palabras que usó más adelante en el huerto de Getsemaní, palabras que resultan inexplicables salvo si se dice que Él estaba llevando el peso de los pecados del mundo. Era muy natural que nuestro Señor sufriera una lucha en tanto era un hombre perfecto. Pero no eran sólo los padecimientos físicos los que le conturbaban; Él, al igual que los estoicos, los filósofos, hombres y mujeres de todas las épocas, podía haberse mostrado sereno frente a las grandes pruebas de orden físico. Pero su desolación era menos por el dolor que por la conciencia que tenía de la gravedad de los pecados del mundo que tales sufrimientos reclamaban. Cuanto más amaba a aquellos para quienes iba a servir de rescate, tanto mayor era la angustia que afligía su alma, de la misma manera que las faltas de los amigos hacen sufrir más que las de los enemigos.

Desde luego, Él no pedía ser salvado de la cruz, puesto que había reprendido a los apóstoles por tratar de disuadirle de ir a ella. Dos extremos opuestos se juntaban en Él, aunque distintos solamente por su intensidad: el *deseo* de librarse de los sufrimientos y la *sumisión* a la voluntad del Padre. Dijo a los griegos que el sacrificio de sí mismo no era cosa fácil, y se lo dijo entregando su propia vida. No debían ser fanáticos en cuanto a desear la muerte, ya que la naturaleza no desea crucificarse; pero, por otro lado, no habían de apartar sus ojos de la cruz, dominados por un cobarde temor. En su propio caso, ahora como siempre, los momentos más penosos se convertían en los más gozosos; no hay jamás cruz sin resurrección; la «hora» en la que el mal ejerce su dominio se convierte rápidamente en el «día» en el que Dios es vencedor.

Sus palabras fueron una especie de soliloquio. ¿A quién se volvería en esta hora? No a los hombres, porque ellos son precisamente quienes necesitan la salvación. «Solamente mi Padre, que me envió a esta misión de rescate, es quien puede sostenerme y librarme. Ésta era la hora para la cual fue creado el tiempo; a la que señalaban Abel, Abraham y Moisés. He llegado a esta hora y debo someterme a ella.»

En el preciso instante en que hablaba de llegar a esta hora a la que debía someterse para poder rescatar a la humanidad,

> Vino una voz del cielo: Ya le he glorificado, y otra vez le glorificaré.

Jn 12, 28

La voz del Padre había venido a Él en otras dos ocasiones: en su bautismo, cuando se presentó como el Cordero de Dios para ser sacrificado por el pecado; en su transfiguración, cuando hablaba de su muerte a

Moisés y Elías, bañado en radiante voz venía no junto a un río ni en la cima de montaña, sino en el templo, a oídos también de los representantes de los gentiles. «Le he glorificado» podía referirse a la gloria que el Padre le había concedido hasta el momento de su muerte; «y otra vez le glorificaré» podría referirse a los frutos producidos por la gracia de Dios después de la resurrección y ascensión de su Hijo. Es posible también que, ya que Jesús estaba hablando a los gentiles en el recinto del templo de los judíos, la primera parte se refiriera a la revelación hecha a los judíos; y la segunda a la que se haría a los gentiles después de Pentecostés.

En cada una de las tres manifestaciones del Padre, nuestro Señor se hallaba orando a éste y sus padecimientos estaban fijos en su mente. En esta ocasión, lo que se proclamó fueron los efectos de su muerte redentora.

> No por mi causa ha venido esta voz, sino por causa de vosotros. Ahora es el juicio de este mundo; ahora el príncipe de este mundo será echado fuera.
>
> Jn 12, 30-31

El Padre habló para convencer a los oyentes de Jesús del propósito de su misión, no para dar al mundo otro código, sino para darle una nueva vida por medio de la muerte. Habló como si la redención se hubiera realizado ya. El juicio a que se sometía el mundo era su cruz. Todos los hombres, dijo, tienen que ser juzgados por ella. Estarán *sobre* ella, tal como Él invitaba a los griegos a subir a la cruz, o *bajo* ella, como estarían los que le crucificaron. La cruz revelaría el estado moral del mundo. Por un lado, mostraría la profundidad del mal por medio de la crucifixión del Hijo de Dios; por otro lado, haría evidente la misericordia de Dios al perdonar a todos aquellos que «toman su cruz diariamente» y le siguen. No era Él, sino el mundo, quien había de ser juzgado. No era Él, sino Satán, quien había de ser echado fuera. Lo único que importaba era la cruz; enseñanzas, milagros, cumplimiento de profetas, todo esto estaba subordinado a su misión sobre la tierra, había de ser igual que un grano de trigo que había de pasar por el invierno del Calvario y luego convertirse en el Pan de Vida. Más adelante san Pablo recogió también el tema de la semilla que muere para revivir, y lo expuso a los corintios.

> Y murió por todos, para que los que viven no vivan ya para sí, sino para aquel que por ellos murió, y resucitó por ellos. De manera que nosotros, de ahora en adelante, no conocemos a nadie

según la carne: y aunque hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora, empero, ya no le conocemos así.

2 Cor 5, 15-16

35. EL HIJO DEL REY, DESTINADO A LA MUERTE

El martes de la semana en que murió, nuestro Señor dijo una de sus últimas parábolas, la cual enlazaba las profecías del Antiguo Testamento e indicaba lo que le sucedería en las próximas setenta y dos horas. Los sacerdotes del templo habían estado interrogando a nuestro Señor acerca de su autoridad. La actitud que adoptaban era la de que se tenían por representantes y custodios del pueblo y, por tanto, debían evitar que éste fuera extraviado con falsas doctrinas. Nuestro Señor les respondió con una parábola en la que les mostró la clase de custodios y guías que ellos eran en realidad.

> Plantó un hombre una viña, y la cercó con seto, y cavó un lagar,
> y edificó una torre.
>
> Mc 12,1

El que había plantado la viña era Dios mismo, como sabían va los que esta parábola escuchaban, según los primeros versículos del capítulo quinto de Isaías. El seto que puso en derredor era un seto que los separaba de las naciones idólatras de los gentiles y permitía desarrollar con especial cuidado su fértil viña, que era Israel. El lagar, que había sido excavado de una roca en cierto modo a los servicios y sacrificio del templo. La torre, cuya finalidad era vigilar y guardar la viña, simbolizaba la especial vigilancia que Dios ejercía sobre su pueblo.

> Y la arrendó a labradores.
>
> Mc 12, 1

Esto significaba que daba la responsabilidad a su propio pueblo, el cual de esta manera quedaba preservado del contagio del paganismo. Dios empezó a hacer partícipe de esta responsabilidad a su siervo Abraham cuando le hizo salir de la tierra de Ur, y a Moisés cuando éste dio a su

pueblo los mandamientos. Como había dicho por medio de su profeta Jeremías,

> También os he enviado a todos mis siervos los profetas.

Jer 35, 15

A partir de aquel momento, la viña de Israel tenía que dar a Dios los frutos de fidelidad adecuados a las bendiciones que había recibido. Pero cuando el dueño de la viña envió sucesivamente a tres de sus siervos a recoger los frutos, estos siervos fueron maltratados por los labradores. En el capítulo once de la epístola a los hebreos se describen los padecimientos de estos divinos mensajeros. Más adelante, san Esteban, el primer mártir, describiría la infidelidad del pueblo, manifestada en el modo como trató a los profetas.

> ¿A cuál de los profetas no persiguieron vuestros padres? Y ellos mataron a aquellos que antes anunciaban la venida del Justo, de quien ahora vosotros habéis venido a ser los entregadores y matadores.

Act 7, 52

Pero el amor de Dios no se extinguía a pesar de la crueldad de los luchadores. Después de cada nuevo acto de violencia había nuevas exhortaciones a la penitencia.

> Otra vez les envió otros siervos, en mayor número que los primeros; e hicieron con ellos de la misma manera.

Mt 21, 36

Según Marcos, algunos fueron apaleados e injuriados, y otros matados, lo cual representaba el colmo de la iniquidad. Esas referencias eran generales; sin embargo, podían aludir a los malos tratos infligidos a Jeremías y a la muerte de Isaías.

> Dijo entonces el señor de la viña: ¿Qué haré? Enviaré a mi hijo amado; quizá cuando le vean le tendrán respeto.

Lc 20, 13

Se representa a Dios como si hablara consigo mismo, como para revelar más claramente su amor. ¿Qué más podía hacer por su viña que no hubiera hecho ya? El «quizá» no era solamente una duda sobre si el divino Hijo sería aceptado, sino también la esperanza de que no lo sería. En unos

breves minutos se trazó toda la historia de las relaciones entre Dios y su pueblo.

Los que escuchaban a Jesús comprendieron plenamente las numerosas alusiones que Él había hecho al modo como fueron tratados por el pueblo los profetas y cómo había sido rechazado el mensaje que habían venido a traer. También ellos habían oído a Jesús declararse a sí mismo el Hijo de Dios. Bajo el velo de la parábola estaba respondiendo a la pregunta acerca de la autoridad que poseía para realizar ciertas cosas. Nuestro Señor volvió a afirmar aquí no sólo su relación personal con su Padre celestial, sino también la infinita superioridad en que se hallaba con respecto a los profetas y siervos de Dios.

Luego, revelando a los que le escuchaban la clase de muerte que recibiría de manos de ellos, Jesús prosigue:

> Pero cuando los labradores vieron al hijo, dijeron entre sí: Éste es el heredero; venid, matémosle, y tomemos su herencia. Y prendiéndole, le echaron fuera de la viña y le mataron.

Mt 21, 38-40

A los labradores se les representaba aquí como conociendo al hijo y heredero de la viña. Con una claridad que no dejaba lugar a dudas, el Señor reveló la terrible suerte que sufriría a manos de ellos: que sería echado «fuera de la viña», a la colina del Calvario, que se hallaba fuera de Jerusalén, y también les reveló que Él era el último a quien el Padre enviaba como mensajero a un mundo pecador. No había que hacerse ilusiones en cuanto al respeto que pudiera hallar de parte de los humanos. Burlas, injurias y escarnios serían el saludo que dirigirían al Hijo del Padre celestial.

Al cabo de tres días de haber referido esta historia, resultó verídica. Los guardas de la viña, como Anás y Caifás, le arrojaron fuera de la ciudad, a una colina, y le sentenciaron a muerte. Como dice san Agustín, «le mataron para poder poseer la herencia, pero al perpetrar ellos su muerte la perdieron».

Después de haber dicho el Señor que los que mataron al Hijo perderían la herencia, dirigió la mente de sus oyentes de nuevo hacia las sagradas Escrituras.

> Mirándolos fijamente, dijo: ¿Pues qué es esto que está escrito: la piedra que desecharon los edificadores ella misma ha venido a ser cabeza del ángulo?

Lc 20, 17

Esto era una cita del salmo 117, que les era familiar:

> La piedra que desecharon los constructores ha venido a ser cabeza del ángulo: ésta es la obra de Yahvé, y es maravilla a nuestros ojos.

El Antiguo Testamento contenía muchas profecías que hablaban de Cristo como de una piedra. Nuestro Señor se había servido cinco veces de la parábola de la vid. Ahora, después de usar la misma figura para indicar la crueldad de los hombres para con el Hijo unigénito de Dios, enviado desde el cielo para asegurar los derechos de su Padre, abandonaba dicha figura y echaba mano de la piedra angular. El Hijo de Dios sería la piedra menospreciada y rechazada. Pero predijo que Él sería la piedra que lo uniría y trabaría todo. Nunca se hace mención de la tragedia sin que, al mismo tiempo, se nos muestre el aspecto glorioso; así también aquí el mal trato infligido al Hijo viene compensado por la victoria definitiva, en la cual Jesús, a modo de piedra angular, une a judíos y gentiles en una sola casa santa. Así, los que edificaron su muerte fueron vencidos por el gran Arquitecto. El mismo modo inconsciente de rechazarle los convirtió en instrumentos inconscientes, voluntarios, del propósito de Él. A aquel que ellos rechazaban, Dios le levantaría como rey. Bajo la figura de la piedra angular, su resurrección. Les habló de su propio destino como si ya se hubiera cumplido, y señaló lo inútil que resultaría hacerle oposición, aun cuando llegaran a darle muerte. Notables fueron estas palabras, pronunciadas por un hombre que afirmaba que dentro de tres días sería crucificado. Y, con todo, revelaron en su brevedad lo que ellos presentían vagamente en sus corazones. Con una rapidez dramática que les sorprendió, Jesús les adelantó el juicio que les dijo habría de ejercer sobre todos los hombres y naciones en el último día. De momento, dejaba de ser el Cordero y empezaba a ser el León de Judá. Sus últimos días están tocando a su fin; los guías de la nación deben decidir ahora si le aceptarán o le repudiarán. Les advirtió que, si le mataban, su reino pasaría a los gentiles:

> Por tanto, os digo que el reino de Dios será apartado de vosotros, y dado a gente que produzca los frutos de él.

Mt 21, 43

Continuando la semejanza, tomada de Daniel, de la piedra que tritura y pulveriza los reinos de la tierra, Jesús dijo con voz de trueno:

El que cayere sobre esta piedra, será quebrantado; mas sobre quien ella cayere, le desmenuzará.

Mt 21, 44

Vemos aquí dos figuras: una es de un hombre que se estrella contraía piedra, que se halla-pasivamente en el suelo. Nuestro Señor quería indicar con ello a sí mismo durante este momento de su humillación. La otra figura es la de la piedra considerada activamente como cuando cae, por ejemplo, de lo alto de un acantilado. Con ello aludía a sí mismo, glorificado y aplastando toda oposición terrena. La primera se referiría a Israel en el momento en que le estaban rechazando, y por lo cual dijo a Jerusalén que quedaría desolada. La otra se referiría a los que le habrían de rechazar después de su resurrección y ascensión gloriosa, y del progreso de su reino en la tierra.

Todo hombre, decía, está en cierto modo en contacto con Él. Es libre de rechazar su influencia, pero este rechazamiento es la piedra que le aplastará. Nadie puede permanecer indiferente una vez le ha encontrado. Sigue siendo el elemento perpetuo que integra el carácter de todos los que le escuchan. Ningún maestro pretendió jamás que el rechazarle endurecería el corazón de uno y le convertiría en inicuo. Pero he aquí que había un Maestro que, tres días antes de ir a la muerte, dijo que el mismo hecho de rechazarle acarrearía la muerte del corazón. Tanto si uno cree como si deja de creer en Él, lo cierto es que ya no puede ser jamás el mismo de antes. Cristo dijo que Él era o la piedra sobre la cual los hombres edificarían la vida, o bien la piedra contra la cual se estrellarían. Lo que nunca han podido hacer los hombres es pasar de largo ante Él; Él es la presencia soberana. Algunos creen que le dejan pasar sin recibirle, pero esto es a lo que Él llama negligencia fatal. Un aplastamiento fatal se produciría no solamente debido a la negligencia o a la indiferencia, sino también cuando se tratara de una clara oposición. Ningún maestro había dicho hasta entonces a los que le oían que si rechazaban sus palabras serían condenados. Incluso los que creen que Cristo fue sólo un maestro sentirían escrúpulos en juzgarle así después de recibir su mensaje. Pero la alternativa se comprendía perfectamente teniendo en cuenta que era ante todo el Salvador. Rechazar al Salvador era rechazar la salvación, nombre con que nuestro Señor se designó a sí mismo en casa de Zaqueo. Los que le preguntaban acerca de su autoridad no tuvieron la menor duda en cuanto al significado espiritual de la parábola y al hecho de que estaba aludiendo a ellos mismos. Sus móviles quedaban al descubierto, lo cual no hacía sino

exasperar aún más a aquellos cuyos propósitos eran malos. Cuando el mal es puesto a la luz, no siempre siente arrepentimiento; a veces incluso se hace peor.

> Y los escribas y jefes de los sacerdotes querían echarle mano en aquella hora; mas temieron al pueblo, porque comprendieron que contra ellos había dicho esta parábola.
>
> Lc 20, 19

Los buenos se arrepienten al conocer su pecado; los malos se encolerizan al ser descubiertos. La ignorancia, contrariamente a lo que sostenía Platón, no es la causa del mal; tampoco es la educación la que consigue suprimir el mal. Aquellos hombres poseían inteligencia y voluntad, un saber y un propósito. Pero cabe conocer la Verdad y odiarla, conocer la Bondad y crucificarla. La hora se estaba aproximando, y de momento el miedo al pueblo contuvo a los fariseos. La violencia no podría desencadenarse contra Él hasta que dijera: «Ésta es vuestra hora».

36. LA ÚLTIMA CENA

Hay en la vida algunas cosas que son demasiado hermosas para que puedan ser olvidadas, pero también en la muerte hay algo que es demasiado hermoso para que pueda olvidarse. De ahí que exista un día en que se conmemoren los sacrificios hechos por los soldados para conservar la libertad de su patria. La libertad no es herencia, sino vida. Una vez se ha recibido, no es posible seguir poseyéndola sin esfuerzo, al modo de un antiguo lienzo. Siendo vida, debe ser alimentada, defendida y preservada; así, la libertad ha de volver a comprarse en cada generación. Sin embargo, los soldados no nacieron para morir; la muerte en el campo de batalla vino a interrumpir su vocación a la vida. Pero, al contrario de todos los demás, nuestro Señor vino a este mundo para morir. Incluso en su nacimiento se recordó a su Madre que aquel niño venía *a morir*. Nunca antes de entonces ninguna madre del mundo vio la muerte tan cerca de la cuna de su hijito.

Cuando todavía no era más que un niño, el viejo Simeón contempló su rostro, el rostro de aquel que vino de la eternidad, y dijo que estaba destinado a ser «señal de contradicción», o que suscitaría oposición de parte de los que son voluntaria y deliberadamente imperfectos. La madre, al oír aquella palabra, «contradicción», pudo ver quizá cómo los brazos de Simeón se desvanecían y en su lugar aparecían los brazos descarnados de la cruz, que envolvían a su hijito en un abrazo mortal. Antes que el Niño contara dos años de edad, el rey Herodes envió jinetes raudos como centellas, con brillantes espadas desenvainadas, con la intención de decapitar a aquel Infante cuya cabeza no era aún bastante fuerte para sostener el peso de una corona.

Puesto que nuestro Señor vino para morir, era apropiado que tuviera una conmemoración del aniversario de su muerte. Puesto que era Dios al mismo tiempo que hombre, y comoquiera que jamás había hablado de su muerte sin hablar de su resurrección, ¿era extraño que instituyera El mismo la exacta conmemoración de su propia muerte, en vez de dejarlo a

la caprichosa iniciativa de los hombres? Y esto es exactamente lo que hizo durante la noche de la última cena. Nuestro *Memorial Day*[1] no fue instituido por soldados que estuvieran previendo su muerte. Pero el *Memorial Day* de Jesús fue instituido, y esto es lo más importante, no porque Él hubiera de morir como un soldado y como un soldado recibir sepultura, sino porque viviría de nuevo después de la resurrección. Su conmemoración sería el cumplimiento de la ley y las profecías; sería un día en que se sacrificaría un cordero no para conmemorar la libertad política, sino la libertad espiritual; por encima de todo, sería una conmemoración de una nueva alianza.

Esta alianza significa en la Biblia el pacto concertado entre Dios y los hombres. En la última cena, nuestro Señor hablaría del Nuevo Testamento. El pacto que Dios hizo con Israel como nación tuvo a Moisés como mediador. Fue sellado con sangre, porque se tenía la sangre como símbolo de la vida; se consideraba que los que mezclaban su sangre o humedecían sus manos en una misma sangre participaban de un mismo espíritu. En las alianzas concertadas entre Dios e Israel, Dios prometió ciertas bendiciones si Israel permanecía fiel. Entre las fases principales de la antigua alianza vemos la promesa que hizo a Abraham de que tendría garantizada una numerosa descendencia; la de David, con la promesa del reino, y la de Moisés, en que Dios mostró su poder y amor a Israel al libertarle de la esclavitud de Egipto y prometiéndole que Israel sería para Él un reino de sacerdotes. Cuando los hebreos estaban cautivos en Egipto, Moisés recibió las instrucciones concernientes a un nuevo rito.

Después de las plagas, Dios castigó de nuevo a los egipcios con objeto de que se apresuraran a dejar en libertad a su pueblo, y el castigo consistió en enviar el ángel exterminador que mató a los primogénitos de todos los hogares egipcios. La manera como podían salvarse era sacrificando un cordero, con cuya sangre había de marcarse por medio de un hisopo la entrada de sus casas. El ángel de Dios, al ver la señal de la sangre, pasaría de largo. El cordero era, por lo tanto, la pascua del ángel exterminador, es decir, una salvaguarda de los hogares israelitas. A partir de entonces, Dios les ordenó que continuaran celebrando la pascua año tras año.

Esta institución del cordero pascual sacrificado, que se menciona en el Éxodo, fue seguida por la ceremonia de la alianza verificada por Moisés, en la cual Dios convertía a Israel en una nación; fue el nacimiento de los

[1] En Estados Unidos, el *Memorial Day* o *Decoration Day*, el 30 de mayo, es el día señalado para honrar la memoria de los soldados muertos en campaña. — (Nota del traductor.)

israelitas como pueblo escogido por Dios. Se concluyó la alianza por medio de varios sacrificios. Moisés levantó un altar con doce pilares. Tomando la sangre del sacrificado, derramó una mitad de ella sobre el altar y la otra mitad sobre las doce tribus y el pueblo con estas palabras:

> «He aquí la sangre del pacto que ha hecho el Señor con nosotros.»

Ex 24, 8

Al derramar la sangre sobre el altar, que simbolizaba a Dios o una de las partes del pacto, y al rociar con la sangre las doce tribus de Israel y el pueblo, que representaban la otra parte, todos participaban de la misma sangre y con ello entraban en una especie de unión sacramental.

Se trataba de perfeccionar la alianza o testamento con Israel mediante una revelación más completa de parte de Dios. Más adelante, los profetas dijeron que el exilio sufrido por los israelitas era un castigo por haber quebrantado la alianza; pero de la misma manera que fueron restablecidos a la antigua alianza, así también habría una nueva alianza o testamento que incluiría a todas las naciones. El Señor dijo al pueblo, hablando por boca de Jeremías:

> Mas he aquí el pacto que haré con la casa de Israel, después de aquellos días, oráculo de Yahvé. Pondré mi ley en sus entrañas, y en su corazón la escribiré.

Jer 31, 33

La última cena y la crucifixión tuvieron efecto durante la pascua, cuando el eterno Hijo del Padre actuó como mediador de un nuevo testamento o alianza, de la misma manera que Moisés fue el mediador del Antiguo Testamento o antigua alianza. Así como Moisés ratificó la antigua alianza con la sangre de animales, así Cristo ratificaba ahora la nueva alianza con su propia sangre, porque Él era el verdadero Cordero Pascual.

> Esto es mi sangre, la del nuevo pacto.

Mt 26, 28

Habiendo llegado la hora de su exaltación, puesto que dentro de veinticuatro horas se entregaría a sí mismo, reunió en torno a Él a sus doce apóstoles. En un acto sublime dio la interpretación del significado de su muerte. Declaró que estaba marcando el comienzo del Nuevo Testamento o pacto, ratificado por su muerte de sacrificio. Con ello quedaba cumplido todo el sistema de sacrificio de los tiempos mosaicos y premosaicos.

Ningún fuego creado descendería para consumir la vida que se ofrecía al Padre, como ocurrió en el Antiguo Testamento, puesto que ahora el fuego sería la gloria de su resurrección y las llamas de Pentecostés.

Puesto que su muerte era la razón de su venida, ahora instituyó para sus apóstoles y para la posteridad un acto conmemorativo que Él había prometido cuando dijo que Él mismo era el Pan de Vida.

> Y tomando un pan, después de haber dado gracias, lo partió, y se lo dio a ellos, diciendo: Esto es mi cuerpo, que por vosotros es entregado.

Lc 22, 19

No dijo: «Esto representa o simboliza mi cuerpo», sino que dijo: «Esto es mi cuerpo», un cuerpo que sería quebrantado en su pasión.

Luego tomó en sus manos una copa de vino y dijo:

> «Bebed de ella todos; porque esto es mi sangre, la del nuevo pacto, la cual es derramada por muchos, para remisión de pecados.»

Mt 26, 28

Así, de una manera simbólica o incruenta, se les presentaba a los apóstoles la muerte de Jesús que había de tener efecto la tarde siguiente. En la cruz, moriría al separarse la sangre de su cuerpo. De ahí que no consagrara el pan y la sangre juntamente, sino por separado, para indicar que su muerte se produciría por la separación de su cuerpo y sangre. En este acto, nuestro Señor era lo que sería en la cruz al día siguiente: sacerdote y víctima al mismo tiempo. En el Antiguo Testamento y entre los paganos, la víctima, como, por ejemplo, una cabra o una oveja, era algo distinto del sacerdote que la ofrecía. Pero en esta acción eucarística y en la cruz, Él, el sacerdote, se ofrecía a sí mismo; por lo tanto, Él era asimismo la víctima. De este modo se cumplirían las palabras del profeta Malaquías:

> Porque desde donde el sol nace hasta donde se pone, mi nombre es grande entre las naciones; y en todo lugar se ofrece a mi nombre incienso y una ofrenda pura. Porque grande es mi nombre entre las naciones, dice el Señor de los ejércitos.

Mal 1, 11

A continuación vino el divino mandato de continuar la conmemoración de su muerte:

Haced esto en memoria de mí

Lc 22,19

Repetid, renovad, prolongad a través de los siglos el sacrificio ofrecido por los pecados del mundo.

¿Por qué usó nuestro Señor el pan y el vino como los elementos de su conmemoración? Primeramente, porque en la naturaleza no hay dos substancias que mejor que el pan y el vino simbolicen la unidad. De la misma manera que el pan está formado de una multiplicidad de granos de trigo y el vino de una multiplicidad de granos de uva, así los muchos que creen son como uno solo en Cristo. En segundo lugar, no hay en la naturaleza otras dos substancias que hayan de sufrir más antes de llegar a ser lo que son. El trigo ha de pasar por los rigores del invierno, ha de ser triturado debajo del calvario de un molino y sometido al fuego purificador antes de llegar a ser pan. A su vez, las uvas han de pasar por el getsemaní del lagar y ser aplastadas para poder convertirse en vino. De esta manera simbolizan la pasión y los sufrimientos de Cristo, y la condición de la salvación, puesto que nuestro Señor afirmó que, a menos que muramos a nosotros mismos, no podemos vivir en Él. Una tercera razón es que en la naturaleza no hay otras dos substancias que como el pan y el vino hayan alimentado tanto a los hombres desde los tiempos más remotos. Al llevar estos elementos al altar es como si los hombres se ofrecieran a sí mismos. Al recibir y consumir el pan y el vino, éstos se convierten en cuerpo y sangre del hombre. Pero cuando Él tomó en sus manos pan y vino los transformó en Él mismo.

Mas, puesto que la conmemoración de nuestro Señor no fue instituida por sus discípulos, sino por Él mismo, y puesto que Él no había de ser vencido por la muerte, sino que resucitaría a una nueva vida, quiso que, así como Él miraba ahora *hacia, adelante,* hacia su muerte redentora en la cruz, de la misma manera todas las épocas cristianas, hasta la consumación del mundo, miraban *hacia atrás*, hacia la cruz. Con objeto de que ellos no celebraran su conmemoración de una manera caprichosa o arbitraria, Él les dio el mandato de conmemorar y anunciar su muerte redentora hasta el momento en que Él volvería a la tierra. Lo que pedía a los apóstoles que hicieran era celebrar en el futuro la conmemoración de su pasión, muerte y resurrección. Lo que Él estaba haciendo ahora miraba hacia delante, hacia la cruz; lo que ellos harían, y se ha continuado haciendo desde entonces en la misa, era mirar atrás, hacia su muerte redentora. De esta manera, lo que harían sería lo que dijo san Pablo: «anunciar la muerte del Señor hasta que

volviera» para juzgar al mundo. Rompió el pan para indicar que su cuerpo humano sería roto por la muerte, y también para indicar que Él era víctima por su propia voluntad. Lo rompió por su voluntaria entrega, antes de que sus verdugos lo rompieran por la crueldad voluntaria de ellos.

Cuando más adelante los apóstoles y la Iglesia repitieran la conmemoración, el Cristo, que había nacido de María y padecido bajo Poncio Pilato, sería glorificado en el cielo. Aquel jueves santo nuestro Señor les había dado un sacrificio que no era otro que su único acto redentor de la cruz; pero lo ofreció con una nueva clase de presencia. No sería un nuevo sacrificio, puesto que sólo hay uno; lo que ofreció fue una nueva presencia de aquel sacrificio único. En la última cena nuestro Señor actuó independientemente de sus apóstoles al ofrecer su sacrificio bajo las apariencias o especies del pan y el vino. Después de su resurrección y ascensión, y en obediencia a su divino mandato, Cristo ofrecería su sacrificio al Padre celestial por medio de ellos o dependiendo de ellos. Cada vez que en la Iglesia se conmemora el sacrificio de Cristo, hay una aplicación a un nuevo momento en el tiempo y una nueva presencia en el espacio del único sacrificio de Cristo que ahora está en la gloria. Al obedecer su mandato, sus seguidores representarían de una manera incruenta lo que Él presentó a su Padre en el cruento sacrificio del Calvario.

Después de convertir el pan en su cuerpo y el vino en su sangre

Se lo dio a ellos.

Mt 14, 22

Por medio de aquella comunión fueron hechos una sola cosa con Cristo, para ser ofrecidos con Él, en Él y por Él. Todo amor I anhela la unidad. Así como en el orden humano la cima más elevada del amor consiste en la unidad de marido y mujer en la carne, de la misma manera en el orden divino la más elevada unidad estriba en la del alma y Cristo en la comunión. Cuando los apóstoles, y más adelante la Iglesia, obedecieran las palabras de nuestro Señor en cuanto a renovar la conmemoración de su muerte y resurrección y comer y beber a Él, el cuerpo y la sangre no serían los del cuerpo físico que ahora tenían delante, sino los del Cristo glorificado en el cielo, donde continuamente intercede por los pecadores. De esta manera, la salvación de la cruz, que es soberana y eterna, se aplica y actualiza en el transcurso del tiempo por el Cristo celestial.

Cuando nuestro Señor, después de convertir el pan y el vino en su propio cuerpo y sangre, dijo a sus apóstoles que comieran y bebieran, estaba haciendo para el alma humana lo mismo que la comida y la bebida

hacen para el cuerpo. A menos que las plantas consientan en el sacrificio de ser arrancadas, no les es posible alimentar al hombre o asimilarse a él, comunicarse con él. El sacrificio de lo inferior debe' preceder a la comunión con lo que es superior. Primeramente se representó místicamente la muerte de Jesús: luego siguió la comunión. Lo inferior se transforma en lo superior; los elementos químicos en plantas; las plantas en animales; las substancias químicas, las plantas y los animales se convierten en hombre; y el hombre se transforma en Jesucristo por medio de la comunión. Los seguidores de Buda no derivan energía alguna de la vida de éste, sino solamente de sus escritos. Los escritos de la cristiandad no son tan importantes como la vida de Cristo, el cual, viviendo en la gloria, derrama ahora continuamente sobre sus seguidores los beneficios de su sacrificio.

La única nota que perduró a lo largo de su vida fue su muerte y su gloria. Para esto había venido principalmente a este mundo. De ahí que en la noche que precedió a su muerte diera a sus apóstoles algo que nadie podría dar jamás al morir, a saber, se dio a sí mismo.

¡Sólo la sabiduría divina pudo concebir una conmemoración como aquélla! Los humanos, si se les hubiera dejado en libertad, tal vez habrían estropeado el drama de su redención. Con la muerte de Jesús puede que hubieran hecho dos cosas prescindiendo de su divinidad. Puede que hubiesen considerado su muerte redentora como un drama que tuvo efecto una vez en la historia, como, por ejemplo, el asesinato de Lincoln. En este caso, se trataría sólo de un accidente, no de una redención; del trágico fin de un hombre, pero no de la salvación de la humanidad. Es lamentable que sea ésta la manera que tienen muchos de considerar la cruz de Cristo, olvidando su resurrección y la efusión de los méritos de su cruz en la acción conmemorativa que Él instituyó e impuso como obligación de celebrar. En este caso, su muerte sería solamente una especie de *Memorial Day,* y nada más.

Puede también que lo hubieran considerado como un drama que se representó sólo una vez, pero un drama que había de ser evocado a menudo, sólo meditando en sus detalles. En este caso, retrocederían y leerían los relatos del drama debidos a los críticos que vivieron en aquellos tiempos, a saber, Mateo, Marcos, Lucas y Juan. Se trataría solamente de una memoria literaria de su muerte, de la misma manera que Platón registra la muerte de Sócrates, y entonces la muerte de nuestro Señor no se diferenciaría de la muerte de los otros hombres.

Nuestro Señor no dijo nunca a nadie que escribiera acerca de su redención, pero dijo a sus apóstoles que la renovaran, la aplicaran y la conmemorasen, prolongándola a través de los tiempos, al obedecer las órdenes que Él les había dado en la última cena. No quería que el gran drama del Calvario se representara una vez, sino que se representara siempre. No quería que los hombres fueran simplemente lectores de su redención, sino actores de ella, ofreciendo a su vez su cuerpo y su sangre junto con el cuerpo y la sangre de Él, en su renovación del Calvario, diciendo con Él: «Esto es mi cuerpo y esto es mi sangren; muriendo a sus bajos instintos para vivir a la gracia; diciendo que no les importaban la apariencia o las especies de su vida, tales como parentescos familiares, ocupaciones, deberes, aspecto físico o talento, sino que su propio entendimiento, voluntad, su propia substancia —todo lo que ellos fueran en realidad — fuesen transformados en Jesucristo; que el Padre celestial, al mirar hacia ellos, los viera en su Hijo, viera los sacrificios de ellos amasados con el sacrificio de Él, sus mortificaciones incorporadas a la muerte de Él, de suerte que un día pudieran participar también de su gloria.

37. EL SIERVO DE LOS SIERVOS

En el breve lapso de cinco días tuvieron efecto los dos pediluvios más famosos de la historia. El sábado que precedió al viernes santo, una María arrepentida ungió los pies de nuestro divino Salvador; el jueves de la siguiente semana, Él mismo lavó los pies' de sus discípulos. Al no haber inmundicia en el Salvador, sus pies fueron ungidos con ungüento de oloroso nardo; pero en los pies de los discípulos había adherido todavía tanto polvo de mundanidad, que era preciso que se los lavaran.

> Antes de la fiesta de la pascua, conoció Jesús que había llegado su hora para salir de este mundo e ir al Padre.
>
> Jn 13, 1

Su pensamiento retrocedía al momento en que el Padre le había entregado todas las cosas y en que procedió de Él. Pero ahora había llegado la hora de regresar. La primera parte de su ministerio fue con los «que no le recibieron»; los momentos finales serían aquellos en que Él estaría con los «que le recibieron», a quienes aseguraría que amó «hasta el fin».

La hora de la partida es siempre una hora de expresión precipitada de afectos. Cuando el esposo abandona a la mujer para emprender un largo viaje, se manifiestan más actos de tierno afecto que mientras están en casa uno al lado de otro. Nuestro Señor se había dirigido a menudo a los apóstoles con expresiones como: «hermanos», «ovejas mías», «amigos», pero en esta hora los designó como «suyos», como para indicar el más tierno género de parentesco que le unía a ellos. Él estaba a punto de partir de este mundo, pero sus apóstoles habían de quedarse en Él para predicar su evangelio y establecer su Iglesia. Él afecto que por ellos sentía era tan grande, que todas las glorias del cielo en el acto de abrirse para recibirle no podrían desviarle del cálido y compasivo amor hacia ellos.

Pero cuanto más se acercaba a la cruz, más disputaban los discípulos entre ellos.

> Hubo también entre ellos una contienda sobre quién de ellos debía estimarse el mayor.

Lc 22, 24

En la misma hora en que Él había de dejarles la conmemoración de su amor, y en que su amoroso corazón se sentiría lacerado por la traición de Judas, ellos se mostraban desdeñosos a su sacrificio al disputar vanamente por una cuestión de preeminencia y precedencia. Él dirigía sus ojos hacia la cruz; ellos discutían como si la cruz no significara abnegación. Su ambición los cegaba hasta el punto de que olvidaban las lecciones que Jesús les había dado acerca del poder, y creían todavía^ que un hombre era grande porque ejercía autoridad. Ésta era la idea de la grandeza que tenían los gentiles, pero los discípulos habían de substituir esta clase de grandeza por el servicio prestado al prójimo.

> Entonces Él les dijo: Los reyes de las naciones las señorean; y los que tienen sobre ellas potestad, son llamados bienhechores. Mas no así vosotros; al contrario, el mayor entre vosotros sea como el más joven, y el que es principal, como el que sirve. Porque ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es aquel que se sienta a la mesa? Pero yo soy entre vosotros como el que sirve.

Lc 22, 25-27

Nuestro Señor admitió en cierto sentido que sus apóstoles eran reyes; tampoco les negaba su instinto aristocrático, pero les decía que la nobleza que a ellos correspondía era la de la humildad, la de que el mayor se hiciera el más pequeño de todos. Para que comprendieran la lección les recordó la posición que Él mismo ocupaba en medio de ellos como Maestro y Señor de la mesa, y que, sin embargo, se mostraba como uno en el que se había extinguido toda señal de superioridad. En muchas ocasiones les dijo que Él no había venido para ser servido, sino para servir. La razón por la cual se convertía en el «siervo sufriente» profetizado por Isaías era la de que había de cargar con el peso de los otros, especialmente el peso de su culpa. Ahora confirmó con un ejemplo sus anteriores palabras, en que los exhortaba a que se hicieran servidores de los demás.

> Se levantó de la cena, se quitó su vestidura, tomó una toalla y se la ciñó. Después echó agua en un lebrillo, y empezó a lavar los

> pies de los discípulos, y los limpió con la toalla de que estaba ceñido.

Jn 13, 4 s

La minuciosidad con que se refiere cada una de las acciones de nuestro Señor es sorprendente, ya que no menos de siete diferentes se nos mencionan en este lugar: levantarse, quitarse los vestidos, tomar la toalla, ceñírsela, echar agua en el lebrillo, lavar los pies y limpiarlos con una toalla. Podemos imaginarnos a un rey terreno que un momento antes de regresar de una provincia distante presta un humilde servicio a uno de sus súbitos, pero nadie diría jamás que lo estuviera haciendo porque había de regresar a su capital. Pero Él estaba lavando los pies a sus discípulos porque iba a regresar al Padre. Jesús había enseñado de palabra la humildad al decir: «El que se humilla será ensalzado»; por medio de una parábola, como en la historia del fariseo y el publicano; con el ejemplo, como cuando tomó un niño en sus brazos; y ahora, por condescendencia.

Esta escena era un resumen de su encarnación. Levantándose del celestial banquete, en el que se hallaba unido íntimamente por su naturaleza con el Padre, puso a un lado los ropajes de su gloria, cubrió su divinidad con la toalla de su naturaleza humana que recibió de María, vertió el agua de la regeneración, que es su sangre derramada en la cruz para redimir a los hombres, y empezó a lavar las almas de sus discípulos y seguidores por los méritos de su muerte, resurrección y ascensión. San Pablo lo expresó hermosamente así:

> Existiendo en forma de Dios, no estimó con envidia la condición que lo igualaba a Dios, sino que se desprendió de ella, tomando condición de esclavo, y siendo hecho a semejanza de los hombres Y comportándose como hombre, se humilló a sí mismo, haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte, en la cruz.

Flp 2, 6-8

Los discípulos están inmóviles, mudos de asombro. Cuando la humildad procede del Hombre-Dios de esta manera, entonces es indudable que por medio de la humildad los hombres podrán volver a Dios. Cada uno de ellos habría retirado los pies del lebrillo de no haber sido por el amor que inundaba sus corazones. Esta obra de condescendencia se estaba realizando en silencio, hasta que el Señor llegó hasta donde Pedro estaba, el cual era quien más agudamente sentía aquella inversión de valores.

> Pedro le dice: Señor, ¿tú me lavas a mí los pies?

Jn 13, 6

Pedro hallaba dificultades en aquella humillación que la cruz exigía. Cuando nuestro Señor le dijo, en Cesárea de Filipos, que le era preciso ir a Jerusalén para ser crucificado, Pedro protestó ante la repugnancia que esta humillación le inspiraba. Ahora aparece de nuevo el mismo estado de ánimo. Pedro combinaba en su mente, por un lado, un auténtico reconocimiento de que nuestro Señor era el Mesías, el Cristo, y, por otro lado, la decisión de que la gloria había de alcanzarse sin sufrimientos. La lección más difícil que aquel hombre, que confiaba en sus propias fuerzas, había de aprender era la de que todavía tenía algo que aprender. Hay momentos en que el hombre puede lavar las propias mejillas con lágrimas de arrepentimiento, y así correrían dentro de unas breves horas las lágrimas por las mejillas de Pedro; pero tales lágrimas correrían solamente después de haber dejado que el Señor le lavara y limpiara de pecado. Luego dijo Jesús a Pedro:

Lo que hago, tú no lo sabes ahora, mas lo entenderás después.

Jn 13, 7

Tal amor y acto de condescendencia no podía entenderlos Pedro hasta que la cabal humillación de la cruz estuviera coronada por la resurrección de Jesucristo y el don del Espíritu santo. Pedro rechazó primeramente la cruz; ahora rechazaba el ejemplo de humillación que conducía a la cruz. La iluminación de muchos misterios es cosa que corresponde al futuro; ahora los conocemos sólo en parte. Puede que un hombre diga y haga muchas cosas capaces de confundir la mente de un niño, así, ¡en cuánto mayor grado queda el hombre confuso por las acciones de Dios infinito! El hombre de corazón humilde esperará, ya que el último acto es el remate de la obra teatral que se representa.

El divino Maestro no le impartió conocimiento y luego le dijo que sometiera su voluntad. Le pidió que se sometiera con la promesa, de que más adelante le sería aclarado todo. La luz se le fue haciendo cada vez más clara a medida que la iba siguiendo. Si le hubiera vuelto la espalda, las tinieblas habrían ido en aumento. El Maestro le lavó, aunque Pedro protestaba, de la misma manera que la madre lava la cara de su niño a pesar del llanto de éste. La madre no espera a que el niño conozca lo que le está haciendo, sino que termina su obra, que es fruto de su amor. El árbol no entiende la poda, ni la tierra entiende por qué está siendo arada, ni tampoco entendía Pedro el misterio de aquella gran humillación, según él mismo expresa con vehemencia:

¡Jamás me lavarás tú los pies! Mas Jesús le respondió: Si no te lavare, no tendrás parte conmigo.

Jn 13, 8

Nuestro Señor recordó a Pedro que la verdadera humildad no debía poner objeciones a la humildad de Él; al contrario, Pedro había de reconocer lo necesaria que la humildad era para liberar al hombre del pecado. ¿Por qué contradecir al Hijo de Dios hecho hombre al lavar la suciedad externa de los pies, siendo así que aquel que es Dios se había humillado ya con objeto de lavar la suciedad de las almas? Pedro estaba demostrando que ignoraba la necesidad que él mismo tenía de una redención interna, y lo hacía al protestar de una humillación que resultaba insignificante comparada con la de la encarnación. ¿Era acaso para el Verbo hecho carne una humillación mayor ceñirse con una toalla que haber sido envuelto en pañales y puesto en un pesebre?

Jesús, prosiguiendo su discurso, dijo a Pedro que si quería gozar de la comunión con Él había de ser purificado de una manera más efectiva que con un simple lavado de pies. Negarse a aceptar la purificación divina significaba ser excluido de la intimidad con Jesús. No entender que el amor divino es sacrificio era separarse del Maestro. Da idea de no tener parte con el Maestro humilló a Pedro de un modo tan indescriptible, que confió a Jesús no sólo sus pies, sino todo su cuerpo:

¡Señor, no solamente mis pies, sino también mis manos y mi cabeza!

Jn 13, 9

No sólo sus pies estaban sucios, sino que también los hechos de sus manos y los pensamientos de su mente necesitaban ser purificados. Más que tratar de persuadirse a sí mismo de que el pecado carecía de importancia y que era anormal tener un sentimiento de culpa, Pedro clamaba prácticamente en presencia de la Inocencia misma: «¡Impuro! ¡impuro!».

Cuando nuestro Señor hubo terminado de lavar los pies de los discípulos, volvió a ponerse sus vestidos, se sentó y les enseñó la lección de que si Él, que era Señor y Maestro, renunciaba a sí mismo e incluso a la propia vida, ellos, que eran sus discípulos, habían de hacer lo mismo.

¿Sabéis lo que he hecho con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor; y decís bien, porque lo soy. Pues si yo, que soy el Señor y el Maestro, os he lavado los pies, vosotros también

debéis lavaros los pies los unos a los otros. Porque os he dado ejemplo, para que vosotros también hagáis como yo he hecho. En verdad, en verdad os digo que el siervo no es mayor que su señor, ni el enviado mayor que aquel que le envió.

Jn 13, 12-16

Jesús había lavado incluso los pies de Judas. Pero, aunque realizó una tarea tan servil como aquella, continuaba siendo «Maestro y Señor». Ni una sola vez en su vida sobre la tierra los apóstoles le llamaron Jesús, aunque éste era el nombre que le había sido dado por el ángel, y que significa «Salvador». Cuando pedía vocaciones para sus misiones, les decía que oraran al «Señor de la mies»; cuando les dijo que fueran a buscar el pollino el domingo de Ramos, justificó su pretensión diciendo: «El Señor lo ha menester»; y cuando trataba de usar el aposento alto, fue el «Señor» quien habló de la necesidad que había de ello. Los apóstoles también le llamaban «Señor», como hizo Pedro cuando se estaba hundiendo en las aguas del lago, como Santiago y Juan cuando trataban de destruir a los samaritanos, como harían también dentro de unos minutos al preguntar: «Señor, ¿soy yo?» En el día de la resurrección, dirían: «El Señor ha resucitado». Más adelante Tomás le llamaría asimismo «Señor»; lo mismo haría Juan cuando reconociera a nuestro Señor a la orilla del mar.

Por otra parte, cada vez que en los evangelios se designa a nuestro Señor se habla de Él como de «Jesús», por ejemplo: «Jesús fue tentado por el diablo», o «Jesús enseñaba». Los evangelios, escritos bajo inspiración del Espíritu santo, usaban este mismo nombre, que llegó a ser tan glorioso cuando Él efectuó la salvación y ascendió a los cielos. A partir de entonces su nombre fue a menudo mencionado como «el santo nombre de Jesús».

Por lo cual Dios le ha ensalzado y le ha dado el nombre que está por encima de todo nombre, para que todo, en nombre de Jesús, se arrodille en lo más alto de los cielos, sobre la tierra y en los infiernos; y toda lengua proclame que, para gloria de Dios Padre, Jesucristo es Señor.

Phil 2, 10

38. JUDAS

Un día nació un niño en Kerioth. Sus padres, esperando que llegara a ser un grande hombre, le pusieron el nombre de «Elogio». Amigos y parientes acudieron con obsequios para honrar aquel nuevo ser que había venido al mundo. No muy lejos de allí, otro niño nacía en la aldea de Belén. Pastores y sabios llevaron regalos a este niño, cuyo nombre significaba «Salvador». Muchos años más tarde, el niño de Belén encontró al niño de Kerioth; nuestro divino Señor llamó a Judas para que fuera apóstol suyo.

Era el único de Judea entre los apóstoles, ya que los demás eran galileos. Debido probablemente a su talento administrativo, común a los de Judea, Judas era el más apropiado para ser el tesorero de los apóstoles. Emplear, si es posible, a una persona en aquello para lo que está más capacitada, supone alejarle de la apostasía y el descontento. Pero, al mismo tiempo, las tentaciones de la vida suelen venir casi siempre de aquello para lo cual tiene uno más aptitudes. También es preciso que exista un fallo interno antes que se produzca uno externo. El único fallo de Judas de que se nos habla en los evangelios era el de la avaricia. En él estaba este pecado tan arraigado, que fue la causa de todos sus males:

> Bueno le fuera a tal hombre no haber nacido.
>
> Mt 26, 24

Una lectura superficial de la vida de Judas nos hace creer que la base de su traición estuvo en la noche de la última cena. Ésta no es la realidad, ya que la primera vez que se nos habla de la traición de Judas es cuando nuestro Señor se anunció a sí mismo como el Pan de Vida. El comienzo y el fin del acto traicionero de Judas están asociados con la idea de Cristo como Pan de Vida. El primer conocimiento que tenemos de la traición de Judas no es de cuando nuestro Señor instituyó la conmemoración de su muerte en la última cena, sino cuando prometió que lo haría, durante los

primeros días de su vida pública. En este incidente de la vida divina que estaba convirtiéndose en alimento para los hombres, fue donde se insertó el primer registro acerca de la traición de Judas.

> Desde el principio sabía Jesús quiénes eran los que no creían, y quién le había de entregar.

Jn 6, 64

La manecilla del reloj señalaba ya hacia la hora de su muerte; hasta aquel momento soportó nuestro Señor la presencia de uno que había de entregarle. El anuncio del Pan de Vida fue el comienzo de la decepción de Judas; nuestro Señor estaba hablando de una clase de reino distinto al que Judas esperaba. El descontento de Judas debió de acrecentarse al día siguiente, cuando vio que nuestro Señor rehusaba ser rey y huía a las montañas solo.

El sexto día antes de la crucifixión se celebró una gran cena en Betania, en la que sirvió Marta, y Lázaro fue uno de los que estaban con Jesús. Conociendo María mejor que ninguno de los otros invitados el futuro que aguardaba a Jesús y lo inminente que era su muerte, le ungió, preparándole así para su sepultura. Al ver Judas derramar el ungüento, en seguida calculó lo que podía valer. Ésta era la semana de poner precio a las cosas, puesto que dentro de unos días él mismo tasaría la vida de nuestro Señor en treinta monedas de plata. Y ahora evaluó el ungüento en algo así como el salario de trescientos jornales, ya que en aquellos días el promedio de un jornal era de un denario. Según escribe Juan:

> Dijo entonces uno de sus discípulos, Judas Iscariote, hijo de Simón, el que le iba a entregar: ¿Por qué este ungüento no fue vendido por trescientos denarios y dado a los pobres?

Jn 12, 4 s

De la misma manera que se designan los celos como el tributo que la mediocridad paga al genio, así también pueden designarse los críticos como personas que han fracasado. Judas era demasiado materialista para que pudiera interesarle la belleza de aquella acción. No supo ver que hay algunas ofrendas demasiado sagradas para que se les pueda poner precio. Es ciertamente una relación íntima la que existe entre el poder adquisitivo y la traición de que Jesucristo fue objeto. Lo último es a menudo consecuencia de lo primero. Judas sabía solamente que estaba próximo el momento en que entregaría al Maestro; María sabía que estaba próxima la muerte del Maestro. Cubriéndose con la máscara de la caridad, Judas

fingió enfadarse porque se despilfarraba un perfume tan costoso, pero Juan nos ha dado en su evangelio el verdadero móvil que le inducía a hablar de aquel modo:

> Esto lo dijo, no porque tuviese cuidado de los pobres, sino porque era ladrón, y teniendo la bolsa, se llevaba lo que se echaba en ella.

Jn 12, 6

Mientras María, en su devoción, estaba haciendo inconscientemente los preparativos para honrar al muerto, Judas, en su egoísmo, estaba contribuyendo conscientemente a aquella misma muerte.

¡Qué contraste entre la bolsa de dinero de Judas y el vaso de alabastro de María; entre la verdadera liberalidad y el interés hipócrita hacia los pobres! Judas se convirtió en el representante de todos aquellos que a lo largo de los siglos protestarían del esplendor del culto cristiano y dirían que sería mejor dar a los pobres todas aquellas alhajas y objetos de oro y de plata, no porque sintieran algún interés por los pobres, sino por envidia de aquellas riquezas. El caso es que si Judas hubiera tenido los trescientos denarios no los habría dado a los pobres.

Nuestro Señor estaba dirigiéndose a su sepultura. Entonces no habría ocasión de volver a ungir su cuerpo físico, pero sí de servir a los pobres. Al hablar Jesús nuevamente de una manera abierta y clara acerca de su muerte, diciendo que María le ungía para un sacrificio, Judas conoció que si había de lograr algún provecho de su asociación con Jesús tenía que hacerlo sin perder tiempo. En un cataclismo, algo tiene que ser salvado.

> Entonces, uno de los doce, aquel que se llama Judas Iscariote, fue a los príncipes de los sacerdotes, y dijo: ¿Qué queréis darme para que yo os lo entregue? Y le pagaron treinta siclos de plata, y desde entonces buscaba ocasión oportuna para entregarle.

Mt 26, 14-16

Ochocientos años antes, Zacarías había profetizado:

> Entonces, les dije: Si bien os pareciere, dadme mi recompensa; y si no, dejad de hacerlo. Y ellos pesaron por mi recompensa treinta siclos de plata.

Zac 11, 12

Si era simbolismo que nuestro Señor fuera vendido por dinero del templo destinado a la compra de víctimas para los sacrificios, era aún más

simbólico que aquel que tomó la forma de esclavo fuera vendido también al precio de un esclavo. Finalmente, durante la fiesta de la pascua, después de rechazar las ambiciones de sus discípulos y darles una lección de humildad al lavarles los pies, nuestro Señor anunció la traición de que sería objeto. Así como la primera escena del drama, cuando se hizo la promesa del Pan de Vida, señaló el comienzo de la traición, ahora la escena que se desarrollaba en el aposento alto, con la entrega del mismo Pan, señaló su fin.

> Mientras estaban comiendo, les dijo: En verdad os digo que uno de vosotros me va a entregar. Y ellos se entristecieron en gran manera; y comenzaron cada cual a decirle: ¿Acaso soy yo, Señor?

Mt 26, 21 s

Después de lavar los pies de los apóstoles, conociendo Jesús que el traidor se hallaba entre ellos, dijo:

> Vosotros estáis limpios, mas no todos.

Jn 13, 10

Una cosa era ser elegido apóstol y otra ser elegido para la salvación mediante la conformidad a las obligaciones de uno. Pero, a fin de que sus apóstoles supieran que no era inesperada aquella herejía, cisma o apostasía en las filas de ellos, les citó el salmo 40 para demostrarles que aquello era el cumplimiento de la profecía:

> El que come mi pan, levantó contra mí el calcañar. Desde ahora os lo digo antes que se haga, para que cuando se hiciere, creáis que yo soy.

Jn 13, 18-19

La alusión que se hacía era a lo que David tuvo que padecer a manos de Aquitofel, cuya deslealtad se revela aquí como prefiguración de lo que el Hijo real de David habría de padecer. En ambos casos se designa el talón o calcañar, la parte más baja del cuerpo, como la parte que habría de infligir la herida. En el libro del Génesis es el calcañar de la simiente de la mujer lo que se profetiza habrá de aplastar la cabeza de la serpiente o diablo. Ahora parecía como si el diablo hubiera de vengarse de momento, al emplear el calcañar para infligir la herida a la simiente de la mujer, es decir, al Señor.

En otra ocasión dijo nuestro Señor:

> Los enemigos del hombre serán los de su misma casa.
>
> Mt 10, 36

Únicamente quien haya sufrido tal traición de parte de los de la misma familia podrá llegar a comprender la amargura que invadió el alma del Salvador aquella noche. Todos los buenos ejemplos, consejos, compañerismo e inspiraciones resultan estériles para aquellos que quieren hacer el mal o tienden a la destrucción. Una de las expresiones más vigorosas para indicar la tristeza de nuestro Señor fue usada ahora para describir su amor a Judas y la condenación que éste mismo había querido voluntariamente para sí:

> Cuando Jesús hubo dicho esto, fue turbado en su espíritu, y declaró: En verdad, en verdad os digo que uno de vosotros me va.1 entregar.
>
> Jn 13, 21

Aquel «uno de vosotros» era uno cuyos pies Jesús había lavado, uno al que había llamado a la misión apostólica de difundir su Iglesia por todo el mundo después de la venida del Espíritu santo; uno cuya presencia soportó el Señor con tanta paciencia, que ninguno de los apóstoles sabía quién era.

> Los discípulos entonces mirábanse unos a otros, dudando de quién hablaba.
>
> Jn 13, 22

Judas debió de ser muy listo al ocultar a los demás apóstoles su aviesa intención y su avaricia. Nuestro Señor, por otra parte, debió de tratar a Judas con el mismo amor que a los demás, para que ellos no se dieran cuenta de nada. Nada les habría atribulado más que saber que uno de ellos había traicionado al Príncipe de la Paz.

> Ellos se entristecieron en gran manera; y comenzaron cada cual a decirle: ¿Acaso soy yo, Señor?
>
> Mt 26, 22

Probablemente el único apóstol que no preguntó «¿Acaso soy yo, Señor?» fue Juan, porque en aquel momento estaba reclinando su cabeza sobre el santo pecho de nuestro Señor. Juan se enorgulleció siempre de esto, y siempre se designaba a sí mismo como «aquel a quien Jesús amaba». Sin embargo, es posible que Pedro también abrigara alguna duda

sobre si él mismo era traidor, puesto que rogó a Juan que preguntara a Jesús: «¿Quién es?» Al hacérsele la pregunta, nuestro Señor respondió:

> Es aquel para quien yo mojare el bocado, y se lo diere... Y habiendo mojado el bocado, lo dio a Judas, hijo de Simón, el Iscariote.

Jn 13, 26

Durante la primera parte de la comida de pascua, tanto nuestro Señor como Judas habían estado comiendo de la misma fuente. El hecho de que nuestro Señor escogiera el pan como símbolo de la traición debió de recordar a Judas el Pan prometido en Cafarnaúm. Humanamente hablando, parecía que nuestro Señor había de denunciar a Judas delante de todos, pero, al contrario, en un último intento de salvarle, usó aquel trozo de pan como símbolo de amistad.

> Mas Él, respondiendo, dijo: Aquel que mete la mano conmigo en el plato, ése es el que me entregará. El Hijo del hombre se va en verdad, como está escrito de Él; mas ¡ay de aquel por quien es entregado el Hijo del hombre! Bueno le fuera a tal hombre no haber nacido.

Mt 36, 23 s

En presencia de la Divinidad, nadie puede estar seguro de la propia inocencia, y cada uno de los apóstoles preguntó: «¿Acaso soy yo?» Todas las personas son un misterio para sí mismas, porque conocen que en su interior yace dormida una serpiente que en el momento más inesperado puede tratar de inficionar con su veneno al prójimo o, incluso, a Dios. Uno de ellos podía estar seguro de que era el traidor, pero ninguno podía estar seguro de no serlo. En el caso de Judas, aun cuando nuestro Señor reveló que conocía su traición, se trataba de una determinación debida a obrar el mal.

A pesar de que se descubrió que su delito era conocido y del hecho de que su maldad había sido puesta al desnudo, no se avergonzó de consumar su mala acción en toda su monstruosidad. Algunas personas se horrorizan de los propios pecados cuando alguien se los echa en cara. Pero aquí Judas vio que se describía su traición en toda su fealdad, y vino a decir prácticamente, como Nietzsche: «¡Oh mal, sé tú mi bien!». Nuestro Señor dio una señal a Judas. En respuesta a la pregunta de los apóstoles: « ¿Acaso soy yo?», dijo:

Es aquel para quien yo mojare el bocado, y se lo diere... Y habiendo mojado el bocado, se lo dio a Judas, hijo de Simón, el Iscariote.

Jn 13, 26

Judas era libre para obrar el mal, como lo evidenció por el remordimiento que experimentó más tarde. También era libre Judas de hacer que su traición fuera la condición de su cruz. Los malvados parecen ir contra la economía de Dios y ser una nota discordante en el himno de la vida, pero en cierto modo encajan dentro del plan divino. El viento impetuoso sopla desde un cielo entenebrecido por negros nubarrones, pero en algún lugar se encuentra una vela dispuesta a apoderarse de él y subyugarlo para servir útilmente a los hombres. Al decir Nuestro Señor:

Es aquel para quien yo mojare el bocado,

estaba en realidad haciendo un gesto de amistad. Ofrecer un bocado parece haber sido una antigua costumbre tanto griega como oriental. Sea lo que fuere, Sócrates dijo que dar un bocado a un comensal era una señal de favor. Nuestro Señor dio a Judas la oportunidad de arrepentirse, y lo mismo haría más tarde, en el huerto de Getsemaní. Pero, aunque nuestro Señor le abría la puerta, Judas no quiso entrar. Más bien fue Satán quien pasó por ella:

Y, tras el bocado, entró en él Satán. Y entonces Jesús le dijo: Lo que vas a hacer, hazlo pronto.

Jn 13, 27

Satán sólo puede posesionarse de víctimas voluntarias. La señal de clemencia y amistad que la víctima hizo al que iba a entregarle debió conmover a Judas a un sincero arrepentimiento. Aquel pedazo de pan debió de quemarle los labios, de la misma manera que los treinta siclos de plata quemarían más tarde sus manos. Unos minutos antes las manos del Hijo de Dios habían lavado los pies de Judas; ahora las mismas divinas manos estaban tocando los labios de Judas con un pedazo de pan mojado en la salsa; dentro de unas horas los labios de Judas besarían los labios de nuestro Señor en el acto final de la traición. Conociendo el divino Mediador que todas estas cosas habían de sobrevenirle, dio orden a Judas para que levantara el telón del Calvario. Lo que Judas tenía que hacer, que lo hiciera cuanto antes. El Cordero de Dios estaba presto al sacrificio.

El divino Maestro, en su clemencia, no identificó al traidor, puesto que ocultó a los apóstoles el hecho de que fuera Judas. El mundo, que

tanto gusta de esparcir escándalos — incluso de los que no son verdad —, se ve contrariado aquí incluso al paliar lo que es cierto. Cuando los otros vieron a Judas abandonar el aposento, supusieron que se dirigía a realizar una misión caritativa.

> Mas ninguno de los que estaban a la mesa entendió por qué cansa se lo dijo. Porque algunos pensaban que, por tener Judas la bolsa, Jesús le habla dicho: Compra lo que hemos menester para la fiesta, o que diese algo a los pobres.
>
> Jn 13, 28

Pero Judas, en vez de salir para ir a comprar, salió para ir a vender; y no era a los pobres a quienes iba a hacer un favor, sino a los ricos encargados del tesoro del templo. Aun cuando nuestro Señor conocía las malas intenciones de judas, obró, sin embargo, de una manera amable, porque quería llevar con Él solo aquella ignominia. En muchos casos obró de manera como si desconociera el efecto de las acciones de los demás. Sabía que Él mismo habría de resucitar a Lázaro de entre los muertos, y, sin embargo, lloró por él. Sabía quién no le quería y habría de entregarle, y, sin embargo, esto no turbó su sagrado corazón. Judas rechazó su última llamada, y desde aquel mismo instante sólo hubo desesperación en su alma.

Judas salió, «y era ya de noche», descripción muy adecuada para una acción de las tinieblas. Quizá le resultaba un alivio hallarse lejos de la luz del mundo. La naturaleza está a veces en armonía y a veces en discordancia con nuestras alegrías y pesares. El cielo está cubierto por oscuros nubarrones cuando hay melancolía en el interior. La naturaleza se acomodaba a las malas acciones de Judas, puesto que cuando éste salió de la casa no se encontró al sol sonriente de Dios, sino que halló una noche negra como la laguna Estigia. Sería asimismo una tenebrosa noche en pleno mediodía el momento en que nuestro Señor fuera crucificado.

> Entonces, cuando hubo salido, Jesús dijo: Ahora es glorificado el Hijo del hombre, y Dios es glorificado en Él.
>
> Jn 13, 31

Su muerte no sería un martirio, una desgracia o una consecuencia inevitable de una traición. Cuando el Padre habló de su divino Hijo en el bautismo del Jordán, nuestro Señor no dijo que Él mismo fuera glorificado; tampoco en el monte de la transfiguración, cuando volvieron a abrirse los cielos y el Padre pronunció de nuevo aquellas mismas palabras,

sino que en esta hora —cuando su alma estaba embargada por la tristeza, su cuerpo era azotado, su mente se enfrentaba con una mixtificación de la justicia, su voluntad con una perversión de la bondad— fue cuando dio gracias al Padre. El Padre sería glorificado por la muerte redentora del Hijo, y el Hijo sería glorificado por el Padre en la resurrección y ascensión.

39. LA DESPEDIDA DEL DIVINO AMANTE

Las palabras del Maestro corrían ahora más libremente desde que se había suprimido la presencia embarazosa del traidor Además, la partida de Judas hacia su misión traicionera hacía que la cruz estuviera a una distancia más concreta y mensurable de nuestro Señor. Éste habló a sus apóstoles como si ya sintiera en su carne el contacto del ignominioso madero. Si su muerte había de ser glorificadora, se debía a que con ella había de realizarse algo que no habían hecho sus palabras, sus milagros, ni su curación de enfermos. Durante toda su vida había estado tratando de comunicar su amor a la humanidad, pero mientras su cuerpo, a modo del vaso de alabastro de María, no se rompiera, no era posible que el aroma de su amor se difundiera por todo el universo. Dijo también que, en la cruz, su Padre sería glorificado. Esto fue porque el Padre no perdonó a su Hijo, sino que lo ofreció para salvar a los hombres. Dio un sentido nuevo a su muerte: que de su cruz irradiarían la clemencia y el perdón de Dios.

Ahora se dirigía a sus apóstoles como un padre moribundo a sus hijos y como un Señor moribundo a sus siervos.

Hijitos, todavía un poco Estoy con vosotros.

Jn 13, 33

Aquí estaba hablando en términos de la más profunda intimidad a los que se hallaban a su alrededor, respondiendo una tras otra a las pueriles preguntas de ellos. Puesto que eran como niños en cuanto al grado en que les era dado entender el misterio de su sacrificio, Jesús empleó el sencillo símil de un camino por el que de momento ellos no podían ir:

A donde yo voy, vosotros no podéis venir.

Jn 13, 33

Cuando vieran las nubes de gloria que ocultaban al Señor en su ascensión a los cielos comprenderían por qué no podían ir con Él de

momento. Más adelante le seguirían, pero primero necesitaban pasar por la escala del Calvario y de Pentecostés. Lo poco que los apóstoles entendían la vida de Jesús se echa de ver en la pregunta que hizo Pedro:

> Señor, ¿adónde vas?
>
> Jn 13, 36

Incluso en su curiosidad se revelaba el hermoso carácter de Pedro, ya que no podía soportar la idea de tener que separarse de su Maestro. Nuestro Señor le respondió:

> A donde yo voy, tú no puedes seguirme ahora, pero me seguirás más tarde.
>
> Jn 13, 36

Pedro no era apto aún para darse cuenta de una manera más profunda de lo que había de ser la resurrección. La hora del Salvador había llegado, pero la de Pedro todavía no. De la misma manera que en el monte de la transfiguración quería Pedro la gloria sin la muerte, así ahora habría querido la compañía del divino Maestro sin tener que pasar por la cruz. Pedro consideró que el Señor, al responderle que le seguiría más tarde, estaba aludiendo a su valor y fidelidad, por lo cual hizo otra pregunta y se declaró capaz de todo por su Maestro:

> Señor, ¿por qué no puedo seguirte ahora? Daría mi vida por ti.
>
> Jn 13, 37

El vehemente deseo de Pedro en aquel instante era seguir a Jesús; pero, cuando se ofreciera la ocasión para ello, no querría hallarse en el Calvario. Escudriñando en el corazón de Pedro, nuestro Señor le predijo lo que ocurriría al ofrecérsele una ocasión para ir en pos de El:

> ¿Darías tu vida por mí? En verdad, en verdad te digo que no cantará el gallo sin que me hayas negado tres veces.
>
> Jn 13, 38

La mente omnipotente de nuestro Señor describió así la apostasía de uno a quien El mismo había designado como «la Roca». Pero, después de la venida de su Espíritu, Pedro le seguiría. La significación de esto se nos ha conservado en una hermosa leyenda que nos presenta a Pedro huyendo de la persecución de Nerón en Roma. Pedro encontró al Señor en la vía Apia, y le dijo: «¿Adónde vas, Señor?» Nuestro Señor le contestó: «Voy a Roma a ser crucificado de nuevo». Pedro regresó a Roma y fue crucificado

en el lugar donde actualmente se encuentra la basílica de San Pedro. El sagrado corazón miraba ahora más allá de aquella hora tenebrosa, hacia los días en que Él y sus apóstoles y sus sucesores serían una sola cosa con El en Espíritu. Si algún momento había más apropiado para apartar la mente del futuro, era precisamente aquel momento aciago. Pero, comoquiera que ya había hablado Jesús de la unidad de Él y sus apóstoles por medio de la eucaristía, ahora volvería a tocar el mismo tema bajo la figura de la vid y los sarmientos. La unidad de que les hablaba no era como la que existía en aquel momento, puesto que dentro de una hora ellos le abandonarían y huirían. Más bien se trataba de la unidad que quedaría consumada por medio de su glorificación. La figura de la vida que Jesús empleó era muy familiar en el Antiguo Testamento. Israel se comparaba a una vid, aquella que había sido traída de Egipto. Isaías decía que Dios había plantado aquella vid escogida. Jeremías y Oseas se lamentaban de que no produjera fruto. De la misma manera que nuestro Señor, en comparación con el maná que fue dado a Moisés, se llamaba a sí mismo el «verdadero Pan»; como en comparación con las brillantes luces de la fiesta de los tabernáculos, se designó a sí mismo como la «verdadera Luz»; como, en comparación al templo construido por manos de hombre, se llamó a sí mismo el «Templo de Dios», así ahora, comparándose a la vid de Israel, dijo:

> Yo soy la vid verdadera, y mi Padre es el labrador.

Jn 15, 1

La unidad entre Él y sus seguidores del nuevo Israel sería semejante a la unidad que existe entre la vid y los sarmientos; la misma savia o gracia que corría por Él correría a través de ellos.

> Yo soy la vid, vosotros los sarmientos: el que mora en mí, y yo en él, éste lleva mucho fruto; porque separados de mí nada podéis hacer.

Jn 15, 5

Separado de Él, una persona no es mejor que un sarmiento separado de la vid, seco y muerto. El sarmiento ostenta los racimos, es cierto, pero no los produce; sólo Él puede producirlos. Cuando estaba encaminándose a la muerte les dijo que viviría, y que ellos vivirían con Él. Veía más allá de la cruz, y afirmaba que 1a. vitalidad y la energía de ellos procedería de Él, y que su relación sería orgánica, no mecánica. Estaba viendo a los que profesaban estar unidos externamente a Él, pero que, sin embargo, estarían separados de Él interiormente. Vio a otros que precisarían de que el Padre

los purificara por medio de una cruz y a esto aludía al hablar de una poda que había de realizarse:

> Todo sarmiento en mí que no lleva fruto, lo quita; mas todo aquel que lleva fruto, lo poda, para que lleve más fruto.

Jn 15, 2

El ideal de la nueva comunidad es la santidad, y el que tiene en sus manos la podadera es el Padre celestial. El objeto de la poda no es castigar, sino castigar y perfeccionar juntamente, salvo en el caso de aquellos que son inútiles sarmientos; éstos quedan cortados, excomulgados de la vid. Cuando nuestro Señor llamó por primera vez a los apóstoles, hizo presente a todos ellos que debían sufrir por causa de Él. Al ir hacia la cruz, les dio a comprender de una manera nueva aquel primer mensaje de que habían de tomar todos los días la cruz e ir en pos de Él. La unidad con Él no la alcanzarían simplemente por medio del conocimiento que tuvieran de sus enseñanzas, sino principalmente cultivando dentro de ellos el elemento divino, por medio de la poda de todo lo que fuera indigno de Dios:

> Si alguno no permaneciere en mí, será echado fuera como un sarmiento, y se secará; y a los tales los recogerán, y los echarán en el fuego, y serán quemados.

Jn 15, 6

Uno de los efectos que produciría la autodisciplina encaminada a lograr esta unión entre ellos y Él, sería el gozo. La abnegación no produce tristeza, sino, al contrario, felicidad.

> Estas cosas os he dicho, para que quede mi gozo en vosotros, y vuestro gozo sea completo.

Jn 15, 11

Hablaba de gozo cuando faltaban pocas horas para que recibiera el beso de Judas; pero el gozo a que estaba refiriéndose no se hallaba en la perspectiva del sufrimiento que le aguardaba, sino más bien se trataba del gozo de someterse completamente en amor a su Padre por el bien de la humanidad. De la misma manera que hay una especie de gozo en dar la vida por la humanidad. El gozo de la abnegación era el que Él les prometió que experimentarían si guardaban los mandamientos que Él les daba como mandamientos recibidos de su Padre celestial. Aquellos pobres apóstoles, que estaban viendo cómo se desvanecía la ilusión que se habían forjado de un reino puramente terreno, no eran capaces de comprender el verdadero

sentido de las palabras de Jesús al hablarles de aquel gozo espiritual; lo comprenderían más adelante, cuando el Espíritu viniera sobre ellos. Inmediatamente después de Pentecostés, hallándose delante del mismo sanedrín que había condenado a muerte a Cristo, los corazones de ellos se sentirían tan dichosos debido a que, al igual que sarmientos, habían sido podados para hacer de ellos una sola cosa con la Vid:

> En cuanto a ellos, se fueron del sanedrín, gozosos de haber sido considerados dignos de padecer ultrajes a causa del nombre.

Act 5, 1

Además del gozo, otro efecto de la unión con Él sería el amor.

> Este es, pues, mi mandamiento: que os améis los unos a los otros, como yo os he amado. Nadie tiene amor más grande que aquel que da la vida por sus amigos.

Jn 15, 12-13

El amor es la relación normal de los sarmientos unos para con otros, porque todos tienen un asiento en la vid. El amor de Jesús sería un amor sin límites. Una vez, Pedro puso un límite al amor al preguntar cuántas veces había de perdonar. ¿Siete veces, acaso? Nuestro Señor le respondió que era preciso perdonar setenta veces siete, lo cual significaba un número ilimitado de veces y negaba todo cálculo matemático. El amor de Jesús carecía de límites, pues Él había venido a este mundo para dar su vida.

Nuevamente hablaba ahora del propósito de su venida, o sea de la redención. El carácter voluntario de ella quedó subrayado al decir que Él daba espontáneamente su vida, sin que nadie se la quitara. Su amor sería como el sol: aquellos que estuvieran más cerca, experimentarían su calor y se sentirían dichosos; aquellos que estuvieran lejos, todavía tendrían ocasión de conocer su luz.

Sólo mediante la muerte para bien de los otros era como podía demostrar su amor. Su muerte no era como la de una persona que se sacrifica por otra, como un soldado que muere por su patria, puesto que para el hombre que se salva también llegará un momento en que habrá de morir. Por grande que fuera su sacrificio, no sería más que un pago prematuro de una deuda que un día u otro tenía que pagar. Pero, en el caso de nuestro Señor, Él no tenía necesidad de morir nunca. Nadie podía arrebatarle la vida. Aunque llamaba «amigos» a aquellos por los cuales iba a morir, la amistad estaba toda entera de su parte y no de la nuestra, ya que nosotros, por ser pecadores, éramos enemigos de Él. Más adelante Juan

expresó esto de una manera acertada al decir que Cristo murió por nosotros a pesar de que éramos pecadores.

Los pecadores pueden manifestar un amor recíproco al tomar sobre sí el castigo merecido por otro. Pero nuestro Señor no sólo estaba tomando sobre sí el castigo, sino también la culpa, como si fuera suya. Además, esta muerte que pronto iba a sufrir era completamente distinta de la muerte de los que padecieron el martirio por causa suya, ya que éstos tuvieron el ejemplo de su muerte y la esperanza de la gloria que les estaba prometida. Pero morir en una cruz sin una mirada compasiva, rodeado por una muchedumbre que le escarnecía, y morir sin tener obligación de morir... esto sí que era el colmo del amor. Los apóstoles no podían por el momento comprender este abismo de amor, pero lo comprenderían más tarde. Pedro, que en aquellos instantes nada entendía acerca de tal amor que se sacrifica por los demás, más adelante, al ver a sus ovejas dirigirse a la muerte durante la persecución romana, les diría:

> Porque es una gracia soportar agravios por conciencia para con Dios, padeciendo injustamente. Pues, ¿qué gloria es soportar los golpes si habéis cometido una falta? Pero si cuando hacéis bien, y padecéis por ello, lo sufrís con paciencia, esto es una gracia de Dios. Porque a esto mismo fuisteis llamados; pues que Cristo también sufrió por vosotros, dejándoos ejemplo, para que sigáis sus pisadas.

1 Petr 2, 19-21

También Juan parafrasearía lo que oyó aquella noche mientras se recostaba sobre el pecho de Cristo:

> En esto conocemos el amor, porque Él puso su vida por nosotros; y nosotros debemos poner nuestras vidas por los hermanos.

Jn 3, 16

El odio del mundo

Después de terminar este sermón acerca de la unidad existente entre Él y sus apóstoles, nuestro Señor pasó al tema que lógicamente había de seguir, como era el de la separación de aquellos que no participaran de su Espíritu y de su Vida. Se estaba refiriendo no precisamente a una condición u oposición que existiría entre sus seguidores y el mundo inmediatamente después de haber partido Él, sino más bien a una

condición permanente e inevitable. El contraste había de entenderse entre la gran masa de los no regenerados e incrédulos que rehusarían aceptar a Cristo y aquellos que estarían unidos a Él a la manera de los sarmientos con relación a la vid. El mundo de que les hablaba no era el universo físico o cosmos, sino más bien un espíritu de la época, un *zeitgeist,* una unidad de las fuerzas del mal concentradas contra las fuerzas del bien. Las bienaventuranzas le pusieron en inmediata oposición con el mundo y, por lo tanto, le prepararon la cruz. Ahora les advertía que tendrían también ellos una cruz si eran realmente discípulos suyos. Carecer de cruz haría a uno sospechoso de carecer de la marca indeleble de pertenecer a su rebaño.

> Si el mundo os aborrece, sabed que me aborreció a mí antes que a vosotros. Si fueseis del mundo, el mundo os amaría como cosa suya; mas como no sois del mundo, sino que yo os elegí del mundo, por esto el mundo os aborrece.

Jn 15, 18 s

Durante este sermón usó siete veces la palabra «aborrecer», solemne testimonio de la persistente hostilidad del mundo. El mundo ama lo que es mundano; pero, para conservar sus códigos, prácticas y mentalidades, debe odiar lo que no es mundano, lo que es divino. Dejad que los apóstoles o algunos de sus seguidores se asocien a un culto solar, a una secta oriental; ¿serán odiados? No, porque el mundo sabe que tales cosas son suyas. Dejad que sean una sola cosa con Cristo al observar cuidadosamente sus mandamientos; ¿serán odiados? Sí, porque «yo os he escogido del mundo». De momento, los apóstoles no podían comprender este aborrecimiento; incluso después de la resurrección de Jesús no fueron molestados y se les permitió volver a sus redes y barcas. Pero tan pronto como El ascendiera al cielo y les enviara su Espíritu, experimentarían toda la malicia del odio mundano. Santiago, que oyó estas palabras durante la última cena, las repetiría más tarde como fruto de su conocimiento y experiencia:

> ¡Adúlteros! ¿No sabéis acaso que la amistad del mando es enemistad contra Dios? Aquel, pues, que quisiere ser amigo del mundo, se hace enemigo de Dios.

Stgo 4, 4

También Juan habría de recordar a su grey que el mundo es enemigo de Cristo.

No améis al mundo, ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él.

Jn 2, 15

Nuestro Señor les explicó entonces que el mundo no les odiaría como le odiaba a Él, sino a causa de Él. Ningún siervo podía ser mayor que su dueño; y ellos serían perseguidos por causa de su nombre:

> Todo esto harán con vosotros a causa de mi nombre; porque no conocen al que me envió.

Jn 15, 21

Nuestro Señor no dio esperanza alguna de convertir a todo el mundo; las masas serían más bien conquistadas por el espíritu del mundo que por Él. Compartir su vida era compartir su suerte. El mundo aborrecería a sus seguidores no porque hubiera algo malo en la vida de ellos, sino precisamente por la ausencia de mal o, mejor aún, debido a su bondad. La bondad no produce el odio, pero da ocasión para que el odio se manifieste. Cuanto más santa y pura sea una vida, tanto más suscitará odio y maldad. Sólo puede sobrevivir la mediocridad. La perfecta Inocencia ha de ser crucificada en el mundo en que todavía existe el mal. De la misma manera que el ojo enfermo teme la luz, así una mala conciencia teme la bondad que reprueba sus malas acciones. El odio del mundo no es inocente o sin culpa:

> Si yo no hubiera venido ni les hubiera hablado, no habrían tenido pecado; mas ahora no tienen excusa por su pecado. El que me aborrece a mí, aborrece también a mi Padre... Pero para que se cumpla lo que está escrito en su ley: me aborrecieron sin causa.

Jn 15, 22-25

El odio que sentían hacia Jesús revelaba el que sentían hacia el Padre. El mal no posee capital por sí mismo, sino que es un parásito del bien. El puro odio extrae su savia del contacto con la bondad; esto hace nacer el infierno aquí en la tierra, pero no hace que termine aquí. Su evangelio, les decía Jesús, en cierto modo agravaba el pecado de los hombres al rechazarlo voluntariamente. Durante toda la historia había existido el pecado y el mal; siempre hubo Caínes que mataron a Abeles, gentiles que persiguieron a los judíos, Saúles que trataron de dar muerte a Davides, pero todos estos males eran una bagatela comparados con el crimen monstruoso que iban a cometer en la persona de Él. Enseñó que habría diversos grados de castigo, y que la medida de ello la daría el grado de luz

contra la cual los hombres hubieran pecado. Su venida había traído al mundo una nueva clase de medida. El juicio sería mucho más llevadero para Sodoma y Gomorra que para Cafarnaúm, ya que esta última ciudad había vuelto su espalda al rey de reyes y Señor de señores.

Esta hostilidad contra la persona de Jesús no existiría solamente mientras Él viviera, o sus apóstoles, sino hasta el fin de los tiempos. Cuando murió Alejandro, nadie levantó el puño cerrado contra su tumba; el odio sentido contra cualquier tirano pereció juntamente con el tirano que lo había suscitado. Nadie odia a Buda; está muerto. Pero el odio contra Jesús seguiría viviendo, porque Jesús vive, «el mismo es hoy, como ayer, como siempre». Estas advertencias que los discípulos recibían ahora les servirían para que en lo futuro estuvieran prevenidos.

> Viene la hora en que cualquiera que os matare creerá que ofrece servicio a Dios.
>
> Jn 16, 2

Los hombres pasarían incluso de las censuras faltas de caridad a quitar la vida a los seguidores de Cristo. Y lo harían convencidos de que estaban obrando religiosamente, como los escribas y los fariseos, y como hacía asimismo san Pablo antes de su conversión. Sucedió lo que predijo a sus seguidores: Mateo sufrió el martirio por la espada en Etiopía; Marcos fue arrastrado hasta morir por las calles de Alejandría; Lucas fue colgado de un olivo en Grecia; Pedro fue crucificado en Roma cabeza abajo; Santiago fue decapitado en Jerusalén; Santiago el Menor fue arrojado de lo alto del pináculo del templo y golpeado hasta expirar; Felipe fue colgado en un pilar en Frigia; Bartolomé fue desollado vivo; Andrés fue atado a una cruz y predicó a sus perseguidores hasta que expiró; a Tomás le atravesaron el cuerpo; Judas fue muerto asaetado; Matías fue primero apedreado y luego degollado. Es muy probable que al sucederles estas cosas se acordaran de las palabras que nuestro Señor les dijo durante la última cena:

> Estas cosas os he dicho para que, cuando aquella hora llegue, os acordéis de ellas como que ya os las dije.
>
> Jn 16, 4

El consejo que daba a los apóstoles acerca de la expectación de la cruz era una prueba de que la cruz era para Él lo más importante. A sus seguidores no les prometió la inmunidad contra el mal en este mundo, pero sí la victoria final sobre él:

> Estas cosas os he dicho para que en mí tengáis paz. En el mundo tendréis tribulación; pero tened buen ánimo: yo he vencido al mundo.

Jn 16, 33

La paz no era incompatible con la tribulación. La paz es algo espiritual y procede de la unión con Cristo, aunque el cuerpo experimente dolor. Las pruebas, tribulaciones, angustia, ansiedad son cosas permitidas por aquel que da la paz.

El espíritu

> El siguiente tema que ocupó la atención de nuestro Señor en la noche de su agonía fue el del Espíritu santo. El profeta Ezequiel había profetizado mucho tiempo antes que un nuevo Espíritu sería dado al mundo: Os daré un nuevo corazón, y pondré un espíritu nuevo en medio de vosotros, y quitaré de vuestra carne el corazón de piedra, y os daré un corazón de carne. Pondré también mi Espíritu dentro de vosotros, y haré que andéis según mis leyes y observéis y sigáis mis costumbres.

Ez 36, 26 s

El cuerpo de Adán fue hecho cuando Dios sopló en él su espíritu o aliento de vida. El tabernáculo y templo de Israel hubo de construirse antes de que la *shekinah* y la gloria de Dios vinieran a tomar posesión de él; así también era menester que dentro del hombre se efectuara una renovación antes de que el Espíritu de Dios viniera a morar en él. Con la venida de Cristo empezó a cumplirse la profecía de Ezequiel. El Espíritu había desempeñado un papel muy importante en su vida. Juan Bautista había predicho dos cosas acerca de Cristo: primero, que era el Cordero de Dios y quitaría los pecados del mundo; y segundo, que bautizaría a sus discípulos con el Espíritu santo y con fuego. El derramamiento de su sangre era para los pecadores; el don del Espíritu era para sus seguidores amantes y obedientes. Cuando nuestro Señor fue bautizado en el Jordán, vino sobre Él el Espíritu santo. Fue bautizado en el Espíritu; *pero es preciso que padezca antes de que pueda dar este Espíritu a otros.* De ahí que la noche en que se inició su pasión fuera cuando más profundamente habló acerca del Espíritu.

En la conversación que tuvo con la mujer junto al pozo había dicho que se acercaba el tiempo en que los verdaderos adoradores adorarían

Al Padre en espíritu y en verdad.

Jn 4, 23

Las palabras «en Espíritu» no significaban un contraste entre una religión interna o sentimental y las observancias externas, sino que más bien eran para contraponer una adoración inspirada por el Espíritu de Dios y otra por un espíritu meramente natural. «En verdad» no quería decir sincera y honradamente, sino más bien en Cristo, que es la palabra o la verdad de Dios. Más adelante, cuando nuestro Señor prometió dar su cuerpo y sangre bajo la apariencia de pan y vino, quiso dar a entender que le era preciso primero subir al cielo antes que fuera posible enviar el Espíritu santo.

¿Pues qué, si viereis al Hijo del hombre subir a donde antes estaba? Es el espíritu el que da vida, la carne de nada aprovecha: las palabras que yo os he hablado son espíritu y vida.

Jn 6, 62-62

Comenzó por decirles que su muerte acaecería al día siguiente; ya no le verían más con los ojos de la carne. Había de transcurrir un poco más de tiempo, es decir, el tiempo comprendido entre su muerte y su resurrección, para que volvieran a verle, glorificado, con sus ojos corporales. Su pérdida, les aseguró, les sería compensada por una bendición mucho más grande que su presencia en la carne. Los apóstoles no comprendían lo que quería decir con aquello del breve intervalo entre su muerte y resurrección, durante el cual sus ojos quedarían oscurecidos.

Aún un poco más, y no me veréis; y otra vez un poco, y me veréis; porque me voy al Padre.

Jn 16, 16

Ahora se adaptaba a la mentalidad de los apóstoles, ya que el principal interés de éstos estribaba en lo que había de ocurrirle a Él. Pero dentro de dos horas comprenderían mejor aquellas palabras, puesto que dentro de aquel intervalo los apóstoles perderían momentáneamente de vista a su Maestro, después de que le hubieran prendido. Al decirles nuestro Señor que estaba yendo al Padre, los apóstoles se quedaron sumamente turbados, porque esto indicaba que tendrían que separarse de Él; por lo cual dijeron:

No sabemos lo que dice.

Jn 16, 18

Jesús sabía que estaban deseosos de hacerle preguntas sobre este punto. La tristeza y el asombro que se había apoderado del ánimo de los apóstoles no eran precisamente porque Jesús les hubiera dicho que iba a abandonarlos, sino porque comprendían que habían sido frustradas sus esperanzas, sino que creían que había de fundarse una especie de reino mesiánico terrenal. Les aseguró Jesús que, aunque ahora estaban apesadumbrados, aquella hora sería breve, el tiempo suficiente para que Él pudiera demostrar el poder que ejercía sobre la muerte y subir a donde estaba el Padre. Cuando Él entrara en aquella hora, ellos estarían tristes, en tanto que se alegrarían sus enemigos o el mundo. El mundo creería que había acabado con Él para siempre. Sin embargo, el pesar de sus escogidos sería transitorio, ya que la cruz había de preceder a la corona.

> En verdad, en verdad os digo, que lloraréis y os lamentaréis, pero el mondo se regocijará: estaréis tristes, pero vuestro dolor se convertirá en gozo.

Jn 16, 20

Este paso de la tristeza a la alegría es simbolizado por medio del símil de los dolores y el gozo de la maternidad:

> La mujer, cuando da a luz, tiene dolor, porque ha llegado su hora; mas cuando ha dado a luz la criatura, ya no se acuerda más de la angustia, por el gozo de que un ser humano haya nacido en el mundo. Vosotros, pues, ahora tenéis tristeza; mas yo os veré otra vez, y se regocijará vuestro corazón, y ninguno os quitará vuestro gozo.

Jn 16, 21-23

La providencia había dispuesto sabiamente que los dolores de la madre estuvieran compensados por su alegría al tener a su hijo. Así también los dolores de la cruz son los precursores de los gozos de la resurrección. Es preciso compartir también su gloria. De momento sentían tristeza porque ya no le verían en la carne, pero su gozo les vendría por medio de una reanimación espiritual, y aquel gozo poseía un carácter permanente que el mundo no lograría hacerles perder.

El Salvador describió la causa de este gozo definitivo que habían de sentir los apóstoles, como el Consolador o Paráclito que Él les enviaría:

> Yo rogaré al Padre, el cual os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre; el Espíritu de verdad, a quien el

> mundo no puede recibir, porque no le ve, ni le conoce; todavía un poco, y el mundo no me verá; vosotros, empero, me veréis; por cuanto yo vivo, vosotros viviréis también. En aquel día conoceréis que yo estoy en mi Padre, y vosotros en mí, y yo en vosotros.

Jn 14, 16-20

Habría otro Consolador, u «otro que estaría con ellos». La palabra «otro» no indica diferencia de cualidad, sino más bien una distinción de personas. Él había sido su Consolador; Él estaba a su lado; había sido una sola cosa con ellos, y en su presencia ellos habían alcanzado fuerza y valor; pero la tristeza que ahora sentían era porque iba a abandonarlos. Ahora les prometía otro Consolador o uno que abogara por ellos. De la misma manera que Él sería abogado de ellos ante Dios en el cielo, así el Espíritu que moraba en ellos defendería la causa de Dios en la tierra y sería su abogado. El divino secreto que ahora les revelaba era que su pérdida se vería compensada con creces por la bendición de la venida del Espíritu santo. El Padre había hecho una doble revelación de sí mismo; el Hijo era su imagen que andaba en medio de los hombres, recordándoles el divino original, y también el modelo según el cual habrían de ser restaurados. Por medio del Espíritu, el Padre y el Hijo enviarían un poder divino que moriría con ellos y liaría un templo de sus cuerpos.

Era mejor que Jesús partiera, ya que su regreso junto al Padre era la condición de la venida del Espíritu santo. *Si hubiera permanecido con ellos, habría sido solamente un ejemplo a imitar; si partía y les enviaba el Espíritu, sería una verdadera vida para ser vivida.*

> Sin embargo, os digo la verdad: necesario es que yo me vaya; porque si no me fuera, el Consolador no vendría a vosotros; mas si me voy, yo os lo enviaré.

Jn 16, 7

Para poder enviar el Espíritu, era preciso que su naturaleza humana regresara a la gloria celestial. Su partida no constituiría una pérdida, sino una ganancia. De la misma manera que la caída del primer hombre fue la caída también de sus descendientes, así la ascensión del Hijo del hombre sería la ascensión de todos aquellos que estuvieran injertados en Él. Su muerte de expiación era la condición para que pudiera recibirse el Espíritu de Dios, Si Él no partía, es decir, si no moría, nada se habría conseguido; los judíos continuarían tal como estaban, los gentiles permanecerían en su ceguera, y todos estarían bajo el pecado y la muerte. Era preciso que la

presencia corporal desapareciese para que pudiera ocupar su sitio la presencia espiritual. Su presencia continua sobre la tierra habría significado una presencia localizada; la venida del Espíritu santo significaría que Él podía estar en medio de todos los hombres que quisieran ser incorporados a Él.

La inhabitación del Espíritu significaría más que la presencia física de Jesús entre ellos. En tanto nuestro Señor estuvo entre ellos, su influencia iba de fuera adentro; pero cuando les enviara el Espíritu su influencia irradiaría desde dentro; y los que lo poseyeran tendrían el Espíritu de Cristo sobre la tierra.

Habría una doble glorificación de Jesús: una por medio del Padre; la otra por medio del Espíritu; una tendría lugar en el cielo, y otra en la tierra. Por una es glorificado en Dios mismo, y por otra en todos los que creen en Él:

> Él me glorificará; porque tomará de lo mío y os lo anunciará. Todo cuanto tiene el Padre, mío es.

Jn 16, 14-15

Sería glorificado cuando su naturaleza humana estuviera sentada a la diestra del Padre. Pero esta gloria espiritual y celestial no podría ser verdaderamente comprendida a menos que Él enviara el Espíritu que revela la gloria de Cristo en ellos al habitar y obrar en ellos. Aunque conocieran a Cristo según la carne, se les volvía a asegurar ahora que ya no le conocerían más en esta forma.

La obediencia era designada como la condición necesaria para recibir el Espíritu:

> Si me amáis, guardad mis mandamientos y yo rogaré al Padre, el cual os dará otro Consolador, para que esté con vosotros para siempre.

Jn 14, 15-16

El Espíritu vino a Cristo en el Jordán después de sus treinta años de obediencia a su Padre celestial y a su padre adoptivo José y a su madre María. El segundo acto de obediencia fue aceptar el mandato del Padre de que llevara la cruz en respuesta al imperativo divino. Sólo después de la obediencia era cuando se enviaría el Espíritu a los apóstoles. De la misma manera que envió su Espíritu a causa de la obediencia a su Padre, así sus fieles recibirían el Espíritu por medio de su obediencia a Él. Dios habitó en

el templo de Jerusalén porque ellos obedecieron sus instrucciones de que lo construyeran. En los dos últimos capítulos del Éxodo se afirma por dieciocho veces que todo ello se realizó tal como el Señor había ordenado. Así, cuando ahora nuestro Señor se disponía a convertir unos cuerpos humanos en templos de su santo Espíritu, también estaba poniendo la misma condición de que era preciso que obedecieran sus mandamientos.

Pedro mismo hablaría de ello inmediatamente después de Pentecostés:

> Y ahora, exaltado por la diestra de Dios, ha recibido del Padre la promesa del Espíritu Santo y la ha extendido. Esto es lo que veis y oís.
>
> Act 2, 33

A continuación les explicó que el Espíritu les enseñaría nuevas verdades recordándoles las antiguas y les recordaría las antiguas al enseñarles las nuevas. Cristo les había comunicado un germen de verdad, no la verdad completa. Cuando les enviara su Espíritu, se produciría un refrescamiento en la memoria de ellos tan extraordinario, y una convicción tan grande de la verdad, que su conocimiento superaría en mucho al que poseían al principio.

> Mas el Consolador, el Espíritu Santo, a quien el Padre enviará en mi nombre, os enseñará todas las cosas y os recordará todo cuanto os he dicho.
>
> Jn 14, 26

De la misma manera que en el Antiguo Testamento brilló una luz por medio de la venida de Cristo, así brillaría una luz en la vida de Cristo por medio del Espíritu. De este modo el oficio confortador del Espíritu era puesto en inmediata conexión con el oficio iluminador de Cristo como Maestro. Los que quisieran volver a la forma pura del evangelio olvidan que el dueño del evangelio, Cristo mismo, habló del desarrollo, de la evolución, del despliegue que su verdad experimentaría por medio de los apóstoles. Así como el Hijo había dado a conocer al Padre, el Espíritu daría a conocer al Hijo; así como el Hijo había glorificado al Padre, el Espíritu glorificaría al Hijo. Fue ciertamente sólo después de la resurrección y de la venida del Espíritu Santo cuando los apóstoles recordaron las cosas que Él les había dicho y también llegaron a entender cabalmente el significado de la cruz y la redención.

Había dos árboles en el paraíso: el árbol de la vida divina, y el árbol del conocimiento del bien y del mal. Era propósito de Dios que el hombre permaneciera en comunión con Él por medio del árbol de la vida, del que podía comer y, por lo tanto, vivir para siempre. Satán aseguró al hombre que el medio para lograr la paz era el árbol del conocimiento del bien y del mal. Pero el hombre olvidaba que cuando el mal estuviera en él se apoderaría definitivamente de él. Por el falso sendero del conocimiento del bien y del mal, el hombre fue llevado a la destrucción. Ahora el árbol de la vida fue erigido en el Calvario y ofrecido de nuevo al hombre. De este modo el árbol de la vida se convirtió en el árbol no del conocimiento del bien y del mal, sino de la Verdad misma por medio del Espíritu.

> Cuando viniere aquél, el Espíritu de verdad, Él os guiará a toda la verdad; porque no hablará de sí mismo, sino que todo cuanto oyere hablará; y os anunciará las cosas venideras.

Jn 16, 13

Dijo que el Espíritu de verdad, que procede del Padre y de Él mismo, haría que la verdad penetrara en el alma de tal suerte que la convirtiera en realidad. La verdad natural se halla en la superficie del alma, pero la verdad divina se encuentra en las profundidades de ella. Para conocer al Padre, uno debe conocer al Hijo; para conocer al Hijo, uno debe tener el Espíritu, porque el Espíritu es quien revelará al Hijo, el cual dijo:

> Yo soy la Verdad.

Jn 14, 6

Si todo cuando la humanidad necesitaba hubiese sido un maestro, hace tiempo que habría alcanzado colectivamente la cumbre de la santidad, puesto que ha tenido gran número de maestros desde los sabios de la India hasta el momento actual. Pero no es suficiente el espíritu del hombre para santificar al hombre o conocer la verdad; se requiere el Espíritu de la Verdad. Las verdades humanas sólo pueden ser conocidas viviéndolas, y las verdades divinas pueden vivirse únicamente en el Espíritu.

En su promesa del Espíritu, nuestro Señor afirmó cuatro verdades concernientes a sí mismo. Primero dijo que «había venido del Padre»; en otras palabras, que es engendrado desde toda la eternidad como el Verbo o el Hijo de Dios. Luego dijo: «Vengo al mundo», lo cual se refería a su encarnación y la revelación de su naturaleza divina a los hombres. En tercer lugar: «Abandono el mundo», lo cual quería decir que el mundo le rechazaba, que Él padecería y que, finalmente, sería muerto. Ahora decía a

los apóstoles: «Voy al Padre», lo cual hacía referencia a su resurrección de entre los muertos, su ascensión al Padre y a la gloria, y a la venida del Espíritu santo. Ahora procedió a tratar del efecto que estas verdades esenciales producirían en el mundo.

La triple misión del Espíritu

> Cuando él haya venido, confundirá al mundo en materia de pecado, de justicia y de juicio
>
> Jn 16, 8

Ésta es la descripción que se hace de la triple victoria que el Espíritu santo alcanzaría sobre el mundo por medio de los apóstoles, una victoria no física, sino moral. Por un lado habría una verdad divina, y por otro el espíritu falso del mundo. La misión del Espíritu sería la de convencer al mundo y demostrar que está equivocado en tres aspectos: la idea que tiene del pecado, la idea que tiene de la justicia y la idea que tiene del juicio.

> De pecado, porque no creen en mí.
>
> Jn 16, 9

La primera demostración del Espíritu sería la verdad de que el hombre es pecador. Nunca se comprende plenamente el pecado en el sentido de una ley que es infringida; el mal queda descubierto cuando se observa lo que ha causado a un ser querido. La falta de fe que produjo la crucifixión fue, por tanto, esencialmente pecado. El pecado en su plenitud es rechazar a Cristo. El medio corriente que existe para atraerse a las personas es usando algún sistema de atracción popular, pero el Espíritu quiere ganar a los hombres para la verdad convenciéndolos de que son pecadores; de esta manera se echaría de ver que Cristo fue ante todo el Redentor o Salvador del pecado.

El Espíritu convencería al mundo de pecado desde otro punto de vista, porque rehusó creer en Jesús. Por la incredulidad, o por negarse a aceptar la liberación del pecado ofrecida por Cristo, se afirma la oposición a Dios. Da misma incredulidad que los hombres manifestarían con respecto a Él pondría al descubierto su condición pecaminosa. Nada, salvo el Espíritu, podía convencer de pecado a los hombres; no podía hacerlo la conciencia, porque ésta puede a veces ser adormecida; tampoco la opinión pública, porque a veces justifica el pecado; pero el pecado más grave de todos cuantos el Espíritu revelaría no sería la intemperancia, la avaricia, la lujuria, sino la falta de fe en Cristo. Es este mismo Espíritu de Dios el que

hace al pecador no simplemente consciente de su condición, sino también contrito y arrepentido cuando acepta la redención.

Rechazar al Redentor es preferir el mal al bien. El crucifijo es una autobiografía en la que el hombre puede leer el relato de la propia vida, o bien de su salvación o condenación. En tanto el pecado fue considerado solamente desde un punto de vista psicológico, la cruz de Cristo apareció como una exageración. Purificar al hombre bien podía hacerlo la arena del desierto, la sangre de un animal o el agua misma. Pero, una vez se consideraba la cruz bajo el aspecto de la infinita santidad, sólo ella podía compensar y satisfacer por su trágico horror.

Da segunda revelación del Espíritu estaba relacionada con la justicia.

De justicia, porque me voy al Padre, y no me veréis más.

Jn 16, 10

De momento podría parecer rebuscado el modo como Cristo pudo decir que su ascensión al Padre podía tener algo que ver con la justicia o rectitud de corazón. Pero aquí añadía algo a lo que antes se había dicho acerca del pecado. De la misma manera que el mundo a veces sólo ve pecado en actos de transgresión, mas no en faltas de fe, así a menudo ve la justicia en actos de filantropía, pero no en la justificación que el hombre encuentra a la diestra del Padre, por medio de Cristo. Una vez el Señor ascendiera al cielo, el Espíritu haría ver cuán mal hizo el mundo al considerarle como un criminal y un malhechor. Da ascensión invirtió todos los conceptos que el mundo tenía de lo correcto y lo erróneo. El hecho de que el Padre le ensalzara a su mano diestra demostraría que todas las acusaciones que contra Él se habían hecho eran falsas. Era el mundo el que estaba equivocado, el que era injusto, al rechazarle.

Una vez el hombre es convencido de su propia pecaminosidad, no puede ser convencido de su propia justicia; una vez es convencido de que Cristo le ha salvado del pecado, queda convencido entonces de que Cristo es su justicia. Pero no se puede hablar de justicia a uno que no es pecador. El fariseo del templo estaba convencido de su propia justicia; los guías del templo que condenaron a muerte a Jesús estaban convencidos de su propia justicia también. El viernes santo pareció atribuir el pecado a Cristo y la justicia a sus jueces, pero Pentecostés y la venida del Espíritu asignarían la justicia al crucificado y el pecado a los que le juzgaron. Para aquellos que le rechazaron, la rectitud se les antojaría un día una terrible justicia; a los hombres pecadores que le aceptaron y se asociaron a su vida, la rectitud se les mostraría como misericordiosa.

De juicio, porque el príncipe de este mundo ha sido ya condenado.

Jn 16, 11

La última de las tres convicciones estaba relacionada con el juicio. Cuando el pecado y la justicia choquen entre sí, habrá entonces un juicio en el cual el pecado será destruido. El que aquí es juzgado es el «príncipe de este mundo», o Satán, el que gobierna el mundo. El juicio del príncipe de este mundo fue efectuado por la cruz y la resurrección, porque el mal no podía hacer nada más poderoso que matar al Hijo de Dios en la carne. Derrotado en esto, ya no podía volver a vencer. Adán y Eva, después de su pecado, tuvieron que enfrentarse con la justicia de Dios, y la sentencia fue ser desterrados del paraíso; en el diluvio, los pecadores de los hombres tuvieron que enfrentarse con la santidad de Dios, y la inundación vino como sentencia; cuando los israelitas salieron de Egipto, el éxodo fue el cumplimiento de un juicio divino; así ahora, cuando el Espíritu de Verdad haya venido, hará comprender a los corazones y a las mentes el juicio que era inherente a la vida y muerte de nuestro Señor y a su definitiva victoria sobre el mal. El mundo puede que no sea convicto a sus propios ojos, pero lo será a los ojos de aquéllos cuya visión ha sido purificada por la cruz. El Espíritu santo había de revelar a los hombres la verdadera naturaleza del grandioso drama que había encontrado su consumación en la cruz.

40. LA ORACIÓN DE CRISTO AL PADRE

Un aviador, un comandante de submarino o un oficial en el campo de batalla se verán algunas veces en el caso de tener que enviar a su oficial superior este lacónico mensaje: «Misión cumplida». Nuestro Señor había dicho su última palabra al mundo, había obrado sus milagros como una señal de su divinidad, había terminado la labor que su Padre le había encomendado. Había llegado el momento de dirigir a su Padre celestial la oración propia de sumo sacerdote, la oración de «Misión cumplida». En literatura alguna es posible encontrar la sencillez y profundidad, la

grandeza y el fervor de esta oración postrera de Jesús, que había enseñado el «Padre nuestro» y ahora diría su «Padre mío».

Esta plegaria se basaba en la conciencia que Él tenía de ser mediador entre el Padre y la humanidad. Por séptima vez habló de su «hora», que invariablemente se refería a su muerte y gloria.

> Padre, la hora ha venido; glorifica a tu Hijo, para que tu Hijo también te glorifique a ti; según le has dado potestad sobre toda carne, para que a todos aquellos que le has dado, les des vida eterna. Y ésta es la vida eterna, que te conozcan a ti, solo Dios verdadero, y a Jesucristo, a quien tú enviaste. Yo te he glorificado en la tierra; he acabado la obra que me diste que hiciese. Ahora, pues, ¡oh Padre!, glorifícame tú contigo mismo, con la gloria que tuve contigo antes que el mundo fuese.

Jn 17, 1-5

Durante la última cena nuestra Señor usó cuarenta y cinco veces la palabra «Padre». Hasta entonces el mundo sólo había conocido como Dios al Ser Supremo. Ahora Jesús estaba recalcando que Dios es un *Padre* a causa de su actitud tierna y paternal con relación a los hombres; también insistió en la idea de que ahora Él, su divino Hijo, había cumplido su misión temporal sobre la tierra, y que su naturaleza humana estaba presta a recibir la gloria celestial. Cuando el Verbo se hizo carne, hubo un descenso, un vaciamiento, una esclavización. Lo que Él buscaba no era la gloria de su naturaleza divina, la cual nunca se perdió, sino más bien la glorificación de algo que Él no poseía antes de venir a este mundo, a saber, la glorificación de la naturaleza humana que había tomado de la virgen María. Su naturaleza tenía derecho a la gloria debido a su unión consigo mismo. Más tarde dijo a sus discípulos en el camino de Emaús:

> ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciese estas cosas, y entrase en su gloria?

Lc 24, 26

Definió la vida eterna como el conocer al Padre y a su divino Hijo, Jesucristo. No era suficiente conocer la existencia de Dios según nos demuestra la razón; esto es ciertamente la base de la religión natural, pero la vida eterna procede únicamente de conocer a Jesucristo. Lo curioso de su afirmación de que Él es la vida eterna, es que la hizo en las dieciocho horas que precedieron a su muerte. Su Padre, dijo, fue glorificado indirectamente en su padecimiento mortal. Esto se realizó al cumplir la

misión recibida del Padre de redimir la humanidad. Durante toda la historia la mente del hombre estuvo dirigida a Dios, pero sólo se trataba de conjeturas acerca de cuál era la voluntad de Dios. Jesús dijo ahora que tenía un propósito antes de venir al mundo, y hablaba como si ya lo hubiera realizado, tan firme era su voluntad de obedecer al Padre. Ningún joven de treinta y tres años ha dicho jamás: «He recibido un mandato de Dios y lo he cumplido». Pero aquí afirmaba Jesús que acababa de realizar la obra trazada por la divina providencia. Él era el «Cordero sacrificado desde la fundación del mundo» por la divina intención. Ahora había llegado la «hora», o momento de poner por obra aquella intención. Por ello pedía al Padre que llevara su naturaleza humana a la gloria de la preexistente majestad de su divinidad.

Autoridad de los apóstoles

La parte siguiente de su oración trataba de la relación entre el Padre, Él mismo y los apóstoles; tenía que ver con la autoridad de estos últimos.

> He manifestado tu nombre a los hombres que me diste del mundo; tuyos eran, y a mí me los diste; y ellos han guardado tu palabra. Ahora han conocido que todo cuanto me has dado es tuyo, porque las palabras que tú me diste, se las he dado yo a ellos; y ellos las han recibido, y han conocido verdaderamente que yo he salido de ti, y han creído que tú me enviaste. Yo ruego por ellos: no ruego por el mundo, sino por los que tú me has dado.

Jn 17, 6-9

Dios no es solamente el poder o algún vago motor inmóvil, como el concebido por Aristóteles; Él es un Padre amorosísimo que no es cabalmente conocido y comprendido por nadie, salvo por su Hijo. Jesús pasó a tratar de los apóstoles, los cuales habían experimentado su presencia: estaban separados del mundo, sumido en incredulidad, pero pertenecían al Padre. Todos los que llegan a ser sus seguidores son dones del Padre. Él los guardó como el pastor guarda sus ovejas, los instruyó como un maestro a sus discípulos, los sanó como un médico a sus pacientes. El Padre metió su mano todopoderosa en aquella masa pecadora de la humanidad y extrajo unos cuantos hombres del mundo; luego los puso en los brazos de su divino Hijo, el cual a su vez les confió la misión de continuar su obra, de hablar en su nombre y aplicar los méritos de su redención.

Nuestro Señor observó aquí la continuidad de una misión que iba del Padre a Él, y de Él a los apóstoles. Ningún otro grupo de hombres que dentro de cincuenta, cíen o quinientos años leyera algo de lo escrito por uno de sus evangelistas después de su muerte carecería de la continuidad de contacto que era esencial para que pudiera comunicarse el poder divino. Creyendo que el Padre había enviado al Hijo y que ellos se hallaban junto con el Hijo eterno hecho carne, podían ahora dar fe del hecho de que Él los había enviado. Sobre sus hombros pesaría la cruz de la misma manera que había pesado sobre los de Él; Jesús había sido calumniado, y a ellos no les faltarían improperios y burlas. Si participaban del espíritu del mundo, en vez de participar del Espíritu que Él les daría, serían amados por el mundo.

Tras haber pedido que los apóstoles se mantuvieran en el amor, nuestro Señor pidió a su Padre que los alejara de todo mal. Dijo que estaba dejando este mundo, pero que ellos permanecerían, aunque el mundo los odiara de la misma manera que le crucificaría a Él. Ellos, y todos los que quisieran unirse a Él por medio de este cuerpo apostólico, habían de estar *en* el mundo, pero no ser *del* mundo. Nuestro Señor no pidió al Padre que ellos fueran preservados de enfermedad, burlas, pruebas o falsas acusaciones; sólo pidió que fueran guardados del pecado. Los asaltos del exterior debían ser contrarrestados por la resistencia desde dentro. Puesto que habían de ser ridiculizados por el mundo, Jesús estaba pidiendo que ellos lo soportaran por su causa. No había oportunidad alguna de escapar a lo que les aguardaba. El mundo diría: «Si aceptas a Cristo, eres un cobarde», pero Cristo venía a decir que seríamos cobardes si huyéramos de Él. Él mismo dio el golpe de gracia a la acusación de que su religión era una cobardía, un modo de evadirse de los problemas de este mundo. En el monte de las Bienaventuranzas había dicho a los suyos que se tuvieran por felices si eran perseguidos; ahora les decía que ellos habían de compartir el odio de que Él estaba siendo objeto. La cruz no constituye una «evasión», sino que es un peso, «un yugo suave y un peso ligero».

Vivir en medio de la infección del mundo y al mismo tiempo estar inmunizado contra él es algo imposible sin la gracia. Ahora Jesús pedía al Padre que los mantuviera en santidad.

> No ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal... Santifícalos con la verdad; tu palabra es la verdad.
>
> Jn 17, 15-17

En el Antiguo Testamento los que servían a Dios habían de ser santos.

> Y harás una lámina de oro fino, e inscribirás en ella, como en un sello, las palabras: Consagrado a Yahvé. Y la pondrás sobre un listón de jacinto; y estará sobre la mitra, por la parte de enfrente: delante de la mitra estará. Estará, pues, sobre la frente de Aarón, para que lleve Aarón la iniquidad de las cosas santas que santificaron los hijos de Israel, en todas sus santas dádivas: y estará sobre su frente perpetuamente, para atraerles la benevolencia de Yahvé.

Ex 28, 36-38

Así como la santidad debía ser manifiesta por medio de la insignia que los sacerdotes llevaban sobre la frente, así ahora la santidad había de estarlo en el corazón por medio del Espíritu santificador. No era suficiente que fueran santos, debían ser «santos en la verdad». Así como el sol purifica de enfermedades al cuerpo, su verdad, venía a decir Jesús, santificaba el alma y la guardaba del mal.

La santidad ha de tener una base filosófica y teológica, la verdad divina; de lo contrario, no es más que sentimentalismo y emotividad. Muchos dirían con el correr del tiempo: «Queremos religión» pero no queremos dogmas.» Esto es lo mismo que si dijéramos que queremos curarnos sin la ciencia de la medicina, la música sin reglas musicales, la historia sin documentos. La religión es vida, ciertamente, pero se desarrolla de la verdad, no aparte de la verdad. Se ha dicho que no importa lo que uno crea, sino la manera de comportarse. Esto es un absurdo desde el punto de vista psicológico, puesto que una persona actúa según lo que cree. Nuestro Señor puso primeramente la verdad o la fe en Él; luego vinieron la santificación y las buenas obras. Pero aquí la verdad no es un ideal vago, sino una persona. La Verdad era ahora amable porque sólo una persona es amable. La santidad viene a ser la respuesta que da el corazón a la verdad divina y a su ilimitada misericordia para con la humanidad.

Nuestro Señor añadió entonces que, de la misma manera que Él había sido enviado a los asuntos de su Padre, así ellos también, santificados por el Espíritu de santidad, habían de ir por la tierra en calidad de embajadores suyos.

> De la manera que tú me enviaste a mí al mundo, así también yo los he enviado a ellos al mundo.

Jn 17, 18

Cuando el Verbo se hizo carne, la naturaleza humana que estaba unida a Él fue santificada y consagrada a Dios. Ahora Él rogaba a su Padre que los que habían de actuar en su nombre fueran consagrados o dedicados a Él conforme a sus respectivas naturalezas, de la misma manera que Él había sido dedicado a Dios según su propia naturaleza. Al día siguiente Él se dedicaría a sí mismo en la cruz para poder comprar para ellos su dedicación a la santidad. Más eficaz que las víctimas de la antigua ley, con todas sus sombras y figuras simbólicas, el holocausto de Cristo les proporcionaría una verdadera santificación:

> Por su causa yo a mí mismo me santifico, para que ellos también sean santificados con la verdad.
>
> Jn 17, 19

Nada guardaba para sí; todo cuanto Él era en cuerpo, sangre, alma y divinidad lo pondría por ellos en una sumisión completa. Allí donde su sangre, la del Cordero de Dios, fuera derramada estarían su Espíritu y su santificación. Nadie le llevaría a la muerte. Él mismo se ofrecería por causa de ellos, a fin de convertirse en manantial de su vida. Entonces tanto Él, que santificaba, como ellos, que eran santificados, serían una sola cosa. Los pecados del mundo eran transferidos a Él, y el resultado de esto era la cruz; su santidad y su santificación fueron transferidas a sus apóstoles y a aquellos que por medio de ellos creyeron en Él. San Pablo parafrasearía esta idea en su segunda epístola a los corintios:

> A aquel que no conoció pecado, le hizo pecado, a causa de nosotros, para que nosotros fuésemos hechos justicia de Dios en Él.
>
> 2 Cor 5, 21

Oración por los fieles

La tercera parte de su plegaria fue para aquellos que al correr de los siglos creerían en Él debido a los apóstoles.

> No ruego solamente por éstos, sino también por aquellos que han de creer en mí por medio de las palabras de ellos; para que todos sean uno; así como tú, oh Padre, eres en mí y yo en ti, que ellos también sean una cosa en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. Y la gloria que me has dado a mí, yo se la he dado a ellos; para que ellos sean una cosa, así como también

> nosotros somos una cosa; yo en ellos, y tú en mí, para que sean hechos perfectos en la unidad; para que conozca el mundo que tú me enviaste, y que los has amado, como me has amado a mí.

Jn 17, 20-23

Las más hondas preocupaciones de su sagrado corazón abarcaban las dimensiones del universo, tanto del tiempo como del espacio. No sólo quería tener a sus discípulos unidos en amor con Él, sino también a todas las almas creyentes, por medio del ministerio de ellos. Su unidad con Él no sería global y confusa, sino personal e íntima, puesto que Él decía: «Yo llamo a mis ovejas por su nombre.» Aunque ahora estaba dirigiéndose sólo a once hombres, tenía presentes en su mente a todos los millones de personas que con el tiempo creerían en Él por medio de los apóstoles y de los sucesores de éstos. Es preciso que exista un lazo de unión entre los creyentes y Él, fundado en la unidad superior que existe entre Él y el Padre. Puesto que el Padre y Él son uno en Espíritu, unos minutos después les diría que este Espíritu había de venir sobre ellos para hacer que fueran realmente todos una sola cosa. A aquel Espíritu lo designaba con el nombre de «Espíritu de la Verdad», es decir, su Espíritu. De la misma manera que el cuerpo es uno debido a que posee una sola alma, así la humanidad será una cuando tenga el mismo Espíritu que hace que el Padre y el Hijo sean uno solo en el cielo. La unidad que habían de tener los creyentes con Él había de realizarse mediante sus apóstoles. Entonces terminó con estas palabras la parte de su oración relacionada con la santidad y la unidad de su cuerpo místico:

> ¡Padre!, yo quiero que aquellos que me has dado, estén también conmigo en donde yo estoy, para que vean mi gloria, que tú me has dado: porque me amaste antes de la constitución del mundo. ¡Oh Padre justo!, el mundo no te ha conocido; mas yo te he conocido, y éstos han conocido que tú me enviaste. Y les he dado a conocer tu nombre, y se lo daré a conocer aún, para que el amor con que me has amado esté en ellos y yo en ellos.

Jn 17, 24-26

El que ahora decía que había cumplido su obra terrenal designaba a sus seguidores como una comunidad, como una sociedad. Al comenzar su oración había invocado sencillamente a su Padre diciendo: «Por éstos ruego». Ahora su petición se hace más categórica y expresa su voluntad: «Éste es, Padre, mi deseo».

Reconocía que esta unidad era algo que sólo en la gloria y en la eternidad alcanzaría su perfecta consumación. Todos los miembros de su cuerpo místico verían esta gloria cuando estuvieran con Él algún día. Entonces les sería revelada la gloria que Él tenía antes de que «el Verbo se hiciera carne y habitara entre nosotros», la gloria que tenía «antes de la fundación del mundo».

En el «Padre nuestro» que Él enseñó a rezar a los hombres, había siete peticiones. En su oración había asimismo siete peticiones, que hacían referencia a sus apóstoles, los cuales eran el fundamento de su reino sobre la tierra. Primera, su continua unión con Él; segunda, su gozo, como resultado de esta unión; tercera, su preservación del mal; cuarta, su santificación en la verdad, que es Él mismo; quinta, su unidad de unos con otros; sexta, que algún día llegaran a ser una sola cosa con Él, y séptima, que llegaran a ver su gloria.

41. LA AGONÍA DEL HUERTO

Sólo hay un pasaje en la historia de nuestro Señor en que se nos diga que entonó un cántico, y ello fue después de la última cena, cuando salió de la casa para encaminarse hacia la muerte, y sufrir su agonía y congoja en el huerto de Getsemaní.

> Y cuando hubieron cantado un himno, salieron al monte de los Olivos.
>
> Mc 14, 26

Los cautivos de Babilonia colgaron sus arpas en los sauces porque sus corazones eran incapaces de hacerles entonar un cántico en tierra extraña. El manso cordero no abre la boca cuando es conducido al matadero, pero el verdadero Cordero de Dios cantó lleno de gozo ante la perspectiva de la redención del mundo. Entonces vino la gran advertencia de que ellos verían perturbada la confianza en Él. Se estaba acercando rápidamente la hora de que tantas veces les había hablado. Cuando le hirieran de muerte ellos se escandalizarían: si Él era Dios, ¿por qué había de padecer?

> Todos vosotros seréis escandalizados en mí esta noche.
>
> Mt 26, 31

El que había de ser la piedra angular de su fe en los días venideros les advertía ahora que sería para ellos piedra de escándalo. Se había llamado a sí mismo el «Buen Pastor», y ahora había ÜO' gado el momento de dar la vida por sus ovejas. Retrocediendo hasta el tiempo de sus profecías, ahora les citaba lo que Zacarías había predicho:

> Hiere al pastor, y serán dispersadas las ovejas.
>
> Zac 13, 7

Para que Cristo fuera el Salvador era preciso que hubiera n° sacrificio. Esto es lo que les escandalizaría. En efecto, una hora ma5 tarde todos los apóstoles le abandonaron y huyeron. Pero, puesto que nunca hablaba de su pasión sin predecir su resurrección, inmediatamente añadió unas palabras que ellos no comprendieron:

> Pero después que haya resucitado, iré delante de vosotros a Galilea.

Mt 26, 32

Nunca se había hecho una promesa como aquélla; que un hombre muerto tuviera una cita con sus amigos después de tres días de estar en la tumba. Aunque las ovejas abandonaran al pastor, el pastor hallaría a sus ovejas. De la misma manera que Adán perdió en un jardín la herencia de su unión con Dios, así ahora nuestro Señor entraba en otro jardín o huerto para restablecer aquella unión. El Edén y Getsemaní fueron los dos jardines en torno a los cuales giró el destino de la humanidad. En el Edén, pecó Adán; en Getsemaní, Cristo tomó sobre sí el pecado de la humanidad. En el Edén, Adán se ocultó en la vista de Dios; en Getsemaní, Cristo conversó con su Padre; en el Edén, Dios buscó a Adán en su pecado de rebeldía; en Getsemaní, el nuevo Adán buscó al Padre en su sumisión y resignación. En el Edén, se desenvainó una espada para impedir la entrada en el jardín y que de este modo se perpetuara el mal; en Getsemaní, la espada tuvo que volver a su vaina.

El huerto se llamaba Getsemaní porque en él había un molino de aceite. No era la primera vez que nuestro Señor había estado en él:

> Jesús acudía muchas veces allí con sus discípulos.

Jn 18, 2

Además, a menudo había pasado allí la noche:

> De día enseñaba en el templo; mas por la noche salía, y estaba en el monte que se llama del Olivar.

Lc 21, 37

Judas había salido ya para concluir su turbio negocio de la traición. Ocho de los apóstoles se quedaron cerca de la entrada de Getsemaní; los otros tres, Pedro, Santiago y Juan, los que habían estado con Jesús cuando resucitó a la hija de Jairo y cuando su rostro resplandeció como el sol en la montaña de la Transfiguración, le siguieron al interior del huerto de los Olivos. Parecía como si, en aquella su postrera lucha en el valle de las

sombras, su alma anhelara la presencia de aquellos que más le amaban. Por otra parte, estos tres estaban fortalecidos contra el escándalo que había de producirles la muerte del Maestro, ya que habían visto su gloria prefigurada en el esplendor de la transfiguración.

Al entrar en el huerto, Jesús les dijo:

> Sentaos aquí, hasta que vaya allá y ore.

Mt 26, 36

Y, empezando a «entristecerse y angustiarse», dijo a los tres apóstoles:

> Triste está mi alma, hasta la muerte; quedaos aquí, y velad conmigo.

Mt 26, 38

Isaías había profetizado que sobre Él sería colocada la iniquidad de todos nosotros. En cumplimiento de esta profecía, Jesús probó la muerte por todos los hombres, llevando la culpa como si fuera suya. Dos elementos estaban inseparablemente unidos: llevar el pecado y la obediencia inocente.

Cayendo sobre su rostro, ahora rogó así a su Padre celestial:

> Padre mío, si esta copa no puede pasar sin que yo la beba hágase tu voluntad.

Mt a5, 39

En esta plegaria estaban envueltas sus dos naturalezas, la divina y la humana. Él y el Padre eran uno; no se trataba de «Padre nuestro», sino de «Padre mío». Seguía inquebrantable la conciencia del amor de su Padre. Pero, por otro lado, su naturaleza humana sentía miedo a la muerte como castigo por el pecado. La natural aversión que el alma humana experimentó ante el castigo que el pecado merece fue sobrellevada por la divina sumisión a la voluntad del Padre. El «no» a la copa de la pasión era algo humano; el «sí» a la divina voluntad era el triunfo sobre la aversión humana a padecer por causa de la redención. Recibir la copa amarga del sufrimiento humano que expía el pecado y endulzarla con las palabras «Dios lo quiere» es el distintivo de quien sufrió en nombre del hombre, y, sin embargo, su padecimiento tema un valor infinito, porque era Dios tanto como Hombre.

Esta escena queda envuelta en el halo de un misterio que ninguna mente humana puede penetrar de un modo adecuado. Sólo podemos suponer de una manera vaga el horror psicológico de los momentos progresivos de temor, ansiedad y tristeza que le dejaron postrado antes de que se hubiera descargado un solo golpe sobre su cuerpo. Se ha dicho que los soldados temen más la muerte antes de la hora cero del ataque, que durante el ardor de la batalla. La lucha activa suprime el temor a la muerte, temor que se presenta al ánimo cuando uno lo contempla en la inactividad. Pero había algo más en su agonía que la tranquila anticipación de su lucha inminente, y ello aumentaba sus sufrimientos morales. Es muy verosímil que la agonía en el huerto le ocasionara mayores sufrimientos incluso que el dolor físico de la crucifixión, y quizá sumió a su alma en regiones de más obscuras tinieblas que ningún otro momento de la pasión, con la excepción tal vez de cuando en la cruz clamó:

¡Dios mío, Dios mío!, ¿por qué me has abandonado?

Mt 27, 46

Sus sufrimientos humanos eran completamente diferentes de los de un simple hombre, puesto que, sobre tener inteligencia humana, Jesús poseía una inteligencia divina. Además, tenía un organismo físico tan perfecto como podía tenerlo cualquier ser humano; por tanto, era mucho más sensible al dolor que nuestra naturaleza humana, encallecida por las emociones y las experiencias.

Podemos imaginarnos aproximadamente lo que fue aquella agonía si consideramos que existen diferentes grados de sentir el dolor en los distintos niveles de la creación. Los hombres muy a menudo exageran el dolor de los animales, pensando que sufren como las personas. La razón por la cual no sufren tan agudamente como una persona es porque no tienen entendimiento. Cada pulsación de dolor animal es separada y distinta, y no está relacionada con todas las otras pulsaciones. Pero, cuando un hombre sufre, con la memoria intelectual puede remontarse al pasado, sumar todos sus anteriores sufrimientos y llevarlos sobre sí mismo, diciendo: «Ésta es la tercera semana de esta agonía», o: «Éste es el séptimo año que vengo padeciendo». Condensar todos los martillazos anteriores del dolor hace que el martillazo número ciento combine casi dentro de sí mismo la intensidad multiplicada de los otros noventa y nueve precedentes. Esto no puede hacerlo un animal. De ahí que un hombre sufra más que un animal.

Además de esto, la mente humana no sólo puede traer el pasado al presente, sino que incluso puede mirar hacia delante y traer sobre el presente el futuro. No sólo puede decir una persona: «He sufrido esta agonía siete años», sino también: «Las perspectivas son de que voy a sufrirla otros siete años». La mente humana se extiende hasta el futuro indefinido y trae sobre sí todo lo que la imaginación le ha hecho concebir sobre esta agonía que todavía le queda por padecer, y lo amontona sobre el actual momento del dolor. Debido a esta facultad de la mente, no sólo de lanzarse debajo del montón de los sufrimientos continuos del pasado, sino también debajo del cúmulo de torturas imaginadas del futuro, puede el hombre sufrir muchísimo más que cualquier animal. El hombre carga sobre su mente todo lo que ha sucedido y lo que sucederá. Por esta razón cuando tratamos de aliviar a un enfermo generalmente procuramos distraerle; al interrumpir la continuidad de su dolor y relajar su mente, es menos probable que aumente su propia agonía.

Pero en el caso de nuestro Señor debemos mencionar dos cosas que le diferencian de nosotros. Primeramente, lo que predominó en su mente no era el dolor físico, sino el mal moral o el pecado. Había ciertamente ese natural temor a la muerte debido a su naturaleza humana, pero no era un temor tan vulgar como éste el que dominaba en su agonía. Era algo mucho más mortal que la muerte. Sobre su corazón gravitaba el peso del misterio de la iniquidad del mundo. En segundo lugar, además de su entendimiento humano que se había desarrollado por medio de la experiencia, poseía el entendimiento infinito de Dios, que conoce todas las cosas y ve como presente tanto el pasado como el futuro.

Los pobres humanos llegan a estar tan avezados al pecado, que no se dan cuenta de su horror. Los inocentes comprenden el horror del pecado mucho mejor que los pecadores. La única cosa de la que el hombre nunca aprende algo por experiencia es pecar. Un pecador se infecta con el pecado. Llega a compenetrarse tanto con el pecado, que incluso puede considerarse a sí mismo virtuoso, de la misma manera que el que tiene fiebre puede creer que no está enfermo, únicamente la persona virtuosa, que se encuentra fuera de la corriente del pecado, es la que puede mirar hacia el mal de la misma manera que un médico observa una enfermedad, y comprende todo el horror del mal.

Lo que nuestro Señor contempló en aquellos momentos de agonía no eran precisamente los azotes que le darían los soldados o los clavos con que taladrarían sus manos y sus pies, sino más bien el terrible peso del pecado del mundo y el hecho de que el mundo se disponía a renegar de su

Padre al rechazarle a Él, su divino Hijo. ¿Hay ciertamente algo peor que la exaltación de la propia voluntad contra la amorosa voluntad de Dios, el deseo de ser un dios para sí mismo, tachar de locura la sabiduría de Jesús, y su amor de falta de ternura? La aversión que sentía no era por el duro lecho de la cruz, sino hacia la participación que el mundo tenía en construirla. Quería que el mundo pudiera ser salvado de perpetrar la más negra acción jamás llevada a cabo por los hijos de los hombres, la de matar a la Bondad suprema, a la Verdad y al Amor.

Los grandes caracteres y las grandes almas son como las montañas: atraen las tormentas. Sobre sus cabezas retumban los truenos; en torno a sus cimas brillan los relámpagos y lo que parece ser la ira de Dios. Allí, en aquellos momentos, se encontraba el alma más solitaria y triste que el mundo había conocido, el Señor en persona. Más alto que todos los hombres, alrededor de su cabeza parecía azotar la tormenta de la iniquidad. Parecía un camafeo en el que se hubiera resumido la historia de toda la humanidad, el conflicto entre la voluntad de Dios y la voluntad del hombre.

Darse cuenta de cómo experimentó Dios la oposición de las voluntades humanas, es algo que trasciende el poder humano. Tal vez lo que más se aproxima a ello es lo que un padre siente ante el extraño poder de la obstinada voluntad de sus hijos, que se oponen y desprecian la persuasión, el cariño, la esperanza o el temor del castigo. Un poder tan intenso reside en un cuerpo tan ligero y en una mente tan pueril; sin embargo, es la débil imagen de los hombres cuando han pecado voluntariamente. ¿Qué otra cosa es el pecado, sino un principio independiente de sabiduría y una fuente de felicidad que trabaja por su cuenta, como si no hubiera Dios? El Anticristo no es sino el desarrollo incontrolado de la propia voluntad.

Éste fue el momento en que nuestro Señor, en obediencia a la voluntad de su Padre, tomó sobre sí las iniquidades del mundo y se convirtió en víctima expiatoria. Sintió-toda la agonía y tortura de aquellos que niegan la culpa o pecan impunemente y no hacen penitencia. Era el preludio de la terrible deserción que Él había de soportar y pagar a la justicia de su Padre, la deuda debida por nosotros; ser tratado como un pecador. Fue tratado como un pecador aunque en Él no había pecado. Fue esto lo que ocasionaba su agonía, la agonía más grande que jamás ha visto el mundo.

Así como los que sufren miran el pasado y el futuro, también el Redentor miraba el pasado y todos los pecados que en todo tiempo se

habían cometido; miraba también el futuro, todo pecado que se cometería hasta el fin del mundo. No era el pasado dolor lo que traía al momento presente, sino más bien todo acto manifiesto de maldad y todo oculto pensamiento vergonzoso. Allí estaba el pecado de Adán, cuando como cabeza de la humanidad perdió para todos los hombres la herencia de la divina gracia; allí estaba Caín, teñido con la sangre de su hermano; allí estaban las abominaciones de Sodoma y Gomorra; la ingratitud de su propio pueblo, que había adorado a las falsas deidades; la grosería de los paganos, que se habían revelado incluso contra la ley natural; todos los pecados: los pecados cometidos en el campo, que hicieron sonrojarse a la naturaleza entera; los pecados cometidos en la ciudad, en la fétida atmósfera de pecado de la ciudad; pecados de los jóvenes, por los cuales estaba traspasado el tierno corazón de Jesús; pecados de los viejos, que ya debían haber dejado la edad de pecar; pecados cometidos en la obscuridad, donde se creía que no llegaba la mirada de Dios; pecados cometidos a la luz y que hacían incluso estremecer a los malvados; pecados que se resisten por su horror a toda descripción, demasiado terribles para que se les pueda nombrar: ¡Pecado! ¡pecado! ¡pecado!

Una vez la mente pura y sin pecado de nuestro Señor hubo atraído sobre su alma, como si fuera propia, toda esta iniquidad del pecado, fijó su atención en el futuro. Vio que su venida a este mundo con la intención de salvar a los hombres intensificaría el odio de algunos contra Dios; vio las traiciones de futuros Judas, los pecados de herejía que desgarrarían el cuerpo místico de Cristo; los pecados de los comunistas, que no expulsarían a Dios de los cielos, pero expulsarían a sus embajadores de la tierra; vio los votos matrimoniales quebrantados, las mentiras, las calumnias, los adulterios, los homicidios, las apostasías... Todos estos crímenes se acumularon en sus manos como si hubieran sido cometidos por El. Los malos deseos pesaban sobre su corazón cual si Él los hubiera concebido. Las mentiras y los cismas gravitaban sobre su mente como si de ella fueran producto. En sus labios parecía haber blasfemias como si realmente las hubiera proferido. Desde los cuatro puntos cardinales las pútridas miasmas del pecado del mundo venían sobre Él a modo de inundación; como un nuevo Sansón, tomó sobre sus espaldas toda la culpa del mundo como si fuera culpable, pagando la deuda en nuestro nombre a fin de que pudiéramos una vez más tener acceso al Padre. Se estaba preparando mentalmente, por así decir, para el gran sacrificio, poniendo sobre su alma sin pecado los pecados de un mundo delincuente. Para la mayoría de los hombres el peso del pecado es algo tan natural como el de

los vestidos que llevan, pero para Jesús el contacto de lo que los hombres tan fácilmente aceptan era la más terrible de las agonías.

Entre los pecados del pasado, que Él atraía sobre su alma como si fueran propios, y los pecados del futuro, que le hacían considerar la utilidad de su muerte *—Quae utilitas in sanguine meo—*, se hallaba el horror de la hora presente.

Tres veces encontró dormidos a los apóstoles. Unos hombres empeñados en la lucha contra el poder de las tinieblas no podían dormir..., pero éstos dormían. Nada tiene, pues, de extraño que, con la culpa acumulada de todos los tiempos, adherida a Él como una infección, la naturaleza humana de Jesús se sintiera flaquear. Como un padre que en su agonía paga la deuda de un hijo descarriado. Jesús sentía ahora de una manera tan intensa la culpa, que llegó a sudar gotas de sangre, que como purpúreas cuentas de rosario, el primer rosario de la redención, cayeron sobre las raíces de los olivos de Getsemaní. No era que el dolor físico produjera la agonía de un alma, sino que la pena producida por la rebelión de los hombres contra Dios estaba engendrando el dolor físico. Se ha venido observando desde antiguo que la goma que exuda el árbol sin que se practiquen incisiones en su corteza es siempre la mejor, Ahora las mejores especias aparecían sin ayuda de los látigos o de los clavos, sin producirse herida alguna. Sin ninguna lanza, pero con animosa voluntad de sufrimiento por parte de Cristo, la sangre manaba en abundancia.

El pecado se halla en la sangre. Todos los médicos lo saben: incluso los no iniciados pueden darse cuenta de ello. La embriaguez brilla en los ojos, en las mejillas. La avaricia está escrita en las manos y en la boca. La lujuria aparece también en los ojos. No hay libertino, criminal, fanático o perverso que no tenga su odio o envidia impresos en cada centímetro de su cuerpo, en cada célula de su cerebro.

Si el pecado está en la sangre, debe ser derramado. De la misma manera que nuestro Señor quería que la sangre derramada de cabras y otros animales sacrificados prefigurara su propia expiación, deseaba también que los hombres pecadores no volvieran a derramar sangre debido a la guerra o al odio, sino que invocaran su preciosa sangre, derramada ahora en la redención. Necesitando todo pecado su expiación, el hombre moderno, en vez de invocar la sangre de Cristo en demanda de perdón, prefiere verter la sangre de sus hermanos en el sucio negocio de la guerra. Todo este teñir la tierra en sangre no cesará hasta que el hombre llegue a

tener plena conciencia del pecado y empiece a invocar, pidiendo paz y perdón, a la sangre redentora de Cristo, Hijo del Dios viviente.

Cualquier alma puede imaginar, aunque no sea más que vagamente, la clase de lucha que Jesús tuvo que librar aquella noche de luna en el huerto de Getsemaní. Todo corazón sabe algo de esto. Nadie llega a cierta edad sin que haya reflexionado sobre sí mismo y sobre el mundo que le rodea, y sin conocer la terrible tensión que el pecado ha causado en su alma. Das faltas y locuras cometidas no se borran del registro de la memoria; las píldoras somníferas no pueden imponerles silencio; los psicoanalistas no pueden suprimirlas con sus explicaciones. Puede que la alegría propia de la juventud las haga perderse en un recuerdo vago, desdibujado, pero nunca faltarán instantes de silencio, en un lecho de enfermo, en noches de insomnio, en alta mar, un momento de tranquilidad, un instante en que la inocencia se refleja en el rostro de un niño, cuando estos pecados, como espectros o fantasmas, aparecerán con todo su horror en nuestras conciencias. Puede que su fuerza no sea advertida en un momento de pasión, pero la conciencia dará al fin su testimonio insobornable dondequiera que sea, y hará surgir en el alma un temor que debería arrojar a ésta nuevamente en brazos de Dios. Por terribles que sean las agonías y torturas de un alma, no serán más que una gota perdida en el océano de la culpa humana que el Salvador sintió como propia en el huerto.

Al encontrar a los apóstoles por tercera vez dormidos, el Salvador no volvió a preguntarles si no podían velar una hora con Él: más terrible que cualquier reproche fue el permiso que les dio para que siguieran durmiendo:

> Dormid lo que resta, y descansad; he aquí que ha llegado la hora, y el Hijo del hombre es entregado en manos de pecadores.
>
> Mt 26, 45

A sus fatigados seguidores les dio permiso para seguir durmiendo hasta el último momento. Ya no le hacía falta que le acompañaran en el sufrimiento; mientras sus amigos dormían, sus enemigos tramaban su muerte. Es verosímil que hubiera un intervalo entre el momento en que Jesús encontró a sus discípulos durmiendo y aquel en que llegaron al huerto los soldados guiados por Judas. Podían continuar durmiendo todo aquel rato. Da hora tan ardientemente anhelada por Jesús había llegado por fin. A lo lejos se oía la acompasada marcha de los soldados romanos, el

caminar desigual y presuroso de la muchedumbre y las autoridades religiosas, acaudilladas por un traidor.

> Levantaos, vamos; he aquí que se acerca el que me ha entregado.
>
> Mt 26, 46

42. EL BESO PONZOÑOSO

El que había libertado a Lázaro de los lazos de la muerte se sometía ahora él mismo a la muerte. Judas guiaba a un grupo de alguaciles de los príncipes de los sacerdotes y fariseos, que llevaban antorchas y armas. Tanto judíos como gentiles se unieron para prender a Cristo. Aunque era una noche de luna llena, Judas tuvo que dar a los soldados romanos una señal para que supieran quién era Jesús; la señal que les dio fue un beso. Pero antes de que las antorchas pudiesen ir en busca de la luz del mundo, el Buen Pastor les salió al encuentro.

Judas había estado ya muchas veces con nuestro Señor en aquel huerto, adonde Él llevaba a sus discípulos a orar; conocía, por tanto, el lugar donde había de encontrarle. Los traidores mayores son aquellos que han estado acunados en las sagradas asociaciones de Cristo y su Iglesia. Sólo ellos saben dónde han de hallar a Cristo después de que haya obscurecido.

San Juan, que estuvo aquella noche en el huerto y presenció toda la escena, dice que nada de lo sucedido constituyó una sorpresa para nuestro Señor:

> Jesús, por tanto, conociendo todo lo que le había de sobrevenir, salió al encuentro de ellos.
>
> Jn 18, 4

Adán se ocultó de la vista de Dios en el jardín del Edén; ahora Dios buscaba a los hijos de Adán en el huerto de Getsemaní. Con plena conciencia de todas las profecías del Antiguo Testamento concernientes a sí mismo como Cordero de Dios, así como también de su propio sacrificio voluntario en expiación de los pecados del mundo Jesús salió al encuentro de los que le buscaban, dispuesto a entregarse voluntariamente. Dirigiéndose con abrumadora majestad a la turba que se había reunido a su

alrededor, armada con espadas y piedras, los desafíos a que pronunciaran el nombre del que buscaban.

> ¿A quién buscáis? Le respondieron: ¡A Jesús de Nazaret!

Jn 18, 5

Ellos no dijeron: «A ti». Es evidente que, aunque era una clara noche de luna, no le reconocieron. Por ello habían convenido también con Judas una señal para reconocerle cuando llegara el momento: la señal del beso. Es curioso que los que están inclinados al mal no reconocen a la Divinidad aun cuando ésta se encuentre delante de ellos. La luz puede brillar en las tinieblas, pero las tinieblas no la reciben, no la comprenden. Se necesita algo más que antorchas y que una luna llena para percibir la luz del mundo. Como dice san Pablo:

> Si nuestro evangelio está encubierto, encubierto está para los que se pierden, en quienes el dios de este mundo ha cegado el pensamiento, para que no vean resplandecer la buena nueva de la gloria de Cristo, el cual es la imagen de Dios.

2 Cor 4, 3 s

Entonces Jesús les dijo: «Yo soy». Al oír estas palabras, un gran terror se adueñó de ellos, retrocedieron y cayeron a tierra. La naturaleza humana de Jesús jamás se separaba de su naturaleza divina, de la misma manera que la cruz iba siempre acompañada de la idea de la resurrección. Momentos antes había estado bajo los efectos de su agonía; ahora brillaba esplendorosa la majestad de su divinidad. En otra ocasión, los oficiales que habían ido a prenderle quedaron prendidos por la elocuencia del Maestro; ahora, los que iban a prenderle retrocedieron espantados, ya que, como Él mismo había dicho, nadie podría quitarle la vida: Él mismo la entregaría voluntariamente. Mil años atrás, el salmista había profetizado este incidente, que ocurrió de manera figurativa a David:

> Cuando se acercaron contra mí los malvados, para desgarrar mis carnes, ellos mismos, enemigos y adversarios, tropezaron y cayeron.

Ps 26, 2

Cuando Isaías vio un destello de la gloria de Dios, dijo que estaba «perdido»; y Moisés no podía contemplar la divina faz directamente. Ahora también, la divinidad que habitaba en aquel cuerpo humano que estaba a punto de ser conducido a la muerte despidió tal raudal de

cegadora luz, que arrojó contra el suelo a los soldados y la chusma que estaba con ellos. Nunca, en la vida de Jesús, encontramos alguna humillación sin un trazo de gloria. Cuando se humilló a pedir de beber a una mujer de la calle, fue para prometer a su vez el agua de la vida; cuando se quedó dormido en una barca fue para levantarse de ella y ordenar a los vientos y las aguas que se calmaran. Ahora, al entregarse en manos de los hombres, su gloria irradió una ráfaga de luz deslumbradora. Pudo haberse alejado, dejando a sus enemigos tendidos en tierra, pero había llegado la «hora» en que el Amor se encadenaba para libertar a los hombres.

El sacrificio de sí mismo es incompatible con la venganza. Ni Judas ni los demás tenían poder alguno para prenderle, a menos que Él se entregara voluntariamente a ellos. Al dar poder a sus enemigos para que se pusieran de pie, Él, el Buen Pastor, sólo pensó en librar a sus propias ovejas:

> Si me buscáis a mí, dejad que se vayan éstos.

Jn 18, 8

Debe marchar al sacrificio Él sólo. El Antiguo Testamento ordenaba que el sumo sacerdote debía estar solo cuando ofreciera el sacrificio:

> No ha de haber hombre alguno en el tabernáculo cuando él entrare para hacer expiación dentro del santuario, hasta que salga: así hará expiación por sí mismo y por su causa, y por todo el pueblo de Israel.

Lev 16, 17

Ésta era su hora, mas no la hora de los apóstoles. Más adelante ellos padecerían y morirían en su nombre, pero de momento no podían comprender la redención hasta que el Espíritu les hubiera iluminado. Entraría en el lagar Él solo. Ellos no estaban todavía en las necesarias disposiciones espirituales para morir por Él: dentro de poco todos ellos le abandonarían. Además, no podían padecer por Cristo hasta que Él no hubiera padecido primero por ellos. En cierto sentido, todo el propósito de su muerte redentora era decir a todos los hombres: «Dejad que se vayan éstos».

Al entrar en el huerto, el Salvador había dicho a Pedro, a Santiago y a Juan «que velaran y orasen». Ahora decidió Pedro substituir la oración por la acción. Sacando una de las dos espadas que llevaba, hirió a Maleo, el siervo del sumo sacerdote. Mal espadachín, aunque excelente pescador, Pedro no logró más que cortar la oreja de Maleo. A pesar de que el celo de

Pedro era noble y honrado, bien intencionado e impulsivo, erraba en cuanto a la elección de los medios. Nuestro Señor tocó primeramente la oreja del herido y se la restableció; luego, volviéndose a Pedro, le dijo:

> Mete tu espada en la vaina; la copa que me ha dado mi Padre, ¿acaso no la he de beber?

Jn 18, 11

Aquí se compara la espada con la copa; la espada conquista matando, la copa por medio de la sumisión. No era la impaciencia de los violentos, sino la paciencia de los santos, su modo de conquistar las almas. Se había referido a menudo a su pasión y muerte bajo la analogía de una «copa», como cuando preguntó a Santiago y a Juan si podían beber la copa de su pasión. Ahora habla de la copa, pero no de una copa procedente de Judas, ni tampoco del sanedrín, ni de los judíos, ni de Pilato o de Herodes, sino de su Padre celestial. Era una copa que contenía la voluntad del Padre de que El, en su amor a los hombres, ofreciera su vida a fin de que ellos fueran restablecidos a la condición de hijos de Dios. Tampoco decía que sobre El pesara la sentencia de tener que sufrir su pasión, sino más bien que El mismo, a impulsos de su amor, no podía obrar de otra manera. «¿Acaso no la he de beber?» Además, respecto a aquellos que de un modo arbitrario y arrogante recurrieran a la violencia, nuestro Señor dijo a Pedro que sentirían en sí mismos el efecto de la violencia. La venganza trae su propio castigo. Los cuerpos pueden ser vencidos por las espadas desenvainadas, pero estas mismas espadas a menudo se vuelven contra quienes las manejaron.

> Todos los que toman la espada, a espada perecerán.

Mt 26, 52

Esto no era más que una lección humana comprobada por la historia. Pedro tenía todavía que aprender que aquel que parecía tan débil era realmente divino; que si Él quisiera podría llamar en su ayuda un ejército mayor que ninguno de la tierra:

> ¿Acaso piensas tú que no puedo orar a mi Padre, y Él, ahora mismo, me daría más de doce legiones de ángeles?

Mt 26, 53

Empleó la palabra romana «legión». Había sido arrestado por lo que se llamaba una cohorte, o sea la décima parte de una legión (que comprendía unos seis mil hombres). Si hubiera querido, habría podido

llamar en su ayuda doce veces seis mil ángeles para que le libraran de sus enemigos. Si preciso fuera recurrir a la fuerza, la pequeña espada de Pedro sería de una ridícula insignificancia comparada con las huestes celestiales conducidas por el divino Caudillo. Jesús rehusaba llamar a los ángeles, pero no porque se sometiera involuntariamente a un hado o se entregara al dolor a fin de ser purificado. Más bien se trataba de renunciar a algunos de sus derechos; un abstenerse voluntariamente de usar fuerza superior a causa de otros seres, un permanecer encadenado teniendo todo el poder para librarse de ello, y un entregarse por amor a la humanidad: he ahí un sacrificio extraordinario.

Volviéndose hacia aquella chusma sedienta de sangre, les dice:

> ¿Habéis salido a prenderme con espadas y palos como si fuera un ladrón? Todos los días me sentaba en el templo, enseñando, y no me prendisteis. Mas todo esto ha sucedido para que se cumplan las Escrituras de los profetas.

Mt 26, 55

Pero ¿qué era lo que los profetas habían predicho? Para no citar más que uno, Isaías profetizó que sería contado como un malhechor por sus enemigos.

> Por cuanto derramó su alma hasta la muerte, y con los transgresores fue contado; y Él mismo llevó el pecado de muchos, y por los transgresores intercedió.

Is 53, 12

> Terriblemente tratado, Él mismo se humillaba y no abría su boca; como cordero era conducido al sacrificio; y como es muda la oveja delante de los que la esquilan, Él no abría su boca.

Is 53, 7

Mirando más allá de todas las causas segundas, tales como Pilato o Anás, los romanos y los judíos, nuestro Señor no veía enemigos que hubieran de ser vencidos por la espada, sino una copa que le era ofrecida por su Padre. El amor era el móvil y la fuente de su sacrificio, según Él mismo dijo:

> De tal manera amó Dios al mundo, que le dio a su Hijo unigénito, para que todo aquel que cree en Él, no perezca, sino tenga vida eterna.

Jn 3, 16

El pecado exigía ser expiado o reparado. Como hombre, Jesús podía obrar en nombre de los hombres; siendo Dios, su redención del pecado tendría un valor infinito. Su naturaleza humana le hacía susceptible de sufrir el dolor y la muerte, y capaz, por tanto, de ofrecerse a sí mismo en sacrificio; sin embargo, era preciso que Él fuera sin pecado; de lo contrario, Él, a su vez, necesitaría ser redimido. El cordero usado para el sacrificio debía ser «sin mácula». El amor del Cordero había de ser voluntario; obligar al Cordero de Dios a padecer representaría el colmo de la injusticia. De ahí que fuera necesaria aquella afirmación de poder en el momento en que se entregaba en manos de sus enemigos. Lo que Dios permitía era tanto su voluntad como su orden. Nuestro Señor se negó a ver en su muerte la mano de sus enemigos, y pasó en seguida a la idea de la copa que de su Padre había recibido. En aquel amor se entregaba a descansar, aunque el cáliz fuera de momento amargo, ya que de él procedería el bien.

Al entregarse en manos de ellos, se cumplió lo que nuestro Señor había predicho acerca de sus apóstoles:

Entonces todos los discípulos, dejándole, huyeron.

Mt 26, 56

Pedro, que había desenvainado la espada para defender al Maestro contra la copa, huyó presuroso. Más tarde le siguió a prudente distancia. También Juan se deslizó detrás de la turba para aparecer posteriormente en casa del sumo sacerdote. Pero Judas se quedó para oír la palabra «hora», que el Maestro había pronunciado por primero vez en Caná:

Ésta es vuestra hora y el poder de las tinieblas.

Lc 22, 53

En muchas ocasiones había dicho a sus enemigos, incluso a Herodes, que nada podían hacerle hasta que llegara su «hora». Ahora la anunció; era la hora en que el maligno podía apagar la luz del mundo. El mal tiene su hora; Dios tiene su día. Aquel que, cuando asumió una naturaleza humana en Belén, fue envuelto en pañales y colocado en un pesebre, ahora va a ser atado con cuerdas y puesto en una cruz. En una ocasión, cuando sus enemigos trataron de prenderle, Él los prendió con la fuerza de sus palabras; ahora se sometía porque su hora había llegado. Los apóstoles, oyendo el chirriar de las cadenas y viendo el brillo de las espadas, se

olvidaron de la gloria del Mesías, le abandonaron y huyeron. El sumo sacerdote había de ofrecer el sacrificio Él solo.

43. EL PROCESO RELIGIOSO

Nuestro Señor tenía dos naturalezas: la divina y la humana. Ambas estaban sometidas a proceso y acusadas de delitos totalmente diferentes. Así se cumplía la profecía de Simeón de que Jesús había de ser «señal de contradicción». Los jueces no podían ponerse de acuerdo sobre el motivo por el cual había de hacérsele morir. Los jueces religiosos, Anás y Caifás, le encontraban culpable de ser demasiado divino; los jueces políticos, Pilato y Herodes, le encontraban culpable de ser demasiado humano. Ante unos era demasiado poco mundano; ante otros, demasiado mundano; ante unos era demasiado celestial; ante otros, demasiado terrenal. Desde aquel día también su Iglesia sería condenada por acusaciones contradictorias, o bien diciendo unos que pretendía ser demasiado divina, o bien diciendo otros que era demasiado humana. Condenado por acusaciones contradictorias, fue sentenciado a morir en lo que es señal de contradicción: la cruz.

Si nuestro Señor hubiera sido hecho preso en el templo o apedreado en una de las muchas ocasiones en que sus enemigos se disponían a hacerlo, no se habrían cumplido las numerosas profecías relativas a su sacrificio como Cordero de Dios. Cuando los fariseos le dijeron que Herodes tenía intención de matarle, nuestro Señor les respondió que no se entregaría para morir en Galilea, sino en Jerusalén. Además, dijo que nadie podía quitarle la vida; Él la entregaría por sí mismo.

Pero en el huerto, cuando

> Todos los discípulos, abandonándole, huyeron.
>
> Mt 26, 56

El dijo a los príncipes de los sacerdotes:

> Ésta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas.
>
> Lc 22, 53

Quería decir con ello que, cuando enseñaba públicamente, viajando por la Judea y Galilea, ninguno de ellos pudo jamás apoderarse de Él o arrojarle por el precipicio en Nazaret. Pero el mal tenía su hora, aquella de la cual Jesús tantas veces había hablado. En aquella hora Dios concedió al mal el poder de afectar un triunfo momentáneo durante el cual los espiritualmente ciegos creerían que habían salido victoriosos. Las manos de los malvados están atadas hasta que Dios les permite obrar, pero no pueden hacer nada en absoluto cuando Dios les manda detenerse. Las potestades de las tinieblas no pudieron tocar los bienes o la persona de Job hasta que Dios les permitió hacerlo; ni tampoco pudieron impedir que Job volviera a gozar de la prosperidad cuando Dios así lo quiso. Así, también en esta hora las tinieblas tendrían un poder que resultaría impotente en la resurrección.

Los soldados le ataron y se lo llevaron. Tal vez la razón de que lo hicieran fuera que Judas les había dado órdenes para que lo sujetasen. Además, la figura de los padecimientos de Cristo fue profetizada en Isaac cuando Abraham, al disponerse a sacrificar su hijo a Dios, tuvo que atarlo también:

> Entonces ató a su hijo Isaac.
>
> Gen 22, 9

Luego se lo llevaron de allí por sus propios pasos, no arrastrándolo, o en un vehículo, debido a que Él mismo se había entregado. Como había predicho Isaías, sería *conducido* como un cordero al matadero. Como nuevo Jeremías, el Varón de dolores, Jesús, fue encadenado por su testimonio a la verdad.

El camino que tomaron atravesaba el torrente Cedrón y luego seguía por la puerta de las Ovejas, que estaba cerca del templo y por la que pasaban los animales que habían de ser ofrecidos en sacrificio. Primero fue conducido a la casa de Anás, suegro de Caifás, que era sumo sacerdote aquel año. En tanto los romanos ejercieron su autoridad en el país, es probable que cada año se eligiera un nuevo sumo sacerdote; Anás, sin embargo, era en realidad la figura más destacada de entonces, aun cuando Caifás presidiera a la sazón el sanedrín.

Comoquiera que ambos eran representantes del poder religioso, el primer proceso se efectuó sobre asuntos religiosos. Anás tenía cinco hijos, y sabemos de otra fuente que tenían puestos de venta en el templo y que fueron arrojados por nuestro Señor junto con los demás vendedores y compradores. De Anás, Cristo fue llevado a Caifás. La antigua ley

ordenaba que cada víctima ofrecida en sacrificio por los pecados del pueblo había de ser presentada ante el sacerdote. Así Cristo, representante del sacerdocio del Espíritu, fue conducido ante Caifás, representante del sacerdocio de la carne. Era el mismo Caifás quien había dicho:

> Conviene que un solo hombre muera por el pueblo.

Jn 18, 11

Por lo cual es evidente que tanto él como el sanedrín habían decidido la muerte de Jesús antes de que tuviera efecto el proceso. Era ilegal que el sanedrín celebrara un proceso por la noche; sin embargo, se celebró en su demente deseo de deshacerse de Jesucristo cuanto antes. Aunque no tenían derecho a dictar una pena de muerte, retenían, sin embargo, el poder de celebrar procesos. Cuando el proceso comenzó,

> El sumo sacerdote preguntó a Jesús respecto de sus discípulos, y su enseñanza.

Jn 18, 19

Caifás había resuelto ya que nuestro Señor había de morir, por lo cual no tenía intención de escuchar razonamientos, sino que más bien trataba de hallar algún pretexto para llevar a cabo la injusticia que su mente había tramado. Las primeras preguntas apuntaron a la organización de Cristo y sus seguidores, que el sanedrín temía como una amenaza dirigida contra ellos mismos; porque ya antes habían dicho los fariseos:

> ¡He aquí que el mundo se va tras Él!

Jn 12, 19

Al juez no le interesaban tanto los nombres de los seguidores de Cristo como el número de ellos; el objeto que con tal interrogatorio perseguía era obtener de Jesús una respuesta apropiada para que pudiera ser condenado. Las preguntas concernientes a su doctrina iban encaminadas a descubrir si Él era el jefe de una sociedad secreta o si estaba predicando alguna nueva doctrina o herejía.

Nuestro Señor vio lo capcioso de todas estas preguntas y, con la más perfecta serenidad, fruto de su inocencia, respondió que su doctrina era conocida del pueblo, que de ella podían dar testimonio los que habían escuchado sus palabras. Él no tenía una doctrina secreta, ni seguidores armados y escondidos, ni algo por el estilo. Su doctrina no era esotérica, destinada a unos pocos. Todos podían oírla, porque predicaba en público.

Yo he hablado abiertamente al mundo; enseñaba siempre en las sinagogas y en el templo, donde concurren todos los judíos; y nada he hablado en secreto. ¿Por qué me preguntas a mí? Pregunta a aquellos que me han oído, lo que les he hablado; ellos saben lo que he dicho.

Jn 18, 20 s

Cristo habló *al mundo* así como a los judíos. No quería dar testimonio sobre sí mismo; todos sabían lo que había estado enseñando. Lo único que hacía Caifás era querer ignorar lo que era de dominio público. ¿Acaso el sanedrín no había excomulgado a todo aquel que creyera en Jesús? En su humildad, El no pedía que se llamara a los mudos, a los paralíticos, a los ciegos y a los leprosos que había curado, sino a los que habían oído sus palabras. Las autoridades del templo habían estado volviendo las espaldas al pueblo desde hacía mucho tiempo; ahora Él les pedía que convocaran a aquellos que ellos despreciaban. Contra aquel aislamiento aristocrático entre lo oficial y el pueblo, Cristo oponía su propia doctrina y sus propios seguidores. Era el primer testimonio cristiano dado a la opinión del hombre de la calle. Así, en respuesta a la doble interrogación, Jesús contestó a la primera apelando al pueblo común; y a la segunda afirmando que el libro de su doctrina no estuvo nunca cerrado, sino que estaba abierto para todos.

Al responder Jesús de este modo, uno de los servidores que estaban presentes le dio una bofetada diciendo:

¿Respondes así al sumo sacerdote?

Jn 18, 22

¿Era acaso la mano de Maleo la que dio la bofetada, aquel cuya oreja había sido curada por el Salvador algo así como una hora antes? Sea lo que fuere, el caso es que fue el primer golpe que recibió el cuerpo del Salvador, golpe que los jueces no castigaron en modo alguno. De esta manera, Caifás y el tribunal ponían realmente a Jesús fuera de la esfera de la ley. Para rehuir el contenido del mensaje, el soldado criticaba la forma del mismo, forma ésta muy común de reaccionar contra la religión. Los que no pueden combatir de palabra la doctrina de Cristo recurren a la violencia. Hacían de Él un proscrito. Sin embargo, con toda mansedumbre respondió el Señor:

Si he hablado mal, da testimonio del mal; mas si hablé bien, ¿por qué me hieres?

Jn 18, 23

En un abrir y cerrar de ojos, nuestro Señor podía haber fulminado a su agresor arrojándole a la eternidad, pero, si había de padecer por las transgresiones de los hombres y morir por sus iniquidades, había de aceptar con padecimiento aquel primer golpe. Pero al mismo tiempo invitó a aquel hombre a que testificara, si le era posible, contra Él, para que hubiera un motivo para usar de la violencia. Dijo en una ocasión nuestro Señor que si nos golpeaba alguien en una mejilla le volviéramos la otra. ¿Lo hizo Él? ¡Sí! Puesto que volvió todo su cuerpo para que fuera crucificado.

Al ver que no lograban hacerle declarar contra su propia doctrina o lo que enseñaban sus discípulos, esperaban ahora hacerlo por medio de testigos falsos:

> Y los jefes de los sacerdotes y todo el sanedrín buscaban falso testimonio contra Jesús, para hacerle morir; pero no lo hallaron, aunque se presentaron falsos testigos en gran número.

Mt 26, 59 s

Finalmente llegaron dos testigos, uno de los cuales dijo que Jesús en cierta ocasión había dicho:

> Yo derribaré este templo, hecho de mano, y en tres días edificaré otro no hecho de mano.

Mc 14, 58

Estas palabras eran un modo de tergiversar las que nuestro Señor había pronunciado al comienzo de su público ministerio, refiriéndose a lo que estaba empezando a suceder ahora. Después de expulsar del templo a los mercaderes, los fariseos le pidieron una señal de su autoridad. Entonces, aludiendo nuestro Señor al templo que era su cuerpo, dijo así:

> Destruid este templo, y yo en tres días lo levantaré.

Jn 2, 19

Ahora los falsos testigos pretendían que Jesús había dicho que destruiría el templo; pero lo que realmente había dicho era que serían ellos quienes lo destruirían; y el templo sería su cuerpo, que ahora precisamente acababa ya de recibir el primer golpe violento. El templo de ellos, el de piedra, recibiría a su vez el golpe de manos de los romanos acaudillados por Tito. Él no había dicho: «Destruiré», sino: «Destruid». Tampoco dijo: «Construiré otro», sino más bien: «Lo levantaré», refiriéndose a su

resurrección. Sin embargo, la tergiversación de sus palabras daban testimonio del propósito de su venida a este mundo y fijaban en la mente de ellos la cruz y la gloria de Jesús. De la misma manera que en un círculo lo cóncavo y lo convexo están formados por la misma línea, así estaban unidas la perversidad voluntaria de ellos y el sufrimiento voluntario de Él. Los divinos designios serían realizados ahora de la misma manera que lo fueron durante los días de José, figura del propio Cristo, el cual dijo a sus hermanos que le habían vendido que, si bien ellos intentaban una mala acción, Dios convertiría el mal en un bien. En el acto de ser Jesús entregado a las potencias del mal, Judas entregó nuestro Señor a los judíos, los judíos le entregaron a los gentiles, y los gentiles le crucificaron. Pero, por otro lado, nuestro Señor dijo que el Padre había entregado a su Hijo como rescate por muchos. De esta manera las condiciones malas, pero libremente ejecutadas, de los hombres son encauzadas por Dios, que puede convertir una transgresión en una *felix culpa.*

El Verbo hecho carne no pronunció una sola palabra durante la deposición de aquel falso testimonio. Caifás, irritado, exclamó:

> ¡Te conjuro, por el Dios vivo, que nos digas si eres tú el Cristo, el Hijo de Dios!

Mt 26, 63

Ahora Caifás se dirigía a nuestro Señor en calidad de sumo sacerdote o ministro de Dios y le conjuraba, o sea, le obligaba a que bajo juramento contestase. Caifás no suscitó ninguna pregunta acerca de la destrucción del templo o sobre los discípulos de Jesús. La pregunta que hizo fue la siguiente: ¿Era Él el Cristo o Mesías; era el Hijo de Dios; estaba investido del poder divino; era Él el Verbo hecho carne? ¿Era verdad que Dios, que en distintas ocasiones y de diversas maneras nos había hablado por boca de los profetas, en estos últimos días lo había hecho por medio de su Hijo? ¿Eres tú el Hijo-de Dios? Jesús abrió la boca para responder:

> Lo soy.

Mc 14, 62

Con sublime convicción y dignidad majestuosa, respondió que, efectivamente, Él era el Mesías y el Hijo del Dios vivo. Esta respuesta era una alusión al nombre con que Dios se había dado a conocer a Moisés. Luego, pasando de su naturaleza divina a su naturaleza humana, añadió:

> Además os digo, que en adelante habéis de ver al Hijo del hombre sentado a la diestra del poder divino, y viniendo sobre las nubes del cielo.

Mt 26, 64

Primero afirmó su divinidad, luego su humanidad; pero ambas cosas en la primera persona del verbo en singular. En la hora en que se acumulaban sobre Él las mayores ignominias, daba testimonio de estar a la diestra de Dios, de donde habrá de volver en el último día. Pero, si estaba sentado a la diestra del Padre, era que había de subir al cielo; si había de venir otra vez a la tierra, sería para pesar en unas balanzas las distintas manetas como las almas le habían recibido en su primera venida, «su humillada existencia en la tierra.» Nuestro Señor estaba aludiendo asimismo al salmo 109, que profetizó que el Hijo de Dios, después de su humillación, sería ensalzado cuando pusiera a sus enemigos debajo de sus pies a modo de escabel. A pesar de la evidente condena que le aguardaba, Jesús dejó brillar su gloria en medio de la injusticia civil de que estaba siendo objeto, al proclamar su triunfo, su reinado y el hecho de que vendría a juzgar al mundo. El salmista había ya profetizado lo que Él había dicho, y Daniel lo había predicho de una forma más clara todavía:

> Estaba mirando en visiones de la noche, y he aquí que sobre las nubes del cielo venía Uno parecido a un hijo de hombre; y vino al Anciano de días, y le trajeron delante de él. Y le fue dado el dominio, y la gloria, y el reino, para que todos los pueblos, naciones y lenguas le sirviesen: su dominio es un dominio eterno, que jamás pasará, y su reino el que nunca será destruido.

Dan 7, 13-14

Unos años después de este proceso, cuando Esteban sufría su martirio y caía aplastado bajo el peso de las piedras, vio lo que ahora Jesús estaba diciendo a Caifás:

> He aquí que veo abiertos los cielos, y al Hijo del hombre, puesto en pie, a la diestra de Dios.

Act 7, 55

Una tormenta estalló sobre la cabeza de Jesús cuando el sanedrín le oyó afirmar su divinidad. Estaban a punto de dar las doce; terminó el primer proceso cuando el sumo sacerdote decidió que Jesús era reo de blasfemia:

> Entonces el sumo sacerdote rasgó sus vestiduras, diciendo: ¡Ha blasfemado!

Mt 26, 65

Era costumbre entre los hebreos rasgar sus vestiduras en señal de un gran dolor y un gran pesar, como cuando Jacob recibió la noticia de la muerte de su hijo José, o David se enteró de que Saúl había muerto. En realidad, al rasgar sus vestiduras Caifás estaba rasgando su ministerio sacerdotal, estaba poniendo fin al sacerdocio de Aarón e inaugurando el sacerdocio de Melquisedec. Las vestiduras sacerdotales fueron rasgadas y destruidas por el mismo sumo sacerdote, pero el velo del templo sería rasgado por la mano de Dios. Caifás las rasgó de arriba abajo según era costumbre; Dios rasgó el velo de arriba abajo porque en ello no hubo intervención de mano humana. Ahora preguntó Caifás al sanedrín:

> ¿Qué más necesidad tenemos de testigos? Oísteis la blasfemia; ¿qué os parece? Y todos ellos le condenaron, declarando que era reo de muerte.

Mc 14, 63 s

Pronto se llegó a la conclusión: el reo había blasfemado contra Dios. La vida misma habría de probar la muerte. Pero su muerte fue decretada precisamente porque había proclamado su eterna divinidad. Caifás había dicho anteriormente que era conveniente que un solo hombre muriera, más bien que los romanos hicieran aún más pesado el yugo a que tenían sometida a la nación judía. Ahora tanto él como el sanedrín adoptaron otra actitud; pasando de lo utilitario y legal a lo religioso, arguyeron que la muerte de Jesús era necesaria para preservar la unidad espiritual existente entre Dios y su pueblo. El sanedrín se eximía de su responsabilidad en la sentencia invocando a Dios contra Dios mismo. Ahora que se le condenaba por blasfemo, todo estaba permitido contra su persona, pues carecía de derechos.

> Entonces le escupieron en la cara, y le dieron de bofetadas; y otros le herían a puñadas, diciendo: Profetízanos, ¡oh Cristo!, ¿quién es el que te pegó?

Mt 26, 27 s

Le cubrieron la cara, y de esta manera apagaron la luz del cielo; y, sin embargo, al cubrirle los ojos, los suyos propios quedaron cegados. El velo se hallaba en realidad en los corazones de ellos, no en los ojos de Jesús. Los que tanto se jactaban de su templo terrenal abofeteaban ahora al

Templo celestial, puesto que en El moraba la plenitud de la divinidad. Usaban el título «Cristo» de modo sarcástico; pero acertaban más de lo que imaginaban, porque Él era en verdad el Mesías, el Ungido de Dios.

Caifás había logrado lo que andaba buscando, a saber, convencer de blasfemia a Cristo por las propias palabras de éste, puesto que pretendía ser el Hijo de Dios por naturaleza. El interrogatorio no versaba sobre si Jesús era o no a la vez el Mesías y el Hijo de Dios que había sido profetizado durante siglos. Por tanto, era Cristo el profeta quien se hallaba procesado delante de Caifás; sería Cristo el rey el que se hallaría procesado delante de Pilatos; y sería Cristo el sacerdote quien se hallaría desposeído de sus derechos en la cruz, al ofrecer su vida en sacrificio. En cada uno de los ejemplos, Jesús sería escarnecido. Ahora, las burlas iban dirigidas contra el Cristo profeta, cumpliéndose así la profecía de Isaías:

> Di mi espalda a los que me herían, y mis mejillas a los que me arrancaban la barba; no escondí mi rostro de la afrenta y del esputo.

Is 50, 6

El proceso religioso había terminado. El Hijo de Dios era considerado culpable de blasfemia; el que era la resurrección y la vida estaba sentenciado a la tumba; el eterno sumo sacerdote era condenado por el «sumo sacerdote de aquel año». Ahora era el sanedrín el que se mofaba de Él; luego sería el Imperio romano, y luego, en la cruz, habría una combinación de ambas clases de burlas. Pero ahora que el sanedrín le había encontrado culpable, procedió a entregarle a Pilato, pensando que, teniendo éste la autoridad exclusiva de ejecutar la sentencia de muerte contra Jesús, lo haría sin vacilar. Así se cumplió la profecía de que el Mesías sería entregado a los gentiles. Pero de la misma manera que Judas se había acarreado la muerte al preparar la muerte de su Maestro, así también al decidir Caifás que Cristo fuera ejecutado por temor a las autoridades romanas no hizo sino preparar la destrucción definitiva de Jerusalén y el templo. Así como el pueblo entregaba Cristo a los romanos, más tarde sería entregado él también al poder de Roma.

44. LAS NEGACIONES DE PEDRO

Cuando nuestro Señor fue preso, Pedro le siguió a cierta distancia; Juan le acompañaba también. Ambos llegaron hasta la casa de Anás y Caifás, donde Jesús sufrió el proceso religioso. La casa del sumo sacerdote estaba construida, al igual que muchas otras casas orientales, alrededor de un patio cuadrangular al que se entraba por un pasillo desde la parte delantera del edificio. Este pasaje abovedado era un pórtico cerrado a la calle por medio de una pesada puerta. En aquella ocasión se hallaba guardando la puerta una criada del sumo sacerdote. El patio interior a que daba acceso este pasaje se hallaba descubierto, y el suelo estaba pavimentado con lajas. Aquella noche hacía frío, pues era en los primeros días de abril. Pedro había sido infiel al Señor en el huerto, al quedarse dormido en vez de velar; ahora se le presentaba la ocasión de reparar su falta. Pero el peligro acechaba a Pedro, sobre todo porque éste tenía una confianza exagerada en su propia lealtad. Aunque un antiguo profeta había dicho que las ovejas serían dispersadas, el creía que, al habérsele dado las llaves del reino de los cielos, quedaba dispensado de semejante contratiempo. Un segundo peligro lo constituía su misma falta anterior de cuando se le rogó que «velara y orase». No había velado, sino que se había dormido; no oró, puesto que substituyó la espiritualidad por el activismo al hacer uso de la espada. Un tercer peligro podía ser el que la distancia física que le separaba de Jesucristo fuese el símbolo de la distancia espiritual que le mantenía alejado del Maestro. Y todo apartamiento del sol de justicia no es más que tinieblas.

Cuando Pedro entró en el patio, lo primero que hizo fue calentarse a la lumbre. Puesto a la luz de las llamas, era más fácil que le reconociera la criada que le había dejado entrar. Si el desafío a la lealtad de Pedro le hubiera venido de una espada o de un hombre, probablemente se habría mostrado más fuerte; pero, con la desventaja de su amor propio y de su orgullo, se vio más fácilmente vencido por una joven, que resultó ser así

demasiado fuerte para el presuntuoso Pedro. El propósito de Cristo era vencer por medio del sufrimiento; el propósito de Pedro era vencer resistiendo. Pero aquí la oposición con que se encontró era poco evidente. Cogido de sorpresa por la criada, Pedro negó a Jesús por vez primera. La criada le dijo así:

También tú estabas con Jesús el galileo.

Mt 26, 69

Pero, delante de todos, Pedro respondió:

No sé lo que dices.

Mt 26, 70

Pedro empezó a sentirse molesto ante lo que le pareció la luz escudriñadora de una llama que parecía querer sondear su alma al mismo tiempo que examinaba su rostro; por ello se dirigió unos pasos más allá, hacia el pórtico. Deseoso de evitar preguntas comprometedoras y miradas indiscretas, se sintió más seguro en la obscuridad del pórtico. La misma criada, o probablemente otra, vino a él diciendo que él había estado con Jesús de Nazaret, cosa que Pedro volvió a negar, pero esta vez con juramento, diciendo:

No conozco a ese hombre.

Mt 26, 72

El que unas pocas horas antes había sacado la espada en defensa del Maestro, ahora negaba al mismo a quien había tratado de defender. El que había llamado a su Maestro «Hijo de Dios viviente», ahora le llamaba simplemente «ese hombre».

Trascurrió el tiempo, y su Salvador fue acusado de blasfemia y entregado a la brutalidad de sus verdugos; pero Pedro se hallaba todavía rodeado de enemigos. Aunque era probablemente más de medianoche, las calles estaban abarrotadas de gentes que habían salido de sus casas a la noticia del proceso de Jesús. Entre esta gente se hallaba un pariente de Maleo que recordó perfectamente que Pedro era quien había cortado la oreja de su pariente en el huerto de los Olivos, y que Jesús le había sanado la herida poniendo nuevamente la oreja en su lugar. Con objeto de disimular su nerviosidad y aparentar cada vez más que no conocía a Jesús, Pedro debió de hablar seguramente en demasía; y esto fue lo que le perdió. Su acento provinciano reveló que se trataba de un galileo; se sabía que la mayor parte de los adeptos de Jesús provenían de aquella región, cuyo

dialecto no era el lenguaje refinado de Judea y Jerusalén. Aquí se pronunciaban sonidos guturales que los galileos no sabían pronunciar, e inmediatamente uno de los presentes dijo así:

Verdaderamente tú también eres uno de ellos, porque aun tu habla lo hace manifiesto.

Mt 26, 73

Entonces Pedro comenzó a maldecir y a jurar, diciendo:

¡No conozco a ese hombre!

Mt 26, 74

Tan fuera de sí estaba Pedro esta vez, que no vaciló en invocar a Dios omnipotente en testimonio de su reiterada mentira. Nos preguntamos si con ello no volvería en cierto modo a sus viejos tiempos de pescador; tal vez cuando se le enredaba la red en el lago de Galilea perdía los estribos y recurría a la blasfemia. Sea lo que fuere, ahora juró a fin de obligar a que los incrédulos le creyeran.

Entonces acudieron en tropel antiguos recuerdos a su mente. El Señor le había llamado «bienaventurado» al darle las llaves del reino de los cielos y al permitirle contemplar su gloria en la transfiguración. Ahora, en la helada aurora de la conciencia de su culpa, percibió un son inesperado:

Cantó un gallo.

Mt 26, 74

Incluso la naturaleza protestaba de la negación que Pedro hacía de Cristo. Entonces cruzó como una centella por su mente el recuerdo de las palabras que Jesús le había dicho:

Antes que cante el gallo me negarás tres veces.

Mt 26, 75

En aquel momento pasó por allí nuestro Señor con el rostro cubierto de esputos. Acababa de ser azotado.

Y, volviéndose el Señor, fijó la mirada en Pedro.

Lc 22, 61

Aunque estaba atado ignominiosamente, los ojos del Maestro buscaron a Pedro con una compasión indescriptible. Nada dijo; solamente le miró. Aquella mirada sirvió probablemente para refrescar la memoria de

Pedro y reavivar su amor. Pedro podía negar al «hombre», pero Dios seguía amando al hombre Pedro. El mismo hecho de que el Señor tuviera que volverse para mirar a Pedro indica que Pedro había vuelto la espalda al Señor.

El ciervo herido estaba buscando la espesura del bosque para desangrarse a solas, pero el Señor venía a arrancar la flecha del corazón herido de Pedro.

Y, saliendo afuera, lloró amargamente.

Lc 22, 62

Pedro se sentía ahora lleno de arrepentimiento, como Judas dentro de unas horas se sentiría invadido por el remordimiento. El dolor de Pedro estaba producido por el pensamiento del pecado en sí o de haber ofendido a la persona de Dios. El arrepentimiento no repara en las consecuencias; pero el remordimiento está inspirado sobre todo por el temor a las consecuencias. La misma misericordia que se extendió a uno que le negaba, se extendería a los que le clavaron en la cruz y al ladrón arrepentido que le pediría perdón. En realidad, Pedro no negó que Cristo fuese el Hijo de Dios. Negó conocer a aquel «hombre», o que fuera uno de sus discípulos. Pero fue infiel al Maestro. Y, sin embargo, sabiendo todas las cosas, el Hijo de Dios hizo de Pedro, y no de Juan, la Roca sobre la cual edificaría su Iglesia, a fin de que los pecadores y los débiles no desesperaran jamás.

45. EL PROCESO ANTE PILATO

Había terminado el proceso de Cristo el profeta; ahora comenzaba el proceso de Cristo el rey. Los jueces religiosos habían hallado a nuestro Señor demasiado divino, porque se había designado a sí mismo Dios; ahora los jueces civiles le condenarían por encontrarle demasiado humano. Cuando un tribunal superior entiende en una causa presentada por un tribunal inferior, existe una continuidad en los cargos. Los jueces religiosos no poseían el poder sobre la vida y la muerte desde que los romanos se habían apoderado de su país. Era de esperar, por tanto, que al ser conducido nuestro Señor ante el tribunal superior de Pilato lo haría reo de la misma acusación, del delito de blasfemia. Sin embargo, la sentencia de muerte, para poder ejecutarse, precisaba la sanción de Pilato. Tenía dos procedimientos el sanedrín para llevar esto a cabo: o bien que Pilato aprobara el juicio del tribunal religioso, o bien que se incoara un nuevo proceso en el tribunal civil de sus conquistadores. El segundo método fue el que eligieron, y ciertamente del modo más pérfido y astuto. El sanedrín sabía muy bien que Pilato se reiría si le decían que Jesús era reo de blasfemia. Ellos tenían su Dios; Pilato tenía sus dioses. Además, tratándose de una acusación de índole religiosa, Pilato se habría remitido al propio tribunal de ellos, sin sentenciar a muerte a Jesús.

Con objeto de comprender mejor las relaciones existentes entre vencidos y vencedores, digamos unas palabras acerca de Pilato y del odio que hacia él abrigaban los judíos. Pilato, el sexto gobernador romano de Judea, había estado desempeñando durante unos diez años este cargo, durante el reinado del emperador Tiberio. Su conducta, arbitraria y a veces cruel, había ocasionado repetidas insurrecciones de judíos, que él había sofocado con violentas medidas. El pueblo de Jerusalén le despreciaba no sólo porque era el representante del emperador romano y por no ser de su propia raza, sino también porque en cierta ocasión hizo que de noche se introdujeran en Jerusalén retratos pintados del emperador y fueran

colocados en el templo. Pilato amenazó con la muerte a los judíos que se opusieran a esta acción; pero los judíos ofrecieron la garganta a Pilato para que los degollara si quería y elevaron sus quejas al emperador Tiberio. El resultado fue que se mandaron retirar las insignias. Herodes Antipas fue el que se encargó de hacer llegar a Tiberio las súplicas de los judíos. Tal pudo ser la razón de la fricción que existía entre Pilato y Herodes.

Otro motivo por el cual odiaban a Pilato era que había confiscado fondos del tesoro de los judíos y los había invertido en la construcción de un acueducto. En una insurrección producida durante esta construcción fueron asesinados algunos judíos de Galilea, y tal vez en uno de aquellos tumultos fue detenido Barrabás como jefe de los insurrectos, y ladrón además. Pilato debía andar con pies de plomo, puesto que en más de una ocasión Roma había dejado de prestarle apoyo en su acción contra los judíos.

Por la mañana, muy temprano, todos los miembros del sanedrín — incluyendo a los sacerdotes, ancianos y escribas — decidieron llevar a Cristo a presencia de Pilato y pedir a éste la sentencia de muerte. Los sacerdotes le acusaban de que había dicho ser el Cordero de Dios; los ancianos se mostraban ofendidos porque, oponiéndose Jesús al anquilosado tradicionalismo de ellos, afirmaba ser la Palabra de Dios; los escribas le odiaban porque Él oponía a la letra la palabra y prometía que el Espíritu iluminaría la palabra. Después de terminar sus planes homicidas,

> Habiéndole atado, le llevaron, y le entregaron a Pilato, el gobernador.
>
> Mt 27, 2

Varias veces había sido atado nuestro Señor, cuando le prendieron por primera vez y cuando fue conducido a los tribunales de Anás y Caifás. Encadenándole para llevarle ante Pilato-crearían la impresión de que había cometido algún nefando crimen. Entregarlo a Pilato fue uno de los puntos principales de la pasión, puesto que era el cumplimiento de una profecía que nuestro Señor había pronunciado.

> Será entregado a los gentiles, y será escarnecido e injuriado, y escupido; y le azotarán, y le harán morir; y al tercer día resucitará.
>
> Lc 18, 32-33

El sanedrín lo entregaba porque había rechazado la promesa de salvación que venía del Mesías; ahora tocaba a los gentiles decidir lo que harían; si lo rechazarían como profeta. La gran muralla que separaba a los

judíos de los gentiles acababa de derribarse en cierto modo, puesto que unos y otros condenaron a muerte a Jesús. Como escribe san Pablo:

> El cual de dos pueblos ha hecho uno solo, derribando la pared intermedia que los separaba, es decir, la enemistad de ellos.
>
> Eph 2, 14

La responsabilidad por su muerte no pesa sobre un pueblo determinado, sino sobre toda la humanidad:

> El mundo todo se tenga por reo delante de Dios.
>
> Rom 3, 19

El sanedrín, que había sentido escrúpulos en usar el dinero de Judas, que era producto de venta de sangre, o de una vida humana, tuvo también escrúpulos en cuanto a entrar en la casa de un gentil, en este caso la de Pilato. En el momento de llevar al divino preso a Pilato, aquellas delicadas conciencias de los miembros del sanedrín tenían miedo de... mancillarse. Pilato era pagano, por lo que entrar en el pretorio los haría impuros y les impediría celebrar la pascua. Debían mantenerse puros a fin de poder verter la sangre inocente del Cordero de Dios antes que trasponer el umbral de un gentil. Nuestro Señor había llamado una vez a los fariseos «sepulcros blanqueados», porque estaban limpios por fuera, mas por dentro llenos de huesos de muertos. El juicio se cumplió ahora en su temor de contaminarse con carne incircuncisa, mientras ellos vivían con los corazones incircuncisos. Tenían otros escrúpulos también, como el de que, si entraban en una casa de la que no se hubiera quitado toda la levadura, no podrían tomar parte en la pascua.

Cuando los miembros del sanedrín llegaron al pretorio (la casa del gobernador), Pilato salió a su encuentro, porque sabía que si los obligaba a entrar se considerarían impuros. Siguiendo la tradición de los romanos en cuanto al respeto de la ley, declaró que no dictaría sentencia hasta tener pruebas de la culpabilidad del reo. Así, preguntó a los del sanedrín:

> ¿Qué acusación traéis contra este hombre?
>
> Jn 18, 29

Para granjearse la buena voluntad de Pilato, le invitaron a que confiara en la sentencia que ellos mismos habían ya pronunciado. Además, aseguraron a Pilato que, ciertamente, no harían ningún mal a un hombre inocente:

> Si este hombre no fuera un malhechor, no te lo hubiéramos entregado.

Jn 18, 30

No hablaron de blasfemia. Sabían que esta acusación no haría mella en el ánimo de un gentil, un vencedor, uno a quien ellos despreciaban; así pues, usaron el término genérico de «malhechor».

Sabiendo Pilato que la situación en que los judíos se encontraban bajo el yugo de Roma no era la más apropiada para consolidar la autoridad de él, y no deseando ocuparse de aquel caso, les dijo que lo juzgaran ellos mismos conforme a su ley. Mas ellos replicaron que no tenían poder para hacer morir a ningún hombre, lo cual era verdad, puesto que se hallaban bajo el dominio de Roma. Además, no se atrevían a ejecutar ninguna sentencia de muerte en el día festivo en que sacrificaban el cordero pascual.

Entonces hicieron a nuestro Señor objeto de tres acusaciones para obligar a Pilato a que oyera aquel caso:

> A éste hemos hallado pervirtiendo a nuestra nación, y vedando pagar tributo al César, y diciendo que Él mismo es Cristo, el rey.

Lc 23, 2

Seguían sin aludir al delito de blasfemia; ahora se trataba del crimen de sedición; Cristo era un antipatriota, demasiado mundano, demasiado político, era un enemigo del César y de Roma. En suma, se trataba de un impostor que estaba induciendo al pueblo a seguir una dirección distinta a la que Roma señalaba. En segundo lugar, instaba al pueblo a que no pagara impuesto al rey o césar. Y, en tercer lugar, se hallaba enfrentado a Pilato como un rey rival; esto era un crimen de lesa majestad. Los romanos, decían, habían de estar en guardia contra esta sedición política. Incluso hablaron de «la lealtad de nuestro pueblo» a Roma, mientras en sus corazones despreciaban tanto a Roma como a Pilato.

Cada palabra suya era una mentira. Si Cristo hubiera sido un cabecilla de sedición, o si hubiese habido indicios de insurrección relacionada con su nombre, Pilato habría tenido noticia de ello. Lo mismo cabe decir del suspicaz Herodes; pero antes de ahora no se había tenido la menor queja contra aquel hombre. En cuanto al cargo que se le hacía de que vedaba pagar el tributo el césar, únicamente había sucedido que poco antes de que se intentara prenderle en el templo había dicho al pueblo que diera «al césar lo que es del césar». La tercera acusación, de que era rey,

no era de que se hubiese hecho rey de los judíos, sino más bien de que era un rey que desafiaba al césar. También esto era mentira, puesto que, cuando el pueblo intentó hacer de Él un rey de esta clase, Él huyó solo a la montaña.

Pilato dudaba de la sinceridad de aquellos hombres porque sabía cuánto le odiaban a él y al césar. Pero una de las acusaciones le turbaba ligeramente. ¿Era ciertamente un rey ese preso que tenía delante? Pilato hizo comparecer a Jesús ante sí, dentro de su palacio. Una vez lo tuvo en la sala del juicio, le preguntó:

> ¿Eres tú el rey de los judíos?
>
> Jn 18, 33

La acusación decía solamente que Él era rey. Pilato sabía que si Cristo se presentaba como rey rival de los romanos los gentiles testificarían contra Él. Así, le preguntó si era rey de los judíos. Nuestro Señor, en respuesta a esta pregunta, penetró la conciencia de Pilato; le preguntó si lo decía porque las falsas acusaciones de sus enemigos habían suscitado sus sospechas. Pilato había esperado una respuesta directa; la política, que era lo único que a Pilato le interesaba en aquel caso, fue la que el Maestro rechazó; la realeza religiosa, que indicaba que Él era el Mesías, fue lo que nuestro Señor admitió. Al escéptico Pilato, nuestro Señor tuvo que explicarle que su realeza no era la de un reino terreno obtenido con la fuerza de las armas; era más bien un reino espiritual que había de ser establecido por medio de la verdad. Sólo tendría súbditos morales, no súbditos políticos; reinaría en los corazones, no en los ejércitos.

> Mi reino no es de este mundo: si mi reino fuera de este mundo, entonces pelearían mis servidores para que yo no fuese entregado a los judíos; ahora, empero, mi reino no es de aquí.
>
> Jn 18, 36

De momento estas palabras tranquilizaron a Pilato, pues no había que temer que aquel hombre desafiara el poder de Roma. El reino de Cristo no era de este mundo; por lo tanto, no era como Judas el Galileo, hijo de Ezequías, que había acaudillado una rebelión contra Roma unos decenios atrás, incitando al pueblo a que no pagara impuestos. Tal vez hubiera Pilato oído decir que la noche anterior, cuándo Pedro quiso argüir con la dialéctica de la espada, nuestro Señor le reprendió y luego curó al herido. Si su reino fuera de este mundo, había dicho nuestro Señor, precisaría la

ayuda de ejércitos de hombres; pero un reino celestial se bastaba a sí mismo, ya que su poder venía de arriba. Su reino estaba en el mundo, pero no era del mundo.

La actitud serena y digna de aquel hombre que tenía delante de él, atado con cuerdas, con el rostro magullado y ensangrentado por los golpes recibidos después de su primer proceso, su afirmación de que su reino no era de este mundo, de que tenía siervos que no usarían la espada y de que Él iba a establecer un reino sin luchar, todo esto intrigó sumamente a Pilato, quien hizo ahora otra pregunta. La primera vez había preguntado Pilato: «¿Eres tú el rey de los judíos?» Ahora inquirió:

> Entonces, ¿tú eres rey?

Jn 18, 37

El proceso religioso se concentraba en Cristo el profeta, el Mesías, el Hijo de Dios. El proceso civil giraba en torno a su realeza. Es extraña la forma como los gentiles estaban asociados a Cristo bajo este título real. Los reyes magos, cuando Jesús nació, preguntaron dónde había nacido el rey; fue el edicto imperial del césar lo que hizo cumplirse la profecía de Miqueas de que el Mesías nacería en Belén.

Satisfecho Pilato de que Cristo no fuera un rival político, lleno de admiración quiso penetrar un poco más en el misterio de las pretensiones reales de aquel hombre. Nuestro Señor, después de haber confesado su condición de rey, reconoció la deducción que Pilato algo irónicamente había sacado, y respondió:

> Tú dices que soy rey, Yo nací, y vine al mundo, para dar testimonio de la verdad. Todo aquel que es de la verdad oye mi voz.

Jn 18, 37

Durante toda su vida, Jesús habíase referido siempre a su venida a este mundo; ésta era la única vez que decía había nacido. Nacer de una mujer es una cosa, venir al mundo es otra. Pero al hablar de su nacimiento añadió en seguida la expresión de venir al mundo. Al decir que había nacido, estaba reconociendo su origen humano temporal como Hijo del hombre; al decir que había venido al mundo, afirmó su divinidad. Además, el que venía del cielo, venía para dar testimonio, lo cual equivalía a morir por la verdad. Él ponía el fundamento moral para descubrir la verdad y afirmaba que ello no era sólo una búsqueda intelectual; lo que uno descubriera dependía en parte de su propia conducta moral. En este

sentido, dijo nuestro Señor, sus ovejas oían su voz. Evidentemente, Pilato entendió la idea de que la conducta moral tenía algo que ver con el descubrimiento de la verdad, por lo cual recurrió al pragmatismo y al utilitarismo, y preguntó escéptico y burlón:

> ¿Qué cosa es la verdad?
>
> Jn 18, 38

Hecha esta pregunta, Pilato volvió la espalda a la verdad, mejor dicho, a aquel que es la Verdad. Quedaba por comprobar cómo la tolerancia de la verdad y el error en un rasgo de condescendencia conduce a la intolerancia y a la persecución; cuando la pregunta «¿Qué cosa es la verdad?» se hace en tono sarcástico, va seguida de este otro sarcasmo: «¿Qué cosa es la justicia?» La intolerancia, cuando significa indiferencia ante lo justo y lo injusto, a veces desemboca en odio a lo que es justo. Aquel que era tan tolerante con respecto al error hasta el punto de negar que hubiera una Verdad absoluta, era el que habría de crucificar a la Verdad. Fue el juez religioso el que le desafió diciendo: «Yo te conjuro»; pero el juez laico le preguntaba: «¿Qué cosa es la verdad?» El que vestía los ropajes de sumo sacerdote invocó a Dios para repudiar las cosas que son de Dios; el que vestía la toga romana acababa de hacer profesión de duda y escepticismo.

Al decir nuestro Señor que todo el que es de la verdad oiría su voz, estaba enunciando la ley de que la verdad asimila todo lo que le es afín. La misma idea que había expresado Jesús a Nicodemo:

> Todo aquel que obra el mal, aborrece la luz, y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que obra la verdad, viene a la luz, para que sus obras sean puestas de manifiesto; por cuanto han sido hechas en Dios.
>
> Jn 3, 20 s

Por lo tanto, si en Pilato hubiera un impulso hacia la verdad, conocería que la Verdad misma se hallaba ante él; si no era así, condenaría a Jesucristo.

Pilato era uno de esos que creen que la verdad no es objetiva, sino subjetiva, y que cada persona puede determinar por sí misma lo que es verdadero. Suele ser el defecto de los hombres prácticos, como Pilato, considerar como una especulación inútil la búsqueda de la verdad objetiva. El escepticismo no es una posición intelectual, es una posición moral en el sentido de que viene determinada no tanto por la razón como por el modo

que uno tiene de actuar y comportarse. El deseo que tenía Pilato de salvar a Jesús era debido a una especie de liberalismo que combinaba la incredulidad en una Verdad absoluta con no querer, de un modo semibenévolo, perturbar a tales soñadores supersticiosos. Pilato hizo la pregunta de «¿Qué cosa es la verdad?» a la única Persona del mundo que podía contestársela cabalmente.

Pilato comenzó ahora el primero de sus varios intentos para salvar a Cristo, tales como declarar que era inocente, proponer que se eligiera entre varios presos, hacerle azotar, apelar a la compasión, cambiar de jueces. Al no comprender Pilato que alguien pudiera morir por la verdad, no podía comprender, naturalmente, cómo la Verdad misma podía morir por los que erraban. Después de volver la espalda al Logos hecho carne, se dirigió al pueblo, que se hallaba fuera del palacio, para comunicarle su convencimiento de que aquél preso que le habían traído era inocente.

> Yo no hallo en él ningún delito.
>
> Jn 18, 38

Si no había delito en Él, Pilato debía haberlo puesto en libertad. Al oír los miembros del sanedrín que el gobernador romano declaraba que el preso era inocente, intensificaron de modo más violento su acusación de que Jesús era un sedicioso y un revolucionario:

> Incita al pueblo, enseñando por toda la Judea; y comenzando desde Galilea, llega hasta aquí.
>
> Lc 23, s

El supremo interés de Pilato era la paz del estado; de ahí que el supremo interés del sanedrín fuese el de demostrar que Cristo era un perturbador de la paz. Al oír Pilato la palabra «Galilea», vio el modo de eludir el juzgar a Cristo... Ya que el sanedrín había cambiado la acusación de blasfemia por la de sedición, también Pilato pasaría la jurisdicción del proceso a uno que tenía autoridad en Galilea.

Debido a la pascua, Herodes se hallaba a la sazón en Jerusalén. Aunque él y Herodes eran enemigos, Pilato deseaba, sin embargo, transferir a Herodes la responsabilidad de absolver o condenar a Jesús.

El proceso ante Herodes

Este Herodes era Herodes Antipas, hijo de Herodes el Grande, el que hizo asesinar a todos los hijos varones de Belén de menos de dos años de

edad. Da familia de Herodes era idumea, es decir, descendía de Esaú, padre de Edom. Los descendientes de Esaú eran enemigos de los descendientes de Jacob. Herodes Antipas era tío de Herodes Agripa, quien más adelante hizo degollar a Santiago el apóstol, y habría hecho lo mismo con Pedro si éste no hubiera sido librado milagrosamente de la cárcel por un ángel. Herodes era un hombre sensual y mundano; había asesinado a Juan Bautista porque éste le censuraba haberse divorciado de su mujer y estar viviendo maritalmente con la esposa de su hermano. Herodes no tenía tranquila la conciencia, no sólo porque había hecho matar al precursor de Cristo, sino también porque sus supersticiones le hacían creer que el Bautista había resucitado y atormentaba su alma.

Cuando nuestro Señor fue llevado a su presencia,

> Herodes, cuando vio a Jesús, se alegró sobremanera; pues hacía mucho que deseaba verle; porque había oído hablar de Él; y esperaba ver algún milagro hecho por Él.

Lc 23, 8

El Salvador, que nunca había obrado un milagro en beneficio propio, no haría ahora ciertamente ninguno con objeto de liberarse. Pero el frívolo tetrarca, que contemplaba al preso como si se tratara de un bufón o de un juglar, esperaba la emoción que pudieran depararle unos breves momentos de magia. Siendo como era saduceo, no creía en una vida en el más allá; y como hombre totalmente entregado al libertinaje, identificaba la religión con la magia. Herodes era el tipo de hombre que siente curiosidad por la religión, la estudia, lee y a veces llega a conocerla a fondo, pero no quiere renunciar a sus vicios. He aquí la razón por la que hizo muchas preguntas a nuestro Señor. Aunque los escribas y los jefes de los sacerdotes se unían a Herodes al incitar a Jesús para que hablase, éste se negó a decir una palabra. Si hubiese hablado, habría sido solamente para censurar a aquel hombre inmoral. Una vez más se presentaba al Salvador la tentación de aceptar todos los reinos del mundo a cambio de repudiar la cruz. Pudo haber captado las simpatías de Pilato, y también las de Herodes, con una sola palabra, pero se negó a hablar. Ya había advertido en el sermón de la montaña que no había de predicarse a las personas que no fueran de buena voluntad:

> No deis lo santo a los perros, ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos; no sea que las rehuellen con los pies, y volviéndose sobre vosotros, os despedacen.

Mt 7, 6

La religión no debe ofrecerse a todos, sino únicamente a aquellos que son «de la verdad». Aunque Herodes estaba contento de ver a nuestro Señor, esta alegría no nacía de nobles motivos de arrepentimiento. De ahí que el Cristo que habló a un ladrón arrepentido y a Magdalena, y también a Judas, no quisiera decir una sola palabra al rey galileo, porque la conciencia de Herodes estaba ya muerta. Estaba demasiado familiarizado con la religión. Quería milagros, no como motivo para creer, sino como satisfacción de su curiosidad. Su alma estaba tan ciega a las exhortaciones, incluyendo las del Bautista, que una exhortación más no habría conseguido sino ahondar su culpa. Lo que ofrecía al Señor no era el alma, para que se la salvase, sino los nervios, para que se los hiciera vibrar de emoción. Así pues, el Señor del mundo no dijo una sola palabra a aquel hombre de mundo. El libro de los Proverbios expresa muy bien esta actitud de Jesús con respecto a Herodes:

> ¡Entonces mis despreciadores clamarán a mí, mas yo no responderé, me buscarán con empeño, pero no me hallarán! Por cuanto se hartaron de ciencia, y no escogieron el temor del Señor.

Prov 1, 28

El silencio del Señor irritó tanto a Herodes, que su orgullo ofendido se volvió sarcasmo y burla:

> Y Herodes con sus soldados le menospreció, y haciendo burla de Él, le puso un vestido brillante, y le volvió a enviar a Pilato.

Lc 23, 11

La voz que había ordenado entregar a la hija de Herodes la cabeza de Juan Bautista, ordenaba ahora que un ropaje humillante cubriera los hombros del preso. Probablemente la vestidura con que cubrieron a Jesús fue una tela blanca para mofarse de sus pretensiones de ser rey. Todos los candidatos a ejercer una magistratura en Roma llevaban una toga *cándida,* o vestido blanco de donde viene la palabra «candidato». De esta manera Herodes quería humillar al que pretendía ser rey, pero, al mismo tiempo, aquella ropa blanca era una declaración simbólica de la inocencia de Jesús.

El mundo tiene la costumbre de enterrar los odios pequeños con objeto de satisfacer un odio mayor. El nacismo y el comunismo se unieron debido a su odio común a Dios; es lo mismo que hicieron Pilato y Herodes:

> Y Herodes y Pilato se hicieron amigos en aquel mismo día; porque antes estaban enemistados.

Lc 23, 12

El fariseísmo y el saduceísmo, que eran sectas enemigas, se unieron en la crucifixión. La cruz de Cristo une a los amigos de Cristo, esto es evidente; pero la cruz une también a sus enemigos entre sí. Los mundanos prescinden siempre de sus odios menores cuando se trata de odiar a Dios. Resultaba divertido para aquellos malvados ver que aquel preso, cubierto con su propia sangre, odiado por su pueblo, pretendiera ser rey. Herodes podía confiar en que Pilato admitiera lo que esto tenía de humorístico. Cuando Pilato y él se rieran juntos de aquel caso, ya no habría enemistad entre ellos, aun cuando el objeto de sus mofas fuera el mismo Dios. La única vez que la risa resulta perversa es cuando va dirigida contra aquel que la creó. Nos preguntamos si, cuando Herodes devolvió el divino preso a Pilato para que le condenase, recordaba que el Señor había dicho que moriría en Jerusalén, no en Galilea. Después de la ascensión de Jesús y de la venida del Espíritu santo, cuando Pedro y Juan serían conducidos ante sus jueces por estar predicando a Cristo crucificado, los que con ellos estaban empezaron a rezar la primera oración de la Iglesia cristiana. En esta oración se mencionarían junto a estos jueces, Herodes y Pilato; también se haría mención de los judíos y los gentiles, puesto que el mundo entero, que había tomado parte en su condena, participaba o participaría en su redención.

> Porque verdaderamente se juntaron, en esta ciudad, contra tu santo siervo Jesús, a quien ungiste, Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles, y las tribus de Israel, para hacer todo cuanto tu mano y tu consejo habían predeterminado que había de hacerse. Ahora, pues, Señor, mira a las amenazas de ellos; y concede a tus siervos que con todo denuedo hablen tu palabra.

Act 4, 27-28

46. AL BORDE DEL ABISMO

Entre tanto, ¿qué había sido de Judas? Judas era el único que sabía dónde encontrar a nuestro Señor después de obscurecer. Los soldados no lo sabían, y por ello había que darles una señal. Cristo fue entregado a sus enemigos por uno de los suyos. El mayor daño no procede siempre de nuestros enemigos, sino de quienes han crecido en medios que se apellidan de Cristo. Las flaquezas de los amigos de dentro dan ocasión para que ataquen los enemigos de fuera. Los enemigos perpetrarán la obra de la crucifixión, pero los que habiendo conocido la fe la perdieron y desean acallar su conciencia destruyendo la raíz de todo principio ético son quienes causan mayor daño.

El odio que Judas abrigaba contra nuestro Señor era debido al contraste que existía entre su propio pecado y la virtud de su divino Maestro. En *Otelo,* dice Yago acerca de Casio: «Tiene en su vida una belleza cotidiana que hace que yo parezca feo». El disgusto que Judas sentía contra sí mismo se descargó contra uno que le hacía sentirse incómodo debido a la bondad que irradiaba. El odio contra la Divinidad no es siempre resultado de la falta de fe, sino muy a menudo efecto de la aversión que la fe inspira en algunos sujetos. La conciencia, Cristo y el don de la fe hacen que los malvados se sientan incómodos en su pecado. Comprenden que si pudieran expulsar a Cristo de la tierra se sentirían libres de «inhibiciones morales». Olvidan que es su propia naturaleza y su propia conciencia lo que les hace expulsar a sus embajadores en la tierra. En una esfera más reducida, ésta es la razón por la cual muchos se burlan de la virtud... porque la virtud no les deja sentirse a gusto con sus vicios. Un rostro casto constituye una acusación. Judas era más celoso en la causa de sus enemigos que lo fue nunca en la causa de nuestro Señor. Cuando los hombres abandonan a Cristo, tratan de redimir su reputación pasando a los extremos opuestos.

La traición se efectuó con un beso. Cuando la maldad quiere destruir la virtud y cuando alguien quiere crucificar al Hijo de Dios, se siente la necesidad de hacer proceder la malvada acción de ciertas muestras de afecto. Con los mismos labios traidores, Judas honraría y renegaría de la Divinidad. Sólo una palabra recibió en respuesta a su beso: «amigo». Fue la última vez que nuestro Señor habló a Judas. De momento, no era el traidor, sino el amigo. Tuvo tiempo de reconciliarse con el Maestro, pero desdeñó la ocasión.

> Entonces Judas, el que le había entregado, viendo que era condenado, lleno de remordimiento, devolvió los treinta siclos de plata a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos, diciendo: ¡Pequé entregando sangre inocente!

Mt 27, 3-4

En el texto griego de los evangelios las palabras que sirven para indicar el arrepentimiento de Pedro y el arrepentimiento de Judas, respectivamente, son diferentes. La palabra usada en relación con Judas significa solamente un cambio de sentimientos, un pesar por las consecuencias de su acción, un deseo de deshacer lo que ya está hecho. Esta clase de arrepentimiento no pedía perdón, puesto que incluso los demonios en el infierno se arrepintieron de las consecuencias de su pecado de orgullo. La razón que le había impulsado a entregar a Cristo le parecía ahora a Judas sumamente vil y deleznable; el Mesías político que había deseado le parecía ahora algo indigno de ser concebido por la mente. Antes de pecar, el diablo presenta el pecado como algo atractivo; después del pecado, el mismo diablo se convierte en acusador, incitando al culpable a la desesperación y empujándole a cometer los peores crímenes. Evidentemente, el diablo «le dejó por unos momentos», lo cual dio a Judas oportunidad para lamentar su mala acción y devolver el dinero. Pero más tarde volvió a él el diablo para empujarle a la desesperación.

La sentencia contra nuestro Señor produjo un doble efecto: uno sobre Judas, el otro sobre los príncipes de los sacerdotes miembros del sanedrín. En Judas produjo el efecto de la tiranía de la culpa, por medio de la agonía y congoja de su conciencia. Las treinta monedas de plata que llevaba en la bolsa resultaron para él insoportablemente pesadas; corrió al templo, sacó de ella los treinta siclos y con un gesto lleno de sarcasmo y desesperación los arrojó haciéndolos rodar por el suelo del santo lugar. El desprenderse de la ganancia obtenida con su traición era señal de que no se había hecho

más rico por lo que había ganado, y de que era infinitamente más pobre que antes debido a la forma como había ganado aquel dinero.

Nadie ha vendido o negado jamás a Jesús a cambio de un placer efímero o una recompensa temporal sin que al mismo tiempo se haya dado cuenta de que se desprendía de Él a un precio infinitamente irrisorio, comparado con su verdadero valor. Cuando Judas realizó la venta, le pareció haber hecho un pingüe negocio. Después, devolvió el dinero al templo y arrojó las monedas de plata, que rodaron tintineando por el suelo, porque ya no deseaba el dinero que había ganado. Se había estafado a sí mismo. Los frutos del pecado jamás compensan de la pérdida de la gracia. Ahora el dinero aquel ya no valía para nada, salvo para comprar un campo «de sangre».

Aquellos que habían sido cómplices de su delito ahora trataban de eludir las responsabilidades. Uno de los castigos que reporta el pecado realizado en colaboración es la mutua recriminación de los cómplices; cada vez que varios hombres se juntan para recriminar a un hombre bueno, acaban eliminándose unos a otros. Sin embargo, en el caso de Judas, encontramos que ocurrió al revés de lo que suele ocurrir tratándose de personas inicuas. Cuanto mayor es la equivocación, tanto más se resiste uno a reconocer que lo que hizo era una acción injustificada. Los malos, con objeto de parecer inocentes, cargan las culpas sobre aquellos que han sido víctimas de sus errores. Si algo hubiera para justificar el pecado de Judas, es indudable que éste lo hubiese cogido al vuelo y lo habría exagerado con objeto de cubrir su perfidia y su vergüenza. Pero el mismo Judas declaró inocente a nuestro Señor. El qué un día se había lamentado de que María desperdiciara aquel precioso ungüento, ahora despilfarraba sus treinta monedas de plata al arrojarlas lejos de sí. ¿No podía haber dado aquel dinero a los pobres? Los siclos quedaron en el suelo del templo donde Judas los había tirado. Los jefes de los sacerdotes odiaban este dinero tanto como a Judas, su miserable instrumento. Éste trató de culpar al sanedrín, pero éste inculpó a su vez a Judas. Sin que en modo alguno confesara la divinidad de su Maestro, Judas, sin embargo, se condenó a sí mismo. De la misma manera que dijo Caín: «¿Soy acaso guarda de mi hermano?», así ellos desdeñaron compadecerse de su propio cómplice.

Pero aquel dinero no podía dejarse en el suelo del templo, así que los jefes de los sacerdotes lo recogieron, diciendo:

> No es lícito echarlo en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. Mas, habida consulta, compraron con él el

Campo del Alfarero, para sepultura de extranjeros. Por lo cual aquel campo ha sido llamado *Haceldama* (campo de sangre) hasta el día de hoy.

Mt 27, 6-8

Los cómplices de Judas estaban dispuestos a deliberar acerca del dinero, mas no acerca del hombre inocente. Debieron alegrarse de la confesión de Judas, pero le arrojaron de su lado como un instrumentó inservible. Ya no le necesitaban; tampoco querían aquel dinero, por lo cual lo destinaron a comprar un campo de sangre.

Judas se arrepintió con relación a sí mismo, pero no con relación al Señor. Sentía aversión por los efectos de su pecado, mas no por su pecado mismo. Todo puede ser perdonado, salvo el rechazar el perdón, así como la vida puede perdonarlo todo, excepto el aceptar la muerte. Su remordimiento era un odio a medias, y el odio a medias tiende al suicidio. El odiarse a sí mismo es el comienzo del crimen. Sólo es saludable cuando va acompañado por el amor a Dios. El arrepentirse con relación a uno mismo no es suficiente. La conciencia habla entonces muy bajo cuando debiera hablar más fuerte que nunca. Es como una lámpara que a veces se sume en las tinieblas.

Cuando un hombre se odia a sí mismo por lo que ha hecho, pero carece de arrepentimiento con respecto a Dios, puede que algunas veces se golpee el pecho cual si de él quisiera borrar el pecado. Sin embargo, existe una diferencia infinita entre el que se golpea el pecho por disgusto contra sí mismo y el que hace lo mismo pidiendo perdón en un humilde *mea culpa.* En ocasiones este odio a medias llega a hacerse tan intenso que conduce incluso al suicidio. Aunque la muerte es uno de los castigos acarreados por el pecado original, y aunque sea algo universalmente temido, hay algunos, sin embargo, que se arrojan en sus brazos. Antes del pecado la conciencia advirtió a Judas, pero una vez cometido el pecado fue tan grande el remordimiento que no pudo resistirlo. Bajó por el valle del Cedrón, aquel valle lleno de siniestros recuerdos. Entre las escabrosas peñas y los nudosos árboles, se sintió Judas tan asqueado de sí mismo, que tuvo deseos de acabar con su vida. Todo lo que le rodeaba parecía hablarle de su destino y de su fin. Nada le parecía más repulsivo que el techo dorado del templo, porque le recordaba el Templo de Dios que él había vendido; cada árbol le parecía el patíbulo a que había condenado a un hombre inocente; cada rama era un dedo acusador; la misma colina sobre la que se hallaba permitía divisar el Calvario, en donde aquel a quien había

condenado a muerte juntaría el cielo con la tierra; pero él quería separarlos ahora tanto como pudiera. Ató una cuerda a una rama de un árbol y se ahorcó, y en aquel momento reventó. Dios puede ser vendido, pero no puede ser comprado. Judas le vendió, pero sus malvados colaboradores no pudieron comprarle, porque estaba presente de nuevo en la gloria de la resurrección.

Puede trazarse un paralelo interesante entre Pedro y Judas. Existen ciertas semejanzas, pero también terribles diferencias. Primeramente, nuestro Señor llamó «diablos» a ambos. Llamó «Satán» a Pedro cuando éste le reprendió porque el Maestro decía que iba a ser crucificado; llamó «diablo» a Judas en la ocasión en que Jesús prometió el Pan de Vida. En segundo lugar, advirtió a ambos de su caída. Pedro dijo que, aunque otros negaran al Maestro, él no le negaría jamás. Entonces Jesús le dijo que aquella misma noche, antes de que cantara el gallo, le negaría tres veces. Judas, a su vez, fue advertido cuando el Maestro le ofreció el bocado: y también dijo, en contestación a su pregunta, que él era quien le entregaría. En tercer lugar, ambos negaron a nuestro Señor: Pedro a las criadas, durante el proceso nocturno; Judas en el huerto, cuando entregó a nuestro Señor a los soldados. Cuarto, nuestro Señor trató de salvar a los dos; a Pedro por medio de una mirada, y a Judas al llamarle «amigo». Quinto, ambos se arrepintieron de lo que habían hecho: Pedro salió y lloró amargamente; Judas devolvió las treinta monedas de plata y afirmó la inocencia de nuestro Señor.

¿Por qué, entonces, está uno a la cabeza de la lista, y el otro al final de ella? Porque Pedro se arrepintió con relación a Dios, y Judas con relación a sí mismo; la diferencia era tan grande como puede ser la que existe entre Dios y los hombres. Una diferencia tan grande como la que existe entre la cruz y un diván de consultorio psicoanalítico. Judas dijo que había «entregado sangre inocente», pero jamás deseó ser bañado en ella. Pedro reconoció que había pecado y buscó la redención; Judas conoció que había cometido un error y trató de escapar a las consecuencias, el primero de la larga muchedumbre de desertores de la cruz. El perdón divino presupone pero jamás anula el libre albedrío. Uno se pregunta si cuando Judas se hallaba debajo del árbol que había de proporcionarle la muerte pensó en mirar en derredor, hacia el árbol que podía haberle proporcionado la vida. Acerca de esta diferencia entre arrepentirse para el Señor y arrepentirse para sí mismo, como hicieron Pedro *y* Judas respectivamente, escribiría más adelante san Pablo:

> El pesar que es según Dios obra un arrepentimiento saludable, del que nunca nos dolemos; mas el pesar del mundo obra la muerte.

2 Cor 7, 10

La tragedia de la vida de Judas es que podía haber llegado a ser san Judas.

47. SEGUNDO PROCESO ANTE PILATO

Pilato vio a la muchedumbre, con Jesús en medio de ella, cuando volvía de la residencia de Herodes y se dirigía a su palacio. Tan difícil resulta desentenderse de Cristo. Obligado a recapitular el caso delante del pueblo, Pilato volvió a la primera acusación que se hacía a Jesús, de que pervertía al pueblo, y proclamó:

> He aquí que yo, habiéndole examinado delante de vosotros, no he hallado en este hombre culpa alguna de aquellas de que le acusáis; ni Herodes tampoco; porque él le ha vuelto a enviar a nosotros; y he aquí que ninguna cosa digna de muerte ha sido cometida por él.

Lc 23, 14 s

Evidentemente, ambos jueces estaban convencidos de que, a pesar de lo que se había dicho, el preso era inocente. Así era declarado por segunda vez. Conociendo Pilato que los judíos le habían entregado aquel hombre por envidia, intentó nuevamente hallar el medio de no condenarle. El sanedrín le daba en realidad la solución al recordarle que por pascua existía la costumbre de soltar un preso de la cárcel. A la sazón se hallaba languideciendo en ella un «preso notable», el llamado Barrabás. Este hombre era el líder del movimiento clandestino judío contra los romanos. Había sido encarcelado tanto por sedición como por homicidio cometido durante la rebelión que había organizado contra Roma.

Pilato era muy astuto; trató de disimular sus intenciones al escoger un preso que era culpable del mismo delito de que se acusaba a Cristo, a saber, de sedición contra el César. Al cabo de uno minutos, dos figuras humanas se hallaban de pie ante la muchedumbre, sobre el suelo de blanco mármol del pretorio. Pilato estaba sentado sobre una tribuna, rodeado de la guardia imperial. Barrabás, a un lado, entreabría los ojos, deslumbrado por la luz del sol. No la había visto desde hacía meses. Al otro lado se encon-

traba Cristo. Eran dos hombres acusados de revolucionarios. Barrabás apelaba a motivos nacionalistas; Cristo apelaba a la conciencia. Sonaron las trompetas. Se restableció el orden. Pilato avanzó unos pasos y dirigió la palabra a la chusma:

> ¿A quién queréis que os suelte? ¿A Barrabás, o a Jesús, que es llamado Cristo?

Mt 27, 17

La pregunta de Pilato tenía todo el aire de democracia y de elección libre, pero era solamente una copia ridícula de ello. Consideremos primeramente la gente a que iba dirigida y luego la pregunta en sí misma. El pueblo, en realidad, no estaba inclinado a sentenciar a muerte a nuestro Señor. Por este motivo, algunos demagogos

> Persuadieron al pueblo a que pidiese a Barrabás.

Mt 27, 20

Siempre existe un grupo de personas sin personalidad propia, indiferentes e insensatas, dispuestas a dejarse arrastrar por aquella clase de oratoria que ha sido llamada «la prostituta de las artes». El pueblo se deja arrastrar por falsos líderes; los mismos que gritan «¡hosanna!» el domingo pueden gritar «¡crucifícale!» el viernes.

Lo que sucedió aquel viernes por la mañana fue que, merced a unos propagandistas, el pueblo se convirtió en masa. Una democracia provista de conciencia se convirtió en una oclocracia provista de autoridad. Cuando una democracia pierde su sentido moral, puede votar antidemocráticamente. Al preguntar Pilato:

> ¿A quién queréis que os suelte?

Mt 27, 17

estaba celebrando una elección democrática imparcial. Suponía que un voto significaba el derecho a elegir entre la inocencia y la culpa, entre el bien y el mal, entre lo justo y lo injusto. En contestación a la pregunta de Pilato, bramaron las masas:

> ¡A Barrabás!

Mt 27, 22

Pilato apenas podía dar crédito a lo que oía. Lo mismo le ocurría al propio Barrabás. ¿Es que estaba a punto de ser puesto en libertad? Por primera vez se dio cuenta de que ahora podría llevar a cabo su revuelta.

Volvió su rostro tumefacto hacia el Nazareno. Trató de medir a su rival de pies a cabeza, pero su mirada no se atrevió a levantarse del suelo. Había en los ojos de Jesús algo que penetraba hasta el fondo de su alma, como si el Nazareno se sintiera realmente apenado a causa de él, porque le ponían en libertad.

> Mas ellos gritaron todos juntos, diciendo: ¡Éste, a la muerte, y suéltanos a Barrabás!

Lc 23, 18

Y respondiendo Pilato, les dijo otra vez,

¿Qué, pues, haré del que llamáis rey de los judíos?

Mc 15, 12

Y volvió Pilato a hablarles, deseando soltar a Jesús. Mas ellos clamaron a gritos: ¡Crucifícale! ¡Crucifícale!

Lc 23, 20 s

Entonces él les dijo por tercera vez: ¿Pues qué mal ha hecho? Ninguna cosa digna de muerte he hallado en él; ¡le castigaré, pues, y le soltaré! Mas ellos insistían a grandes voces, pidiendo que fuese crucificado; y las voces de ellos y de los sacerdotes prevalecieron. Pilato, pues, dio sentencia que fuese hecho lo que pedían. Y soltó aquel que por motín y homicidio había sido echado en la cárcel, a quien pedían.

Lc 23, 22-25

No siempre la mayoría tiene razón. La mayoría tiene razón en el terreno de lo relativo, mas no en el de lo absoluto. La mayoría está justificada siempre que una votación se basa en la conciencia, y no en la propaganda. La verdad no sale ganando cuando los números son lo único decisivo. Los números, por sí solos, pueden decidir sobre la elección de una reina de la belleza, pero no acerca de la justicia. La belleza es cuestión de gusto, pero la justicia es insípida. Lo justo seguiría siendo justo aun cuando no hubiera nadie justo, así como lo injusto lo sería igualmente en el caso de que todo el mundo fuera injusto. Y la primera decisión por mayoría en la historia del cristianismo resultó equivocada. Barrabás recibió la libertad por causa de Cristo, aunque se trató de una libertad política. Pero fue un símbolo de que por medio de la muerte de Jesús los hombres serían hechos libres. Sucedió esto en la época de la pascua, cuando era costumbre que un cordero substituyera al pueblo y muriera para expiar los pecados de éste. El Salvador padecería y el pecador

quedaría libre. El libro del Éxodo proclama que el pecador había de ser redimido por un cordero, pero el Cordero no podía ser redimido. El Salvador no podía ser soltado, pero sí podía serlo el pecador.

Deseando Pilato todavía no condenar a Cristo, dijo, dando un giro curioso al asunto:

> Le castigaré, y le soltaré.
>
> Lc 23, 16

Los azotes eran un castigo que los romanos infligían siempre antes de la crucifixión, pero estos azotes de que hablaba ahora Pi* no eran ^ castigo. De la misma manera que más adelante Lisias no vaciló en azotar a Pablo, a pesar de que no se había demostrado que el apóstol hubiera incurrido en delito, así Pilato infligía un castigo con la esperanza de mover a piedad a la gente. Como era natural, esto no constituía sorpresa alguna para nuestro Señor, el cual había predicho ya que sería azotado y crucificado. Así, vemos que Pilato había intentado de tres modos poner en libertad a Jesús al declararle inocente, al soltar un preso durante la pascua y, finalmente, mandándole azotar.

La flagelación

Pilato trató de mantener el equilibrio satisfaciendo al sanedrín y al mismo tiempo a su propia conciencia. Pero se equivocaba al creer que la muchedumbre se aplacaría y conmovería al ver correr la sangre. Tales compromisos con respecto a la justicia raras veces logran su objetivo. Si era culpable, Pilato debió haber condenado a muerte a Jesús; si era inocente, debió soltarle.

Nuestro Señor esperaba entregar su vida en rescate por el pecado; había dicho de sí mismo que tenía un bautismo con el cual había de ser bautizado. Juan le había dado el bautismo de agua, pero los romanos le daban ahora su bautismo de sangre. Después de abrir sus sagradas carnes a latigazos, le pusieron ahora un manto de púrpura que se pegó a su cuerpo ensangrentado. Luego tejieron una corona de espinas que colocaron en su cabeza. ¡Qué maldiciones soltaban los soldados cada vez que se pinchaban los dedos con las espinas, pero cuánto se mofaban de Jesús al ponerle esta cruel corona de burlas! Luego pusieron una caña en su mano después de haberle golpeado con ella en la cabeza. Y se arrodillaban ante El fingiendo adorarle. Como había profetizado Isaías:

Ciertamente él ha llevado nuestros padecimientos, y se cargó con nuestros dolores, mas nosotros le reputamos castigado, golpeado por Dios y humillado. Pero fue traspasado por nuestros pecados, quebrantado fue por nuestras iniquidades, el castigo de nuestra paz fue sobre él, y por sus llagas nosotros sanamos.

Is 53. 4 s

Después de la flagelación, Pilato llevó a Jesús sangrando ante la muchedumbre y dijo a ésta:

He aquí que le saco a vosotros, para que sepáis que yo no hallé en él crimen alguno... ¡He aquí al hombre!

Jn 19, 4, 6

He aquí la clase de hombre que vosotros estáis acusando. Contempladle, mas no vestido de armiño, sino sin otra corona que una de espinas, sin otra señal de realeza que la roja sangre, y sin ningún otro distintivo de autoridad que una caña. Estad seguros de que nunca más tomará este título de rey, que tan caro le ha costado. Yo había esperado hallar un destello de humanidad en vosotros, y por ello cedí a vuestros deseos.

Pero, al verle, los jefes de los sacerdotes aullaron:

¡Crucifícale! ¡crucifícale!

Les dijo Pilato:

Tomadle vosotros, y crucificadle.

Los judíos le respondieron:

Nosotros tenemos una ley, y conforme a nuestra ley él debe morir; por cuanto se ha hecho Hijo de Dios.

Jn 19, 6 s

Pilato dijo que era un «hombre»; ellos hablaron del «Hijo de Dios». Pilato había declarado que Jesús era inocente ante la ley romana. Ellos respondieron que era culpable ante su ley. Al oír Pilato que le llamaban «el Hijo de Dios».

Tuvo mayor temor.

Jn 19, 8

La superstición va de la mano con el escepticismo. Herodes no creía en la resurrección y, sin embargo, al oír decir que nuestro Señor predicaba en su territorio, pensó que Cristo era el Bautista, que había resucitado de entre los muertos. Pilato no creía que El fuese el Hijo de Dios y, con todo, se sintió aturdido ante aquel extraño ser que tenía delante, el cual no dijo una sola palabra en su propia defensa. Profundamente conturbado y temiendo que Cristo fuese tal vez un mensajero de los dioses, Pilato le hizo entrar en el pretorio y le preguntó:

> ¿De dónde eres tú?

Jn 19, 9

Pilato no dijo: «¿Quién eres tú?» o «¿Eres tú el Hijo de Dios?», sino «¿De dónde eres tú?». No le interesaba el origen galileo de Jesús, puesto que él mismo le había enviado ya al galileo Herodes. Advertía que Cristo era algo más que un hombre. Si fuera realmente del cielo, no le crucificaría; por lo tanto, le preguntó en privado acerca de su verdadero origen. Pilato había hecho ya seis preguntas. Sólo le restaba hacer una.

Pero Jesús se negó a contestar. Pilato había vuelto ya la espalda a la verdad. Cinco veces durante el proceso, nuestro Señor había guardado un misterioso silencio: ante el sumo sacerdote, ante el sanedrín, ante Herodes y dos veces ante Pilato. Este silencio podía significar que, al llevar los pecados del mundo, nada tenía que decir en propia defensa. Cuando hablaba lo hacía como pastor; cuando callaba era una «oveja», como había profetizado Isaías:

> Como cordero, es conducido al matadero; y como es muda la oveja ante los que la esquilan, así él no abre la boca.

Is 53, 7

Pilato había tratado a Jesús como un tema de especulación, sin aprovecharse de la verdad que podía ofrecerle. A tales hombres el cielo se niega a responderles. En lo profundo de su mente, Pilato había llegado a la conclusión de que Jesús era inocente, pero no obró conforme a esta convicción. Por tanto, Pilato no merecía respuesta, y por ello no obtuvo ninguna. Había perdido todo derecho a recibir revelación alguna de parte del preso. Toda alma tiene su día de visitación, y Pilato había tenido el suyo.

Tal vez en aquel momento Claudia, la esposa de Pilato, envió su mensaje a su marido.

Claudia era la hija menor de Julia, la hija de César Augusto. Julia había estado casada tres veces, la última vez con Tiberio. Debido a su vida disoluta, Julia fue desterrada al dar a luz a Claudia, habida con un caballero romano. Cuando Claudia contaba trece años, Julia la envió para que se educase al lado de Tiberio. Cuando contaba dieciséis, conoció a Pilato, también de origen humilde, el cual la pidió en matrimonio. De esta manera Pilato emparentó con la familia imperial, Lo cual aseguró su porvenir en la política. En virtud de este matrimonio Pilato fue nombrado procurador de Judea.

A los gobernadores romanos les estaba prohibido llevarse a sus mujeres a las provincias. La mayor parte de los políticos se sentían felices con esta disposición, mas no así Poncio Pilato. El amor terminó por vencer a una rigurosa ley romana. Cuando Pilato hacía ya seis años que se hallaba en Jerusalén, envió a buscar a Claudia, la cual estaba más que deseosa de abandonar la capital del mundo e ir vivir en la soledad de un mundo desconocido y extraño.

Podemos concluir razonablemente que Claudia había oído hablar de Jesús, tal vez de labios de la doncella judía que le preparaba el baño, o de los criados que le llevaban noticias del Maestro. Es muy posible que le hubiera visto incluso, pues la fortaleza Antonia, donde ella vivía, estaba cerca del templo de Jerusalén, que Jesús había frecuentado.

Tal vez oyó su mensaje y, puesto que «nunca ningún hombre habló como éste», su alma se sintió conmovida. El mismo contraste que existía entre aquel hombre y las ideas que Él abrigaba acerca del mundo que ella conocía, por un lado, y por otro los propios pensamientos de ella, contribuía a que se sintiera atraída hacia Jesús. Las mujeres de Jerusalén, que veían a Claudia mirar por las celosías, que contemplaban codiciosas el brillo de las gemas que adornaban sus blancas manos, u observaban el perfil orgulloso de su rostro de patricia romana, poco podían sospechar lo profundos que eran sus pensamientos, lo intenso de su tristeza y cuán vehemente era su anhelo.

Los romanos profesaban a la ley una sumisión casi prusiana. Ninguna mujer estaba autorizada a intervenir en los procesos de ley, ni siquiera a ofrecer una sugerencia. Lo que hizo más notable la entrada en

escena de Claudia fue que enviara un mensaje a su marido Poncio Pilato precisamente en el mismo día en que éste estaba decidiendo el caso más importante de su carrera política y el único de que guardaría perpetua memoria: el proceso de nuestro Señor.

Enviar un mensaje a un juez mientras éste se hallaba en el tribunal constituía una ofensa que merecía ser castigada, y sólo pudo decidir a Claudia a dar este paso lo horrible de la acción que veía a punto de realizarse.

> Y estando él sentado en el tribunal, su mujer le envió recado, diciendo: Nada tengas que ver con ese justo; porque hoy he padecido en sueños muchas cosas a causa de él.

Mt 27, 19

Mientras las mujeres del pueblo escogido guardaban silencio, esta mujer pagana daba testimonio de la inocencia de Jesús y pedía a su marido que le tratara de manera justa.

El mensaje de Claudia viene a anticipar todo lo que el cristianismo significará para la mujer pagana. Es la única mujer romana de quien se habla en los evangelios, y es una mujer del rango más elevado.

Su sueño fue un compendio también de los sueños y anhelos de un mundo pagano, de sus grandes deseos, alentados a lo largo de muchos años de tener un hombre justo: un Salvador.

Lo que pudo ser aquel sueño, es cosa que ignoramos, pero una escritora moderna, Gertrud von Le Fort, ha tratado de adivinarlo. El viernes santo por la mañana, cuando Claudia despertó, le pareció oír voces que decían así en las catacumbas: «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato»; luego, más adelante, estas mismas voces decían, en templos paganos convertidos en iglesias: «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato»; luego, juntándose con el rugir del mar, las voces se multiplicaron, y en iglesias que se elevaban hasta el cielo, Claudia volvió a oír en su sueño «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato». Pero, sea lo que fuere en realidad este sueño, el caso es que aquella mujer intuitiva tuvo razón, y el hombre práctico se equivocó. Al ver Pilato que el preso continuaba silencioso, se irritó sobremanera, pues estaba acostumbrado a ver que los reos temblaran de miedo en su presencia.

> Le dijo, pues, Pilato: ¿No me hablas? ¿No sabes que tengo potestad para soltarte, y tengo potestad para crucificarte?

Jn 19, 10

Pilato hablaba de su potestad para soltarle o condenarle. Pero, si el preso que tenía ante él era inocente, Pilato no tenía ninguna potestad para crucificarle; si era culpable, no tenía ninguna potestad para soltarle. El juez resultó juzgado cuando el Señor habló para contestarle que recordara que, si alguna autoridad judicial tenía no le había venido del césar, sino de Dios. Pilato se había jactado de la arbitrariedad de su poder, pero Cristo le remitía a un poder que ha sido delegado a los hombres.

> No tendrías potestad alguna contra mí, si no te hubiera sido dada de arriba.

Jn 19, 11

El poder de que Pilato se vanagloriaba había sido «dado». Tanto si un gobernador, rey o gobernante lo sabe como si no, toda autoridad terrena deriva de lo alto. «Por mí reinan los reyes», dice el libro de los Proverbios. Pero nuestro Señor atribuyó en seguida un mayor pecado a Judas y al sumo sacerdote.

> Por esto el que me ha entregado a ti tiene mayor pecado.

Jn 19, 11

Pilato, el gentil, no sabía que esta potestad viniera de Dios, pero Caifás sí lo sabía; y también lo sabía Judas. Este conocimiento superior los hacía aún más culpables que al romano. Pilato pecó por ignorancia; Caifás pecó conscientemente, y lo mismo cabe decir de Judas.

La condena

Esta audaz respuesta de Jesús a Pilato, recordándole que se hallaba en dependencia con relación a Dios y acusándole de un pecado que, aunque era menor, no por esto dejaba de ser real, le indujo todavía con mayor vehemencia a soltarle. Pilato salió al encuentro de la muchedumbre para volver a declarar la inocencia del reo, pero la chusma ya tenía preparada su astuta contestación:

> ¡Si le sueltas a éste, no eres amigo del César! Todo aquel que se hace rey, habla contra el César.

Jn 19, 12

Pilato se quedó aterrado. Si soltaba al preso informarían al emperador, ya suspicaz, de que era culpable de conspiración y traición. Si esto

ocurría, perdería su cargo y la cabeza al mismo tiempo. Resultaba realmente extraño que aquella gente, que despreciaba al César por sus matanzas, por todo el daño que les había hecho, por el modo como había profanado el templo, proclamase ahora que no tenía otro rey más que al César. Al proclamar al César como su rey, renunciaban a la idea de un Mesías y se hacían vasallos del Imperio, preparando así el camino a los ejércitos romanos que dentro de una generación destruirían a Jerusalén. El terror que le inspiraba Tiberio, pareció a Pilato algo más real que negar justicia a Cristo. Pero, al fin, los que temen a los hombres más que a Dios acaban por perder aquello que ellos confiaban que los hombres les preservarían. Más adelante Pilato fue depuesto de su cargo por el emperador romano debido a una queja de los judíos; otro ejemplo que nos muestra cómo algunos hombres son castigados por los mismos instrumentos en que habían confiado. Cuando Pilato oyó la amenaza de que informarían al César de que estaba favoreciendo a un hombre al que ellos acusaban de ser enemigo del César, se sentó en el tribunal. Señalando entonces hacia el reo, cubierto de sangre, coronado de espinas y con un manto de púrpura sobre los hombros, dijo al pueblo:

> ¡He aquí a vuestro rey! Mas ellos gritaron: ¡Quítale! ¡quítale! ¡Crucifícale!

Jn 19, 14 s

Pilato les preguntó:

> ¿A vuestro rey tengo que crucificar?

Respondieron los príncipes de los sacerdotes:

> ¡No tenemos más rey que al César!

Jn 19, 15

Y el rey les tomó la palabra. Como había ocurrido en los días de Samuel, ellos rechazaron el gobierno de Dios para tener un rey que Dios mismo, encolerizado, les dio, y también ahora, al rechazar el reinado de Cristo, serían arrasados bajo el reinado del César. Era costumbre de los romanos que cuando un criminal era sentenciado a muerte se rompiera en dos pedazos un largo bastón y se arrojara a los pies del preso. Pilato siguió esta costumbre, y los pedazos de bastón cayeron sobre las losas de mármol del suelo y formaron una cruz.

Ibis ad crucem fue el veredicto de Pilato.

Entonces lo entregó a ellos para que fuese crucificado.

Jn 19, 16

Al entregar Pilato al preso para que fuese crucificado, no podía alegar que careciese de potestad: momentos antes había alardeado de su poder para condenar o soltar. Tampoco podía pretextar que le había faltado valor para oponerse a los que querían la muerte de Cristo, puesto que poco después, al pedirle que cambiara la inscripción de la cruz, demostró lo testarudo que era cuando quería. Pilato estaba representando un doble papel. No quería contradecir a aquellos a quienes estaba gobernando, para que no le denunciaran al César, y tampoco quería condenar a un inocente.

La culpa por la crucifixión no puede achacarse a una sola nación, raza, pueblo o individuo. El pecado fue la causa de la crucifixión, y toda la humanidad estaba inficionada por el pecado de una manera hereditaria. Tanto los judíos como los gentiles participaron en la culpa, pero lo más importante es que el Padre celestial también fue quien entregó a su Hijo a la muerte, y tanto los judíos como los gentiles tienen parte en los frutos de la redención:

El cual ni aun a su propio Hijo perdonó, sino que le entregó por todos nosotros.

Rom 8, 32

Entonces Pilato:

Tomó agua y se lavó las manos en presencia del pueblo, diciendo: Inocente soy yo de la muerte de este justo; lo veréis vosotros.

Mt 27, 24

Pilato ignoraba ciertamente un rito misterioso ordenado por Moisés, pero la gente que vio a Pilato declararse a sí mismo inocente, debió de acordarse de ello. Moisés había mandado:

Y todos los ancianos de la ciudad, más próxima al muerto, se lavarán las manos en la corriente, sobre la novilla degollada. Y pronunciarán estas palabras: Nuestras manos no derramaron esta sangre, y nuestros ojos no lo vieron. ¡Perdona, Yahvé, a tu pueblo Israel, tú, Yahvé, que lo redimiste, y no viertas sangre inocente en medio de tu pueblo Israel!

Deut 21, 6-8

Ahora se habían invertido los papeles. Era Pilato quien se declaraba inocente; eran los seguidores de Moisés los que hacían lo contrario. La ceremonia de Moisés prefiguraba el hecho de hacerse inocente por medio de la sangre, que representaba la muerte de Cristo. Sin embargo, Pilato buscó su inocencia en el agua, así como Mahoma buscó la suya en la arena. En su *Faery Queen,* Spencer presenta a Poncio Pilato lavándose las manos continuamente, todos los días de su vida. Lo mismo hizo lady Macbeth, pero, del mismo modo que el agua no podía lavar el corazón de Pilato, así lady Macbeth se lamentaba:

> ¿Podría todo el océano de Neptuno limpiar de sangre esta mano? No...

Aunque el cobarde gobernador lavara simbólicamente sus manos de la responsabilidad que tenía por haber tergiversado la justicia, la historia ha hecho oír el grito de: «Padeció bajo el poder de Poncio Pilato».

Judas confesó que había entregado «sangre inocente»; Pilato repitió constantemente que «no hallaba culpa en Él»; Herodes no hizo ninguna de estas dos cosas; Claudia Prócula lo tuvo por «hombre justo»; el ladrón diría más adelante, desde la cruz, que Él no había hecho nada malo; y el centurión proclamaría finalmente:

> ¡Verdaderamente éste era Hijo de Dios!

Mt 27, 54

Pero ahora que Pilato se declaraba inocente de la sangre de Jesús, el pueblo exclamó:

> ¡Caiga su sangre sobre nosotros, y sobre nuestros hijos!

Mt 27, 25

Aquella sangre podía caer sobre ellos para destrucción, pero no dejaba de ser una sangre redentora. Aunque ellos se ligaban con una maldición, aquel a quien ellos crucificaban no había ratificado su sentencia. Al fin se arrepentirían. Antes del fin, hay siempre el resto que será salvo. Incluso hasta entonces no se había mencionado entre ellos a ninguna mujer que deseara la muerte de Jesús. Entonces también, entre ellos en aquella hora, había almas nobles como la de José de Arimatea, Nicodemo, el mayordomo de la casa de Herodes, y, unos años más tarde, también Pablo. Pero en aquel momento en que era entregado por los de la tierra, después de haber sido entregado por el cielo, para que fuese crucificado, tuvo que sufrir aún otra burla:

> Le desvistieron la púrpura, y le vistieron sus propios vestidos.
>
> Mc 15, 20

No es dijo nada acerca de quitarle la corona de espinas, aunque le arrancaron el manto que le habían puesto para burlarse de Él como si se tratara de un rey falso. Le vistieron sus propias ropas, lo que probablemente incluiría sus prendas interiores y exteriores, así como la túnica sin costura sobre la que más adelante los soldados echarían suertes. Continuaría llevando sus propias vestiduras y siendo identificado como aquel que predicaba a su pueblo y andaba entre ellos diciendo que era el Mesías.

> Y le sacaron para crucificarle.
>
> Mc 15, 20

Fue sacado de la ciudad, lo cual era costumbre en todas las ejecuciones. El Levítico ordenaba que se diera muerte a los blasfemos fuera de la ciudad. Más adelante, cuando san Esteban fue apedreado como primer mártir del cristianismo, fue llevado antes fuera de los muros de la ciudad. La ley ordenaba también que el macho cabrío que se usaba como víctima propiciatoria, sobre el cual el sacerdote había puesto sus manos como para imputarle los pecados del pueblo, había de ser llevado fuera de la ciudad para indicar que también los pecados del pueblo podían ser quitados. La epístola a los hebreos describe así este simbolismo:

> Los cuerpos de aquellos animales, cuya sangre es presentada por el sumo sacerdote en el santuario, como ofrenda por el pecado, son quemados fuera del campamento. Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo de Dios, con su propia sangre, padeció fuera de la puerta.
>
> Hebr 13, 11-12

Ellos querían ahora que Él muriera, pero aquello que Él era y lo que ellos odiaban no podía morir jamás.

> Y Él, llevando su cruz, salió a un lugar que se llama de la Calavera, y, en hebreo, Gólgota.
>
> Jn 19, 17

48. LA CRUCIFIXIÓN

La procesión de la cruz solía ir precedida de un trompeta para despejar el camino; luego seguía un heraldo que anunciaba el nombre del reo que era llevado al lugar de la ejecución. En ocasiones se escribía en una tabla el nombre del criminal y el motivo por el cual se le había condenado, y se le colgaba esta tabla del cuello. En la procesión figuraban también dos testigos del consejo que había sentenciado al reo. Un centurión montado a caballo, junto con un considerable destacamento de soldados, formaba también parte de la procesión. Junto con nuestro Señor caminaban hacia el Calvario los dos ladrones que habían de ser crucificados con Él. Jesús llevaba todo el peso de la cruz sobre su espalda y sus hombros, heridos ya por los crueles azotes que había recibido.

El domingo anterior, el pueblo le había aclamado como ((rey»; aquella mañana gritaba: «No tenemos más rey que al César». La Jerusalén que le había saludado era ahora la Jerusalén que le repudiaba. Los sacerdotes del templo habían declarado que Jesús era maldito; por tanto, le expulsaban de Jerusalén. La ley del Levítico ordenaba que la víctima propiciatoria fuese llevada fuera de las puertas de la ciudad o del campamento.

> En cuanto al novillo y el macho cabrío ofrecidos en sacrificio por el pecado, cuya sangre fue llevada al santuario para hacer el rito de expiación, se sacarán fuera del campamento, y quemarán en el fuego sus pieles y su carne y su estiércol.

Lev 16, 27

Cristo, la víctima definitiva de la expiación por los pecados, fue llevado fuera de la ciudad lo mismo que se hacía antes con el macho cabrío de la ofrenda por el pecado. San Pablo sugiere que desde aquel momento la ciudad perdió sus derechos y fue substituida por la Jerusalén celestial.

> Por lo cual también Jesús, para santificar al pueblo de Dios con su propia sangre, padeció fuera de la puerta. Salgamos pues a Él, fuera del campamento, llevando su vituperio. Porque no tenemos aquí ciudad permanente, pero buscamos con solicitud la que está por venir.

Hebr 13, 12-14

Isaías había profetizado que su dominio estaría sobre su hombro, ahora resultaba evidente que la cruz era su gobierno o ley de vida. Había dicho que cualquiera que quisiera ser su discípulo había de tomar su cruz e ir en pos de Él.

Temiendo que los azotes, la pérdida de sangre y la corona de espinas terminaran con su vida antes de ser crucificado, sus enemigos obligaron a un forastero, Simón de Cirene, a que le ayudara a llevar la cruz. Cirene era una ciudad de la costa septentrional de África. Pero no se sabe con seguridad la nacionalidad de Simón. Podía ser un judío, a juzgar por su nombre, o también un gentil; hasta es posible que fuera un negro africano, si se tiene en cuenta el lugar de su nacimiento y el hecho de que fuera «obligado» a ayudar a nuestro Señor a llevar la cruz. Era la primera vez que el Salvador imponía a alguien su cruz; a Simón corresponde el privilegio de ser el primero en participar de la cruz de Cristo.

> Y obligaron a uno que pasaba, Simón de Cirene, padre de Alejandro y de Rufo, que venía del campo, a que cargase con la cruz de Jesús.

Mc 15, 21

Simón no actuó voluntariamente, puesto que la palabra griega que aquí se emplea en el evangelio era tomada de una palabra persa que significa el empleo forzado de bestias de carga para el reparto del correo en el Imperio persa. Simón era probablemente uno de los miles de curiosos que querían ver a un hombre conducido al patíbulo y se hallaba junto al camino hasta que le alcanzó el largo brazo de la ley romana y le obligó a compartir la ignominia de la cruz. Aunque de momento lo hizo de mala gana por tratarse de algo obligado, sin embargo, debió de encontrar, como había prometido nuestro Señor a los que le siguieran, «suave el yugo y ligera la carga». De lo contrario, más tarde no mencionaría Pablo a los dos hijos de Simón cireneo como columnas de la Iglesia.

Durante su vida pública nuestro Señor enseñó que hay que responder con mansedumbre a las injurias:

> Si alguno te forzare a que vayas cargado una milla, con él otras dos.

Mt 5, 41

Puede que Simón no hubiera oído nunca tales palabras, pero no eran necesarias las palabras cuando él iba en pos de la Palabra.

A lo largo del camino que seguía Jesús se hallaban también muchas mujeres. Encontramos numerosos ejemplos de hombres que fueron infieles en el momento de la pasión, cuando los apóstoles se quedaron dormidos en el huerto, la traición de Judas, los tribunales judíos y de los gentiles que condenaron al Mesías, pero no hay registrado un solo ejemplo de que una mujer pidiera la muerte de Jesús. Una mujer pagana había intercedido por Él ante Pilato. Al pie de la cruz habría cuatro mujeres y sólo un apóstol. Durante su última semana, los niños gritaban: «¡hosanna!», los hombres: «¡crucificadle!», pero las mujeres «lloraban». A las mujeres que lloraban les dijo:

> Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, mas llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos. Pues he aquí que vienen días en los cuales dirán: Dichosas las estériles, y los vientres que nunca concibieron, y los pechos que nunca amamantaron. Entonces comenzarán a decir a las montañas: Caed sobre nosotros; y a los collados: Cubridnos. Porque si tales cosas se hacen en el árbol verde, ¿cuáles no se harán en el seco?

Lc 23, 28-31

Nuestro Señor se refería aquí a unas palabras que Él mismo había dicho ya acerca de la inminente destrucción de Jerusalén:

> Porque vendrán días sobre ti, en que tus enemigos abrirán trincheras alrededor de ti, y te pondrán cerco, y te estrecharán por todas partes, y te derribarán al suelo, y a tus hijos en medio de ti; y no dejarán en ti piedra sobre piedra: por cuanto no conociste el tiempo de tu visitación.

Lc 19, 43 s

De la misma manera que en el huerto había dicho a los soldados que se lo llevaran a Él, pero que dejaran a los apóstoles marcharse libremente, así también ahora decía a las mujeres que no llorasen por Él, ya que era inocente, sino por la destrucción de Jerusalén, que simbolizaba la destrucción del mundo en las postrimerías. Verdaderamente, cuando llegó

la destrucción de Jerusalén, Flavio Josefo escribe que la gente se escondía en las cavernas y cuevas de las montañas.

Ésta era la primera vez que nuestro Señor rompía el silencio que había estado guardando desde que le había interrogado Pilato. Fue el sermón de la pasión del Salvador, o más bien la primera parte del mismo; la segunda parte consistió en las siete palabras dichas desde la cruz.

Si algún momento había en el que nuestro Señor pudiera preocuparse de sus propios sufrimientos y encontrar consuelo en las lágrimas ajenas, era este momento en que caminaba hacia el Calvario, y, sin embargo, rogó a las mujeres que no lloraran por Él. El que había llorado en Betania y cuya sangre lloraba ahora en su camino de Jerusalén, las invitaba a que no llorasen por Él, ya que su muerte era una necesidad para los hombres. Además, puesto que había prometido enjugar las lágrimas de todos los ojos, no necesitaba que nadie derramara lágrimas por su causa.

El árbol verde era Él mismo; el árbol seco era el mundo. Él era el árbol de la vida trasplantado del Edén; el árbol seco era ante todo Jerusalén, y luego el mundo no convertido. Su advertencia significaba que, si los romanos le trataban así a Él, que era inocente, ¿cómo tratarían a Jerusalén, que le había condenado a morir? Si Él estaba ahora tan lastimado por las transgresiones ajenas, ¿cómo serían castigados en el juicio final los pecadores por las iniquidades que hubieran cometido? Cuando en la selva se produce un incendio son ennegrecidos los árboles verdes, con toda su savia y humedad1 ¡cuánto más se ennegrecerán y arderán de prisa los árboles viejos y secos, podridos ya por dentro! Si padeció el que no tenía pecado, ¡cuánto padecerán los que están podridos por el pecado!

El apóstol Pedro, al que no se menciona en esta escena, pero que tan íntimamente relacionado vivió con el Salvador, más adelante trataría de este mismo tema en una de sus epístolas:

> Y si el justo con dificultad se salva, el impío y el pecador ¿en dónde aparecerán? Por lo cual, también los que sufren conforme a la voluntad de Dios, encomienden sus almas a su fiel Creador, obrando ellos lo que es bueno.

1 Petr 4, 18 s

Las lágrimas de Dalila no conseguirían que este Sansón se apartara de la obra que hoy había de realizar; los lamentos superficiales de las mujeres de Jerusalén no le harían flaquear en su decidido propósito de

sacrificio; su dote de lágrimas no bastaría para hacer de ellas las novias de su corazón. Si no se tratara más que de un hombre justo que iba a la muerte, que soltaran entonces el raudal de sus lágrimas; pero comoquiera que Jesús era un sacerdote que marchaba al sacrificio, que lloraran sólo en el caso de que no se aprovecharan de los frutos del mismo. De la misma manera que al resucitar de entre los muertos purificaría de muerte a la muerte misma, así ahora purificaba las lágrimas al manifestar que sólo el pecado merecía que se derramaran. Ellas lloraban por el hombre justo, pero tales lágrimas de nada le servirían en el instante de su muerte. Al rechazar tales muestras de compasión, Jesús estaba mostrando que no era un hombre al que mandaban al patíbulo, sino el Hombre-Dios que salvaba a los pecadores.

Latente en sus palabras se hallaba una llamada que Jesús hacía a la fidelidad de aquellas mujeres para desviar de Jerusalén la horrible suerte que le aguardaba; su destino se encontraba en manos de las mujeres, con tal de que se arrepintieran. En ésta como en otras muchas ocasiones, Jesús invitaba a quienes le oían a que contemplaran el estado de sus propias almas. Desviaba de sí la atención, porque Él era inmaculado, para dirigirla hacia aquellos que necesitaban ser redimidos. Cuando el joven rico dijo a nuestro Señor que quería ser su discípulo, Él le respondió que no tenía donde reclinar la cabeza. El estado del alma de aquel joven ¿era acaso apropiado para tal pobreza? Cuando Pedro dijo que moriría por Él, nuestro Señor dijo al apóstol cuán débil era su alma; así ahora decía también a aquellas mujeres que no debían emplear mal su compasión y sus lamentos; que miraran sus propias almas, a sus hijos, su ciudad. Él no necesitaba lágrimas, ellas sí las necesitaban.

El lugar designado para la crucifixión era el Gólgota, o el lugar «de la Calavera». La leyenda asegura que es allí donde fue sepultado Adán. Algunas representaciones de la crucifixión nos muestran a menudo una calavera al pie de la cruz para indicar que el nuevo Adán estaba muriendo por el viejo Adán. Pero lo que sí es cierto es que se trataba de un lugar en que se arrojaban los huesos de los que habían sido ejecutados. Una vez en la colina, los verdugos le arrancaron los vestidos, abriendo así nuevas heridas en su sagrado cuerpo. En total, se habían producido en Él cinco derramamientos de sangre distintos: en la circuncisión, en la agonía en el huerto, en la flagelación, en la coronación de espinas y en el camino de la cruz, y ahora iban a producirse otros dos: el de la crucifixión y el de la transfixión de su corazón sagrado.

La cruz estaba ya preparada, y sobre ella se había colocado el letrero que Pilato había mandado escribir en hebreo, latín y griego, y que rezaba:

Jesús de Nazaret, rey de los judíos.

Jn 19, 19

Así, su muerte y su realeza eran proclamadas en nombre de las tres ciudades cosmopolitas: Jerusalén, Roma y Atenas; en los idiomas de lo bueno, de lo verdadero y de lo bello; en las lenguas de Sión, del Foro y de la Acrópolis. Al serle pedido que cambiara lo que había escrito, Pilato se negaría a hacerlo diciendo: «Lo que he escrito, escrito está». Su realeza quedaba de este modo proclamada, aunque, por el momento, una cruz sería su trono; su sangre, la púrpura real; los clavos, su cetro; la corona de espinas, su diadema. La Verdad hablaba por sí misma en medio de las burlas de los hombres.

Despojar a Jesús de sus vestiduras significaba que ya no era posible seguir localizándole por medio del vestido. En su desnudez se convertía en el Hombre universal. Desterrado de la ciudad, abandonaba ahora tanto a su nación como a la vida humana. El corazón sagrado de Cristo no estaba encerrado entre las fronteras de ninguna nación. El rudo clavo traspasó aquella mano de la que fluían las gracias para el mundo, y en medio de un impresionante silencio resonó el sordo golpe del martillo. Martillazo tras martillazo, fue repetido por el eco de los muros de la ciudad, que se extendía al pie de la colina. María y Juan se taparon los oídos; el eco les parecía redoblar los golpes. También clavaron los pies, aquellos pies que buscaban la oveja perdida entre los espinos. Se estaba cumpliendo la profecía en todos sus detalles. Con mil años de anticipación, David vio el papel que el martillo y los clavos representarían con respecto al Mesías, cuando los carpinteros hicieran morir a aquel que había construido el universo.

Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abren voraces sobre mí su boca, como león rampante y rugiente. Como agua he sido derramado, y todos mis huesos están descoyuntados; mi corazón se ha hecho como cera; se derrite en medio de mis entrañas. Se ha secado como un tiesto mi vigor; y mi lengua se ha pegado a mi paladar; y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado; una turba de malhechores me ha cercado; horadaron mis manos y mis pies,

cuento todos mis huesos; entre tanto ellos me miran, me consideran.

Ps 21, 13-19

Isaías había predicho que el Mesías sería juntado, al morir, con criminales y malhechores. Siendo una víctima vicaria en lugar de los pecadores, fue tenido en menos que la escoria. Dice Isaías:

Terriblemente tratado, Él mismo se humillaba; y no abría su boca; como cordero, era conducido al matadero; y como es muda la oveja delante de los que la esquilan, así él no abría su boca... Por tanto yo le daré porción con los grandes, y con los poderosos repartirá los trofeos, porque derramó su alma hasta la muerte, y con los transgresores fue contado; y él mismo llevó el pecado de muchos, y por los transgresores intercedió.

Is 53, 7-12

Siendo la crucifixión el más horrible de los tormentos, solía ofrecerse al reo una bebida que amortiguara su sensibilidad. Probablemente las mujeres de Jerusalén traían alguna de tales pócimas. Sea lo que fuera, los soldados

La ofrecieron vino mezclado con mirra; mas él no lo tomó.

Al llevárselo a los labios, conoció nuestro Señor que se trataba de un calmante y no quiso tomarlo. Aunque su cuerpo, ya exhausto, pedía agua a gritos, Él no quiso beber aquello que podía empañar su papel de mediador. Cuando nació, su madre recibió el regalo de mirra, y lo aceptó como símbolo de la muerte redentora de su Hijo. A su muerte, rehusaría la mirra que habría de amortiguar la razón de su venida a este mundo. Da noche anterior había dicho a Pedro que debía beber la copa que su Padre le había dado. Pero para beber aquel cáliz de la redención no podía beber de aquel otro cáliz que introduciría una cuña entre su cuerpo y su espíritu.

Nuestro Señor, durante su vida pública, tuvo diversos púlpitos, tales como la barca de Pedro, la cima de una montaña, las calles de Tiro y Sidón, el templo, el camino junto a un cementerio y la sala un banquete. Pero todo ello resultaba insignificante comparado con el púlpito al que ahora subía: el púlpito de la cruz. La fue levantada lentamente del suelo y se tambaleó unos instantes en el aire, desgarrando la sagrada carne de Jesús; luego, súbitamente, con un golpe seco que pareció conmover al mismo infierno, se hincó en el hoyo preparado al efecto. Nuestro Señor había subido al púlpito por última vez.

Al igual que todos los oradores, divisaba desde lo alto a todo su auditorio. A lo lejos, en Jerusalén, podía distinguir la techumbre dorada del templo, que reflejaba los rayos de un sol presto a esconder su faz, avergonzado. Aquí y allá, en el templo, podía ver a los que esforzaban sus ojos para distinguir desde lejos a aquel que nunca conoció las tinieblas. Al margen de la muchedumbre estaban algunos seguidores, temerosos, dispuestos a huir en caso de peligro; también había los verdugos, que preparaban los dados para echar a suertes sobre las vestiduras de Jesús. Junto a la cruz se hallaba presente uno solo de los apóstoles, Juan, cuyo rostro reflejaba su profundó amor al Maestro; también estaba Magdalena, llena de angustia y dolor; pero la que no podía faltar al pie de la cruz era — ¡Dios tenga piedad de ella!— la propia madre de Jesucristo. María, Magdalena y Juan: inocencia, penitencia y sacerdocio; los tres tipos de almas que en adelante podrán encontrarse al pie de la cruz de Cristo.

49. LAS SIETE PALABRAS DESDE LA CRUZ

Nuestro Señor habló siete veces desde la cruz. Esto es lo que se llama sus siete palabras. En la Biblia se registran las palabras de otros tres personajes en el momento de morir: Israel, Moisés y Esteban. La razón de ello quizá sea la de que no se han encontrado otros personajes tan significativos y representativos como éstos. Israel fue el primero de los israelitas; Moisés, el primero de la dispensación legal; Esteban, el primer mártir cristiano. Las palabras que estos tres hombres pronunciaron al morir iniciaron un período sublime en la historia de las relaciones entre Dios y los hombres. Ni siquiera las últimas palabras de Pedro o Pablo o Juan poseían importancia de legado humano, puesto que jamás ningún espíritu guio pluma alguna para revelar los secretos de aquellos labios moribundos. Y con todo, el corazón humano ansia siempre saber del estado de ánimo, de cualquier persona que sea, en aquellos instantes tan comunes, pero tan misteriosos.

En su bondad, nuestro Señor nos legó sus pensamientos de la hora de la muerte, porque Él — más que Israel, más que Moisés, más que Esteban — era el representante de toda la humanidad. En esta hora sublime llamó a todos sus hijos junto al púlpito de la cruz, y cada una de las palabras que dijo tuvo el propósito de una eterna proclamación y un consuelo inmarcesible. Jamás hubo predicador como Cristo moribundo; nunca hubo concurrencia como la que se congrega alrededor del púlpito de la cruz; nunca hubo sermón igual al de las siete palabras.

Primera palabra

Los verdugos esperaban que Jesús gritase porque esto es lo que había hecho siempre, antes de Él, todo el que era clavado en el patíbulo de la cruz. Séneca escribe que los crucificados maldecían el día en que nacieron, a los verdugos, a sus madres, e incluso escupían a los que los miraban. Dice Cicerón que en ocasiones era preciso cortar la lengua a los que eran

crucificados para acabar con sus horribles blasfemias. De ahí que los verdugos esperaran una palabra, pero no la clase de palabra que oyeron. Los escribas y fariseos estaban esperando la reacción de Jesús muy seguros de que aquel que había predicado «amad a vuestros enemigos» y «haced bien a los que os odian» se olvidaría ahora de su evangelio, al sentir traspasados sus manos y sus pies. Les parecía que los dolores del tormento y la agonía esparcirían a los cuatro vientos cualquier resolución que de guardar las apariencias hubiera tomado. Todos esperaban un grito, pero nadie, salvo las tres personas que se hallaban al mismo pie de la cruz, esperó el grito que vino a herir sus oídos. Al igual que algunos árboles de fragante madera que perfuma el hacha que viene a cortarlos, el magnánimo corazón del Árbol del Amor derramó de su seno algo que era menos grito que plegaria, la plegaria dulce, suave y queda de uno que pide perdón para los demás:

Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen.

Lc 23, 34

Perdonar, ¿a quién? ¿Perdonar a los enemigos? ¿Al soldado que en el palacio de Caifás le había golpeado con el puño? ¿A Pilato, el político que había condenado a Dios para conservar la amistad del César? ¿A Herodes, que había disfrazado la Sabiduría con las ropas de un rey de burla? ¿A los soldados que estaban balanceando al rey de reyes en un madero levantado entre el cielo y la tierra? ¿Perdonarlos? ¿Por qué perdonarlos? ¿Porque saben lo que hacen? No, sino porque no saben lo que están haciendo. Si supieran lo que estaban haciendo y continuaran haciéndolo, si supieran el terrible crimen que estaban cometiendo al condenar a muerte la Vida; si supieran la perversión de la justicia que constituía el hecho de preferir Barrabás a Cristo; si supieran la crueldad que suponía clavar al tronco de un árbol unos pies que hollaban los montes eternos; si supieran lo que hacían y aún continuaran haciéndolo, sin pensar que la misma sangre que estaban derramando podía redimirlos a ellos, ¡jamás se salvarían! ¡Más bien serían condenados! Sólo la ignorancia de su enorme pecado era capaz de brindarles una posibilidad de salvación.

No es la sabiduría la que salva, sino la ignorancia.

Cuando muere una persona proclama su propia inocencia, o bien condena a los jueces que la sentenciaron a muerte, o pide perdón por sus pecados. Pero la perfecta Inocencia no pedía perdón para sí; como mediador entre Dios y el hombre, lo que hacía era dispensar perdón. Como sumo sacerdote que se ofrecía a sí mismo en sacrificio, abogaba por los

pecadores. En cierto sentido, las palabras de perdón se pronunciaron dos veces: una vez en el Edén, cuando Dios prometió la redención por medio de la «simiente de la mujer», que aplastaría la cabeza de la serpiente del mal; y ahora, cuando Dios en forma de siervo sufriente cumplía la promesa. Tan grande era el divino amor manifestado en esta primera palabra dicha desde la cruz, que fue repetida como un eco a través de la historia, como cuando Esteban pidió al Señor que no imputara pecado a los que le apedreaban; y Pablo al escribir:

> Todos me abandonaron; ¡quiera Dios que no se les impute esto!
>
> 2 Tim 4, 16

Pero las oraciones de Esteban y Pablo no eran como la de Jesús, en la que el perdón se identificaba con su sacrificio. Al ser al mismo tiempo sacerdote y víctima, estaba de pie como sacerdote, postrado como víctima. Así intercedía y se ofrecía por los culpables. La sangre de Abel clamaba la ira de Dios para que vengara la muerte de Caín; la sangre del nuevo Abel, derramada por hermanos celosos de la raza de Caín, era levantada para evitar la ira y suplicar el perdón.

Segunda palabra

El juicio final estuvo prefigurado en el Calvario; el juez se hallaba en medio, y a ambos lados las dos partes en que se dividía la humanidad: los salvos y los condenados, las ovejas y los cabritos. Cuando viniera en su gloria para juzgar a todos los hombres, la cruz estaría asimismo con Él, pero esta vez como señal de honor, no de ignominia.

Dos ladrones que estaban crucificados a su lado, al principio, maldecían y blasfemaban. El sufrimiento no hace mejores a los hombres necesariamente; el sufrimiento puede herir y cauterizar el alma a menos que los hombres se purifiquen al considerar su valor redentor. El sufrimiento no espiritualizado puede hacer que los hombres degeneren. El ladrón de la izquierda no fue ciertamente mejor de lo que era a causa del dolor que tuvo que sufrir en la cruz. El ladrón de la izquierda pedía que se le desclavara de su cruz. Pero el ladrón de la derecha, conmovido evidentemente por la oración sacerdotal de intercesión que oyó hacer a nuestro Señor, no pidió que se le bajara de la cruz. Reprendiendo a su compañero por sus blasfemias, le dijo.

¿Ni siquiera temes a Dios, aunque estás en la misma condenación? Y nosotros en verdad justamente; porque recibimos la pena debida a nuestros hechos; pero éste ningún mal hizo.

Lc 23, 40 s

Luego, invocando la misericordia divina, pidió perdón.

Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.»

Lc 23, 42

Un hombre moribundo pedía la vida eterna a otro hombre moribundo; un hombre sin bienes pedía a un hombre que se acordara de él en su reino; un ladrón a las puertas de la muerte pedía morir como un ladrón y robar el paraíso. Uno creería que había de ser santa la primera alma comprada en el mostrador del Calvario por las rojas monedas de la redención, pero en el plan divino era un ladrón el que había de escoltar al rey de reyes en el paraíso. Si nuestro Señor hubiera venido simplemente como maestro, el ladrón no le habría pedido jamás que le perdonara. Pero la petición del ladrón afectaba la razón por la cual Cristo había venido a la tierra, a salvar almas, por lo cual tuvo inmediatamente esta respuesta:

En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraíso.

Lc 23, 43

Fue la última oración del ladrón; quizás había sido incluso la primera. Llamó una vez, buscó una vez, pidió una vez, se atrevió a todo y todo lo halló. Cuando incluso los discípulos dudaban y sólo uno de ellos estaba al pie de la cruz, el ladrón le reconocía como Salvador. Si Barrabás hubiera acudido a la ejecución, seguramente habría deseado no haber sido jamás puesto en libertad y poder escuchar las compasivas palabras del sumo sacerdote. Prácticamente, el cuerpo de Cristo estaba todo él sujeto con clavos o torturado con el dolor producido por las llagas que le fueron inferidas por los azotes y las espinas, salvo su corazón y su lengua, y estos proclamaban el perdón aquel mismo día. Mas ¿quién puede perdonar los pecados, sino Dios? Y ¿quién puede prometer el paraíso, excepto aquel que por naturaleza goza de un paraíso eterno?

Tercera palabra

El tercer mensaje de nuestro Señor desde la cruz contenía exactamente la misma palabra que Jesús había usado al dirigirse a su Madre en las bodas de Caná. Cuando ella, para sacar del apuro al dueño de la casa,

indicó simplemente a Jesús que no tenían vino, Jesús le respondió: «Mujer, ¿qué tengo yo que ver con esto? No ha llegado todavía mi hora». Nuestro Señor usaba siempre la palabra «hora» con referencia a su pasión y muerte.

Expresado a nuestra manera, era como si nuestro Señor hubiera dicho a su santísima Madre en Caná: «Querida madre, ¿te das cuenta de que me pides que proclame mi divinidad, que me presente al mundo como el Hijo de Dios y que demuestre mi divinidad con mis obras y milagros? En el momento en que empiece a hacer esto iniciaré el camino que lleva a la cruz. Cuando deje de ser conocido como el hijo del carpintero para ser conocido entre los hombres como el Hijo de Dios, empezaré a dar mi primer paso hacia el Calvario. Mi hora no ha llegado todavía; pero ¿quieres tú acaso anticiparla? ¿Es tu voluntad que yo vaya a la cruz? Si lo hago, cambiará la relación que yo guardo contigo. Ahora eres mi madre. En nuestra pequeña aldea te conocen en todas partes como la madre de Jesús. Pero si aparezco yo ahora como el Salvador de la humanidad y comienzo la obra de la redención, también tu papel experimentará un cambio. Una vez emprenda la obra de la salvación de los hombres, tú ya no serás solamente mi madre, sino que serás también la madre de todos aquellos a quienes yo redima. Yo soy la cabeza de la humanidad; tan pronto como salve el cuerpo de la humanidad, tú, que eres la madre de la cabeza, te convertirás también en la madre de mi cuerpo místico, o la Iglesia. Entonces tú serás la madre universal, la nueva Eva, tal como yo soy el nuevo Adán.

»Para indicar el papel que tu desempeñarás en la redención, ahora mismo te confiero el título de maternidad universal; he aquí que yo te llamo ''Mujer". Era a ti a quien me refería cuando dije a Satán que pondría enemistad entre él y la mujer, entre su cría del mal y tu simiente, que soy yo. Aquel gran título de "Mujer" es el mismo con que ahora me complazco en honrarte. Y volveré a dignificarte con él cuando llegue mi hora y sea levantado en la cruz cual águila herida. En esta obra de la redención tú y yo estamos juntos. Lo tuyo es mío. A partir de esa hora ya no seremos María y Jesús, sino el nuevo Adán y la nueva Eva, que dan principio a una nueva humanidad cambiando el agua del pecado en el vino de la vida. Sabiendo todo esto, querida madre, ¿es tu voluntad que yo anticipe la cruz y que vaya al Calvario?»

Nuestro Señor no estaba dando a elegir a María simplemente entre pedir un milagro o dejar de pedirlo, sino que lo que hacía era más bien preguntarle si quería enviarle a la muerte. Había declarado sin dejar lugar a

dudas que el mundo no aguantaría su divinidad, y que si cambiaba el agua en vino algún día el vino sería cambiado en sangre.

Tres años habían transcurrido desde entonces. Nuestro Señor contemplaba ahora desde su cruz a las dos criaturas más amadas que tenía en la tierra: a Juan y a su bendita Madre. Volvió a pronunciar aquella palabra con que se había dirigido a María en Caná, en ocasión de aquella boda. La llamó «Mujer». Era la segunda anunciación. Con sus ojos cubiertos de polvo y un ademán de su cabeza coronada de espinas, Jesús miraba tiernamente a su Madre, la cual le había enviado voluntariamente a la cruz y ahora estaba al pie de la misma como una cooperadora en su redención. Jesús dijo así: «Mujer, he ahí a tu hijo». No le llamó por su nombre, no dijo «Juan»; si lo hubiera hecho, se habría dirigido simplemente a él corno hijo de Zebedeo, y como a nadie más. Pero, en esta manera anónima, Juan representaba a toda la humanidad. A su discípulo amado, le dijo: «He ahí a tu madre».

Después de todos los años transcurridos, aquí estaba la respuesta a aquellas misteriosas palabras del evangelio, en el pasaje de la encarnación, que declaran que nuestra santísima Madre puso en el pesebre a su hijo «primogénito» ¿Quería esto decir que nuestra santísima Madre había de tener otros hijos? Así era, en efecto, pero no hijos según la carne. Nuestro divino Señor y Salvador Jesucristo fue el único Hijo de nuestra santísima Madre según la carne. ¡Mas nuestra Señora había de tener otros hijos, no según la carne, pero sí según el espíritu!

Hubo grandes períodos en las relaciones de Jesús y María; el primero de ellos desde el pesebre hasta Caná, y el segundo desde Caná hasta la cruz. En el primer período María fue la madre de Jesús; en el segundo- empezó a ser la madre de todos aquellos a quienes Jesús redimiera; en otros términos: se convirtió en la Madre de los hombres. De Belén a Caná, María tuvo a Jesús como una madre tiene a su hijo: incluso le llamaba familiarmente «hijo», a la edad de doce años, cual si ésta fuera la forma corriente de dirigirse a Él. Jesús estuvo con ella durante aquellos treinta años, huyendo en sus brazos a Egipto, viviendo en Nazaret y estando sujeto a ella. Él era de ella, y ella era de Él, e incluso en el mismo instante en que se dirigían a las bodas de Caná su nombre es mencionado el primero: «María, la madre de Jesús, estaba allí».

Pero a partir de aquel momento observamos un alejamiento que María favoreció. Un año después de lo de Caná, María seguía a Jesús en su predicación como una madre bondadosa y abnegada. Le anunciaron a

nuestro Señor que su madre le buscaba. Nuestro Señor, aparentando falta de interés, se volvió a la muchedumbre e inquirió:

> ¿Quién es mi madre?

Mt 12, 48

Luego, revelando el gran misterio cristiano de que el parentesco no depende de los lazos de la carne y de la sangre, sino de la unión con la divina naturaleza por medio de la gracia, añadió:

> Todo aquel que hace la voluntad de mi Padre, que está en los cielos, éste es mi hermano, y hermana, y madre.

Mt 12, 50

El misterio tocó a su fin en el Calvario. Allí María se convirtió en madre nuestra en el instante en que ella perdió a su divino Hijo. Lo que parecía una pérdida de afecto era, en realidad, una profundización del afecto. Ningún amor se eleva jamás a un nivel más elevado sin que muera a un nivel inferior. María murió al amor de Jesús en Caná y recobró a Jesús en el Calvario con el místico cuerpo que Él mismo había redimido. De momento, era un mal negocio ceder a su divino Hijo a cambio de la humanidad, pero en realidad no ganaba a la humanidad separada de Él. Aquel día en que acudió a su Hijo mientras éste se hallaba predicando, Jesús empezó a sumergir la maternidad de María dentro de la nueva maternidad de todos los hombres; en el Calvario hizo que amara a la humanidad como Él mismo la amaba.

Era un amor nuevo, o quizás el mismo amor, extendido sobre un área más extensa de la humanidad. Pero ello no estuvo exento de sufrimientos. Algo le había de costar a María tener a los hombres por hijos. Pudo dar a luz con gozo a Jesús en el establo, pero sólo en el Calvario podía llegar a ser madre de los cristianos, y con dolores lo suficientemente intensos para convertirla en reina de los mártires. El *fiat* que pronunció cuando llegó a ser Madre de Dios se convertía ahora en otro *fiat* como para expresar su conformidad a la creación inmensa de hijos que había de producir. Fue también un *fiat* Que multiplicar sus afectos multiplicaba asimismo sus dolores. La amargura de la maldición de Eva — de que la mujer pariría con dolor — se estaba cumpliendo ahora, y no porque un vientre se abriera, sino porque un corazón estaba siendo traspasado, tal como Simeón había profetizado. El mayor de todos los honores era ser madre de Cristo, pero también lo era muy grande ser madre de los cristianos. En la posada no hubo sitio para el primer parto: pero María dispuso del mundo entero para

el segundo. Recuérdese que cuando nuestro Señor habló a Juan no se refirió a él como Juan, porque en tal caso se habría referido tan sólo a un hijo del Zebedeo. Más bien en él se encomendaba toda la humanidad a María, la cual llegó a ser madre de todos los hombres no por metáfora o figura del lenguaje, sino por medio de los dolores del parto. Ni tampoco era una mera preocupación sentimental la que hizo que nuestro Señor entregara a Juan su madre, puesto que la madre de éste se hallaba presente junto a la cruz. Desde el punto de vista humano, no necesitaba ninguna madre. La importancia de las palabras era espiritual, y éstas se cumplieron el día de Pentecostés, cuando el cuerpo místico de Cristo se hizo visible y operativo. María se hallaba en medio de los apóstoles como madre de la humanidad redimida y regenerada.

Cuarta palabra

Desde las doce hasta las tres de la tarde, una misteriosa obscuridad se abatió sobre la tierra porque la naturaleza, en armonía con el Creador, se negaba a derramar su luz sobre el lugar del crimen de deicidio. La humanidad, por haber condenado a la luz del mundo, perdía ahora el símbolo cósmico de aquella luz, el sol. En Belén, donde Jesús nació a medianoche, los cielos se llenaron súbitamente de luz; en el Calvario, cuando, a mediodía, entró en la ignominia de la crucifixión, los cielos se vieron privados de su luz. Siglos atrás había dicho el profeta Amós:

> Y sucederá en aquel día, dice el Señor, Yahvé, que haré se ponga el sol al mediodía, y en el claro día entenebreceré la tierra.
>
> Amos 8, 9

Nuestro Señor entraba en la segunda fase de su sufrimiento. El horror de ser clavado a la cruz fue seguido por los momentos en que estuvo suspendido en ella. Su sangre se había coagulado allí donde no podía correr libremente; la fiebre consumía su cuerpo; las espinas, que eran una maldición para la tierra, estaban cubiertas ahora por una sangre derramada como una maldición del pecado. Un silencio misterioso, que resultaría normal en medio de la noche, se hacía ahora espantoso en aquellas tinieblas del mediodía. Cuando Judas llegó al huerto con los soldados para prender a Jesús, éste le dijo que había llegado su hora y «el poder de las tinieblas». Pero estas tinieblas no sólo significaban que los hombres estaban apagando la luz que ilumina a todos los hombres que vienen a este mundo, sino también que Él se estaba negando a sí mismo, por el

momento, la luz y el consuelo de su divinidad. Ahora el sufrimiento pasaba del cuerpo a la mente y al alma, pues así dijo con una gran voz.

«¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?»

Mt 27, 46

Durante esta parte de la crucifixión nuestro Señor estaba repitiendo el salmo de David que proféticamente se refería a Él, aunque había sido escrito mil años antes:

> ¡Dios mío, Dios mío! ¿Por qué me has abandonado? Mas yo soy gusano, y no hombre, oprobio de los hombres, y desprecio del pueblo. Todos los que me miran me escarnecen; sus bocas se burlan, menean la cabeza, diciendo: ¡Encomiéndate a Yahvé! ¡Líbrele Él! ¡Sálvale, ya que se complace en Él!... Me han rodeado muchos toros; fuertes toros de Basán me han cercado. Abren voraces su boca, como leones rampantes y rugientes. Soy como el agua que discurre, y todos mis huesos están descoyuntados; mi corazón se ha hecho como cera; se derrite en medio de mis entrañas. Mi paladar se ha secado como un tiesto, y mi lengua se ha pegado a mis dientes; y me has puesto en el polvo de la muerte. Porque perros me han rodeado, una turba de malhechores me ha cercado, horadaron mis manos y mis pies, y puedo contar todos mis huesos; entre tanto ellos me miran, y me vigilan.

Ps 21, 13-19

El rasgo principal de los sufrimientos de nuestro Señor que revela esta profecía era su desolación y desamparo. El divino Hijo llamaba a su Padre «Dios mío», en contraste con la oración que enseñó a rezar a los hombres-, «Padre nuestro, que estás en los cielos...» No es que su naturaleza humana estuviera separada de su naturaleza divina, porque tal cosa era imposible. Más bien se trataba de que, así como al pie de una montaña puede estar ausente la luz y el calor del sol por haberse interpuesto unas nubes, aunque la cima esté inundada de luz, al asumir Jesucristo los pecados del mundo quiso que se produjera en Él una momentánea ausencia de la faz de su Padre y toda consolación divina. El pecado tiene efectos físicos, y Jesús los percibía en sus manos y pies traspasados por clavos; el pecado tiene también efectos mentales, y fueron los que tanto le acongojaron en el huerto de Getsemaní; el pecado tiene asimismo efectos espirituales, como el sentimiento de desamparo,

separación de Dios, soledad. En aquel preciso instante quería tomar sobre sí aquel principal efecto del pecado, que era sentirse desamparado.

El hombre rechazó a Dios; así Él quería ahora sentir el efecto de aquel rechazamiento. El hombre se apartó de Dios; así Él, que era Dios unido personalmente a una naturaleza humana, quería ahora experimentar en su humana naturaleza aquella horrible separación, como si Él mismo tuviera la culpa. La tierra ya le había abandonado al levantar sobre sí misma la cruz en que estaba suspendido; el cielo también le había abandonado al cubrirse de tinieblas; y, sin embargo, aunque se hallaba suspendido entre cielo y tierra, unía a ambos. En aquel grito se hallaban fundidos todos los sentimientos de nostalgia divina que puede expresar el corazón humano: la soledad del ateo, del escéptico, del pesimista, de los pecadores que se odian a sí mismos porque odian la virtud, y de todos aquellos cuyo único amor es el amor de la carne; puesto que donde no hay amor hay infierno. Era, por tanto, el momento en que al apoyarse sobre los clavos estaba de pie sobre el borde del infierno, en nombre de todos los pecadores. Al entrar en la fase externa del castigo por el pecado, que es la separación de Dios, era natural que sus ojos se llenaran de tinieblas y su alma de soledad.

En cada una de las otras palabras actuó como divino mediador; en la primera palabra suplicó el perdón de los pecadores, en general; en la segunda palabra anticipó el papel que representaría al fin del mundo, cuando separaría los buenos de los malos; en la tercera palabra era el mediador que asignaba una maternidad espiritual a la humanidad redimida. Ahora, en la cuarta palabra, actuaba como mediador para la humanidad pecadora. Dios y Él estaban opuestos uno a otro en aquellos momentos. El Antiguo Testamento había profetizado que aquel que pende de un árbol es maldito; las tinieblas subrayaban aquella horrible maldición, que El superaría al sobrellevarla y triunfar en la resurrección. Uno de los primeros grandes dones que Dios hizo al hombre fue el de la luz, que El mismo dijo que había creado para que brillase tanto sobre los justos como sobre los malvados, pero, como mediador y abogado a favor de la vacuidad y negrura de los corazones pecadores, Él quería negarse a sí mismo aquel prístino don de la luz.

La historia de las relaciones de Dios con el hombre comenzó en el Antiguo Testamento, cuando fue creada la luz, y terminará en el juicio final, cuando el sol y la luna se oscurezcan, las estrellas apaguen su brillo y los cielos se cubran de tinieblas. En aquel preciso mediodía, Cristo se hallaba entre la luz que había sido creada y las tinieblas postreras de

cuando el mal sería juzgado y condenado. Las tensiones de la historia las sentía Él dentro de sí mismo: la luz vino a las tinieblas, pero las tinieblas no la comprendieron. De la misma manera que no es raro el caso de que una persona moribunda vea ante sí resumida toda su vida, así Jesús veía ahora recapitulada toda la historia de la humanidad, en el momento en que las tinieblas del pecado tenían su momento de triunfo. El macho cabrío sobre el que los sacerdotes de la antigua ley ponían la mano y enviaban al desierto, ahora se realizaba en aquel que descendía hasta las mismas puertas del infierno. El mal corta todos los hilos que conectan al hombre con Dios, colocando barreras en todos los accesos que comunican con El. Ahora se sentía como si El mismo hubiera cortado la cuerda que unía su naturaleza humana a la naturaleza divina. La agonía física de la crucifixión nada era comparada con la agonía mental que hacía ahora presa en Él. Sólo el pecado puede producir las tinieblas del alma.

El grito de Cristo era del desamparo que Él sentía al haberse puesto en lugar de los pecadores, pero no era un grito de desesperación. El alma que se desespera jamás llama a Dios. Así como las angustias más terribles del hambre no las experimenta el hombre moribundo, completamente exhausto, sino el que con las últimas fuerzas que le quedan pugna por salvar su vida, aquel desamparo no lo sentía solamente el impío ni el pecador, sino el más santo de los hombres, el Señor crucificado. La mayor angustia mental que existe en el mundo, y la causa de muchos desórdenes psíquicos, es que las almas y los corazones están sin Dios. Tal vacío no tendría jamás consuelo si Él no hubiera sentido todas estas cosas como propias. Desde este punto de vista, ningún ateo ha podido decir nunca en su soledad que no sepa lo que es estar sin Dios. Este vacío de su naturaleza humana debido al pecado, aunque Jesús lo sentía como propio, fue expresado, sin embargo, en voz alta para indicar no desesperación, sino más bien la esperanza de que el sol surgiría de n disiparía las tinieblas.

Quinta palabra

En el decurso de las siete palabras pronunciadas desde la cruz viene ahora un punto que parece indicar que nuestro Señor hablaba de sí mismo, mientras que en otras palabras anteriores parecía hablar a otros. Pero las cosas no son tan sencillas como parecen. Es verdad que la pérdida de sangre debida a los sufrimientos, la posición no natural del cuerpo, con la extremada tensión de manos, y pies, los músculos distendidos, las llagas expuestas al aire, el dolor de cabeza producido por la corona de espinas, la tumefacción de las venas, la creciente inflamación, todo ello debió de

producirle sed física. No es extraño que tuviera sed; lo extraño es que lo dijera. El que había puesto los astros en sus órbitas y las esferas en el espacio, el que había puesto valladares a los mares, el que hizo brotar agua de la roca golpeada por Moisés, el que hizo todos los mares y ríos y fuentes, el que dijo a la mujer de Samaria: «El que beba el agua que yo le daré, jamás volverá a tener sed», ahora dejaba escapar de sus labios el más breve de los siete gritos proferidos desde la cruz.

> «Tengo sed.»
>
> Jn 19, 28

Al ser crucificado rehusó aceptar un brebaje que se le ofrecía; ahora pedía ávidamente de beber. Pero había una diferencia considerable entre las dos bebidas; la primera era de mirra y consistía en una poción para calmar el dolor; la rechazó para que sus sentidos no se embotaran. La bebida que ahora le daban era vinagre o el vino agrio, de mala calidad, de los soldados.

> Y había allí una vasija llena de vinagre; y ellos empaparon una esponja en el vinagre, y poniéndola sobre un hisopo, se la llegaron a la boca Jesús bebió el vinagre.
>
> Jn 19, 29

El que en Caná había convertido el agua en vino, podía haber echado mano de los mismos recursos infinitos para calmar su sed; sólo que, en realidad, jamás había hecho un milagro en interés propio. Mas ¿por qué pedía de beber? No era solamente por necesidad, por grande que ésta debió de ser. La verdadera razón era el cumplimiento de las profecías:

> Después de esto, conociendo Jesús que todas las cosas habían sido ya cumplidas, para que se cumpliese la Escritura, dijo: Tengo sed.
>
> Jn 19, 28

Todo lo que el Antiguo Testamento había predicho acerca de Él había de cumplirse hasta el menor detalle. En las Escrituras había profetizado David esta sed que nuestro Señor padecía durante su pasión:

> Mi paladar se ha secado como un tiesto y mi lengua se ha pegado a mis dientes... Esperaba quien se compadeciera de mí, mas no lo hubo; y consoladores, mas no los hallé. Antes me

dieron hiel por mi alimento; y en mi sed me dieron a beber vinagre.

Ps 21, 16; Ps 68, 21 s

Así, aunque los soldados le dieron el vinagre mofándose de Él, puesto que así se declara explícitamente en la Biblia, cumplieron, sin embargo, con las Escrituras. El vinagre le fue dado en un manojo de hisopo, planta de pie y medio de altura aproximadamente. Era hisopo también lo que se mojaba en la sangre del cordero pascual; era hisopo lo que se usó para rociar con sangre las jambas y el dintel de las puertas de las casas de los judíos en Egipto, para verse preservados del ángel exterminador; era hisopo lo que se mojaba en la sangre del ave para purificación del leproso; fue el mismo David quien, después de su pecado, dijo que sería purificado con hisopo y, de este modo, limpiado.

Lo que en la vida de los hombres ocupa el último puesto, intencionadamente ocupó el primero en la vida de Jesús, porque había venido para sufrir y morir. Pero no expiraría hasta haber cumplido las predicciones de la Escritura, con objeto de que los hombres conocieran que era Él, el Cristo, el Hijo de Dios, el que estaba muriendo en la cruz. De la Escritura destacará la idea de que el Mesías prometido no había de aceptar la muerte como un hado, sino realizarla como una acción. El agotamiento no era lo que le causaba la sed. Como sumo sacerdote y mediador, eran las profecías referentes a Él lo que le impulsaron a decir que tenía sed. Ciertamente, los rabinos judíos habían aplicado ya a Él aquella profecía; la *Midrash* decía de su pasión y tormentos: «Ven y moja tu bocado en el vinagre», como está escrito en el profeta Isaías: «¡Fue herido por nuestras transgresiones, fue magullado por nuestras iniquidades!»

Dado que los soldados dieron a nuestro Señor, como burla, el vinagre en el extremo del hisopo, es muy probable que intentaran ridiculizar uno de los sagrados ritos de los judíos. Al ser rociada la sangre del cordero por medio del hisopo, la purificación que se efectuaba por medio de un símbolo se cumplió ahora al tocar el hisopo la sangre de Cristo. Insistiendo san Pablo en esta idea, escribe;

No por medio de la sangre de machos cabríos y de terneros, sino por la virtud de su propia sangre, entró una vez para siempre en el lugar santo, habiendo ya hallado eterna redención. Porque si la sangre de machos cabríos y toros, y la ceniza de la novilla, rociada sobre los que han llegado a ser inmundos, los santifica, para purificación de la carne, ¿cuánto más la sangre de Cristo (el

> cual por medio del Espíritu eterno se ofreció a sí mismo sin mácula a Dios) limpiará vuestra conciencia de las obras muertas para servir al Dios viviente?

Hebr 9, 12-14

Los que se hallaban junto a la cruz y conocían bien las profecías del Antiguo Testamento recibieron así otra prueba de que Jesús era el Mesías sufriente. Tanto su cuarta palabra, que expresaba los sufrimientos del alma, como su quinta palabra, que expresaba los sufrimientos del cuerpo, habían sido profetizadas. La sed era símbolo del carácter de insatisfacción que posee el pecado; los placeres de la carne, comprados a cambio del gozo del espíritu, son parecidos a beber agua salada. El hombre rico de la parábola, en medio de su sed, pedía al padre Abraham que dijera a Lázaro que viniera a humedecerle la lengua aunque no fuese más que con una gota de agua. Para realizar una completa expiación por el pecado, era preciso que el Redentor sintiera ahora la sed incluso de los que se pierden, la sed que experimentan antes de perecer o perderse. Mas, para los que se salvan, también había una sed, un anhelo de almas. Algunas personas tienen pasión por el dinero, otras por la fama; la pasión de Jesús era por las almas. «Dame de beber» significaba «dame tu corazón». La tragedia del divino amor por la humanidad es que, al tener sed, los hombres le dieron hiel y vinagre.

Sexta palabra

Desde toda la eternidad Dios quiso hacer a los hombres a imagen de su Hijo eterno. Habiendo realizado de manera perfecta esta imagen en Adán, puso a éste en un jardín hermoso como sólo Dios es capaz de hacer hermoso un jardín. De un modo misterioso, la rebelión de Lucifer repercutió en la tierra y la imagen de Dios en el hombre se hizo borrosa. El Padre celestial quiso ahora en su divina misericordia restaurar al hombre a su prístina gloria, a fin de que el hombre caído pudiera conocer la hermosa imagen que había e servirle de modelo. Dios envió su Hijo a la tierra no precisamente para perdonar el pecado, sino para satisfacer la justicia por medio de sufrimiento.

En la hermosa economía de la redención, las mismas tres cosas que cooperaron en la caída participaron en la redención. En vez del desobediente Adán, hubo el obediente nuevo Adán, Cristo; en vez de la orgullosa Eva, hubo la humilde nueva Eva, María, la Virgen; en vez del árbol del Edén, hubo el árbol de la cruz del Calvario. Echando una mirada

retrospectiva hacia el divino plan, y tras haber probado el vinagre que daba cumplimiento a la profecía, Jesús pronunció ahora lo que en la lengua griega del texto original está expresado con sólo una palabra:

¡Consumado está!

Jn 19, 30

No era una exclamación en acción de gracias porque se hubieran acabado sus sufrimientos, aunque realmente habían tocado a su fin las humillaciones del Hijo del hombre. Más bien se trataba de que su vida, desde el momento de su nacimiento hasta el de su muerte, había cumplido fielmente la misión que el Padre celestial le había confiado.

Tres veces usa Dios la misma palabra en la historia: primeramente, en el Génesis, para indicar que la creación ha sido consumada; en segundo lugar, en el Apocalipsis, cuando toda la creación terminará y se crearán nuevos cielos y una nueva tierra. Entre estos dos extremos del principio y del fin consumados, había el eslabón de la sexta palabra pronunciada desde la cruz. Nuestro Señor, en la condición de extrema humillación en que se encontraba, viendo cumplidas todas las profecías, todas las prefiguraciones realizadas y hechas todas las cosas que era necesario que se hicieran para la redención del hombre, profirió una exclamación de alegría: «¡Consumado está!»

La vida del Espíritu podía ahora iniciar la obra de la santificación, puesto que la obra de la redención estaba cumplida. En la creación, en el séptimo día, después de terminados los cielos y la tierra, Dios descansó de toda la obra que había realizado; ahora el Señor, en la cruz, después de haber enseñado como Maestro, gobernado como rey y santificado como sacerdote, podía entrar en su descanso. No habría un segundo Salvador; no habría otro nuevo camino de salvación; ningún otro nombre bajo el cielo por el cual los hombres pudieran llegar a salvarse. Los hombres habían sido comprados y se había pagado por ellos. Un nuevo David se levantaba para dar muerte al Goliat del mal, no con cinco piedras, sino con cinco llagas, horribles llagas en manos, pies y costado; y la batalla no fue librada con una armadura reluciente a los rayos de un sol de mediodía, sino con una carne tan desgarrada, que podían contarse los huesos. El divino artista había dado el último toque a su obra maestra, y con la alegría del fuerte entonó el himno triunfal por la terminación de su obra.

Desde la figura de la paloma hasta la del templo, no hubo simbolismo que no se cumpliera en É1. Cristo, uno con el eterno Padre en la obra de la creación, había consumado la redención. No había predicción

histórica —desde Abraham, que ofreció a su hijo, hasta Jonás, que estuvo tres días en el vientre de la ballena— que no hallara en El su cumplimiento. Si la profecía, en Zacarías, de que haría su entrada en Jerusalén montado humildemente en un asno; la profecía, de David, de que sería entregado por uno de los suyos; la profecía, de Zacarías, de que sería vendido por treinta monedas de plata y que más tarde este^ dinero sería empleado para comprar un campo de sangre; la profecía, de Isaías, de que sería tratado bárbaramente, flagelado y muerto, la profecía, también de Isaías, de que sería crucificado entre dos malhechores y que rogaría por sus enemigos; las profecías, de David, de que le darían vinagre para beber y que se repartirían sus vestidos, de que sería un profeta como Moisés, un sacerdote como Melquisedec, un cordero para ser sacrificado, una víctima propiciatoria sacada fuera de la ciudad; de que sería más sabio que Salomón, más rey que David, y de que sería aquel a quien Abraham y Moisés se refirieron en la profecía, si todos estos maravillosos enigmas hubieran quedado sin explicar, el Hijo de Dios encarnado no habría vuelto los ojos desde la cruz hacia todos aquellos animales —ovejas, machos cabríos y terneros— que habían sido ofrecidos en sacrificio, ni habría declarado: «¡Consumado está!»

No fue después de predicar el hermoso sermón de la montaña cuando dijo que su obra estaba cumplida. No había venido para enseñar, sino, como Él mismo dijo, para dar su vida en rescate por muchos. En su camino hacia Jerusalén había dicho a sus apóstoles que sería entregado a los gentiles, que se burlarían de Él y le escupirían, que sería azotado y muerto; en el huerto, cuando Pedro levantó la espada, Cristo le preguntó si es que Él no había de beber el cáliz que le había dado su Padre celestial. A la edad de doce años, la primera vez que las Escrituras registran sus palabras, dijo que había de estar en las cosas de su Padre. Ahora la obra que el Padre le había confiado estaba cumplida. El Padre había enviado al Hijo en la semejanza de la carne pecadora, y por medio del Espíritu santo fue concebido este Hijo en el vientre de María. Todo esto había de suceder para que pudiera padecer en la cruz. De esta manera la obra de la reparación implicaba a toda la Trinidad. Lo que había realizado era la redención, como el mismo Pedro diría después de recibir el Espíritu y entender el significado de la cruz:

Fuisteis redimidos de la manera vana de vivir, que vuestros padres os legaron, no con cosas corruptibles, como oro y plata, sino con preciosa sangre, la de Cristo, como de un cordero sin defecto e inmaculado.

1 Petr 1, 18 s

Uno de los castigos impuestos al hombre como resultado del pecado original fue el de que muriera en cuanto al cuerpo. Después de ser expulsado del paraíso, Adán tropezó con el cuerpo inerte de su hijo Abel. Le habló, mas Abel no le respondió. Le levantó la cabeza, mas ésta volvió a desplomarse; sus ojos estaban fríos y miraban fijamente. Entonces recordó Adán que la muerte era el salario del pecado. Fue la primera muerte que hubo en el mundo. Ahora el nuevo Abel, Cristo, asesinado por la raza de Caín, se disponía a regresar a su hogar. Su sexta palabra había sido dirigida a la tierra; la séptima iría dirigida a Dios. La sexta había sido su adiós al tiempo; la séptima era el comienzo de su gloria. El Hijo pródigo regresaba a su casa; treinta y tres años atrás había abandonado la casa paterna y partido hacia el país extranjero de este mundo. Aquí empezó a dar su substancia, los divinos tesoros de poder y sabiduría; en su última hora, su substancia de carne y sangre fue gastada entre los pecadores. No quedaba ya otra cosa de que alimentarse salvo los desperdicios y las burlas y el vinagre de la ingratitud humana. Ahora entraba en sí mismo y se disponía a emprender el camino de regreso a la casa de su Padre, y, al hacerlo, sus labios profirieron esta oración perfecta:

¡Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu!

Lc 23, 46

Estas palabras no fueron pronunciadas con un susurro como del que lanza su último suspiro. Ya había dicho antes que nadie le quitaría la vida, sino que la pondría de sí mismo. La muerte no puso la mano en el hombro de Él para invitarle a partir de este mundo; Él mismo salió al encuentro de la muerte. Para mostrar que no moría de agotamiento, sino por un acto de su voluntad, profirió sus últimas palabras

Clamando otra vez a gran voz.

Mt 27, 50

Es el único ejemplo en la historia de un moribundo que sigue viviendo. Sus palabras de despedida fueron una cita de los salmos de David:

En tus manos encomiendo mi espíritu; ¡tú me has redimido, Dios de verdad! Aborrezco a los que observan vanidades mentirosas, mas en cuanto a mí, en el Señor he esperado. Me regocijaré y me alegraré en tu misericordia; porque has visto mi aflicción; has conocido mi aliña en las angustias.

Ps 30, 6-9

No estaba entonando el himno de la muerte para sí mismo; más bien proclamaba la marcha progresiva de la vida divina. No se refugiaba en Dios porque debiera morir; más bien su muerte era un servicio que hada a los hombres y el cumplimiento de la voluntad del Padre. Es difícil para el hombre, que cree que morir es la crisis más terrible de su vida, comprender la alegría que inspiraban estas palabras de Cristo moribundo. El hombre cree que es la muerte lo que decide su suerte futura; pues bien, es su vida la que la decide. Algunas de las elecciones que hizo, las oportunidades que tuvo en su mano, las gracias que aceptó o que rechazó, he aquí todo lo que decide su futuro. El peligro de vivir es mayor que el peligro de morir. Así ahora era el modo como vivió, es decir, su propósito de rescatar a los hombres, lo que determinaba la alegría de su muerte y su unión con el Padre celestial. De la misma manera que algunos planetas tardan mucho en describir su órbita, como si quisieran saludar a aquel que los colocó en ella, así el Verbo encarnado, después de consumar su misión sobre la tierra, regresaba ahora al Padre celestial que le había enviado a realizar la obra de la redención.

Cuando Jesús pronunciaba estas palabras llegó de la colina opuesta de Jerusalén el rumor de miles de corderos que estaban siendo sacrificados en el atrio exterior del templo para que su sangre pudiera ser ofrecida a Dios en el altar y su carne comida por el pueblo. Si hay algo de verdad en lo que enseñan los rabinos, de que en el mismo día que Caín mató a Abel, Dios concertó la alianza con Abraham, Isaac fue llevado a la montaña para ser sacrificado, Melquisedec ofreció pan y vino a Abraham y Esaú vendió a Jacob su derecho de primogenitura, es cosa que ignoramos; pero en aquel día el Cordero de Dios fue sacrificado, y todas las profecías se cumplieron. La obra de la redención quedó consumada. Hubo la ruptura de un corazón y un rapto de amor; el Hijo del hombre inclinó la cabeza y quiso morir.

50. LAS SIETE PALABRAS A LA CRUZ

Nuestro Señor dijo siete palabras *desde* la cruz; pero hubo también siete palaras dirigidas *a* nuestro Señor en la cruz.

Primera palabra a la cruz

Hay personas que nunca permanecen junto a la cruz el tiempo suficiente para absorber la misericordia que del crucificado emana. Tales personas son los transeúntes, «los que pasaban».

> Y los que pasaban le decían injurias, meneando sus cabezas, y diciendo: Tú que derribas el templo, y en tres días lo reedificas, ¡sálvate a ti mismo! ¡Si eres Hijo de Dios, desciende de la cruz!
>
> Mt 27, 39 s

Apenas estaba el Señor en la cruz, cuando ya le pedían que bajara de ella. «Desciende de la cruz» es la petición más típica de un mundo no regenerado frente a la abnegación: una religión sin cruz. Mientras El, el hijo de Dios, estaba rogando por sus verdugos: «Padre, perdónalos...», ellos se mofaban de Él diciendo: «Si eres Hijo de Dios...» Si les hubiera obedecido y hubiera bajado efectivamente de la cruz, ¿en quién habrían creído? ¿Cómo podía el amor ser amor, si nada costaba al Amante? Si Cristo hubiera descendido, habría habido la cruz, mas no el crucifijo. La cruz de contradicción; la crucifixión es la solución 4e la contradicción de la vida y la muerte, al mostrar que la muerte es la condición de una vida superior.

Los que pasaban repetían desvergonzadamente la vieja acusación que en el proceso se había hecho a Jesús, diciendo que quería destruir el templo de Jerusalén y luego hacer otro en tres días, aunque sabían que hablaba del templo de su cuerpo. Esta acusación estaba tan infiltrada en sus mentes, que la repetirían incluso cuando fuera lapidado Esteban, el primero de los mártires. Pero las burlas constituyen uno de los ingredientes

del cáliz de la amargura, y ¿cómo podrían tener fuerzas para resistir sus seguidores en pruebas semejantes, si antes Él no las hubiera soportado con paciencia? La crueldad de los labios burlones forma parte de la herencia del pecado, lo mismo que la crueldad de las manos que clavan. En el monte de la tentación Satán empleó la misma técnica cuando dijo al Señor hambriento que cambiara en pan las piedras. ¡Era tan poco adecuado al Hijo de Dios el tener hambre! Ahora tampoco le sentaba bien al Hijo de Dios el que padeciese.

¿Por qué los transeúntes no tenían la paciencia de esperar aquellos «tres días» a que en sus mofas estaban aludiendo? Los escépticos esperan siempre milagros tales como el de descender de la cruz, pero nunca el milagro mayor del perdón.

Segunda palabra a la cruz

El mundo tiene siempre sitio para los mediocres; jamás para los que son muy buenos o los que son muy malos. Los buenos constituyen una censura para los mediocres, y los malos molestan a éstos. De ahí que en el Calvario la bondad fuera crucificada entre dos ladrones. Ésta es su verdadera posición: entre los indignos y los rechazados. Él es el hombre adecuado en el lugar adecuado. El que dijo que vendría como ladrón en la noche, se encuentra ahora entre ladrones; el médico está entre los leprosos; el Redentor se halla entre los no redimidos.

El buen ladrón, conmovido por los sufrimientos de Cristo, habló así al Salvador crucificado:

> Señor, acuérdate de mí cuando estés en tu reino.
>
> Lc 23, 42

Ésta fue la segunda palabra dirigida a la cruz, que no era un reproche. Mientras los que pasaban estaban juzgando la divinidad le nuestro Señor desde el punto de vista de la liberación del dolor, d buen ladrón estaba pidiendo la liberación del pecado. El que cree 10 pide pruebas; tampoco puso el buen ladrón esta condición: «si eres Hijo de Dios». Sus palabras daban a entender que creía que el que podía introducirle en un reino era capaz de suavizar su dolor *T* quitarle los clavos si tal hubiera querido.

El modo de comportarse todos los que rodeaban la cruz construía la negación de la misma fe que el buen ladrón manifestaba; sin embargo, éste creía lo que los otros no creían. El ladrón arrepentido le llamó «Señor», es decir, uno que poseía autoridad para gobernar; le atribuía un reino que

ciertamente no era de este mundo, puesto que Él no ostentaba señal externa alguna de realeza. Víctima y Señor eran para el ladrón términos que no se excluían. Un ladrón moribundo llegó a comprender esta verdad antes que los apóstoles. Ésta es la única conversión *in articulo mortis* que nos citan los evangelios, pero estuvo precedida por el sufrimiento. Había que recordar lo que el buen ladrón había pedido. Mas, ¿por qué había de ser recordado, si no era para que el perdón que Cristo había ofrecido a sus verdugos pudiera ser aplicado también a él? Tampoco hubo para el ladrón una palabra de reproche, porque su corazón estaba ya suficientemente quebrantado. Ésta fue la única de las palabras dirigidas a la cruz que recibió respuesta, y fue la promesa que Jesús hizo aquel mismo día al ladrón de que entraría en el paraíso.

Tercera palabra a la cruz

La tercera palabra a la cruz vino del ladrón de la izquierda:

Si tú eres el Cristo, sálvate a ti mismo y a nosotros.

Lc 23, 39

El hombre típicamente egoísta, que nunca tiene conciencia de haber obrado mal, pregunta: «¿Por qué Dios me ha hecho esto a mí?» Juzga el poder salvador de Dios desde el punto de vista de librar de las pruebas. Aquel ladrón de la izquierda fue el primer comunista. Mucho antes que Marx, estaba diciendo: «La religión es el opio del pueblo. Si no puede aliviar de las pruebas, ¿para qué sirve?» Una religión que piensa en las almas cuando los hombres están muriendo, que los invita a mirar hacia Dios en el momento en que los tribunales están cometiendo injusticias, que habla del paraíso o de «pajarracos volando» cuando los estómagos están vacíos y los cuerpos se retuercen de dolor, que discurre acerca de perdón cuando los desheredados de la fortuna, dos ladrones y un carpintero de pueblo, están muriendo en el patíbulo... tal religión es el «opio del pueblo».

La única salvación que el ladrón de la izquierda era capaz de entender no era espiritual o moral, sino física: «¡Sálvate a ti mismo y a nosotros!» ¿Salvar qué? ¿Nuestras almas? ¡No! ¡El hombre no tiene alma! ¡Salva nuestros cuerpos! ¿De qué sirve la religión, si no puede suprimir el dolor? ¡Baja del patíbulo! ¡Rescata a una clase social! El cristianismo o bien es un evangelio social o bien es una droga. Tal fue su exclamación.

Varios hombres pueden hallarse en circunstancias idénticas y reaccionar de maneras totalmente distintas. Ambos ladrones tenían igualmente depravado el corazón y, sin embargo, cada uno reaccionó de modo diferente frente al hombre que tenían en medio de ellos. De nada sirven los medios externos, los buenos ejemplos, para convertir a una persona, a menos que se opere un cambio en su corazón. Este ladrón era ciertamente un judío, puesto que basaba el aceptar al Mesías o Cristo únicamente en su poder de bajarle a él de la cruz. Pero supongamos que Cristo le hubiera desclavado de la cruz, hubiera restañado sus heridas y devuelto el vigor y frescor a su cuerpo, ¿el resto de su vida terrenal habría sido acaso una demostración de fe en Cristo… o tal vez una continuación de su vida de ladrón? Si nuestro Señor hubiera sido solamente un hombre que quería mantener su prestigio y reputación, habría demostrado su poder allí mismo y en aquel instante; pero, como era Dios y conocía los secretos de todos los corazones, por ello guardó silencio. Dios no contesta a las oraciones de los hombres solamente para demostrar su poder.

Cuarta palabra a la cruz

Esta palabra procedió de los intelectuales de la época, o sea de los príncipes de los sacerdotes, de los escribas y fariseos.

> A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar. Si es el rey de Israel, descienda ahora de la cruz, y creeremos en él. Confió en Dios; líbrele ahora, si le quiere; porque ha dicho: De Dios soy hijo.

Mt 27, 42 s

Los intelectuales saben siempre de religión lo suficiente para tergiversarla; de ahí que tomaran cada uno de los tres títulos que Jesucristo había reclamado — «Salvador», «Rey de Israel» e «Hijo de Dios» — y los ridiculizaran.

«Salvador»: Así le llamaban los samaritanos. Ahora ellos admitirían que había salvado a otros, probablemente a la hija de Jairo, al hijo de la viuda de Naím y a Lázaro. Ahora podían resistirse a admitirlo, puesto que el Salvador mismo se hallaba necesitado de salvación: «A otros salvó, y a sí mismo no se puede salvar». El milagro concluyente todavía les faltaba.

¡Claro que no podía salvarse a sí mismo! ¡La lluvia no puede salvarse a sí misma si está destinada a reverdecer los campos! El sol no puede salvarse a sí mismo si ha de alumbrar al mundo; el soldado no puede

salvarse a sí mismo si ha de salvar a su patria. ¡Y Cristo no puede salvarse a sí mismo si ha de salvar a sus criaturas!

«Rey de Israel»: Tal es el título que le dio la muchedumbre después que Jesús la hubo alimentado y, luego, se dirigió a la montaña El solo. El mismo título le dieron el domingo de Ramos, cuando esparcieron ramas debajo de sus pies. Ahora se mofaban del tal título y decían sarcásticamente: «Si es el rey de Israel, no tiene que hacer sino bajar de la cruz.»

¿Es que todos los reyes de la tierra han de estar sentados en tronos de oro? Supongamos que el rey de Israel decidiera gobernar desde la cruz, ser rey no de los cuerpos por medio del poder, sino de los corazones por medio del amor. La propia literatura de ellos sugería la idea de un rey que habría de llegar a la gloria a través de la humillación. ¡Cuán insensato resultaba burlarse de un rey porque se negaba a bajar de su trono! Y si hubiera descendido habrían sido los primeros en decir, como habían dicho ya en otra ocasión, que lo hacía por obra de Belcebú.

Las fuerzas irreligiosas tienen su día de fiesta en los momentos de grandes Catástrofes. En tiempo de guerra preguntan: «¿Dónde está Dios ahora?» ¿Cómo es que en los momentos de prueba se juzga siempre a Dios, y no a los hombres? ¿Por qué en la guerra han de cambiar sus puestos respectivos el juez y el reo, al preguntar el hombre por qué Dios no pone fin a la guerra?

¡Tales eran las burlas que tuvo que escuchar Jesucristo! Ellos no sabían que ya estaban perdidos. Creían que era Él quien lo estaba. Por lo tanto, ellos, los que estaban realmente condenados, se mofaban del único que creían condenado. El infierno estaba triunfando de lo humano. Realmente, ésta era la hora del poder de los dominios infernales.

Decían que creerían si bajaba de la cruz. Pero no creyeron cuando le vieron resucitar a Lázaro de entre los muertos. Tampoco creerían aun cuando le vieran a Él mismo resucitar. Entonces prohibirían a los apóstoles que predicaran la resurrección que ellos mismos conocían como un hecho. Si hubiera descendido de la cruz, no hubiese sido el medio adecuado para ganar a los hombres. Bajar habría sido humano; estar allí colgado era algo divino.

Quinta palabra a la cruz

Cuando las tinieblas cubrieron la tierra, nuestro Señor profirió un grito que suscitó la quinta palabra a la cruz:

Eloí, Eloí, lamma sabacthani?

Mc 15, 34

que significaba:

¡Dios mío! ¡Dios mío! ¿Por qué me has abandonado?

Al oír estas palabras, algunos de los que allí estaban decían:

¡Dejad, veamos si viene Elías para bajarle! ¡He aquí que llama a Elías!...

Mc 15, 35 s

No sabemos si interpretaban mal voluntariamente la exclamación del Señor, de suerte que entendían Elías en vez de Eloí, pero ciertamente se trataba de una mofa, puesto que los judíos tenían la creencia, por haberlo profetizado Malaquías, de que Elías había de preceder a nuestro Señor. Sus palabras significaban que Él no podía ser el Señor, puesto que Elías aún no había venido. De ésta manera hacían, como si el presunto Mesías estuviera llamando al hombre que había de precederle en su venida. Realmente, Elías ya había venido en espíritu en la persona de Juan Bautista. Antes de que naciera Juan, el ángel se apareció a su padre Zacarías diciendo que el hijo que había de nacerle

A muchos de los hijos de Israel hará volver al Señor su Dios. E irá delante de su faz, en el espíritu y poder de Elías.

Lc 1, 16

Era evidente que el espíritu de Elías se hallaba en Juan, puesto que el primer sermón que el Bautista predicó fue el de «¡Arrepentíos!». Esta era la manera como Malaquías había profetizado que el precursor del Señor anunciaría a éste. Además, el género de vida y las vestiduras de Juan señalaban la íntima semejanza que tenía con respecto a aquel gran profeta. El Señor estaba en la cruz; Elías *había venido* en espíritu. Los burladores sin duda alguna aludían a que nuestro Señor había hecho referencia a Elías durante su vida pública. Dijo a los enviados de parte de Juan que el recibir cualquier verdad que Él enseñaba dependía del estado de voluntad de cada uno. De ahí que acepta a Juan como Elías significara aceptar el arrepentimiento que Juan iba a despertar en las almas:

Y si queréis recibirlo, éste es el Elías que ha de venir.

Mt 11, 14

Si sus conciencias eran como debían ser, les decía, aceptarían a Juan en el espíritu de Elías. Transcurrieron dos años, y sus conciencias quedaron al descubierto cuando Cristo pendía en la cruz. Habían criticado a Juan por su ascetismo y abnegación; criticaban ahora a Jesús porque estaba clavado en la cruz. De la misma manera que el pueblo esperaba otra clase de Elías como precursor, también esperaba un Cristo diferente. El grito a la cruz de parte de aquellos que interpretaban mal una palabra era figura simbólica de muchos que piensan siempre que la religión es algo distinto de lo que es realmente. En toda la crucifixión, el único motivo unificador era: «Desciende de la cruz». Satán no quería que Cristo subiera a ella; Pedro se escandalizó sólo al oírla nombrar. Incluso aquellos que creen que Cristo era una persona humana no quieren su cruz. El mundo sigue esperando a Elías para hacer bajar a Cristo de su cruz. *El Cristo sin crucificar es el deseo de la gente mundana.* Negarse a tajar de la cruz será siempre el reproche a Jesús de los que quieren un Cristo alfeñique, con manos blancas y sin llagas.

Sexta palabra a la cruz

La sexta palabra a la cruz procedía de los soldados:

> Los soldados también hacían burla de Él, llegándose, y ofreciéndole vinagre, y diciendo: Si tú eres el rey de los judíos sálvate a ti mismo.

Lc 23, 36 s

Estos hombres no eran judíos, ni tampoco ciudadanos de la vencida nación de Israel; eran orgullosos legionarios de Roma. ¿Por qué entonces se burlaban de Él como rey de los judíos? Porque, ateniéndose al espíritu del paganismo, pensaban que todos los dioses eran dioses nacionales. Babilonia tenía sus dioses; los medos y los persas tenían los suyos; y los suyos tenían asimismo los romanos. Querían dar a entender que, de todos los dioses nacionales, ninguno parecía más pobre y desvalido que el Dios de Israel, el cual no podía salvarse del árbol en que había sido clavado. También es probable que en sus burlas los soldados se inspirasen en la inscripción de la cruz, hecha en tres idiomas, y que decía:

> Jesús nazareno, rey de los judíos.

Jn 19, 19

Otros le habían dicho que bajara de la cruz o que se salvara a sí mismo, pero los soldados, igual que el ladrón de la izquierda, el desafiaban

a que «se salvara a sí mismo». También ellos tenían interés por la salvación, pero sólo la salvación física, no espiritual. En sus palabras se encerraba la secreta jactancia de lo bien que habían realizado su trabajo, puesto que el reo no podía desclavarse.

Los soldados habían echado ya suertes sobre la túnica de Jesús. Caifás había rasgado sus vestiduras sacerdotales, pero no fueron rasgadas las vestiduras del sumo sacerdote de la cruz. Abandonó a sus profanadores militares su túnica inconsútil y la creencia de que no le era posible salvarse a sí mismo. Estarían apostados junto al sepulcro la mañana de pascua para ver cuán equivocados estaban y por qué no había querido salvarse a sí mismo.

Estos soldados pertenecían a un Imperio en el que se tenía en alta estima a un general que por una gloria temporal sacrificaba millares de soldados; pero se mofaban del capitán de la salvación que moría para que los demás pudieran vivir. Éste es uno de los pocos pasajes del Nuevo Testamento donde se habla desfavorablemente de los soldados. Les costaba trabajo darse cuenta de que negarse a salvarse a sí mismo era debido no a debilidad, sino a obediencia a la ley del sacrificio. Su vida les obligaba a someterse al deber de morir, si necesario fuere, para salvar a su patria. Pero no podían comprender el mismo sacrificio elevado por encima del plano militar. Sólo podían ver los acontecimientos en sucesión; pero Él los había ordenado todos desde el comienzo. Vino a este mundo para «dar su vida en rescate por muchos». Si, para obedecer a lo que ellos le decían, se hubiera salvado a sí mismo, los hombres no se habrían salvado.

Séptima palabra a la cruz

Cuando Cristo fue crucificado, el sol escondió sus rayos; cuando murió, la tierra tembló llena de tristeza. En aquel terremoto se hendieron las peñas, se abrieron las tumbas y muchos cuerpos de los santos que habían estado durmiendo salieron de sus sepulturas *y* se aparecieron a muchas personas en la Ciudad Santa. Si cuando Dios liberó a su pueblo de la esclavitud de Egipto la tierra dio muestras de reconocimiento al separar las aguas del mar Rojo, con mayor razón manifestaba ahora su reconocimiento al liberar el Señor a los hombres de la esclavitud del pecado. Aunque los corazones de los hombres no podían ser hendidos, sí podían serlo las peñas.

El centurión que tenía a su cargo los soldados, al observar el terremoto y recordar la manera como había muerto aquel crucificado,

empezó a reflexionar. Luego este sargento del ejército romano dio testimonio, no en el terreno de los sueños, como había hecho Claudia, también pagana, sino con la expresión propia de un hombre razonable:

> Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.
>
> Mc 15, 39

El Cristo que había sido totalmente abandonado por sus discípulos, salvo uno de ellos, al pie de la cruz; el que no había oído una sola voz que se elevara para defenderle, más que la voz de una mujer, y que no había encontrado a nadie que se adelantara a reconocerle, al morir hallaba por fin a uno que le reconocía, a un soldado aguerrido que era el que había mandado y presidido la ejecución. Sin duda aquel centurión había sacrificado a muchos hombres anteriormente, pero observó que había algo misterioso en este sufriente que rogaba por sus enemigos y era tan fuerte en su último suspiro que demostraba ser dueño de la vida que voluntariamente entregaba. Viendo que toda la naturaleza se animaba y daba testimonio, su propia mente comprendió que las acusaciones habían sido burdas calumnias y que aquel hombre era justo e inocente; más aún, proclamó incluso su divinidad.

La cruz empezaba a dar frutos: un ladrón judío había pedido ya y recibido la salvación; y ahora un soldado del césar se inclinaba Para adorar al divino paciente. Aquella extraña combinación que se por doquier en la vida pública de nuestro Señor se manifestaba ahora en la cruz: humillación y poder. Mientras otros le condenaban como blasfemo, el centurión le adoraba como Hijo de Dios.

51. ESCISIÓN DEL VELO DEL TEMPLO

Nuestro Señor había llamado Templo a su cuerpo porque en él moraba la plenitud de la Divinidad. El templo de piedra de Jerusalén era sólo un símbolo. En aquel gran templo terrenal había tres grandes departamentos. Más allá del atrio de entrada había un lugar llamado «santo», y al otro lado se encontraba un lugar más secreto todavía, al que se conocía con el nombre de «santo de los santos», o lugar santísimo. El atrio estaba separado del lugar santo por medio de un velo, y un gran velo separaba asimismo el lugar santo del lugar santísimo.

En el preciso instante en que nuestro Señor consintió voluntariamente en morir,

> He aquí que el velo del santuario se rasgó en dos, de arriba abajo.

Mt 27, 51

El mismo hecho de que el velo fuera rasgado de arriba abajo era para indicar que no se hacía por mano del hombre, sino por la mano milagrosa de Dios mismo, el que había ordenado que, en tanto durase la antigua ley, el velo colgara delante del santo de los santos. Ahora decretaba que a su muerte fuera rasgado en dos. Aquello que desde antiguo era algo sagrado permanecía ahora abierto y manifiesto a los ojos de todos, descubierto como una cosa corriente cualquiera, mientras que delante de ellos, en el Calvario, al atravesar un soldado el corazón de Jesús, se revelaba el nuevo santo de los santos, que contenía el arca del Nuevo Testamento y los tesoros de Dios. La muerte de Jesús era la desconsagración de aquel templo terrenal, porque dentro de tres días iba a levantar el nuevo Templo.

Solamente un hombre, una vez al año, podía entrar en el antiguo lugar santísimo; ahora que había sido rasgado en dos el velo que separaba del pueblo aquel lugar, y separaba a los judíos de los gentiles, unos y otros tendrían acceso al nuevo Templo, Cristo el Señor.

Existe una relación intrínseca entre el soldado que atravesó el corazón de Cristo en la cruz, del que brotó sangre y agua, y el velo del templo que fue rasgado de arriba abajo. Dos velos fueron rasgados: uno de ellos, el velo de púrpura que acabó con la antigua ley; el otro, el velo de su carne, que abrió el santo de los santos del divino Amor que plantaba su tabernáculo en medio de nosotros. En ambos casos lo santo se hacía manifiesto; por una parte, el santo de los santos, que había sido solamente figura; por otra parte, el verdadero santo de los santos, su sagrado corazón, que se abría para que los pecadores tuvieran acceso a Dios. El velo del antiguo templo simbolizaba que el cielo estaba cerrado para todos hasta que el sumo sacerdote enviado por el Padre rasgara dicho velo y abriera las puertas a todo el mundo. San Pablo describe la manera como el sumo sacerdote de la antigüedad, una vez al año, y no sin antes hacer una ofrenda de sangre por sus propias faltas y por las del pueblo, podía entrar en el lugar santísimo. La epístola a los hebreos explica este misterio:

> El Espíritu santo daba a entender que no se había abierto todavía el camino del santuario, mientras estuviere aún en pie el primer tabernáculo... Pero habiendo venido Cristo, como sumo sacerdote de los bienes venideros, atravesando el mayor y más perfecto tabernáculo, no hecho de manos, es decir, no de esta1 creación; entró una vez para siempre en el santuario, no hecho de la sangre de machos cabríos y de terneros, sino por la virtud de su propia sangre, habiendo ya hallado eterna redención.

Hebr 9, 8-12

Luego, comparando el velo de la carne con el velo del templo, añade la epístola:

> Teniendo, pues, libertad para entrar en el lugar santísimo, en virtud de la sangre de Jesús, por un camino nuevo y vivo, que él ha abierto para nosotros, a través del velo, es decir, su carne.

Hebr 10, 19 s

Mil años antes, contemplando proféticamente al Mesías, había escrito David:

> Sacrificio y presente no querías, y abriste mis oídos; no exigías holocausto ni víctima. Entonces dije: He aquí que yo vengo; en el envoltorio del libro está escrito de mí; me complazco en hacer tu voluntad, oh Dios mío, y tu ley está en lo más profundo de mis entrañas.

Ps 39, 7-10

Al mirar el salmista retrospectivamente hacia los sacrificios de animales, holocaustos para alcanzar el favor divino y ofrendas por el pecado para reparar los errores, su mente se posaba en ellos solamente para rechazarlos, puesto que sabía que tales toros, machos cabríos y ovejas sacrificados no podían afectar realmente a la relación entre el hombre y Dios. Estaba dirigiendo su mirada hacia un día venidero en el cual, habiendo Dios encerrado su naturaleza divina en un cuerpo humano como en un templo, vendría a la tierra con un solo propósito: entregar su vida conforme con la voluntad divina. David proclamaba que la encarnación divina sería la consumación de los sacrificios y del sacerdocio de la ley judaicas. Ahora se cumplía la figura al ofrecerse a sí mismo el Cordero inmaculado de Dios a su Padre celestial. La antigua promesa hecha a Israel en Egipto todavía seguía en pie, y en un sentido más elevado podía aspirar a ella todo el que invocara la sangre derramada en la cruz:

> Yo veré la sangre, y os pasaré por alto, de modo que no habrá entre vosotros plaga destructora, cuando yo hiera la tierra de Egipto.

Ex 12, 13

La casa sacerdotal de Leví acababa de ser despedida ahora. El orden de Melquisedec se convertía en la ley en la casa de Leví. Se retiraba del lugar santísimo del templo terrenal el letrero «No se permite la entrada». Cuando Cristo vino al mundo para ser el cumplimiento del orden de Melquisedec, la casa de Leví se negó a recibirle. En realidad, Leví le había exigido a Él el pago de diezmos unas pocas semanas antes de su muerte, al pedirle el impuesto del templo. Pero, al rasgarse en dos el velo del templo, el sacerdocio de Melquisedec pasaba a ser suyo, y con él el verdadero santo de los santos, el arca de la Nueva Alianza, el verdadero Pan de Vida... el Cristo, el Hijo de Dios viviente.

52. EL COSTADO TRASPASADO

Cuando nuestro Señor exhaló su último suspiro, a los dos ladrones les rompieron los huesos para apresurar su muerte. La ley ordenaba que el cuerpo de un crucificado, y por lo tanto maldito de Dios, no podía permanecer en la cruz durante la noche. Además, siendo inminente el sábado de la semana de pascua, los observantes de la ley tenían prisa por matar a los ladrones y enterrar a todos los que estuvieran crucificados. Faltaba cumplirse una profecía concerniente al Mesías. El cumplimiento tuvo efecto cuando

> Uno de los soldados traspasó su costado con una lanza, y en el acto salió sangre y agua.

Jn 19, 34

La divina víctima había reservado algunas preciosas gotas de su sangre para derramar después de haber entregado su espíritu, y manifestar así que su amor era más fuerte que la muerte. Salió sangre y agua de su costado; sangre: precio de la redención y símbolo de la eucaristía; agua: símbolo de regeneración y bautismo. San Juan, que había sido testigo de cómo el soldado había traspasado el corazón de Cristo, escribió más tarde lo siguiente:

> Éste es Jesucristo, aquel que vino por agua y sangre, no con el agua solamente, sino con el agua y con la sangre.

Jn 5, 6

Aquí se trata de algo más que un fenómeno natural, pues Juan le atribuye un significado misterioso y sacramental. El agua se encontraba al comienzo del misterio de nuestro Señor, cuando fue bautizado; la sangre se encontró al fin del mismo, cuando Él se ofreció a sí mismo como oblación inmaculada. Lo uno y lo otro se convirtió en la base de la fe, puesto que en

el bautismo el Padre declaró que Jesús era su Hijo y en la resurrección volvió a testificar su divinidad.

El mensajero del Padre fue empalado con el mensaje de amor escrito en su propio corazón. La lanzada fue la última profanación que tuvo que sufrir el Buen Pastor de Dios. Aunque se le perdonó la brutalidad de quebrarle las piernas, sin embargo, hubo cierto misterioso propósito divino en el hecho de que le fuera abierto el sagrado corazón. Este hecho fue registrado convenientemente en su evangelio por el apóstol Juan, el discípulo que se había recostado en el pecho del Maestro la noche de la última cena. En el diluvio, Noé practicó una puerta en el costado del arca, por la cual entraron en ella los animales para que pudieran escapar a la inundación; ahora una nueva puerta se abre en el corazón de Dios para que por ella pueden entrar los hombres y de este modo escapar a la inundación del pecado. Cuando Adán fue sumido en profundo sueño, Eva fue hecha de carne tomada de su costado y llamada madre de todos los vivientes. Ahora, cuando el segundo Adán inclinó la cabeza y se durmió en la cruz, bajo la figura de la sangre y el agua surgió de su costado su esposa, la Iglesia. El corazón abierto vino a cumplir las palabras de Jesús:

> Yo soy la puerta: por mí, si alguno entrare, será salvado.
>
> Jn 10, 9

San Agustín y otros escritores de los primeros tiempos del cristianismo escriben que Longino, el soldado que abrió los tesoros del sagrado corazón de Jesús, fue curado de ceguera; más adelante, Longino falleció siendo obispo y mártir de la Iglesia, y su fiesta se celebra el quince de marzo. Al ver cómo con la lanza era traspasado el corazón de Jesús, el apóstol Juan se acordó al punto de la profecía de Zacarías, emitida seis siglos atrás:

> Mirarán a aquel que traspasaron.
>
> Jn 19, 37

No es que primero aparezca el dolor y luego se mire a la cruz, sino que más bien el dolor de los pecados surge al contemplar la cruz. Todos los pretextos quedan arrinconados cuando de la manera más conmovedora se nos revela la vileza del pecado. Pero la flecha del pecado que hiere y crucifica lleva al mismo tiempo el bálsamo del perdón que cura. Pedro vio al Maestro y en seguida salió y lloró amargamente. De la misma manera que aquellos que miraban la serpiente de bronce quedaban curados de la mordedura ponzoñosa, ahora la figura se convierte en realidad y los que

levantan los ojos hacia aquel que parecía un pecador, pero no lo era, quedan curados de la enfermedad del pecado.

Todos deben hacer esto, tanto si les gusta como si no. El Cristo traspasado se yergue en las encrucijadas del mundo. Algunos miran y son ablandados por la penitencia; otros miran y se alejan pesarosos, pero sin arrepentirse, como hizo aquella muchedumbre que en el Calvario «se fue a su casa golpeándose el pecho». Aquí golpearse el pecho era señal de impenitencia: se negaban a mirar a aquel que habían traspasado. El *mea culpa* es el golpear de pecho que salva.

Aunque los verdugos atravesaron su costado, no le rompieron ningún hueso de su cuerpo, como había sido profetizado. El Éxodo había dicho que al cordero pascual no se le rompería ningún hueso. Aquel cordero era solamente figura típica del cumplimiento del Cordero de Dios:

> Estas cosas sucedieron para que se cumpliese la Escritura: No romperéis ninguno de sus huesos.
>
> Jn 19, 36

Esta profecía se cumplió a despecho de los enemigos de Cristo, quienes pedían lo contrario. Así como el cuerpo físico de Cristo tuvo heridas externas, contusiones y llagas, y, sin embargo, su estructura interna permaneció intacta, de la misma manera parecía predecir que, aunque su cuerpo místico, la Iglesia, tuviera sus heridas y llagas morales de escándalos e infidelidades, sin embargo, ni un solo hueso de su cuerpo le sería jamás quebrantado.

53. LOS AMIGOS NOCTURNOS DE CRISTO

El cuerpo del Salvador pendía inerte en la cruz... a merced de cualquiera, pero sobre todo pertenecía a su madre. Nadie en el mundo, salvo María, podía pronunciar como ella las palabras de Jesús en la última cena, aunque ella no fuese ninguna sacerdotisa. Siendo así que nadie más que la bienaventurada Madre era quien le había dado cuerpo y sangre, por la virtud del Espíritu santo, sólo ella podía decir: «Éste es mi cuerpo, ésta es mi sangre». Sólo ella le había dado aquello por medio de lo cual Jesús había realizado su redención; sólo ella hizo posible que Jesús existiera; sólo ella hizo de Él el nuevo Adán. No había contrapartida humana; sólo el Espíritu de Amor.

María le reclamó como suyo por medio de la intervención de dos hombres ricos. Uno de ellos era Nicodemo, el discípulo secreto de Jesús, que hacía sus apariciones durante la noche. Nicodemo era un doctor de la ley considerado como maestro en Israel. Desde el principio conoció que nuestro Señor era un Maestro enviado por el cielo, aunque, para conservar su autoridad y no exponerse al odio de sus paisanos, siempre habló con Jesús en secreto. El otro hombre rico, José de Arimatea, le cedió la nueva sepultura. Este último había pedido a Pilato el cuerpo de nuestro Señor, y Pilato se lo concedió. Eran notables la riqueza, el rango y la posición de estos dos hombres; uno de ellos oyó al crucificado hablar de que sería algún día «levantado en alto»; el otro venía de la tierra del llanto del lugar de la tumba de Raquel. Siglos antes Isaías había profetizado que nuestro Señor sería «rico en la muerte»; ahora es entregado al rico José de Arimatea.

Estos dos hombres, junto con algunos fieles seguidores, se dispusieron a bajar de la cruz a nuestro Señor, a desclavarle de ella y quitarle la corona de espinas. Al inclinarse sobre aquella figura, sobre la cual la sangre se había coagulado, sólo los ojos de la fe podían distinguir las señales de realeza. Pero, con un amor que rompía todos los lazos del

cálculo egoísta, aquellos dos rezagados y discípulos secretos trataban de demostrar su lealtad. Es probable que al ser bajado el cuerpo inerte de Cristo fuera colocado en los brazos de su santísima Madre. Para una madre, ningún hijo deja nunca de ser un niño. Le debió de parecer a María que retrocedía a los días de Belén y que volvía a tener entre sus brazos al niño Jesús. Pero todo había cambiado. Ya no era blanco como cuando había venido del Padre: estaba rojo al venir de las manos de los hombres.

Nicodemo y José ungieron el cuerpo con cien libras de mirra y especias, y lo envolvieron en blanquísimo lienzo. El modo cuidadoso de embalsamarle más bien parecía sugerir que estos dos discípulos clandestinos no esperaban la resurrección, lo mismo que les ocurría a los apóstolos. Desde el punto de vista espiritual, todavía no se daban cuenta de quién era. El interés que mostraban en cuanto a su sepultura era una prenda del amor que le profesaban, pero no de que creyeran en El como la resurrección y la vida.

En el lugar donde fue crucificado, había un huerto.

Jn 19, 41

Las palabras «huerto» o «jardín» sugieren la idea del Edén y el hecho de la caída del hombre, como asimismo, por medio de las flores que en él había, sugiere la idea de la primavera de la resurrección de entre los muertos. En aquel huerto estaba la tumba en la que «jamás había sido enterrado nadie». Nacido de un vientre virginal, fue sepultado en una tumba virginal, y, como dice Crashaw, «un José fue en ambos casos el esposo». Nada parece más repulsivo que una crucifixión en un jardín, y, sin embargo, ello había de ser compensado, ya qué aquel jardín había de tener su resurrección. Nacido en una cueva ajena, sepultado en una cueva ajena, tanto el nacimiento humano como la muerte humana fueron extraños a su divinidad. La tumba de un extraño también', porque* ya que el pecado le era extraño, asimismo érale extraña la muerte. Al morir por otros fue colocado en la tumba de otro. Su tumba era prestada porque había de devolverla por pascua, de la misma manera que devolvió el pollino sobre el que montó el domingo de Ramos y el aposento alto que empleó para celebrar la última cena. Enterrar es solamente Plantar. Más adelante Pablo, del hecho de que Jesús había sido enterrado en un huerto, deduciría la ley de que, si nosotros somos plantados en la semejanza de su muerte, seremos levantados con en a gloria de su resurrección.

54. LA HERIDA MÁS GRAVE DE LA TIERRA: LA TUMBA VACÍA

En la historia del mundo sólo se ha dado una vez el caso de que delante de la entrada de una tumba se colocara una gran piedra y se apostara una guardia para evitar que un hombre muerto resucitara de ella: fue la tumba de Cristo en la tarde del viernes que llamamos santo. ¿Qué espectáculo podría haber más ridículo que el ofrecido por unos soldados vigilando un cadáver? Pero fueron puestos centinelas para que el muerto no echara a andar, el silencioso no hablara y el corazón traspasado no volviera a palpitar con una nueva vida. Decían que estaba muerto; sabían que estarna muerto; decían que no resucitaría, y, sin embargo, vigilaban. Le llamaban abiertamente impostor. Pero ¿seguiría acaso engañando? ¿Acaso el que les había «engañado» dejándoles que creyeran que habían ganado la batalla, ganaría la guerra de la verdad y el amor? Recordaban que Jesús había dicho que su cuerpo era el Templo y que, después de tres días de que ellos lo hubieran destruido, Él volvería a edificarlo; recordaban también que se había comparado con Jonás, y había dicho que, así como Jonás había estado en el vientre de la ballena por tres días, así Él estaría en el seno de la tierra por tres días y luego resucitaría. Al cabo de tres días recibió Abraham a su hijo Isaac, ofrecido antes en sacrificio; tres días estuvo Egipto sumido en tinieblas que no eran naturales; al tercer día se apareció Dios en el monte Sinaí. También ahora existía cierta preocupación por lo que ocurriría el tercer día. Al amanecer del sábado, por tanto, los príncipes de los sacerdotes y los fariseos, quebrantando el descanso sabático, se presentaron ante Pilato para decirle:

> Señor, recordamos que aquel impostor dijo mientras vivía aún: Después de tres días resucitaré. Manda, pues, asegurar el sepulcro hasta el día tercero, no sea que vengan sus discípulos de noche, y le hurten, y digan al pueblo: Ha resucitado de entre los muertos. Y el postrer error será peor que el primero.

Mt 27, 63 s

E1 que ellos pidieran una guardia hasta el «tercer día» indicaba que pensaban más en las palabras que había dicho Cristo que en el temor que pudieran sentir de que los apóstoles robaran un cadáver y lo colocaran de pie simulando una resurrección. Pero Pilato no se sentía de humor para ver a aquel grupo porque ellos eran los culpables de que hubiera condenado sangre inocente. Había hecho su investigación oficial para cerciorarse de que Cristo estaba muerto; no se sometería a la idea absurda de usar los soldados del césar para custodiar una tumba judía. Pilato les dijo así:

Tenéis una guardia; id, y guardadlo como sabéis.

Mt 27, 65

La guardia era para prevenir la violencia, el sello era para prevenir todo fraude. Debería haber un sello, y los enemigos serían quienes lo pusieran. Debía haber una guardia, y los enemigos serían quienes se encargaran de ello. Los certificados de la muerte y resurrección serían, por lo tanto, firmados por los mismos enemigos. Por medio de la naturaleza, los gentiles se aseguraron de que Cristo estaba muerto; los judíos, por medio de la ley.

Ellos, pues, se fueron, y sellando la piedra, aseguraron el sepulcro por medio de la guardia.

Mt 27, 66

El rey yacía de cuerpo presente con su guardia personal a su alrededor. Lo más asombroso en este espectáculo de la vigilancia en torno a un cadáver era que los enemigos de Cristo esperaban la resurrección, mas no así sus amigos. En este caso los fieles eran los escépticos; los infieles eran los que creían. Sus seguidores necesitaban y pidieron pruebas antes de darse por convencidos. En las tres grandes escenas del drama de la resurrección hubo una nota de tristeza e incredulidad. La primera escena fue la de una llorosa Magdalena que vino por la mañana temprano a la tumba, provista de especias aromáticas, no para saludar al Salvador resucitado, sino para ungir su cuerpo inerte.

Magdalena junto al sepulcro

En el amanecer del domingo se vio a varias mujeres que se acercaban al sepulcro. El mismo hecho de que las mujeres llevaran drogas aromáticas demuestra que no esperaban-la resurrección. Esto parece extraño después de las muchas referencias que nuestro Señor había hecho a su muerte y

resurrección. Pero, por lo visto, los discípulos y las mujeres, cuando Jesús les hablaba de su pasión, parecían recordar más lo que había dicho de su muerte que lo de su resurrección. Nunca se les ocurrió que esto fuera posible. Era algo extraño a su modo de pensar. Cuando la gran piedra fue rodada hasta la entrada del sepulcro, no sólo quedó sepultado Cristo, sino también todas las esperanzas de ellos. La única idea que tenían las mujeres en aquellos momentos era la de ungir el cuerpo exánime de Cristo, acción que era fruto de su amor falto de esperanza y de fe. Dos de ellas, por lo menos, habían presenciado el sepelio; de ahí que lo que principalmente les interesara fuera la acción práctica:

> ¿Quién nos apartará la piedra de la puerta del sepulcro?
>
> Mc 16, 3

Era el grito de los corazones de poca fe. Unos hombres vigorosos habían cerrado la entrada de la tumba colocando contra ella aquella gran piedra; la preocupación de las mujeres era hallar el modo de apartarla para poder realizar su obra de misericordia. Los hombres no acudieron a la tumba hasta que fueron requeridos para que lo hicieran, tan poco era la fe que en aquellos momentos tenían. Pero las mujeres fueron solamente porque en su tristeza trataban de hallar consuelo al embalsamar al difunto. Nada resulta más antihistórico que decir que las piadosas mujeres estaban esperando que Cristo resucitara de entre los muertos. La resurrección era algo que nunca esperaron. Sus ideas no estaban alimentadas por ninguna clase de substancia de la cual pudiera desarrollarse tal esperanza.

Pero al aproximarse vieron que la piedra había sido retirada. Antes de que llegasen se había producido un gran terremoto, y un ángel del Señor, descendido del cielo, apartó la piedra y se sentó sobre ella:

> Su aspecto era como un relámpago, y su vestido blanco como la nieve; y por miedo de él los guardas temblaron y quedaron como muertos.
>
> Mt 28, 4

Al acercarse las mujeres vieron que aquella piedra, a pesar de ser tan grande, había sido ya retirada de su sitio. Pero no llegaron inmediatamente a la conclusión de que su cuerpo había resucitado. La conclusión a que podían haber llegado era que alguien había retirado el cadáver. En vez del cuerpo de su Maestro, vieron a un ángel cuyo aspecto era como el de un deslumbrador relámpago y sus vestidos de nívea blancura, el cual les dijo:

> ¡No os asustéis! Buscáis a Jesús nazareno, que fue crucificado; ha resucitado; no está aquí, mirad el lugar donde le pusieron. Mas partid, decid a sus discípulos y a Pedro: Él va delante de vosotros a Galilea; allí le veréis, así como os lo dijo.

Mt 16, 6-8

Para un ángel, la resurrección no era ningún misterio, pero sí lo habría sido la muerte de Jesús. Para el hombre, la muerte de Jesús no era ningún misterio, pero sí lo sería su resurrección. Por tanto, lo que ahora era objeto de anuncio era lo que había resultado cosa natural para el ángel. El ángel era uno más de los guardianes que los enemigos habían colocado junto a la tumba del Señor, un soldado más de los que Pilato había autorizado.

Las palabras del ángel fueron el primer evangelio predicado después de la resurrección, y este evangelio se remontaba hasta la pasión, puesto que el ángel habló de El como de «Jesús el nazareno, el cual fue crucificado». Estas palabras encerraban el nombre de su naturaleza humana, la humildad de su lugar de residencia y la ignominia de su muerte; estas tres cosas: humildad, ignominia y oprobio, son puestas en contraste con la gloria de su resurrección de entre los muertos. Belén, Nazaret y Jerusalén se convierten en las señales de identificación de su resurrección.

Las palabras del ángel: «Mirad el lugar donde le pusieron», confirmaba la realidad de su muerte y el cumplimiento de las antiguas profecías. Las lápidas funerarias llevan la inscripción: *Hic iacet,* «Aquí reposa»; luego sigue el nombre del difunto y tal vez alguna frase de elogio sobre el mismo. Pero aquí, formando contraste con esto, el ángel no escribió, mas expresó un epitafio diferente: «Él no está aquí». El ángel hizo que las mujeres contemplaran el lugar en que el cuerpo del Señor había sido colocado como si la tumba vacía fuera prueba suficiente del hecho de la resurrección. Las indujo a que se apresuraran a anunciar la resurrección. El nacimiento del Hijo de Dios fue anunciado a una mujer virgen. A una mujer caída le fue anunciada su resurrección.

Las mujeres que vieron la tumba vacía recibieron el encargo de ir a Pedro, que había tentado en cierta ocasión al Señor para que renunciara a su cruz y que por tres veces había negado conocerle.

El pecado y la negación no pudieron reprimir el amor divino. Aunque pareciera paradójico, cuanto mayor era el pecado, menor era la fe; y, sin embargo, cuanto mayor era el arrepentimiento del pecado, mayor la fe. Los

que recibieron las muestras más expresivas de amor fueron la oveja perdida, los publícanos y las rameras, los Pedros negadores y los Pablos perseguidores. Al hombre que había sido llamado la Roca y que quiso apartar a Cristo de su cruz, el ángel le mandaba ahora, por medio de tres mujeres, el mensaje de la resurrección: «Id y decid a Pedro».

La misma preeminencia individual que se dio a Pedro en la vida pública de Jesús continuaba dándose en el período de la resurrección. Pero aunque se mencionaba aquí a Pedro junto con los apóstoles de los cuales era él la cabeza, el Señor se apareció a Pedro a solas antes de manifestarse a los discípulos de Emaús. Esto resulta evidente del hecho de que más adelante dirían los discípulos que el Señor se había aparecido a Pedro. La buena nueva de la redención era dada así a una mujer que había caído y a un apóstol que había negado, pero ambos se habían arrepentido.

María Magdalena, que en la semioscuridad del crepúsculo se había adelantado a sus compañeras, observó que la piedra había sido ya apartada y que la entrada del sepulcro estaba abierta. Una rápida mirada la convenció de que la tumba estaba vacía. En seguida pensó en ir a avisar a los apóstoles Pedro y Juan. Según la ley mosaica, no podía llamarse a una mujer a declarar como testimonio. Pero María no les llevaba noticias de la resurrección, puesto que no la estaba esperando. Suponía que el Maestro se hallaba todavía bajo el poder de la muerte cuando dijo a Pedro y a Juan:

> Han quitado del sepulcro al Señor, y no sabemos dónde le han puesto.
>
> Jn 20, 2

De todos los discípulos y seguidores hubo sólo cinco que estuvieron «velando»: tres mujeres y dos hombres, como las cinco vírgenes que aguardaban la llegada del esposo. Todos ellos estaban lejos de sospechar que Jesús hubiera resucitado.

Llenos de excitación, Pedro y Juan corrieron al sepulcro dejando a María mucho más atrás. Juan era el que más corría, por lo cual llegó antes que su compañero. Cuando llegó Pedro, ambos entraron en el sepulcro, donde vieron los lienzos por el suelo, así como el sudario que habían puesto sobre la cabeza de Jesús, pero este velo o sudario no estaba junto con los lienzos, sino doblado en cierto lugar aparte. Lo que había tenido efecto, había sucedido de una manera correcta y ordenada, no como si lo hubiera hecho un ladrón, ni siquiera un amigo. El cuerpo había desaparecido de la tumba; las vendas fueron encontradas enrolladas. Si los discípulos hubieran robado el cuerpo, con la prisa no se habrían

entretenido en quitarle las vendas y dejado allí los lienzos. Cristo se había desembarazado de sus ataduras por su divino poder. Pedro y Juan

> No conocían todavía la Escritura, que decía que había de resucitar de entre los muertos.

Jn 20, 9

Tenían los hechos y la prueba de la resurrección, pero no comprendían todo su significado. El Señor dio comienzo ahora a la primera de sus once apariciones registradas en la Biblia entre su resurrección y su ascensión: a veces a sus apóstoles, otras a quinientos hermanos juntos, y en otras ocasiones a las mujeres. La primera aparición fue a María Magdalena, la cual volvió al sepulcro después de que Pedro y Juan hubieron salido de él. Parecía no caberle en la cabeza la idea de la resurrección, a pesar de que ella misma había resucitado de una tumba sellada por los siete demonios del pecado. Al encontrar la tumba vacía, volvió a romper a llorar. Con los ojos bajos, mientras el sol matutino empezaba a extender su claridad por encima de la hierba cubierta de rocío, advirtió vagamente la presencia de alguien que le preguntaba:

> Mujer, ¿por qué lloras?

Jn 20, 13

Estaba llorando por lo que había perdido, pero la pregunta que se le hacía le hizo interrumpir su llanto para responder:

> Porque se han llevado a mi Señor, y no sé dónde le han puesto.

Jn 20, 14

No hubo terror al ver los ángeles, puesto que aun el mundo en llamas no la habría conmovido, tanta era la pena que se había adueñado de su alma. Al contestar, María se volvió y vio a Jesús de pie ante ella, pero no le reconoció. Creyó que era el hortelano, el hortelano de José de Arimatea. Suponiendo que este hombre sabría dónde podía encontrar al Señor, María Magdalena se arrodilló y le preguntó:

> ¡Señor, si tú le has quitado de aquí, dime dónde le has puesto, y yo me lo llevaré!

Jn 20, 15

¡Pobre Magdalena! ¡Agotada por la fatiga del viernes santo, rendida por la angustia del sábado santo, con las fuerzas debilitadas al extremo, y todavía pensaba en «llevárselo»! Tres veces habló de Él sin mencionar su

nombre. La fuerza de su amor era tan grande, que suponía que nadie podía creer que se refiriera a ninguna otra persona. Le dijo entonces Jesús:

¡María!

Jn 20, 15

Aquella palabra la sorprendió más que si acabara de oír un trueno repentino. Había oído decir una vez a Jesús que Él llamaba a sus ovejas por el nombre. Y ahora María se volvió hacia aquel que personificaba todo el pecado, la tristeza y las lágrimas del mundo y mareaba cada alma con un amor personal, particular e individual, *y,* al ver en las manos y pies de aquel hombre las llagas rojas y amontadas, sólo pronunció esta palabra:

¡Rabboni!

Jn 20, 16

(que en hebreo significa «Maestro»). Cristo había dicho «María» y puesto todo el cielo en esta sola palabra. María había pronunciado también sólo una palabra, y en ella estaba comprendido todo lo de la tierra. Después de la noche del alma, se producía ahora este deslumbramiento; después de horas de desesperación, esta esperanza; después de la búsqueda, el hallazgo; después de la pérdida, este descubrimiento. Magdalena estaba preparada solamente para verter lágrimas de respeto sobre la tumba; para lo que no se hallaba preparada era para ver caminar al Maestro en alas de la mañana.

Sólo la pureza y un alma exenta de pecado podía recibir al santísimo Hijo de Dios en su llegada a este mundo; de ahí que María Inmaculada saliera a su encuentro en las puertas de la tierra, en la ciudad de Belén. Pero solamente un alma pecadora arrepentida, que a su vez había resucitado ya de la tumba del pecado a una nueva vida en Dios, podía comprender adecuadamente el triunfo sobre el pecado. En honor a las mujeres, hay que pregonar eternamente: una mujer fue quien más cerca de la cruz estuvo en el viernes santo, y la primera junto a la tumba en la mañana de pascua.

María estuvo siempre a los pies de Jesús. Allí estuvo al ungirle para su sepultura; allí estuvo en su crucifixión; ahora, llena de alegría al ver de nuevo al Maestro, se arrojó a sus pies para abrazárselos. Pero Él le dijo, impidiéndolo con un ademán:

No me toques; porque no he subido todavía al Padre.

Jn 20, 17

Las muestras de afecto de María iban dirigidas más al Hijo del hombre que al Hijo de Dios. Por ello le decía que no le tocase. San Pablo daría a los corintios y a los colosenses la misma lección:

> Aunque hayamos conocido a Cristo según la carne, ahora empero ya no le conocemos así.
>
> 2 Cor 5, 16

> Pensad en las cosas de arriba, no en las de la tierra; porque ya moristeis, y vuestra vida está escondida con Cristo en Dios.
>
> Col 3, 2

Le sugería Jesús que era preciso que se secara las lágrimas, no porque había vuelto a verle, sino porque Él era el Señor de los cielos. Cuando subiera a la derecha del Padre, 16 que significaba el poder del Padre; cuando enviara el Espíritu de la Verdad, que sería el nuevo Consolador de ellos y la presencia íntima de Jesús, entonces María tendría realmente a aquel por quien suspiraba: el Cristo resucitado y glorificado. Después de su resurrección era ésta la primera vez que aludía a la nueva relación que existía entre Él *y* los hombres, relación de la que tanto había hablado durante la noche de la última cena. Habría que dar la misma lección a sus discípulos, que estaban demasiado preocupados por la forma humana del Maestro, diciéndoles que era conveniente que los abandonase. Magdalena deseaba estar con Él como antes de la resurrección, olvidando que la crucifixión había sido necesaria para la gloria de Jesús y para que éste pudiera enviar su Espíritu.

Aunque Magdalena se viera humillada por la prohibición que le dio nuestro Salvador, estaba destinada, sin embargo, a experimentar que era ensalzada al tener el honor de llevar la noticia de la resurrección. Los hombres habían comprendido el significado de la tumba vacía, pero no su relación con respecto a la redención y la victoria sobre el pecado y el mal. María Magdalena estaba destinada a romper el precioso vaso de alabastro de la resurrección de Jesús, para que su aroma llenara el mundo. Jesús le dijo:

> Ve a mis hermanos, y diles que subo a mi Padre y vuestro Padre, y a mi Dios y vuestro Dios.
>
> Jn 20, 17

Ésta era la primera vez que llamaba a sus apóstoles «mis hermanos». Antes de que el hombre pudiera ser hijo de Dios, tenía que ser redimido de la enemistad con Dios.

> En verdad, en verdad os digo que a menos que el grano de trigo caiga en tierra y muera, queda solo; mas si muere, lleva mucho fruto.

Jn 12, 24

Aceptó la crucifixión para multiplicar su condición de Hijo y hacer que muchos otros fueran también hijos de Dios. Pero habría una gran diferencia entre Él mismo como Hijo natural y los seres humanos que por medio de su Espíritu llegarían a ser hijos adoptivos. De ahí que, como siempre, hiciera una neta distinción entre «mi Padre y «vuestro Padre». Ni una sola vez en su vida dijo «nuestro Padre», como si la relación entre Él y el Padre fuera la misma que entre el Padre y ellos; su relación con el Padre era única e intransferible; la filiación era de Él por naturaleza; los hombres solamente podían llegar a ser hijos de Dios por la gracia y el espíritu de adopción:

> Tanto el que santifica, como los que son santificados, tienen un mismo origen; por cuya causa no se avergüenza de llamarlos hermanos.

Hebr 2, 11

Tampoco dijo a María que informara a los apóstoles de que había resucitado, sino más bien de que subiría al Padre. La resurrección quedaba implicada en la ascensión, la cual tardaría aún cuarenta días en realizarse. Su propósito no era precisamente recalcar que el que había muerto estaba vivo ahora, sino que aquello era el comienzo de un reinado espiritual que se haría visible y unificado cuando Él enviara su Espíritu.

Obediente, María Magdalena corrió a avisar a los discípulos, que estaban «lamentándose y llorando». Les dijo que había visto al Señor y las palabras que Él le había dicho. ¿Cómo recibieron ellos la noticia? Una vez más el escepticismo, la duda y la falta de fe. Los apóstoles habían oído al Señor hablar en símbolos, parábolas, figuras y también directamente acerca de la resurrección que seguiría a su muerte, pero,

> Al oír que vivía y había sido visto por ella, no lo creyeron.

Mc 16, 11

Eva creyó a la serpiente, pero los discípulos no creían al Hijo de Dios. En cuanto a lo que María y cualquier otra mujer pudiera decir sobre la resurrección del Maestro,

> Sus palabras les parecían un desvarío; y no las creían.
>
> Lc 24, 11

Esto era un modo de predecir cómo recibiría el mundo la noticia de la redención. María Magdalena y las otras mujeres no creían al principio en la resurrección; tuvieron que convencerse de ello. Tampoco creyeron los apóstoles. Su respuesta fue: «¡Ya conocéis a las mujeres! Siempre están imaginando cosas». Mucho antes de que hiciera su aparición la psicología científica, la gente siempre temía que la mente les hiciera alguna jugarreta. La incredulidad moderna frente a lo extraordinario no es nada en comparación con el escepticismo que saludó inmediatamente las primeras noticias de la resurrección. Lo que los modernos escépticos dicen acerca del relato de la resurrección, los discípulos fueron los primeros en decirlo, o sea que se trataba de un cuento de viejas. Como agnósticos primitivos de la cristiandad, los apóstoles convinieron unánimemente en rechazar como un engaño toda aquella historia. Algo muy extraordinario había de ocurrir y una prueba muy concreta había de dárseles para que todos aquellos escépticos vencieran la repugnancia que sentían para creer.

Su escepticismo era incluso más difícil de superar que el escepticismo moderno, porque el suyo procedía de una esperanza que aparentemente había sido frustrada en el Calvario; éste era un escepticismo mucho más difícil de curar que el escepticismo moderno, que carece de toda esperanza. Nada más lejos de la verdad que afirmar que los seguidores de nuestro Señor estaban esperando la resurrección, y que, por tanto, se hallaban dispuestos a creerla o a consolarse de una pérdida que parecía irreparable. Ningún agnóstico ha escrito acerca de la resurrección algo que Pedro o los otros apóstoles no hubieran pensado antes. Cuando murió Mahoma, Ornar salió corriendo de su tienda empuñando la espada, y declaro que mataría a cualquiera que dijera que el Profeta había muerto. En el caso de Jesús existía predisposición a creer que había muerto y aversión a creer que estuviera vivo. Pero quizá se les permitiera dudar para que los fieles de los siglos venideros no dudaran jamás.

La guardia sobornada

Una vez las mujeres hubieron ido a notificar a los apóstoles lo que habían visto, los guardas que habían estado junto a la tumba y sido testigos de la resurrección fueron a la ciudad de Jerusalén y dijeron a los jefes de los sacerdotes todo cuanto había sucedido. Los jefes de los sacerdotes reunieron al punto el sanedrín con el expreso propósito de sobornar a los guardas.

> Cuando se hubieron reunido con los ancianos, y tomado consejo, dieron mucho dinero a los soldados, diciendo: «Decid que sus discípulos vinieron de noche, y le hurtaron, estando nosotros dormidos.» Y si esto fuere oído del gobernador, nosotros le persuadiremos, y os haremos seguros. Ellos, pues, tomando el dinero, hicieron como fueron enseñados; y este dicho ha sido divulgado entre los judíos hasta el día de hoy.

Mt 28, 12-15

El «mucho dinero» contrastaba con las escasas treinta monedas de plata que había cobrado Judas. El sanedrín no negó la resurrección; en realidad, lo que hacía era dar testimonio de la misma. Y este testimonio lo dieron a los gentiles a través de Pilato. Incluso dieron el dinero del templo a los soldados romanos a quienes despreciaban, puesto que habían encontrado un odio mayor. El dinero que Judas les había devuelto no quisieron tocarlo porque era «precio de sangre». Pero ahora estaban dispuestos a comprar una mentira para escapar a los efectos de la sangre purificadora del Cordero.

El soborno de los guardas fue realmente una manera estúpida de esquivar el hecho de la resurrección. Ante todo, existía el problema de lo que harían con el cuerpo una vez los discípulos se hubieran apoderado de él. Los enemigos de nuestro Señor no habrían tenido que hacer otra cosa sino sacar el cuerpo de Jesús para demostrar que no había resucitado. Aparte el hecho de que era muy poco probable que toda una guardia de soldados romanos estuviera durmiendo en vez de cumplir con su deber, era absurdo que dijeran que lo que había sucedido ocurrió mientras estaban dormidos. A los soldados se les aconsejó que dijeran que estaban dormidos; y, sin embargo, al parecer habían estado lo suficientemente despiertos para ver a los ladrones y darse cuenta de que se trataba de los discípulos. Si todos los soldados dormían, nunca pudieron descubrir a los ladrones; si algunos de ellos estaban despiertos, podían haber impedido el hurto. Es

igualmente improbable que unos pocos discípulos temerosos intentaran robar el cuerpo del Maestro de un sepulcro cerrado con una gran piedra, sellado oficialmente y custodiado por soldados, sin que al hacerlo despertaran a la guardia dormida. Además, el orden en que se encontraron los lienzos dentro de la cueva constituía otra prueba de que el cuerpo no había sido sacado de allí por sus discípulos.

Por lo que respecta a los discípulos, de nada habría servido retirar secretamente el cuerpo del Maestro, ni siquiera debió de ocurrírsele esta idea a ninguno de ellos; de momento, la vida del Maestro había resultado un fracaso y una derrota. El delito era ciertamente mayor de parte de los sobornadores que de parte de los sobornados, puesto que los miembros del sanedrín eran gente instruida y religiosa, y los soldados eran hombres sencillos. La resurrección de Cristo fue proclamada oficialmente a las autoridades civiles; el sanedrín creyó antes que los apóstoles en la resurrección. Había comprado el beso de Judas y ahora esperaba poder comprar el silencio de los guardas.

Los discípulos de Emaús

Aquel mismo domingo de pascua nuestro Señor se apareció a dos de sus discípulos que se dirigían a un pueblo llamado Emaús, a breve distancia de Jerusalén. No hacía mucho que habían tenido grandes esperanzas en lo que Jesús les había prometido, pero las tinieblas del viernes santo y la escena de la sepultura del Maestro les habían hecho perder toda su alegría. En el pensamiento de todos, nada estaba tan presente aquel día como la persona de Cristo. Mientras se hallaban conversando con ánimo triste y angustiado acerca de los horribles hechos acaecidos durante los dos días precedentes, un forastero se les acercó. Sin embargo, los discípulos no se fijaron bien en él y no reconocieron que se trataba del Salvador resucitado; creyeron que era un-viandante cualquiera. Al fin resultó que lo que cegaba sus ojos era su incredulidad; si le hubieran estado esperando, le habrían reconocido. Puesto que se interesaban por El, Él se dignaba aparecérseles; pero, puesto que dudaban de su resurrección, les ocultaba el gozo de reconocer su presencia. Ahora que su cuerpo era glorificado, lo que los hombres veían de Él dependía de lo que Él estuviera dispuesto a revelar, y también de la disposición de los corazones de ellos. Aunque no conocían que aquel hombre era el Señor, se mostraron, sin embargo, dispuestos a trabar conversación con Él acerca del Maestro. Después de oírles discutir un buen rato, el forastero les preguntó:

> ¿Qué palabras son estas que os decís el uno al otro, mientras camináis?

Lc 24,17

Ellos se detuvieron entristecidos. Era evidente que la causa de su tristeza era verse privados del Maestro. Habían estado con Jesús, habían visto cómo le prendían, le insultaban, le crucificaban, le daban muerte y le sepultaban. El corazón de una mujer se siente dolorosamente afligido por la pérdida del hombre amado; pero los hombres sienten generalmente turbada la mente más que el corazón en casos semejantes; el dolor que ellos sentían era el de una carrera que había sido truncada.

El Salvador, con su infinita sabiduría, no empezó diciendo: «Ya sé por qué estáis tristes». Su táctica era más bien la de lograr que se desahogaran; un corazón dolorido se siente consolado cuando es aliviado el peso que le oprime. Si el corazón de ellos estaba dispuesto a hablar, Él estaba dispuesto a escucharlo. Si le mostraban sus llagas, Él sabría cómo curarlas.

Uno de los dos discípulos, llamado Cleofás, fue el primero en hablar. Expresó su extrañeza ante la ignorancia del forastero, que al parecer no sabía lo ocurrido los últimos días.

> ¿Eres tú solamente un recién llegado a Jerusalén, que no sabes las cosas ocurridas en ella en estos días?

Lc 24, 18

El Señor resucitado le preguntó:

> ¿Qué cosas?

Lc 24, 19

Les llamaba la atención hacia *los hechos.* Evidentemente, ellos no habían profundizado bastante en los hechos y no podían sacar las conclusiones adecuadas. Para curarlos de su tristeza era preciso que meditaran mejor en las cosas que les preocupaban, que las reflexionaran en todos sus aspectos. De la misma manera que en el caso de la mujer junto al pozo, Jesús no preguntaba con el deseo de recibir información, sino de que se profundizara en el conocimiento de Él mismo. Entonces no sólo Cleofás, sino también su compañero, le refirieron lo que había sucedido. Respondieron:

> Lo que le ha ocurrido a Jesús el nazareno, que fue profeta, poderoso en obra y palabra, delante de Dios y de todo el pueblo; y

> como los grandes sacerdotes y nuestros gobernantes le entregaron, para que fuese condenado a muerte, y le crucificaron. Mas nosotros esperábamos que fuera aquel que había de redimir a Israel. Sin embargo, y además de todo esto, éste es el tercer día desde que acontecieron estas cosas. Y también ciertas mujeres de los nuestros nos han dejado asombrados. Al amanecer estaban junto al sepulcro; y no hallando su cuerpo se volvieron, diciendo que habían visto una visión de ángeles, los cuales han dicho que Él vive. Y algunos de los nuestros fueron al sepulcro y hallaron que era cierto como las mujeres habían dicho: mas a Él no le vieron.

Lc 24, 19-24

Éstos habían esperado grandes cosas, pero Dios, decían ellos, les había contrariado. El hombre se siente contrariado muchas veces debido a que sus esperanzas son fútiles e inconsistentes. Las esperanzas de los hombres tuvieron que ser frustradas por Dios no porque fueran demasiado grandes, sino porque eran poca cosa. La mano que rompía la copa de sus deseos mezquinos les ofrecía un cáliz precioso. Pensaban que habían encontrado al Redentor antes de que fuera crucificado, pero en realidad habían descubierto un Redentor *crucificado.* Habían esperado un Salvador de Israel, pero no esperaban al mismo tiempo un Salvador de los gentiles. En muchas ocasiones debieron de oírle hablar de que sería crucificado y resucitaría luego, pero la derrota era incompatible con la idea que ellos tenían del Maestro. Podían creer en Él como Maestro, como un Mesías político, como un reformador ético, como un salvador de la patria, uno que los libertara de los romanos, pero no podían creer en la locura de la cruz; tampoco tenían la fe del ladrón crucificado. De ahí que se negaran a considerar la evidencia de lo que les habían contado las mujeres. Ni tan sólo estaban seguros de que las mujeres hubieran visto a un ángel. Probablemente, sólo se había tratado de una aparición. Además, era ya el tercer día y no se le había visto. Y, sin embargo, estaban caminando y conversando con Él.

Parecía haber un doble propósito en la forma de presentarse el Señor después de su resurrección; uno era el de mostrar que el que había muerto había resucitado, y otro era el que, aunque tenía el mismo cuerpo, éste estaba ahora glorificado y no se hallaba sujeto a restricciones de orden físico. Más adelante comería con los discípulos para demostrar lo primero;

ahora, de la misma manera que a Magdalena le había prohibido que tocara su cuerpo, hacía resaltar su condición de resucitado.

Ni estos discípulos ni los apóstoles estaban predispuestos a aceptar la resurrección. La evidencia de ella había de abrirse camino por entre las dudas y la resistencia más obstinada de la naturaleza humana. Eran de las personas que más se resistían a dar crédito a tales consejos. Se diría que habían resuelto seguir siendo desgraciados, rehusando investigar la posibilidad de verdad que hubiera en aquel asunto. Negándose a aceptar la evidencia de aquellas mujeres y la confirmación de los que habían ido a comprobar si ellas habían dicho verdad, estos discípulos terminaron por alegar que ellos no habían visto al Señor resucitado.

Entonces el Salvador les dijo:

> ¡Hombres sin inteligencia, y tardos de corazón para creer todo cuanto han anunciado los profetas! ¿Acaso no era necesario que el Cristo padeciese estas cosas, y entrase en su gloria?
>
> Lc 24, 5 s

Se les reprochaba su necedad y obstinación porque, si hubieran examinado lo que los profetas habían dicho acerca del Mesías —de que sería conducido como cordero al sacrificio—, habrían visto confirmada su fe. Credulidad hacia los hombres e incredulidad hacia Dios es la marca de los corazones obstinados; prontitud para creer de un modo especulativo y lentitud para creer de un modo práctico es el distintivo de los corazones indolentes. Entonces vinieron las palabras clave. Nuestro Señor les había dicho anteriormente que Él era el Buen Pastor, que había venido a dar la vida por la redención de muchos; ahora, en su gloria, proclamaba una ley moral según la cual, como consecuencia de los sufrimientos de Jesús, los hombres serían levantados del pecado a la amistad con Dios.

La cruz era la condición de la gloria. El Salvador resucitado habló de una necesidad moral basada en la verdad de que todo cuanto le había sucedido a Él había sido profetizado. Lo que a ellos se les antojaba una ofensa, un escándalo, una derrota, un sucumbir a lo que parecía inevitable, era en realidad un momento de tinieblas que había sido previsto, planeado y profetizado. Aunque a los discípulos les parecía la cruz incompatible con la gloria, para Jesús era la cruz el sendero que conducía precisamente a la gloria. Y si ellos hubieran sabido lo que las Escrituras habían dicho acerca del Mesías, a buen seguro habrían creído en la cruz.

> Y comenzando desde Moisés y todos los profetas les iba interpretando en todas las Escrituras las cosas referentes a Él mismo.

Lc 24, 27

Les fue mostrando todos los tipos y rituales y todos los ceremoniales que se habían cumplido en Él. Citando a Isaías, les mostró el modo cómo había muerto y cómo había sido crucificado, así como las palabras que había proferido desde la cruz; citando a Daniel, cómo había de ser la montaña que llenaría la tierra; citando el Génesis, cómo la simiente de una mujer aplastaría la serpiente del mal en los corazones humanos; citando a Moisés, cómo Él sería la serpiente de bronce que sería levantada en alto para curar del pecado a los hombres, y cómo su costado sería traspasado y llegaría a ser la roca de la que brotaran las aguas de la regeneración; citando a Isaías, cómo Él mismo sería Emmanuel, o «Dios con nosotros»; citando a Miqueas, cómo había de nacer en Belén; y citando igualmente muchas otras escrituras les fue dando la clave del misterio de la vida de Dios entre los hombres y del propósito de su venida a este mundo.

Por fin llegaron a Emaús. Jesús hizo como si tuviera intención de proseguir su viaje, pero los dos discípulos le rogaron que se quedara con ellos. Los que durante el día tienen buenos pensamientos acerca de Dios no los abandonan tan fácilmente al caer la noche. Habían aprendido mucho, pero reconocían que no lo habían aprendido todo. Todavía no habían reconocido en aquel hombre al Maestro, pero parecía irradiar tal claridad, que prometía guiarlos hacia una revelación más completa y disipar las tinieblas de sus mentes. Aceptó la invitación que ellos le hacían de que se quedase como huésped en su casa, pero al punto obró como si Él fuera el dueño:

> Aconteció que, estando sentado a comer con ellos, tomó el pan y lo bendijo; y partiéndolo, se lo dio. Con esto fueron abiertos los ojos de ellos, y le conocieron; y Él se hizo invisible a ellos.

Lc 24, 30 s

Este acto de tomar el pan, partirlo y dárselo a ellos no era un acto corriente de cortesía, puesto que se parecía demasiado a la última cena, en la cual invitó a sus apóstoles a que repitieran la conmemoración de su muerte, cuando El partió el pan, que era su cuerpo, y se lo dio. Inmediatamente después de recibir el pan sacramental que Jesús acababa de partir, a los discípulos se les abrieron los ojos del alma. De la misma

manera que a Adán y Eva se les abrieron los suyos para ver su vergüenza después de haber comido el fruto prohibido del conocimiento del bien y del mal, ahora los ojos de los discípulos eran abiertos para que pudieran discernir el cuerpo de Cristo. Esta escena forma paralelismo con la última cena: en ambas hubo acción de gracias, en ambas Jesús levantó los ojos al cielo, en ambas hubo la fracción del pan, y en ambas el dar el pan a los discípulos. Al darle el pan fue infundido a los dos discípulos un conocimiento que les ofrecía una claridad mayor que todas las instrucciones verbales. La fracción del pan les había introducido dentro de la experiencia del Cristo glorificado. Entonces Él desapareció de su vista. Volviéndose a mirarse uno a otro, reflexionaron:

> ¿No ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino, y nos abría las Escrituras?

Lc 24, 32

La influencia que ejercía en ellos era a la vez afectiva e intelectual: afectiva en el sentido de que hacía arder sus corazones con las llamas del amor; intelectual en cuanto les daba una comprensión de los centenares de pasajes bíblicos en que se predecía su venida. La humanidad tiende en general a creer que todo lo religioso ha de ser algo lo suficientemente sorprendente y poderoso para desbordar la más viva fantasía. Sin embargo, este incidente del camino de Emaús nos revela que las verdades más poderosas del mundo aparecen en incidentes comunes y triviales de la vida, tales como el de encontrar a un compañero por el camino. Cristo veló su presencia en el camino más corriente de la vida. Ellos tuvieron conocimiento de Él a medida que caminaban a su lado; y su conocimiento fue el de la gloria que se alcanza por medio de la derrota. En la vida glorificada de Jesús, lo mismo que en su vida pública, la cruz y la gloria iban siempre juntas. Lo que en la conversación con los dos discípulo se hizo resaltar no fueron las enseñanzas dadas por Jesús, sino que se insistió en sus sufrimientos y en el modo como éstos eran convenientes para su glorificación.

Los discípulos salieron inmediatamente de su casa y regresaron a Jerusalén. De la misma manera que la mujer del pozo dejó junto a éste abandonado su cántaro y corrió, presa de emoción, a comunicar lo que le había acaecido, así también estos dos discípulos se olvidaron de la intención con que habían ido a Emaús y regresaron a la Ciudad Santa. Allí encontraron reunidos a los once apóstoles y, con ellos, a otros seguidores y

discípulos. Les refirieron todo cuanto les había ocurrido por el camino y el modo cómo habían reconocido a Jesús al partir el pan.

55. ESTANDO CERRADAS LAS PUERTAS

A su regreso a Jerusalén, los dos discípulos del pueblo de Emaús hallaron a los apóstoles con grados distintos de incredulidad. Es probable que Tomás hubiera estado con los discípulos anteriormente, pero se había marchado temprano. Los discípulos de Emaús habían visto la resurrección primero con los ojos de la mente y luego con los ojos del cuerpo. Los apóstoles la verían primeramente con los ojos del cuerpo y luego con los de la mente.

El lugar donde los discípulos estaban reunidos el domingo de pascua por la noche era el aposento alto, o cenáculo, donde nuestro Señor había repartido a los doce la eucaristía, y sólo hacía de ello setenta y dos horas. Además de las dudas que embargaban su ánimo, los discípulos se hallaban presa del temor de que los representantes del sanedrín fueran a detenerlos acusándolos falsamente de haber robado el cuerpo del Señor; por lo cual cerraron con llave las puertas de la casa. Además, temían fundadamente que el pueblo irrumpiera, como había hecho en otras ocasiones, en la casa en que se albergaban personas que se habían hecho impopulares. Estando cerradas las puertas, de súbito apareció en medio de ellos el Señor resucitado, que los saludó con estas palabras:

La paz sea con vosotros.

Lc 24, 36

Había invitado a que se alegraran a las mujeres que habían acudido a la tumba; mas ahora, habiendo ganado la paz por medio de su sangre en la cruz, venía personalmente a ofrecerla. La paz es el fruto de la justicia. Sólo después de haber reparado la injusticia del pecado contra Dios era posible afirmar la verdadera paz. La paz es la tranquilidad del orden, no simplemente la tranquilidad, puesto que los ladrones pueden disfrutar tranquilamente del producto de sus despojos. La paz implica asimismo orden, la subordinación del cuerpo al alma, de los sentidos a la razón y de

la criatura al Creador. Isaías dijo que no había paz para los malvados, porque continuamente están en enemistad consigo mismos, unos con otros y con Dios.

Ahora el Cristo resucitado se hallaba de pie en medio de ellos como el nuevo Melquisedec, el Príncipe de la Paz. Tres veces después de su resurrección daba su solemne bendición de paz. La primera fue cuando los apóstoles se hallaban aterrados y espantados; la segunda, después de que Él hubo mostrado la prueba de su resurrección; y la tercera, una semana más tarde, cuando Tomás se hallaba también presente.

De momento los apóstoles creyeron que veían un espíritu, a pesar de lo que les habían dicho las mujeres, del testimonio de los discípulos de Emaús, del sepulcro vacío, de la visión angélica y de lo que Pedro había relatado acerca de la entrevista que había tenido con el resucitado. Su presencia, se decían, no podía considerarse como algo natural, ya que las puertas estaban cerradas. Reprendiéndolos por su falta de fe, como había hecho anteriormente con los discípulos de Emaús, les dijo:

> ¿Por qué estáis turbados? ¿Y por qué se suscitan cavilaciones en vuestros corazones?

Lc 24, 38

Les mostró las manos y los pies que habían sido traspasados con clavos en la cruz; luego, su costado, que había sido abierto con una lanza, diciéndoles:

> Palpadme y ved, porque un espíritu no tiene carne v huesos, como veis que yo tengo.

Lc 24, 39

Es muy verosímil que los incrédulos apóstoles tocaran realmente el cuerpo de Cristo; esto podría explicar que Tomás, más tarde, pidiera también esta señal; no quería ser menos que los otros. Juan, que era el que en la noche de la última cena habíase recostado en el pecho de Jesús, estaba particularmente interesado en comprobar la herida del costado o del corazón. Jamás pudo olvidar aquella escena conmovedora, puesto que más adelante escribió:

> Lo que era desde el principio, lo que hemos oído, lo que hemos visto con nuestros ojos, lo que hemos contemplado, y nuestras manos han *palpado,* concerniente al Verbo de la Vida.

Jn 1, 1

El mismo Juan recordaría esto cuando, al escribir su Apocalipsis, describió la sagrada humanidad del Señor entronizada y adorada en el cielo:

Y vi de pie... a un cordero, como inmolado.

Apoc 5, 6

Así era como sería reconocido, como uno que había sido crucificado, aunque ahora estuviera en la gloria y fuera Príncipe y Señor. No se trataba de recordar con las llagas la crueldad de los hombres, sino más bien que la redención se había obrado con dolores y sufrimiento. Si hubieran desaparecido las llagas, los hombres podrían llegar a olvidar que había habido sacrificio y que Él era al mismo tiempo el sacerdote y la víctima. Lo que Jesús quería demostrarles era que el cuerpo que les estaba mostrando era el mismo que había nacido de la Virgen María, que había sido clavado en la cruz y depositado en un sepulcro por José de Arimatea. Pero poseía unas propiedades que antes no poseía.

Pedro, Santiago y Juan le habían visto transfigurado, cuando sus vestidos brillaron más blancos que la nieve, pero el resto de los discípulos le habían visto solamente como Varón de dolores. Ésta era la primera vez que contemplaban al Señor con esta apariencia de ser resucitado y glorioso. Aquella impresión de los clavos, aquel costado traspasado constituían las señales inconfundibles de su batalla contra el pecado y el mal. Del mismo modo que muchos soldados consideran sus heridas recibidas en el campo de batalla no como algo que los desfigura, sino como honroso trofeo, así Él ostentaba sus llagas como demostración de que el amor era más fuerte que la muerte. Después de la ascensión, aquellas llagas se convertirían en bocas elocuentes que intercederían ante el Padre celestial; llagas que ostentaría en el último día para juzgar a vivos y a muertos. Cuenta una antigua leyenda que Satán se apareció a un santo y le dijo: «Yo soy el Cristo»; pero el santo le confundió al preguntarle: «¿Dónde están las señales de los clavos?».

Si los hombres hubieran sido autorizados para formar su propia concepción del Cristo resucitado, jamás le habrían representado con las señales y vestigios de su oprobio y agonía sufridos en la tierra. Si no hubiera resucitado con los recuerdos de su pasión, los hombres podrían llegar a dudar de Él en el transcurso del tiempo. Para que no cupiera la menor duda en cuanto al propósito de sacrificio de su venida, les dio no sólo la conmemoración de su muerte la noche de la última cena, pidiéndoles que la perpetuaran, sino que ostentó sobre su persona, como

Jesucristo, «el mismo ayer, hoy y siempre», la conmemoración de su redención. Pero ¿estaban los apóstoles convencidos?

> Mientras, en su gozo, aún no creían, y permanecían pasmados, les dijo: ¿Tenéis aquí algo de comer?

Lc 24, 41

Entonces ellos le ofrecieron parte de un pez asado y de un panal de miel. Y Él, tomándolo, comió delante de ellos. No era un fantasma lo que estaban viendo. En cierto modo creían en la resurrección, y esta creencia les infundía gozo; pero este gozo era tan grande, que apenas podían creer en él. Al principio estaban demasiado asustados para creer; ahora para creer estaban demasiado contentos. Pero nuestro Señor no cejaría hasta haber dado completa satisfacción a los sentidos de ellos. Comer en su compañía sería la prueba más convincente de su resurrección. Después de resucitar a la hija de Jairo, Jesús dijo que dieran de comer a la muchacha; después de la resurrección de Lázaro, éste comió con Jesús; ahora, después de su propia resurrección, Él comía con sus apóstoles. De esta manera les convencería de que era el mismo cuerpo viviente que ellos habían visto, tocado y percibido; pero era al mismo tiempo un cuerpo glorificado. No poseía llagas o señales de debilidad, sino más bien heridas gloriosas de victoria. Había dado ya algunas indicaciones acerca de lo que sería este cuerpo glorificado en la transformación, cuando Moisés y Elías hablaban con Él acerca de su muerte. Esto era una promesa y una prenda de que la corrupción se convertiría en incorrupción, lo mortal en inmortal, y la muerte en vida.

Después de haber demostrado a sus discípulos que había resucitado mostrándoles las manos, los pies y el costado y comiendo ante ellos, les dio la segunda salutación de paz, diciendo:

> La paz sea con vosotros. Así como el Padre me envió a mí, yo también os envío a vosotros. Y habiendo dicho esto, sopló sobre ellos, y les dijo: Recibid el Espíritu Santo.

Jn 20, 21

La primera salutación tuvo efecto cuando ellos estaban sentados; ahora que estaban llenos de gozo porque creían, la segunda salutación de paz hacía referencia al mundo. El interés de Jesús no se dirigía al mundo de su vida pública, sino al mundo entero que había redimido. Unas horas antes de ir a la muerte había rogado así al Padre:

> De la manera que tú me enviaste a mí al mundo, así también yo los he enviado a ellos al mundo.
>
> Jn 17, 18

Prosiguiendo su idea, dijo que estaba orando no solamente por aquellos que serían sus representantes sobre la tierra, sino por todos aquellos que a través de todas las épocas de la historia creerían en Él.

> No ruego solamente por éstos; sino por aquellos también que han de creer en mí por medio de la palabra de ellos.
>
> Jn 27, 20

Así, la noche de la última cena, antes de ir hacia la muerte, se interesaba por su misión en el mundo después de que fuera crucificado... una misión en el mundo que le había rechazado. Ahora, después de la resurrección, reiteró la misma idea a sus apóstoles, las doce piedras de los cimientos de la ciudad de Dios. En el Antiguo Testamento el sumo sacerdote ponía piedras sobre la ropa que vestía sobre el pecho; ahora el verdadero sumo sacerdote ponía piedras vivas sobre su propio corazón. Su misión y la de ellos era la misma. De la misma manera que Cristo fue enviado y mediante su padecimiento entró en la gloria, así ahora les ofrecía en testamento el que ellos participaran de la cruz, y, después de esto, la gloria.

Nuestro Señor no dijo: «Como mi Padre me *envió* a mí, así también yo os *envío* a vosotros», porque las dos palabras que se usan en el original para indicar «enviar» son dos voces griegas completamente distintas. La primera fue empleada para indicar a la vez el envío de nuestro Señor desde el Padre y el envío del Espíritu santo; la segunda daba a entender más bien un encargo y hacía referencia a la autoridad de Cristo como embajador. Cristo procedía del eterno seno del Padre en su encarnación; así ahora los apóstoles procederían de Él. De la misma manera que nuestro Señor había insistido en la diferencia existente entre «mi Padre» y «vuestro Padre», ahora también hacía resaltar la diferencia entre las dos misiones respectivas. Cristo había sido enviado para manifestar al Padre, porque Él era una sola cosa en naturaleza con el Padre; los apóstoles, que eran las piedras fundamentales del reino, habían de manifestar al Hijo. Mientras decía tales palabras, ellos podían contemplar las gloriosas llagas de su cuerpo resucitado. Al imprimírselas en su mente, ellos comprendían que, así como el Padre había enviado a Jesús para que padeciera y salvara por ello a la humanidad, también el Hijo les estaba enviando a ellos a que su-

frieran persecución. Del mismo modo que el amor del Padre estaba en Él, así el amor del Padre y de Él estaría también en ellos. Era abrumadora la autoridad que respaldaba la misión apostólica, ya que sus raíces se hallaban en la analogía entre la misión que el Hijo había recibido del Padre y la que ellos recibían del Hijo. No es extraño' que Jesús les dijera que todo aquel que rechazara a uno de sus apóstoles le estaría rechazando a Él mismo. Aunque Tomás no se hallaba presente en aquel instante, participaría, sin embargo, de los mismos dones que ellos, al igual que san Pablo.

Entonces el Señor sopló sobre ellos y les confirió cierto poder del Espíritu santo. Cuando el amor es profundo, carece siempre de palabras, es silencioso; el amor de Dios es tan profundo, que puede ser expresado humanamente por una señal o por un soplo. Ahora que los apóstoles habían aprendido a deletrear el alfabeto de la redención, sopló sobre ellos como una señal del grave acontecimiento que iba a tener lugar. No era sino una nube que presagiaba la futura lluvia abundante; mejor aún, era el hálito de la influencia del Espíritu y una predicción del impetuoso viento de pentecostés. De la misma manera que había soplado en Adán el aliento de la vida natural, ahora soplaba en los apóstoles, fundamento de la Iglesia, el aliento de la vida espiritual. Así como el hombre llegó a ser la imagen de Dios en virtud del alma que le fue infundida, ahora ellos se convertían en la imagen de Cristo cuando el poder del Espíritu santo les era infundido. La palabra griega usada para expresar este soplo sobre los apóstoles no se encuentra en ningún otro pasaje del Nuevo Testamento, pero es la misma que los traductores griegos de las Escrituras hebreas usaron para describir el soplo de Dios sobre Adán para infundirle un alma viviente. Así se producía una nueva creación como primicias de la redención.

Al soplar sobre ellos les dio el Espíritu santo, que les convertía no ya en siervos, sino en hijos. Tres veces se menciona al Espíritu santo con cierta señal externa: como una paloma que en el bautismo de Cristo dio testimonio de su inocencia y de que era el Hijo de Dios; como lenguas de fuego el día de Pentecostés, como señal del poder del Espíritu para convertir al mundo, y como aliento del Cristo resucitado con todo su poder regenerador. De la misma manera que el Señor hizo un poco de barro para ungir los ojos del hombre ciego, para indicar que Él era el Creador del hombre, así ahora al soplar el Espíritu sobre los apóstoles mostraba que Él era el regenerador de la vida del barro caído.

Cuando nuestro Señor estuvo en la fiesta de los Tabernáculos, mirando como sacaban el agua de la piscina, dijo que si alguna persona creía en Él, Él haría que de su pecho manaran fuentes de agua de vida. Las Escrituras añaden:

> Esto empero lo dijo respecto del Espíritu, que los que creían en El habían de recibir: pues el Espíritu santo no había sido dado todavía, porque Jesús no había sido aún glorificado.

Jn 7, 39

En aquella fiesta Jesús afirmó que primero había de morir y entrar en la gloria antes de que pudiera venir el Espíritu santo. Sus palabras daban a entender que ahora se encontraba en su estado de gloria, puesto que ahora estaba confiriendo su Espíritu. Ahora estaba asociando a los apóstoles con la vida de su resurrección; en Pentecostés los asociaría con su ascensión.

A continuación les confirió el poder de perdonar los pecados. Incluso habría una distinción entre los pecados que los apóstoles perdonaran y los que no perdonaran. Cómo distinguirían entre lo uno y lo otro, dependería indudablemente de oírlos. Dijo así:

> A los que perdonareis los pecados perdonados les son; y a los que se los retuviereis, les son retenidos.

Jn 20, 23

De la misma manera que el sacerdote judío declaraba quiénes eran limpios y quiénes eran impuros de entre los leprosos, así ahora Cristo confería el poder de perdonar o retener el perdón de los pecados. Sólo Dios puede perdonar los pecados; pero Dios en la forma de un hombre perdonó los pecados de María Magdalena, del ladrón arrepentido, del recaudador de impuestos y de otras personas. Seguiría vigente la misma ley de la encarnación; Dios seguiría perdonando pecados por medio del hombre. Los ministros nombrados por Él serían los instrumentos de su poder de perdonar pecados, del mismo modo que su naturaleza humana era el instrumento de su divinidad al adquirir dicho poder. Estas solemnes palabras del Salvador resucitado significaban que los pecados habían de ser perdonados mediante un poder judicial autorizado para examinar el estado de un alma y conceder o rehusar el perdón según el caso lo demandare. Desde aquel día el remedio para el pecado o la culpa humana sería una humilde confesión hecha a uno que tiene autoridad para perdonar. Estar de rodillas confesando los pecados a uno a quien Cristo dio el poder de perdonar (más bien que el recostarse en un diván de

consultorio psicoanalítico para oír cómo le disipan a uno los escrúpulos de conciencia), tal era una de las mayores alegrías que podían concederse al alma apesadumbrada del hombre.

56. DEDOS, MANOS Y CLAVOS

La primera aparición de nuestro Señor en el cenáculo fue hecha sólo a diez de los apóstoles; Tomás no estaba presente. No estaba con los apóstoles, pero el evangelio supone que debiera estar con ellos. Se ignora la razón de su ausencia, pero probablemente se debía a su falta de fe. En tres pasajes distintos del evangelio se describe a Tomás como uno que siempre veía el lado sombrío de las cosas, tanto en lo referente al presente como al futuro. Cuando nuestro Señor recibió la noticia de la muerte de Lázaro, Tomás dijo que quería ir a morir con Él. Más adelante, al decir nuestro Señor que volvería al Padre a preparar una morada para sus apóstoles, la respuesta de Tomás fue que él no sabía adónde iba el Señor y que tampoco sabía el camino.

Tan pronto como los otros apóstoles estuvieron convencidos de la resurrección y gloria de nuestro Salvador, fueron a anunciar esta nueva a Tomás. Éste les dijo que no se negaba a creer, pero que no le era posible creer a menos que tuviera una prueba experimental de la resurrección, a pesar del testimonio que ellos le daban de que habían visto al Señor resucitado. Enumeró así las condiciones que se requerían para que él pudiera creer:

> Si yo no viere en sus manos la señal de los clavos, y si no metiere mi dedo en la señal de los clavos, y metiere mi mano en su costado, no creeré.

Jn 20, 25

La diferencia entre los que creían y los que no estaban preparados para creer pudo verse en el modo como fueron recibidos los diez cuando dieron a Tomás la noticia de la resurrección. Negarse a confiar en el testimonio de diez compañeros competentes, que habían visto con sus propios ojos a Cristo resucitado, demostraba lo escéptico que era aquel pesimista. Sin embargo, el suyo no era el escepticismo frívolo de los que

son indiferentes o enemigos de la verdad; él quería saber para poder creer. Era distinto del que quiere saber para atacar a la fe. En cierto sentido, su actitud era la del teólogo científico que fomenta el conocimiento y la inteligencia después de haber eliminado toda duda.

Éste es el único pasaje de la Biblia en que la palabra «clavos» se usa en relación con nuestro Salvador, y que recuerda las palabras del salmista: «Traspasaron mis manos y mis pies». Tas dudas de Tomás se suscitaron, en su mayor parte, de su desaliento y por el efecto deprimente de la tristeza y la soledad; porque era un hombre que gustaba de aislarse de sus compañeros. A veces una persona que falta a una reunión pierde mucho. Si se escribieran los minutos de la primera reunión, habrían contenido las trágicas palabras del evangelio: «Tomás no se hallaba presente». K1 domingo empezaba a ser el día del Señor, puesto que ocho días después los apóstoles volvían a estar reunidos en el cenáculo, y Tomás estaba con ellos.

Estando otra vez cerradas las puertas, el Salvador resucitado se apareció en medio de ellos por vez tercera y los saludó:

> La paz sea con vosotros.

Jn 20, 19

Inmediatamente después de hablar de la paz, nuestro Señor procedió a tratar el asunto sobre el que se basaba la paz, o sea su muerte y resurrección. No había el menor dejo de censura en la actitud de nuestro Señor, como no lo hubo tampoco cuando se apareció más tarde a Pedro junto al lago de Galilea. Tomás había pedido una prueba basada en los sentidos o facultades que pertenecen al reino animal, y una prueba de los sentidos le iba a ser dada ahora. Dijo nuestro Señor a Tomás:

> Llega acá tu dedo, y ve mis manos, y llega acá tu mano, y métela en mi costado: y no seas incrédulo, sino creyente.

Jn 20, 27

Una vez había dicho que una generación pecadora y adúltera buscaba una señal, y ninguna señal le sería dada más que la de Jonás el profeta. Ésta fue precisamente la señal que se dio a Tomás. El Señor conocía las palabras escépticas que Tomás había dicho antes a sus compañeros; otra prueba de su omnisciencia. La llaga del costado debía de ser muy grande, puesto que dijo a Tomás que metiera su mano en ella; también debieron de serlo las llagas de su mano, por cuanto Tomás fue invitado a que usara su dedo a modo de clavo. Las dudas de Tomás tardaron en desvanecerse más

que las de los otros, y su extraordinario escepticismo constituye una prueba más de la realidad de la resurrección.

Hay la misma razón para suponer que Tomás hizo lo que se le invitaba a hacer, que la que hay para suponer que los diez apóstoles habían hecho lo mismo precisamente durante la primera noche de pascua de resurrección. Las palabras de reprensión que nuestro Señor dirigió a Tomás, de que no fuera tan incrédulo, contenían también una exhortación a ser creyente y a alejar de sí aquel pesimismo que constituía su principal defecto.

Pablo no fue desobediente a la visión celestial; tampoco lo fue Tomás. Aquel escéptico quedó tan convencido por la prueba positiva que acababa de recibir, que se convirtió en adorador. Postrándose de hinojos, dijo al Señor resucitado:

> ¡Señor mío y Dios mío!
>
> Jn 20, 28

En una sola ardiente exclamación, Tomás recogió todas las dudas de una humanidad abatida para curarse repentinamente de ellas mediante todo lo que significaba aquella sencilla y sublime exclamación: «¡Señor mío y Dios mío!».

Con estas palabras venía a reconocer que el Emmanuel de Isaías se hallaba delante de él. Tomás, que había sido el último en creer, fue el primero en hacer la plena confesión de la divinidad del Salvador resucitado. Pero, puesto que esta confesión procedía de la evidencia proporcionada por la carne y la sangre, no fue seguida de la bendición que le fue concedida a Pedro cuando confesó que Jesús era el Hijo de Dios vivo. Sin embargo, el Salvador resucitado dijo a Tomás:

> Porque me has visto, has creído; ¡bienaventurados aquellos que no han visto, y han creído!
>
> Jn 20, 29

Hay algunos que no quieren creer aunque vean, como faraón; otros creen solamente cuando ven. Sobre estos dos tipos de personas, Dios nuestro Señor ha colocado a los que no vieron y, sin embargo, creyeron. Noé había sido advertido por Dios de las cosas que aún no habían sucedido; las creyó y preparó su arca. Abraham abandonó su propio hogar sin saber adónde iba, pero confiando en la promesa que Dios le había hecho de que sería padre de una raza más numerosa que las arenas del mar.

Si Tomás hubiera creído por medio del testimonio de sus condiscípulos, su fe en Cristo habría sido mayor, puesto que Tomás había oído muchas veces decir al Señor que sería crucificado y luego resucitaría. También sabía por las Escrituras que la crucifixión era el cumplimiento de una profecía, pero él quiso el testimonio complementario de los sentidos.

Tomás pensaba que estaba haciendo lo más adecuado" al exigir la plena evidencia de la prueba sensible; pero ¿qué sería de las futuras generaciones si habían de pedir la misma evidencia? Los futuros creyentes, vino a decir el Señor, han de aceptar el hecho de la resurrección del testimonio dado por los que estuvieron con Él. Nuestro Señor estaba describiendo así la fe de los creyentes después de la época apostólica, cuando no habría nadie que lo hubiera visto; pero su fe tendría una base, porque los apóstoles mismos habían visto al Señor resucitado. Veía que los fieles podían hacerlo sin ver, creyendo en el testimonio de ellos. Los apóstoles eran hombres felices no porque hubieran visto a nuestro Señor y creyeran; fueron mucho más felices cuando comprendieron cabalmente el misterio de la redención y vivieron conforme al mismo, e incluso dieron la vida por la realidad de la resurrección. Sin embargo, hay que agradecer en cierto modo a Tomás que tocara a Cristo como hombre, pero creyera en Él como Dios.

57. EL AMOR COMO CONDICIÓN DE LA AUTORIDAD

Después de lo sucedido en Jerusalén durante la semana de la pascua, los apóstoles regresaron a sus hogares de origen, particularmente a orillas del lago de Galilea, tan lleno para ellos de tiernos recuerdos. Mientras estaban pescando, el Señor les había llamado para que fueran «pescadores de hombres». Galilea sería ahora el teatro del último milagro del Señor, tal como lo había sido del primero, cuando convirtió el agua en vino. En la primera ocasión no había «vino»; en esta última no había «pescado». En ambas nuestro Señor formuló un mandato: en Caná, que fueran a llenar las tinajas; en Galilea, que echaran las redes al lago. En uno y otro caso el resultado fue abundancia de vino y de pescado respectivamente; Caná tuvo sus seis tinajas de agua llenas del vino de la mejor calidad, y fue servido al final de todo; Galilea tuvo repletas sus redes de pescado.

Los apóstoles que se hallaban en el lago eran esta vez Simón Pedro, nombrado, como siempre, el primero; a continuación, sin embargo, se menciona a Tomás, quien ahora, después de haber confesado que Cristo era el Señor y Dios, permanecía junto al que fue nombrado jefe de los apóstoles. También se encontraba con ellos Natanael de Caná de Galilea; e igualmente Santiago y Juan y otros dos discípulos. Es de notar que Juan, que en otro tiempo tuvo barca propia, ahora estaba en la de Pedro. Éste, asumiendo la iniciativa e inspirando a los otros, dijo:

> Yo voy a pescar. Le dicen ellos: Nosotros también vamos contigo.

Jn 21, 3

Aunque habían estado afanándose toda la noche, no pescaron nada. Al clarear, vieron a nuestro Señor en la playa, pero no conocieron que era Él. Era la tercera vez que se acercaba a ellos como un desconocido a fin de despertar en ellos espontáneamente su afecto. Aunque lo suficientemente cerca de la playa para dirigirse a Él, al igual que los discípulos de Emaús,

no lograron discernir su persona ni reconocieron su voz, tan envuelto en gloria estaba su cuerpo resucitado. Él estaba en la playa y ellos en el lago. Nuestro Señor les habló, diciéndoles:

> Hijos, ¿tenéis algo de comer? Le respondieron: No. Y Él les respondió: Echad la red a la derecha de la barca, y hallaréis.

Jn 21, 5 s

Los apóstoles debieron de acordarse de otra vez en que nuestro Señor les había mandado echar la red al agua, aunque sin especificar si a la derecha o a la izquierda de la barca. Entonces nuestro Señor estaba en la barca, ahora se hallaba en la playa. Habían terminado para él las agitaciones del mar de la vida. En seguida, obedeciendo al mandato divino, tuvieron tanta suerte en el trabajo, que les era imposible sacar la red debido a la gran cantidad de peces que con ella habían atrapado. En el primer milagro de pesca, efectuado durante la vida pública de Jesús, las redes se rompieron; asustado Pedro ante aquel milagro, dijo a nuestro Señor que se apartara de él, porque era hombre pecador. La misma abundancia de la misericordia divina le hacía darse cuenta de su propia insignificancia. Pero en esta otra pesca milagrosa los discípulos se sintieron fuertes, pues Juan dijo en seguida a Pedro:

> Es el Señor.

Jn 21, 7

Tanto Pedro como Juan seguían siendo fieles a sus respectivos caracteres; así como Juan había sido el primero en llegar a la tumba vacía aquella mañana de pascua, Pedro fue el primero en entrar en ella; así como Juan fue el primero en creer que Cristo había resucitado, Pedro fue el primero en saludar al resucitado Señor; así como Juan fue el primero en ver desde la barca al Señor, Pedro fue el primero en zambullirse y correr a postrarse a sus pies. Desnudo como estaba en la barca, se ciñó rápidamente su túnica, renunció a toda comodidad personal, abandonó todo compañerismo humano y ansioso salvó a nado la distancia que le separaba del Maestro. Juan poseía mayor discernimiento espiritual, Pedro poseía mayor iniciativa. Juan fue quien aquella noche de la última cena estuvo reclinado en el pecho del maestro; fue él mismo quien, el único, estuvo al pie de la cruz, y a su cuidado le fue confiada la madre de Jesús; ahora también era el primero en reconocer al Señor, que se hallaba en la playa. Una vez, cuando nuestro Señor caminaba sobre las aguas, yendo en dirección a la barca, Pedro no pudo aguardar a que el Maestro llegara hasta

él, y le pidió que le dejara caminar también a él sobre las aguas. Ahora nadaba hacia la playa después de ceñirse la túnica por respeto al Salvador.

Los otros seis permanecieron en la barca. Al llegar a la playa, vieron fuego encendido y un pescado puesto a asar, y pan, que les había preparado el Señor, compasivo. El Hijo de Dios estaba preparando una comida para sus pobres pescadores; debió de recordarles el pan y los peces que había multiplicado cuando anunció que Él mismo era el Pan de Vida. Después de haber sacado la red y contado los ciento cincuenta y tres peces que habían pescado, se convencieron de que se trataba del Señor. Los apóstoles comprendieron que, habiéndolos llamado Jesús pescadores de hombres, aquella abundante pesca simbolizaba los fieles que al fin serían introducidos en la barca de Pedro.

Al principio de su vida pública, a orillas del Jordán, Cristo les había sido designado como el «Cordero de Dios»; ahora que se disponía a dejarlos, Él aplicaba este título a los que habrían de creer en Él. Él, que se había llamado a sí mismo el Buen Pastor, daba ahora a otros el poder de ser pastores. La escena que sigue tuvo efecto después de haber comido. De la misma manera que les dio la eucaristía después de cenar y el poder de perdonar pecados después de haber comido con ellos, también ahora, después de compartir con ellos el pan y el pescado, se volvió hacia uno que le había negado tres veces y le pidió una triple afirmación de amor. La confesión del amor debe preceder al acto de conferir la autoridad; autoridad sin amor es tiranía.

Simón, hijo de Jonás, ¿me amas tú más que éstos?

Jn 21, 15

Era como si le preguntara: «¿Me amas con aquel amor natural que es el distintivo de un mayoral?» Una vez Pedro había presumido de amar mucho al Maestro, diciéndole durante la noche de la última cena que, aun cuando todos los otros se escandalizaran de Él, él no le negaría nunca. Ahora Jesús interpelaba a Pedro con el nombre de Simón, hijo de Jonás, es decir, su nombre original. De esta manera nuestro Señor le recordaba su pasado, de cuando era hombre natural, pero especialmente le hacía memoria de su caída o negación. Había estado viviendo más bien conforme a la naturaleza que a la gracia. El nombre encerraba asimismo otra intención: la de recordar a Pedro que había confesado de manera gloriosa al Hijo de Dios, por lo cual éste le había dicho: «Bienaventurado, Simón, hijo de Jonás», y le dijo que era la Roca sobre la cual edificaría su Iglesia.

En respuesta a la pregunta que el Señor le hizo sobre si le amaba, dijo Pedro:

> ¡Señor, tú sabes que te quiero! Le dice: Apacienta mis corderos.

Jn 21, 15

Pedro ya no pretendía ahora amar más que sus compañeros al Señor, puesto que los otros seis apóstoles estaban allí presentes. En el texto original griego, la palabra que nuestro Señor usó para indicar el verbo amar no era la misma que empleó Pedro en su respuesta; la palabra de Pedro indicaba un sentimiento más bien humano. Pedro no aprehendió todo el significado que las palabras de nuestro Señor encerraban, y que se referían a la clase más elevada de amor. En su desconfianza de sí mismo, Pedro afirmó solamente un amor natural. Habiendo hecho del amor la condición del servicio debido a Él, el Señor resucitado dijo ahora a Pedro: «Apacienta mis corderos». El hombre que más bajo había caído y más había aprendido por medio de su propia flaqueza era ciertamente el mejor capacitado para fortalecer a los débiles y apacentar a los corderos.

Tres veces repitió Jesús a Pedro su nombramiento como vicario suyo sobre la tierra. La negación de Pedro no había cambiado el decreto divino de hacer de él la Roca de la Iglesia, puesto que nuestro Señor hizo a continuación la segunda y la tercera preguntas:

> Y le dijo por segunda vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Pedro le dice: ¡Sí, Señor, tú sabes que te amo! Le dice: Pastorea mis ovejas. Le dice por tercera vez: Simón, hijo de Jonás, ¿me amas? Se contristó Pedro de que le hubiera dicho la tercera vez: ¿Me amas? Y le dijo: Señor, tú lo sabes todo; ¡tú sabes que yo te amo!

Jn 21, 16 s

La palabra griega original usada por nuestro Señor en la segunda pregunta encerraba el significado de amor sobrenatural, pero Pedro usó la misma palabra que antes, y que significaba un amor natural. En la tercera pregunta, nuestro Señor usó la misma palabra que empleara Pedro la primera vez, a saber, la palabra que indicaba solamente un afecto natural. Era como si el divino Maestro estuviera corrigiéndose a sí mismo con objeto de encontrar una palabra más apropiada a Pedro y al carácter de éste. Tal vez el que Jesús usara la misma palabra que él había usado en su respuesta fuera lo que más confuso y triste le dejó.

En su respuesta a la tercera pregunta, Pedro omitió su afirmación de amor, pero confesó la omnisciencia del Señor. En el griego original, la palabra que Pedro usó al decir al Señor que lo sabía todo implicaba un conocimiento por visión divina. Cuando Pedro dijo al Señor que éste sabía que él le amaba, la palabra griega que usó indicaba solamente conocimiento por observación directa. A medida que Pedro descendía peldaño a peldaño la escala de la humillación, peldaño a peldaño fue siguiéndole el Señor asegurándole la obra para la cual estaba destinado.

Nuestro Señor había dicho de sí mismo: «Yo soy la Puerta». A Pedro le había dado las llaves y la función de portero. La función del Salvador como pastor visible sobre el visible rebaño estaba tocando a su fin. Transfirió esta función al mayoral, antes de retirar su presencia visible al trono del cielo, donde sería la cabeza y pastor invisible.

El pescador galileo fue promovido a la jefatura y primacía de la Iglesia. Era el primero de todos los apóstoles en toda lista de los apóstoles. No sólo se nombraba siempre a él el primero, sino que tenía siempre la precedencia en el obrar; fue el primero en dar testimonio de la divinidad del Señor; y el primero de los apóstoles que testificó que Cristo había resucitado de entre los muertos. Como el mismo Pablo dijo, el que primero vio al Señor fue Pedro; después de la venida del Espíritu en Pentecostés, el primero en predicar el evangelio a sus semejantes fue Pedro. En la naciente Iglesia fue él el primero que desafió la ira de los perseguidores; el primero entre los doce que recibió a los gentiles creyentes en el seno de la Iglesia, y el primero de quien se predijo que padecería muerte de martirio por la causa de Cristo.

Durante su vida pública, cuando nuestro Señor dijo a Pedro que éste era una roca sobre la que Él edificaría su Iglesia, el Maestro le profetizó que sería crucificado y resucitaría luego. Entonces Pedro trató de disuadirle de que muriera en la cruz. En reparación de aquella tentación, que nuestro Señor calificó de satánica, ahora, después de haber dado a Pedro la misión, con plena autoridad, de que gobernara sus corderos y ovejas, el Señor le predijo que él mismo moriría también en una cruz. Era como si Jesús dijera a Pedro: «Tendrás una cruz como la cruz en que a mí me clavaron, y de la que tú querías apartarme, impidiéndome, por lo tanto, mi entrada en la gloria. Ahora has de aprender lo que realmente significa amar. Mi amor es la antesala de la muerte. Yo te amaba; por esto me mataron; por el amor que tú me tienes, también te matarán a ti. Yo dije una vez que el Buen Pastor daba la vida por sus ovejas; ahora tú eres el pastor que ocupa mi lugar; por lo tanto, tú recibirás el mismo galardón por tus

trabajos que yo recibí por el mío... los maderos de la cruz, cuatro clavos y, luego, la vida terna».

> En verdad, en verdad te digo que, cuando eras joven, te ceñías tú mismo, y andabas por donde querías; mas cuando seas viejo, extenderás tus manos, y otro te ceñirá, y te llevará a donde tú no quieras.

Jn 21, 18

Aunque en los días de su juventud fue impulsivo y obstinado, sin embargo, al llegar a la vejez Pedro glorificaría al Maestro muriendo en una cruz. A partir de Pentecostés, Pedro fue llevado a donde no quería ir. Fue obligado a abandonar la Ciudad Santa, donde le esperaban la cárcel y la espada. Luego fue conducido por su divino Maestro a Samaria, y a la casa del pagano Cornelio; después fue conducido a Roma, la nueva Babilonia, donde se vio confortado por los cristianos que no pertenecían a los de la dispersión judía y a los que Pablo había llevado al redil de la Iglesia. Finalmente fue llevado a una cruz y murió mártir en la colina del Vaticano. Pidió que le crucificaran cabeza abajo, por considerarse indigno de morir de la misma manera que el Maestro. Siendo como era la Roca, era propio que fuera enterrado en aquel lugar, como verdadero fundamento de la Iglesia.

Así, el hombre que siempre trataba de apartar al Señor de la cruz fue el primero de los apóstoles en subir a ella. La cruz a la que murió abrazado redundó más en gloria del Salvador que todo el celo y vehemencia de que hacía gala en sus años mozos. Cuando Pedro no comprendía aún que la cruz significaba redención del pecado, ponía su propia muerte delante de la del Maestro, diciendo que aunque los otros no le defendieran él le defendería siempre. Ahora Pedro veía claramente que sólo a la luz de la cruz del Calvario tenía significado y trascendencia la cruz que él abrazaría un día. Hacia el fin de su vida Pedro vería ante sí la cruz y escribiría:

> Sabiendo, como además nuestro Señor Jesucristo me lo ha manifestado, que próximo está el abandono de mi tienda. Mas emplearé mi celo para que en toda ocasión después de mi partida podáis conservar en la memoria estas cosas. Porque no fuimos seguidores de ingeniosas fábulas cuando os hicimos conocer el poder y advenimiento de nuestro Señor Jesucristo, sino que fuimos testigos de vista de su majestad.

2 Ptr 1, 14-16

58. EL DIVINO MANDATO

Muchas de las otras apariciones del Salvador resucitado fueron súbitas e inesperadas; pero hubo una que se hizo a modo de cita concertada antes de que entrara en su gloria. Dijo a los apóstoles que iría delante de ellos a Galilea. Después de la resurrección, primero el ángel y luego el Señor anunciaron el mismo encuentro, lo cual le confería una importancia extraordinaria. No registra la Biblia el lugar exacto de la cita en Galilea, ni tampoco interesa saber si fue en el monte de las Bienaventuranzas o en el monte Tabor. Tampoco se sabe el número de personas que se hallaban presentes, además de los apóstoles, pero se consigna claramente que estaban allí los once, indicando la falta de una miembro del colegio apostólico, cuyo lugar vacante no sería cubierto hasta Pentecostés. En el Antiguo Testamento Dios había dado varias citas en las montañas. El monte Moria fue donde se citó con Abraham; y el monte Horeb, con Moisés. Cuando los apóstoles se encontraron con el Señor resucitado en la montaña que Él les había indicado,

Le adoraron.

Mt 28, 17

Jesús les dijo:

Se me ha dado toda potestad en el cielo y sobre la tierra.

Mt 28, 18

Al decir que toda potestad le había sido dada en el cielo y sobre la tierra, no se refería a sí mismo como Hijo de Dios, puesto que tal potestad le pertenecía ya por naturaleza. Más bien se trataba de un poder que había merecido por su pasión y muerte y que fue predicho por Daniel, quien en una visión profética vio al Hijo del hombre con poder y gloria eternos. La potestad que le fue dada había sido profetizada en el Génesis, a saber, que la simiente de una mujer aplastaría la cabeza de la serpiente. Los reinos dé

la tierra que Satán prometió a Jesucristo si éste se avenía a ser un salvador político, resultaba que ahora eran suyos por derecho propio. Su autoridad se extendía por toda la tierra porque todas las almas habían sido compradas al precio de su sangre. Esta autoridad del Hijo del hombre no sólo se extendía a la tierra, sino también al cielo. Las palabras de Jesús combinaban la resurrección y la ascensión; así como la resurrección le daba poder sobre la tierra, al vencer tanto al pecado como a la muerte, de la misma manera la ascensión le confiere el poder de actuar en el cielo como único mediador entre Dios y el hombre.

Las palabras que Jesucristo dijo a continuación fueron el corolario de las primeras. Si toda potestad le había sido dada en el cielo y sobre la tierra, entonces tenía derecho a delegar tal autoridad a quien le pluguiera a Él. Interesaba que la autoridad que El delegaba fuera dada a hombres contemporáneos suyos, con objeto de que pudiera transferírsela directamente. Un cable eléctrico situado a mil quinientos o a dos mil kilómetros de distancia de una dínamo no puede comunicar la corriente. Cualquier autoridad, para actuar en el nombre de Cristo, era necesario que fuera dada directamente por el mismo Cristo y luego pasara a través de los siglos de unos individuos a otros.

Mientras estuvo en la tierra, Jesucristo ejerció el triple ministerio de sacerdote, profeta o maestro, y rey. Ahora sí que se disponía a dejarlos para volver al cielo, de donde había descendido, delegó aquel triple ministerio en sus apóstoles: el ministerio sacerdotal, al invitarlos a renovar la conmemoración de su muerte y al conferirles la potestad de perdonar pecados; el ministerio profético o docente, al prometerles que les enviaría el Espíritu de Verdad, que les recordaría todas las cosas que Él les había enseñado y los mantendría en la fe; y el ministerio real, al darles un reino (tal como El, el Padre, le había dado un reino) en el cual ellos tenían el poder de atar y desatar. Sin dejar lugar a duda en cuanto a que el propósito de su venida a este mundo había sido el de proclamar en él su sacerdocio, su Verdad y su reinado, envió a sus apóstoles al mundo con estas palabras:

> Id, pues, y haced discípulos entre todas las naciones, bautizadlos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu santo; y enseñadles a guardar todas las cosas que os he mandado.

Mt 28, 19-20

Si esta misión hubiera sido dada tan sólo para el período de los apóstoles, es evidente que éstos no podrían ir a todas las naciones. El dinamismo o corriente que había sido infundida en los apóstoles bajo la

dirección de Pedro había de continuar hasta la segunda venida de Cristo. No quedó duda alguna en cuanto a la autoridad y la obra de la Iglesia cuando el Maestro hubiera abandonado la tierra. Aquel día nació la obra de la propagación de la fe. Los apóstoles y sus sucesores ya no habían de considerarse solamente maestros de Israel; desde entonces el mundo entero les pertenecía. Ni tampoco era su misión exclusivamente la de enseñar, puesto que el que les confió su misión no era simplemente un maestro. Habían de hacer discípulos en todas las naciones; y el discipulado implicaba sumisión de corazón y voluntad al divino Maestro. El poder de su cruz redentora de nada serviría a menos que sus siervos la usaran para incorporar a Jesús otras naturalezas humanas. De la misma manera que María dio a Jesús su naturaleza humana que ahora estaba glorificada en su persona, los hombres habían de entregar a Él sus propias naturalezas humanas muriendo como Él murió, a fin de poder entrar en su gloria.

Esta incorporación a Él había de iniciarse por medio del bautismo, como Él mismo había dicho a Nicodemo. A menos que una persona nazca del agua y del Espíritu santo, no puede entrar en el reino de Dios. De la misma manera que nacer de la carne hacía que un hombre fuera carne, nacer del Espíritu le haría partícipe de su divina naturaleza. El bautismo había de administrarse no en «los nombres» de las tres personas de la santísima Trinidad, puesto que ello implicaría tres dioses, sino más bien en el *nombre* del Padre, Hijo y Espíritu santo, porque las tres personas son una sola, que tiene la naturaleza de Dios. Una analogía muy imperfecta es la de que nuestra vida, nuestro conocimiento y nuestro amor son tres cosas arraigadas las tres en la naturaleza humana; así también el Poder del Padre, la Sabiduría del Hijo y el Amor del Espíritu santo son una sola cosa en la naturaleza de Dios. De la misma manera que los tres ángulos de un triángulo no hacen tres triángulos, sino uno solo, de la misma manera que el hielo, el agua y el vapor son manifestaciones de una sola naturaleza, H20, así, infinitamente más allá de toda comparación, el Poder, la Sabiduría y el Amor no son más que un solo Dios.

La autoridad que Él les dio y que había de extenderse por toda la tierra podía dejarles aún en la mente una duda concerniente a su presencia entre ellos. Esta duda se la disipó directamente el Señor al decir a los que integraban su Iglesia:

> He aquí que estoy yo con vosotros siempre, hasta la consumación de los siglos.
>
> Mt 28, 20

La promesa era ilimitada; duraría hasta que se acabara el mundo. Dios había dicho a Abraham que estaría con él; Moisés y Aarón recibieron la promesa de que Él estaría en sus bocas; a Josué y a Moisés se les prometió que Dios estaría también con ellos; y se aseguró a Salomón que Dios le asistiría cuando construyera su casa Al alegar ignorancia Jeremías, Dios le aseguró que pondría palabras en su boca. Pero en estos casos la divina presencia duró solamente el tiempo de vida de las personas a quienes se había hecho la promesa. Tal limitación de la divina protección y presencia no se mencionó en el caso de los apóstoles. «Las puertas del infierno no prevalecerán contra mi Iglesia», dijo a Pedro en una ocasión. Ahora les confirmaba esta promesa con las palabras: «He aquí que estoy yo con vosotros siempre, hasta la consumación de los siglos.»

59. LA ÚLTIMA APARICIÓN EN JERUSALÉN

Antes de que expirasen los cuarenta días, los apóstoles volvieron a Jerusalén, donde Cristo resucitado se les había aparecido anteriormente. Allí les declaró que ya no volvería a estar con ellos; su influencia les vendría ahora desde el cielo. Pero antes de despedirse de ellos les recalcó la importancia de la profecía y de la historia. Ninguno antes de Él había sido preanunciado, más Él sí lo había sido, y cuanto más investigaran en el Antiguo Testamento, más le comprenderían. Desde entonces la Iglesia extraería de su tesoro de la ley, de los profetas y de los salmos todo cuanto a Él se refería.

> Estas son las palabras que os hablé, estando todavía con vosotros: que era necesario que se cumpliese todo lo que está escrito de mí en la ley de Moisés, y en los profetas y en los salmos. Entonces les abrió la mente, para que entendiesen las Escrituras.

Lc 24, 44-45

Una nueva luz hizo que todas las cosas parecieran distintas de como eran antes; eran diferentes a la luz de la resurrección de lo que eran en las tinieblas anteriores. Hace falta más que la luz del sol para leer a Moisés y a los profetas y los salmos; se precisa una iluminación interior que es inseparable de la buena voluntad y del amor. Siete veces trazó el Señor su autobiografía, y en cada una de las veces, sin excepción, hizo referencia a la expiación que realizaría entre Dios y el hombre. Ahora resumía su vida por última vez repitiendo lo que el Antiguo Testamento decía de Él como el siervo sufriente, pero vencedor.

> Así está escrito, y así era necesario que el Cristo padeciera, y que resucitase de entre los muertos al tercer día.

Lc 24, 46

No quiso rememorar el sermón de la montaña, sino su cruz. No habría habido evangelio si no hubiera habido cruz; y la muerte en la cruz habría resultado vana para quitar la culpa de los hombres si Él no hubiera resucitado de entre los muertos. Dijo que era necesario que padeciese porque había de mostrar el mal del pecado, y el pecado es en la crucifixión de la Bondad donde más claramente puede observarse. Jamás descenderían tinieblas más grandes sobre la tierra que las que se abatieron sobre Él en el Calvario. En todas las otras guerras existe siempre un color gris, o una mezcla de bueno y malo, en ambos bandos; pero en la crucifixión a un lado había lo negro y al otro lo blanco. El mal nunca tendría tanta fuerza como la que tuvo en aquel día particular. Puesto que lo peor que el mal puede hacer no es bombardear ciudades y matar criaturas y costear guerras; la peor cosa que el mal puede causar es dar muerte a la bondad. Al ser derrotado en esto, ya jamás podrá vencer.

El bien, frente al mal, debe padecer, puesto que cuando el amor encuentre al pecado será crucificado. Un Dios que lleva su sagrado corazón en la mano, como nuestro Señor cuando se hizo hombre, ha de estar preparado para que haya cuervos humanos dispuestos a picotear en él. Pero al mismo tiempo el Bien empleó aquellos mismos sufrimientos como condición para vencer al mal. El Bien recogió toda la cólera, el rencor y el odio, y suplicó: «¡Perdón!»; tomó la vida y la ofreció por otros. De ahí que fuera necesario que Él sufriera, con objeto de entrar en la gloria. El mal, vencido con todos sus arreos y en su momento culminante, puede en el futuro ganar algunas batallas, pero jamás ganará la guerra.

A un mundo herido, ninguna esperanza podían darle un Confucio, un Buda o incluso un Cristo que enseñara el bien y luego se pudriera en un sepulcro. Ninguna curación podía ofrecer a unas alas rotas un humanismo que consiste en una fraternidad sin lágrimas; o un Cristo amable que no posee una fuente de conocimiento distinta de la de cualquier otro maestro y que, igual a ellos en definitiva, no pudiera romper las ataduras de la muerte ni demostrar que la Verdad, aunque haya sido aplastada, puede volver a levantarse.

Este resumen que nuestro Señor hacía de su propia vida desafiaba a los hombres y colocaba la figura de Cristo fuera de la historia. ¿Qué seguridad habría de que el mal no triunfaría sobre el bien? Supongamos que Él fuera solamente un hombre bueno o el mayor moralista que el mundo haya conocido; ¿qué seguridad habría entonces de que el triunfo habría de ser el de la virtud? ¿Qué es lo que inspiraría el sacrificio? Si Él, que vino a esta tierra a enseñar la dignidad del alma humana, que pudo

desafiar a un mundo pecador a que le hiciera convicto de pecado, que en el momento de la muerte pudo perdonar a sus enemigos, no tenía otra solución y destino que pender de un leño como un criminal o ladrón cualquiera, para hacer una fiesta católica romana, entonces cualquiera de nosotros podría preguntar con desesperación: «Si esto es lo que ocurre a un hombre bueno, ¿por qué habría de llevar uno una vida honesta?» En este caso la mayor de las injusticias quedaría sin reparación, y la más noble de las vidas dejaría de ser vindicada. Tributad todos los cumplidos posibles a su doctrina, a su paciencia para recibir golpes y más golpes, a su mansedumbre ante la chusma... Todos estos elogios no le convierten en el Señor de la muerte y de la vida; más bien hacen vanas tales virtudes, puesto que quedan sin galardón correspondiente.

Al decir que era necesario que padeciese, Cristo glorificó a su Padre. Admirad la santidad tanto como os plazca, pero ¿qué habría que pensar de un Dios que contemplara el espectáculo de la Inocencia conducida al patíbulo y no le arrancara los clavos para entregarle un cetro en premio de sus sufrimientos? ¿O de un Dios que no enviara un ángel que arrancara una corona de espinas, cambiándola por una corona de rey? ¿Es posible que Dios consintiera que la vida más noble que caminó por la tierra fuera impotente ante las perversas acciones de los hombres? ¿Qué debería pensar la humanidad de la naturaleza humana, si la cándida flor de una vida irreprensible fuera pisoteada por las claveteadas botas de los verdugos romanos y luego se marchitara sin remedio? ¿Acaso la fetidez que despediría no sería mucho mayor debido a su prístino perfume, y nos haría odiar no solamente al Dios que no se preocupó de la suerte de la verdad y del amor, sino incluso a nuestros semejantes por haber participado en su muerte? Si tal es el fin de la bondad, ¿por qué ser buenos entonces? Si esto es lo que ocurre a la justicia, ¡viva entonces la anarquía!

Pero si nuestro Señor tomó lo peor que el mundo podía dar de sí y luego, por el poder de Dios, se elevó por encima de ello; si Él, inerme, pudo guerrear sin otra arma más que la bondad y el perdón, de suerte que el inmolado fue el que ganó y los que le mataron resultaron ser los que a la postre perdieron, ¿quién no tendría esperanzas, entonces? ¿Quién desesperará, aunque el mal pueda triunfar algunas veces momentáneamente? ¿Quién abandonará la confianza al ver caminar en medio de las tinieblas al resucitado, con llagas gloriosas en sus manos y pies y costado? Era muy clara la ley que nos dio: la vida es una lucha; a menos que haya una cruz en nuestra vida, jamás habrá una tumba vacía; a menos que haya la corona de espinas, jamás habrá un halo de luz; a menos

que haya un viernes santo, jamás habrá un domingo de pascua. Cuando dijo: «Yo he vencido al mundo», no quería insinuar que sus seguidores estarían inmunes contra los dolores, el infortunio, las penas y la crucifixión. No dio ninguna paz que prometiera la exención de la lucha, puesto que Dios aborrece la paz en aquellos que están destinados para la guerra. Si el Padre celestial no perdonó a su Hijo, Él, el Hijo celestial, no perdonaría a sus discípulos. Lo que la resurrección ofrecía no era inmunidad contra el mal en el mundo físico, sino la inmunidad contra el pecado en el alma.

El divino Salvador jamás dijo a los apóstoles: «Sed buenos y no sufriréis»; sino que les dijo: «En este mundo tendréis tribulación». Les dijo también que no temieran a los que pueden matar el cuerpo, sino que temieran más bien a los que pueden matar el alma. Ahora decía a los apóstoles que su vida era un modelo para todos los que habrían de seguirle; los exhortaba a que aceptaran con valor y serenidad lo peor que esta vida podía ofrecerles. Les dijo que todos sus sufrimientos eran como la sombra de «su mano extendida amorosamente». No iba a prometer ningún talismán para asegurar contra las pruebas y tribulaciones; más bien iba delante en la batalla cual capitán que quisiera inspirar a los hombres el modo de transfigurar algunos de los mayores dolores de la vida y convertirlos en las ganancias más lucrativas de la vida espiritual. La cruz de Cristo era la que suscitaba las preguntas; la resurrección era la que daba las respuestas adecuadas. No es el Cristo afeminado, sino el Cristo varonil el que despliega ante un mundo perverso la enseña de la victoria que ostenta en su propio cuerpo, la bandera de la Salvación, adornada con sus gloriosas llagas. Como ha indicado el poeta Edward Shillito (1872-1948): «No hay falsos dioses, libres de dolor y sufrimiento, que fueran capaces de consolarnos en estos días».

JESÚS DE LAS LLAGAS

Si nunca te hemos buscado, te buscamos ahora; / tus ojos brillan cual ascuas a través de las tinieblas, son nuestras únicas estrellas; / hemos de buscar las señales de las espinas en tu frente, / hemos de poseerte, oh Jesús de las llagas.

Los cielos nos espantan; están demasiado serenos; / en todo el universo no hay lugar para nosotros. / Duélennos nuestras heridas; ¿dónde hallaremos el bálsamo? / Señor Jesús, por tus llagas pedimos tu misericordia.

Si, estando cerradas las puertas, te acercas a nosotros, / no has de hacer sino mostrar esas manos, ese costado tuyo; / hoy día sabemos lo que son las heridas, no temas, / muéstranos tus llagas, conocemos la contraseña.

Los otros dioses eran fuertes; pero tú eras débil; / cabalgaban, mas tú tropezaste contra un trono; / pero a nuestras heridas, sólo las heridas de Dios pueden hablarles, / y no hay dios alguno que tenga heridas, ninguno más que tú[2].

---

2 *De la obra Masterpieces of Religions Verse, compilada por James Dalton Morrison (Harper & Brothers, Nueva York).*

60. ARREPENTIMIENTO

Después de haber trazado su autobiografía, Jesucristo escribió, por así decirlo, la biografía de todos aquellos a quienes redimió; los frutos de su cruz habían de aplicarse ahora a todos los pueblos y todas las naciones:

> Y que arrepentimiento y remisión de pecados fuesen predicados en su nombre a todas las naciones, comenzando desde Jerusalén. Vosotros sois testigos de estas cosas.

Lc 24, 47-48

El primer sermón que Cristo predicó fue sobre el arrepentimiento:

> Desde entonces comenzó Jesús a predicar, y a decir: Arrepentíos, porque el reino de los cielos está cerca.

Mt 4, 17

El primer sermón de Pedro fue sobre el arrepentimiento; el primer sermón de Pablo fue sobre el arrepentimiento; ahora, el sermón que Cristo predicó antes de subir al cielo tuvo el mismo tema de su primer sermón. El arrepentimiento había de constituir el bagaje del Nuevo Testamento. De esta manera el arrepentimiento se relaciona con el cumplimiento de las antiguas profecías, pero sobre todo con la aplicación de la redención alcanzada en el Calvario. Pedro, que oyó este mensaje, lo predicaría también él mismo al poco tiempo:

> Del mismo testifican todos los profetas que todo aquel que en Él creyere, recibirá, en su nombre, remisión de los pecados.

Act 10, 43

El arrepentimiento consistía en apartarse del pecado y convertirse a Dios. Las primeras cuatro bienaventuranzas que Jesús predicó indicaban este cambio de corazón interno y radical, a saber, la pobreza o humildad de espíritu, el dolor de los pecados, la mansedumbre, el hambre y la sed de

amor de Dios. En la parábola del hijo pródigo, nuestro Señor trazó una descripción del alma penitente que «entraba dentro de sí misma» como si el pecado la hubiera exteriorizado y luego regresara humildemente a la casa de su padre. Los ángeles del cielo, dijo, se alegran más por un pecador que hace penitencia que por noventa y nueve justos que no necesitan hacer penitencia; el publicano que detrás del templo lloraba sus pecados, decía Jesús, volvió a su casa justificado. Ahora, en su sermón de despedida antes de subir a los cielos, el Maestro exhortaba al mundo a arrepentirse.

Esta predicación del arrepentimiento había de comenzar en Jerusalén, puesto que la salvación pertenecía primeramente a los judíos. En aquella ciudad fue ofrecido el sacrificio por los pecados del mundo; allí la profecía anunció al caudillo de Israel, y allí fue donde dijo Isaías:

> De Sión saldrá la ley, y de Jerusalén la palabra del Señor.
>
> Is 2, 3

La orden divina de empezar a predicar la redención en Jerusalén era una señal de la gran compasión de Jesucristo, puesto que enviaba a sus apóstoles hacia aquellos que le habían acusado a El falsamente, para que les dijeran que El abogaría por ellos desde lo alto y, finalmente, que aunque ellos le habían azotado, por sus mismas llagas podían ser curados.

Habiendo terminado su propia autobiografía, nuestro Señor les recordó de nuevo la promesa del Espíritu que les había hecho la noche de la última cena, y que en parte cumplió cuando sopló sobre ellos y les confirió el poder de perdonar pecados.

> Y he aquí que yo envío sobre vosotros la promesa de mi Padre; mas quedaos en la ciudad de Jerusalén hasta que seáis revestidos de poder desde lo alto.
>
> Lc 24, 49

Así les prometió un aumento del Espíritu, algo más que lo que había soplado sobre ellos; en efecto, sería un «poder desde lo alto». Mas para recibirlo habían de esperar diez días después de su ascensión. Este poder sería mayor que el que había sido dado a Moisés para que realizara su obra de guiar a Israel; más grande que el que había sido dado a Josué para vencer a sus enemigos; mayor que el que había sido dado a los reyes y a los profetas, y les permitiría proclamar el hecho de la redención. Los apóstoles no entendían la naturaleza de este poder, ya que para ellos significaba una especie de restauración de Israel:

Señor, ¿restituirás en este tiempo el reino a Israel?

Act 1, 6

Todavía estaban pensando en un Mesías político y en hacer de Jerusalén lo que el César había hecho de Roma. Pero Jesús les advirtió que no era asunto que incumbía a ellos saber el tiempo o la razón: en todas las cosas debían confiar y esperar en Dios. El tiempo presente es objeto exclusivo del deber apostólico; por lo que respecta al futuro, algunos cosecharán donde ellos no sembraron.

Tendrían poder, ciertamente, mas no el poder de restaurar el reino de Israel; se trataba de un poder sobre las almas vivientes para introducir en ellas el raudal de perdón y de gracia recogido en el depósito del Calvario.

Recibiréis la virtud del Espíritu Santo, que descenderá sobre vosotros, y seréis mis testigos, así en Jerusalén como en toda la Judea y Samaría, y hasta en los últimos confines de la tierra.

Act 1, 8

Ellos querían un reino terreno; Él les hablaba de un reino celestial. Ellos querían el retorno de las cosas viejas; Él les hablaba de que serían «testigos» de algo nuevo. Y ser testigo quería decir ser mártir. El poder de su Espíritu se correspondía con la flaqueza humana. Humanamente, ellos podían ser tan débiles como Pablo en su predicación, pero llenos de poder a causa del Espíritu. Estaban unidos por la idea de nación: Israel; Jesús englobaba en su visión al mundo entero.

El nuevo poder de que dispondrían les sería dado; no les sería engendrado dentro de ellos mismos por la confianza en sí mismos, por ninguna creencia subjetiva de que uno tenía influencia sobre otros o por ningún truco psicológico basado en la fe en uno mismo. Despertares religiosos organizados, que se basaran en una propaganda comercializada, puede que atrajeran a las muchedumbres, pero tales trucos no podían producir efectos espirituales, de la misma manera que no podrían producir truenos y relámpagos. En aquel solemne instante en que Jesucristo se disponía a abandonar este mundo, volvió a hablar del mismo tema de la última cena: el Espíritu santo. De la misma manera que Él había iniciado su vida pública con el descenso del Espíritu santo, así también ellos habían de dar comienzo a su misión en el mundo. El Espíritu bajó sobre Él después de su obediencia a su madre y a su padre adoptivo en Nazaret: así también el Espíritu vendría sobre ellos después de que hubieran obedecido la orden del Señor de que permanecieran en Jerusalén, en el momento en

que se encontraban reunidos en oración. Cuando recibieran aquel poder se convertirían en testigos no sólo de sus milagros, o de sus preceptos morales, sino de su persona. De la misma manera que en el monte de las Bienaventuranzas volvió a firmar que no existe doctrina aparte de su persona; así como no es posible creer, por ejemplo, lo que dice acerca de los lirios y dejar de creer en sus palabras acerca del infierno, tampoco puede creerse en su cuerpo por una parte y dejar de creer en su sangre por otra. Con la afirmación de que el cristianismo es Cristo mismo, se dispuso a ascender a la morada de su Padre celestial.

61. LA ASCENSIÓN

Durante aquellos cuarenta días después de su resurrección, nuestro Salvador estuvo preparando a sus apóstoles a sobrellevar la ausencia de Él mediante el Consolador que había de enviarles.

> Por espacio de cuarenta días fue visto por ellos y les habló de las cosas concernientes al reino de Dios.
>
> Act 1, 3

No fue éste un período en el que Jesús dispensara dones, sino más bien durante el cual les dio leyes y preparó la estructura de su cuerpo místico, la Iglesia. Moisés había ayunado unos días antes de promulgar la ley; Elías ayunó cuarenta días antes de la restauración de la ley; y ahora, al cabo de cuarenta días de haber resucitado, el Señor dejó asentados los pilares de su Iglesia y estableció la nueva ley del evangelio. Pero los cuarenta días tocaban a su fin, y Jesús les invitó a que esperaran el día cincuenta o Pentecostés, el día del jubileo.

Cristo los condujo hasta Betania, que era donde había de desarrollarse la escena de la despedida; no en Galilea, sino en Jerusalén, donde había sufrido, tendría efecto su ascensión a la morada del Padre celestial. Terminado su sacrificio, en el momento en que se disponía a subir a su trono celestial, levantó las manos, que ostentaban la marca de los clavos. Aquel ademán sería uno de los últimos recuerdos que del Maestro conservarían los apóstoles. Las manos se elevaron primero hacia el cielo y bajaron luego hacia la tierra como si quisiera hacer descender bendiciones sobre los hombres. Las manos horadadas distribuyen mejor las bendiciones. En el libro Levítico, después de la lectura de la profética promesa del Mesías, venía la bendición del sumo sacerdote; así también, tras mostrar que todas las profecías se habían cumplido en Él, Jesús se dispuso a entrar en el santuario celestial. Las manos que sostenían el cetro de autoridad en el cielo y sobre la tierra dieron ahora la bendición final:

Mientras los bendecía, se separó de ellos, y fue llevado arriba al cielo...

Lc 24, 51

Y se sentó a la diestra de Dios.

Mc 16, 19

Y ellos, habiéndole adorado, se volvieron a Jerusalén con gran gozo; y estaban de continuo en el templo, alabando y bendiciendo a Dios.

Lc 24, 52-53

Si Cristo hubiera permanecido en la tierra, la vista habría substituido a la fe. En el cielo ya no habrá fe, porque sus seguidores verán; no habrá esperanza, porque poseerán; pero habrá caridad o amor, porque el amor dura eternamente. Su despedida de este mundo combinó la cruz y la corona, como sucedía en cada detalle, por pequeño que fuera, de su vida. La ascensión se realizó en el monte Olivete, a cuyo pie se encuentra Betania. Llevó a sus apóstoles a través de Betania, lo que quiere decir que tuvieron que pasar por Getsemaní y por el mismo sitio en que Jesús había llorado sobre Jerusalén. No desde un trono, sino desde un monte situado por encima del huerto de retorcidos olivos teñidos con su sangre, Jesucristo realizó la última manifestación de su divino poder. Su corazón no estaba amargado por la cruz, puesto que la ascensión era el fruto de aquella crucifixión. Como Él mismo había declarado, era necesario que padeciera para poder entrar en su gloria.

En la ascensión el Salvador no abandonó el ropaje de carne con que había sido revestido; porque su naturaleza humana sería el patrón de la gloria futura de las otras naturalezas humanas que le serían incorporadas por medio de la participación de su vida. Era intrínseca y profunda la relación existente entre su encarnación y su ascensión. La encarnación o el asumir una naturaleza humana hizo posible que Él sufriera y redimiera. La ascensión ensalzó hasta la gloria a aquella misma naturaleza humana que había sido humillada hasta la muerte.

Si hubiera sido coronado sobre la tierra en vez de ascender a los cielos, los pensamientos que los hombres habrían concebido sobre Él habrían quedado confinados a la tierra. Pero la ascensión haría que las mentes y los corazones de los hombres se elevaran por encima de lo terreno. Con relación a Él mismo, era justo que la naturaleza humana que Él-había usado como instrumento para enseñar y gobernar y santificar

participara de la gloria, de la misma manera que había participado de su oprobio. Resultaba muy difícil de creer que Él, el Varón de dolores, familiarizado con la angustia, fuese el amado Hijo en quien el Padre se complacía. Era difícil de creer que Él, que no había bajado de una cruz, pudiera subir ahora al cielo, o que la gloria momentánea que irradió su cuerpo en el monte de la Transfiguración fuera ahora una peculiaridad suya permanente. La ascensión disipaba ahora todas estas dudas al introducir su naturaleza^ humana en una comunión íntima y eterna con Dios.

Se habían mofado de aquella naturaleza humana que había asumido al nacer, cuando los soldados le vendaron los ojos y le pedían que adivinara quién le golpeaba. Se burlaron de Él en cuanto profeta. Se mofaron de Él como rey al ponerle un vestido real y por cetro una caña. Finalmente se burlaron de Él como sacerdote al desafiarle, a Él, que se estaba ofreciendo como víctima, a que bajase de la cruz. Con la ascensión se vindicaba su triple ministerio de Maestro, rey y sacerdote. Pero la vindicación sería completa cuando viniera en su justicia, como juez de los hombres, en la misma naturaleza humana que de los hombres había tomado. Ninguno de los que serían juzgados podría quejarse de que Dios ignora las pruebas a que están sometidos los humanos. Su misma aparición como el Hijo del hombre demostraría que Él había librado las mismas batallas que los hombres y sufrido las mismas tentaciones que los que comparecían ante el tribunal de la justicia divina. La sentencia que dictara Jesús hallaría inmediatamente eco en los corazones.

Otro motivo de la ascensión era que Jesús pudiera abogar en el cielo ante su Padre con una naturaleza humana común al resto de los hombres. Ahora podía, por así decirlo, mostrar las llagas de su gloria no sólo como trofeos de victoria, sino también como insignias de intercesión. La noche en que fue al huerto de los Olivos oró como si ya estuviera en la mansión celestial, a la diestra de su Padre; la plegaria que dirigió al cielo era menos la de un moribundo que la de un Redentor ya ensalzado a la gloria.

> Para que el amor con que me has amado esté en ellos, y yo en ellos.
>
> Jn 17, 26

En el cielo sería no solamente un abogado de los hombres delante del Padre, sino que también enviaría al Espíritu santo como abogado del hombre delante de Él. Cristo, a la diestra del Padre, representaría a la humanidad ante el trono del Padre; el Espíritu santo, habitando con los

fieles, representaría en ellos al Cristo que fue al Padre. En la ascensión Cristo elevó al Padre nuestras necesidades; merced al Espíritu, Cristo el Redentor sería llevado a los corazones de todos aquellos que quisieran poner fe en Él.

La ascensión daría a Cristo el derecho de interceder poderosamente por los mortales:

> Teniendo, pues, un gran sumo sacerdote, que ha pasado al través de los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, retengamos nuestra profesión. Porque no tenemos un sumo sacerdote que sea incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, sino uno que ha sido tentado en todo según nuestra semejanza, mas sin pecado.

Hebr 4, 14 s

62. CRISTO ASUME UN NUEVO CUERPO

Diez días después de la ascensión los apóstoles se hallaban reunidos esperando la venida del Espíritu que los iluminaría y les revelaría todo cuanto nuestro Señor les había enseñado. Durante su vida pública les dijo que asumiría un nuevo cuerpo. No sería un cuerpo físico como el que había tomado de María. Este cuerpo está ahora glorificado a la diestra del Padre. Tampoco se trataba de un cuerpo moral como el de una sociedad, que es una por la voluntad de un grupo de personas. Más bien sería su nuevo cuerpo social que sería unido a Él por el Espíritu que les enviaría desde el cielo una vez hubiera dejado este mundo.

Habló alguna vez de su nuevo cuerpo como de un reino, aunque san Pablo hablaría de él como si se tratara de un cuerpo para que los gentiles le comprendieran mejor. Explicó a los apóstoles la naturaleza de este nuevo cuerpo, que poseería siete características principales:

1. Les dijo que, para ser miembros de su nuevo cuerpo, los hombres deberían nacer de nuevo. Pero no sería mediante un parto humano, porque esto* era lo que los había hecho hijos de Adán; para ser miembros de su nuevo cuerpo deberían renacer por medio del Espíritu en las aguas bautismales, lo cual les convertiría en hijos adoptivos de Dios.

2. La unidad entre este nuevo cuerpo y Él no se realizaría cantándole himnos, ni celebrando en su nombre tertulias sociales, ni escuchando emisiones radiofónicas, sino participando de su vida:

> Permaneced en mí y yo en vosotros... Yo soy la vid, vosotros los sarmientos.
>
> Jn 15, 5

3. Su nuevo cuerpo sería como todas las cosas vivas, pequeño al principio, incluso, como Él dijo, «como un grano de mostaza»; pero desde su sencillez crecería a una gran complejidad hasta la consumación del mundo.

Decía:

> Primero el tallo, luego la espiga, finalmente grano sazonado en la espiga.

Mc 4, 28

4. Una casa se ensancha desde el exterior, añadiendo ladrillo tras ladrillo; las organizaciones humanas crecen al añadirse un hombre a otro hombre, es decir, de la periferia al centro. Su cuerpo, decía Jesús, se formaría de dentro hacia fuera, tal como un embrión se forma en el cuerpo humano. Del mismo modo que Él recibía la vida del Padre, así los fieles la recibirían de Él.

Dijo:

> Para que todos ellos sean uno, como tú, oh Padre, eres en mí, y yo en ti.

Jn 17, 21

5. Nuestro Señor dijo que tendría solamente un cuerpo. Desde el punto de vista espiritual, sería monstruoso que tuviera muchos cuerpos o una docena de cabezas. Para tener uno solo, tendría un solo pastor, a quien confió la misión de apacentar sus corderos y sus ovejas.

> Habrá un solo rebaño y un solo pastor.

Jn 10, 16

6. Dijo que este nuevo cuerpo suyo no se manifestaría a los hombres hasta el día de Pentecostés, en que enviaría su Espíritu dador de verdad.

> Si no me voy, el Consolador no vendrá a vosotros.

Jn 16, 7

Por lo tanto, cualquier cosa que surgiera veinticuatro horas antes de ella, sería una organización, quizá, que tendría un espíritu humano, pero no tendría el Espíritu divino.

7. La observación más interesante que hizo concerniente a su cuerpo fue la de que sería odiado por el mundo, tal como Él mismo había sido odiado. El mundo ama todo lo que es del mundo. Pero lo que es divino, el mundo lo odia.

> Por cuanto no sois del mundo, sino que yo os he escogido del mundo, por esto os odia el mundo.

Jn 15, 19

El núcleo de este nuevo cuerpo místico lo formaban sus apóstoles. Habían de constituir la materia prima a la que El enviaría su Espíritu para que tuviera una prolongación de vida en la vida de Jesús. Representarían a Él cuando Él se hubiera ido. A ellos estaba reservado el privilegio de evangelizar el mundo. Este nuevo cuerpo, del cual ellos eran el embrión, había de ser su yo póstumo y su personalidad prolongada a través de los siglos.

Hasta que el Señor les envió su Espíritu, cincuenta días después de su resurrección, los apóstoles fueron como elementos en un laboratorio químico. La ciencia conoce hasta el ciento por ciento de los elementos químicos que integran el cuerpo humano, pero no le es posible hacer un ser humano porque carece de la facultad de proveerle del principio unificador que es el alma. Los apóstoles no podían dar a la Iglesia la vida divina, de la misma manera que los elementos químicos no pueden proporcionar la vida humana. Necesitaban que el Espíritu divino invisible unificara sus naturalezas humanas visibles.

Conforme a lo prometido, diez días después de la ascensión, el glorificado Salvador envió desde los cielos su Espíritu sobre los apóstoles, no en forma de libro, sino como lenguas de fuego viviente. De la misma manera que las células de un cuerpo forman una nueva vida humana cuando Dios infunde un alma en el embrión, así los apóstoles aparecieron como el cuerpo visible de Cristo cuando el Espíritu santo vino para hacer que todos juntos fueran uno. Este cuerpo místico, o la Iglesia, es designado en la tradición y en la Escritura como el «Cristo total», o la «plenitud de Cristo».

Entonces apareció públicamente ante los hombres el nuevo cuerpo de Cristo. De la misma manera que el Hijo de Dios tomó naturaleza humana del seno de María en virtud del Espíritu santo, así en pentecostés tomó un cuerpo místico del seno de la humanidad en virtud también del Espíritu santo. Así como en otro tiempo enseñó, gobernó y santificó por medio de su naturaleza humana, ahora continuaría enseñando, gobernando y santificando mediante otras naturalezas humanas unidas en su cuerpo o Iglesia.

Debido a que este cuerpo no es físico, como un ser humano, ni moral, como un club de *bridge,* sino celestial y espiritual a causa del Espíritu que lo unifica, se le llama cuerpo místico. De la misma manera que un cuerpo humano está formado de millones y millones de células y, sin embargo, es uno solo porque está 'vivificado por una sola alma, presidido por una única

cabeza visible y gobernado por una mente invisible, así este cuerpo de Cristo, aunque está compuesto de millones y millones de personas, incorporadas a Cristo mediante el bautismo, es uno solo por estar vivificado por el santo Espíritu de Dios y presidido por una sola cabeza visible y gobernado por una mente invisible o cabeza, que es Cristo resucitado.

El cuerpo místico es la prolongación del yo de Cristo. San Pablo llegó a comprender esta verdad. Tal vez no haya existido otra persona que odiara tanto a Cristo como le odiaba Saulo. Los primeros miembros del místico cuerpo de Cristo rogaban a Dios para que enviara a alguno que refutara a Saulo. Dios escuchó sus preces; envió a Pablo a refutar a Saulo. Un día este perseguidor, respirando odio, partió para Damasco con la idea de prender a los miembros del cuerpo místico de Cristo que allí se encontraban y conducirlos a Jerusalén. Sólo hacía unos años que nuestro Señor había subido a los cielos, y ahora se hallaba glorificado a la diestra del Padre. De pronto una luz deslumbradora envolvió a Saulo, que cayó al suelo. Entonces oyó una voz, parecida al bramar del mar enfurecido, que le decía:

¡Saulo! ¡Saulo!, ¿por qué me persigues?

Act 9, 4

Y el que nada era se atrevió a preguntar el nombre del Todopoderoso:

¿Quién eres, Señor?

Y la voz le respondió:

Yo soy Jesús, a quien tú persigues.

Act 9, 5

¿Cómo podía Saulo estar persiguiendo a nuestro Señor, que se hallaba glorificado en el cielo? ¿Por qué la voz del cielo había de preguntar: «¡Saulo! ¡Saulo!, ¿por qué me persigues?»

Si alguien pisara un pie, ¿acaso la cabeza no se quejaría, siendo como es parte del cuerpo? Nuestro Señor estaba dando a entender que, al golpear su cuerpo, Pablo le estaba golpeando a Él. Al ser perseguido el cuerpo de Cristo, fue Cristo, la cabeza invisible, el que se levantó para hablar y protestar. Por lo tanto, el cuerpo místico de Cristo está entre Cristo y un individuo ni más ni menos que su cuerpo físico estaba entre Magdalena y el perdón que Él le concedió, o que su mano estaba entre los niños y la

bendición que les impartió. Por medio de su cuerpo humano llegaba a los hombres en su vida intelectual; por medio de su cuerpo místico, o Iglesia, viene a los hombres en la vida mística de incorporación a Jesús.

Jesucristo está vivo, ahora. Ahora mismo está enseñando, gobernando, santificando... tal como hacía en Judea y en Galilea. Su cuerpo místico, o la Iglesia, existió por todo el Imperio romano antes que se escribieran los evangelios. Fue el Nuevo Testamento lo que salió de la Iglesia, y no la Iglesia lo que salió del Nuevo Testamento. Este cuerpo tenía las cuatro notas distintas de la vida: tenía *unidad*, porque estaba vivificada por una sola Alma, un solo Espíritu, dádiva de Pentecostés. Así como la unidad en doctrina y autoridad es la fuerza centrípeta que mantiene unida la vida de la Iglesia, la *catolicidad* es la fuerza centrífuga que le permite expandirse y absorber a la humanidad redimida sin distinción de raza o color. La tercera nota de la Iglesia es la *santidad,* que significa que permanece con la condición de que se mantenga saludable, pura y libre de la infección de la herejía o del cisma. Esta santidad no se halla en cada miembro, sino más bien en la Iglesia total. Puesto que el Espíritu santo es el alma de la Iglesia, puede ser el instrumento de la santificación de las almas. La luz del sol no se mancha aunque sus rayos traspasen los cristales sucios de una ventana; ni tampoco los sacramentos pierden su poder de santificar aunque los instrumentos humanos que administran estos sacramentos estén manchados alguna vez. Finalmente, existe la obra de la *apostolicidad.* En biología se dice que *omne vivum ex vivo, o* sea que todo ser vivo procede de otro ser vivo. Así también el cuerpo místico de Cristo es apostólico porque históricamente trae su origen de Cristo mismo y no de ningún hombre separado de Él por algunos siglos. Tal es la razón por la que la Iglesia en sus primeros días se reunió para elegir un sucesor de Judas que había de ser testigo de la resurrección y compañero de los apóstoles.

> Es, pues, necesario que de estos hombres que nos han acompañado todo el tiempo en que el Señor Jesús entró y salió con nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan, hasta el día en que fue tomado arriba de entre nosotros, uno de estos mismos, juntamente con nosotros, sea hecho testigo de su resurrección

Act 1, 21 s

Así, el Cristo que se «vació» o anonadó a sí mismo en la encarnación hallaba ahora su «plenitud» en Pentecostés. La *kenosis* o humillación es una de las facetas de su ser; el *pleroma* o su vida continuada en su esposa,

su cuerpo místico o la Iglesia, es la otra faceta. Así como la pérdida o vaciamiento de luz y color que experimenta el sol se corresponde con la acción de llenar la tierra con su radiante energía del mismo modo la corriente descendente del amor de Jesucristo halla su complemento en lo que san Pablo llama su «plenitud», es decir, la Iglesia católica.

Muchos piensan que habrían creído en Él si hubieran vivido en sus días. Pero, en realidad, la ventaja no habría sido grande. Los que no le ven como ser divino en su cuerpo místico, hoy día, no le habrían visto entonces como ser vivo divino en su cuerpo físico. Si hay escándalos en algunas células de su cuerpo místico, los hubo también en su cuerpo físico; ambos ostentan una apariencia humana que en los momentos de flaqueza o crucifixión requieren fuerza moral para distinguir lo divino. En los tiempos galileos hacía falta que la fe estuviera apoyada por motivos de credibilidad para creer en el reino que Él venía a establecer, o sea su cuerpo místico, a través del cual santificaría a los hombres, después de su crucifixión, por medio del Espíritu santo. En los días actuales se requiere una fe sostenida por los mismos motivos de credibilidad para creer en la cabeza o el Cristo invisible, que gobierna, enseña y santifica a través de su cabeza visible y de su cuerpo, que es la Iglesia. En cada caso hacía falta un «levantamiento». Para redimir a los hombres, nuestro Señor dijo a Nicodemo que había de ser «levantado» en la cruz; para santificar a los hombres en el Espíritu, había de ser «levantado» a los cielos en la ascensión.

Por lo tanto, Cristo todavía camina por encima de la tierra, ahora en su cuerpo místico, mientras que antes lo hacía en su cuerpo físico. El evangelio fue la prehistoria de la Iglesia, de la misma manera que la Iglesia es la posthistoria del evangelio. Todavía se le niega posada, como se le negó a Jesús en Belén; nuevos Herodes con nombres soviéticos y chinos le persiguen con la espada; otros Satanes aparecen para tentarle a buscar el atajo de la popularidad y apartarle de la cruz y de la mortificación; llegan a El domingos de Ramos triunfales, pero son preludio de otros tantos viernes santos; nuevas acusaciones (y a menudo por parte de personas religiosas, como antaño) son lanzadas contra Él: que es enemigo del César, que no es patriota y que quiere pervertir a una nación; por fuera se le apedrea, por dentro se ve atacado por falsos apóstoles, pero que están ansiosos por entregarle al enemigo; alguno de sus discípulos, que se gloriaban de su nombre, ya no van ahora con Él porque — al igual que sus predecesores — encuentran demasiado «dura» su doctrina, sobre todo en lo referente al Pan de Vida.

Pero, comoquiera que no hay muerte sin resurrección, su cuerpo místico morirá en el transcurso de la historia mil veces y otras tantas veces resucitará. A cada momento tañerán las campanas anunciando su ejecución, pero su ejecución será aplazada constantemente. En el día postrero habrá en su cuerpo místico una persecución universal, cuando irá a la muerte tal como había ido en otro tiempo, «padeciendo bajo el poder de Pilato», padeciendo bajo el poder omnímodo del Estado. Pero al fin todo lo que había sido profetizado de Abraham y de Jerusalén se cumplirá en su perfección espiritual, cuando será glorificado en su cuerpo místico del mismo modo que fue glorificado en su cuerpo físico. Ya el apóstol Juan lo describió así:

> Ven acá, te mostraré la desposada, la esposa del Cordero. Y me llevó en el espíritu a una montaña grande y alta, y me mostró la santa ciudad de Jerusalén, que descendía del cielo, desde Dios; la cual poseía la gloria de Dios; y su luz era semejante a una piedra preciosísima, como piedra de jaspe cristalino. Tenía un muro grande y alto, con doce puertas, y había en las puertas doce ángeles; y nombres escritos en ellas, los de las doce tribus de los hijos de Israel; en la parte de oriente había tres puertas; en la parte del norte, tres puertas; en la parte del norte, tres puertas; en la parte del Sur, tres puertas; y en la parte de occidente, tres puertas... Y no vi templo en ella porque el Señor Dios todopoderoso, y el Cordero son el templo de ella. Y la ciudad no tiene necesidad del sol ni de la luna, para alumbrar en ella; porque la gloria de Dios la ilumina, y la lumbrera de ella es el Cordero. Y las naciones avanzarán a su luz, y los reyes de la tierra acudirán a ella con sus tesoros. Y sus puertas no se cerrarán jamás de día, porque no abrá noche allí, y llevarán a ella los tesoros y la honra de las naciones… ¡Ven, Señor Jesús! Que la gracia del Señor Jesús sea con todos. Amén.

Apoc 21, 9-14, 22-26; 22, 20-21

FIN